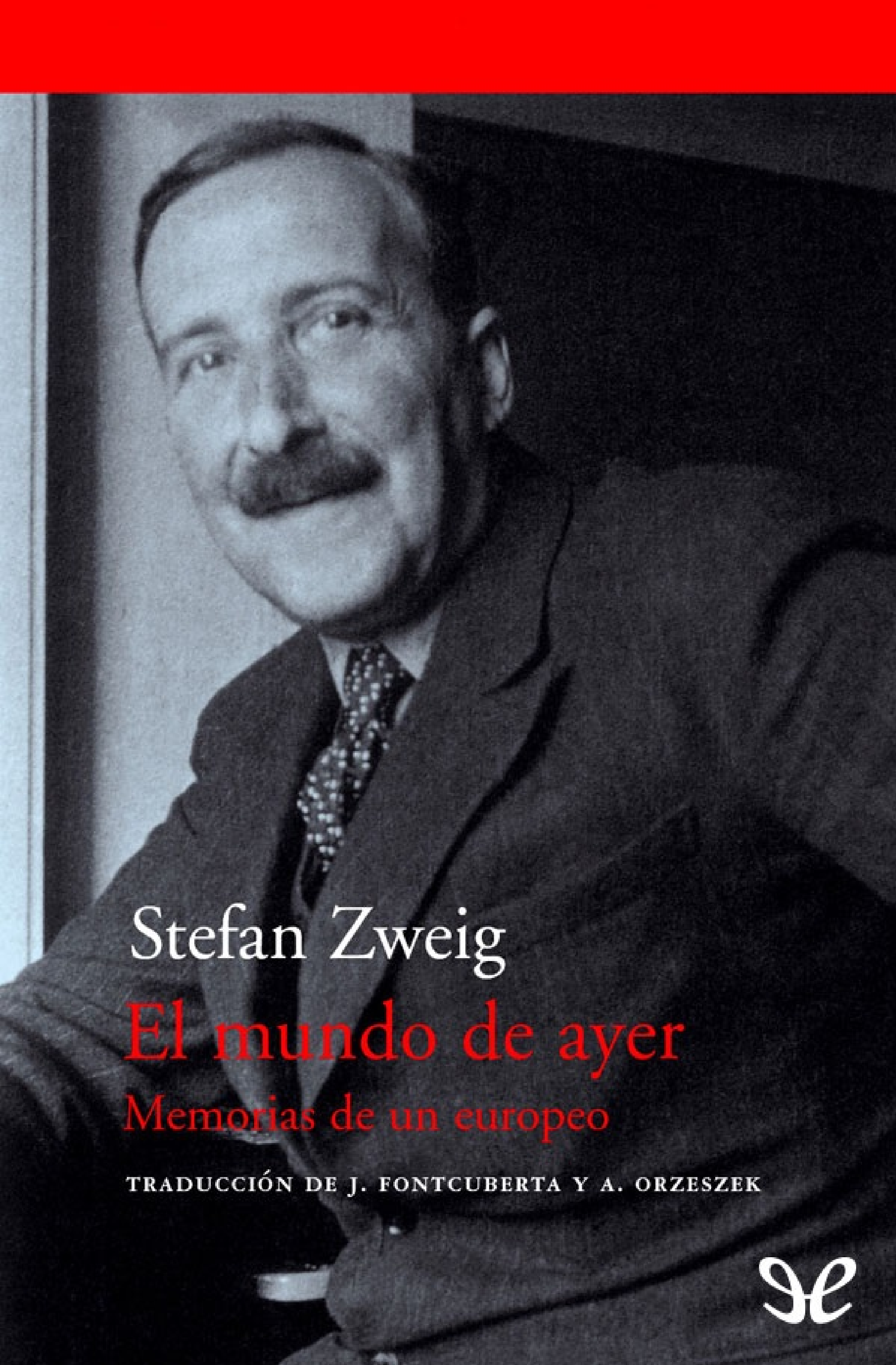

Stefan Zweig
El mundo de ayer
Memorias de un europeo
TRADUCCIÓN DE J. FONTCUBERTA Y A. ORZESZEK

«El mundo de ayer» es uno de los más conmovedores y atractivos testimonios de nuestro pasado reciente, escrito además con mano maestra por un europeo empapado de civilización y nostalgia por un mundo, el suyo, que se iba desintegrando a pasos agigantados. Escritor extraordinariamente popular y testigo de excepción de los cambios que convulsionaron la Europa del siglo XX entre las dos guerras mundiales, Zweig recuerda, desposeído y en tierra extraña —en unas circunstancias personales de insospechado dramatismo—, los momentos fundamentales de su vida, paralela en mucho a la desmembración de aquella Europa central que se quería más libre y segura, al abrigo de la locura y la tormenta. El resultado es un libro capital, uno de los mejores de Zweig y referencia inexcusable para entender los desvaríos de un siglo devastador.



Stefan Zweig

El mundo de ayer

Memorias de europeo

ePub r1.4
Titivillus 10.12.2018
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Die Welt von Gestern*
Stefan Zweig, 1942
Traducción: Joan Fontcuberta i Gel & Agata Orzeszek
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
r1.0 - Verificado por lectura y comparacion con original
r1.1 - Corrección de unas pocas erratas gracias a tinkertailor5. Nuevo epub-base
r1.2 - Corrección de tres erratas gracias a riholai
r1.3 - Corrección de alguna errata más gracias a al10berto
r1.4 (Apuntex_Medicus, 06.09.18) Informe de erratas
ePub base r2.0
Edición digital: epublibre, 2018
Conversión a pdf: FS, 2019







Acojamos el tiempo
tal como él nos quiere
SHAKESPEARE, *Cimbelino*

PREFACIO

Jamás me he dado tanta importancia como para sentir la tentación de contar a otros la historia de mi vida. Han tenido que pasar muchas cosas —acontecimientos, catástrofes y pruebas—, muchísimas más de lo que suele corresponderle a una misma generación, para que yo encontrara valor suficiente como para concebir un libro que tenga a mi propio «yo» como protagonista o, mejor dicho, como centro. Nada más lejos de mi intención que colocarme en primer término, a no ser que se me considere como un conferenciante que relata algo sirviéndose de diapositivas; es la época la que pone las imágenes, yo tan sólo me limito a ponerle las palabras; aunque, a decir verdad, tampoco será *mi* destino el tema de mi narración, sino el de toda una generación, la nuestra, la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia. Cada uno de nosotros, hasta el más pequeño e insignificante, ha visto su más íntima existencia sacudida por unas convulsiones volcánicas —casi ininterrumpidas— que han hecho temblar nuestra tierra europea; y en medio de esa multitud infinita, no puedo atribuirme más protagonismo que el de haberme encontrado —como austríaco, judío, escritor, humanista y pacifista— precisamente allí donde los seísmos han causado daños más devastadores. Tres veces me han arrebatado la casa y la existencia, me han separado de mi vida anterior y de mi pasado, y con dramática vehemencia me han arrojado al vacío, en ese «no sé adónde ir» que ya me resulta tan

familiar. Pero no me quejo: es precisamente el apátrida el que se convierte en un hombre libre, libre en un sentido nuevo; sólo aquel que a nada está ligado, a nada debe reverencia. Por eso mismo, espero poder cumplir la condición *sine qua non* de toda descripción fehaciente de una época: la sinceridad y la imparcialidad.

Y es que me he despojado de todas las raíces, incluida la tierra que las nutre, como, posiblemente, pocos han hecho a lo largo del tiempo. Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso —la monarquía de los Habsburgos— pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas. Para mi profundo desagrado, he sido testigo de la más terrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad de cuantos caben en la crónica del tiempo; nunca, jamás (y no lo digo con orgullo sino con vergüenza) sufrió una generación tal hecatombe moral, y desde tamaña altura espiritual, como la que ha vivido la nuestra. Desde que me empezó a salir barba hasta que se cubrió de canas, en ese breve lapso de tiempo, medio siglo apenas, se han producido más cambios y mutaciones radicales que en diez generaciones, y todos

creemos que ¡han sido demasiados! Mi Hoy difiere tanto de cada uno de mis Ayer —mis ascensiones y mis caídas — que a veces me da la impresión de no haber vivido una sola sino varias existencias, y todas ellas, del todo diferentes. Hasta tal punto que a menudo me sucede lo siguiente: cuando pronuncio de una tirada «mi vida», maquinalmente me pregunto: «¿*Cuál* de ellas?» ¿La de antes de la guerra? ¿De la primera guerra o de la segunda? ¿O la vida de hoy? Otras veces me sorprendo a mí mismo diciendo «mi casa», para descubrir en seguida que no sé a cuál de ellas me refiero: si a la de Bath o la de Salzburgo, o, tal vez, al caserón paterno de Viena. O digo «nuestra casa», y me estremezco al pensar que los hombres de mi patria apenas me consideran como uno de ellos, como los ingleses o los americanos; allí ya no me queda ninguna ligazón orgánica y aquí, no me he acabado de integrar; me da la impresión de que el mundo en que me crié, el de hoy y el que se sitúa entre los dos se separan cada vez más, convirtiéndose en mundos completamente diferentes. En conversaciones con amigos más jóvenes, cada vez que les cuento episodios de la época anterior a la Primera Guerra me doy cuenta, por sus preguntas estupefactas, de hasta qué punto lo que para mí sigue siendo una realidad evidente, para ellos se ha convertido en histórico o inimaginable. Y el secreto instinto que mora dentro de mi ser les da la razón: se han destruido todos los puentes entre nuestro Hoy, nuestro Ayer y nuestro Anteayer. Yo mismo no puedo dejar de maravillarme de la abundancia y variedad de cosas que hemos ido acumulando en el breve lapso de una existencia (existencia, sin duda, de lo más incómoda y amenazada), sobre todo cuando la comparo con la forma de vida de mis antepasados. El padre, el abuelo ¿de qué

habían sido testigos? Cada cual había vivido su vida singular. Una sola, desde el principio hasta el final, sin grandes altibajos, sin sacudidas ni peligros, una vida con emociones pequeñas y transiciones imperceptibles, con un ritmo acompasado, lento y tranquilo: la ola del tiempo los había llevado desde la cuna hasta la sepultura. Vivieron en el mismo país, en la misma ciudad, incluso, casi siempre, en la misma casa; todo lo que pasaba en el mundo exterior ocurría, en realidad, en los periódicos: nunca llamaba a su puerta. Es cierto que en su época en algún que otro lugar también estallaban guerras, pero, si las medimos con las dimensiones de hoy, no se trataba sino de guerras poco significantes cuyo teatro, además, se hallaba lejos de las fronteras; no se oían sus cañonazos y al cabo de medio año ya estaban apagados sus focos y olvidada una más de las secas páginas de la historia, y la vida de siempre no tardaba en volver a instalarse de nuevo. Nosotros, por el contrario, lo hemos vivido todo sin la vuelta atrás, del antes no ha quedado nada ni nada ha vuelto; se nos ha reservado a nosotros el «privilegio» de participar de lleno en todo aquello que, por lo general, la historia asigna cada vez a un solo país y un solo siglo. Una misma generación era testigo, como máximo, de una revolución; otra, de un golpe de Estado; una tercera, de una guerra; una cuarta, de una hambruna; una quinta, de una bancarrota nacional y muchos países privilegiados y no menos generaciones afortunadas ni tan siquiera habían tenido que vivir nada de esto. Nosotros, en cambio, los que hoy rondamos los sesenta años y *de iure* aún nos toca vivir algún tiempo más ¿qué *no* hemos visto, *no* hemos sufrido, *no* hemos vivido? Hemos recorrido de cabo a rabo el catálogo de todas las calamidades imaginables (y eso que aún no hemos

llegado a la última página). Yo mismo, por ejemplo, he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, y cada una de ellas la viví en un bando diferente: una en el alemán y otra, en el antialemán. Antes de la guerra había conocido la forma y el grado más altos de la libertad individual y después, su nivel más bajo desde siglos. He sido homenajeado y marginado, libre y privado de la libertad, rico y pobre. Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración; he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea. Me he visto obligado a ser testigo indefenso e impotente de la inconcebible caída de la humanidad en una barbarie como no se había visto en tiempos y que esgrimía su dogma deliberado y programático de la antihumanidad. Después de siglos, nos estaban reservadas de nuevo guerras sin declaración de guerra, campos de concentración, torturas, saqueos indiscriminados y bombardeos de ciudades indefensas; bestialidades que las últimas cincuenta generaciones no habían conocido y que ojalá no conozcan las futuras. Sin embargo, por una extraña paradoja, en el mismo lapso de tiempo en que nuestro mundo retrocedía un milenio en lo moral, también he visto a la misma humanidad elevarse hasta alturas insospechadas en lo que a la técnica y el intelecto se refiere, cuando de un aletazo ha superado todas las conquistas de millones de años: la del éter gracias al avión, la transmisión de la palabra terrenal por todo el planeta en un segundo y, con ella, la

conquista del universo, la desintegración del átomo, el triunfo sobre las enfermedades más pérfidas y la conversión en posibles de muchas cosas cotidianas que tan sólo en la víspera eran imposibles. Antes de este momento, la humanidad, como conjunto, nunca había mostrado una faceta tan diabólica ni tampoco había alcanzado cotas de creación tan parecidas a las divinas.

Considero un deber dar fe de esta vida nuestra, una vida tensa y dramáticamente llena de sorpresas, porque —repito— todo el mundo ha sido testigo de estas gigantescas transformaciones, todo el mundo se ha visto obligado a convertirse en ese testigo. Para nuestra generación no había escapatoria ni posibilidad de quedarse fuera de juego, como para las anteriores; debido a nuestra nueva organización de la simultaneidad, vivíamos siempre incluidos en el tiempo. Cuando las bombas arrasaban las casas de Shanghái, en Europa lo sabíamos, sin salir de casa, antes de que evacuasen a los heridos. Todo lo que ocurría en otro extremo del mundo, a kilómetros de distancia, nos asaltaba en forma de imágenes vivas. No había protección ni defensa alguna ante el hecho de que se nos informara constantemente y de que mostrásemos interés por esas informaciones. No había país al que poder huir ni tranquilidad que se pudiese comprar; siempre y en todas partes, la mano del destino nos atrapaba y volvía a meternos en su insaciable juego.

Había que someterse sin cesar a las exigencias del Estado, entregarse como víctima a la política más estúpida, adaptarse a los cambios más fantásticos; siempre estaba uno encadenado a la colectividad, por más tenaz que fuese su defensa; se veía uno irresistiblemente atrapado. Todo aquel que ha vivido esta

época o, mejor dicho, todo aquel que se ha visto acorralado y perseguido en este lapso (no hemos conocido muchos momentos de resuello), ha vivido más historia que ninguno de sus antepasados. Hoy nos volvemos a encontrar en un punto crucial: un fin y un nuevo comienzo. Así, pues, no actúo gratuitamente cuando acabo —de momento— esta mirada retrospectiva sobre mi vida en una fecha determinada. Es que aquel día de septiembre de 1939 pone punto final definitivo a la época que formó y educó a los que ahora tenemos sesenta años. Pero si con nuestro testimonio logramos transmitir a la próxima generación aunque sea una pavesa de sus cenizas, nuestro esfuerzo no habrá sido del todo vano.

Soy consciente de las circunstancias adversas, pero sumamente características de nuestra época, en cuyo marco intento plasmar estos recuerdos míos. Los escribo en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a mi memoria. En mi habitación de hotel, no dispongo de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de una carta de amigo. No puedo ir a buscar información a ninguna parte porque la censura ha interrumpido o ha puesto trabas a la correspondencia en todo el mundo. Vivimos ahora tan aislados como hace siglos, cuando aún no se habían inventado los barcos de vapor, los trenes, los aviones y el correo. De modo que no guardo de mi pasado más que lo que llevo detrás de la frente. En estos momentos, todo lo demás me resulta inaccesible o, incluso, perdido. Pero nuestra generación ha aprendido a conciencia a no llorar las cosas perdidas y, además, quién sabe si la falta de documentación y de detalles no acabará redundando en beneficio de este libro. Porque yo no considero a nuestra memoria como algo que retiene

una cosa por mero azar y pierde *otra* por casualidad, sino como una fuerza que ordena a sabiendas y excluye con juicio. Todo lo que olvida el hombre de su propia vida, en realidad ya mucho antes había estado condenado al olvido por un instinto interior. Sólo aquello que yo quiero conservar tiene derecho a ser conservado para los demás. Así que ¡hablad, recuerdos, elegid vosotros en lugar de mí y dad al menos un reflejo de mi vida antes de que se sumerja en la oscuridad!

EL MUNDO DE LA SEGURIDAD

> Educados en el silencio, la tranquilidad y la austeridad,
> de repente se nos arroja al mundo;
> cien mil olas nos envuelven,
> todo nos seduce, muchas cosas nos atraen,
> otras muchas nos enojan, y de hora en hora
> titubea un ligero sentimiento de inquietud;
> sentimos y lo que sentimos
> lo enjuaga la abigarrada confusión del mundo.
>
> GOETHE

Si busco una fórmula práctica para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial, la época en que crecí y me crié, confío en haber encontrado la más concisa al decir que fue la edad de oro de la seguridad. Todo en nuestra monarquía austríaca casi milenaria parecía asentarse sobre el fundamento de la duración, y el propio Estado parecía la garantía suprema de esta estabilidad. Los derechos que otorgaba a sus ciudadanos estaban garantizados por el Parlamento, representación del pueblo libremente elegida, y todos los deberes estaban exactamente delimitados. Nuestra moneda, la corona austríaca, circulaba en relucientes piezas de oro y garantizaba así su invariabilidad. Todo el mundo sabía cuánto tenía o cuánto le correspondía, qué le estaba permitido y qué prohibido. Todo tenía su norma, su medida y su peso determinados. Quien poseía una fortuna podía calcular exactamente el interés que le produciría al año; el funcionario o el militar, por su lado, con toda seguridad podían encontrar en el calendario el año en que ascendería o se jubilaría. Cada familia tenía un presupuesto fijo, sabía cuánto tenía que gastar en

vivienda y comida, en las vacaciones de verano y en la ostentación y, además, sin falta reservaba cuidadosamente una pequeña cantidad para imprevistos, enfermedades y médicos. Quien tenía una casa la consideraba un hogar seguro para sus hijos y nietos; tierras y negocios se heredaban de generación en generación; cuando un lactante dormía aún en la cuna, le depositaban ya un óbolo en la hucha o en la caja de ahorros para su camino en la vida, una pequeña «reserva» para el futuro. En aquel vasto imperio todo ocupaba su lugar, firme e inmutable, y en el más alto de todos estaba el anciano emperador; y si éste se moría, se sabía (o se creía saber) que vendría otro y que nada cambiaría en el bien calculado orden. Nadie creía en las guerras, las revoluciones ni las subversiones. Todo lo radical y violento parecía imposible en aquella era de la razón.

Dicho sentimiento de seguridad era la posesión más deseable de millones de personas, el ideal común de vida. Sólo con esta seguridad valía la pena vivir y círculos cada vez más amplios codiciaban su parte de este bien precioso. Primero, sólo los terratenientes disfrutaban de tal privilegio, pero poco a poco se fueron esforzando por obtenerlo también las grandes masas; el siglo de la seguridad se convirtió en la edad de oro de las compañías de seguros. La gente aseguraba su casa contra los incendios y los robos, los campos contra el granizo y las tempestades, el cuerpo contra accidentes y enfermedades; suscribía rentas vitalicias para la vejez y depositaba en la cuna de sus hijas una póliza para la futura dote. Finalmente incluso los obreros se organizaron, consiguieron un salario estable y seguridad social; el servicio doméstico ahorraba para un seguro de previsión

para la vejez y pagaba su entierro por adelantado, a plazos. Sólo aquel que podía mirar al futuro sin preocupaciones gozaba con buen ánimo del presente.

En esta conmovedora confianza en poder empalizar la vida hasta la última brecha, contra cualquier irrupción del destino, se escondía, a pesar de toda la solidez y la modestia de tal concepto de la vida, una gran y peligrosa arrogancia. El siglo XIX, con su idealismo liberal, estaba convencido de ir por el camino recto e infalible hacía «el mejor de los mundos». Se miraba con desprecio a las épocas anteriores, con sus guerras, hambrunas y revueltas, como a un tiempo en que la humanidad aún era menor de edad y no lo bastante ilustrada. Ahora, en cambio, superar definitivamente los últimos restos de maldad y violencia sólo era cuestión de unas décadas, y esa fe en el «progreso» ininterrumpido e imparable tenía para aquel siglo la fuerza de una verdadera religión; la gente había llegado a creer más en dicho «progreso» que en la Biblia, y su evangelio parecía irrefutablemente probado por los nuevos milagros que diariamente ofrecían la ciencia y la técnica. En efecto, hacia finales de aquel siglo pacífico, el progreso general se fue haciendo cada vez más visible, rápido y variado. De noche, en vez de luces mortecinas, alumbraban las calles lámparas eléctricas, las tiendas de las capitales llevaban su nuevo brillo seductor hasta los suburbios, uno podía hablar a distancia con quien quisiera gracias al teléfono, el hombre podía recorrer grandes trechos a nuevas velocidades en coches sin caballos y volaba por los aires, realizando así el sueño de Ícaro. El confort salió de las casas señoriales para entrar en las burguesas, ya no hacía falta ir a buscar agua a las fuentes o los pozos, ni encender fuego en los hogares a duras penas; la higiene se

extendía, la suciedad desaparecía. Las personas se hicieron más bellas, más fuertes, más sanas, desde que el deporte aceró sus cuerpos; poco a poco, por las calles se fueron viendo menos lisiados, enfermos de bocio y mutilados, y todos esos milagros eran obra de la ciencia, el arcángel del progreso. También hubo avances en el ámbito social; año tras año, el individuo fue obteniendo nuevos derechos, la justicia procedía con más moderación y humanidad e incluso el problema de los problemas, la pobreza de las grandes masas, dejó de parecer insuperable. Se otorgó el derecho de voto a círculos cada vez más amplios y, con él, la posibilidad de defender legalmente sus intereses; sociólogos y catedráticos rivalizaban en el afán de hacer más sana e incluso más feliz la vida del proletariado ¿Es de extrañar, pues, que aquel siglo se deleitara con sus propias conquistas y considerara cada década terminada como un mero peldaño hacia otra mejor? Se creía tan poco en recaídas en la barbarie —por ejemplo, guerras entre los pueblos de Europa— como en brujas y fantasmas; nuestros padres estaban plenamente imbuidos de la confianza en la fuerza infaliblemente aglutinadora de la tolerancia y la conciliación. Creían honradamente que las fronteras de las divergencias entre naciones y confesiones se fusionarían poco a poco en un humanismo común y que así la humanidad lograría la paz y la seguridad, esos bienes supremos.

Para los hombres de hoy, que hace tiempo excluimos del vocabulario la palabra «seguridad» como un fantasma, nos resulta fácil reírnos de la ilusión optimista de aquella generación, cegada por el idealismo, para la cual el progreso técnico debía ir seguido necesariamente de un progreso moral igual de veloz. Nosotros, que en el

nuevo siglo hemos aprendido a no sorprendernos ante cualquier nuevo brote de bestialidad colectiva, nosotros, que todos los días esperábamos una atrocidad peor que la del día anterior, somos bastante más escépticos respecto a la posibilidad de educar moralmente al hombre. Tuvimos que dar la razón a Freud cuando afirmaba ver en nuestra cultura y en nuestra civilización tan sólo una capa muy fina que en cualquier momento podía ser perforada por las fuerzas destructoras del infierno; hemos tenido que acostumbrarnos poco a poco a vivir sin el suelo bajo nuestros pies, sin derechos, sin libertad, sin seguridad. Para salvaguardar nuestra propia existencia, renegamos ya hace tiempo de la religión de nuestros padres, de su fe en un progreso rápido y duradero de la humanidad; a quienes aprendimos con horror nos parece banal aquel optimismo precipitado a la vista de una catástrofe que, de un solo golpe, nos ha hecho retroceder mil años de esfuerzos humanos. Sin embargo, a pesar de que nuestros padres habían servido a una ilusión, se trataba de una ilusión magnífica y noble, mucho más humana y fecunda que las consignas de hoy. Y algo dentro de mí no puede desprenderse completamente de ella, por alguna razón misteriosa, a pesar de todas las experiencias y de todos los desengaños. Lo que un hombre, durante su infancia, ha tomado de la atmósfera de la época y ha incorporado a su sangre, perdura en él y ya no se puede eliminar. Y, a pesar de todo lo que resuena en mis oídos todos los días, a pesar de todas las humillaciones y pruebas que yo y mis innumerables compañeros de destino hemos padecido, no puedo renegar del todo de la fe de mi juventud y dejar de creer que, a pesar de todo, volveremos a levantarnos un día. Desde el abismo de horror en que hoy, medio ciegos,

avanzamos a tientas con el alma turbada y rota, sigo mirando aún hacia arriba en busca de las viejas constelaciones que brillaban sobre mi infancia y me consuelo, con la confianza heredada, pensando que un día esta recaída aparecerá como un mero intervalo en el ritmo eterno del progreso incesante.

Hoy, cuando ya hace tiempo que la gran tempestad lo aniquiló, sabemos a ciencia cierta que aquel mundo de seguridad fue un castillo de naipes. Sin embargo, mis padres vivieron en él como en una casa de piedra. Ninguna tempestad ni corriente de aire irrumpió jamás en su plácida y holgada existencia; cierto que disponían de una protección especial contra el viento: eran gente acomodada que poco a poco fue haciéndose rica, incluso muy rica, y eso, en aquella época, era un buen colchón para asegurar paredes y ventanas. Su forma de vida me parece tan típica de la llamada «buena burguesía judía» (la burguesía que hubo de dar a la cultura vienesa valores tan esenciales y que, como contrapartida, hubo de ser totalmente exterminada) que, con este informe sobre su existencia cómoda y silenciosa, narro en realidad algo impersonal: al igual que mis padres, diez o veinte mil familias de Viena llevaron la misma vida en aquel siglo de valores asegurados.

La familia de mi padre procedía de Moravia. Las comunidades judías vivían en pequeñas aldeas en perfecta armonía con la gente labriega y la pequeña burguesía; por eso carecían por completo, por un lado, del abatimiento y, por otro, de la impaciencia grácilmente impulsiva de los judíos del Este. Robustos, fortalecidos por la vida del campo, seguían su camino seguros y tranquilos como los campesinos que labraban su terruño patrio. Emancipados pronto de la ortodoxia

religiosa, eran apasionados partidarios de la religión del «progreso» de la época y, en la era política del liberalismo, situaron en el Parlamento a los diputados más respetados. Cuando se mudaban de su tierra natal a Viena, se adaptaban con una rapidez sorprendente a la esfera cultural superior y su ascenso personal se unía orgánicamente al impulso general de la época. Por lo que respecta a esta forma de transición, también nuestra familia fue un caso completamente típico. Mi abuelo paterno se había dedicado a vender productos manufacturados. Después, en la segunda mitad del siglo, despegó en Austria la actividad industrial. Los telares y las hiladoras mecánicos, importados de Inglaterra, aportaron, junto con la racionalización, un abaratamiento enorme en comparación con los productos de artesanía tradicionales y, gracias a su talento para los negocios y a su visión cosmopolita, los comerciantes judíos fueron los primeros en reconocer la necesidad y la rentabilidad de un cambio en la producción industrial de Austria. Con un capital a menudo módico fundaron en un abrir y cerrar de ojos aquellas primeras fábricas improvisadas que al principio sólo funcionaban con la fuerza hidráulica, pero que poco a poco se fueron ampliando hasta llegar a convertirse en la poderosa industria textil bohemia que dominó toda Austria y los Balcanes. Si, por tanto, el abuelo, representante típico de la época anterior, se dedicó sólo al comercio intermediario de los productos acabados, mi padre ya pasó con decisión a la era moderna, fundando en el norte de Bohemia, a los treinta y tres años, una pequeña fábrica de tejidos que con el tiempo fue ampliando, lenta y cautelosamente, hasta convertirla en toda una soberbia empresa.

Esta forma prudente de ampliar el negocio, a pesar de que la coyuntura era tentadoramente favorable, se adecuaba plenamente al espíritu de la época. Se correspondía, además, de una manera especial, con el carácter reservado y nada codicioso del padre, que había asimilado el credo de la época: *safety first*; para él era más importante tener una empresa «sólida» (otra palabra predilecta de aquellos tiempos) con un capital propio, que convertirla en una empresa de grandes dimensiones a base de créditos o hipotecas. El hecho de que nadie hubiera visto jamás su nombre en un pagaré o en una letra de cambio y sólo figurara en el lado acreedor de su banco (por supuesto la entidad de crédito más sólida, el banco Rotschild) fue el único orgullo de su vida. Se oponía a cualquier ganancia que comportase la menor sombra de riesgo y en toda su vida jamás participó en negocios ajenos. Sin embargo, si llegó a hacerse rico poco a poco, y cada vez más rico, no fue gracias a especulaciones audaces ni a operaciones a largo plazo, sino a su adaptación al método general que se seguía en aquella época prudente y que consistía en emplear sólo una parte discreta de los ingresos y, en consecuencia, todos los años añadir al capital una suma cada vez más considerable. Como la mayor parte de su generación, mi padre habría tachado de derrochador a quien consumiera despreocupadamente la mitad de sus ingresos sin «pensar en el mañana» (otra de las frases habituales de la era de la seguridad que ha pervivido hasta nosotros). Gracias a este ahorro constante de los beneficios, en aquella época de prosperidad creciente —en la que, además, el Estado no pensaba en pellizcar con impuestos más que un pequeño porcentaje, incluso de las rentas más altas, y en la que, por otro lado, los valores industriales y del Estado

producían intereses altos—, el hacerse cada vez más ricos en realidad no significaba para los acaudalados más que un esfuerzo pasivo. Y valía la pena; aún no se robaba a los ahorradores, como en los tiempos de inflación, no se estafaba a los solventes, y precisamente los más pacientes, los que no especulaban, obtenían mejores beneficios. Gracias a esta adaptación al sistema general de la época, mi padre, ya a los cincuenta años, podía considerarse un hombre acaudalado, también de acuerdo con los criterios internacionales. Pero el tren de vida de nuestra familia no siguió sino hasta mucho más tarde el aumento de la fortuna, cada vez más rápido. Poco a poco nos fuimos permitiendo pequeñas comodidades, nos mudamos de una casa pequeña a otra más espaciosa, las tardes de primavera alquilábamos un automóvil, viajábamos en coche cama de segunda clase, pero hasta los cincuenta años mi padre no se permitió el lujo de pasar un mes de vacaciones invernales, en Niza, con mi madre. En definitiva, permanecía inalterable la postura fundamental de disfrutar de la riqueza poseyéndola y no haciendo ostentación de ella; ni siquiera siendo ya millonario fumó mi padre cigarros habanos, sino sólo los *trabucco* nacionales, al igual que el emperador Francisco José sólo sus baratos *virginia*, y cuando jugaba a las cartas, no apostaba más que cantidades pequeñas. Inflexible, llevaba una vida cómoda, pero reservada y discreta. Aun cuando tenía incomparablemente más prestigio y cultura que la mayoría de sus colegas (tocaba muy bien el piano, escribía en un estilo claro y bello, hablaba francés e inglés), rehusó honores y cargos honoríficos, nunca en su vida pretendió ni aceptó ninguno de los títulos y distinciones que a menudo se le ofrecían por su posición de gran industrial. Este orgullo

secreto de no tener que pedir nunca nada a nadie, de no verse obligado nunca a decir «por favor» o «gracias», significaba para él más que todas las apariencias.

Ahora bien, en la vida de todo hombre irremisiblemente llega el momento en que éste reencuentra la imagen de su padre en la suya propia. Ese rasgo característico que denotaba una inclinación hacia la privacidad y el anonimato de su propia vida, empieza ahora a desarrollarse en mí, cada año con más pujanza, por mucho que, a decir verdad, se contradiga con mi profesión, que, en cierta manera, por fuerza tiene que dar a conocer mi nombre y a mi persona. Aun así, con el mismo orgullo secreto he rechazado desde siempre cualquier forma de distinción pública, no he aceptado condecoraciones ni títulos ni presidencias de academias ni jurados; incluso sentarme a la mesa en un banquete me resulta un martirio y la sola idea de dirigirme a alguien para pedirle algo me seca los labios antes de pronunciar la primera palabra, aun cuando mi petición sea en favor de otra persona. Sé cuán anacrónicas son estas inhibiciones en un mundo en el que uno se puede mantener libre sólo con astucia y evasivas y en el que, como decía sabiamente el padre Goethe, «las condecoraciones y los títulos evitan muchos empujones en las aglomeraciones». Pero mi padre, al que llevo dentro de mí, y su orgullo secreto, me retienen y no puedo oponerles resistencia, porque les debo lo que quizá considero mi única posesión segura: el sentimiento de libertad interior.

Mi madre, de soltera Brettauer, era de procedencia distinta, cosmopolita. Había nacido en Ancona, en el sur de Italia, y tanto el italiano como el alemán eran sus lenguas maternas; cada vez que hablaba con la abuela o

con su hermana de algo que no quería que entendieran los criados, pasaba al italiano. Desde mi infancia yo estaba familiarizado con el *risotto* y las alcachofas, todavía raras por aquel entonces, así como con otras especialidades de la cocina meridional, y posteriormente, siempre que viajaba a Italia, me sentía allí como en casa desde el primer momento. Pero la familia de mi madre no era en absoluto italiana, sino conscientemente cosmopolita; los Brettauer, que originariamente eran propietarios de un banco, pronto se habían dispersado por el mundo desde Hohenems, un pueblecito de la frontera suiza, siguiendo el modelo de las grandes familias banqueras judías, aunque, claro está, en dimensiones mucho más pequeñas. Unos se marcharon a Sankt Gallen, otros a Viena y a París, el abuelo a Italia, un tío a Nueva York, y ese contacto con lo internacional les confirió modales más refinados, una visión más amplia y, por añadidura, un cierto orgullo de familia. En este círculo familiar ya no existían pequeños comerciantes ni corredores de bolsa, sino sólo banqueros, directores, catedráticos, abogados y médicos; todos hablaban más de una lengua, y recuerdo la naturalidad con que en casa de la tía de París, durante las comidas, se pasaba de una a otra indistintamente. Era una familia muy «apegada a sí misma» y, cuando una muchacha de una rama más pobre de la familia llegaba a la edad casadera, toda la parentela contribuía con una dote espléndida sólo para evitar un casamiento por «debajo de su clase». Mi padre, desde luego, era respetado como gran industrial, pero mi madre, aunque unida a él por un matrimonio de lo más feliz, no hubiera consentido que los parientes de él quedasen en la misma posición que los de ella. Este orgullo de pertenecer a una «buena familia»

era inextirpable en todos los Brettauer y, cuando en años ulteriores uno de ellos quería manifestarme su afecto, decía en tono condescendiente: «Al fin y al cabo eres un Brettauer de pura cepa», como si con ello quisiera decir a modo de alabanza: «Al fin y al cabo, te ha tocado en suerte ser de los nuestros».

Esta clase de nobleza, que muchas familias judías se otorgaban *motu proprio*, a mi hermano y a mí desde pequeños ya nos divertía, ya nos irritaba. Constantemente oíamos decir que éstos eran gente «fina» y aquéllos gente «ordinaria», de todos nuestros amigos se investigaba si eran de «buena» familia y se comprobaba tanto el origen de sus parientes hasta la última generación como el de su fortuna. Esta manía de clasificar, que era realmente el objeto principal de todas las conversaciones familiares y sociales, nos parecía de lo más ridículo y esnob a la vez, ya que en el fondo todas las familias judías procedían del mismo gueto, con una diferencia de tan sólo cincuenta o cien años. Sólo más tarde comprendí que el concepto de «buena familia», que a los niños nos parecía una farsa y una parodia de una pseudo-aristocracia artificial, expresaba una de las tendencias más íntimas y secretas del carácter judío. En opinión generalmente aceptada, la verdadera y típica finalidad de la vida de un judío consiste en hacerse rico. Nada más falso. Para él, llegar a ser rico significa sólo un escalón, un medio para lograr el auténtico objetivo, pero nunca es un fin en sí mismo. El deseo propiamente dicho del judío, su ideal inmanente, es ascender al mundo del espíritu, a un estrato cultural superior. Ya en el judaísmo ortodoxo oriental, donde tanto las debilidades de toda la raza como sus méritos se dibujan nítidos e intensos, encuentra esa aspiración de la voluntad a lo espiritual

por encima de lo meramente material su expresión plástica: el hombre piadoso, el erudito de la Biblia, está mil veces mejor visto por la comunidad que el rico; incluso el más acaudalado preferirá entregar a su hija en matrimonio a un intelectual pobre de solemnidad que a un comerciante. Esta preferencia por el mundo del espíritu es homogénea en todos los estamentos; incluso el quincallero más pobre que arrastra sus bártulos a través del viento y la tempestad procurará dar estudios al menos a un hijo a costa de grandes sacrificios, y toda la familia considerará como un título honroso tener en su seno a alguien que goce de reconocimiento en el mundo intelectual: un profesor, un erudito, un músico; como si sus méritos los ennobleciesen a todos. Algo del judío trata de huir de lo moralmente dudoso, de lo adverso, mezquino y poco intelectual, inherente a todo comercio, a toda actividad puramente mercantil, y aspira a ascender a la esfera más pura, no materialista, del espíritu, como si quisiera, en términos wagnerianos, redimirse a sí mismo, y a toda la raza, de la maldición del dinero. He ahí por qué el afán de riqueza del judaísmo se agota en una familia al cabo de dos o a lo sumo tres generaciones, y precisamente las dinastías más poderosas encuentran a sus hijos mal predispuestos a hacerse cargo de los bancos, las fábricas, los negocios ampliados y prósperos de sus padres. No se debe a una casualidad el que un lord Rothschild llegase a ser ornitólogo, un Warbug, historiador del arte, un Cassirer, filósofo, y un Sassoon, poeta; todos obedecieron al mismo impulso inconsciente de liberarse de lo que un judaísmo estrecho de miras había limitado al mero y frío ganar dinero, y quizás en eso se manifiesta incluso el anhelo secreto de diluirse en la esfera humana común, huyendo de la

puramente judía hacia el mundo del espíritu. «Buena» familia significa, pues, algo más que un elemento puramente social que ella misma se otorga con este calificativo; significa un judaísmo que se ha liberado o empieza a liberarse de todos los defectos, las mezquindades y pequeñeces que el gueto le había impuesto, a fuer de adaptarse a otra cultura y, si era posible, a una cultura universal. El hecho de que esa huida al mundo del espíritu a través de una plétora desproporcionada de profesiones intelectuales se tornara después nefasta para el judaísmo, como antes su limitación a los quehaceres materiales, constituye sin duda una de las paradojas eternas del destino judío.

En ninguna otra ciudad europea el afán de cultura fue tan apasionado como en Viena. Precisamente porque la monarquía y Austria no habían tenido desde hacía siglos ambiciones políticas ni demasiados éxitos en acciones militares, el orgullo patrio se había orientado principalmente hacia el predominio artístico. Del antiguo imperio de los Habsburgos, que antaño había dominado Europa, se habían desprendido hacía tiempo las provincias más importantes y valiosas: alemanas e italianas, flamencas y valonas; la capital, el baluarte de la corte, la guardiana de una tradición milenaria, había permanecido incólume, sumida en su viejo esplendor. Los romanos habían colocado las primeras piedras de un *castrum*, un puesto avanzado, para proteger la civilización latina de la barbarie y, al cabo de más de mil años, el asalto de los otomanos se estrelló contra aquellos muros. Por aquí habían pasado los Nibelungos, desde aquí iluminó al mundo la constelación de los siete astros inmortales de la música: Gluck, Haydn y Mozart, Beethoven, Schubert, Brahms y Johann Strauss, aquí

confluyeron todas las corrientes de la cultura europea; en la corte, entre la nobleza y entre el pueblo, lo alemán se unía con alianzas de sangre con lo eslavo, lo húngaro, lo español, lo italiano, lo francés y lo flamenco, y el verdadero genio de esta ciudad de la música consistió en refundir armónicamente todos esos contrastes en un elemento nuevo y peculiar: el austríaco, el vienés. Acogedora y dotada de un sentido especial de la receptividad, la ciudad atraía las fuerzas más dispares, las distendía, las mullía y las serenaba; vivir en semejante atmósfera de conciliación espiritual era un bálsamo, y el ciudadano, inconscientemente, era educado en un plano supranacional, cosmopolita, para convertirse en ciudadano del mundo.

Este arte de la adaptación, de las transiciones suaves y musicales, no tardó en manifestarse en el aspecto exterior de la ciudad. Crecida poco a poco a lo largo de siglos, desplegada orgánicamente a partir de un núcleo central, era lo bastante populosa, con sus dos millones de habitantes, como para ofrecer todo el lujo y toda la variedad de una metrópoli, sin ser desmesurada, a la vez, hasta el punto de separarse de la naturaleza, como Londres o Nueva York. Las últimas casas de la ciudad se reflejaban en la corriente impetuosa del Danubio o daban a la extensa llanura o se perdían entre jardines y campos o subían por las suaves colinas de las últimas estribaciones de los Alpes, rodeadas de verdes bosques; era difícil saber dónde terminaba la naturaleza y empezaba la ciudad, ambas se confundían sin resistencia ni oposición. Por otro lado, en el centro se notaba que la ciudad había crecido como un árbol, añadiendo anillos uno tras otro y, en vez de viejos muros fortificados, a la parte interior, su núcleo más precioso, la rodeaba la

Ringstrasse, con sus casas suntuosas. Aquí los viejos palacios de la corte y de la nobleza contaban historias convertidas en piedra; ahí Beethoven había tocado el piano en casa de los Lichnowsky; allí Haydn se había alojado en casa de los Eszterházy; más allá, en la vieja universidad, había sonado por primera vez la *Creación* de Haydn; el palacio imperial, el Hofburg, había contemplado a generaciones de emperadores; el Schönbrunn había visto a Napoleón; en la catedral de San Esteban, los príncipes aliados de la cristiandad se habían arrodillado en acción de gracias por haberse salvado de los turcos; la Universidad vio entre sus paredes a incalculables lumbreras de la ciencia. En medio se alzaba, orgullosa y fastuosa, la nueva arquitectura, con espléndidas avenidas y rutilantes comercios. Pero la parte vieja no estaba en absoluto reñida con la nueva, como la piedra labrada con la naturaleza virgen. Era magnífico vivir allí, en esa ciudad que acogía todo lo extranjero con hospitalidad y se le entregaba de buen grado; era de lo más natural disfrutar de la vida en su aire ligero y, como en París, impregnado de alegría. Viena, como bien se sabe, era una ciudad sibarita, pero ¿qué significa cultura sino obtener de la tosca materia de la vida, a fuerza de halagos, sus ingredientes más exquisitos, más delicados y sutiles a través del arte y del amor? Amantes de la buena cocina, preocupados por el buen vino, la joven cerveza amarga, los dulces y las tartas abundantes, los habitantes de esta ciudad también eran muy exigentes en otros placeres, más refinados. Interpretar música, bailar, actuar en el escenario, conversar, exhibir modales elegantes y obsequiosos en el comportamiento, todo eso se cultivaba como un arte especial. No era el mundo militar ni el político ni el

comercial lo que se imponía en la vida tanto del individuo como de la colectividad; la primera ojeada al periódico de la mañana de un vienés medio no iba dirigida a los debates parlamentarios ni a los acontecimientos mundiales, sino al repertorio de teatro, que adquiría una importancia en la vida pública difícilmente comprensible en otras ciudades. Pues el teatro imperial, el Burgtheater, era para los vieneses y los austríacos más que un simple escenario en que unos actores interpretaban obras de teatro; era el microcosmos que reflejaba el macrocosmos, el reflejo multicolor en que se miraba la sociedad, el único y verdadero *cortigiano* del buen gusto. El espectador veía en el actor de la corte imperial el modelo de cómo vestirse, cómo entrar en una habitación, cómo llevar una conversación, qué palabras debía usar un hombre de buen gusto y cuáles debía evitar; el escenario no era un simple lugar de entretenimiento, sino un compendio hablado y plástico de urbanidad y buena pronunciación, y un nimbo de respeto, como una aureola de santidad, envolvía todo lo que tenía alguna relación, por lejana que fuese, con el teatro de la corte. El primer ministro, el magnate más rico, podía ir por las calles de Viena sin que nadie volviera la cabeza para mirarlo; en cambio, cualquier dependienta y cualquier cochero reconocía a un actor de la corte o a una cantante de la ópera; los niños nos contábamos con orgullo que habíamos tropezado con uno de ellos en la calle (todos coleccionábamos sus retratos y autógrafos), y este culto a la personalidad, casi religioso, llegó hasta el punto de contagiarse a su medio; el peluquero de Sonnenthal o el cochero de Josef Kainz eran personas respetadas y secretamente envidiadas; los jóvenes elegantes se jactaban de ir vestidos por el mismo

sastre que ellos. Cualquier aniversario, cualquier entierro, se convertía en un acontecimiento que eclipsaba todo hecho político. El sueño supremo de todo escritor vienés era verse representado en el Burgtheater, porque eso significaba una especie de nobleza vitalicia y comprendía toda una serie de honores como, por ejemplo, entradas gratis para toda la vida, invitaciones a todas las recepciones oficiales; de esta manera uno se convertía en huésped de la casa imperial, y yo todavía recuerdo la solemnidad de mi introducción en ella. Por la mañana, el director del Burgtheater me había pedido que fuera a su despacho para comunicarme, después de felicitarme, que el Burgtheater había aceptado mi drama; cuando regresé a casa aquella noche, encontré su tarjeta. A mis veintiséis años, aquel hombre me había devuelto formalmente la visita; el hecho de que mi obra hubiese sido aceptada me había convertido en autor del teatro imperial y en un *gentleman* al que el director de aquella institución debía tratar *au pair*. Y todo lo que ocurría en el teatro afectaba indirectamente a todos, incluso a quien no tenía una relación directa con él. Recuerdo, por ejemplo, de la época de mis primeros años de juventud, que un día nuestra cocinera, con lágrimas en los ojos, irrumpió en la habitación: le acababan de comunicar que Charlotte Wolter (la actriz más famosa del Burgtheater) había muerto. Lo más grotesco de aquel dolor exagerado era, por supuesto, que nuestra anciana cocinera medio analfabeta no había estado ni una sola vez en el Burgtheater y no había visto a la Wolter ni dentro ni fuera del escenario; pero en Viena, una gran actriz nacional era propiedad colectiva hasta tal punto que incluso los que no se interesaban por el teatro percibían su muerte como una catástrofe. Cualquier pérdida, la

desaparición de un cantante o de un actor popular, se convertía irremediablemente en luto nacional. Cuando el «viejo» Burgtheater, donde por primera vez sonaron las notas de *Las bodas de Fígaro* de Mozart, estaba a punto de ser demolido, toda la sociedad vienesa se reunió en sus salones, solemne y conmovida, como si se tratara de un entierro; apenas hubo caído el telón, todo el mundo se precipitó hacia el escenario para llevarse a casa como reliquia siquiera una astilla de las tablas sobre las que habían actuado sus artistas favoritos, y, después de décadas, todavía se podían ver en muchas casas burguesas esos insignificantes trozos de madera guardados en estuches preciosos como los fragmentos de la vera cruz en las iglesias. Tampoco nosotros actuamos con mucha más sensatez cuando derribaron el llamado salón Bösendorfer.

En sí misma, aquella pequeña sala de conciertos, reservada exclusivamente a la música de cámara, era un edificio insignificante y nada artístico; había albergado la escuela de equitación del príncipe de Liechtenstein y fue adaptada para conciertos con un simple revestimiento de madera sin ningún tipo de ostentación. Pero, con su resonancia de un viejo violín, era el santuario de los amantes de la música, porque allí habían dado conciertos Chopin y Brahms, Liszt y Rubinstein, y porque allí se habían oído por primera vez muchos cuartetos famosos. Y ahora tenía que ser sacrificado a un nuevo proyecto de edificio funcional; para nosotros, que habíamos vivido horas inolvidables en aquel edificio, eso era inconcebible. Cuando se extinguieron los últimos compases de Beethoven, interpretado, más brillantemente que nunca, por el Roséquartett, nadie se levantó de su asiento. Alborotamos y aplaudimos, algunas mujeres sollozaron

emocionadas, nadie quería admitir que se trataba de un adiós. Apagaron las luces para echarnos fuera. Ninguno de los cuatrocientos o quinientos fanáticos se movió de su localidad. Permanecimos allí media hora, una hora, como si con nuestra presencia pudiéramos forzar la salvación de la vieja sala sagrada. Y los estudiantes, ¡cómo luchamos —con peticiones, manifestaciones y artículos— para que no demolieran la casa donde murió Beethoven! Cada una de esas casas históricas de Viena era como un trozo de alma que nos arrancaban.

Este fanatismo por el arte, y en particular por el arte teatral, en Viena se hacía extensivo a todas las clases sociales. De por sí, Viena era, por su tradición secular, una ciudad claramente estratificada y a la vez, como escribí en cierta ocasión, maravillosamente orquestada. La batuta seguía en manos de la casa imperial. El castillo imperial era el centro de la supranacionalidad de la monarquía, y no sólo en el sentido del espacio sino también de la cultura. Alrededor del castillo, los palacios de la alta nobleza austríaca, polaca, checa y húngara formaban una especie de segunda muralla. A continuación estaba la «buena sociedad», integrada por la nobleza inferior, el alto funcionariado, la industria y las «viejas familias» y, luego, por debajo, la pequeña burguesía y el proletariado. Todas estas capas sociales vivían en sus círculos respectivos e incluso en sus propios distritos: la alta nobleza, en sus palacios del centro de la ciudad; la diplomacia, en el tercer distrito; la industria y el comercio, cerca de la Tingstrasse; la pequeña burguesía, en los distritos interiores, del segundo al noveno; el proletariado, en el círculo exterior; pero todos formaban una misma comunidad en el teatro y en las grandes fiestas, como, por ejemplo, la batalla de flores

del Prater, donde trescientas mil personas aclamaban a las «diez mil de arriba» que desfilaban en sus carrozas magníficamente adornadas. En Viena, todo lo que se expresaba con música o color se convertía en motivo de fiesta: procesiones religiosas, como la del Corpus, desfiles militares, la «Burgmusik», incluso los entierros tenían una concurrencia entusiasta, y la ambición de todo verdadero vienés era tener unas «buenas honras fúnebres», con mucha pompa y un gran séquito; un verdadero vienés convertía incluso su muerte en un espectáculo para los demás. Esa sensibilidad por todo lo que fuera color, música y fiesta, ese gusto por el teatro como juego y reflejo de la vida, ya fuera en el escenario ya en la realidad, eran cosas que compartía toda la ciudad.

No era nada difícil burlarse de la «teatromanía» de los vieneses, que, a decir verdad, con su obsesión por escudriñar en los hechos más banales de la vida de sus ídolos, degeneraba a veces en lo grotesco, y nuestra indolencia austríaca en cuestiones de política y nuestro atraso en las de economía, en comparación con el resoluto Imperio Alemán vecino, se pueden atribuir efectivamente, en parte, a esa jubilosa sobrestimación. Ahora bien, en el plano cultural dicha sobrevaloración de los acontecimientos artísticos generó algo único: primero, un respeto extraordinario por toda producción artística; segundo, como consecuencia de siglos de práctica, una masa de expertos; y tercero, gracias a ellos, un nivel excelente en todos los campos culturales. El artista se siente siempre más a gusto y a la vez más estimulado allá donde es valorado e incluso sobrevalorado. El arte siempre alcanza la cima allá donde se convierte en motivo vital para todo un pueblo. Y al igual que durante

el Renacimiento Florencia y Roma atraían a los pintores y les inculcaban la grandeza, porque todo el mundo creía que tenían que superarse y superar a los demás ininterrumpidamente en una rivalidad constante ante todos los ciudadanos, así también los músicos y los actores de Viena conocían su importancia en la ciudad. Nada pasaba por alto al público de la Ópera de Viena y del Burgtheater: se daba cuenta inmediatamente de una nota falsa, censuraba cualquier entrada a destiempo y cualquier supresión, y ese control no lo ejercían tan sólo los críticos en los estrenos, sino también todos los días el oído atento del público, aguzado por la constante comparación. Mientras en política, en la administración y en la moral todo iba como una seda y la gente se mostraba indiferente y bonachona ante un «desliz» e indulgente ante una falta, no había perdón para las cosas del arte; estaba en juego el honor de la ciudad. Todo cantante, actor y músico tenía que dar lo mejor de sí mismo; si no, estaba perdido. Era fantástico ser un ídolo en Viena, pero no era fácil mantenerse en el pedestal; no se perdonaba un momento de relajación. Y el hecho de saberse constante y despiadadamente vigilado obligaba al artista de Viena a dar el máximo y les confería a todos ese extraordinario nivel. De aquellos años de juventud todos aprendimos a incorporar en nuestra vida una medida estricta e inexorable de la producción artística. Quien en la Ópera conoció la disciplina férrea hasta el detalle más ínfimo bajo la batuta de Gustav Mahler y en los conciertos filarmónicos supo qué era tener empuje, además, claro está, de meticulosidad, hoy rara vez se queda satisfecho del todo ante una representación teatral o musical. Pero así hemos aprendido a ser severos también con nosotros mismos en cada una de nuestras

actuaciones artísticas; teníamos y tenemos por modelo un nivel como pocas ciudades del mundo han inculcado a los futuros artistas. Además, este conocimiento del ritmo y de la fuerza adecuados penetró también en el pueblo, pues incluso el burgués más insignificante, sentado ante una copa de vino joven, exigía tan buena música de la orquesta del local como buen vino del tabernero; en el Prater, por otro lado, la gente sabía exactamente qué banda militar tenía el mejor «aire marcial», si los «Grandes Maestros de la Orden Teutónica» o los «Húngaros»; se puede decir que quien vivía en Viena respiraba con aire el sentido del ritmo. Y así como en el caso de los escritores esa musicalidad se traducía en una prosa especialmente cuidada, en el caso de los demás el sentido del ritmo impregnaba la conducta social y la vida diaria.

Un vienés sin sentido musical ni gusto por las formas era inimaginable en la llamada «buena» sociedad, pero incluso en las clases inferiores el más pobre extraía del paisaje mismo, de la esfera humana y jovial, un cierto instinto para la belleza que trasladaba a su vida; uno no era auténticamente vienés sin el amor por la cultura, sin ese sentido que le permitía analizar a la vez que gozar de esa superfluidad sacratísima de la vida.

Ahora bien, la adaptación al medio del pueblo o del país en cuyo seno viven, no es para los judíos sólo una medida de protección externa, sino también una profunda necesidad interior. Su anhelo de patria, de tranquilidad, de reposo y de seguridad, sus ansias de no sentirse extraños, les empujan a adherirse con pasión a la cultura de su entorno. Y seguramente en ninguna otra parte (salvo en la España del siglo XV) esta unión se realizó tan fructífera y felizmente como en Austria.

Establecidos en la ciudad imperial durante más de dos siglos, los judíos encontraron en ella a un pueblo despreocupado, dado a la conciliación, que, tras esta fachada de aparente superficialidad, poseía un instinto innato y profundo para los valores espirituales y estéticos, tan importantes para ellos. Y algo más encontraron en Viena: encontraron aquí una misión personal. En el siglo anterior, el fomento del arte había perdido en Viena a sus viejos mecenas y protectores: la casa imperial y la aristocracia. Mientras que en el siglo XVIII María Teresa hacía estudiar música a su hija con Gluck, José II hablaba como experto con Mozart de sus óperas y Leopoldo III componía su propia música, los emperadores posteriores, Francisco II y Fernando, ya no tenían ni pizca de interés por lo artístico, y nuestro emperador Francisco José, quien a sus ochenta años no había leído ni tenido en sus manos un solo libro, excepto el de la *Lista de oficiales del ejército*, mostró incluso una franca antipatía por la música. Del mismo modo, la alta nobleza también había abandonado su antigua posición protectora; atrás quedaban los gloriosos tiempos en que los Eszterházy habían alojado a un Haydn, en que los Lobkowitz y los Kinsky y los Walstein rivalizaban por acoger en sus palacios los estrenos de las obras de Beethoven, en que una condesa Thun se arrodillaba ante el gran genio para suplicarle que no retirara *Fidelio* de la Ópera. Wagner, Brahms y Johann Strauss o Hugo Wolf ya no encontraban el menor apoyo en Viena; para mantener los conciertos filarmónicos en el nivel de antes, para hacer posible la existencia de pintores y escultores, hizo falta que la burguesía llenara ese vacío, y no fue sino precisamente la burguesía judía quien convirtió en motivo de orgullo, y también de ambición, el poder

contribuir en primera línea a conservar en su antiguo esplendor la fama de la cultura vienesa. Los judíos desde siempre habían amado a esta ciudad y se habían aclimatado a ella con toda su alma, pero tan sólo a través de su amor por el arte se sintieron ciudadanos de pleno derecho y auténticos vieneses. Por lo demás, ejercían muy poca influencia en la vida pública; el esplendor de la casa imperial eclipsaba toda fortuna privada, los altos cargos de dirección del Estado estaban en manos hereditarias: la diplomacia quedaba reservada a la aristocracia, el ejército y el alto funcionariado, a las familias de rancio abolengo, y los judíos ni siquiera tenían la ambición de abrirse camino entre estos círculos privilegiados. Muy atinadamente, respetaban tales privilegios tradicionales como la cosa más natural; recuerdo, por ejemplo, que mi padre durante toda su vida evitó entrar a comer en el «Sacher», y no por economía (ya que la diferencia con otros grandes hoteles era ridículamente exigua), sino por ese sentimiento natural de distancia; le hubiera parecido desagradable e improcedente sentarse a la mesa contigua a la de un príncipe Schwarzenberg o Lobkowitz. Únicamente respecto al arte todo el mundo se sentía con los mismos derechos, pues en Viena amor y arte eran considerados un derecho común, e inconmensurable es el papel que la burguesía judía, con su contribución y protección, desempeñó en la cultura vienesa. Ella era el público, llenaba los teatros y los conciertos, compraba los libros y los cuadros, visitaba las exposiciones y, con su comprensión, más flexible y menos cargada de tradición, se convirtió por doquier en promotora y precursora de todas las novedades. Los judíos crearon casi todas las colecciones de arte del siglo XIX, gracias a ellos se hizo posible la mayoría de ensayos artísticos; sin

el interés incesante y estimulante de la burguesía judía, Viena se habría quedado a la zaga de Berlín respecto al arte, en la misma medida en que Austria iba a la zaga del Imperio Alemán en el terreno político, por culpa de la indolencia de la corte, de la aristocracia y de los millonarios cristianos, que preferían los caballos y las cacerías al fomento del arte. Quien quería hacer algo nuevo en Viena no podía prescindir de la burguesía judía; cuando, en una ocasión, durante la época antisemita, se intentó fundar un así llamado «teatro nacional», no comparecieron autores ni actores ni público; después de unos meses el «teatro nacional» fracasó estrepitosamente, y este ejemplo puso de manifiesto por primera vez que las nueve décimas partes de lo que el mundo celebraba como cultura vienesa del siglo XIX era una cultura promovida, alimentada e incluso creada por la comunidad judía de Viena.

Precisamente en los últimos años (a semejanza de lo ocurrido en España antes de su ocaso igual de trágico) el judaísmo vienés había sido muy productivo en lo artístico, aunque en absoluto de una forma específicamente judía, sino expresando con la mayor energía, por un milagro de compenetración, todo lo típicamente austríaco y vienés. Goldmark, Gustav Mahler y Schönberg se convirtieron en figuras internacionales de la creación musical; Oscar Strauss, Leo Fall y Kálmán hicieron florecer de nuevo la tradición del vals y de la opereta; Hofmannsthal, Arthur Schnitzler, Beer-Hofmann y Peter Altenberg elevaron la literatura vienesa a rango europeo hasta un punto no alcanzado ni siquiera con Grillparzer y Stifter; Sonnenthal y Max Reinhardt recuperaron la fama de la ciudad del teatro y la llevaron a través del mundo; Freud

y las grandes autoridades de la ciencia atrajeron las miradas del mundo hacia la celebérrima universidad; por doquier, en calidad de eruditos, de virtuosos, de pintores, de directores artísticos, de arquitectos y periodistas, los judíos se aseguraron posiciones elevadas y eminentes en la vida intelectual de Viena. Gracias a su amor apasionado por esta ciudad y a su voluntad de asimilación, se habían adaptado completamente y eran felices sirviendo a la fama de Austria; sentían su condición de austríacos como una misión ante el mundo y —es necesario repetirlo por honradez— una gran parte, si no la mayor, de todo lo que Europa y América admiran hoy como expresión de una cultura austríaca resurgida —en la música, la literatura, el teatro y las artes industriales— fue creado por los judíos de Viena, quienes, a su vez, obtuvieron con esa renuncia un rendimiento altísimo de su impulso espiritual milenario. Una fuerza intelectual errante durante siglos se unió aquí a una tradición ya algo cansada, la alimentó, la reavivó, la engrandeció y le dio un nuevo vigor con su actividad incansable; sólo las décadas venideras demostrarán el crimen cometido contra Viena con el intento de nacionalizar y provincializar esta ciudad, cuyo sentido y cultura consistían precisamente en el encuentro de elementos de lo más heterogéneo, en su supranacionalidad. Pues el genio de Viena, un genio específicamente musical, había consistido desde siempre en armonizar en su seno todos los contrastes nacionales y lingüísticos, y su cultura era una síntesis de todas las culturas occidentales; quien vivía y trabajaba allí se sentía libre de la estrechez del prejuicio. En ningún otro lugar era más fácil ser europeo y sé que, en parte, debo a esta ciudad, que ya en tiempos de Marco Aurelio

defendía el espíritu romano, universal, el haber aprendido temprano a amar la idea de la colectividad como la más sublime de mi corazón.

La gente vivía bien, la vida era fácil y despreocupada en aquella vieja Viena, y los alemanes del norte miraban con cierto enojo y desdén a sus vecinos del Danubio, que, en vez de ser «eficientes» y mantener un riguroso orden, disfrutábamos de la vida, comíamos bien, nos deleitábamos con el teatro y las fiestas y, además, hacíamos una música excelente. En vez de la «eficiencia» alemana que, al fin y al cabo, ha amargado y trastornado la existencia de todos los demás pueblos, en vez de ese ácido querer-ir-delante-de-todos-los-demás y de progresar a toda velocidad, a las gentes de Viena les gustaba conversar plácidamente, cultivar una convivencia agradable y dejar que todo el mundo fuera a lo suyo, sin envidia y en un ambiente de tolerancia afable y quizás un poco laxa. «Vivir y dejar vivir» era la famosa máxima vienesa, una máxima que todavía hoy me parece más humana que todos los imperativos categóricos y que impregnaba todos los estratos de la sociedad. Pobres y ricos, checos y alemanes, judíos y cristianos convivían pacíficamente a pesar de las burlas ocasionales, e incluso los movimientos políticos y sociales carecían de esa horrible hostilidad que, convertida en residuo venenoso, no penetró en la sangre de la época hasta después de la Primera Guerra Mundial. En la vieja Austria todavía se enfrentaban unos a otros con caballerosidad; cierto que se insultaban en los periódicos y en el Parlamento, pero luego, una vez acabados sus discursos ciceronianos, los mismos diputados se sentaban a tomar juntos una cerveza o un café y se tuteaban; incluso cuando Lueger, el líder del Partido Antisemita, llegó a alcalde de la

ciudad, no cambió un ápice su trato en la vida privada, y debo confesar que yo personalmente, como judío —ni en la escuela ni en la universidad ni en la literatura— nunca tropecé con el más mínimo obstáculo o menosprecio. El odio de un país a otro, de un pueblo a otro, de una masa a otra, todavía no le acometía a uno diariamente en los periódicos, todavía no separaba a unos hombres de otros, a unas naciones de otras; el sentimiento de rebaño y de masa todavía no era tan repugnantemente fuerte en la vida pública como hoy; la libertad de acción era considerada (algo casi inimaginable hoy) como algo natural y obvio; la tolerancia no era vista, como hoy, con malos ojos, como una debilidad y una flaqueza, sino que era ponderada como una virtud ética.

Y es que el siglo en que me tocó vivir y crecer no fue un siglo de pasión. Era un mundo ordenado, con estratos bien definidos y transiciones serenas, un mundo sin odio. El ritmo de las nuevas velocidades no había pasado todavía de las máquinas —el automóvil, el teléfono, la radio y el avión— al hombre; el tiempo y la edad tenían otra medida. Se vivía más reposadamente y, si intento evocar las figuras de los adultos que acompañaron mi infancia, me llama la atención que muchos de ellos eran obesos desde muy temprano. Mi padre, mi tío, mi maestro, los tenderos, los músicos delante de los atriles, a los cuarenta años eran ya hombres gordos, «respetables». Andaban despacio, hablaban con comedimiento, se mesaban las barbas bien cuidadas y en muchos casos ya entrecanas. Pero el pelo gris era una señal más de «respetabilidad» y un hombre «maduro» evitaba conscientemente los gestos y la petulancia de los jóvenes como algo impropio. Ni siquiera siendo yo muy niño, cuando mi padre todavía no había cumplido los

cuarenta, recuerdo haberlo visto subir o bajar escaleras apresuradamente ni hacer nunca nada con prisa aparente. La prisa pasaba por ser no sólo poco elegante, sino que en realidad también era superflua, puesto que en aquel mundo burguesamente estabilizado, con sus numerosas pequeñas medidas de seguridad y protección, no pasaba nunca nada repentino; las catástrofes que pudiesen ocurrir en el exterior no atravesaban las paredes bien revestidas de la vida «asegurada». Ni la guerra de los boers, ni la ruso-japonesa, ni siquiera la guerra de los Balcanes, penetraron una sola pulgada en la existencia de mis padres. Pasaban por encima de todas las noticias de batallas de los periódicos con la misma indiferencia que ante las páginas de deportes. Y, mirándolo bien, ¿qué importaba lo que pasaba fuera de Austria? ¿Qué cambiaba en sus vidas? En la Austria de aquellos tiempos de bonanza no había revoluciones políticas ni caídas repentinas de valores; si alguna vez los valores bursátiles perdían cuatro o cinco puntos, enseguida se hablaba de «crac» y de «catástrofe» con el ceño fruncido. La gente se quejaba, más por vicio que por convencimiento, de los «elevados» impuestos que, en realidad, comparados con los de la posguerra, no representaban sino una especie de propina para el Estado. En los testamentos todavía se estipulaba la forma de proteger a nietos y biznietos de cualquier pérdida de fortuna, como si los poderes eternos pudieran garantizar la seguridad con un pagaré, y, mientras tanto, la gente vivía cómodamente y acariciaba las pequeñas preocupaciones como a animales de compañía, mansos y obedientes, a los que en el fondo no se teme. Por ello, cada vez que casualmente me viene a las manos un viejo periódico de aquellos días y leo los alarmados artículos sobre unas pequeñas elecciones

municipales, cuando recuerdo las obras representadas en el Burgtheater, con sus conflictillos insignificantes y la desproporcionada agitación de nuestros debates juveniles sobre temas en el fondo fútiles, no puedo hacer más que sonreír. ¡Qué minúsculas todas aquellas preocupaciones! ¡Qué apacibles aquellos tiempos! Tuvo más suerte la generación de mis padres y abuelos, que llevó una vida tranquila, llana y clara de principio a fin. Sin embargo, no sé si los envidio por ello. Porque ¡cómo vegetaban lejos de todas las amarguras verdaderas, de las perfidias y las fuerzas del destino! ¡Cómo vivían al margen de todas las crisis y los problemas que oprimen el corazón, pero a la vez lo ensanchan! Ovillados en la seguridad, las posesiones y las comodidades, ¡cuán poco sabían que la vida también puede ser exceso y emoción, que puede sacar de quicio a cualquiera y hacerle sentirse eternamente sorprendido!; ¡cuán poco se imaginaban, desde su liberalismo y optimismo conmovedores, que cada nuevo día que amanece ante la ventana puede hacer trizas nuestra vida! Ni siquiera en sus noches más negras podían soñar hasta qué punto puede ser peligroso el hombre, pero tampoco cuánta fuerza tiene para vencer peligros y superar pruebas. Nosotros, perseguidos a través de todos los rápidos de la vida, nosotros, arrancados de todas las raíces que nos unen a los nuestros, nosotros, que siempre empezamos de nuevo cuando nos empujan hacia un final, nosotros, víctimas y, sin embargo, también servidores voluntarios de fuerzas místicas desconocidas, nosotros, para quienes el bienestar se ha convertido en una leyenda y la seguridad en un sueño infantil, hemos sentido la tensión de un polo a otro y el escalofrío de las cosas eternamente nuevas hasta la última fibra de nuestro ser. Cada hora de nuestros años

estaba unida al destino del mundo. Sufriendo y gozando, hemos vivido el tiempo y la historia mucho más allá de nuestra pequeña existencia, mientras que ellos se limitaban a sí mismos. Por eso cada uno de nosotros, hasta el más insignificante de nuestra generación, sabe hoy en día mil veces más de las realidades de la vida que los más sabios de nuestros antepasados. Pero nada nos fue regalado: hemos tenido que pagar por ello su precio total y real.

LA ESCUELA DEL SIGLO PASADO

Era muy natural que después de la escuela primaria me enviasen a un *gymnasium*. Todas las familias acomodadas velaban celosamente, aunque sólo fuera por razones de apariencia social, por tener hijos «cultos»; les hacían estudiar francés e inglés, los familiarizaban con la música, les asignaban institutrices y, luego, preceptores particulares para que aprendieran buenos modales. Pero sólo la llamada formación «académica» que llevaba a la universidad les confería un valor cabal en aquellos tiempos de liberalismo «ilustrado». Por eso, toda «buena» familia aspiraba a que al menos uno de sus hijos llevase un título de doctor delante de su nombre. Ahora bien: aquel camino hacia la universidad resultaba bastante largo y no aparecía, ni mucho menos, sembrado de rosas. Era necesario pasar cinco años de escuela primaria y ocho de *gymnasium*, sentado en un banco de madera y a razón de cinco a seis horas diarias, y durante el tiempo libre, hacer los deberes y, sobre todo, dedicarse a satisfacer las exigencias de la «cultura general», fuera ya del marco de la escuela: francés, inglés, italiano, las lenguas «vivas» al tiempo que las clásicas, latín y griego; es decir, cinco lenguas en total, además de geometría y física y las demás asignaturas escolares. Resultaba más que demasiado y casi no dejaba espacio para el desarrollo del cuerpo, el deporte y los paseos, y menos todavía para el ocio y la diversión. Recuerdo vagamente que a los siete años nos obligaban a aprender de memoria y a cantar a coro una canción que hablaba de la

«alegre y feliz infancia». Aún me suena en los oídos la melodía de aquella cancioncita simple e ingenua, pero en aquel entonces me costaba pronunciar su letra y, aún más, vocearla a coro con convicción. Porque, si he de ser sincero, toda mi época escolar no fue sino un aburrimiento constante y agotador que aumentaba de año en año debido a mi impaciencia por librarme de aquel fastidio rutinario. No recuerdo haberme sentido «alegre y feliz» en ningún momento de mis años escolares —monótonos, despiadados e insípidos— que nos amargaron a conciencia la época más libre y hermosa de la vida, hasta tal punto que, lo confieso, ni siquiera hoy logro evitar una cierta envidia cuando veo con cuánta felicidad, libertad e independencia pueden desenvolverse los niños de este siglo. Al observarlos, todavía se me antoja increíble que los niños de hoy hablen con sus maestros con toda la naturalidad del mundo y casi *au pair*, que corran a la escuela sin miedo y, no como nosotros, con una sensación constante de insuficiencia; que puedan hablar sin ambages, tanto en casa como en la escuela, de sus deseos e inclinaciones, propios de espíritus jóvenes y curiosos; son seres libres, independientes y naturales, todo lo contrario que nosotros, que, en cuanto pisábamos la casa odiada, teníamos que —como quien dice— recogernos sobre nosotros mismos para no topar de cabeza con el invisible yugo. Para nosotros, la escuela era una obligación, una monotonía tediosa, un lugar donde se tenía que asimilar, en dosis exactamente medidas, la «ciencia de todo cuanto no vale la pena saber», unas materias escolásticas o escolastizadas que para nosotros no tenían relación alguna con el mundo real ni con nuestros intereses personales. Era un aprendizaje apático e insulso, dirigido

no hacia la vida sino al aprendizaje en sí, cosas que nos imponía la vieja pedagogía. Y el único momento realmente feliz y alegre que debo a la escuela fue el día en que sus puertas se cerraron a mi espalda para siempre.

No es que nuestras escuelas austríacas fueran intrínsecamente malas. Todo lo contrario: El «plan de estudios», como se llama ahora, era fruto de una experiencia secular, y si se hubiese llevado a la práctica de una manera atractiva y estimulante, habría podido constituir la base de una educación fructífera y bastante universal. Pero precisamente el hecho de que se ciñeran a pies juntillas a un plan tan estricto ya sufría esquematización, convertía nuestras horas lectivas en espantosamente áridas y muertas: el desalmado aparato de enseñanza no se ajustaba al individuo y, como una máquina automática, demostraba tan sólo, con calificaciones de «bien, aprobado y suspenso», hasta qué punto los alumnos habían correspondido a las «exigencias» del plan de estudios. Pero precisamente esa falta de sensibilidad humana, esa fría falta de personalidad y ese trato digno de un cuartel fueron los elementos que desencadenaron en nosotros una exasperación inconsciente. Estábamos obligados a aprendernos la lección y nos examinaban para comprobar lo que habíamos aprendido; en los ocho años, ningún maestro nos preguntó siquiera una vez qué queríamos aprender, y brilló completamente por su ausencia ese entusiasmo estimulante que todo joven anhela en secreto.

La aludida sobriedad ya se ponía de manifiesto en el mero aspecto exterior de la escuela, un típico edificio funcional, levantado de prisa y corriendo para ahorrar dinero y hecho sin idea alguna. Con sus paredes frías y

mal encaladas, sus aulas de techo bajo, sin cuadros ni adornos que alegrasen la vista, sus excusados que perfumaban toda la casa, aquel cuartel escolar era como un mueble viejo de hotel que una infinidad de gente ya ha usado antes, y otra lo hará después, con la misma indiferencia o asco; ni siquiera hoy consigo desprenderme del tufo a cerrado y podrido que rezumaba aquella casa, igual al de todos los edificios oficiales austríacos, y que nosotros llamábamos olor «fiscal»; era un olor a habitaciones con demasiada calefacción, repletas e insuficientemente ventiladas que primero penetra en la ropa y luego en el alma. Nos sentábamos en parejas, igual que los galeotes, sobre unos bancos de madera bajos que se nos clavaban en la espina dorsal hasta causarnos dolores de huesos; en invierno, la luz azulada de las llamas de gas sin pantalla temblaba encima de nuestros libros, mientras que en verano se corrían las cortinas de las ventanas, no fuera a ser que alguna mirada, a lo mejor soñadora, se nos escapase hacia el pequeño cuadrado de cielo azul y disfrutase de él. Aquel siglo no había descubierto todavía que el cuerpo joven en edad de crecimiento necesita de aire y del ejercicio físico. Diez minutos de descanso en un pasillo frío y estrecho se consideraban más que suficientes para contrarrestar las cuatro o cinco horas en que permanecíamos encogidos e inmóviles; dos veces por semana nos llevaban al gimnasio, con suelo de tablones de madera, donde corríamos sin ton ni son de un lado para otro, levantando a nuestro paso nubarrones de polvo de un metro; trotábamos, además, a tientas, pues las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Así se satisfacían las necesidades higiénicas y así cumplía el Estado su deber que se resume en *mens sana in corpore sano*. Aun al cabo

de años, cada vez que pasaba por delante de aquella casa tétrica y desangelada, me invadía una sensación de alivio porque no tenía que volver a pisar la cárcel de nuestra infancia; y cuando, con motivo de la celebración de los festejos que conmemoraban el cincuenta aniversario de tan insigne institución, me invitaron, como miembro distinguido de la comunidad de los antiguos alumnos, a pronunciar un discurso solemne ante un público que contaba con un ministro y el alcalde, decliné cortésmente la invitación. No tenía nada que agradecer a aquella escuela, de modo que cualquier palabra que hubiese dicho en este sentido habría sido una pura mentira.

Nuestros maestros tampoco tenían la culpa del desolador ambiente que reinaba en aquella casa. No eran ni buenos ni malos, ni tiranos ni compañeros solícitos, sino unos pobres diablos que, esclavizados por el sistema y sometidos a un plan de estudios impuesto por las autoridades, estaban obligados a impartir su «lección» —igual que nosotros a aprenderla— y que, eso sí que se veía claro, se sentían tan felices como nosotros cuando, al mediodía, sonaba la campana que nos liberaba a todos. No nos querían ni nos odiaban, aunque tampoco había motivos para ninguno de estos sentimientos, pues no sabían nada de nosotros; aun al cabo de varios años, con excepción de unos pocos, seguían sin conocernos por el nombre: según el método pedagógico al uso en aquel entonces, lo único de lo que se tenían que preocupar era del número de errores que había cometido «el alumno» en el último ejercicio. Ellos se sentaban arriba, en la tarima, y nosotros, abajo; ellos estaban allí para preguntar y nosotros, para contestar; aparte de ésta, no existía entre los dos colectivos relación alguna. Y es que entre el maestro y el alumno, entre la tarima y los

bancos, entre el Alto visible y el Bajo igual de visible se levantaba la invisible barrera de la «Autoridad» que impedía cualquier contacto. Que un maestro considerase al alumno como un individuo que exigía un trato específico, acorde con sus características personales, o que redactase, como se hace hoy en día, unos informes detallados sobre él, habría supuesto un trabajo muy superior a las atribuciones y capacidades de nuestros pedagogos; por otro lado, una conversación privada habría socavado su autoridad, pues con tal cosa habría colocado a los alumnos a su mismo nivel, que no en vano era «superior». A mi juicio, nada resulta más característico de la total falta de relación que, tanto en el terreno intelectual como en el anímico, existía entre nosotros y los maestros, como el hecho de que me he olvidado de los nombres y los rostros de todos ellos. Mi recuerdo guarda todavía, con una nitidez fotográfica, la imagen de la tarima y del diario de clase, al que siempre intentábamos echar una mirada con el rabillo del ojo porque en él constaban las notas; todavía veo aquel pequeño cuaderno rojo en que se inscribían nuestras calificaciones y el gastado lápiz negro que registraba las cifras; veo mis propios cuadernos, plagados de correcciones del maestro hechas con tinta roja, pero no veo ninguno de aquellos rostros a lo mejor porque siempre permanecimos ante ellos con los ojos bajos o cerrados.

Este sentimiento de insatisfacción hacia la escuela no era, en absoluto, una actitud personal; no recuerdo que ninguno de mis compañeros dejase de experimentar repugnancia al notar cómo aquel fastidio obstaculizaba, amargaba y reprimía nuestros mejores propósitos e intereses. Sin embargo, tardé mucho en tomar conciencia

de que aquel método insensible y desalmado, y que se usaba para educarnos desde pequeños, a lo mejor no se debía imputar a la negligencia de las instancias estatales, sino que respondía a un propósito determinado, aunque, eso sí, celosamente mantenido en secreto. El mundo anterior —o superior— a nosotros, que organizaba todas sus ideas únicamente en torno al fetiche de la seguridad, no quería a los jóvenes, o, mejor dicho: siempre desconfiaba de ellos. Orgullosa de su «progreso» sistemático y su orden, la sociedad burguesa predicaba moderación y comodidad en todos los ámbitos de la vida como las únicas virtudes eficaces del hombre; había que evitar toda prisa en el camino hacia adelante. Austria era un Estado antiguo, gobernado por un emperador vetusto y administrado por ministros viejos, un Estado sin ambiciones que no tenía otra aspiración que la de conservarse intacto dentro del espacio europeo a fuerza de ir rechazando todo cambio radical; por eso mismo, a los jóvenes, que por instinto siempre desean cambios rápidos y radicales, se los consideraba como un elemento peligroso al que había que mantener bajo llave o, al menos, contener el mayor tiempo posible. De modo que no había ninguna razón para hacernos agradables los años de la escuela; cualquier forma de progreso nos la teníamos que ganar a fuerza de esperar y mostrar paciencia. A causa de ese invencible rechazo mutuo, la diferencia de edad adquiría un valor muy distinto al que tiene hoy en día. Un bachiller de dieciocho años era tratado como un niño, se le castigaba cuando lo sorprendían fumando, tenía que levantar obedientemente la mano cuando quería abandonar su banco para ir a satisfacer sus necesidades; pero incluso al hombre de treinta años se le trataba como a un ser que todavía no

era capaz de levantar el vuelo, y, más aún, al de cuarenta no se le consideraba suficientemente maduro como para ocupar un cargo de responsabilidad. Una vez se dio un caso excepcional e inaudito: Gustav Mahler fue nombrado director de la Ópera de la Corte a los treinta y ocho años. Sin poder salir de su asombro, toda Viena resonó con comentarios llenos de pavor de que se hubiese confiado la primera institución artística del país a «un hombre tan joven» (todo el mundo se olvidó de que Mozart había concluido la obra de su vida a los treinta y seis años, y Schubert, a los treinta y uno). Esa desconfianza hacia los jóvenes, según la cual ninguno «era de fiar», se extendía a todos los estamentos. Mi padre jamás habría aceptado en su negocio a un joven, y el que tenía la desgracia de parecerlo más de la cuenta, tenía que vencer el recelo de todo el mundo. De esta manera se consumaba algo que hoy resulta casi increíble: la juventud constituía un obstáculo para cualquier carrera y tan sólo la vejez se convertía en una ventaja. Mientras que hoy, en esta época nuestra tan radicalmente transformada, los hombres de cuarenta años hacen lo posible para aparentar treinta y los de sesenta, cuarenta; mientras que hoy la juventud, la energía, el espíritu emprendedor y la confianza en uno mismo son cualidades que ayudan al individuo a abrirse camino hacia el ascenso, antes, en la época de la seguridad, todo aquel que quería prosperar tenía que disfrazarse lo mejor que pudiese para parecer mayor. Los periódicos recomendaban específicos que aceleraban el crecimiento de la barba, los médicos de veinticuatro o veinticinco años, que acababan de licenciarse, lucían barbas frondosas y se ponían gafas doradas, aunque su vista no lo necesitara en absoluto, y todo con el único propósito

de causar en sus pacientes la impresión de «experiencia». La gente vestía levitas largas y caminaba con paso pausado, y, si era posible, adquiría un cierto *embonpoint* que encarnaba esa gravedad anhelada, y los ambiciosos se afanaban en anular, aunque sólo fuese exteriormente, su juventud, una edad sospechosa de poco sólida; ya en el sexto y séptimo año de escuela nos negábamos a llevar mochilas de colegiales, para que no se notara que aún éramos bachilleres, y en su lugar usábamos carteras. Todo lo que hoy nos parece un don envidiable —el frescor, el amor propio, la temeridad, la curiosidad y la alegría de vivir típica de la juventud— se consideraba sospechoso en aquella época, cuyo único afán e interés se centraba en lo «sólido».

Tan sólo desde este punto de vista tan singular se puede comprender el que el Estado haya explotado la escuela como un instrumento adecuado para su propósito de mantener su autoridad. En primer lugar, tenían que educarnos de tal manera que aprendiésemos a respetar lo establecido como algo perfecto e inamovible, infalible la opinión del maestro, indiscutible la palabra del padre, absolutas y eternamente válidas las instituciones del Estado. El segundo principio cardinal de aquella pedagogía, que también se aplicaba en el seno de la familia, establecía que los jóvenes no debían llevar una vida demasiado cómoda. Antes de poder beneficiarse de un derecho, debían tener asumido el principio del deber, sobre todo el de la obediencia total. Se nos inculcaba desde el primer momento que, como aún no habíamos hecho nada en la vida y, por lo tanto, no teníamos experiencia alguna, lejos de vernos en condiciones de pedir o exigir cosas, no podíamos sino estar agradecidos por lo que se nos concedía. En mi época, este estúpido

método de intimidación se utilizaba desde la primera infancia. Criadas y madres necias asustaban a niños de edades tan tempranas como los tres y cuatro años diciéndoles que si no se portaban bien, llamarían al «guardia». Durante el bachillerato, cuando traíamos a casa malas calificaciones de alguna asignatura suplementaria, nos amenazaban diciéndonos que nos sacarían de la escuela y nos mandarían a aprender un oficio (la peor de las amenazas que el mundo burgués concebía: caer hasta llegar a engrosar las filas del proletariado); y cuando los jóvenes verdaderamente ansiosos de saber buscaban en los adultos las respuestas a los problemas palpitantes de la época, recibían un sermón que invariablemente desembocaba en el arrogante «tú aún no lo puedes comprender». Esta técnica se utilizaba en todas partes, desde la casa y la escuela hasta el Estado. Machacones, no se cansaban de repetirle al joven que no estaba «maduro» todavía, que no comprendía nada, que se tenía que limitar a escuchar y a obedecer, y que no podía tomar la palabra en las conversaciones y, menos aún, para contradecir. Por esta misma razón también en la escuela, el pobre diablo del maestro, que se sentaba en lo alto de la tarima, se veía obligado a desempeñar su papel de estatua inaccesible y a supeditar todos nuestros sentimientos y aspiraciones al plan de estudios. El que nos sintiésemos bien o mal en la escuela carecía de toda importancia. En concordancia con los tiempos, su verdadera misión consistía no tanto en hacernos avanzar como en frenarnos, no en formarnos interiormente sino en amoldarnos —con la resistencia mínima posible— a la estructura establecida, no en aumentar nuestras energías sino en disciplinarlas y nivelarlas.

Semejante presión psicológica, o más bien antipsicológica, sobre los jóvenes no podía surtir sino dos tipos de efecto: paralizador y estimulante. En los archivos de los psicoanalistas se puede comprobar cuántos «complejos de inferioridad» ha provocado aquel método de educación absurdo; a lo mejor no es una casualidad que dicho complejo fuese descubierto precisamente por hombres que también habían pasado por nuestras viejas escuelas austríacas. En mi caso, debo a aquella presión mi muy temprana pasión por la libertad —una pasión que la juventud de hoy en día desconoce y que difícilmente podrá vivir con la misma vehemencia— y el odio que siento por toda muestra de autoritarismo, por el «hablar desde arriba», que me ha acompañado a lo largo de toda mi vida. Durante años y años, esa aversión hacia todo lo apodíctico y dogmático no fue más que instintiva: ya había olvidado de dónde venía. Pero una vez, durante una gira de conferencias, cuando me habían reservado el aula magna de una universidad y descubrí de repente que debía hablar desde una tarima mientras que los oyentes se sentaban, formales y sin voto ni derecho de réplica, en los bancos de abajo, igual que nosotros en la escuela, se apoderó de mí un malestar repentino. Me acordé de cómo, a lo largo de todos mis años de colegial, había padecido esta oratoria ex cátedra, insolidaria, autoritaria y doctrinaria, y me estremecí de miedo, miedo de pensar que, al hablar desde una tarima, podía causar una impresión tan impersonal como la que nos causaban los maestros de antaño; debido a esa inhibición, aquella conferencia fue la peor de mi vida.

Hasta los catorce o quince años aún nos las arreglábamos bastante bien en la escuela. Nos burlábamos de los maestros y aprendíamos las lecciones

con una fría curiosidad. Pero llegó un momento en que la escuela ya no conseguía más que molestarnos y asquearnos. A la chita callando se produjo un fenómeno muy curioso: unos muchachos, nosotros, que habíamos ingresado en el *gymnasium* a la edad de diez años ya lo superábamos intelectualmente en los primeros cuatro de los ocho cursos. La escuela nos había dejado claro que en ella no aprenderíamos nada esencial y que de muchas materias que nos interesaban sabíamos incluso más que nuestros pobres maestros, los cuales, desde su época de estudiantes, no habían vuelto a abrir un libro movidos por un interés propio. También había otra contradicción que se hacía cada vez más evidente: en los bancos, donde en realidad permanecíamos sentados tan sólo «con los pantalones y gracias», no oíamos nada nuevo ni nada que se nos antojase digno de saber, mientras que fuera palpitaba una ciudad llena de incentivos sugerentes, una ciudad con teatros, museos, librerías, universidad, música y que cada día proporcionaba nuevas sorpresas. De esta manera, nuestro afán de aprender, que estaba estancado, nuestra curiosidad intelectual, artística y de ocio, que en la escuela no encontraba alimento alguno, nos lanzó a una búsqueda apasionada de todo aquello que se producía muros afuera. Al principio fuimos tan sólo dos o tres los que descubrimos en nuestro fuero interno esos intereses artísticos, literarios y musicales, pero después fuimos una docena y, al final, casi todos.

Y es que el entusiasmo entre los jóvenes es un fenómeno contagioso. Dentro de un aula se transmite, del uno al otro, como el sarampión o la escarlatina, como entre los neófitos, que movidos por una ambición infantil y vanidosa, siempre intentan superarse en su saber cuánto antes, y a fuerza de azuzarse se estimulan

mutuamente. Vistas así las cosas, por eso mismo resulta más o menos accidental el cariz que toma esta pasión; si en una clase hay un coleccionista de sellos, pronto saldrá una docena de locos semejantes; si hay tres que se entusiasman con las bailarinas, los demás también acabarán apostados, cada día y a pie firme, en la salida de artistas de la Ópera. Tres cursos después del nuestro, hubo una clase que vivía obsesionada por el fútbol, y la inmediatamente anterior estaba poseída por el socialismo y por Tolstói. Que por una casualidad yo cayera en una clase de fanáticos del arte, tal vez resultó decisivo para el rumbo que tomaría mi vida.

En realidad, ese entusiasmo por el teatro, la literatura y el arte era algo muy natural en Viena; los periódicos dedicaban espacios especiales a todos los acontecimientos culturales, dondequiera que fuese uno siempre oía hablar a los adultos de la Ópera o del Burgtheater, y en todas las papelerías se exponían retratos de los grandes actores; el deporte aún era considerado como una actividad de brutos de cuya práctica un bachiller más bien se debía avergonzar, y todavía no estaba inventado el cinematógrafo, con sus ideales para el consumo de masas. Además, tampoco de la casa paterna había que temer oposición alguna: el teatro y la literatura eran pasiones que entraban en el calificativo de «inocentes», todo lo contrario que los juegos de naipes o las amistades femeninas. Por último, mi padre, al igual que todos los padres vieneses, de joven también había sido un enamorado del teatro y había asistido a la representación de *Lohengrin* dirigida por Wagner, y lo había hecho con el mismo entusiasmo que nosotros demostrábamos en los estrenos de Richard Strauss y de Gerhart Hauptmann. Porque era muy natural que los bachilleres acudiésemos

en masa a los estrenos: ¡qué vergüenza ante los compañeros más afortunados si al día siguiente no podía uno relatar hasta el último detalle! Si nuestros maestros no hubiesen sido tan indiferentes, les habría tenido que llamar la atención el hecho de que en las tardes de cada gran estreno (para el cual teníamos que hacer cola desde las tres, con tal de conseguir las únicas localidades accesibles a nuestro bolsillo) caían enfermos, como por arte de magia, dos tercios del alumnado. Si nos hubiesen prestado más atención, habrían descubierto que tras el forro de nuestra gramática latina se ocultaban poemas de Rilke y que usábamos los cuadernos de matemáticas para copiar las poesías más bellas que extraíamos de los libros prestados en las bibliotecas. Cada día encontrábamos nuevas técnicas para aprovechar las aburridas horas de clase en beneficio de nuestras lecturas; mientras el maestro pronunciaba su gastada conferencia sobre «La poesía ingenua y sentimental» de Schiller, nosotros leíamos bajo el pupitre a Nietzsche y a Strindberg, cuyos nombres el viejo ni siquiera había oído. Parecía poseernos una especie de fiebre de saber y conocer todo lo que se producía en el ámbito de las artes y de la ciencia; por las tardes nos mezclábamos con los estudiantes de la universidad con el fin de asistir a sus clases, íbamos a todas las exposiciones de arte, acudíamos a las aulas de anatomía para ver autopsias. Aguzado el olfato de nuestra nariz indiscreta, husmeábamos en todo. Nos colábamos en los ensayos de la Filarmónica, hurgábamos en las tiendas de los anticuarios, diariamente revisábamos las vitrinas de las librerías para enterarnos inmediatamente de cuáles eran las novedades desde la víspera. Y, sobre todo, leíamos, leíamos todo lo que nos caía en las manos. Sacábamos

libros de todas las bibliotecas públicas y, unos a otros, nos dejábamos prestados los hallazgos que conseguíamos encontrar. Pero la mejor academia, el lugar donde mejor se informaba uno de todas las novedades, era el café.

Para comprenderlo, hay que saber que el café vienés es una institución muy especial, incomparable con ninguna otra a lo largo y ancho del mundo. Se trata, de hecho, de una especie de club democrático, abierto a todo aquel que quiera tomarse una taza de café a buen precio y donde, pagando esta pequeña contribución, cualquier cliente puede permanecer sentado durante horas, charlando, escribiendo, jugando a cartas; puede recibir ahí el correo y, sobre todo, consumir una cantidad ilimitada de periódicos y revistas. Un café vienés de categoría ponía a disposición del público todos los periódicos de Viena, y no sólo de Viena sino de todo el Imperio Alemán, además de los franceses, ingleses, italianos y americanos, así como todas las revistas literarias y artísticas importantes del mundo, tales como el *Mercure de France*, la *Neue Rundschau*, el *Studio* y el *Burlington Magazine*. De esta manera sabíamos de primera mano todo lo que ocurría en el mundo, nos enterábamos de todos los libros que aparecían, de todos los espectáculos, cualquiera que fuese el lugar donde se representaban, y comparábamos las críticas de todos los diarios; a lo mejor nada ha contribuido tanto a la desenvoltura intelectual y la orientación cosmopolita de Austria como el hecho de que en el café se podía informar uno de todos los acontecimientos del mundo al tiempo que comentarlos con su círculo de amigos. Pasábamos allí horas enteras cada día y no había nada que se nos escapase, pues gracias a la comunión de intereses, seguíamos de cerca el *orbis pictus* de los

acontecimientos culturales no con dos sino con veinte o cuarenta ojos; lo que a uno se le pasaba por alto lo retenía otro, y como la arrogancia infantil y una ambición casi deportiva nos impulsaban constantemente a superarnos en el conocimiento de las últimas novedades —rabiosamente últimas—, vivíamos sumergidos, a decir verdad, en una especie de rivalidad de sensaciones. Cuando, por ejemplo, hablábamos de Nietzsche, aún proscrito en aquella época, de repente uno de nosotros prorrumpía con superioridad afectada: «Pero en la idea del egotismo Kierkegaard lo supera», y en seguida nos poníamos nerviosos. «¿Quién es ese Kierkegaard que X conoce y nosotros no?». Al día siguiente corríamos a la biblioteca para descubrir los libros del filósofo danés olvidado, pues ignorar algo extraño que otro conocía constituía para nosotros un descrédito; nuestra pasión consistía precisamente en descubrir antes que nadie lo más reciente, lo rabiosamente nuevo, lo más extravagante e inusual, aquello que nadie (y menos aún la crítica literaria oficial de nuestros dignos periódicos) había tratado de forma exhaustiva. Conocer todo aquello que aún no gozaba de reconocimiento general, de difícil acceso, extravagante, nuevo y radical, despertaba nuestro amor especial; por eso no había nada suficientemente escondido, por más peculiar que fuese, que nuestra ávida curiosidad colectiva no fuera capaz de sacar de su escondrijo. Stefan George o Rilke, por ejemplo, habían sido publicados, en nuestra época de bachilleres, en ediciones de doscientos o trescientos ejemplares en total, de los cuales a lo sumo tres o cuatro habían encontrado el camino de Viena; ningún librero tenía uno solo de ellos en su almacén y ninguno de los críticos oficiales había mencionado tan siquiera el nombre de Rilke. Pero

nuestro grupo, por un milagro de la voluntad, conocía todos sus versos y estrofas. Muchachos imberbes y enclenques que cada día tenían que permanecer sentados en los bancos de la escuela formábamos, a la hora de la verdad, el mejor de los públicos que un joven poeta puede soñar: un público curioso, críticamente despierto y entusiasmado con entusiasmarse. Y es que nuestra capacidad de entusiasmo no tenía límite: durante las horas de clase, yendo o volviendo de la escuela, en el café, en el teatro, durante los paseos, nosotros, mozalbetes de bigote incipiente, no hacíamos más que hablar acerca de libros, cuadros, música y filosofía; quienquiera que actuara en público, fuese actor o director, el que había publicado un libro o escrito en un periódico, brillaba como una estrella en nuestro firmamento. Casi me llevo un buen susto cuando, años más tarde, leyendo la descripción que hace Balzac de su juventud, encontré la siguiente frase: *Les gens célébres étaient pour moi comme des dieux qui ne parlaient pas, ne marchaient pas, ne mangeaient pas comme les autres hommes*. Y es que es exactamente ésta la sensación que habíamos experimentado nosotros. Ver a Gustav Mahler por la calle era un acontecimiento que uno contaba al día siguiente a sus compañeros como un triunfo personal, y la vez que, siendo niño, fui presentado a Johannes Brahms y él me dio un golpecito amistoso en el hombro, pasé varios días trastornado por tan formidable suceso. Cierto que a mis doce años no tenía una idea exacta de lo que había hecho Brahms, pero su mera fama, su aura de creador, producía un efecto embriagador. Un estreno de Gerhart Hauptmann en el Burgtheater tenía turbada a toda nuestra clase durante semanas, mucho antes de que empezasen los ensayos; nos acercábamos a los actores y

figurantes para ser los primeros en saber —¡antes que los demás!— el argumento y el reparto; para cortarnos el pelo, acudíamos al barbero del teatro (no me avergüenzo de relatar aquí también nuestros disparates), con el único fin de poder cazar al vuelo alguna noticia secreta sobre la Wolter o Sonnenthal, y éramos de lo más simpáticos con un alumno de clase inferior, sobornándolo con todo tipo de atenciones, sólo porque era sobrino del jefe técnico de iluminación de la Ópera y gracias a él a veces podíamos, durante los ensayos, escabullirnos hasta el escenario; el mero hecho de pisarlo nos producía un estremecimiento que superaba al de Dante cuando se elevó a los círculos sagrados del Paraíso. Tan poderosa era para nosotros la resplandeciente fuerza de la fama que nos imponía respeto aun después de que hubiera mermado; una pobre anciana nos parecía un ser sobrenatural porque era bisnieta de Franz Schubert, e incluso al ayudante de cámara de Josef Kainz lo acompañábamos con mirada respetuosa por la calle, porque tenía la suerte de poder hallarse personalmente cerca del más querido y genial de los actores.

Como es natural, hoy sé muy bien cuánto absurdo encerraba aquel entusiasmo sin distinciones, cuánta imitación mutua, simplona y ridícula; cuánto placer deportivo por el exceso, cuánta vanidad infantil de sentirse orgullosamente elevados al tratar con el arte por encima del ambiente banal de los padres y los maestros. Aun así, todavía hoy me sorprende la de cosas que sabíamos de niños gracias a esa exaltación de la pasión literaria y lo pronto que adquirimos la capacidad crítica gracias a ese afán irrefrenable por discutir y analizarlo todo. A mis dieciséis años no tan sólo conocía todas las poesías de Baudelaire y de Walt Whitman, sino que me

sabía de memoria las más importantes, y creo que en ninguna época ulterior de mi vida había leído con tanta intensidad como en los años de *gymnasium* y de universidad. Huelga decir que nos resultaban familiares nombres que aún tenían que esperar una década para gozar de reconocimiento entre el público general; me quedaban grabadas en la memoria incluso las cosas más efímeras, por tanto ardor con que las había absorbido. En cierta ocasión conté a mi admirado Paul Valéry a cuánto tiempo se remontaba nuestro conocimiento literario: hacía ya treinta años que yo había leído, deleitándome, unos versos suyos. Valéry me obsequió con una sonrisa jovial: «No me mienta. Mis poemas no se publicaron hasta 1916.» Pero después se quedó de una pieza, cuando le describí con todo lujo de detalles el color y el formato de la pequeña revista literaria en que, en 1898, encontramos en Viena sus primeros versos. «Pero si ni siquiera en París la conocía más que un puñado de personas —dijo, atónito—. ¿Cómo pudo usted conseguirla en Viena?». «De la misma manera en que usted, siendo estudiante de bachillerato en su ciudad de provincias, consiguió las poesías de Mallarmé, tan poco conocidas de la literatura oficial», le pude contestar. Y él me dio la razón: «Los jóvenes descubren a sus poetas porque quieren descubrirlos». En efecto, olfateábamos los aires nuevos aun antes de que cruzasen la frontera, pues en todo momento vivíamos con el sentido del olfato aguzado. Encontrábamos lo nuevo porque lo queríamos, porque anhelábamos algo que no fuese sino nuestro y no del mundo de nuestros padres, del mundo que nos rodeaba. Los jóvenes, al igual que algunos animales, poseen un instinto exquisito para detectar la llegada de cambios atmosféricos; así, nuestra

generación presintió, antes que nuestros maestros y universidades, que con el viejo siglo también se acababa algo en los conceptos del arte, que empezaba una revolución o, cuando menos, un cambio de valores. Los buenos y sólidos maestros de la época de nuestros padres (Gottfried Keller en la literatura, Ibsen en el teatro, Johannes Brahms en la música, Leibl en la pintura, Eduard von Hartmann en la filosofía) contenían, a nuestro entender, toda la prudencia y circunspección del mundo de la seguridad; a pesar de su maestría técnica e intelectual, ya no nos interesaban. Sentíamos instintivamente que su ritmo frío y bien temperado era extraño al de nuestra sangre inquieta y que tampoco podía marchar al paso del ritmo acelerado de la época. Precisamente por entonces vivía en Viena el espíritu más despierto de la generación alemana más joven, Hermann Bahr, que combatía, furibundo, como un espadachín del espíritu, a favor de todo lo naciente y venidero; gracias a él se inauguró en Viena la «Secesión», que, ante el terror de la vieja escuela, exhibió a los impresionistas y los puntillistas de París, al noruego Munch, al belga Rops y a todos los extremistas imaginables; con todo aquello se allanó el camino al advenimiento de sus desdeñados predecesores: Grünwald, El Greco y Goya. De golpe y porrazo todo el mundo aprendió una nueva manera de ver las cosas al tiempo que, en la música, descubría nuevos ritmos y timbres con Mússorgski, Debussy, Strauss y Schönberg; con Zola, Strindberg y Hauptmann, en la literatura irrumpió el realismo, la naturaleza demoníaca eslava con Dostoievski, una sublimación y un refinamiento del arte poético, desconocidos hasta entonces, con Verlaine, Rimbaud y Mallarmé. Nietzsche revolucionó la filosofía; en lugar de la sobrecargada

construcción clasicista, una arquitectura más libre y atrevida proclamaba edificios funcionales sin ornamentación. De repente quedó destruido el viejo orden cómodo y plácido, se cuestionaron las normas de la obra «estéticamente bella» (Hanslick), vigentes e infalibles hasta entonces, y mientras los críticos oficiales de nuestros «sólidos» periódicos burgueses se horrorizaban ante unos experimentos a menudo temerarios e intentaban frenar la corriente imparable con anatemas de «decadente» o «anárquico», los jóvenes nos lanzábamos con entusiasmo al fragor de las aguas, allí donde las olas golpeaban con más furia. Teníamos la sensación de asistir al nacimiento de una nueva era, la nuestra, en que por fin se hacía justicia a la juventud. Y así, nuestra pasión, que escudriñaba y rebuscaba inquieta, de pronto cobró un sentido: los muchachos de los bancos escolares podíamos participar en aquellas batallas, rabiosas y a menudo encarnizadas, por el nuevo arte. Dondequiera que se llevase a cabo un experimento, como, por ejemplo, un estreno de Wedekind o un recital de la nueva lírica, ahí sin falta acudíamos nosotros con todas nuestras fuerzas, y no sólo anímicas, sino también las de nuestras manos; en una ocasión, en el estreno de una obra atonal de juventud de Arnold Schönberg, fui testigo de cómo, después de que un señor del público mostró su desaprobación con un sonoro silbido, mi amigo Buschbeck le propinó un bofetón no menos sonoro; en todas partes constituíamos la avanzadilla de choque y la vanguardia de todo tipo de arte nuevo, simplemente porque era nuevo, porque quería cambiar el mundo, porque lo hacía por nosotros, a quienes ahora tocaba el turno de vivir nuestra vida. Porque sentíamos que *nostra res agitur*.

Pero también había algo más que nos interesaba y fascinaba de ese arte nuevo, más allá de toda medida: el hecho de que, casi exclusivamente, era el arte de gente joven. En la generación de nuestros padres un poeta o un músico no llegaba a granjearse prestigio antes de haber sido «probado», de haberse adaptado al calmado y establecido gusto de la sociedad burguesa. Todos los hombres a los que nos habían enseñado a respetar se comportaban y actuaban de una manera respetable. Wilbrandt, Ebers, Felix Dahn, Paul Heyse, Lenbach, esos favoritos de su época desaparecidos tiempo ha, llevaban sus hermosas barbas entrecanas posadas sobre sus poéticas chaquetas de terciopelo. Se dejaban fotografiar en poses pensativas, siempre en una actitud «digna» y «poética», se comportaban como consejeros áulicos y excelentísimos señores y, como tales, lucían sus condecoraciones. A los jóvenes poetas, pintores y músicos, por el contrario, se los definía, en el mejor de los casos, como talentos «prometedores», pero de momento se dejaba en compás de espera cualquier signo de reconocimiento positivo de su obra; aquella época de prudencia no gustaba de otorgar su favor prematuramente, antes de que el agraciado hubiese acreditado unos resultados «sólidos», labor de años. Pero todos los nuevos poetas, músicos y pintores eran jóvenes; Gerhart Hauptmann, surgido inesperadamente del más absoluto de los anonimatos, a sus treinta años dominaba por completo la escena alemana; Stefan George y Rainer Maria Rilke, a los veintitrés (es decir, antes de que la ley austríaca le declarara a uno mayor de edad), ya gozaban de fama literaria y tenían seguidores fanáticos. En nuestra ciudad apareció de la noche a la mañana el grupo de la «Joven Viena», con Arthur Schintzler, Hermann

Bahr, Richard Beer-Hofmann y Peter Altenberg, en cuyo seno la cultura específicamente austríaca halló por vez primera una expresión auténticamente europea, gracias al refinamiento de todos los medios artísticos. Pero había, por encima de todo, una figura que nos fascinaba, seducía, embriagaba y entusiasmaba, el portentoso y único fenómeno de Hugo von Hofmannsthal, en quien nuestra juventud vio realizadas no sólo sus aspiraciones más elevadas, sino también una perfección poética absoluta que se encarnaba en la persona de alguien que tenía casi su misma edad.

La figura del joven Hofmannsthal es y será recordada como uno de los grandes prodigios de la perfección precoz; a esta edad, exceptuando a Keats y a Rimbaud, no conozco en toda la literatura universal ningún otro ejemplo de tal infalibilidad en el dominio de la lengua, de semejante envergadura del ideal de la inspiración y de tal saturación de la sustancia poética hasta en la frase más accidental, como el de este genio grandioso, que ya a sus dieciséis y diecisiete años, con sus versos indelebles y una prosa insuperable hasta hoy, quedó inscrito en los anales eternos de la lengua alemana. Sus insospechados inicios y su simultánea perfección constituyen un fenómeno que difícilmente puede repetirse en una misma generación. Por eso las primeras personas que tuvieron conocimiento de su obra quedaron maravilladas ante aquella increíble aparición, casi como si se tratase de un hecho sobrenatural. Hermann Bahr me habló en muchas ocasiones de su atónito asombro el día en que había recibido un artículo para su revista, fechado en la propia Viena y firmado por un tal «Loris», nombre que desconocía (a los estudiantes de bachillerato les estaba prohibido firmar con su propio nombre); entre las

colaboraciones que recibía desde todos los confines del mundo jamás se había encontrado con una que derramase, por así decir, con mano fácil tanta riqueza y que lo hiciese con una lengua tan noble y alada. ¿Quién era el tal «Loris»? ¿Quién era el desconocido?, se preguntaba. Un hombre mayor, seguro, que ha ido destilando en silencio sus conocimientos a lo largo de los años y en misteriosa clausura ha cultivado la esencia más sublime de la lengua hasta convertirla en una magia casi voluptuosa. ¡Y semejante sabio, un poeta de tan altas dotes, vivía en la misma ciudad y él jamás había tenido noticia de su existencia! Bahr escribió en seguida al desconocido, citándolo para una entrevista en un café: el famoso Café Griensteidl, el cuartel general de la literatura joven. De pronto se acercó a su mesa, con pasos livianos al tiempo que apresurados, un bachiller delgado, aún imberbe y vestido con pantalón corto, hizo una reverencia en señal de saludo y, con una voz aguda que aún no había mudado del todo, dijo en tono seco y decidido: «Hofmannsthal. Yo soy Loris». Aun al cabo de años, siempre que Bahr hablaba de su estupefacción, se notaba lo impresionado que estaba. En un primer momento se resistió a creerlo. ¡Un bachiller que poseyese tal dominio del arte, tal clarividencia, una visión tan profunda y un conocimiento tan impresionante de la vida *antes* de vivirla! Arthur Schnitzler me contó casi lo mismo. En aquella época todavía era médico, puesto que, de momento, sus primeros éxitos literarios no parecían poderle garantizar, ni mucho menos, medios de vida dignos, pero ya se le consideraba el líder de la «Joven Viena» y los más jóvenes acudían a él en busca de opiniones y consejos. En casa de unos conocidos accidentales conoció a un muchachito delgado, bachiller

por más señas, cuya inteligencia ágil le llamó la atención, y cuando dicho estudiante le pidió el favor de poderle leer una pequeña pieza de teatro en verso, lo invitó gustoso a su piso de soltero, aunque, a decir verdad, sin hacerse demasiadas ilusiones: un opúsculo de estudiante, pensó, sentimental o pseudoclásico. Invitó a la velada a unos cuantos amigos; Hofmannsthal se presentó allí con su pantalón corto y, un poco nervioso y cohibido, empezó a leer. «Al cabo de unos minutos —me contó Schnitzler— de pronto nos vimos escuchándolo con el oído aguzado y, casi asustados, intercambiamos miradas de admiración. Versos tan perfectos, de tan impecable plasticidad, tan impregnados de música, no se los habíamos oído a ningún contemporáneo; creíamos que era imposible después de Goethe. Pero lo más prodigioso de aquella maestría inigualable (y que ningún otro alemán ha conseguido desde entonces) radicaba en un conocimiento del mundo que, tratándose de un muchacho que pasaba los días sentado en un banco de escuela, tan sólo podía venir de una intuición mágica». Cuando Hofmannsthal acabó, todos se quedaron mudos. «Tuve la impresión —me dijo Schnitzler— de haber conocido a un genio por primera vez en mi vida y nunca más, en ninguna otra ocasión, me he vuelto a sentir tan subyugado». Quien a los dieciséis años empezaba de esta manera (o, más que empezar, ya desde el mismo principio alcanzaba la perfección) tenía que llegar a convertirse en hermano de Goethe y de Shakespeare. Y, en efecto, la perfección parecía volverse cada vez más perfecta: después de aquella primera pieza en verso, *Ayer*, apareció el grandioso fragmento de la *Muerte de Ticiano*, en el cual el alemán alcanzaba cotas de sonoridad italiana; aparecieron nuevos poemas, cada uno

de los cuales constituía todo un acontecimiento para nosotros y que yo todavía hoy, después de décadas, recuerdo enteramente de memoria, verso por verso; aparecieron dramas cortos y aquellos ensayos que, en un espacio maravillosamente económico, reducido a unas pocas páginas, contenían, mágicamente comprimidos, la riqueza del saber, un consumado conocimiento del arte y una amplia visión del mundo; todo cuanto escribió aquel bachiller y universitario era como el cristal iluminado desde dentro: oscuro al tiempo que incandescente. El verso, la prosa, en sus manos todo resultaba moldeable como la cera aromática del monte de Himeto; por un milagro irrepetible, cada poesía tenía su medida justa, nunca excesiva ni tampoco demasiado escuálida; se notaba que algo inconsciente e incomprensible lo debía de guiar secretamente por esos caminos hasta los parajes jamás pisados.

A duras penas consigo transmitir la fascinación que este fenómeno producía en nosotros, que habíamos sido educados para rastrear y percibir valores. Al fin y al cabo, ¿qué puede resultar más embriagador para una generación joven que saber que a su lado, en su propio seno, vive —de carne y hueso— un poeta puro, sublime, poeta que nadie concebía sino bajo las formas legendarias de un Hölderlin, un Keats y un Leopardi, inaccesible y ya convertido en un sueño y una visión? Por eso mismo guardo tan nítido el recuerdo del día en que por vez primera vi a Hofmannsthal en persona. Tenía yo entonces dieciséis años, y puesto que seguíamos paso a paso —dicho sea sin faltar a la verdad— todo lo que hacía ese mentor ideal nuestro, me impresionó sobremanera una breve noticia escondida en el periódico, que anunciaba una conferencia suya sobre Goethe en el

«Club científico» (inconcebible para nosotros que un genio de tal catadura hablase en un marco tan modesto; en nuestra adoración estudiantil, hubiésemos dado por supuesto que la sala más grande de Viena se habría llenado a rebosar si un Hofmannsthal accedía a aparecer en público). Pero gracias a aquel suceso tuve la oportunidad de volver a darme cuenta de hasta qué punto nosotros, los insignificantes alumnos de bachillerato, aventajábamos al gran público y a la crítica oficial en nuestras valoraciones, en nuestro instinto para lo imperecedero, instinto que se demostró infalible, y no tan sólo en este caso; en la estrecha sala se había reunido un auditorio compuesto por diez o doce docenas de personas en total: no había hecho falta, por lo tanto, que, llevado por mi impaciencia, apareciese allí media hora antes con el fin de asegurarme un asiento. Esperamos un rato y, luego, un joven delgado en cuyo aspecto nada llamaba la atención pasó de pronto en medio de las filas en dirección a la tarima y se puso a hablar tan de repente y con tanto ímpetu que apenas me dio tiempo de observarlo a conciencia. Con su bigote suave, no acabado de formarse todavía, y su figura elástica, Hofmannsthal parecía aún más joven de lo que ya me había imaginado. Su rostro, de perfil marcado y de tez oscura: un tanto italiano, aparecía tenso a causa de los nervios, y aumentaba tal impresión la inquietud que se reflejaba en sus ojos aterciopelados, muy miopes; más que ponerse, se diría que se lanzó a hablar, como lo hace un nadador a las aguas que le son familiares, y cuanto más hablaba, más libres se volvían sus gestos y más afianzada aparecía su figura; en cuanto se hallaba en medio del elemento espiritual (lo subrayé más tarde en muchas conversaciones privadas), su embarazo inicial

daba paso a una liviandad y una viveza extraordinarias, como suele suceder a los hombres inspirados. Tan sólo en las primeras frases me daba cuenta de que no tenía una voz bonita: tirando a estridente y a veces muy próxima a falsete; pero sus palabras no tardaban en elevarnos hasta tales alturas de libertad que ya no nos percatábamos del timbre de su voz y, a menudo, ni tan sólo de su cara. Hablaba sin manuscrito, sin apuntes, a lo mejor incluso sin una minuciosa preparación previa, y, sin embargo, cada una de sus frases tenía ese halo de perfección que nace con naturalidad del sentido mágico de la forma. Las antítesis más osadas se desplegaban ante el público, cegadoras, para acabar diluyéndose en formulaciones claras al tiempo que sorprendentes. A todos nos asaltó la subyugante impresión de que lo que nos ofrecía no eran más que migajas arrancadas casualmente de un acervo mucho más grande, de que él, tan alado como estaba y tan elevado a esferas superiores, podía seguir hablando durante horas enteras sin empobrecer el discurso ni rebajar su nivel. También en años posteriores, durante el curso de conversaciones privadas, seguí experimentando la fuerza mágica de ese «inventor del canto fluido y del diálogo ágil y chispeante», como lo definió, elogioso, Stefan George. Inquieto, distraído, sensible, expuesto a los cambios atmosféricos, a menudo gruñón y nervioso en el trato personal, no resultaba fácil acercársele. Sin embargo, en el momento en que algo atraía su interés, se convertía en una llamarada; en un solo vuelo, cual fulgurante cohete encendido, elevaba el debate hasta su propia esfera, un universo que no estaba sino a *su* alcance. Exceptuando acaso a Valéry, poeta de pensamiento cristalino y más mesurado, y al impetuoso Keyserling, nunca he vivido la

experiencia de una conversación de tan alto vuelo intelectual como la suya. En aquellos momentos de auténtica inspiración, su memoria demoníacamente despierta lo tenía presente todo, se puede decir que de una manera casi física: los libros que había leído, los cuadros y los paisajes que había visto; una metáfora enlazaba con la siguiente con la misma naturalidad con que se enlazan las dos manos; las perspectivas se alzaban cual decorados inesperados que surgían de un horizonte que ya se creía cerrado… En aquella conferencia sentí por primera vez —volví a experimentar la misma sensación en conversaciones privadas ulteriores— ese *flatus*, el hálito vivificante y embelesador de lo inconmensurable, de lo que no se puede abarcar con la sola razón.

En cierto sentido, Hofmannsthal jamás superó ese milagro único en que se había convertido entre sus dieciséis y veinticuatro años. No es que admire menos muchas de sus obras posteriores, los espléndidos artículos, el fragmento de *Andreas*, ese tronco de la tal vez más bella novela en lengua alemana, y algunas partes de sus dramas; sin embargo, con esa complicidad suya tan estrecha con el teatro real y los intereses de su época, con esa conciencia suya tan clara y lo ambicioso de sus proyectos, perdió una parte de su excelencia intuitiva, de la inspiración pura de aquellas primeras poesías de adolescente y, con ello, también de la embriaguez y el éxtasis de nuestra juventud. Con el saber mágico propio de la edad joven, presentimos que tamaño milagro de nuestra juventud era único y que no se volvería a repetir en nuestra vida.

Balzac ha descrito de manera incomparable cómo el ejemplo de Napoleón había electrizado a toda una

generación en Francia. El deslumbrante ascenso del pequeño teniente Bonaparte al trono imperial del mundo, para él significó no tan sólo el triunfo de una persona, sino también la victoria de la idea de la juventud. El hecho de que no fuera necesario haber nacido príncipe o noble para alcanzar el poder a temprana edad, de que se pudiera proceder de una familia modesta, cuando no pobre, y, sin embargo, llegar a ser general a los veinticuatro años, soberano de Francia a los treinta y, poco después, del mundo entero, ese éxito sin igual arrancó a centenares de personas de sus pequeños oficios y sus pequeñas ciudades de provincia: el teniente Bonaparte calentó la cabeza a toda una generación de jóvenes. Los impelió hacia una ambición más elevada; creó a los generales de su gran ejército al igual que a los héroes y los arribistas de la *Comédie humaine*. Siempre que un solo joven alcanza, tras el primer impulso, algo que hasta entonces parecía inalcanzable, sea en el campo que sea, con el mero éxito de su empresa alienta a toda la juventud que lo rodea o lo sigue. En este sentido, Hofmannsthal y Rilke significaron para nosotros, los jóvenes, para nuestras aún inmaduras energías, un impulso extraordinario. Aun sin esperar que ninguno de nosotros pudiese repetir el milagro de Hofmannsthal, nos fortalecía su mera existencia física, la cual —se puede decir así— demostraba óptica y fehacientemente que el poeta era posible también en nuestra época, en nuestra ciudad, en nuestro entorno. Al fin y al cabo, su padre, un director de banco, procedía del mismo estamento judío burgués que todos nosotros; el genio se había formado en una casa parecida a la nuestra, con iguales muebles y la misma moral de clase; había ido al mismo instituto estéril, había estudiado con los mismos manuales y se

había sentado durante ocho años en los mismos bancos de madera, mostrando la misma impaciencia y la misma pasión por los valores del espíritu que nosotros; y he aquí que, mientras aún desgastaba los pantalones contra aquellos bancos y se veía obligado a patear el gimnasio de un lado a otro, ya había conseguido superar, con su salto al infinito, la estrechez del espacio de la ciudad y la familia. A través de Hofmannsthal quedó demostrado, en cierta manera *ad oculos*, que, en principio, era posible crear poesía, y poesía perfecta, también a nuestra edad, aun en la atmósfera carcelaria de un instituto austríaco. Incluso era posible (¡qué seducción tan inmensa para un espíritu adolescente!) verse publicado, elogiado y famoso, mientras en casa y en la escuela aún se nos consideraba como seres insignificantes, seres sin acabar.

Rilke, a su vez, significó para nosotros un estímulo de otra naturaleza, que completaba el de Hofmannsthal con un efecto sedante. Porque rivalizar con Hofmannsthal habría parecido blasfemo hasta al más osado de entre nosotros. Sabíamos que era un prodigio inimitable de perfección precoz que no se podía repetir, y cuando, a nuestros dieciséis años, comparábamos nuestros propios versos con los ya celebérrimos que él había escrito a la misma edad, nos moríamos de vergüenza; asimismo, nos sentíamos humillados en nuestro saber ante el vuelo de águila con el que él, todavía en el instituto, había recorrido el universo del espíritu. Rilke también había empezado a escribir y a publicar versos igual de pronto, a los diecisiete o dieciocho años, pero, a diferencia de Hofmannsthal, además en el sentido absoluto, sus poesías resultaban inmaduras, infantiles e ingenuas; sólo con indulgencia se podía hallar en ellas algunas huellas de un talento áureo. No fue sino más tarde, a sus

veintidós y veintitrés años, cuando ese poeta extraordinario, al que nosotros amábamos con desmesura, empezó a moldear su personalidad, cosa que por sí sola ya era un consuelo para nosotros. De modo que no era imprescindible ser perfecto ya en el instituto, como Hofmannsthal; podíamos probar, ensayar, formarnos, progresar, como Rilke. No era necesario darnos por vencidos en seguida sólo porque de momento escribíamos cosas imperfectas, inmaduras e irresponsables, pues a lo mejor éramos capaces de repetir, ya no el milagro de Hofmannsthal, pero sí el ascenso más pausado y normal de Rilke.

Y es que era natural que todos hubiésemos empezado, desde hacía tiempo, a escribir versos, a componer música o a recitar; la actitud de pasividad apasionada es de por sí poco natural entre la juventud, de cuya manera de ser resulta más propio no sólo el recibir impresiones, sino también reaccionar a ellas de modo creativo. Amar el teatro para los jóvenes quiere decir, como mínimo, desear y hasta soñar con hacer personalmente cosas en o para el teatro. Admirar en éxtasis el talento en todas sus formas lleva ineludiblemente a la introspección, a ver si se puede descubrir una posibilidad o un vestigio de esa esencia tan selecta en el inexplorado cuerpo propio o en la propia alma, medio oscura todavía. Así, de acuerdo con la atmósfera que se respiraba en Viena y con los especiales condicionantes de la época, en nuestra clase el afán por la producción artística se había expandido casi como una epidemia. Todos y cada uno buscábamos en nuestro interior un talento e intentábamos desplegarlo. Cuatro o cinco de entre nosotros querían ser actores. Imitaban la dicción de los del Burgtheater, recitaban y declamaban sin parar, asistían a escondidas a clases de

arte dramático y en las horas de recreo repartían entre sí los distintos papeles e improvisaban escenas enteras de los clásicos; los demás formábamos para ellos un público curioso, aunque a la vez muy crítico. Otros dos o tres eran músicos excelentemente preparados, pero aún no sabían si querían ser compositores, solistas o directores de orquesta; a ellos debo mi primer contacto con la nueva música, estrictamente vetada todavía en los conciertos oficiales de la Filarmónica, mientras que ellos, a su vez, acudían a nosotros en busca de textos para sus canciones y coros; otro muchacho, hijo de un pintor famoso entre la alta sociedad, nos llenaba de dibujos los cuadernos durante las horas de clase y retrataba a todos los futuros genios del curso. Pero la fiebre más extendida, con mucho, era la literaria. Gracias al estímulo mutuo de buscar la perfección lo más rápidamente posible y a la crítica recíproca de cada poema, el nivel que habíamos alcanzado a los dieciséis años era muy superior al de simples diletantes y en algunos casos se aproximaba a la obra de auténtico valor, cosa que quedó demostrada por el hecho de que nuestras creaciones fueran aceptadas, impresas y (he aquí la prueba más convincente) retribuidas, y no sólo por, pongamos por caso, oscuras gacetas de provincias, sino también por revistas de vanguardia de la nueva generación. El nombre de uno de mis compañeros, Ph. A., a quien yo adoraba como a un genio, se destacó en la magnífica revista de lujo *Pan*, al lado de Dehmel y de Rilke; otro, A. M., había logrado entrar, bajo el pseudónimo de «August Oehler», en la más inaccesible y ecléctica de todas las revistas alemanas, *Blätter für die Kunst*, que Stefan George reservaba exclusivamente para su círculo sagrado y cuyas puertas, controladas por siete cedazos, parecían imposibles de

franquear. Un tercero, animado por Hofmannsthal, escribió un drama sobre Napoleón; un cuarto, una nueva teoría estética y sonetos de gran mérito; yo mismo fui admitido en la *Gesellschaft*, la revista de vanguardia de los Modernos, y en la *Zukunft* de Maximilian Harden, ese semanario que resultó tan decisivo para la historia política y cultural de la nueva Alemania. Mirando hoy hacia atrás, tengo que confesar con toda objetividad que la suma de nuestro saber, el refinamiento de nuestra técnica literaria y nuestro nivel artístico eran francamente sorprendentes en unos muchachos de diecisiete años, y sólo se pueden explicar a través del fulgurante ejemplo de la madurez tan fantástica como precoz que demostró Hofmannsthal, ejemplo que nos obligaba a un esfuerzo apasionado por hacer lo máximo con tal de salir airosos ante los otros, aunque no fuese más que a medias. Dominábamos todos los recursos, extravagancias y audacias de la lengua, poseíamos la técnica de todas las formas del verso, habíamos experimentado, en innumerables ensayos, con todos los estilos, desde el *páthos* de Píndaro hasta la simple dicción de la canción popular, indicábamos los unos a los otros, en el intercambio diario de nuestras experiencias creativas, hasta las incorrecciones más insignificantes y discutíamos cualquier detalle métrico. Mientras los buenos de nuestros profesores inocentemente nos seguían marcando con tinta roja las comas que faltaban en las redacciones escolares, nosotros nos dedicábamos a ejercer otro tipo de crítica y lo hacíamos aplicando una severidad, un conocimiento artístico y una meticulosidad que ni siquiera desplegaban al abordar las obras maestras clásicas los papas de la literatura oficial de los grandes diarios; de modo que en los últimos años de la escuela,

también sacamos ventaja a esos críticos ya consagrados y famosos, y todo gracias a aquel fanatismo nuestro en cuanto al juicio técnico y la capacidad de expresión artística.

Esta descripción, realmente verídica, de nuestra precocidad literaria podría llevar a pensar que éramos una clase especial y prodigiosa. En absoluto. El mismo fenómeno de fanatismo y talento precoz se podía observar en aquel momento en una docena de escuelas vecinas de Viena, y en el mismo grado. No podía tratarse de una casualidad. En la ciudad reinaba una atmósfera especialmente propicia, condicionada por su humus artístico, por una época apolítica, por la constelación de nuevas orientaciones intelectuales y literarias que, apremiándose mutuamente, aparecieron en aquel momento a caballo entre dos siglos y que se combinaron químicamente en nosotros infundiéndonos la inmanente voluntad de crear, voluntad que, mirándolo bien, es propia, casi por naturaleza, de esta época de la vida. Al fin y al cabo, durante la pubertad, la poesía o al menos el impulso hacia ella invade a todo joven, aunque sólo sea como una oleada, si bien es cierto que tal inclinación traspasa pocas veces la frontera de la juventud. Ni uno solo de los cinco actores que se sentaban en los bancos de nuestra escuela subió más tarde a un escenario real; los poetas de *Pan* y de *Blätter für die Kunst*[1] se desinflaron tras aquel primer impulso sorprendente y se convirtieron en honorables abogados y funcionarios que hoy, a lo mejor, esbozan una sonrisa melancólica o irónica al recordar sus ambiciones de antaño. Yo soy el único de todos ellos en quien ha pervivido aquella pasión creadora y para quien dicha pasión se ha vuelto la esencia y el sentido de toda una vida. Pero ¡con qué agradecimiento

recuerdo aún aquel compañerismo! ¡Cómo me ha ayudado! Aquellas discusiones enardecidas, aquella superación impetuosa, aquella admiración y crítica mutuas, cómo y cuán pronto me agudizaron la mano y el nervio, cómo me abrieron y ensancharon la visión del cosmos espiritual, cómo nos dio alas a todos para elevarnos por encima del desierto y la tristeza de nuestra escuela! «Oh, arte hechicero, cuántas horas grises». Cada vez que evoco esta canción de Schubert, nos veo, en un especie de visión plástica, sentados sobre nuestros miserables bancos escolares, con los hombros caídos y, después, camino de casa, con el rostro radiante y la mirada encendida, criticando y recitando poesía apasionadamente, olvidada toda atadura con el espacio y el tiempo, realmente «sumidos en un mundo mejor».

Tamaña monomanía del fanatismo por el arte, una sobrestimación de lo estético llevada hasta el absurdo, sólo se podía ejercer, naturalmente, a costa de los intereses normales propios de nuestra edad. Si hoy me pregunto cuándo encontrábamos el tiempo necesario para leer todos aquellos libros, abrumados como estábamos por la jornada escolar y las clases particulares, veo claro que fue en detrimento de las horas de sueño, luego, de nuestro vigor corporal. No ocurrió nunca que dejase la lectura antes de la una o las dos de la madrugada, aun cuando me tenía que levantar a las siete: un vicio, ese de leer una hora o dos por más tarde que se hiciera, que ya no he abandonado nunca más. Y así, no recuerdo haber ido a la escuela sino saliendo de casa deprisa y corriendo en el último minuto, sin haber dormido lo suficiente y sin haberme lavado como es debido, y masticando el bocadillo por el camino; así, no es extraño que, con toda nuestra intelectualidad, todos

tuviésemos el aspecto demacrado y verde de la fruta inmadura y, además, bastante dejado en lo tocante a nuestra manera de vestir. Es que cada céntimo de nuestro dinero de bolsillo lo gastábamos en teatro, conciertos o libros; y, por otro lado, tampoco nos preocupaba mucho ni poco el gustar a las niñas, puesto que nuestra pretensión radicaba en impresionar en cosas muy superiores. Salir a pasear con muchachas nos parecía una pérdida de tiempo, pues, en nuestra arrogancia intelectual, a priori considerábamos al otro sexo intelectualmente inferior y no queríamos malgastar nuestras preciosas horas en conversaciones banales. Tampoco sería nada fácil hacer entender a un joven de hoy hasta qué punto ignorábamos, y hasta despreciábamos, todo lo relacionado con el deporte. Lo cierto es que, en el siglo pasado, aún no había llegado a nuestro continente la ola deportiva. Aún no había estadios donde cien mil personas bramasen de entusiasmo cuando un boxeador descargaba un puñetazo en la mandíbula del otro; los periódicos todavía no enviaban a sus reporteros para que, con fervor homérico, llenasen columnas y más columnas informando de un partido de hockey. En nuestra época, la lucha, los clubs de atletismo, los récords de pesos pesados todavía se consideraban como actividades de suburbio y formaban su público carniceros y ganapanes; como mucho, unas cuantas veces al año, las carreras de caballos, más nobles y aristocráticas, atraían al hipódromo a la llamada «buena sociedad», pero no así a nosotros, que considerábamos cualquier actividad física como una absoluta pérdida de tiempo. A los trece años, cuando me empezó a atacar aquella infección intelectual literaria, dejé el patinaje sobre hielo y usé en la compra de libros el

dinero que me daban mis padres para las clases de baile; a los dieciocho aún no sabía nadar ni bailar ni jugar a tenis; incluso hoy no sé montar en bicicleta ni conducir un automóvil, y en materia deportiva cualquier niño de diez años me puede poner en ridículo. Ni siquiera ahora, en 1941, sé muy bien cuál es la diferencia entre béisbol y fútbol, entre hockey y polo, y las páginas de deportes de los periódicos, con su lenguaje criptográfico, se me antojan escritas en chino. Me he mantenido imperturbable ante todos los récords deportivos de velocidad o de habilidad, adoptando el punto de vista del Sha de Persia, quien, cuando lo querían animar a que asistiese a un derby, manifestó, con sabiduría oriental: «¿Para qué? Ya sé que un caballo puede correr más que otro. Me es del todo indiferente cuál». Tan despreciable como entrenar el cuerpo, nos parecía malgastar el tiempo en el juego; tan sólo el ajedrez, que exigía un esfuerzo mental, hallaba un poco de merced a nuestros ojos; y, cosa más absurda todavía, a pesar de que nos sentíamos poetas en ciernes o, en todo caso, en potencia, nos preocupaba muy poco la naturaleza. Durante mis primeros veinte años no vi casi nada de los maravillosos alrededores de Viena; los días de verano más bonitos y cálidos, cuando la ciudad quedaba desierta, tenían un encanto más singular todavía, porque, en nuestro café, conseguíamos los periódicos y las revistas más deprisa y en mayor abundancia. He necesitado años y años para reencontrar el equilibrio que perdí a causa de esa hipertensión y esa avidez infantiles y para compensar en parte el inevitable abandono físico del cuerpo. Pero, aun así, visto en su conjunto, no me arrepiento de aquel fanatismo, de esa manera de vivir sólo a través de los ojos y los nervios de mis tiempos de bachillerato. Me

inoculó en la sangre un apasionamiento por todo lo intelectual que ya no querría perder nunca, y todo lo que he leído y aprendido desde entonces hasta ahora se asienta sobre los fundamentos que se endurecieron en aquellos años. Lo que uno ha descuidado en lo referente a sus músculos aún puede recuperarlo algún día, mientras que el impulso espiritual, la capacidad de captar del espíritu, tan sólo se adquiere en los decisivos años de formación y sólo aquel que ha aprendido a expandir su alma a los cuatro vientos a tiempo, es capaz más tarde de abarcar el mundo entero.

La verdadera experiencia de nuestros años de juventud consistió en que algo nuevo se fraguaba en el arte, algo que era más apasionante, problemático y tentador que aquello que había satisfecho a nuestros padres y a nuestro entorno. Sin embargo, fascinados como estábamos por aquel fragmento de vida, no caíamos en la cuenta de que los cambios que se producían en el ámbito de lo estético no eran sino vibraciones y síntomas de otros, de un alcance mucho mayor, que habían de conmocionar y, finalmente, destruir el mundo de nuestros padres, el mundo de la seguridad. Una notable reestructuración empezaba a prepararse en nuestra vieja y soñolienta Austria. Las masas, que durante decenios habían cedido, calladas y dóciles, el dominio a la burguesía liberal, de repente se agitaron, se organizaron y exigieron sus derechos. Precisamente en la última década, la política irrumpió con ráfagas bruscas y violentas en la calma de la vida plácida y holgada. El nuevo siglo exigía un nuevo orden, una nueva era.

El primero de estos grandes movimientos de masas fue en Austria el socialista. Hasta entonces, el derecho de voto, mal llamado «universal», se concedía en nuestro

país a los acaudalados que podían demostrar que habían pagado una contribución determinada. Ahora bien, los abogados y agricultores elegidos por ese estamento se creían honesta y sinceramente los portavoces y representantes del «pueblo» en el Parlamento. Estaban muy orgullosos de ser gente culta, tal vez académica incluso, y daban importancia a la dignidad, el decoro y la buena dicción; por eso las sesiones del Parlamento se asemejaban a tertulias de un club distinguido. Gracias a su fe liberal en un mundo infaliblemente progresista por obra de la tolerancia y la razón, aquellos demócratas burgueses creían de veras que procuraban, de la manera mejor posible, el bien de todos los súbditos a fuerza de pequeñas concesiones y mejoras paulatinas. Pero habían olvidado por completo que representaban tan sólo a cincuenta o cien mil personas acomodadas de las grandes ciudades, no a los cientos, miles, millones de habitantes de todo el país. Entretanto, la máquina había hecho su trabajo al reunir en torno a la industria a los obreros, antes dispersos; bajo el liderazgo de un hombre eminente, el doctor Viktor Adler, se constituyó en Austria un partido socialista con el fin de luchar por las reivindicaciones del proletariado, que exigía el derecho de sufragio auténticamente universal: igual para todo el mundo; apenas les fue concedido o, mejor dicho, apenas lo obtuvieron por la fuerza, la gente se dio cuenta de lo fina, aunque ciertamente valiosa, que era la capa de liberalismo. Con ella, desapareció de la vida política pública la conciliación y los intereses de unos chocaron violentamente con los de otros: la lucha acababa de empezar.

Recuerdo aún el día de mi primera infancia en que, con el ascenso del partido socialista, se produjo en

Austria el cambio decisivo; con el fin de demostrar por primera vez y de manera evidente su poder y su número, los obreros habían hecho circular la consigna de declarar el primero de mayo fiesta del pueblo trabajador y decidieron que desfilarían en formación cerrada por el Prater, más concretamente por su avenida central, donde por lo general se veían, entre anchas y hermosas hileras de castaños, desfiles de calesas y landós pertenecientes a la aristocracia y la burguesía rica. Presa de horror, la buena burguesía liberal se quedó de una pieza ante semejante anuncio. ¡Socialistas! La palabra tenía entonces, en Alemania y en Austria, un sabor a sangre y terrorismo, como antes la palabra «jacobinos» y más tarde «bolcheviques»; en un primer momento nadie creía posible que aquella horda roja llevase a cabo su marcha desde los suburbios sin quemar casas, saquear tiendas y cometer todos los actos de violencia imaginables. Una especie de pánico se apoderó de la gente. La policía de toda la ciudad y de los alrededores se apostó en la calle de Prater y el ejército, puesto en estado de alerta, recibió la orden de disparar en caso de necesidad; ningún carruaje se atrevió a acercarse al Prater, los comerciantes bajaron las persianas de hierro de sus tiendas y recuerdo que los padres prohibieron a sus hijos salir a la calle en un día de tamaño espanto, que podía ver a Viena en llamas. Pero no pasó nada. Los obreros marcharon hasta el Prater con mujeres e hijos, en compactas filas de a cuatro y con una disciplina ejemplar, ostentando todos en el ojal un clavel rojo, el símbolo del partido. Durante la marcha cantaron *La Internacional*, aunque los niños, al llegar al hermoso césped de la «Avenida noble», que pisaban por primera vez, intercalaron en ella sus inocentes canciones de colegio. No se insultó a nadie, no

se golpeó a nadie, no se cerró ningún puño; policías y soldados sonreían a los manifestantes en un gesto de camaradería. Gracias a aquella actitud irreprochable, ya le fue imposible a la burguesía estigmatizar a la clase obrera tachándola de «horda revolucionaria» y, como siempre en la vieja y sabia Austria, se llegó a concesiones mutuas; aún no se había inventado el actual sistema de represión y erradicación a porrazo limpio, todavía estaba vivo (aunque ya palidecía) el ideal de humanismo, incluso entre los líderes de los partidos.

Apenas había aparecido el clavel rojo como símbolo del partido, en seguida se vio otra flor en el ojal, el clavel blanco, signo de afiliación al partido socialcristiano (¿verdad que es enternecedor que aún se eligiesen flores como distintivos de los partidos, en lugar de botas altas, puñales y calaveras?). El partido socialcristiano, como grupo pequeñoburgués de pies a cabeza, era de hecho el contra movimiento orgánico del proletario y, en el fondo e igual que él, un producto del triunfo de la máquina sobre la mano. Y es que, con la concentración de grandes masas en las fábricas, la máquina asignó poder y promoción social a los obreros, al tiempo que amenazaba a la pequeña artesanía. Los grandes almacenes y la producción masiva de bienes supusieron una ruina para la clase media y los pequeños maestros artesanos. Se apoderó de este descontento y preocupación un líder hábil y popular, el doctor Karl Lueger, que con el lema de «hay que ayudar al pequeño» arrastró a toda la pequeña burguesía y a la clase media irritada, cuya envidia hacia los acaudalados era insignificante en comparación con el miedo a verse desposeídas de su forma de vida burguesa y caer en el proletariado. Era exactamente la misma capa social asustada que más

adelante congregó a su lado, como primera gran masa, Adolf Hitler, y Karl Lueger le sirvió de modelo también en otro sentido: le enseñó lo manipulable que era el lema antisemita, que ofrecía a los descontentos círculos pequeñoburgueses un adversario palpable y, por otro lado, imperceptiblemente desviaba el odio por los grandes terratenientes y la riqueza feudal. Aun así, toda la vulgarización y brutalización de la política actual, la espantosa recaída de nuestro siglo, se evidencia en la comparación de las dos figuras. Karl Lueger, con su suave barba rubia, tenía un aspecto imponente (el «bello Karl», lo llamaba la voz popular de Viena), tenía formación académica y no en vano había ido a la escuela en una época que situaba por encima de todo la cultura del espíritu. Sabía hablar en tono popular, era vehemente y jocoso, pero incluso en sus discursos más violentos (o los que la gente de aquella época consideraba como violentos) jamás sobrepasó los límites de los buenos modales y frenaba escrupulosamente a su *Streicher*[2], un tal Schneider, mecánico de profesión, que se servía de leyendas de asesinatos rituales y de vulgaridades por el estilo. Irreprochable y discreto en la vida privada, ante sus adversarios siempre se comportaba con una cierta nobleza, y su antisemitismo oficial nunca le impidió seguir siendo bienintencionado y mostrarse deferente con los amigos judíos de antes. Cuando, finalmente, su movimiento ganó el ayuntamiento de Viena y él fue nombrado alcalde (después de que el emperador Francisco José, que aborrecía las tendencias antisemitas, se hubiera negado por dos veces a sancionar ese nombramiento), su administración se mantuvo impecablemente justa y modélicamente democrática; los judíos, que habían temblado de miedo ante la victoria del

partido antisemita, siguieron disfrutando de los mismos derechos y merecían la misma consideración de antes. El veneno del odio y la voluntad de exterminio mutuo no había penetrado todavía en la sangre de la época.

Pero pronto apareció una tercera flor, la centaura azul, la flor favorita de Bismarck y símbolo del partido nacional-alemán, que —aunque no se entendía así en aquel entonces— era conscientemente revolucionario y, con un impulso brutal, aspiraba a derrocar la monarquía austríaca en favor de una Gran Alemania —el sueño de Hitler— bajo el liderazgo prusiano y protestante. Mientras el partido socialcristiano estaba arraigado en Viena y en el campo y el socialista en los centros industriales, el nacional-alemán tenía a sus partidarios concentrados casi exclusivamente en los territorios fronterizos de Bohemia y los Alpes; numéricamente débil, compensaba su insignificancia con una agresividad salvaje y una brutalidad desmesurada. Sus escasos diputados se convirtieron en el terror y la deshonra (en el sentido antiguo) del Parlamento austríaco; es en sus ideas y sus técnicas donde tiene su origen Hitler, también un austríaco de frontera. De Georg von Schönen tomó el grito de «¡Separémonos de Roma!», que por entonces seguían con obediencia germánica miles de partidarios nacional-alemanes que, para irritar al emperador y al clero, se pasaron del catolicismo al protestantismo; también de él adoptaron la teoría antisemita de la raza («En la raza radica la porquería», decía un ilustre modelo), así como, tal vez lo más importante, la utilización de una tropa de asalto salvaje que dispersaba manifestaciones a puñetazo limpio y, con ella, el principio de la intimidación por el terror de un grupo reducido contra una mayoría numéricamente superior,

pero humanamente más pasiva. Lo que las SA[3] hacían para el nacionalsocialismo —dispersar reuniones a fuerza de porrazos, irrumpir en plena noche en las casas de sus adversarios y pegarles palizas— para el partido nacional-alemán lo hacían las asociaciones de estudiantes, que, protegidas por la inmunidad académica, instalaron el terror del garrotazo; militarmente organizadas, acudían al primer grito o silbato para desfilar en cada acción política. Aquellos jóvenes de caras tajadas, borrachos y brutales, agrupados en las llamadas «corporaciones de estudiantes», dominaban el aula porque, además de llevar gorras y bandas como los otros, iban armados con duros y pesados garrotes; provocando sin cesar, pegaban palizas ya a los estudiantes eslavos, ya a los judíos, ya a los católicos, ya a los italianos, y a los indefensos los expulsaban de la universidad. No hubo «paseo» (como se llamaban los desfiles estudiantiles de los sábados) sin que corriera sangre. La policía, que debido a un privilegio de la universidad no podía entrar en las aulas, se tenía que limitar, pasiva, a mirar desde fuera cómo aquellos pendencieros cobardes cometían sus rabiosos excesos y, luego, a transportar a los heridos que, cubiertos de sangre, eran arrojados a la calle escaleras abajo por los camorristas nacionales. Cada vez que el partido nacional-alemán austríaco, pequeño pero fanfarrón, quería conseguir algo por la fuerza, mandaba por delante a esta tropa estudiantil de asalto; cuando el conde Badeni, con la aprobación del emperador y del Parlamento, promulgó un decreto sobre lenguas que debía poner paz entre las distintas naciones de Austria —y que probablemente habría alargado unas décadas la vida de la monarquía—, aquel puñado de exaltados ocupó la Ringstrasse. Tuvo que salir la caballería, se

desenfundaron los sables y se oyeron disparos. Pero en aquella época liberal, trágica en su debilidad y enternecedora en su humanidad, la aversión a todo acto violento y al derramamiento de sangre era tan grande que el gobierno cedió ante el terror de los nacional-alemanes. El primer ministro dimitió y el decreto sobre lenguas, completamente leal, fue derogado. La irrupción de la brutalidad en la política se apuntaba su primer éxito. Todas las grietas existentes entre las razas y las clases que la época de la conciliación había encolado con tanto esmero y esfuerzo se abrieron de pronto y se convirtieron en abismos y precipicios. De hecho, en la última década del viejo siglo en Austria ya había estallado la guerra de todos contra todos.

Nosotros, unos jóvenes completamente inmersos en nuestras ambiciones literarias, reparábamos poco en los peligrosos cambios que se producían en nuestra patria: tan sólo teníamos ojos para libros y cuadros. No mostrábamos ni el más remoto interés por los problemas políticos y sociales: ¿qué significaban para nuestras vidas aquellas trifulcas a gritos? La ciudad hervía durante las elecciones y nosotros íbamos a la biblioteca. Las masas se levantaban y nosotros escribíamos versos y discutíamos de poesía. No veíamos las señales de fuego en la pared; sentados a la mesa como antaño el rey Baltasar, saboreábamos, despreocupados y sin temer al futuro, los exquisitos manjares del arte. Y tan sólo varias décadas más tarde, cuando las paredes y el techo se desplomaron sobre nuestras cabezas, reconocimos que los fundamentos habían quedado socavados ya hacía tiempo y que, con el nuevo siglo, simultáneamente había empezado en Europa el ocaso de la libertad individual.

«EROS MATUTINUS»

Durante los ocho años de instituto se produjo un hecho sumamente personal para todos nosotros: de niños de diez años nos fuimos convirtiendo poco a poco en jóvenes púberos de dieciséis, diecisiete y dieciocho, y la naturaleza empezó a anunciar sus derechos. Ahora bien, este despertar de la pubertad aparece como un problema totalmente personal que todo aquel que se hace adulto tiene que dirimir consigo mismo y a su manera, y que a primera vista no parece apropiado para ser discutido en público. Sin embargo, para nuestra generación esa crisis iba mucho más allá de su propia esfera. Mostraba al mismo tiempo un despertar distinto, pues nos enseñaba a observar por primera vez y con sentido crítico el mundo social en el que habíamos crecido y sus convicciones. Por lo general, los niños, e incluso los jóvenes, tienden a mostrarse respetuosos sobre todo con las leyes de su entorno. Pero se someten a las convenciones que se les impone sólo cuando ven que todos los demás las observan con la misma lealtad. Un solo ejemplo de falta de veracidad por parte de los maestros o de los padres los induce inevitablemente a considerar todo su entorno con mirada desconfiada y, por ende, más inquisitiva. Y nosotros no tardamos mucho en descubrir que todas las autoridades en las que habíamos depositado nuestra confianza hasta entonces —escuela, familia y moral pública— en lo referente a la sexualidad se comportaban con notable falsedad. Y más aún: que en este tema también a nosotros nos exigían secretismo y disimulo.

Y es que antes de los años treinta y cuarenta la gente pensaba de modo distinto que en nuestro mundo actual. Quizás en ninguna otra esfera de la vida pública se produjo un cambio tan radical en el lapso de una sola generación como en el de las relaciones entre los dos sexos, y eso por una serie de factores: la emancipación de la mujer, el psicoanálisis freudiano, la educación física, la emancipación de los jóvenes. Si tratamos de formular la diferencia entre la moral burguesa del siglo XIX, que era esencialmente victoriana, y las ideas hoy vigentes, de más libertad y menos prejuicios, quizá la mejor forma de abordar la cuestión sería diciendo que aquella época rehuía medrosamente el problema de la sexualidad por un sentimiento de inseguridad interior. Épocas anteriores, de lo más religiosas todavía, sobre todo las rigurosamente puritanas, lo tenían más fácil. Imbuidas de la idea de que el apetito sexual era el aguijón del diablo y que el placer corporal era lujuria y pecado, las autoridades de la Edad Media habían atacado el problema de frente y habían impuesto su estricta moral con severas prohibiciones y (sobre todo en la Ginebra calvinista) unos castigos atroces. Nuestro siglo, en cambio, época tolerante que, desde tiempos atrás, ya no creía en el demonio y apenas en Dios, no hizo suficiente acopio de valor como para lanzar un anatema tan radical, pero consideraba la sexualidad como un elemento anárquico y, por lo tanto, molesto, que no se ajustaba a su ética y no era un tema apto para sacarlo a la luz del día, porque cualquier forma de amor libre o extramatrimonial iba en contra de la «decencia» burguesa. Ante tamaño dilema, la época ideó un original compromiso. Limitó su moral a no prohibir a los jóvenes practicar su *vita sexualis*, pero exigió que despacharan

ese desagradable asunto con discreción. Si no se podía eliminar la sexualidad, como mínimo debían procurar que no fuera visible dentro de su mundo moral. Y así, se acordó tácitamente no hablar de esas cosas tan enojosas ni en la escuela ni en casa ni en público, y suprimir todo lo que pudiera recordar su existencia.

A nosotros, que desde Freud sabemos que quien trata de expulsar de su conciencia los impulsos naturales en realidad no los suprime, sino que los desplaza peligrosamente al subconsciente, nos resulta fácil reírnos de la contumacia de aquella técnica de ocultación. Pero todo el siglo XIX vivió sumido en la ilusión sincera de que era posible solucionar todos los conflictos con el sentido común racionalista y de que, cuanto más se escondían los hechos naturales, tanto más se refrenaban sus fuerzas anárquicas; así, pues, si no se instruía a los jóvenes en materia de sexualidad, éstos se olvidarían de su existencia. Con esta vana ilusión de moderar a través de la ignorancia, todas las instancias se unieron en un boicot común de silencio hermético. Escuela y cura de almas, vida social y justicia, periódicos y libros, moda y costumbres, evitaban por principio cualquier mención del problema y, oh vergüenza, incluso la ciencia, cuya misión debería consistir en abordar todos los problemas sin prejuicios, se unió al tópico *naturalia sunt turpia*. También ella capituló so pretexto de que no era digno de la ciencia tratar cuestiones tan escabrosas. Hojeando cualquier libro de la época, sea de filosofía, sea de derecho o, incluso, de medicina, nos encontraríamos con que todos, de común acuerdo y medrosamente, habían eliminado de su contenido cualquier mención del tema. Cuando los expertos en derecho penal discutían en congresos los métodos para humanizar las prisiones y los

daños morales de la vida penitenciaria, pasaban de largo, tímidamente y en silencio, ante el problema central. Los neurólogos, pese a tener clara en muchos casos la etiología de buen número de enfermedades histéricas, tampoco se atrevían a admitir los hechos y podemos leer en Freud cómo incluso su venerado maestro Charcot le había confesado en privado que conocía perfectamente su verdadera causa, pero que nunca la había hecho pública. Por lo menos a la «bella» literatura —como se la llamaba entonces— le estaba permitido arriesgarse a descripciones claras y francas, porque sólo a ella le había sido asignado el dominio de lo bello y lo estético. Mientras que en el siglo anterior el escritor no tenía miedo de pintar un retrato franco y extenso de la cultura de su tiempo, mientras que aún se podían encontrar en Defoe, en el abad Prévost, en Fielding y en Rétif de la Bretonne descripciones no adulteradas de la realidad, aquella época pensaba que sólo podía mostrar su parte «sentimental» y «sublime», pero nunca la auténtica y desagradable. Por ello, de todos los peligros, tinieblas y confusiones de los jóvenes de ciudad, en la literatura del siglo XIX no se encuentra mucho más que un efímero poso. Incluso si un escritor osado mencionaba la prostitución, estaba convencido de que debía ennoblecerla y convertir artificiosamente a la heroína en una «dama de las camelias». Nos hallamos, pues, ante un hecho singular: si un joven de hoy, para saber cómo la juventud de la generación anterior y la de antes se abría camino en la vida, abre las novelas incluso de los grandes maestros de la época, las obras de Dickens y Thackeray, Gottfried, Keller y Björnson, no encuentra descritos en ellas más que hechos sublimados y atemperados (excepto en Tolstói y Dostoievski, que, como rusos, estaban más

allá del pseudoidealismo europeo), pues toda aquella generación estaba inhibida en su libertad de expresión por la presión de la época. Y nada ejemplifica con más claridad la hipersensibilidad casi histérica de esa moral de los antepasados y su atmósfera hoy inimaginable, como el hecho de que ni siquiera bastase con el pudor literario. Pues, ¿se puede entender todavía que una novela como *Madame Bovary* fuera prohibida por obscena por un tribunal público francés? ¿Y que en la época de mi juventud las novelas de Zola pasasen por pornográficas o un poeta clásico tan sereno como Thomas Hardy provocara tempestades de indignación en Inglaterra y América? Por discretos que fueran estos libros, desvelaban una buena parte de la realidad.

Pero nosotros crecimos en esta atmósfera malsana y asfixiante, saturada de bochorno perfumado. Aquella moral falsa y antipsicológica del silencio y la ocultación pesó sobre nuestra juventud como una pesadilla y, comoquiera que, gracias a esa técnica solidaria de disimulo, carecemos de auténticos documentos literarios e histórico-culturales, puede no resultar fácil reconstruir algo que ha llegado a ser increíble. De todos modos, contamos con un punto de referencia: basta con fijarnos en la moda, pues la moda de un siglo, con sus tendencias en materia de gustos (cosas que se pueden ver y tocar) revela automáticamente también su moral. No se puede decir realmente que sea una casualidad el que hoy, en el año 1940, cuando aparecen en la pantalla hombres y mujeres de la sociedad de 1900 vestidos con la indumentaria de entonces, el público de cualquier ciudad de Europa o América no pueda reprimir la risa y suelte al unísono una estruendosa carcajada. Los más ingenuos de hoy también se ríen de esas curiosas figuras de ayer,

porque las ven como caricaturas, como bufones vestidos de forma poco natural, incómoda, antihigiénica y nada práctica; incluso a nosotros, que conocimos a nuestras madres, tías y amigas ataviadas con esas ropas absurdas, y que también llevábamos prendas igualmente ridículas, nos parece un sueño fantasmagórico el que toda una generación pudiera someterse sin protestar a unas modas tan estúpidas. La moda masculina de cuello alto y almidonado, la «marquesota» que imposibilitaba cualquier movimiento con soltura, las levitas negras y coleantes y los sombreros de copa que recuerdan chimeneas de estufa, ciertamente provocan risas, pero ¿y las damas de antaño, con sus pesados y forzosos arreos que violentaban cada detalle de su naturaleza? La cintura, apretada como la de una avispa por un corsé de ballena; el abdomen, a su vez, hinchado como una campana gigante; el cuello, cerrado hasta el mentón; los pies, cubiertos hasta la punta de los dedos; el pelo, recogido hacia arriba en innumerables bucles y trenzas bajo un sombrero monstruoso que se tambaleaba majestuosamente; las manos, metidas en guantes incluso durante la canícula: esta figura de «dama», que ya es historia desde hace mucho tiempo, a pesar del perfume que dejaba a su paso, a pesar de los adornos con que estaba cargada y de las blondas, los volantes y los colgajos más preciosos, daba la impresión de ser alguien infeliz, desamparado y digno de compasión. Ya a primera vista se percataba uno de que una mujer acorazada con tales atavíos, como un caballero con su armadura, no podía moverse con libertad, viveza y gracia; de que cada movimiento suyo, cada gesto y, en consecuencia, todo su comportamiento debían ser artificiales, poco naturales e, incluso, antinaturales. El

solo hecho de ataviarse de «dama» (por no hablar de su educación social), de ponerse y quitarse toda esa indumentaria, representaba un proceso largo, complicado y ceremonioso que no se podía ejecutar sin la ayuda de alguien. En primer lugar, era preciso cerrar un montón de corchetes y corchetas desde la cintura hasta el cuello, apretar el corsé con toda la fuerza de la ayuda de cámara, los largos cabellos (quiero recordar a los jóvenes que, antes de los treinta años, todas las mujeres de Europa, excepto algunas docenas de estudiantes rusas, podían desplegar la cabellera hasta las caderas) eran rizados, estirados, cepillados, frotados y recogidos hacia arriba por una peluquera que acudía todos los días y utilizaba gran cantidad de horquillas, prendedores y peines, y usaba bigudíes y tenacillas para rizar; todo eso antes de envolver a la mujer, como una cebolla, con capas de enaguas, camisolas, chaquetas y chaquetillas hasta que desaparecían completamente los últimos restos de formas femeninas y personales. Pero este absurdo tenía una razón secreta. Con tales manipulaciones se disimulaban las líneas corporales de la mujer hasta tal punto que ni siquiera el novio, en el banquete de boda, pudiese adivinar ni por asomo si su futura consorte era jorobada o no, regordita o delgada, paticorta o zanquilarga; la época «moral», sin embargo, en absoluto consideraba prohibido el fortalecer artificialmente el pelo, los pechos u otras partes del cuerpo, con el fin de engañar al ojo y adaptarse al ideal general de belleza. Cuanto más deseaba una mujer parecer una «dama», tanto menos se debían reconocer sus formas naturales; en el fondo, la moda, con su deliberado axioma, no hacía otra cosa que servir a la tendencia general de la moral de

la época, cuya preocupación principal se centraba en tapar y esconder.

Pero esta moral olvidaba por completo que, cuando se cierra una puerta al diablo, éste suele forzar la entrada por la chimenea o por una puerta trasera. Lo que hoy, a nuestra mirada libre de prejuicios, llama la atención en esas ropas que pretendían tapar desesperadamente todo vestigio de piel desnuda, no es su moralidad, sino, al contrario, cuán penosa y provocativamente ponía de relieve la polaridad de los sexos. Mientras que los chicos y las chicas de nuestra época, todos altos y delgados, todos sin pelo en la cara y con la cabellera corta, se adaptan los unos a los otros como buenos compañeros en lo que al aspecto externo se refiere, en aquella otra época los sexos se distanciaban lo más posible el uno del otro. Los hombres exhibían barbas largas o, al menos, unos ufanos bigotes retorcidos hacia arriba, como atributo de su masculinidad visible desde lejos, mientras que en la mujer, el corsé ostensiblemente ponía de manifiesto su característica más femenina: los pechos. Se exageraba la importancia del llamado sexo fuerte frente al débil también en la actitud que se les exigía: el hombre, enérgico, caballeroso y agresivo; la mujer, tímida, pudorosa y defensiva; cazador y presa, en vez de una relación de igual a igual. A causa de esta antinatural tensión entre los dos sexos en cuanto al comportamiento exterior, también había que reforzar la tensión interior entre los dos polos, es decir, el erotismo, y así, gracias al método tan poco psicológico de la ocultación y el silencio, la sociedad de entonces logró justo lo contrario: ya que a su miedo eterno y su beatería los seguía constantemente el rastro de la inmoralidad —en todas las formas de la vida: la literatura, el arte y la vestimenta, y

todo para evitar provocaciones— en realidad se veía impelida a pensar en lo inmoral prematuramente. Como investigaba sin cesar qué podía ser indecente, se encontraba en estado de vigilancia constante; al mundo de entonces le parecía que la «decencia» corría siempre un peligro mortal: en cada gesto, en cada palabra. Quizás hoy se puede llegar a entender todavía que en aquella época se considerase delito el que una mujer llevara pantalones para jugar o practicar algún deporte. Pero, ¿cómo hacer entender la beatería histérica de prohibir a una dama que se llevase a la boca la palabra «pantalones»? Si por alguna razón la mujer tenía que mencionar la existencia de un objeto tan peligroso para los sentidos como lo son unos pantalones masculinos, debía escoger entre la inocente «calzones» o la denominación evasiva, expresamente inventada para la ocasión, de «los inefables». El que, por ejemplo, una pareja de jóvenes de la misma clase social pero de distinto sexo pudiese salir de excursión sola, sin carabina, era del todo impensable o, mejor dicho, lo primero que pensaba la gente era que podía «pasar» algo. Semejante encuentro era del todo permisible siempre y cuando algún guardián, madre o institutriz, acompañase a los jóvenes en todo momento. Que las chicas jugaran a tenis con vestidos sin mangas o que no les llegaran hasta los pies, hubiese sido escandaloso, incluso en pleno verano, y si una mujer de buenas costumbres cruzaba las piernas en una reunión social, la «moral» lo consideraba terriblemente indecente, pues con este movimiento, por debajo del dobladillo del vestido, podían quedarle al descubierto los tobillos. Ni siquiera a los elementos de la naturaleza, el sol, el agua y el viento, les estaba permitido tocar la piel desnuda de la

mujer. Era un martirio nadar en el mar con pesados vestidos que tapaban el cuerpo desde el cuello hasta los talones; en los internados y conventos, las chicas tenían que bañarse con largas camisas blancas para hacerles olvidar que tenían un cuerpo. No es una leyenda ni una exageración cuando se dice que del cuerpo de las mujeres que morían de viejas, nadie, excepto el tocólogo, el marido y la amortajadora, había visto ni los hombros ni las rodillas. Todo eso hoy, al cabo de cuarenta años, parece un cuento o una humorada. Pero ese temor a todo lo corporal y natural realmente había penetrado en todas las capas sociales, desde las superiores hasta las inferiores, con la fuerza de una verdadera neurosis. Y es que, ¿es posible imaginarse hoy que a finales de siglo, cuando las primeras mujeres osaron montar en bicicleta o a caballo a horcajadas, los campesinos les arrojaron piedras por atrevidas? ¿O que en una época en que yo todavía iba a la escuela, los periódicos de Viena dedicaran columnas y más columnas a debatir la propuesta —toda una novedad— de que las bailarinas de la Ópera bailaran sin medias de malla? ¿Y que constituyese una conmoción sin precedentes el que Isadora Duncan, en sus danzas, que eran de lo más clásico, bajo la túnica blanca, que por suerte se le arremolinaba alrededor del cuerpo hasta abajo del todo, en vez de los habituales zapatitos de seda enseñara por primera vez las plantas desnudas de los pies? Imaginémonos ahora a jóvenes que se educaron en esa época de mirada vigilante y cuán ridículos les debieron de parecer tales temores por la decencia siempre amenazada, cuando se dieron cuenta de que el velo de moralidad que se quería colgar misteriosamente alrededor de todas estas cosas era en realidad

transparente y lleno de desgarrones y agujeros. Al fin y al cabo, no se podía evitar que alguno de los cincuenta alumnos de bachillerato tropezara con algún profesor suyo en una de aquellas callejuelas oscuras o que en el círculo familiar oyese que fulano o mengano, que actuaba de una manera muy digna de respeto delante de todos, llevaba unos cuantos pecados en la conciencia. En realidad, nada estimulaba y acrecentaba tanto nuestra curiosidad como aquella técnica chapucera de la ocultación; y puesto que no querían dejar que lo natural siguiera su curso libre y abiertamente, en una gran ciudad, la curiosidad se procuraba salidas subterráneas y no siempre demasiado limpias. A causa de esta represión entre los jóvenes, en todos los estratos sociales se percibía una sobreexcitación subterránea que repercutía en ellos de forma infantil y desvalida. Apenas quedaba una valla o un retrete que no hubiesen sido pintarrajeados con palabras y dibujos indecentes; apenas había una piscina donde las paredes de madera que daban a las instalaciones para mujeres no hubiesen sido perforadas por los llamados *voyeurs*. Industrias enteras, que ahora ya se han ido a pique desde que las costumbres se han hecho más naturales y normales, iban viento en popa a escondidas, sobre todo las de fotografías de mujeres desnudas que los vendedores ambulantes ofrecían a los adolescentes por debajo de las mesas de cualquier fonda. O las que producían literatura pornográfica *sous le manteau* (ya que la literatura seria obligatoriamente debía ser idealista y prudente): libros de la peor clase, impresos en papel malo, escritos en un lenguaje pésimo y, sin embargo, con gran aceptación, así como revistas «picantes», repugnantes y obscenas, como hoy ya no se encuentran. Al lado del Hoftheater, creado para servir al

ideal de la época con toda su nobleza y pureza nívea, había teatros y cabarets que servían exclusivamente a la obscenidad más vulgar; por doquier la inhibición se procuraba rodeos, extravíos y escapes. Y así, aquella generación, a la que se le prohibía hipócritamente cualquier clase de iniciación y cualquier contacto natural y sin prejuicios con el otro sexo, en el fondo estaba mejor dispuesta a lo erótico que los jóvenes de hoy con su libertad sexual. Y es que sólo lo que no se tiene estimula el apetito, sólo lo que está prohibido incita el deseo, y cuantas menos cosas veían los ojos y oían las orejas, tanto más fantaseaba el pensamiento. Cuanto menos contacto se permitía tener al cuerpo con el aire, la luz y el sol, tanto más hervían los sentidos. En suma, aquella presión social sobre nuestra juventud, en vez de infundirnos una moralidad más elevada, sólo provocó en todos nosotros desconfianza e irritación hacia todas aquellas instancias. Desde el día en que despertamos, sentimos instintivamente que, con su silencio y ocultación, esa falsa moral nos quería quitar algo que en justicia pertenecía a nuestra edad y que sacrificaba nuestros deseos de probidad a una convención que se había vuelto falsa hacía tiempo.

Pero dicha «moral social», que, por un lado, daba por hecho la existencia de la sexualidad y de su desarrollo natural en privado y, por otro, no quería reconocerla bajo ningún concepto en público, era doblemente engañosa. Porque, si tratándose de los muchachos cerraba un ojo y con el otro les animaba incluso con guiños a «correrla», como se solía decir en el argot familiar burlesco pero bienintencionado de la época, por lo que a las chicas se refiere cerraba miedosamente los dos ojos y se hacía la ciega. El que un hombre sintiera

impulsos sexuales y le fuera lícito sentirlos, incluso la convención tenía que reconocerlo tácitamente. Pero el que una mujer pudiera igualmente estar sometida a esa clase de impulsos, el que la creación necesitara para sus propósitos eternos también una polaridad femenina, y que ello se confesara abiertamente habría atentado contra el concepto de la «santidad de la mujer». Y así, en la época prefreudiana, se había impuesto como un axioma el acuerdo de que una persona del sexo femenino no tenía ninguna clase de deseo físico, a no ser que fuera despertado por el hombre, lo cual, huelga decirlo, oficialmente sólo estaba permitido en el matrimonio. Ahora bien, puesto que el ambiente, sobre todo en Viena, también en aquella época de moralidad estaba cargado de peligrosos gérmenes de infección erótica, una muchacha de buena familia tenía que vivir en una atmósfera totalmente esterilizada desde su nacimiento hasta el día en que bajaba del altar nupcial con su marido. Para proteger a las muchachas, no se las perdía de vista ni por un instante. Se les asignaba una institutriz que tenía que velar para que, Dios nos libre, no dieran un solo paso fuera de casa sin protección; las acompañaban a la escuela, a las clases de baile y de música, y también iban a recogerlas. Se controlaba todos los libros que leían y, por encima de todo, se las mantenía en actividad constante para distraerlas de posibles pensamientos peligrosos. Tenían que estudiar piano, canto, dibujo, idiomas extranjeros, historia del arte e historia de la literatura; las instruían e híper instruían. Sin embargo, mientras se afanaban por hacerlas socialmente tan cultas y bien educadas como fuera posible, al propio tiempo se cuidaban celosamente de que quedaran *in albis* respecto a todo lo natural (cosa para nosotros incomprensible hoy

en día). Una muchacha de buena familia no debía tener ni la más mínima idea de cómo estaba formado el cuerpo de un hombre, no debía saber cómo vienen al mundo los niños, y todo porque el angelito tenía que llegar al matrimonio no sólo con el cuerpo intacto, sino también con el espíritu «puro». Decir de una chica que estaba «bien educada» equivalía en aquellos tiempos a decir que era completamente ajena a la vida real; y algunas mujeres de aquella época vivieron toda su vida sumidas en esa enajenación. Todavía hoy me divierte la historia grotesca de una tía mía que, en la noche de bodas, compareció de nuevo en casa de sus padres, a la una de la madrugada, y armó un escándalo afirmando que no quería volver a ver nunca más al monstruo con el que se había casado, que era un loco y un demonio, porque había intentado, en serio, desnudarla. A duras penas había podido salvarse de tamaña exigencia, evidentemente enfermiza.

Con todo, no puedo ocultar que, por otro lado, esta ignorancia confería un encanto misterioso a las muchachas de entonces. Esas criaturas tiernas, recién salidas del cascarón, presentían que al lado y detrás de su mundo había otro del que nada sabían ni les estaba permitido saber, y esto las volvía curiosas, llenas de anhelos e ilusiones y cautivadoramente desconcertadas. Cuando alguien las saludaba por la calle, se ruborizaban. ¿Existen todavía hoy muchachas que se ruboricen? Cuando estaban en grupo, solas, soltaban risitas tímidas, cuchicheaban por lo bajinis y se reían sin cesar, como si estuvieran un poco achispadas. Llenas de expectativas ante todo lo que ignoraban y de lo cual estaban excluidas, se imaginaban una vida romántica, pero a la vez les daba vergüenza que alguien pudiera descubrir hasta qué punto anhelaba caricias su cuerpo, del que

nada preciso sabían. Una especie de vaga confusión turbaba su porte en todo momento. Caminaban de modo distinto que las chicas de hoy, de cuerpos fortalecidos por el deporte, que se mueven entre los chicos con desenvoltura y naturalidad como entre iguales; tras unos pasos, por el modo de andar y de comportarse, se podía distinguir entonces a una muchacha de una mujer que ya había conocido hombre. Eran más niñas que las muchachas de hoy, y menos mujeres, parecidas en su naturaleza a la fragilidad exótica de las plantas de invernadero cultivadas en casas de cristal, en una atmósfera con exceso de calor artificial y protegidas de cualquier soplo de viento pernicioso: el producto primorosamente cultivado de una educación y una cultura determinadas.

Pero así es como la sociedad de entonces quería a las muchachas: necias y desinformadas, bien educadas e ignorantes, curiosas y vergonzosas, inseguras e inútiles, marcadas desde el principio por una educación ajena a la vida, para que después se dejaran llevar abúlicamente al matrimonio y se dejaran modelar por el hombre. La moral parecía protegerlas como símbolo de su ideal más secreto, como símbolo de la honestidad femenina, de la virginidad, de la espiritualidad. Pero ¡qué tragedia después, si una de esas muchachas llegaba tarde y a los veinticinco o treinta años todavía no se había casado! Y es que la convención, despiadada, exigía que la muchacha de treinta años también se mantuviera íntegra, en ese estado de inexperiencia, inapetencia e ingenuidad que ya era impropio de su edad, por amor a la «familia» y a la «moral». Pero entonces la imagen tierna solía volverse una caricatura mordaz y cruel. La muchacha soltera se convertía en «chica para vestir santos» y la

chica para vestir santos en «solterona», blanco de las burlas triviales de las revistas satíricas. Quien hoy eche un vistazo a una colección antigua de *Hojas volantes* o cualquier otro periódico humorístico de la época, encontrará con horror en cada número las burlas más estúpidas sobre solteras maduras que, con los nervios deshechos, no saben disimular su necesidad de amor, tan natural por otra parte. En vez de reconocer la tragedia que se consumaba en sus vidas sacrificadas, de reconocer que tenían que reprimir las exigencias de la naturaleza, el deseo de amor y maternidad a causa de la familia y del buen nombre, se las escarnecía con una falta de comprensión que hoy nos repugna. Pero una sociedad es siempre más cruel con quienes la traicionan y revelan sus secretos, cuando por hipocresía se comete un sacrilegio contra la naturaleza.

Si bien la convención burguesa de entonces trataba desesperadamente de mantener la ficción de que una mujer de la «buena sociedad» no tenía ni podía tener sexualidad mientras no se casara (cualquier otra cosa la convertía en «persona inmoral», una *outcast* de la familia), se veía obligada sin embargo a reconocer la existencia de los impulsos sexuales en el joven. Como la experiencia enseñaba que no se podía evitar que, en su época de la pubertad, los chicos practicaran su *vita sexualis*, la sociedad se limitaba discretamente a esperar a que diesen curso a sus placeres indignos *extra muros* de los usos santificados. Así como las ciudades, con sus comercios lujosos y sus paseos elegantes, esconden, bajo sus casas limpias y barridas, canalizaciones subterráneas a las que se desvía la suciedad de las cloacas, así también toda la vida sexual de los jóvenes debía transcurrir invisible bajo la superficie moral de la «sociedad». No

importaban los peligros a los que se exponía el joven ni los ambientes que frecuentaba, y tanto la familia como la escuela se resistían, por miedo, a instruir al joven en este aspecto. Sólo de vez en cuando se dieron casos, en los últimos años, de algunos padres previsores o, como se decía entonces, de «mentalidad liberal», que en cuanto el hijo mostraba las primeras señales de barba incipiente, trataban de ayudarle a seguir el buen camino. Llamaban al médico de cabecera, quien, en el momento oportuno, hacía entrar al joven en una habitación, se limpiaba detenidamente las gafas antes de empezar su conferencia sobre los peligros de las enfermedades venéreas y recomendaba al joven (el cual a esas alturas ya se había instruido por su cuenta) que fuese moderado y no descuidase las medidas de precaución. Otros padres recurrían a un procedimiento todavía más singular: contrataban a una criada guapa para la misión de instruir prácticamente al chico, pues consideraban que era mejor que despachara este enojoso asunto bajo su propio techo, con lo cual se guardaba el decoro de puertas afuera y, además, se evitaba el peligro de que el hijo cayera en manos de cualquier «persona redomada». Existía, empero, un método de iniciación que seguía siendo mal visto y, por tanto, excluido por todas las instancias y en todas sus formas: el método de hablar pública y francamente del tema.

A la vista de todo esto, ¿qué posibilidades tenía un joven del mundo burgués? En todos los demás estamentos sociales, los llamados inferiores, el problema no era ningún problema. En el campo, el mozo de diecisiete años ya dormía con una sirvienta y, si la relación traía consigo consecuencias, no se le daba mayor importancia. En la mayoría de nuestros pueblos alpinos

el número de hijos ilegítimos superaba en mucho al de los legítimos. En el mundo proletario, a su vez, el obrero vivía con una obrera «en concubinato» antes de poder casarse. Entre los judíos ortodoxos de Galitzia la novia era conducida a casa del novio de diecisiete años, es decir, un muchacho que apenas había llegado a la edad núbil, el cual a los cuarenta ya podía ser abuelo. Sólo en nuestra sociedad burguesa estaba mal visto el verdadero remedio, el matrimonio precoz, porque ningún padre habría confiado a su hija a un muchacho de veintidós o veinte años, ya que un hombre tan «joven» no era considerado lo bastante maduro. También en este caso se ponía de manifiesto una falacia interna, puesto que el calendario burgués no coincidía en absoluto con el de la naturaleza. Mientras que para la naturaleza el joven era núbil a los dieciséis o diecisiete años, para la sociedad lo era cuando había conseguido crearse una «posición social», es decir, difícilmente antes de los veinticinco o veintiséis años. Así, pues, se producía un intervalo artificial de seis, ocho o diez años entre la edad viril real y la social, durante el cual el joven tenía que procurarse sus propias «ocasiones» o «aventuras».

En este sentido, la época no le ofrecía muchas posibilidades. Pocos chicos, y aun sólo los muy ricos, podían permitirse el lujo de «mantener» a una querida, es decir, proporcionarle casa y sufragar sus gastos. Y sólo algunos especialmente afortunados podían hacer realidad el amor ideal de la literatura de entonces (el único que estaba permitido describir en las novelas): la relación con una mujer casada. Los demás solían recurrir a camareras o dependientas, algo que daba pocas satisfacciones interiores. Y es que en aquella época, anterior a la emancipación de la mujer y a su participación activa e

independiente en la vida pública, sólo las muchachas del origen proletario más humilde tenían, por un lado, bastante falta de escrúpulos y, por otro, bastante libertad como para mantener estas relaciones pasajeras sin propósito serio de matrimonio. Mal vestidas, exhaustas tras una jornada de doce horas, miserablemente pagadas, descuidadas higiénicamente (en aquellos tiempos un cuarto de baño era privilegio de familias ricas) y educadas en un círculo muy cerrado, esas pobres criaturas se hallaban tan por debajo del nivel de sus amantes, que la mayoría de ellos se avergonzaban de que los vieran en público en su compañía. Es cierto que, para poner remedio a esta situación molesta, la convención, previsora, había tomado medidas especiales, las llamadas *chambres séparées*, donde se podía cenar con una chica sin ser visto, y el resto se despachaba en los hoteles de las oscuras callejuelas, dedicados exclusivamente a este negocio. Pero tales encuentros debían ser fugaces y no tenían nada de bello, había en ellos más sexualidad que eros, porque siempre se llevaban a cabo deprisa y a escondidas, como una cosa prohibida. De todos modos, existía también la posibilidad de relación con una de aquellas criaturas anfibias que se encontraban mitad fuera y mitad dentro de la sociedad, actrices, bailarinas y artistas, las únicas mujeres «emancipadas» de la época. Pero, en general, la base de la vida erótica de entonces fuera del matrimonio seguía siendo la prostitución; representaba en cierto modo la oscura bóveda subterránea sobre la cual se levantaba, con una fachada deslumbrante e inmaculada, el suntuoso edificio de la sociedad burguesa.

La generación actual apenas tiene idea de la enorme expansión de la prostitución en Europa hasta la Guerra

Mundial. Mientras que hoy es tan raro tropezar con prostitutas como con caballos en las calles de las grandes ciudades, antaño las aceras estaban tan salpicadas de mujeres de la vida, que resultaba más difícil esquivarlas que encontrarlas. A eso se añadían también las numerosas «casas de tolerancia», los locales nocturnos, los cabarets, los *dancings* con sus bailarinas y cantantes, los bares con sus animadoras. Se ofrecía mercancía femenina a todas horas y a cualquier precio, y cabe decir que a un hombre le costaba tan poco tiempo y esfuerzo comprar a una mujer para un cuarto de hora, una hora o una noche como un paquete de tabaco o un periódico. En mi opinión, nada corrobora tanto la mayor sinceridad y naturalidad de las formas de vida y de amor actuales como el hecho de que a los jóvenes de hoy les haya resultado posible y casi obvio privarse de estas instituciones antaño imprescindibles y que no hayan sido la policía ni las leyes los que han hecho retroceder la prostitución en nuestro mundo, sino que ese trágico producto de una pseudomoral se haya liquidado por sí mismo, hasta quedar reducido a unos escasos restos a causa de la disminución de la demanda.

La posición oficial del Estado y de su moral respecto de este oscuro asunto nunca fue cómoda. Desde el punto de vista moral nadie se atrevía a otorgar abiertamente a una mujer el derecho a venderse; desde el punto de vista higiénico, en cambio, no se podía prescindir de la prostitución, ya que canalizaba la enojosa sexualidad extramatrimonial. Así, pues, las autoridades trataban de ayudar con una cierta ambigüedad, creando una división entre la prostitución clandestina, que el Estado combatía por inmoral y peligrosa, y la prostitución permitida, a la que proveía de una especie de licencia profesional y

gravaba con impuestos. Si una muchacha decidía hacerse prostituta, recibía un permiso especial de la policía y un documento que lo certificaba. Sometiéndose a controles de la policía y cumpliendo con la obligación de pasar un examen médico dos veces por semana, obtenía el derecho profesional de alquilar su cuerpo al precio que se le antojara. Su oficio era reconocido como uno más entre otros, pero (he aquí el inconveniente de la moral) no del todo reconocido. Por ejemplo, si una prostituta vendía a un hombre su mercancía, esto es, su cuerpo, y luego él se negaba a pagarle el precio convenido, ella no podía demandarlo. De golpe y porrazo su reclamación (por *turpem causa*, como alegaba la ley) se convertía en inmoral y no contaba con la protección de las autoridades.

Ya en estos detalles se veía la contradicción en un modo de pensar que, por un lado, clasificaba a esas mujeres dentro de un gremio autorizado oficialmente, pero, por el otro, las colocaba individualmente como *outcasts* fuera del derecho común. Sin embargo la verdadera hipocresía consistía en manipularlo todo diciendo que tales restricciones sólo eran válidas para las clases más pobres. Una bailarina de ballet, que en Viena cualquier hombre podía tener a cualquier hora por doscientas coronas con la misma facilidad que a una prostituta de la calle por dos, no necesitaba, por supuesto, ninguna licencia profesional; las cortesanas incluso eran mencionadas en los periódicos, en las crónicas de las carreras de caballos o derbis, entre los asistentes de postín, precisamente porque pertenecían a la «sociedad». Asimismo, algunas de las intermediarias más distinguidas que proporcionaban mercancía de lujo a la corte, la aristocracia y la burguesía rica, actuaban al

margen de la ley, que, dicho sea de paso, castigaba con duras penas de prisión la alcahuetería. La disciplina férrea, el control despiadado y la proscripción social sólo se aplicaban dentro del ejército de miles y miles de mujeres que con sus cuerpos y sus almas humilladas tenían que defender un concepto de la moral caduco y carcomido frente a las formas de vida libres y naturales.

Este inmenso ejército de la prostitución se dividía en varias categorías (del mismo modo que los ejércitos reales se dividen en distintos cuerpos, como la caballería, la artillería de campaña, la infantería y la artillería de plaza). En el mundo de la prostitución, a la artillería de plaza correspondía en primer lugar el grupo que tenía ocupadas determinadas calles de la ciudad, su cuartel general. Eran principalmente los lugares donde en otros tiempos, la Edad Media, se había levantado la horca o una leprosería o un cementerio, y donde buscaban refugio las prostitutas no registradas, los verdugos y otros proscritos sociales; lugares, pues, que desde hacía siglos la burguesía prefería evitar. Las autoridades permitieron ahí algunas calles como mercado del amor; puerta con puerta, como en el Yoshiwara del Japón o en el Mercado de Pesaco de El Cairo, todavía en el siglo XX doscientas o quinientas mujeres, sentadas una al lado de otra, estaban expuestas en las ventanas de casas de planta baja: mercancía barata que trabajaba en dos turnos, el de día y el de noche.

A la caballería o a la infantería correspondía la prostitución ambulante: las numerosas chicas venales que buscaban clientes por las calles. En Viena, en general, se las llamaba «chicas de la rayita», porque la policía les señalaba con una raya invisible la parte de la acera que podían utilizar para sus fines publicitarios; de día y de

noche, hasta el amanecer, arrastraban una falsa elegancia, comprada a duras penas, tanto si nevaba como si llovía, forzando la cara mal maquillada y ya cansada a una sonrisa seductora dedicada a todos los transeúntes. Hoy todas las ciudades me parecen más hermosas y humanas desde que ya no pueblan sus calles esos tropeles de mujeres hambrientas y tristes que ofrecían placer sin placer y que en su andar interminable de esquina a esquina terminaban siguiendo todas el mismo camino inevitable: el camino del hospital.

Pero tampoco bastaban masas semejantes para el consumo permanente. Los había que querían algo más cómodo y discreto que correr por las calles en busca de estos murciélagos revoloteantes o tristes pájaros del paraíso. Querían el amor más a sus anchas: con luz y calor, con música y baile y una apariencia de lujo. Para tales clientes existían las «casas de tolerancia», los burdeles. Allí, en un pretendido «salón» adornado con falso lujo, se reunían las chicas vestidas en parte con ropajes de dama elegante y en parte con *negligés* inequívocos. Un pianista proporcionaba el entretenimiento musical, las parejas bebían, bailaban y conversaban antes de retirarse discretamente a un dormitorio; en muchas de esas casas, las más elegantes, sobre todo de París y de Milán, las que gozaban de una cierta fama internacional, un alma cándida podía caer en la ilusión de haber sido invitada a una casa particular con damas de la sociedad un poco traviesas. Visto desde fuera, las chicas de esas casas lo tenían mejor que las que deambulaban por las calles. No tenían que andar arriba y abajo, con el viento y la lluvia, por callejuelas embarradas, sino que esperaban en habitaciones calientes, llevaban buenos vestidos, comían en

abundancia y, sobre todo, bebían en abundancia. Sin embargo, en realidad eran prisioneras de sus patronas, que las obligaban a comprarse aquellos vestidos a precios de usura y hacían tales malabarismos con los precios de la pensión, que incluso la muchacha más aplicada y resistente vivía siempre en una especie de prisión por deudas y no podía abandonar nunca la casa por propia voluntad.

Escribir la historia secreta de algunas de esas casas sería apasionante, y también fundamental como documento cultural de la época, porque albergaban secretos de lo más singular, aunque de sobra conocidos, desde luego, por las autoridades, normalmente tan estrictas. Existían puertas secretas y escaleras especiales por las que podían entrar miembros de la sociedad más selecta y, según dicen, también de la corte, sin que fueran vistos por los demás mortales. Había habitaciones con espejos y otras desde las cuales se podía mirar a escondidas las habitaciones contiguas, donde las parejas se recreaban sin sospechar nada. Había disfraces, desde hábitos de monja hasta ropa de bailarina, encerrados en baúles y cofres para fetichistas especiales. Y era la misma ciudad, la misma sociedad y la misma moral que se indignaban cuando las muchachas montaban en bicicleta, que manifestaban que era una vergüenza para la dignidad de la ciencia el que Freud, a su manera tranquila, clara y penetrante, expusiera verdades que no querían admitir. El mismo mundo que defendía tan patéticamente la pureza de la mujer toleraba esa horrible venta del propio cuerpo, la organizaba e incluso sacaba provecho de ella.

No nos dejemos, pues, inducir a error por la novelas y las historietas sentimentales de aquella época; fue una

mala época para los jóvenes, los cuales tenían a las chicas herméticamente separadas de la vida y bajo el control de la familia, frenadas en su libre desarrollo físico y mental; una época que empujaba a los muchachos a secretos y disimulos por culpa de una moral que, en el fondo, nadie creía ni seguía. Las relaciones francas, sin prejuicios, lo que por ende para los jóvenes hubiese debido significar precisamente goce y felicidad según la ley natural, eran las peor toleradas. Y si alguien de aquella generación quisiera recordar con honradez sus primeros encuentros con mujeres, hallará pocos episodios en los que pueda pensar realmente con serena alegría, pues, además de la presión social, que obligaba a ir siempre con cuidado y a disimular, otro elemento ofuscaba el alma después y durante los momentos más efusivos: el miedo a la infección. También en este aspecto, la juventud de entonces salió perjudicada en comparación con la de hoy, porque no hay que olvidar que, cuarenta años atrás, las enfermedades venéreas eran cien veces más corrientes que hoy y, sobre todo, tenían consecuencias cien veces más peligrosas y tremendas, puesto que la medicina de entonces no sabía aún cómo tratarlas. No existía todavía la posibilidad científica de curarlas de un modo tan rápido y radical como hoy; en las clínicas universitarias, pequeñas y medianas, gracias a la terapia de Paul Ehrlich, a menudo transcurren semanas sin que el profesor pueda mostrar a los estudiantes un caso reciente de infección de sífilis; antes, las estadísticas del ejército y de las grandes ciudades mostraban que de cada diez jóvenes uno o dos por los menos eran víctimas de infecciones. Se advertía constantemente a los jóvenes del peligro; si uno andaba por las calles de Viena, podía leer sobre la fachada de una de cada seis o siete casas el

letrero de «Especialista en enfermedades de la piel y venéreas», y al miedo a la infección encima se añadía el horror ante la forma enojosa y degradante de las curas de entonces, de las que el mundo de hoy tampoco sabe nada. Durante semanas y semanas el cuerpo entero de un infectado de sífilis era frotado con mercurio, algo que, a su vez, arrastraba otras consecuencias: se le caían las muelas y padecía otros males; la infortunada víctima de una casualidad fatal se sentía, pues, no sólo anímica, sino también psíquicamente sucia, y ni siquiera después de una de aquellas curas horribles podía el afectado estar seguro a lo largo de toda su vida de si el pérfido virus no despertaría de nuevo en su cápsula y, desde la médula espinal, no le paralizaría los miembros y le ablandaría el cerebro. No es extraño, pues, que muchos jóvenes de entonces, en cuanto se enteraban del diagnóstico, echaran mano del revólver, pues les resultaba insoportable el sentimiento de ser sospechosos, ante sí mismos y ante los familiares más próximos, de padecer una enfermedad incurable. A eso se añadían las demás preocupaciones de una *vita sexualis* practicada siempre a escondidas. Trato de ser fiel a mi memoria y apenas recuerdo a un solo compañero de mis años de juventud que no hubiera aparecido alguna vez con la cara pálida y la mirada alterada: fulano, porque estaba enfermo o temía enfermar; mengano, porque lo chantajeaban con un aborto; zutano, porque no tenía dinero para un tratamiento sin que se enterara la familia; el cuarto, porque no sabía cómo pagar los alimentos de un hijo que le endosaba una camarera; el quinto, porque le habían robado la cartera en un burdel y no se atrevía a denunciarlo. Mucho más dramática, y por otro lado menos limpia, mucho más tensa y a la vez opresiva era,

pues, la juventud de aquella época pseudomoral, de lo que nos describen sus poetas de la corte. Al igual que en la escuela y en casa, tampoco en la esfera del eros se concedía a los jóvenes la libertad y la felicidad a las que estaban destinados por su edad.

Era necesario resaltar todo esto en un cuadro fiel de la época porque muchas veces, cuando hablo con compañeros más jóvenes, de la generación de posguerra, tengo que convencerlos casi a la fuerza de que nuestra juventud, en comparación con la suya, no se hallaba en absoluto en una situación privilegiada. Cierto que, como ciudadanos, gozamos de más libertad que la generación actual, que está obligada a prestar el servicio militar, el servicio social y, en algunos países, a profesar ideologías de masas, una generación que, en resumidas cuentas, ha sido entregada a la arbitrariedad de una estúpida política mundial. Podíamos dedicarnos sin trabas a nuestro arte predilecto, seguir nuestras inclinaciones intelectuales, moldear nuestra vida privada de un modo más individual y personal. Podíamos vivir más a lo cosmopolita, el mundo entero se abría ante nosotros. Podíamos viajar sin pasaporte ni permiso adonde nos diera la gana, nadie nos examinaba por razón de ideología, raza, origen o religión. Teníamos en verdad —y no lo niego en absoluto — inmensamente más libertad individual y no sólo la amábamos, sino que también la utilizábamos. Como muy bien dijo en cierta ocasión Freidrich Hebbel: «Cuando no nos falta el vino, nos falta la copa». Rara vez una misma generación ha tenido ambas cosas; cuando la moral concede libertad al hombre, entonces es el Estado quien lo coacciona; si el Estado le da libertad, es la moral la que intenta moldearlo. Vivíamos el mundo más y mejor, pero los jóvenes de hoy viven su juventud más intensa y

conscientemente. Cuando hoy veo a muchachos saliendo de escuelas y colegios, cuando los veo juntos, chicos y chicas, en una camaradería franca y despreocupada, sin falsa timidez ni pudor, en las aulas, practicando deportes y jugando, lanzándose a toda velocidad por la nieve sobre esquís, compitiendo en la piscina con la libertad de los antiguos, corriendo por el país en automóvil por parejas, hermanados en todas las formas de una vida sana y despreocupada, sin cargas interiores ni exteriores, cada vez tengo la impresión de que han transcurrido no cuarenta sino mil años entre ellos y nosotros, nosotros, que para dar y recibir amor teníamos que buscar siempre las sombras y los escondites. Con la mirada llena de sincero gozo, me doy cuenta de la tremenda revolución de costumbres que se ha producido en favor de los jóvenes, de cuánta libertad en la vida y en el amor han recuperado y de hasta qué punto esta nueva libertad los ha curado física y anímicamente; las mujeres me parecen más bellas desde que les está permitido mostrar libremente sus formas; su manera de caminar, más erguida; sus ojos, más claros; su conversación, menos artificial. Cuán distinta es la seguridad de la que se ha apropiado esta nueva juventud, que no tiene que rendir cuentas de sus actos a nadie excepto a ella misma y a su sentido de la responsabilidad, que se ha zafado del control de madres y padres, tías y maestros y que, desde hace mucho tiempo, ya no es capaz de imaginarse las inhibiciones, las intimidaciones y las tensiones con que nos agobió nuestra educación; una juventud que ya no conoce los rodeos y los disimulos con los que nosotros teníamos que conseguir —a escondidas, como algo prohibido— lo que ella considera, y con razón, su derecho propio. Afortunadamente, disfruta de su edad

con el entusiasmo, el frescor, la alegría y la despreocupación que le son propios. Pero la felicidad más bella dentro de esta felicidad suya radica, a mi entender, en el hecho de que no se ve en la necesidad de mentir ante los demás, sino que puede ser sincera consigo misma y con sus deseos naturales. Puede que, a causa de la despreocupación con la que van por la vida los jóvenes de hoy, les falte un poco de respeto por las cosas del espíritu que animaban nuestra juventud. Puede que, a fuer de encontrar tan natural ese dar y recibir, hayan perdido bastantes cosas del amor que a nosotros nos parecían especialmente valiosas y atractivas, muchas inhibiciones secretas de timidez y pudor, mucha ternura en el afecto. Quizá ni siquiera se imaginan hasta qué punto los escalofríos de lo prohibido acrecientan misteriosamente el placer. Pero todo eso me parece insignificante ante el cambio liberador que representa el que los jóvenes de hoy estén exentos de miedos y depresiones y gocen plenamente de lo que en aquellos años nos era negado: el sentimiento de libertad y de seguridad en uno mismo.

«UNIVERSITAS VITAE»

Por fin llegó el momento largo tiempo deseado en que, junto con el último año del siglo, cerramos también detrás de nosotros la puerta del odiado instituto. Tras el examen final, aprobado a duras penas (porque, ¿qué sabíamos de matemáticas, física y las materias escolásticas?), el director nos obsequió con un discurso vibrante a todos los presentes, ataviados con levitas negras para tal solemne ocasión. Nos dijo que ya éramos adultos y teníamos que honrar a la patria con eficiencia y aplicación. Así se rompió una camaradería de ocho años; a partir de entonces han sido pocos los compañeros de galeras a los que he vuelto a ver. La mayoría nos matriculamos en la universidad y nos miraron con envidia los que debían conformarse con otras profesiones y actividades.

Y es que en aquellos tiempos ahora desaparecidos, en Austria, la universidad aún tenía una aureola especial, romántica. Ser estudiante otorgaba ciertas prerrogativas que situaban a los jóvenes académicos muy por encima de sus compañeros de la misma edad. Esta singularidad, anticuada quizás, era poco conocida en países no germánicos, por lo que su absurdidad y su anacronismo exigen una explicación. En su mayoría, nuestras universidades habían sido fundadas en la Edad Media, en una época, pues, en que la dedicación a la ciencia pasaba por ser algo extraordinario y, con el fin de atraer a los jóvenes al estudio, se les concedía ciertos privilegios de clase. Los escolares medievales no estaban sujetos a la

justicia ordinaria, no podían ser detenidos ni molestados en sus colegios por los alguaciles, llevaban una indumentaria especial, tenían el derecho a batirse en duelo impunemente y eran reconocidos como un gremio cerrado con sus costumbres y vicios propios. Con el tiempo y la progresiva democratización de la vida pública, cuando todos los demás gremios y corporaciones medievales se disolvieron, en toda Europa se perdió esa situación de privilegio de los académicos; tan sólo en Alemania y en la Austria alemana, donde la conciencia de clase se imponía siempre a la democrática, los estudiantes continuaron aferrados a unos privilegios exentos de sentido desde hacía tiempo e incluso los convirtieron en un código estudiantil propio. El estudiante alemán, además del civil y general, sobre todo se arrogaba una clase especial de «honor»: precisamente el de ser estudiante. Quien le ofendiera tenía que darle «satisfacción», esto es, enfrentársele con armas en un duelo, siempre y cuando se mostrara «capaz de dar satisfacción». Y según esta presuntuosa valoración, no era capaz de dar satisfacción un comerciante o un banquero, por ejemplo, sino sólo alguien con formación académica, un graduado o un oficial: nadie más, entre millones de personas, podía participar en el singular honor de cruzar la espada con uno de esos mozos estúpidos y barbilampiños. Por otro lado, para ser considerado un estudiante «en toda regla», era necesario haber «demostrado» la propia virilidad, es decir, haber salido airoso de tantos duelos como fuera posible e incluso llevar en la cara, en forma de «cicatrices», las marcas distintivas de tales heroicidades; unas mejillas lisas y una nariz sin marca eran indignas de un auténtico académico germánico. Y así, los estudiantes «de todos

los colores», los que pertenecían a una corporación con distintivos de color, se veían obligados sin cesar, a fin de poder «batirse con cuantos más adversarios mejor», a provocarse mutuamente o a provocar a otros estudiantes y oficiales del todo pacíficos. Era en las salas de esgrima de las «corporaciones» donde se inculcaba esta noble y principal actividad a los nuevos estudiantes y, además, se los iniciaba en las costumbres de la asociación. Cada «zorro», es decir, novicio, era confiado a un hermano de la corporación, al que debía obediencia servil y el cual, a cambio, lo adiestraba en las nobles artes de su código de conducta o *Komment*: beber hasta vomitar, vaciar de un trago y hasta la última gota una jarra grande de cerveza (la prueba de fuego) para así corroborar gloriosamente que uno no era un «blando», o vociferar a coro canciones estudiantiles y escarnecer a la policía marcando el paso de la oca y armando jaleo por las calles de noche. Todo eso era considerado «viril», «estudiantil» y «alemán», y cuando las corporaciones —con sus gorras y brazales de colores— desfilaban agitando sus banderas en sus «callejeos» de los sábados, esos mozalbetes simplones, llevados por su propio impulso hacia un orgullo absurdo, se sentían los auténticos representantes de la juventud intelectual. Miraban con desprecio a la «plebe», que no sabía apreciar como era debido la cultura académica y la virilidad alemana.

A un pequeño bachiller de provincias que llegaba inexperto a Viena, esa «vida de estudiante», alegre y arrojada, podía quizá parecerle la quintaesencia del romanticismo. Y, de hecho, notarios y médicos de pueblo de edad provecta levantaban durante años sus ojos achispados hacia las garambainas de colores y las espadas colgadas en la pared en forma de cruz,

orgullosos de sus cicatrices, vistas como marcas distintivas de su condición de «académicos». A nosotros, en cambio, esta actividad boba y brutal sólo nos producía asco, y cuando tropezábamos con una de esas hordas con brazales, doblábamos sabiamente la esquina; porque para nosotros, que teníamos por valor máximo la libertad individual, el gusto por la agresividad y a la vez por el servilismo de grupo representaban, con claridad meridiana, lo peor y lo más peligroso del espíritu alemán. Sabíamos, además, que tras ese romanticismo momificado se escondían objetivos prácticos astutamente calculados, puesto que la afiliación a una corporación «duelista» aseguraba a todos sus miembros la protección de los «viejos señores» que ya ocupaban altos cargos y les facilitaban la carrera. De la asociación de los «Borusianos», de Bonn, partía el único camino seguro hacia la carrera diplomática alemana; de las corporaciones católicas de Austria, el camino hacia las buenas prebendas del partido socialcristiano en el poder, y la mayoría de esos «héroes» sabían perfectamente que sus brazales de colores sustituirían en el futuro los estudios serios que ahora descuidaban y también que cuatro cicatrices en la frente podían llegar a ser un día mejor recomendación para un cargo que lo que estaba detrás de ella. La simple visión de aquellas rudas bandas militarizadas y sus caras cortadas, insolentemente provocadoras, me quitó las ganas de visitar los espacios universitarios; también otros estudiantes, deseosos de aprender de veras, evitaban el paraninfo para ir a la biblioteca y preferían entrar por la poco vistosa puerta trasera y así evitar cualquier encuentro con aquellos tristes héroes.

En consejo de familia se había acordado desde hacía mucho tiempo que yo estudiaría en la universidad. Pero ¿por qué facultad me decidiría? Mis padres me dejaron escoger con toda libertad. Mi hermano mayor había entrado en la empresa industrial paterna, de modo que no había prisa alguna para el segundón. Al fin y al cabo se trataba de asegurar a la familia un título de doctor, no importaba cuál. Y, por una extraña coincidencia, a mí tampoco me importaba. En realidad yo, que desde hacía tiempo me había consagrado en cuerpo y alma a la literatura, no estaba interesado en ninguna de las ciencias que se enseñaban con vistas a una carrera, incluso albergaba una secreta desconfianza —que hoy todavía no ha desaparecido— hacia toda actividad académica. Para mí el axioma de Emerson, según el cual los buenos libros sustituyen a la mejor universidad, no ha perdido vigencia, y sigo convencido hasta hoy de que se puede llegar a ser un extraordinario filósofo, historiador, filólogo, jurista y cualquier otra cosa sin tener que ir a la universidad, ni siquiera al instituto. Incontables veces he visto confirmado en la vida práctica el hecho de que los libreros de viejo suelen conocer mejor los libros que los mismísimos catedráticos; que los tratantes en arte entienden más que los eruditos; que una buena parte de las iniciativas y los descubrimientos en todos los campos provienen de fuera de la universidad. Por muy práctica, útil y provechosa que pueda ser la actividad académica para los talentos medianos, yo la encuentro superflua para los espíritus creadores, en los que puede incluso tener un efecto contraproducente. Con sus seis o siete mil estudiantes, masificación que impedía de antemano el contacto personal, tan fecundo, entre profesores y alumnos, en una universidad como la nuestra de Viena,

que, además, por una fidelidad exagerada a su tradición, había quedado rezagada respecto a su época, no vi a un solo hombre que me hubiera podido fascinar con su ciencia. Por eso el criterio que seguí en mi elección no fue el de ver qué especialidad ocuparía mejor mí espíritu, sino, al contrario, saber cuál me resultaría menos onerosa y me dejaría más tiempo y libertad para mi auténtica pasión. Finalmente me decidí por la filosofía —o, mejor dicho, por la filosofía «exacta», como la llamábamos en Viena, siguiendo el modelo antiguo—, aunque, a decir verdad, no por un sentimiento de vocación interior, puesto que mis capacidades para el puro pensamiento abstracto son muy exiguas. Todos mis pensamientos se forman, sin excepción, en contacto con los objetos, los acontecimientos y las figuras, soy completamente negado para lo puramente teórico y metafísico. De todas formas, el contenido propiamente dicho de la materia era muy reducido y en la filosofía «exacta» era más fácil que en ninguna otra asignatura ahorrarse la asistencia a clases y seminarios. Lo único que hacía falta era presentar una tesis al final del octavo semestre y pasar unos cuantos exámenes. De modo, pues, que me organicé el tiempo de antemano: durante tres años ¡me desentendería por completo de los estudios universitarios! Después, en el último curso, ¡haría un esfuerzo para dominar la materia escolástica y terminaría rápidamente cualquier tesis! En resumidas cuentas, la universidad acabó dándome lo único que quería de ella: unos cuantos años de total libertad para vivir a mi antojo y consagrarme al arte: *universitas vitae*.

Si repaso mi vida, recuerdo pocos momentos tan felices como los primeros de mi época universitaria sin universidad. Era joven y, por lo tanto, no sentía aún la

responsabilidad de tener que hacer algo perfecto. Era bastante independiente, la jornada tenía veinticuatro horas y todas eran mías. Podía leer y hacer lo que quisiera, sin tener que rendir cuentas a nadie; la nube del examen académico aún no enturbiaba el claro horizonte, porque ¡cuán largos son tres años, comparados con el decimonoveno de tu vida! ¡Con qué riqueza, plenitud y exuberancia de sorpresas y obsequios los puedes configurar!

Lo primero que hice fue una selección de mis poemas que creí implacable. No me avergüenza confesar que para mí, bachiller de diecinueve años recién salido del instituto, el olor más dulce del mundo, más que la esencia de las rosas de Shiraz, era la de la tinta de imprenta. Cada vez que un periódico cualquiera me aceptaba una poesía, la confianza en mí mismo, débil por naturaleza, recibía un nuevo impulso. ¿Por qué no dar ahora el salto definitivo e intentar publicar un volumen entero? El aliento de mis compañeros, que creían más en mí que yo mismo, resultó decisivo. Tuve la osadía de enviar mi manuscrito justo a la editorial que en aquel momento era la más representativa de la lírica alemana, Schuster Löffler, editores de Liliencron, Dehmel, Bierbaum, Mombert, la generación que, junto con Rilke y Hofmannsthal, había creado la nueva lírica alemana. Y, ¡oh milagro!, uno tras otro fueron llegando esos momentos inolvidables de felicidad que jamás se vuelven a repetir en la vida de un escritor, ni siquiera después de sus éxitos más grandes: recibí una carta con la marca de imprenta de la editorial y la retuve nervioso en la mano, sin atreverme a abrirla. Unos segundos después, conteniendo el aliento, leí que la editorial había decidido publicar el libro y que incluso se reservaba los derechos

del siguiente. Recibí un paquete con las primeras galeradas que abrí presa de una gran agitación para ver el tipo de letra, la justificación de las líneas y la forma embrionaria del libro, y más adelante, al cabo de unas semanas, el mismo libro, los primeros ejemplares, que no me cansaba de contemplar, palpar, comparar, una vez y otra y otra. Y, luego, la infantil excursión por las librerías para ver si ya tenían ejemplares en los escaparates, si los habían expuesto en un lugar visible o escondido discretamente en un rincón. Y, luego, la espera de cartas, de las primeras críticas, de la primera respuesta de lo desconocido, de lo incalculable… todas esas tensiones, emociones y entusiasmos que envidio en secreto a todo joven que lanza su primer libro al mundo. Pero este entusiasmo mío no era sino un enamoramiento a primera vista, en absoluto petulancia. Da testimonio de la opinión que pronto me formé acerca de esos primeros versos el simple hecho de que no sólo no reedité *Cuerdas de plata* (tal era el título de aquella primera obra olvidada), sino que tampoco incluí ninguno de ellos en mis *Poesías completas*. Eran versos llenos de un vago presentimiento y de una inconsciente comprensión de sentimientos ajenos que no habían nacido de la propia experiencia, sino de la pasión por el lenguaje. De todas maneras, revelaban una cierta musicalidad y suficiente sentido de la forma como para llamar la atención de círculos interesados, y no me podía quejar de falta de aliento. Liliencron y Dehmel, los poetas líricos más importantes del momento, dedicaron cordiales elogios, ya de colega a colega, al joven de diecinueve años. Rilke, a quien yo tanto idolatraba, para corresponder al «libro tan bellamente producido», me mandó un ejemplar, dedicado «con gratitud», de la edición especial de sus

últimos poemas, al cual salvé de las ruinas de Austria como uno de los recuerdos más queridos de mi juventud y me lo llevé a Inglaterra (¿dónde estará ahora?). Cierto que, al cabo de cuarenta años, ese primer obsequio amistoso de Rilke —el primero de muchos— se me antoja una irrealidad fantasmagórica y que su letra familiar me saluda desde el reino de los muertos. Pero la sorpresa más inesperada de todas se produjo cuando Max Reger, junto con Richard Strauss, el compositor vivo más grande de la época, me pidió permiso para musicar seis poesías de aquel volumen. ¡Cuántas veces las he escuchado desde entonces en conciertos: mis propios versos, que durante años había olvidado y rechazado, eran llevados más allá del tiempo por el arte fraternal de un maestro!

De todos modos, los inesperados aplausos, acompañados también de amables críticas públicas, tuvieron la virtud de animarme a dar un paso que jamás habría emprendido, o por lo menos no tan pronto, debido a esa incurable desconfianza en mí mismo. Ya siendo bachiller, había publicado, además de poesías, narraciones cortas y ensayos en las revistas literarias de los «Modernos», pero nunca me había atrevido a ofrecer ninguno de esos intentos a un periódico importante y de gran difusión. En realidad, en Viena existía un solo órgano periodístico de primera fila, el *Neue Freie Presse*, el cual, por su posición distinguida, por sus esfuerzos en favor de la cultura y por su prestigio político, significaba para toda la monarquía austro-húngara lo mismo que, poco más o menos, el *Times* para el mundo inglés y el *Temps* para el francés; ni siquiera los periódicos del imperio alemán daban muestras de semejante afán por alcanzar un nivel cultural representativo. Su editor,

Moritz Benedikt, un hombre provisto de un don de organización fenomenal y de una incansable capacidad de trabajo, dedicó toda su energía, verdaderamente demoníaca, a superar a todos los periódicos alemanes en el campo de la literatura y la cultura. Cuando quería algo de un autor famoso, no reparaba en gastos, le mandaba diez o veinte telegramas seguidos y le concedía por adelantado sus honorarios, cualesquiera que fuesen; los números extraordinarios de Navidad y de Año Nuevo formaban, junto con sus suplementos literarios, volúmenes enteros que contaban con la colaboración de los nombres más insignes; en tales ocasiones, Anatole France, Gerhart Hauptmann, Ibsen, Zola, Strindberg y Shaw se reunían en las páginas de este periódico, que tanto ha contribuido a la orientación literaria de la ciudad y del país. De ideología liberal y, por supuesto, «progresista», firme y prudente en su actitud, el periódico representaba, de un modo ejemplar, el alto estándar cultural de la vieja Austria.

Este templo del «progreso» albergaba otro santuario singular, el llamado «Folletín», que, como los grandes periódicos de París, *Temps* y *Journal des débats*, publicaba los artículos más completos y profundos sobre poesía, teatro, música y arte en un suplemento especial, claramente separado de las efímeras páginas de la política y de las noticias del día. En él sólo tenían voz las autoridades, los autores consagrados. Únicamente la solidez de las opiniones, una experiencia de muchos años basada en la comparación y una forma artística perfecta podían hacer que un autor ocupara ese lugar sagrado, tras años de maestría acreditada. Ludwig Speidel, un maestro del cabaret, y Eduard Hanslick gozaban allí de la misma autoridad papal, en cuanto al teatro y a la

música, que Sainte-Beuve en París en sus *Lundis*; su «sí» o «no» decidía en Viena el éxito de una obra, una pieza de teatro o un libro y, por lo tanto, a menudo también el de una persona. Cada uno de sus artículos se convertía en el tema del día en las tertulias de los círculos intelectuales, era discutido, criticado, admirado o atacado y, si alguna vez aparecía un nuevo nombre entre los reconocidos y respetados «folletinistas» de siempre, ello se convertía en todo un acontecimiento. De la generación más joven tan sólo Hofmannsthal había sido admitido ocasionalmente con algunos de sus magníficos artículos; los autores más jóvenes debían conformarse con introducirse furtivamente, escondidos en la bibliografía de las últimas páginas. En principio, quien escribía en la primera página había grabado su nombre en mármol a los ojos de Viena.

Hoy no logro comprender cómo tuve valor para ofrecer un pequeño trabajo poético a la *Neue Freie Presse*, oráculo de mis padres y hogar de los siete veces ungidos. Pero al final pensé que a lo sumo podía esperar una negativa. El redactor del «Folletín» recibía visitas un solo día a la semana, de dos a tres, puesto que, con el turno regular de los colaboradores famosos y fijos, quedaba muy poco margen para la obra de un intruso. Con el corazón latiendo deprisa, subí las escaleras que conducían a su despacho y me hice anunciar. Al cabo de unos minutos el conserje regresó para decirme que el señor redactor me esperaba, y entré en la pequeña y estrecha habitación.

El redactor del folletín de la *Neue Freie Presse* se llamaba Theodor Herzl y fue la primera personalidad de talla mundial con la que me encontré cara a cara sin saber, desde luego, el cambio increíble que su persona

estaba llamada a producir en el destino del pueblo judío y en la historia de nuestra época. Su situación era todavía equívoca e impredecible. Había empezado con ensayos poéticos, aunque pronto demostró un brillante talento periodístico y se convirtió en el favorito del público vienés, primero como corresponsal en París y luego como folletinista de la *Neue Freie Presse*. Sus artículos, que todavía hoy cautivan por su riqueza de observaciones agudas y a menudo sabias, su elegancia estilística y su refinado *charme*, que jamás perdía su nobleza innata ni en el humor ni en la crítica, eran de lo más culto que se podía concebir en el campo periodístico y hacían las delicias de una ciudad educada en el gusto por lo sutil. Asimismo, había obtenido éxito en el Burgtheater con una obra y actualmente era un hombre respetado, idolatrado por los jóvenes y querido por nuestros padres. Hasta el día en que se produjo un hecho inesperado. El destino siempre sabe cómo encontrar la manera de atraer para sus fines secretos al hombre que necesita, aunque pretenda ocultarse.

Theodor Herzl había tenido en París una experiencia que le afectó hondamente, uno de esos momentos que transforman toda una vida: había asistido como corresponsal a la degradación pública de Alfred Dreyfus, había visto cómo le arrancaban las charreteras mientras éste, pálido, gritaba a viva voz: «¡Soy inocente!». Y en el fondo de su corazón había sabido en aquel instante que Dreyfus en efecto era inocente y que lo habían hecho culpable de aquella tremenda sospecha de traición por el simple hecho de ser judío. Pues bien, Theodor Herzl, ya en su época de estudiante, había padecido el destino judío en su íntegro orgullo varonil o, mejor dicho, gracias a su instinto profético, lo había presentido

—«prepadecido» en toda su tragedia— en una época en que poco se podía augurar que sería un destino trágico. Con el sentimiento de haber nacido para ser líder —posición para la cual lo habilitaba un porte magnífico e imponente, además de una amplitud de miras y una mundología considerables—, había concebido el fantástico plan de poner fin, de una vez para siempre, al problema judío, uniendo el judaísmo con el cristianismo mediante un bautizo voluntario en masa. Siempre pensando de forma trágica, se había imaginado a sí mismo conduciendo en una larga procesión a los miles y miles de judíos de Austria a la iglesia de San Esteban para salvar para siempre, en un acto ejemplar y simbólico, al pueblo perseguido y sin patria de la maldición de la segregación y el odio. Pronto tuvo que reconocer lo inviable de este plan; la dedicación a sus quehaceres propios durante años lo había distraído del problema principal, en cuya «solución» veía él su verdadera misión; pero en el instante de la degradación de Dreyfus, el pensamiento del eterno exilio de su pueblo se le clavó en el pecho como un puñal. Si la segregación es inevitable, se decía a sí mismo, ¡que sea total! Si la humillación tiene que ser nuestro destino eterno, ¡aceptémosla con orgullo! Si sufrimos por ser apátridas, ¡creémonos una patria nosotros mismos! Y, así, publicó el opúsculo *El estado judío* en el que proclamaba que para el pueblo judío era imposible cualquier intento de asimilación, cualquier expectativa de tolerancia total. Era preciso fundar una nueva patria, la propia, en la vieja patria de Palestina.

Cuando apareció dicho opúsculo, conciso pero dotado del poder de penetración de una flecha de acero, yo todavía estudiaba en el instituto, pero recuerdo

perfectamente la estupefacción y el enojo general de los círculos judeo-burgueses de Viena. ¿Qué le ha ocurrido, decían, a ese escritor por lo general tan juicioso, agudo y culto? ¿Qué tonterías dice y escribe? ¿Para qué debemos ir a Palestina? Nuestra lengua es el alemán y no el hebreo, nuestra patria es la bella Austria. ¿Por ventura no vivimos bien bajo el reinado del buen emperador Francisco José? ¿No nos ganamos la vida decentemente y disfrutamos de una posición segura? ¿No somos súbditos con los mismos derechos, ciudadanos leales y establecidos desde hace tiempo en esta querida Viena? ¿Y no vivimos en una época de progreso que en cuestión de pocas décadas habrá eliminado todos los prejuicios religiosos? ¿Por qué él, que habla como judío y dice que quiere ayudar a los judíos, da argumentos a nuestros peores enemigos e intenta separarnos, cuando cada día nos acercamos más y más al mundo alemán? Los rabinos se exaltaron en las sinagogas, el director de la *Neue Freie Presse* prohibió mencionar siquiera la palabra sionismo en su periódico «progresista». El Tersites de la literatura vienesa, el maestro de la burla venenosa, Karl Kraus, escribió otro opúsculo, *Una corona para Sión* y, cuando Theodor Herzl entraba en el teatro, la gente de todas las filas susurraba, burlona: «Su majestad acaba de entrar».

Al principio Herzl pudo pensar que lo habían interpretado mal; Viena, la ciudad en la que se creía más seguro debido a su popularidad de muchos años, lo abandonaba, mofándose incluso de él. Pero luego la respuesta retumbó de pronto con tanta furia y éxtasis que Herzl casi se asustó al comprobar que, con unas docenas de páginas, había promovido un movimiento tan fuerte y que lo superaba. La respuesta no vino de los judíos burgueses del Oeste, bien situados y acomodados,

sino de las ingentes masas del Este, del proletariado de los guetos de Galitzia, Polonia y Rusia. Sin sospecharlo, Herzl había avivado las ascuas del judaísmo que ardían bajo las cenizas del exilio: el milenario sueño mesiánico del retorno a la Tierra Prometida, confirmado por los libros sagrados; había avivado esa esperanza que era al mismo tiempo certeza religiosa, la única que todavía daba sentido a la vida de millones de personas pisoteadas y esclavizadas. Siempre que alguien, profeta o impostor, a lo largo de los dos mil años de *golus* o exilio tocaba esta cuerda, el alma entera del pueblo empezaba a vibrar, pero nunca como aquella vez, nunca con una repercusión tan arrebatada y clamorosa. Con unas docenas de páginas, un solo hombre había aglutinado a una masa dispersa y mal avenida.

Aquel primer momento, mientras la idea aún tenía formas inciertas de sueño, estaba destinado a ser el más feliz de la breve vida de Herzl. Tan pronto como comenzó a fijar sus objetivos en el espacio real, a unir fuerzas, tuvo que reconocer hasta qué punto se había vuelto dispar su pueblo entre los distintos pueblos y destinos; aquí los judíos religiosos, allá, los librepensadores; aquí los socialistas, allá los capitalistas; todos polemizando con todos en todas las lenguas y todos poco inclinados a someterse a una única autoridad. En aquel año de 1901 en que lo vi por primera vez, se hallaba en plena lucha y quizá también en lucha consigo mismo: todavía no creía lo bastante en su éxito como para renunciar a la posición que lo alimentaba a él y a su familia. Todavía tenía que repartir su tiempo entre la pequeña labor de periodista y la misión que constituía el núcleo de su vida. Todavía era el Theodor Herzl redactor del folletín quien me recibió entonces.

Theodor Herzl se levantó para saludarme y, sin querer, tuve la impresión de que el chiste irónico de «Rey de Sión» escondía algo de verdad: tenía un aspecto verdaderamente real, con una frente alta y ancha, unos rasgos claros, una barba de sacerdote, larga y de color negro casi azulado, y unos ojos melancólicos, de un azul intenso. Sus gestos ampulosos, un poco teatrales, no parecían afectados porque estaban condicionados por una grandeza natural, y nada de eso le habría hecho falta para impresionarme en aquella ocasión. Incluso ante el escritorio deslustrado y rebosante de papeles, en aquel despacho de redacción deplorablemente estrecho, con una sola ventana, daba la impresión de un jeque beduino del desierto; una chilaba blanca y holgada le habría quedado tan natural como el *cutaway* que llevaba, de corte impecable y confeccionado, a ojos vistas, de acuerdo con el modelo parisino. Tras una breve pausa, intercalada a propósito (le encantaban estos pequeños efectos, según observé a menudo más adelante, que seguramente había estudiado en el Burgtheater), me tendió la mano condescendiente, pero a la vez benévolamente. Indicándome un sillón a su lado, me preguntó:

—Me parece haber oído o leído su nombre en alguna parte. Poesías, ¿verdad?

Tuve que asentir.

—Muy bien —se arrellanó en su asiento—. ¿Y qué me trae?

Le dije que quería presentarle un pequeño trabajo en prosa y le entregué el manuscrito. Examinó la portada, lo hojeó hasta la última página para calcular su extensión y luego se repantingó todavía más en su sillón. Con gran

sorpresa por mi parte (no me lo esperaba) me di cuenta de que ya había empezado a leer el manuscrito. Leía despacio, poniendo cada nueva hoja en su sitio, sin levantar los ojos. Cuando hubo leído la última página, plegó cuidadosamente el manuscrito con gran ceremonia y, todavía sin mirarme, lo metió en un sobre y escribió algo encima. Sólo en aquel momento, después de tenerme en vilo lo suficiente con tantas maniobras misteriosas, levantó hacia mí sus grandes y oscuros ojos y me dijo con una solemnidad consciente y calmosa:

—Me complace poderle decir que su hermoso trabajo ha sido aceptado para el folletín de la *Neue Freie Presse*.

Era como si Napoleón, en el campo de batalla, hubiera impuesto la cruz de caballero de la Legión de Honor a un joven sargento.

Puede parecer un episodio insignificante en sí, pero hay que ser vienés, y vienés de aquella generación, para entender el tirón hacia arriba que significaba semejante estímulo. Gracias a él, de la noche a la mañana yo había ascendido, a los diecinueve años, a una posición prominente, y Theodor Herzl, que desde aquel momento me trató con bondad y afecto, aprovechó en seguida una ocasión casual para escribir, en uno de sus ulteriores artículos, que no había motivos para creer en la decadencia del arte en Viena. Todo lo contrario, junto a Hofmannsthal, había ahora una retahíla de jóvenes talentos de los que cabía esperar lo mejor, y mencionaba mi nombre en primer lugar. Siempre he considerado una distinción especial el que un hombre de la importancia y dignidad de Theodor Herzl fuese el primero en hablar a mi favor públicamente desde una posición destacada y, por lo tanto, de gran responsabilidad, y fue para mí una

difícil decisión —en apariencia un acto de ingratitud— la de no querer asociarme activamente, incluso como codirector, a su movimiento sionista.

Lo cierto es que no conseguí establecer con él un auténtico vínculo; me extrañó sobre todo esa especie de falta de respeto, hoy seguramente inimaginable, con que se presentaban delante de la persona de Herzl sus propios correligionarios. Los orientales le reprochaban que no sabía nada del judaísmo, que no conocía siquiera sus costumbres; los economistas lo consideraban un folletinista; todo el mundo tenía objeciones que hacerle y no siempre de la manera más respetuosa. Yo sabía hasta qué punto le hubiera beneficiado a Herzl, precisamente entonces, el poder contar con personas leales, sobre todo jóvenes, y hasta qué punto las necesitaba, pero el espíritu pendenciero y egotista de esa oposición constante y la falta de subordinación sincera y cordial de su círculo me alejaron de un movimiento al que, llevado por la curiosidad, me había acercado, aunque sólo a causa de Herzl. En una ocasión en que hablamos del tema, le confesé abiertamente mi disgusto por la falta de disciplina en sus filas. Él sonrió con cierta amargura y me dijo:

—No olvide que, desde hace siglos, estamos acostumbrados a jugar con problemas, a luchar con ideas. Y es que, desde hace dos mil años, los judíos no tenemos, históricamente hablando, ninguna práctica en dar a luz cosas reales. En primer lugar hay que aprender a entregarse incondicionalmente y yo mismo todavía no lo he aprendido a estas alturas, porque no hago otra cosa que escribir folletines y sigo siendo redactor del suplemento literario de la *Neue Freie Presse*, cuando mi deber tendría que consistir en no tener ningún otro

pensamiento salvo el *único* y en no escribir una sola línea que no tratara de este tema. Pero ya estoy en camino de enmendarme. Primero quiero aprender yo a entregarme incondicionalmente y quizá luego lo aprenderán los demás.

Recuerdo aún que estas palabras me causaron una impresión muy profunda, porque ninguno de nosotros comprendía que Herzl tardara tanto en decidirse a renunciar al cargo que ocupaba en la *Neue Freie Presse*. Pensábamos que era por su familia. Hasta mucho más tarde el mundo no supo que no era por ese motivo y que Herzl había sacrificado a la causa incluso su fortuna personal. Y hasta qué punto había sufrido por este dilema no sólo me lo demostró la conversación referida, sino que también me dieron fe de ello muchos apuntes de sus *Diarios*.

Después volví a verlo unas cuantas veces más, pero de todos los encuentros sólo uno me ha quedado grabado como algo importante e inolvidable, quizá porque fue el último. Yo había venido desde el extranjero (instalado allí, me mantenía en contacto con Viena sólo por carta) y un día tropecé con él en el Parque Municipal. Era evidente que venía de la redacción, andaba despacio y algo cabizbajo, abstraído; ya no era aquel paso desgarbado de antes. Lo saludé cortésmente y quise pasar de largo, pero él corrió tras de mí, de pronto erguido todo él, y me tendió la mano:

—¿Por qué se esconde? No tiene ninguna necesidad de hacerlo.

Encontró acertadas mis frecuentes huidas al extranjero.

—Es nuestra única salida —dijo—. Todo cuanto sé lo aprendí en el extranjero. Sólo allí se acostumbra uno a pensar con suficiente distancia. Estoy convencido de que aquí nunca habría tenido el ánimo para concebir aquella primera idea, me la habrían hecho trizas mientras todavía germinaba y crecía. Gracias a Dios, cuando la hice pública, ya todo estaba terminado y no pudieron hacer más que echar fuego por los ojos.

Luego habló con mucha amargura de Viena; era allí donde había encontrado los peores obstáculos y ya se habría cansado de todo, si no hubiesen llegado nuevos impulsos de fuera, sobre todo del Este y también de América.

—En resumidas cuentas —dijo—, mi error fue empezar demasiado tarde. A sus treinta años, Viktor Adler era ya el líder de la socialdemocracia, en sus primeros tiempos de lucha, los mejores, por no hablar de los grandes hombres de la historia. Si usted supiera cómo sufro pensando en los años perdidos… ¡por no haberme lanzado antes a mi misión! Si mi salud fuera tan buena como mi voluntad, todavía habría esperanza, pero los años perdidos no se recuperan.

Lo acompañé todavía un rato camino de su casa. Se detuvo ante la puerta, me dio la mano y dijo:

—¿Por qué no viene a verme? Nunca me ha visitado en casa. Llámeme antes y dejaré el trabajo.

Se lo prometí, firmemente decidido a no cumplir la promesa, porque cuanto más quiero a alguien, más respeto su tiempo.

No obstante, fui a verlo, y no muchos meses más tarde. La enfermedad que lo había empezado a doblegar lo abatió de golpe y sólo pude acompañarlo hasta el

cementerio. Fue en un día singular, un día de julio, inolvidable para quienes lo vivimos. De repente empezaron a llegar a todas las estaciones de la ciudad, en cada tren, de día y de noche, gentes de todos los reinos y países; de pronto, judíos orientales y occidentales, rusos y turcos, de todas las ciudades y provincias, acudieron en masa, llevando todavía en el rostro el horror de la noticia; en ningún momento se percibió con tanta claridad lo que antes las disputas y habladurías habían ocultado: que la persona a la que llevaban a enterrar era el líder de un gran movimiento. Fue una procesión interminable. Viena se percataba de repente de que no había muerto tan sólo un escritor o un poeta mediocre, sino también uno de esos creadores de ideas que surgen victoriosos en un país, en un pueblo, sólo muy de vez en cuando. En el cementerio se produjo un tumulto; demasiada gente se precipitó sobre el ataúd, llorando, sollozando y gritando en un estallido impetuoso de desesperación; fue un delirio, casi un ataque de histeria; una especie de luto elemental y extático rompió con el orden de un modo nunca visto en un entierro. Y este dolor inmenso, que fluía a borbotones de lo más profundo de todo un pueblo de millones de seres, me dio por primera vez la medida de la pasión y la esperanza que aquel hombre singular y solitario había esparcido por el mundo con la fuerza de su idea.

Donde más repercusión tuvo mi admisión solemne en el Suplemento Literario de la *Neue Freie Presse* fue en mi vida privada. Gracias a ella adquirí una seguridad inesperada ante mi familia. Mis padres eran poco dados a la literatura y no se atrevían a dar su opinión; para ellos, como para toda la burguesía vienesa, era importante todo lo que la *Neue Freie Presse* alababa e

insignificante todo lo que el periódico ignoraba o censuraba. Lo que salía publicado en el «Folletín» les parecía estar garantizado por una autoridad suprema, ya que quien juzgaba y sentenciaba desde sus páginas inspiraba respeto por el solo hecho de ocupar posición tan elevada. Pues bien, imagínese el lector una de esas familias que todos los días pasea su mirada, con respeto y esperanza, por la primera página del periódico y una buena mañana descubre, incrédula, que al descuidado y desordenado muchacho de diecinueve años que se sienta a su propia mesa, que jamás ha sobresalido en la escuela y cuyos garabatos habían aceptado con indulgencia como chiquilladas «inofensivas» (de todas formas, una ocupación mejor que jugar a cartas o flirtear con muchachas atolondradas), se le había permitido el uso de la palabra en aquel lugar de tanta responsabilidad, entre hombres humosos y experimentados, para exponer sus opiniones (no muy apreciadas hasta entonces en casa). Si yo hubiera escrito las más bellas poesías de Keats, Hölderlin o Shelley, no habría causado un cambio tan radical en todo mi círculo de conocidos; cuando entraba en el teatro, la gente señalaba al enigmático benjamín que se había introducido misteriosamente en el sacro y vedado recinto de los Ancianos y Dignos. Y como publicaba a menudo, casi regularmente, en el «Folletín», pronto corrí el riesgo de convertirme en un personaje local distinguido y respetado; sin embargo, evité ese peligro a tiempo, cuando una mañana sorprendí a mis padres con la noticia de que el próximo semestre quería estudiar en Berlín. Y mi familia me respetaba demasiado, —o, mejor dicho, respetaba demasiado la *Neue Freie Presse*, bajo cuya sombra dorada me cobijaba— como para no concederme este deseo.

Huelga decir que no tenía intención de «estudiar» en Berlín. Como en Viena, sólo fui a la universidad dos veces en un semestre: una para matricularme y otra para que me certificaran mi supuesta asistencia a clase. En Berlín yo no buscaba clases ni profesores, sino una especie de libertad superior y más perfecta aún. En Viena, a pesar de todo, me sentía todavía atado al ambiente. Mis colegas literatos con los que trataba procedían casi todos del mismo estrato judeoburgués que yo; en una ciudad tan pequeña, donde todo el mundo se conocía, yo seguía siendo irremisiblemente el hijo de una «buena» familia y estaba harto de la llamada «buena» sociedad. Quería, para variar, una sociedad declaradamente «mala», una forma de existencia natural, incontrolada. Ni siquiera había comprobado quién enseñaba filosofía en la Universidad de Berlín; me bastaba con saber que la «nueva» literatura de allá tenía más impulso, un aire más activo que entre nosotros, que allí se podía conocer a Dehmel y a otros poetas de la nueva generación, que ininterrumpidamente se creaban revistas, cabarets y teatros; en una palabra, que allí, como dicen los vieneses, «algo pasaba».

En verdad llegué a Berlín en un momento histórico muy interesante. Desde 1870, cuando Berlín había pasado de ser la insípida, pequeña y nada rica capital del reino de Prusia a convertirse en la ciudad residencial del emperador alemán, esa insignificante población situada a orillas del Spree había adquirido un auge considerable. Pero aún no había recaído en Berlín el liderazgo en el campo artístico y cultural; Munich, con sus pintores y poetas, era considerada el centro del arte propiamente dicho; la Ópera de Dresde dominaba en el terreno de la música y sus palacetes atraían a elementos valiosos; pero

sobre todo Viena, con su secular tradición, su concentración de fuerzas y su talento natural, todavía superaba en mucho a Berlín. Sin embargo, en los últimos años, con el rápido avance económico de Alemania, las cosas fueron tomando otro cariz. Los grandes consorcios financieros y las familias opulentas se trasladaron a Berlín, y una nueva prosperidad, del brazo de un audaz espíritu emprendedor, ofreció a la arquitectura y al teatro unas posibilidades mayores que en cualquier otra ciudad alemana. Los museos se ampliaron bajo la protección del emperador Guillermo, el teatro encontró en Otto Brahm a un director ideal y, precisamente porque allí no existía una verdadera tradición ni una cultura milenaria, la ciudad seducía a los jóvenes y los alentaba a experimentar. Y es que tradición significa también rémora. Viena, ligada a la antigüedad, idólatra de su pasado, se mostraba cauta y expectante ante los jóvenes y sus audaces experimentos. En cambio en Berlín, que quería configurarse rápidamente y cobrar una forma personal, los jóvenes buscaban la novedad. Era muy natural, pues, que acudiesen allí desde todas las partes del imperio, incluso desde Austria, y los éxitos dieron la razón a los de más talento; el vienés Max Reinhardt hubiera tenido que esperar pacientemente dos décadas en Viena para alcanzar la posición que en Berlín obtuvo en dos años.

Fue precisamente en aquel momento de transición entre una simple capital y toda una metrópoli cuando llegué a Berlín. La primera impresión, después de la ufana belleza de Viena heredada de grandes antepasados, fue algo decepcionante: la decisiva tendencia a expandirse hacia el Oeste, donde debía desarrollarse la nueva arquitectura en el lugar de las casas un tanto

presuntuosas del Tiergarten, justo acababa de empezar; las calles Friedrich y Leipzig, que estaban aun arquitectónicamente desiertas y mostraban su desmañada suntuosidad, seguían siendo el centro de la población. A suburbios como Wilmersdorf, Nikolassee y Steglitz, sólo se podía llegar penosamente en tranvía; llegar a los lagos de la Marca, con su áspera belleza, constituía entonces una expedición con todas las de la ley. Salvo la vieja «Unter den Linden», no existía un centro propiamente dicho, no existía un *corso* como en nuestro Graben y, gracias al viejo espíritu ahorrador prusiano, faltaba por entero una elegancia general. Las mujeres iban al teatro vestidas con ropas de mal gusto, confeccionadas por ellas mismas, por doquier se echaba de menos la mano ágil, diestra y pródiga que, tanto en Viena como en París, sabía convertir una minucia barata en una encantadora superfluidad. En todos los detalles se notaba el espíritu ahorrador y tacaño de Federico el Grande; el café era aguado y malo, porque se economizaba hasta el último grano; la comida era sosa, sin gracia ni sabor. Por doquier reinaba la limpieza y un orden estricto y meticuloso, en lugar de nuestra fogosidad musical. Por ejemplo, el rasgo para mí más característico era el contraste entre las patronas de mi Viena y las de Berlín. La vienesa era una mujer alegre, parlanchina, que no lo tenía todo limpio e inmaculado, que olvidaba, atolondrada, ora esto ora aquello, pero siempre estaba dispuesta a hacer cualquier favor con entusiasmo. La berlinesa era correcta y lo tenía todo pulcro y aseado, pero en la primera cuenta del mes encontré escrito con una letra impecable, perpendicular, hasta el más pequeño servicio que se me había prestado: 3 pfennigs por coser el botón de unos pantalones, 20 por quitar una mancha de

tinta de la mesa, y así hasta el final de la lista, donde, bajo una raya trazada enérgicamente, la suma de todos los esfuerzos ascendía a 67 pfennigs. Al principio me reía de estas cosas, pero lo más curioso es que, al cabo de pocos días, yo mismo sucumbí a ese penoso sentido del orden prusiano y por primera y última vez en mi vida llevé mi contabilidad en una meticulosa agenda de gastos.

Había llegado de Viena provisto de toda una serie de encargos. Pero no cumplí ninguno, porque el sentido de mi escapada consistía precisamente en huir de la atmósfera protegida y burguesa y, en su lugar, vivir sin compromiso alguno y dependiendo sólo de mí mismo. Quería tratar única y exclusivamente con personas cuyo conocimiento se debiera tan sólo a mis afanes literarios, y con personas cuanto más interesantes mejor. Al fin y al cabo, no en vano había leído *La Bohème* y a mis veinte años tenía que atraerme la posibilidad de llevar una vida parecida.

No tuve que buscar mucho para encontrar un círculo semejante, formado por gentes de lo más abigarradas. Hacía tiempo que, desde Viena, había colaborado en la principal revista de los «Modernos» berlineses, que, casi irónicamente, se llamaba *Die Gesellschaft* (La sociedad) y estaba dirigida por Ludwig Jacobowski. Este joven poeta había fundado, poco antes de morir, un cenáculo con el nombre seductor para los jóvenes de *Die Kommenden* (Los venideros), que se reunía una vez por semana en el primer piso de un café de la plaza Nollendorf. En ese círculo enorme, copiado de la *Closerie des lilas* de París, se concentraba gente de lo más variada: poetas y arquitectos, esnobs y periodistas, muchachas ataviadas de escultoras o artesanas,

estudiantes rusos y escandinavas rubias casi albinas, que querían perfeccionar su alemán. Y Alemania misma tenía allí representantes de todas las provincias: westfalianos fornidos, bávaros bonachones, judíos silesianos; todos se enfrascaban en acalorados debates, con total soltura. De vez en cuando se leían poemas y dramas, pero el objetivo principal era conocernos los unos a los otros. En medio de esos jóvenes, que se comportaban adrede como bohemios, estaba sentado, enternecedor como un papá Noel, un hombre mayor, de barba gris, respetado y querido por todos, porque era un poeta y un bohemio auténtico: Peter Hille. Este septuagenario, siempre envuelto en su abrigo gris de invierno que escondía un traje completamente raído y una ropa muy sucia, miraba con sus azules ojos de perro, cándidos y bondadosos, al singular tropel de muchachos que lo rodeaba; complaciente, siempre se dejaba seducir por nuestra insistencia para que se sacara de los bolsillos sus manuscritos arrugados y nos leyera sus poemas. Eran poesías de índole muy variada, en realidad improvisaciones de un genio de la lírica, aunque provistas de una forma demasiado suelta, demasiado casual. Las escribía en el tranvía o en el café, a lápiz, luego las olvidaba y, en el momento de leerlas, le costaba volver a encontrar las palabras en el trozo de papel borrado y manchado. Nunca tenía dinero, pero eso no le preocupaba, hoy se invitaba a dormir en casa de éste, mañana en casa de aquél, y su olvido del mundo y su falta total de ambición tenían una cierta autenticidad conmovedora. La verdad es que nadie comprendía cómo y cuándo aquel hombre de los bosques había ido a parar a la gran ciudad de Berlín y qué buscaba allí. Pero no buscaba nada, no quería ser famoso ni agasajado y, sin

embargo, gracias a su carácter soñador y poético, vivía más libre y despreocupado que otros a los que he conocido más tarde. A su alrededor alborotaban y se desgañitaban los ambiciosos polemistas; él escuchaba indulgentemente, a veces levantaba el vaso hacia alguno de ellos con un amable saludo, pero casi nunca intervenía en la conversación. Se tenía la impresión de que, incluso durante el alboroto más furioso, los versos y las palabras se buscaban dentro de su cabeza desgreñada y un poco cansada, sin llegar a tocarse ni encontrarse.

La sinceridad y la inocencia que emanaban de aquel candoroso poeta —hoy olvidado incluso en Alemania— desviaba quizás intuitivamente mi atención del presidente electo de los «Venideros», a pesar de que era un hombre con unas ideas y palabras que más adelante habrían de ser decisivas para muchísima gente en el momento de escoger su forma de vida. En la persona de Rudolf Steiner —a quien más tarde sus partidarios dedicaron, como fundador de la antroposofía, las escuelas y academias más suntuosas donde enseñar su teoría— encontré de nuevo, después de Theodor Herzl, a un hombre llamado por el destino a servir de guía a millones de seres. Como individuo, no parecía tanto un líder como Herzl, pero era más seductor. Sus ojos oscuros albergaban una fuerza hipnótica y yo lo escuchaba mejor y con más sentido crítico cuando no lo miraba, porque su cara ascética y macilenta, marcada por la pasión intelectual, era muy apropiada para producir un gran efecto de persuasión, y no sólo en las mujeres. En aquella época, Rudolf Steiner no había elaborado aún su propia teoría, sino que se hallaba todavía en la etapa de investigación y aprendizaje; a veces nos leía comentarios sobre la teoría de los colores de Goethe, cuya imagen, en

su exposición, se tornaba más fáustica, más paracélsica. Era emocionante escucharlo, porque su erudición era asombrosa y, comparada sobre todo con la nuestra, que se limitaba exclusivamente a la literatura, de una variedad espléndida. De sus conferencias y de más de una charla privada con él, yo siempre volvía a casa impresionado y un tanto abatido. No obstante, si hoy me pregunto si en aquellos momentos hubiera profetizado a aquel joven tanta influencia filosófica y ética en las masas, para vergüenza mía debería decir que no. De su espíritu investigador esperaba grandes cosas para la ciencia y no me habría sorprendido demasiado oír hablar de un gran descubrimiento biológico logrado gracias a su genio intuitivo, pero cuando, muchos años más tarde, vi en Doruach el grandioso *Goetheanum*, aquella «Escuela de la sabiduría» que los alumnos habían fundado en su nombre como academia platónica de la «antroposofía», me sentí más bien decepcionado de que su influencia se hubiera inclinado tanto hacia amplios aspectos de la vida real que eran, en parte, incluso banales. No me permito emitir ningún juicio sobre la antroposofía, porque hasta ahora no veo claro qué pretende y qué significa; creo incluso que, en esencia, su fuerza seductora nacía no de una idea, sino de la fascinante personalidad de Rudolf Steiner. Sin embargo, para mí fue de un provecho incalculable conocer a un hombre de tanta fuerza magnética, y precisamente en aquella primera etapa, en que todavía se comunicaba con los más jóvenes amistosamente y sin dogmatismos. En su saber fantástico y a la vez profundo descubrí que la verdadera universidad —de la que, con nuestra petulancia de bachilleres, creíamos habernos adueñado ya— no se

alcanzaba a fuerza de lecturas y discusiones pasajeras, sino sólo con años de agotadores esfuerzos.

Pero en la época de asimilación, cuando resulta fácil entablar amistades y aún no se han solidificado las diferencias sociales y políticas, un hombre joven aprende más de aquellos que se afanan como él que de los que ya han superado esta etapa. Entonces me di cuenta de nuevo, aunque en un plano superior y más internacional que en el instituto, de cuán fecundo es el entusiasmo colectivo. Mientras que mis amigos vieneses procedían casi todos de la burguesía (e incluso nueve de cada diez, de la burguesía judía, con lo cual no hacíamos sino duplicarnos y multiplicarnos en nuestras aficiones y deseos), los jóvenes de aquel mundo nuevo venían de las más diversas capas sociales, de arriba, de abajo, uno de la aristocracia prusiana, otro era hijo de un armador de Hamburgo, el tercero provenía de una familia de campesinos de Westfalia; de pronto me encontré viviendo en un círculo en que había auténticos pobres, vestidos con ropas remendadas y zapatos agujereados, una esfera, pues, con la que no había tenido contacto en Viena. Me sentaba a la misma mesa que bebedores empedernidos, homosexuales y morfinómanos, di la mano —y con orgullo— a un estafador archiconocido y condenado a prisión (más adelante publicó sus memorias y entró así en nuestro grupo de escritores). Todo lo que a duras penas había creído de las novelas realistas se acercaba y se reunía en los pequeños cafés y fondas donde me introdujeron, y, cuanto peor era la fama de alguien, más ávido se volvía mi interés por conocerlo personalmente. Por otro lado, hay que decir que este amor o curiosidad especial por las gentes expuestas a un peligro me ha acompañado durante toda mi vida; incluso en los años en

que hubiera convenido ser más escrupuloso, los amigos me regañaban a menudo por la clase de gente amoral, poco de fiar y francamente comprometedora con la que trataba. Quizá la esfera de solidez de la cual procedía y el hecho de que hasta cierto punto me sentía agobiado por el complejo de «seguridad», hacían que me parecieran fascinantes todos aquellos que dilapidaban con desprecio la vida, el tiempo, el dinero, la salud y la reputación: los apasionados, los monomaníacos de la simple existencia sin objetivos; y tal vez el lector observará en mis novelas y narraciones cortas esa predilección por las naturalezas indómitas y de vida intensa. También se añadía a todo aquello la atracción por lo exótico y extranjero; prácticamente cada uno de aquellos hombres era un regalo de un mundo extraño para mi curiosidad. En el dibujante E. M. Lilien, hijo de un pobre maestro tornero ortodoxo de Drohobycz, encontré por primera vez a un auténtico judío del Este y conocí a través de él un judaísmo de una fuerza y de un fanatismo pertinaz desconocidos para mí. Un joven ruso me tradujo los pasajes más bellos de *Los hermanos Karamazov*, una obra que en aquel entonces era todavía desconocida en Alemania; una muchacha suiza me enseñó por primera vez cuadros de Munch; frecuentaba talleres de artistas (si bien malos) para observar su técnica; un adepto me introdujo en un círculo espiritista; experimenté la vida en sus mil formas y variedades y no me hastié. La intensidad, que en el instituto había desplegado sus fuerzas sólo en sus meras formas —la rima, el verso y las palabras— se proyectó ahora sobre las personas; desde la mañana hasta la noche, en Berlín siempre me encontraba en compañía de gente nueva, siempre distinta, que me entusiasmaba, me defraudaba e incluso me estafaba.

Creo que ni en diez años me he recreado en tanta compañía intelectual como en aquel escaso semestre berlinés, el primero de total libertad.

Mirándolo bien, parecía lógico que una variedad tan inusual de estímulos tuviera que significar un aumento extraordinario de mis ganas de crear. Pero, en realidad, ocurrió justo lo contrario. Mis pretensiones de antes, exageradamente hinchadas por la exaltación intelectual del instituto, se deshincharon poco a poco. Cuatro meses después de su publicación, no entendía de dónde había sacado el valor para editar aquel volumen de poemas inmaduros; seguía pensando que mis versos eran una buena obra de artesanía, mañosa e incluso en parte remarcable, que habían nacido de un ambicioso gusto por jugar con la forma, pero ahora me resultaban artificiales en cuanto al contenido. Igualmente, a raíz de aquel contacto con la realidad, noté en mis primeras narraciones un olor a papel perfumado; escritas con una ignorancia total de las realidades, mostraban una técnica de segunda mano, copiada siempre de otros. Una novela, terminada hasta el último capítulo, que había llevado conmigo a Berlín para hacer feliz a mi editor, no tardó en servir para encender la estufa, porque mi fe en la competencia de mi formación de bachiller había recibido un fuerte golpe con aquella primera ojeada a la vida real. Era como si hubiera retrocedido dos cursos en el colegio. De hecho, después de mi primer volumen de versos, introduje una pausa de seis años antes de publicar el segundo, y sólo tres o cuatro años después publiqué mi primer libro de prosa; siguiendo el consejo de Dehmel, por el cual todavía hoy le estoy agradecido, aproveché el tiempo traduciendo de lenguas extranjeras, cosa que aún considero la mejor manera, para un poeta joven, de

entender el espíritu de la propia lengua de un modo profundo y productivo. Traduje los poemas de Baudelaire, algunos de Verlaine, Keats y William Morris, un pequeño drama de Charles van Lerberghe y una novela de Camille Lemonnier *pour me faire la main*. Cada lengua, con sus giros propios, se resiste a ser recreada en otra y desafía las fuerzas de la expresión, que de otro modo no se suelen movilizar espontáneamente, y esta lucha por arrancar a la lengua extranjera lo más propio que tiene y forzar la lengua propia a incorporarlo con la misma plasticidad siempre ha significado para mí una clase especial de goce artístico. Como esa labor callada y, a decir verdad, poco agradecida, exige paciencia y constancia, virtudes que en el instituto rehuí con ligereza y osadía, me apeteció de manera especial; y es que en esa modesta actividad de transmisión de valores artísticos ilustres encontré por primera vez la seguridad de estar haciendo algo práctico e inteligente, una justificación de mi existencia.

Desde entonces vi claro en mi interior el camino que debía seguir en los años venideros: ¡ver mucho, aprender mucho y sólo después empezar de verdad! ¡No presentarme ante el mundo con publicaciones precipitadas, antes de saber bien lo esencial del mundo! Berlín, con su poderoso mordiente, no había hecho sino aumentar mi sed. Y miré a mi alrededor buscando en qué país iba a pasar las vacaciones de verano. Escogí Bélgica. A finales del siglo este país había tomado un alto vuelo artístico y en cierto modo incluso había superado a Francia en intensidad.

Khnopff y Rops en la pintura, Constantin Meunier y Minne en las artes plásticas, Van der Velde en las industriales, Maeterlinck, Eekhoud y Lemonnier en la

poesía, dieron la medida, sublime, de la nueva fuerza europea. Pero sobre todo me fascinó Emile Verhaeren, porque marcó un camino completamente nuevo a la lírica. Lo descubrí en cierto modo en privado, puesto que era del todo desconocido en Alemania y la literatura oficial lo había confundido durante mucho tiempo con Verlaine, del mismo modo que había confundido a Rolland con Rostand. Y amar a alguien uno solo quiere decir amarlo dos veces.

Tal vez convendría insertar aquí una breve digresión. Nuestra época vive demasiado intensamente y demasiado deprisa como para guardar buena memoria de las cosas y no sé si el nombre de Emile Verhaeren significa todavía algo hoy en día. Verhaeren fue el primer poeta francés que intentó dar a Europa lo que Walt Whitman dio a América: una declaración de fe en la época, en el futuro. Había empezado a amar el mundo moderno y quería conquistarlo para la poesía. Mientras que para los demás la máquina era el mal, las ciudades la fealdad y el presente la antipoesía, él se entusiasmaba con cada nuevo invento, con cada conquista técnica; y se entusiasmaba con su propio entusiasmo y lo hacía deliberadamente para sentirse más fuerte en esa pasión suya. Los poemitas iniciales se convirtieron en un torrente de grandes himnos. *Admirez-vous les uns les autres* era su consigna para los pueblos de Europa. Todo el optimismo de nuestra generación, un optimismo incomprensible desde hace tiempo en la época actual —la época de la recaída más horrible—, halló en él su primera expresión poética, y algunas de sus mejores poesías durante mucho tiempo darán testimonio de la Europa y la humanidad que soñábamos entonces.

En realidad, había ido a Bruselas para conocer a Verhaeren. Pero Camille Lemonnier, el vigoroso autor de *Mâle*, hoy injustamente relegado al olvido y de quien yo mismo traduje una novela al alemán, me dijo con gran pesar que Verhaeren casi nunca salía de su aldehuela para ir a Bruselas y que, además, en aquel momento se encontraba ausente. Para resarcirme del desengaño me presentó muy amablemente a otros artistas belgas. Así conocí al anciano maestro Constantin Meunier, ese heroico trabajador y grandioso escultor del mundo del trabajo, y, después de él, a Van der Stappen, cuyo nombre prácticamente ha desaparecido de los libros de historia del arte; sin embargo, ¡qué hombre tan agradable era ese flamenco bajito y mofletudo y con qué cordialidad me recibieron él y su esposa, alta, gruesa y risueña! Me mostró sus obras, hablamos largo rato de arte y literatura en aquella mañana clara y serena, y la bondad de ambos me hizo perder pronto toda timidez. Con la mayor franqueza les expresé mi pesar por no haber podido encontrar en Bruselas al hombre por quien, a fin de cuentas, había hecho el viaje: Verhaeren.

¿Había hablado demasiado? ¿Había dicho quizás algún disparate? Sea como fuere, me di cuenta de que tanto Van der Stappen como su esposa habían empezado a sonreír y a intercambiarse miradas furtivas. Noté que mis palabras habían despertado una complicidad secreta entre ellos. Me sentí cohibido y estaba a punto de despedirme, pero ambos me lo impidieron obligándome a quedarme a comer y no admitiendo excusa alguna de mi parte. Aquella sonrisa enigmática pasó de nuevo de unos ojos a otros. Tuve la impresión de que, si existía algún secreto, carecía de malicia. Y renuncié gustoso al viaje previsto a Waterloo.

Pronto llegó mediodía; estábamos ya sentados en el comedor —situado en la planta baja, como en todas las casas belgas— y desde la sala mirábamos hacia la calle cuando, de repente, una sombra se paró bruscamente ante la ventana. Unos nudillos golpearon el cristal al tiempo que la campanilla sonaba con estridencia.

—*Le voilà!* —dijo la señora Van der Stappen levantándose, y con paso firme y cansino entró él, Verhaeren. A primera vista reconocí el rostro que desde tiempo atrás los retratos me habían hecho familiar. Como tantas otras veces, también aquel día Verhaeren había sido invitado a la casa y, cuando el matrimonio supo que yo lo buscaba en vano por toda la comarca, ambos cónyuges se pusieron de acuerdo con una mirada en no decirme nada sobre ello y sorprenderme con su presencia a la hora del almuerzo. Y ahora lo tenía ante mí, sonriendo por la broma que le acababan de contar. Por primera vez sentí el apretón firme de su mano nervuda, por primera vez capté su mirada clara y bondadosa. Como siempre, venía, por decirlo así, cargado de experiencia y entusiasmo. Mientras empezaba a servirse sin andarse con cumplidos, ya se puso a hablar. Nos contó que había estado con unos amigos en una galería y aún ardía de entusiasmo. Fuese adonde fuese, siempre regresaba a casa así, eufórico por todo lo que había visto, por cualquier experiencia casual, y ese entusiasmo se había convertido en él en un hábito sagrado; le salía de la boca como una llamarada, y sabía subrayar las palabras con gestos expresivos. Ya con la primera palabra llegaba al corazón de la gente, porque era un hombre completamente abierto, accesible a todo lo nuevo sin rechazar nada, dispuesto a favor de todo. Era como si se lanzara al encuentro de la gente con todo

su ser y, como en aquella primera ocasión, tuve la suerte de vivir cien veces más ese choque impetuoso y subyugador con otras personas. Sin saber aún nada de mí, me honró con su confianza, simplemente porque supo que sentía predilección por su obra.

Después de comer, otra grata sorpresa siguió a la primera. Van der Stappen, que desde hacía tiempo quería cumplir un deseo propio y de Verhaeren, llevaba varios días trabajando en un busto del poeta; hoy debía tener lugar la última sesión. Mi presencia, dijo Van der Stappen, era un simpático regalo del destino, puesto que precisamente le hacía falta alguien que hablara con el demasiado inquieto y nervioso hombre mientras éste posaba como modelo para, así, hablando y escuchando, animarle el semblante. He aquí, pues, que durante dos horas contemplé intensamente aquel rostro inolvidable, de frente ancha, surcada ya siete veces por arrugas de años difíciles y tapada por cabellos rizados y de color de hierro oxidado, una cara de textura áspera, cubierta por una piel rojiza, curtida por el viento, un mentón saliente como una roca y encima del fino labio, un bigote estilo Vercingetórix, grande, espeso y de puntas caídas. Su nerviosismo se concentraba en las manos, unas manos estrechas, hábiles, finas y, sin embargo, fuertes, cuyas venas palpitaban enérgicas bajo la delgada piel. Toda la fuerza de su voluntad descansaba en sus anchos hombros de campesino, en comparación con los cuales la cabeza, nervuda y huesuda, casi parecía demasiado pequeña; únicamente cuando apresuraba el paso se notaba su energía. Sólo ahora, cuando contemplo el busto (ninguna otra obra de Van der Stappen está tan lograda como la que creó en aquel momento), me doy cuenta de cuán real es y con qué plenitud capta la esencia de aquel hombre.

Es el documento de una grandeza poética, el monumento a una fuerza imperecedera.

En aquellas tres horas llegué a querer a la persona tanto como la he querido después toda mi vida. Su modo de ser poseía una seguridad que en ningún momento daba la impresión de petulancia. No dependía del dinero, prefería una vida rural a escribir una sola línea que valiera sólo para el momento. No dependía del éxito, no se afanaba por acrecentarlo con concesiones, favores y *camaraderie*: le bastaban los amigos y su lealtad. Se mantuvo independiente y libre incluso de la tentación más peligrosa para la personalidad, la de la fama, cuando al fin llegó al punto culminante de su vida. Se mantuvo abierto en todos los sentidos, sin el lastre de las inhibiciones, sin sentir la turbación de la vanidad; un hombre libre, contento, fácilmente propenso a cualquier entusiasmo. A su lado se sentía uno reanimado por su voluntad de vivir.

He aquí, pues, que yo, el joven, lo tenía ante mí en carne y hueso: al poeta tal como lo había deseado, tal como lo había soñado. Y ya en aquel primer momento, en el instante en que lo conocí personalmente, la decisión estaba tomada: servir a aquel hombre y a su obra. Fue una decisión ciertamente temeraria, pues aquel poeta que cantaba a Europa todavía era poco conocido entonces en la propia Europa y yo sabía de antemano que la traducción de su monumental obra poética y de sus tres dramas en verso me robarían dos o tres años de creación propia. Pero al tiempo que tomaba la decisión de consagrar todas mis fuerzas, todo mi tiempo y toda mi pasión al servicio de una obra ajena, me daba a mí mismo lo mejor: una misión moral. Mis búsquedas y tentativas inciertas tenían desde aquel momento un

sentido. Y si hoy tuviera que aconsejar a un joven escritor todavía inseguro sobre el camino que emprender, trataría de convencerlo de que primero sirviera a una obra mayor como actor o traductor. Cualquier servicio abnegado ofrece más seguridad al artista novel que la creación propia y todo lo que se hace con espíritu de sacrificio no es en vano.

En aquellos dos años que dediqué casi exclusivamente a traducir la obra poética de Verhaeren y a preparar una biografía suya, emprendí también muchos viajes, en parte para dar conferencias en público. Y recibí una inesperada recompensa, en apariencia ingrata, por mi dedicación a la obra de Verhaeren: sus amigos en el extranjero se fijaron en mí y pronto se convirtieron también en mis amigos. Y, así, un día vino a visitarme Ellen Key, esa maravillosa sueca que, con una audacia sin precedentes en aquella época refractaria y de miras estrechas, luchaba en pro de la emancipación de la mujer y que en su libro *El siglo del niño* incidió, mucho antes que Freud, en la vulnerabilidad psíquica de los jóvenes; en Italia, ella me presentó a Giovanni Cena y me introdujo en su círculo literario, y también gracias a ella conseguí a otro amigo importante en la persona del noruego Johan Bojer. Georg Brandes, el maestro internacional en historia de la literatura, se interesó por mí y, gracias a mi propaganda, el nombre de Verhaeren pronto fue más conocido en Alemania que en su propio país. Kainz, el más grande de los actores, y Moissi recitaron en público poemas de Verhaeren en mi traducción. Y Max Reinhardt llevó al teatro alemán su drama *El monasterio*: podía darme por satisfecho.

Pero he aquí que entonces llegó el momento de recordar que había contraído otro compromiso, aparte

del que tenía con Verhaeren. Debía acabar finalmente mi carrera universitaria y llevar a casa el birrete de doctor en filosofía. Se trataba de aprender en pocos meses toda la materia escolástica que los estudiantes más aplicados se habían esforzado por tragar durante casi cuatro años: me pasé las noches empollando con Erwin Guido Kolbenheyer, un amigo literario de juventud, a quien hoy quizá no le guste recordar esto, porque se ha convertido en uno de los poetas y académicos oficiales de la Alemania de Hitler. Pero no me pusieron un examen difícil. El benévolo catedrático, que me conocía demasiado por mi actividad literaria como para vejarme con nimiedades, me dijo, sonriente, en una conversación privada previa:

—¡No preferirá examinarse de lógica exacta!

Y, efectivamente, poco a poco me fue llevando hacia dominios en los que me sentía más seguro. Era la primera vez que aprobaba un examen con un sobresaliente y espero que también sea la última. Ahora era un hombre libre en mi vida exterior y todos los años posteriores, hasta el día de hoy, no los he dedicado sino a la lucha —cada vez más ardua en estos tiempos actuales— por mantenerme libre también en la interior.

PARÍS, LA CIUDAD DE LA ETERNA JUVENTUD

Como regalo para el primer año de libertad que había conquistado me prometí a mí mismo París. Conocía esta ciudad inagotable sólo superficialmente, por dos visitas anteriores, y sabía que, quien de joven pasa allí un año, guarda de ella un recuerdo incomparable de felicidad a lo largo de toda su vida. Un joven con los sentidos despiertos en ninguna otra parte se encuentra tan identificado con el ambiente como en esta ciudad que se da a todo el mundo y en la que, no obstante, nadie ahonda nunca del todo.

Sé perfectamente que el París de mi juventud, que tenía y daba alas, ya no existe; quizá ya nunca recuperará aquella maravillosa despreocupación después de que la mano más dura de la Tierra lo marcara tiránicamente con el estigma del bronce. En el momento de iniciar estas líneas se acercaban, devastadores, las tropas y los tanques alemanes, como una masa gris de termitas, con el fin de destruir de cuajo el colorido divino, la alegría feliz, el esplendor y el florecimiento inmarchitable de aquella armoniosa obra de creación. Y ahora ha ocurrido: la bandera con la cruz gamada cuelga de la torre Eiffel, las negras tropas de asalto desfilan provocadoras por los Campos Elíseos de Napoleón y, desde lejos, comparto los espasmos de los corazones en los hogares y las miradas humilladas de los antes bonachones burgueses, cuando las botas altas de los conquistadores pisan sus familiares cafés y *bistrots*. Creo

que ninguna desgracia personal me ha afectado, conmocionado y desesperado tanto como la humillación de esta ciudad que, como ninguna otra, había sido agraciada con el don de hacer feliz a todo aquel que se acercara a ella. ¿Podrá dar un día a futuras generaciones lo que nos dio a nosotros: la enseñanza más sabia, el ejemplo más admirable de ser a la vez libre y creadora, estar abierta a todos y enriquecerse cada vez más en esa hermosa prodigalidad?

Lo sé, lo sé, no es sólo París la que sufre hoy; tampoco el resto de Europa volverá a ser en décadas lo que fue antes de la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, las tinieblas que sumieron a Europa todavía no han llegado a disiparse del todo sobre el horizonte del continente, antes tan claro; la amargura y la desconfianza entre un país y otro, entre un hombre y otro, han permanecido como un veneno devorador en su cuerpo mutilado. A pesar de todo el progreso que el cuarto de siglo de entreguerras ha traído en el campo social y técnico, en nuestro pequeño mundo de Occidente no existe ninguna nación que no haya perdido una parte ingente del placer de vivir y de la libertad de espíritu de antaño. Harían falta días y días para describir cuán confiados e infantilmente alegres eran antes los italianos, incluso los que vivían en la pobreza más cruda, cómo se reían y cantaban en las *trattorie* e inventaban chistes ingeniosos sobre su pésimo *governo*, mientras que ahora tienen que marcar el paso con ademán sombrío, el mentón erguido y el corazón apesadumbrado. ¿Podemos imaginarnos aún a un austríaco tan tranquilo y sosegado en su carácter bonachón, confiando con la devoción de antaño en su señor emperador y en los dioses que les dieran una vida tan holgada? A los rusos, los alemanes, los españoles, ya

nadie sabe cuánta libertad y alegría les ha chupado de la médula el cruel y voraz espantajo del «Estado». Todos los pueblos saben una sola cosa: que una sombra extraña se cierne, larga y pesada, sobre su vida. Nosotros, sin embargo, que todavía conocimos el mundo de la libertad individual, sabemos, y podemos dar fe de ello, que en otros tiempos Europa disfrutó de su juego de colores calidoscópico. Y nos estremecemos al ver cómo nuestro mundo se ha entenebrecido, esclavizado y encarcelado gracias a su furia suicida.

Pues sí, en ninguna parte, repito, en ninguna parte como en París se podía percibir con más deleite la despreocupación de la vida, ingenua y, sin embargo, admirablemente sabia, lo que confirmaban gloriosamente la belleza de sus formas, el clima templado, la riqueza y la tradición. Cada uno de nosotros, los jóvenes, absorbíamos una parte de esa ligereza y así también contribuíamos a ella; chinos y escandinavos, españoles y griegos, brasileños y canadienses, todos se sentían como en casa junto al Sena. No había coacciones, se podía hablar, pensar, reír y soltar tacos tanto como se quería, todo el mundo vivía a su gusto, acompañado o solo, dilapidando o ahorrando, con lujo o como un bohemio, había sitio para cualquier extravagancia y se atendían todas las eventualidades. Existían restaurantes sublimes, con todos sus hechizos culinarios, con vinos de doscientos y trescientos francos, y coñacs pecaminosamente caros de los días de Marengo y Waterloo; pero también se podía comer y beber casi con la misma magnificencia en cualquier tienda de *marchand de vin* en la esquina de al lado. En los restaurantes del *Quartier Latin* llenos a rebosar de estudiantes servían por cuatro *sous* las futilidades más deliciosas antes y

después de un suculento bistec y, además, vino blanco o tinto y una barra de pan blanco exquisito, tan larga como un árbol. Se podía vestir como uno quería; los estudiantes se paseaban por el bulevar Saint-Michel con sus coquetones birretes; los *rapins*, estudiantes de escuelas de pintura, se confeccionaban *pastos* con amplios sombreros que parecían setas gigantes y románticas chaquetas de terciopelo negro; los obreros caminaban despreocupados, con sus blusas azules o en mangas de camisa, por el bulevar más elegante; las nodrizas, con sus cofias bretonas de grandes pliegues, y los taberneros, con sus delantales azules. No hacía falta que fuera precisamente un 14 de julio para que, pasada la medianoche, unas cuantas parejas jóvenes se pusieran a bailar en medio de la calle; y la policía los contemplaba riendo: al fin y al cabo, ¡la calle era de todos! Nadie se sentía incómodo ante nadie; las chicas guapas no se avergonzaban de ir del brazo de un negro color azabache y de entrar con él en el primer *petit hôtel*. ¿Quién se preocupaba en París de espantajos como raza, clase y origen, que no fueron hinchados sino más tarde? Cualquiera iba, hablaba y dormía con quien quería y le importaban un rábano los demás. Ah, se tenía que haber conocido el Berlín de antes para amar a París de veras, se tenía que haber vivido el servilismo voluntario de Alemania, con su conciencia de clase, angulosa y dolorosamente cortante, donde la esposa del oficial no «se hablaba» con la del maestro ni ésta con la del tendero y ésta aún menos con la del obrero. En París, en cambio, el legado de la Revolución corría todavía vivo por las venas; el proletario se sentía un ciudadano tan libre e importante como su patrono; el camarero, en el café, daba la mano al general con sus galones, de colega

a colega; las pequeñas burguesas, diligentes, formales y limpias, no fruncían el ceño cuando tropezaban con la prostituta del rellano, sino que charlaban con ella todos los días en la escalera y sus hijos le regalaban flores. En una ocasión vi entrar en un restaurante elegante (el Laure, cerca de la Madeleine) a unos campesinos normandos ricos que venían de un bautizo, retumbando con sus pesadas botas igual que cascos de caballo, vestidos con el traje típico de su pueblo, el pelo untado con tanta pomada que su olor llegaba hasta la cocina. Hablaban a gritos y, cuanto más bebían, más gritaban, y sin miramiento alguno golpeaban los muslos de sus obesas mujeres. No les molestaba en absoluto sentarse como auténticos labriegos entre fracs relucientes y vestidos elegantes, pero tampoco el camarero de cara afeitada como un huevo fruncía las cejas, como habría hecho en Alemania o Inglaterra ante unos clientes tan rústicos, sino que les servía con tanta cortesía y corrección como si fuesen ministros o excelencias, y al *maître d'hôtel* incluso le hizo gracia saludar cordialmente a unos clientes tan poco formales. París sólo conocía la coexistencia de contrastes, no había Arriba ni Abajo; no existía una frontera visible entre las calles de lujo y los sucios pasajes de al lado y por doquier reinaban la misma animación y alegría. En los patios de los suburbios tocaban los músicos ambulantes, desde las ventanas se oía cantar a las *midinettes* mientras trabajaban; por doquier y en todo momento se oía cómo hendía el aire una carcajada o un amable grito de amistad. Si de vez en cuando dos cocheros echaban pestes el uno del otro, al rato se daban la mano y bebían juntos un vaso de vino al tiempo que abrían unas cuantas ostras (a precios irrisorios). Nada era difícil ni formal. Las relaciones con

las mujeres se entablaban con facilidad y con la misma facilidad se rompían, no había roto tan feo que no encontrase a su descosido, cualquier joven encontraba a una muchacha alegre y nada cohibida por la falsa modestia. Ah, ¡qué fácil y qué bien se vivía en París, sobre todo si uno era joven! El solo vagar por las calles ya era un placer y, a la vez, una lección permanente, porque todo estaba abierto a todos: por ejemplo, se podía entrar en una librería de viejo y hojear libros durante un cuarto de hora sin que el dueño refunfuñara y gruñera; se podía entrar en las pequeñas galerías, ver y tocar en las tiendas de *bric-à-brac*, gorrear en las subastas del hotel Drouot y charlar con las institutrices en los jardines; no era fácil detenerse cuando uno había empezado a callejear, la calle le atraía a uno como un imán y le mostraba cosas nuevas sin cesar, como un calidoscopio. Cuando uno se cansaba, se podía sentar en la terraza de uno de los diez mil cafés y escribir cartas en el papel que le daban gratis y dejar que los vendedores ambulantes le exhibieran un montón de objetos absurdos e inútiles. Una sola cosa era difícil: quedarse en casa o volver a casa, sobre todo cuando estallaba la primavera, la luz resplandecía plateada y blanda sobre el Sena, los árboles de los bulevares empezaban a espesarse de verde y las muchachas llevaban, prendidos con agujas, ramilletes de violetas a un *sou* cada uno; pero la verdad es que no hacía falta la primavera para estar de buen humor en París.

En la época en que la conocí, la ciudad no había llegado todavía a fundirse en una sola mole, como lo ha hecho hoy gracias al metro y los autobuses; todavía eran dueños de la circulación los formidables ómnibus tirados por pesados y humeantes caballos. A decir verdad, la

forma más cómoda de descubrir París era desde la «imperial», desde el primer piso de aquellas anchas carrozas o desde los coches de punto abiertos, que tampoco corrían a galope tendido. De todas formas, ir entonces de Montmartre a Montparnasse aún seguía siendo un pequeño viaje y, teniendo en cuenta el sentido del ahorro de los pequeños burgueses de París, se puede tener por muy creíble la leyenda según la cual todavía había parisinos de la *rive droite* que nunca habían estado en la *rive gauche* y niños que sólo habían jugado en el jardín de Luxemburgo y nunca habían visto el de las Tullerías o el parque Monceau. El buen ciudadano o el *concierge* gustaban de quedar *chez soi*, en su barrio; se creaban su pequeño París dentro del gran París y, por la misma razón, cada uno de sus pequeños *arrondissements* conservaba aún su carácter definido e incluso provinciano. Y así, para un forastero, hasta cierto punto era toda una decisión escoger dónde plantar su tienda. El *Quartier Latin* ya no me atraía. A los veinte años, en una breve visita a París, fui a ese barrio directamente desde la estación; la primera tarde ya me había sentado en el café Vachette y, respetuosamente, había pedido que me mostraran el lugar de Verlaine y la mesa de mármol que golpeaba, furioso, con su macizo bastón siempre que estaba borracho, para hacerse respetar. En su honor, yo, acólito abstemio, había bebido una copa de absenta, a pesar de que no me sabía nada bien ese brebaje verde, pero me creía obligado, como joven respetuoso, a observar en el *Quartier Latin* el ritual de los poetas líricos de Francia; en aquella época, por un sentido de la forma, habría preferido más que nada vivir en un quinto piso, en una buhardilla cerca de la Sorbona, para poder participar de un modo más fiel de la «auténtica»

atmósfera del *Quartier Latin*, tal como la conocía de los libros. A los veinticinco años, en cambio, ya no me sentía tan ingenuamente romántico, el barrio estudiantil me parecía demasiado internacional, demasiado poco parisiense. Y, por encima de todo, no quería escoger mi alojamiento permanente de acuerdo con reminiscencias literarias, sino para hacer mi trabajo lo mejor posible. Busqué por todas partes. El París elegante, los Campos Elíseos, no me servían en absoluto para este propósito, y menos aún el barrio en torno al Café de la Paix, donde se reunían todos los extranjeros ricos de los Balcanes y, excepto los camareros, nadie hablaba francés. Para mí tenía más encanto la zona tranquila, sombreada por iglesias y conventos, de Saint-Sulpice, donde también les gustaba vivir a Rilke y a Suárez; donde más hubiera deseado fijar mi residencia era en la isla de Saint Louis, para estar unido a ambos lados de París a la vez, la *rive gauche* y la *rive droite*. Pero, paseando, conseguí encontrar, ya en mi primera semana, algo todavía más bello. Caminando lentamente por las galerías del *Palais* descubrí que entre las casas de ese grandioso *carré*, construidas simétricamente en el siglo XVIII por el príncipe *Philippe Égalité*, había un único palacio, antaño elegante, que había perdido su esplendor y se había convertido en un hotelito algo primitivo. Pedí que me enseñaran una habitación y comprobé, encantado, que desde la ventana tenía vistas a los jardines del Palais Royal, los cuales permanecían cerrados a partir de la caída de la noche. Entonces no se oía más que el zumbido apagado de la ciudad, confuso y rítmico como el oleaje incesante de una costa lejana; las estatuas resplandecían a la luz de la luna y, en las primeras horas de la mañana, el viento a veces traía desde las cercanas *Halles* el suave aroma de

verduras. En esa histórica manzana del Palais Royal habían vivido los poetas y los hombres de Estado de los siglos XVIII y XIX; enfrente estaba la casa en la que tantas veces Balzac y Víctor Hugo habían subido los cien escalones estrechos que conducían a la buhardilla de la poetisa Marceline Desbordes-Valmore, tan querida por mí; allí resplandecía, marmóreo, el lugar desde donde Camine Desmoulins había llamado al pueblo a la toma de la Bastilla; allí estaba el soportal en el que el pobre tenientecillo Bonaparte buscaba a una protectora entre las damas que paseaban, no precisamente muy virtuosas. Desde cada una de aquellas piedras hablaba la historia de Francia, en el corazón de París. Recuerdo que en una ocasión me visitó André Gide y que, asombrado por tanto silencio en el centro mismo de París, dijo: «Tienen que ser los extranjeros quienes nos enseñen los lugares más bellos de nuestra propia ciudad».

Y, efectivamente, no hubiera podido encontrar nada más parisino y a la vez más aislado que aquel estudio romántico sito en el mismísimo centro de la esfera de influencia de la ciudad más animada del mundo.

¡Las calles que recorrí entonces, las cosas que vi y busqué, llevado por mi impaciencia! Pues no sólo quería conocer aquel París de 1904, sino que también buscaba con los sentidos y el corazón el París de Enrique IV y Luis XIV, el de Napoleón y la Revolución, el París de Rétif de la Bretonne y Balzac, de Zola y Charles Louis Philippe, con todas sus calles, sus personajes y acontecimientos. Como siempre en Francia, aquí vi demostrado de modo convincente hasta qué punto una gran literatura, interesada por la verdad, devuelve a su pueblo la fuerza inmortalizadora que la ha creado, y es que todo París me era ya familiar en espíritu, gracias al

arte descriptivo de los poetas, novelistas, historiadores y costumbristas, antes de que lo viera con mis propios ojos. El encuentro personal no me hacía sino revivirlo, la contemplación física se convirtió de hecho en un reconocimiento, en ese placer de la anagnórisis griega que Aristóteles ensalza como el más grande y misterioso de los goces artísticos. Y, sin embargo, no se conoce la parte más íntima y oculta de un pueblo o una ciudad a través de los libros, ni siquiera a través de paseos incansables, sino única y exclusivamente a través de sus mejores hombres. Sólo a partir de la amistad intelectual con los vivos podemos formarnos una idea de las relaciones reales entre pueblo y país; toda observación desde fuera sólo consigue darnos una imagen falsa y precipitada.

Amistades de esta índole me fueron dadas, y la mejor fue la de Léon Bazalgette. Gracias a mi estrecha relación con Verhaeren, a quien visitaba dos veces por semana en Saint-Cloud, estaba protegido del peligro de ir a parar, como la mayoría de extranjeros, al círculo de pintores y literatos internacionales —expuesto a todas las inclemencias— que poblaban el Café du Dóme y que, en el fondo, eran los mismos que en todas partes, en Munich, en Roma o en Berlín. Con Verhaeren, en cambio, yo frecuentaba a los escritores que, en medio de esta ciudad voluptuosa y apasionada, vivían sólo para su trabajo, cada uno en su silencio creador como en una isla solitaria; aún pude visitar el estudio de Renoir y a los mejores de sus discípulos. Externamente, las vidas de estos impresionistas, cuyas obras hoy en día se pagan a miles de dólares, no se distinguían en nada de las de los pequeños burgueses y rentistas; una casita cualquiera, con un estudio anejo, sin nada de «escenificaciones»,

como las que en Munich exhibían Lenbach y otras celebridades, con sus villas lujosas que imitaban las pompeyanas. Con la misma sencillez que los pintores vivían los poetas, con los cuales pronto intimé personalmente. En su mayoría, ocupaban un pequeño cargo oficial que les exigía muy poco trabajo; la gran consideración hacia la labor intelectual, que en Francia iba desde las posiciones inferiores hasta las más altas, había generado desde mucho tiempo atrás el sabio método de otorgar sinecuras discretas a poetas y escritores que no podían vivir de los beneficios de su trabajo; por ejemplo, los nombraban bibliotecarios del ministerio de Marina o del Senado. Esto les proporcionaba un pequeño sueldo y muy poco trabajo, porque los senadores pocas veces pedían libros y así el afortunado poseedor de semejante prebenda podía escribir versos con comodidad y tranquilidad durante su jornada laboral en el elegante palacio del Senado y con los jardines de Luxemburgo delante de la ventana, sin tener que pensar en los honorarios. Otros eran médicos, como más tarde Duhamel y Durtain, o tenían una pequeña galería de arte, como Charles Vildrac, o eran profesores de instituto, como Romains y Jean Richard Bloch, o trabajaban por horas en la agencia Havas, como Paul Valéry, o ayudaban en las editoriales. Pero ninguno de ellos tenía las pretensiones de sus sucesores —echados a perder por el cine y las grandes tiradas de sus obras— de fundamentar rápidamente su existencia soberana sobre la base de una primera inclinación artística. Lo que los escritores querían de esas pequeñas ocupaciones, elegidas sin ambición alguna, no era sino ese mínimo de seguridad en la vida exterior que les garantizara la independencia necesaria para su obra interior. Gracias a

esa seguridad, podían prescindir de los grandes y corruptos periódicos de París, escribir sin cobrar para sus pequeñas revistas, mantenidas siempre a base de sacrificios personales, y tolerar tranquilamente que sus obras se representasen sólo en pequeños teatros literarios y que al principio su nombre fuera conocido sólo en algunos círculos reducidos; durante décadas, sólo una minúscula élite tuvo conocimiento de Claudel, Péguy, Rolland, Suárez y Valéry. Eran los únicos que, en medio de una ciudad apremiada y ajetreada, no tenían prisa. Vivir y trabajar tranquilamente para un círculo tranquilo, lejos de la *foire sur la place*, era más valioso para ellos que darse importancia y no se avergonzaban de vivir como pequeños burgueses y con estrecheces a cambio de poder pensar con libertad y audacia en el campo artístico. Sus mujeres cocinaban y administraban la casa; las veladas entre camaradas transcurrían de forma sencilla y, por lo tanto, mucho más cordial. Se sentaban en sillas baratas de rejilla alrededor de una mesa cubierta de cualquier manera con un mantel a cuadros: no era en absoluto un ambiente más distinguido que el del mecánico del mismo rellano, pero uno se sentía allí libre y desenvuelto. No tenían teléfono, ni máquina de escribir, ni secretaria, evitaban los aparatos técnicos tanto como al aparato intelectual de la propaganda, escribían sus libros a mano, como mil años atrás, y ni siquiera en las grandes editoriales, como la del *Mercure de France*, había dictáfono ni otros ingenios sofisticados. No se despilfarraba en nada de cara al exterior, por prestigio u ostentación; todos esos jóvenes poetas franceses vivían como todo el mundo, por el placer de vivir, aunque en su forma más sublime: el placer del trabajo creador. ¡Cómo corrigieron estos nuevos amigos

míos, con su pulcritud humana, la imagen que yo tenía del poeta francés! ¡Cuán diferente era su modo de vivir del descrito por Bourget y por los demás novelistas famosos de la época, que identificaban el «salón» con el mundo! ¡Y cómo me aleccionaron sus mujeres sobre la imagen criminalmente falsa de la mujer francesa que en nuestro país habíamos sacado de los libros, la imagen de una mujer mundana, preocupada sólo por correr aventuras, dilapidar y aparentar! Jamás he visto amas de casa mejores y más reposadas que en aquel círculo fraternal, ahorradoras, modestas y alegres incluso en las circunstancias más difíciles, haciendo milagros como por arte de magia en un hornillo, cuidando de los hijos y, sin embargo, fielmente vinculadas a la vida intelectual de sus maridos. Sólo quien ha vivido en esos círculos como amigo, como compañero, conoce de veras la auténtica Francia.

Lo que tenía de extraordinario Léon Bazalgette (ese amigo de mis amigos, cuyo nombre ha sido injustamente olvidado en la mayoría de trabajos sobre la nueva literatura francesa), lo que tenía de extraordinario, digo, en medio de aquella generación de escritores era el hecho de que utilizaba su fuerza creadora exclusivamente en favor de obras ajenas y así reservaba toda su espléndida intensidad para las personas que amaba. En él, «camarada» nato, he conocido en carne y huesos al tipo absoluto de persona que se sacrifica, al verdadero abnegado, para quien la única misión en la vida consiste en ayudar a conseguir que los valores esenciales de la época estén en vigor y que ni siquiera se entrega al legítimo orgullo de ser ensalzado como su descubridor o promotor. Su entusiasmo activo no era sino una función natural de su conciencia moral. De aspecto un tanto

militar, aunque ferviente antimilitarista, tenía el trato cordial de un auténtico camarada. Siempre dispuesto a ayudar y a aconsejar, honrado como pocos, puntual como un reloj, se preocupaba por todo lo que afectaba a los demás, nunca por su beneficio personal. Nada le importaban el tiempo y el dinero cuando se trataba de un amigo, y tenía amigos por todo el mundo, un grupo de amigos pequeño, pero selecto. Había empleado diez años en dar a conocer a los franceses a Walt Whitman por medio de la traducción de todas sus poesías y de una biografía monumental. Con este modelo de hombre libre y altruista, el objetivo de su vida radicaba en dirigir la mirada interior de la nación más allá de las fronteras, en hacer a sus compatriotas más viriles, más camaradas: siendo el mejor de los franceses, era a la vez el antinacionalista más apasionado.

Pronto nos hicimos amigos íntimos, casi hermanos, porque ni él ni yo pensábamos como patriotas, porque a los dos nos gustaba estar al servicio de las obras de los demás, con abnegación y sin pretender extraer de ello un provecho material, y porque valorábamos la independencia del espíritu como el *primum et ultimum* de la vida. Con él llegué a conocer por primera vez la Francia «subterránea»; cuando más adelante leí en la novela de Rolland cómo Olivier salía al encuentro del protagonista, el alemán Johann Christroph, casi me pareció ver descrita ahí nuestra experiencia personal. Pero lo más hermoso de nuestra amistad, lo que jamás olvidaré, es que constantemente debía superar un punto delicado, cuya tenaz persistencia hubiera hecho imposible, en circunstancias normales, una amistad sincera y cordial entre escritores. El delicado punto en cuestión consistía en que Bazalgette, con su

extraordinaria honradez, rechazaba sin vacilar todo lo que yo escribía en aquella época. Me apreciaba personalmente, tenía la mayor consideración hacia mi dedicación a la obra de Verhaeren. Siempre que llegaba a París, me esperaba fielmente en la estación y era el primero en saludarme; ahí donde podía ayudarme, acudía con prontitud; coincidíamos en todas las cosas importantes de un modo más que fraternal. Sin embargo, en cuanto a mis trabajos, emitía un no firme y decidido. Conocía mi poesía y mi prosa en las traducciones de Henri Guilbeaux (quien más adelante, durante la guerra mundial, habría de tener un papel esencial como amigo de Lenin) y las rechazaba franca y severamente. Nada de aquello tenía relación con la realidad —me reprochaba, implacable—, era literatura esotérica (que él detestaba profundamente) y le disgustaba aún más que fuera yo quien la escribiera. De una honestidad absoluta consigo mismo, tampoco en este punto hacía concesiones, ni siquiera la de la cortesía. En una ocasión, por ejemplo, cuando dirigía una revista, me pidió ayuda, esto es, que le consiguiera colaboradores importantes de Alemania; así pues, colaboraciones que fueran mejores que las mías; de mí, su amigo más íntimo, no quiso publicar, obstinado, ni una sola línea, a pesar de que al mismo tiempo, por simple amistad, consintió en revisar desinteresadamente y con espíritu de sacrificio la traducción francesa de uno de mis libros para una editorial. El que nuestra camaradería de hermanos no sufriera merma alguna durante diez años a causa de esta circunstancia, me la hizo aún más querida. Y jamás me ha alegrado tanto un aplauso como el de Bazalgette cuando, durante la guerra, tras anular yo mismo todos mis escritos anteriores, alcancé finalmente una forma de

expresión personal. Pues sabía que su *sí* a mis nuevas obras era tan sincero como durante diez años lo había sido su estricto *no*.

Si escribo el querido nombre de Rainer Maria Rilke en la página correspondiente a los días de París, a pesar de que era un poeta alemán, es porque en París gocé de su compañía con más frecuencia e intensidad y, como en los cuadros antiguos, veo su rostro recortado sobre el fondo de esta ciudad, que él amaba como a ninguna otra. Cuando hoy lo recuerdo, y recuerdo también a los demás maestros de la palabra, cincelado como en el ilustre arte de la orfebrería, cuando recuerdo los venerados nombres que iluminaron mi juventud como constelaciones inalcanzables, me asalta irresistible esta melancólica pregunta: estos poetas puros, consagrados exclusivamente a la creación lírica, ¿volverán a repetirse en nuestra actual época de turbulencia y conmoción general? No lloro en ellos una generación perdida, una generación sin sucesión directa en nuestros días, una generación de poetas que no codiciaban nada de la vida exterior: ni el interés de las masas, ni distinciones, ni honores, ni beneficios; que nada ambicionaban si no era enlazar estrofas una tras otra, con la máxima perfección, en un esfuerzo callado y, sin embargo, apasionado, cada verso impregnado de música, resplandeciente de colores, ardiente de imágenes. Formaban un gremio, una orden casi monástica en medio de nuestro mundo tumultuoso; para ellos, conscientemente alejados de lo cotidiano, no había en el universo nada más importante que el sonido dulce y, sin embargo, más duradero que el fragor de los tiempos, con que una rima, al encadenarse con otra, liberaba una emoción indescriptible que era más silenciosa que el susurro de una hoja llevada por el viento

y que, en cambio, rozaba con sus vibraciones las almas más lejanas. Pero ¡qué impresionante era para nosotros, los jóvenes, la presencia de aquellos hombres fieles a sí mismos! ¡Qué ejemplares aquellos rigurosos servidores y guardianes de la lengua, que consagraban su amor exclusivamente a la palabra purificada, a la palabra válida no para la inmediatez del día y de los periódicos, sino para lo perenne e imperecedero! Casi daba vergüenza mirarlos, pues ¡cuán quieta era la vida que llevaban, cuán falta de apariencias, cuán invisible! Uno, viviendo en el campo como un labriego; otro, dedicado a un oficio humilde; el tercero, recorriendo el mundo como un *passionate pilgrim*; y todos ellos, conocidos tan sólo por unas pocas personas, pero tanto más queridos por ellas. Uno vivía en Alemania, otro en Francia y un tercero en Italia, pero todos compartían una misma patria, porque sólo vivían en la poesía, y así, evitando lo efímero con una estricta renuncia y creando obras de arte, convertían en obra de arte su propia vida. Me parece maravilloso —no puedo menos de repetirlo cada vez que lo recuerdo— que en nuestra juventud hayamos tenido entre nosotros a semejantes poetas. Pero, también por ello, no puedo dejar de preguntarme con cierta angustia secreta: en nuestros tiempos, dentro de nuestras nuevas formas de vida, que, sanguinarias, sacan a los hombres de toda concentración interior del mismo modo que un incendio forestal expulsa a los animales de sus guaridas más ocultas, ¿podrán también existir almas semejantes, consagradas plenamente al arte lírico? Sé muy bien que en todo tiempo se produce el milagro del nacimiento de un poeta y que el consuelo emocionado de Goethe, en su *naenia* a Lord Byron, seguirá siendo una verdad eterna: «Pues la Tierra los engendra de nuevo,

como siempre los ha engendrado». Siempre surgirán de nuevo estos poetas en un feliz regreso, porque, a pesar de todo, la inmortalidad concede de vez en cuando esa preciosa prenda incluso a la época más indigna. ¿Y no es la nuestra una época que no permite al hombre más puro, más aislado, quietud alguna, la quietud de la espera y la madurez, de la reflexión y el recogimiento, como la que todavía fuera concedida a los de la época más benigna y serena del mundo europeo de la preguerra? Ignoro hasta qué punto tienen validez aún hoy día todos aquellos poetas, Valéry, Verhaeren, Rilke, Pascoli y Francis Jammes, hasta qué punto son importantes para una generación cuyo oído, en vez de escuchar su suave música, ha sido ensordecido durante años y más años por el tableteo de la rueda del molino de la propaganda y dos veces por el estruendo de los cañones. Tan sólo sé, y me creo en el deber de manifestarlo agradecido, que la presencia de estos hombres consagrados a la perfección en un mundo que ya empezaba a mecanizarse representó para nosotros una gran lección y una felicidad inmensa. Y al repasar mi vida, no encuentro en ella un bien más preciado que el de haber podido estar humanamente cerca de muchos de ellos y, en algunos casos, haber podido unir mi admiración temprana a una amistad duradera.

De entre todos ellos, quizá ninguno vivió de un modo más silencioso, enigmático e invisible que Rilke. Pero la suya no fue una soledad pretendida, forzada o revestida de un aire sacerdotal como, por ejemplo, la que Stefan George celebraba en Alemania; en cierto modo, se puede decir que el silencio surgía a su alrededor, estuviera donde estuviera, fuera adonde fuera. Puesto que evitaba el ruido e incluso la fama (esa «suma de todos los

malentendidos que se concentran alrededor de un nombre», como dijo él mismo tan bellamente en una ocasión), la ola de vanidosa curiosidad que lo acometía sólo salpicaba su nombre pero no a su persona. Rilke era un hombre muy poco accesible. No tenía casa ni dirección donde poderlo visitar, ni hogar, ni residencia fija, ni trabajo estable. Estaba siempre de camino por el mundo y nadie, ni él mismo, sabía de antemano hacia dónde se dirigía. Para su alma inmensamente sensible y susceptible a las presiones, el tomar cualquier decisión, el tener que hacer planes o contestar una notificación era una carga molesta. Por esta razón tropezar con él era siempre una pura casualidad. Uno se hallaba en una galería italiana y sentía que le llegaba una sonrisa silenciosa, amable, sin saber muy bien de quién emanaba. Sólo después reconocía sus ojos azules que, cuando miraban, animaban con su luz interior los rasgos de aquel rostro, de por sí poco llamativos. Y precisamente aquel pasar inadvertido era el secreto más íntimo de su ser. Miles de personas pueden haber pasado al lado del joven de bigote rubio, un poco melancólicamente caído, y de fisonomía no destacable por ningún rasgo especial, algo eslava, sin imaginarse que era un poeta y uno de los más grandes de nuestro siglo; su rasgo más singular no se traslucía hasta que se entraba en un trato más íntimo con él: su carácter reservado. Su forma de andar y de hablar era indescriptiblemente silenciosa. Cuando entraba en una habitación donde había gente reunida, lo hacía con tanto sigilo que casi nadie se daba cuenta. Luego permanecía sentado, escuchando en silencio, levantando maquinalmente la frente en cuanto parecía interesarle algo y, cuando se ponía a hablar, lo hacía siempre sin afectación y sin subrayar las palabras. Contaba las cosas

con naturalidad y sencillez, como cuenta una madre un cuento a su hijo, y con el mismo cariño; era una delicia escucharlo, oír cómo el tema más intrascendente en su boca cobraba plasticidad y significación. Pero en cuanto notaba que se había convertido en el centro de atención de un grupo mayor, se interrumpía y se retiraba de nuevo a su papel de oyente atento y silencioso. Esta quietud se manifestaba en todos sus movimientos, en cada uno de sus gestos; incluso cuando reía, lo hacía en un tono que simplemente insinuaba la risa. La sordina era para él una necesidad y, por ello, nada le molestaba tanto como el ruido y, en la esfera de los sentimientos, la vehemencia.

—Cómo me cansa esa gente que escupe sus sentimientos como si fuera sangre —me dijo en cierta ocasión—. Por eso saboreo a los rusos como un licor que se toma sólo a pequeñas dosis.

Al igual que el comedimiento en la conducta, también el orden, la limpieza y el silencio eran para él verdaderas necesidades físicas; tener que viajar en un tranvía lleno a rebosar o estar en un local ruidoso lo trastornaba durante horas. La vulgaridad se le antojaba insoportable y, a pesar de vivir con estrecheces, su ropa siempre era el súmmum de la pulcritud, el aseo y el buen gusto. Su indumentaria también era una obra del arte de la discreción, estudiada y meditada, pero siempre provista de una sencilla nota personal, un pequeño accesorio que le complacía en secreto, por ejemplo un pequeño brazalete de plata en la muñeca. Y es que incluso en las cosas más íntimas y personales su sentido estético buscaba la perfección y la simetría. En una ocasión lo estuve observando en su casa mientras hacía las maletas antes de un viaje (había rechazado mi ayuda, y con razón, porque soy un incompetente para esas cosas). Era

como hacer un mosaico: cada pieza, engastada casi con ternura en un espacio cuidadosamente reservado; me habría parecido un sacrilegio deshacer aquel conjunto floral con mi intervención. Y este elemental sentido de la belleza lo acompañaba hasta en el detalle más insignificante; no sólo escribía sus manuscritos con cuidada caligrafía de redondilla en papel de la mejor calidad y mantenía las líneas paralelas entre sí, como trazadas con regla, sino que también para las cartas menos importantes escogía un papel selecto y su letra caligráfica, regular, pulcra y redonda casi llegaba hasta los márgenes. Nunca, ni siquiera cuando la carta era urgente, jamás se permitió tachar una palabra, sino que, cada vez que una frase o una expresión se le antojaba poco afortunada, con toda su inmensa paciencia, volvía a escribir la carta entera. De las manos de Rilke jamás salió una cosa que no fuera absolutamente perfecta.

Ese carácter a la vez mortecino y retraído cautivaba a todos los que lo conocían íntimamente. Tan imposible era imaginarse a Rilke arrebatado como que otra persona, en su presencia, no perdiera su tono chillón y arrogante a causa de las vibraciones que emanaban del silencio del poeta. Pues su actitud retraída vibraba con una fuerza moral que proseguía misteriosamente su labor educadora. Tras una larga conversación con él, uno era incapaz de cualquier vulgaridad durante horas e incluso días. Por otro lado, es verdad que la temperancia constante de su carácter, ese «no querer entregarse nunca del todo», de entrada ponía límites a una cordialidad más efusiva; creo que pocos pueden jactarse de haber sido «amigos» de Rilke. En los seis volúmenes de cartas suyas que se han publicado casi nunca aparece el tratamiento de amigo y parece que, desde sus años

escolares, no concedió a mucha gente el *tú* íntimo y fraternal. Su extraordinaria sensibilidad no podía soportar que alguien o algo se le acercara demasiado, y sobre todo lo marcadamente masculino le producía un auténtico malestar físico. Le resultaba más fácil entablar una conversación con las mujeres. Les escribía a menudo y de buen grado y se sentía mucho más libre en presencia de ellas. Quizás era la ausencia de sonidos guturales en sus voces lo que le aliviaba, porque sufría de veras con las voces desagradables. Aún lo veo ante mí charlando con un gran aristócrata, completamente recluido en sí mismo, con los hombros hundidos y sin siquiera levantar los ojos para que no delataran hasta qué punto le hacía sufrir físicamente aquel molesto falsete. En cambio, ¡qué agradable era su compañía cuando el trato era amistoso! Entonces, a pesar de su parsimonia, se notaba su bondad interior, que irradiaba calor y consuelo hasta lo más íntimo del alma.

La impresión de timidez y reserva que causaba Rilke era mucho más evidente en París, esa ciudad que ensancha los corazones, quizá porque allí todavía no se conocía su nombre y su obra y se sentía más libre en el anonimato. Allí lo visité dos veces, cada una en una habitación alquilada distinta. Ambas eran sencillas y sin adornos y, sin embargo, no tardaban en adquirir estilo y quietud gracias al sentido estético que prevalecía en el que las ocupaba. Las habitaciones nunca podían hallarse en grandes casas de pisos con vecinos ruidosos; él prefería edificios antiguos, aun cuando fueran más incómodos, donde pudiera encontrarse a sus anchas, y, con su capacidad de organización, en seguida sabía disponer del espacio interior, fuera donde fuera, del modo más práctico y apropiado para su carácter.

Siempre tenía pocas cosas a su alrededor, pero nunca podían faltar flores en un jarrón o en una taza, quizá regalo de algunas mujeres, quizá traídas por él mismo a casa: un tierno detalle. Siempre lucían libros en la pared, bellamente encuadernados o cuidadosamente forrados con papel, porque los amaba como a animales mudos. En el escritorio había plumas y lápices colocados en línea recta y hojas de papel en blanco formando un rectángulo perfecto; un icono ruso y un crucifijo católico que, según creo, lo habían acompañado en todos sus viajes, daban al estudio un carácter ligeramente religioso, a pesar de que su religiosidad no estaba vinculada a ningún dogma concreto. Se notaba que había elegido escrupulosamente todos aquellos detalles y que los conservaba con cariño. Cuando le prestaban un libro que no conocía, lo devolvía envuelto en papel de seda, sin una sola arruga y atado con cinta de color como un regalo suntuoso; todavía recuerdo la ocasión en que me trajo a casa, como un espléndido regalo, el manuscrito de *Canción de amor y de muerte del corneta Cristóbal Rilke*, y conservo aún la cinta con la que iba atado el paquete. Pero lo mejor de todo era pasear con Rilke por París, porque aquello significaba encontrar un sentido en las cosas de menor apariencia y contemplarlas, se diría, con ojos iluminados; reparaba en cualquier pequeñez y hasta le gustaba pronunciar en voz alta los rótulos, cuando le parecía que tenían un sonido rítmico; conocer la ciudad única de París, con todos sus rincones y recovecos, era su pasión, la única que le conocí. En una ocasión en que nos encontramos en casa de unos amigos comunes, le conté que el día anterior me había acercado por casualidad a la vieja *Barrière*, donde, en el cementerio de Picpus, estaban enterradas las últimas víctimas de la guillotina, entre ellas

André Chenier; le describí aquel pequeño prado conmovedor, con sus tumbas desperdigadas, que rara vez acoge a visitantes extranjeros y cómo, de regreso, vi en una calle, a través de una puerta abierta, un convento con una especie de beguinas que en silencio, sin decir palabra, con el rosario en la mano, caminaban en círculo, como en un sueño piadoso. Fue una de las pocas veces en que vi casi impaciente a ese hombre tan sosegado y tan dueño de sí mismo; era imperioso que viera la tumba de André Chenier y el convento. Me pidió que lo condujera al lugar. Fuimos al día siguiente. Permaneció en una especie de silencio extático ante el cementerio solitario y afirmó que era «el más lírico de París». Pero, a la vuelta, resultó que la puerta del convento estaba cerrada. Así pude ver puesta a prueba su paciencia serena, que dominaba su vida tanto como su obra.

—Esperemos el azar —dijo.

Y, con la cabeza ligeramente agachada, se situó de modo que pudiera ver a través de la puerta, si ésta se abría. Esperamos unos veinte minutos. Luego, una religiosa que venía por la calle se acercó e hizo sonar la campanilla.

—Ahora —susurró Rilke, en voz muy baja y con agitación.

Pero la monja, que se había dado cuenta de su acecho silencioso (he dicho antes que se notaba de lejos la atmósfera que creaba a su alrededor), se le acercó y le preguntó si esperaba a alguien. Él le sonrió de esa manera tierna que en seguida creaba confianza y le dijo con toda franqueza que le gustaría mucho ver el claustro. La monja le devolvió la sonrisa y le contestó que lo lamentaba, pero que no podía dejarle entrar. De todos

modos, le aconsejó que fuera a la casita del jardinero, al lado, donde podría contemplar, desde la ventana del piso superior, una vista magnífica. Y así, también aquello le fue dado, como tantas otras cosas.

Nuestros caminos se cruzaron todavía varias veces, pero siempre que pienso en Rilke lo veo en París, en esa ciudad cuya hora más triste él se libró de vivir.

Para un principiante como yo, las personas de esa especie tan rara eran de gran provecho, pero todavía tenía que recibir la lección decisiva, la que me valdría para toda la vida. Fue un regalo del azar. En casa de Verhaeren nos habíamos enfrascado en una discusión con un historiador del arte que se lamentaba de que la gran época de la escultura y la pintura ya había pasado. Yo le contradije con vehemencia. ¿Acaso no contábamos todavía entre nosotros con Rodin, un creador de no menos valor que los grandes del pasado? Empecé a enumerar sus obras y, como con casi siempre que uno lucha contra una oposición, lo hice con una fogosidad casi encolerizada. Verhaeren sonreía disimuladamente.

—Alguien que tanto ama a Rodin, debería conocerlo —dijo finalmente—. Mañana voy a su estudio. Si te apetece, vienes conmigo.

¿Que si me apetecía? No pude dormir de alegría. Pero en casa de Rodin me quedé cohibido. No pude dirigirle la palabra ni una sola vez y permanecí entre las estatuas como una de ellas. Curiosamente, este desconcierto mío pareció complacerlo, pues al despedirnos el anciano me preguntó si quería ver su verdadero estudio, en Meudon, e incluso me invitó a comer. Había recibido la primera lección: los grandes hombres son siempre los más amables.

La segunda me enseñó que casi siempre son los que viven de la forma más sencilla. En casa de este hombre, cuya fama llenaba el mundo y cuyas obras conocía nuestra generación línea por línea como se conoce a los amigos más íntimos, se comía con la misma simplicidad que en la de un campesino medio: un buen y sustancioso pedazo de carne, unas cuantas aceitunas y fruta en abundancia, y todo ello acompañado de un vigoroso vino de la tierra. Esto me infundió tantos ánimos que, al final, acabé hablando de nuevo con desenvoltura, como si aquel anciano y su esposa fueran íntimos amigos míos desde hacía años.

Después de comer pasamos al estudio. Era una sala enorme que reunía copias de sus obras más importantes, pero en medio había centenares de preciosos estudios de detalle: una mano, un brazo, una crin de caballo, una oreja de mujer; la mayoría sólo en yeso. Todavía hoy recuerdo con precisión muchos de aquellos esbozos, que Rodin había plasmado como meros ejercicios, y podría hablar de ellos durante horas. Finalmente, el maestro me condujo a un pedestal cubierto por unos trapos humedecidos que escondían su última obra, un retrato de mujer. Con sus pesadas y arrugadas manos de labriego retiró los trapos y retrocedió unos pasos. Sin querer, se escapó de mi pecho oprimido un grito de «admirable» y al acto me arrepentí de una reacción tan banal. Pero él, con una objetividad tranquila en la que no habría sido posible descubrir ni un asomo de vanidad, contemplando su obra, dijo en voz baja a modo de aprobación:

—*N'est-ce pas*? —luego dudó—. Sólo aquí, en el hombro… ¡Un momento!

Se quitó el batín, lo echó al suelo, se puso la bata blanca, cogió una espátula y con trazo magistral alisó la blanda piel femenina del hombro, que respiraba como si estuviera viva. Luego retrocedió de nuevo unos pasos.

—Y aquí también —murmuró.

Y de nuevo realzó el efecto con un detalle minúsculo. Ya no dijo nada más. Avanzaba y retrocedía, contemplaba la figura en un espejo, murmuraba emitiendo ruidos incomprensibles, cambiaba y corregía. Sus ojos, divertidos y amables durante el almuerzo, ahora se contraían convulsivamente y despedían destellos extraños; parecía más alto y más joven. Trabajaba y trabajaba, trabajaba con toda la fuerza y la pasión de su enorme y robusto cuerpo; cada vez que avanzaba y retrocedía, crujían los maderos del piso. Pero él no los oía. No se daba cuenta de que detrás de él estaba un joven silencioso, con el corazón encogido y un nudo en la garganta, feliz de poder observar en pleno trabajo a un maestro único como él. Se había olvidado completamente de mí. Para él yo no existía. Sólo existía la escultura, la obra y, más allá de ella, la visión de la perfección absoluta.

Transcurrió un cuarto de hora, media hora, no sé cuánto rato. Los grandes momentos se hallan siempre más allá del tiempo. Rodin estaba tan absorto, tan sumido en el trabajo, que ni siquiera un trueno lo habría despertado. Sus movimientos eran cada vez más vehementes, casi furiosos; una especie de ferocidad o embriaguez se había apoderado de él, trabajaba cada vez más y más deprisa. Luego sus manos se volvieron más vacilantes. Parecía como si se hubieran dado cuenta de que ya no tenían nada más que hacer. Una, dos, tres

veces retrocedió sin haber cambiado nada. Después masculló algo entre dientes y colocó de nuevo los trapos alrededor de la figura con la misma ternura con que un hombre cubre con un chal los hombros de su amada. Suspiró profunda y relajadamente. Su cuerpo parecía de nuevo más pesado. El fuego se había consumido. Y a continuación sucedió algo para mí incomprensible, la lección magistral: se quitó la bata, se puso el batín y se dio la vuelta para salir. Se había olvidado de mí por completo en aquellos momentos de máxima concentración. No se acordaba de que un joven al que él mismo había invitado al estudio para mostrarle sus obras había permanecido todo el tiempo detrás de él, desconcertado, sin aliento e inmóvil como una de sus estatuas.

Se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a cerrarla, me descubrió y, casi enojado, fijó en mí sus ojos: ¿quién era aquel joven desconocido que se había entrometido en su estudio? Pero se acordó enseguida y se me acercó casi avergonzado.

—*Pardon, monsieur* —empezó a decir.

Pero no lo dejé continuar. Me limité a estrecharle la mano como muestra de agradecimiento; hubiera preferido besársela. En aquella hora había visto revelarse el eterno secreto de todo arte grandioso y, en el fondo, de toda obra humana: la concentración, el acopio de todas las fuerzas, de todos los sentidos, el éxtasis, el transporte fuera del mundo de todo artista. Había aprendido algo para toda la vida.

Había decidido trasladarme de París a Londres a finales de mayo. Pero me vi obligado a aplazar el viaje quince días, porque una circunstancia imprevista había

hecho incómodo mi encantador alojamiento. Fue a causa de un episodio curioso que me divirtió y, al mismo tiempo, me permitió formarme una idea bastante instructiva de la forma de pensar en distintos ambientes franceses.

Me había ausentado de París durante los dos días de la fiesta de Pentecostés para ir con unos amigos a admirar la magnífica catedral de Chartres. A mi regreso, el martes por la mañana, cuando entré en mi habitación de hotel para cambiarme de ropa, no encontré la maleta, la cual había permanecido todos aquellos meses muy tranquila en un rincón. Bajé para hablar con el dueño del pequeño hotel, que alternaba con su mujer el trabajo en la minúscula portería; era un marsellés bajito, rechoncho y mofletudo con el cual yo solía bromear e incluso jugaba al chaquete, su juego predilecto, en el café de enfrente. La noticia lo inquietó terriblemente y, muy irritado, pegó un puñetazo en la mesa mientras soltaba un enigmático: «Vaya, ¡conque ésas tenemos!». Y mientras se apresuraba a ponerse la chaqueta —como de costumbre, iba en mangas de camisa— y a cambiarse las cómodas zapatillas por los zapatos, me expuso la situación. Pero quizá fuera conveniente recordar primero una peculiaridad de las casas y los hoteles de París para poder hacerse cargo cabalmente del estado de cosas. En París, los pequeños hoteles y la mayoría de casas particulares no tienen llave de la puerta de la calle, sino que la abre automáticamente desde la portería el *concierge*, el portero, cuando alguien llama desde fuera. Ahora bien, en los pequeños hoteles y en las casas, el dueño o el portero no se queda toda la noche en la portería, sino que abre la puerta desde el dormitorio apretando un botón (normalmente medio dormido); para salir, hay que

gritar *le cordon, s'il vous plaît* y, para entrar, uno tiene que decir su nombre, de manera que, en teoría, ningún extraño puede colarse en las casas de noche. He aquí, pues, que a las dos de la madrugada alguien había tocado la campanilla de mi hotel y, una vez dentro, había dicho un nombre que se parecía al de un cliente del hotel y había cogido una llave de las que todavía colgaban en la portería. En realidad, la obligación del cancerbero hubiera sido verificar la identidad del trasnochador a través del cristal, pero evidentemente estaba demasiado dormido. Cuando, al cabo de una hora, alguien gritó desde dentro *Cordon, s'il vous plaît* para salir a la calle, al hombre le extrañó —pero ya después de abrir la puerta— que alguien saliera a las dos de la madrugada. Se levantó y, escrutando la calle arriba y abajo, comprobó que alguien había salido con una maleta y, en bata y zapatillas, se puso a seguir al sospechoso. Sin embargo, en cuanto vio que doblaba la esquina y se dirigía a un pequeño hotel de la *Rue des Petits Champs*, ya no pensó que el hombre fuera un ladrón o un desvalijador y volvió a meterse tranquilamente en la cama.

Alterado como estaba por la equivocación, me llevó consigo a la comisaría de policía más cercana. La policía en seguida se puso a indagar en el hotelito de la *Rue des Petits Champs* y comprobó que la maleta efectivamente estaba allí, pero el ladrón no; tal vez había salido a tomar un café en un bar del barrio. Dos detectives se apostaron en la portería del hotel para esperar al bribón; cuando, al cabo de media hora, éste regresó cándidamente, lo detuvieron en el acto.

Luego, el hotelero y yo tuvimos que volver a la comisaría para asistir al acto oficial. Nos mandaron

entrar en el despacho del subprefecto, un hombre desmesuradamente gordo, bigotudo y de trato agradable, que, con la chaqueta desabrochada, estaba sentado detrás de un escritorio de lo más desordenado, repleto de papeles. Todo el despacho olía a tabaco, y una enorme botella de vino encima de la mesa indicaba que aquel hombre no era en absoluto uno de los crueles y hostiles servidores de la *Santa Hermandad*. Ante todo dio la orden de que trajeran la maleta; yo debía comprobar si faltaba algo importante. El único objeto aparentemente de valor era una carta de crédito de dos mil francos, ya un poco raída después de unos meses de estancia en París, pero, por razones obvias, esa carta no tenía utilidad más que para mí y, de hecho, seguía intacta en el fondo de la maleta. Una vez concluido el atestado, según el cual yo reconocía que la maleta era de mi propiedad y que no habían robado nada de su contenido, el subprefecto mandó llamar al ladrón, a quien yo deseaba ver con no poca curiosidad.

Y valió la pena. Apareció un pobre diablo entre dos corpulentos sargentos que todavía hacían destacar más grotescamente su endeble delgadez: desharrapado, sin cuello, con un bigotito caído y un rostro de rata triste, visiblemente medio muerto de hambre. Era, si se me permite, un mal ladrón, como lo había demostrado con su técnica chapucera, puesto que no había huido inmediatamente del hotel con la maleta. Estaba de pie ante el fornido policía, con la cabeza gacha, temblando ligeramente como si tuviera frío; y para mi vergüenza tengo que confesar que incluso sentí una cierta simpatía por él. Además, este interés compasivo aumentó cuando un policía puso sobre una mesa grande, ceremoniosamente ordenados, todos los objetos que le

habían encontrado durante el registro. Era difícil imaginarse una colección más extraña: un pañuelo de lo más sucio y astroso, una docena de ganzúas y llaves falsas de todos los tamaños que tintineaban en un llavero, y una cartera gastada y raída, pero por fortuna ni una sola arma, cosa que por lo menos demostraba que el ladrón ejercía su oficio sin pericia, pero también sin violencia.

Primero examinaron la cartera ante todos nosotros. El resultado fue sorprendente. No porque contuviera billetes de mil o cien francos, ni siquiera uno solo, sino ni más ni menos que veintisiete fotografías de famosas bailarinas y actrices muy escotadas, así como tres o cuatro fotografías de desnudos, todo lo cual no puso de manifiesto otro delito que el de que aquel mozo delgado y tristón era un amante apasionado de la belleza y quería que las estrellas del mundo teatral de París, inasequibles para él, descansaran cerca de su corazón, cuando menos en fotografía. A pesar de que el subprefecto examinó con mirada severa una por una las fotos de mujeres desnudas, no se me escapó que ese extraño gusto de coleccionista en un delincuente de semejante categoría lo divertía tanto como a mí. Y es que mi simpatía por aquel pobre ladrón había aumentado aún más gracias a su inclinación por la belleza y la estética, y cuando el funcionario, tomando solemnemente la pluma, me preguntó si quería *porter plainte*, esto es, presentar una demanda contra el delincuente, por supuesto contesté con un «no» rotundo.

Llegados a este punto, quizá fuera conveniente abrir otro paréntesis para comprender mejor la situación. Mientras que en nuestro país, y en muchos otros, la acusación, en el caso de un delito, se efectúa *ex officio*, es decir, el Estado soberano toma la justicia en sus manos,

en Francia el presentar cargos o no se deja al buen criterio del individuo perjudicado. Personalmente, este concepto de justicia me parece más acertado que el llamado derecho rígido, porque ofrece la posibilidad de perdonarle a otro el mal que ha causado, mientras que, por ejemplo en Alemania, si una mujer hiere de un disparo a su amante en un ataque de celos, ni todos los ruegos y súplicas de la víctima pueden salvarla de la condena. El Estado interviene, separa por la fuerza a la mujer del hombre, quien, emocionado, quizás ahora la ame más a causa de su arrebato de pasión, y la arroja a la prisión, mientras que en Francia, una vez concedido el perdón, los dos pueden regresar a casa cogidos del brazo y considerar resuelta la cuestión entre ellos.

Apenas había pronunciado yo mi «No» decisivo, se produjo un incidente triple. El hombre delgado se levantó de un salto entre los dos policías y me dedicó una mirada llena de indescriptible gratitud, que jamás olvidaré. El subprefecto dejó la pluma encima de la mesa, satisfecho; a él también le resultó grata, claro está, mi negativa a procesar al ladrón, pues así se ahorraba más papeleo. Pero el dueño de mi hotel no compartía mi opinión. Se puso rojo como un tomate y me chilló de mala manera diciendo que yo no tenía derecho a hacerlo, que era preciso acabar con aquella gentuza, *cette vermine*, que yo no tenía idea del daño que causaba esa clase de gente; las personas honradas tenían que andar con cuidado noche y día para protegerse de aquellos canallas y, si soltaban a uno, era como si alentaran a otros cien. Fue una explosión de honradez y probidad, y a la vez de mezquindad, de un pequeño burgués al que le habían alterado el buen funcionamiento del negocio; en consideración a las molestias que le había causado el

asunto, me exigió, casi con grosería y amenazas, que revocara mi perdón. Pero yo me mantuve firme en mi decisión. Le dije en un tono resuelto que había recuperado mi maleta y que, por lo tanto, no tenía que lamentar ningún daño y daba el caso por cerrado; que en toda mi vida no había presentado demanda contra nadie y que para almorzar me comería un bistec muy grande más a gusto sabiendo que nadie tendría que comerse, por mi culpa, el rancho de la prisión. Mi hotelero replicaba cada vez más enfadado y, cuando el funcionario le explicó que no era él sino yo quien tenía que decidirlo y que mi negativa había cerrado el caso, se volvió bruscamente y salió de la sala echando pestes y dando un portazo. Sonriendo ante el berrinche del hotelero, el subprefecto se levantó y me tendió la mano en un gesto de tácito acuerdo. Así terminó la actuación oficial. Yo iba a coger la maleta para llevármela a casa cuando ocurrió algo singular: el ladrón se me acercó presuroso y con actitud humilde.

—*Oh non, monsieur* —dijo—. Yo se la llevaré a casa. Y así, seguido por el ladrón con la maleta, desanduve las cuatro calles hasta el hotel.

He aquí, pues, que un asunto que había empezado de modo enojoso parecía haber terminado de la forma más alegre y satisfactoria. Pero, en rápida sucesión, originó dos epílogos a los que debo una contribución muy instructiva a mi conocimiento de la psicología francesa. Al día siguiente, cuando fui a ver a Verhaeren, éste me saludó con una sonrisa maliciosa.

—Te ocurren unas aventuras muy extrañas aquí en París —dijo burlón—. Para empezar, no sabía que fueras tan rico.

En un primer momento no entendí a qué se refería. Me pasó el periódico, que, mira por dónde, publicaba una relación larguísima del incidente del día anterior, sólo que apenas pude reconocer los auténticos hechos en aquella prosa romántica. Con un excelente arte periodístico, se describía que en un hotel del centro de la ciudad un distinguido forastero (me habían convertido en distinguido para hacerlo más interesante) había sido víctima del robo de una maleta que contenía una serie de objetos de gran valor, entre ellos una carta de crédito de veinte mil francos (los dos mil se habían multiplicado de la noche a la mañana), así como otros objetos insustituibles (que en realidad consistían exclusivamente en camisas y corbatas). Al principio parecía imposible hallar pista alguna porque el ladrón había cometido el robo con un refinamiento increíble y, según todos los indicios, con un conocimiento exactísimo del lugar. Pero el *souspréfet des arrondissements*, el señor «tal», con su «conocida energía» y *grande perspicacité*, había tomado de inmediato las medidas oportunas. Siguiendo sus instrucciones dictadas por teléfono, en menos de una hora se habían registrado a fondo todos los hoteles y pensiones de París, y tales medidas, ejecutadas con la precisión habitual, habían conducido a la detención del malhechor en un tiempo brevísimo. Sin tardanza, el jefe superior de la policía había dedicado especiales palabras de elogio al excelente funcionario por esta admirable acción, ya que gracias a su energía y gran visión había dado una vez más un ejemplo brillante de la modélica organización de la policía parisiense.

La noticia no contenía, huelga decirlo, ni pizca de verdad; el excelente funcionario no había tenido que moverse ni un minuto de su escritorio, nosotros le

habíamos llevado a casa al ladrón y la maleta. Pero el hombre había aprovechado la ocasión para sacar de ella un buen rendimiento publicitario personal.

Si el episodio tuvo un final feliz tanto para el ladrón como para la policía, no lo tuvo para mí, pues a partir de aquel momento mi hotelero, antes tan jovial, hizo todo lo posible para impedir que me quedara más tiempo en su hotel. Cuando yo bajaba las escaleras y saludaba cortésmente a su mujer en la portería, ella no me contestaba y, ofendida, volvía a un lado su honrada cabeza burguesa; el criado ya no me arreglaba la habitación, las cartas se perdían misteriosamente; incluso en las tiendas del vecindario y en el *bureau de tabac*, donde antes me saludaban como a un verdadero *copain* debido a mi gran consumo de tabaco, me encontré de repente con caras glaciales. La moral pequeñoburguesa, no sólo del hotel, sino también de toda la calle y del barrio entero, se sintió ofendida y cerró filas contra mí por haber «ayudado» al ladrón. Finalmente, no tuve más remedio que mudarme y, con la maleta recuperada, abandoné aquel cómodo hotel, tan ignominiosamente como si hubiera sido yo el malhechor.

Después de París, Londres me dio la impresión de entrar de repente en la sombra tras un día de calor abrasador: en el primer momento se siente cómo un escalofrío involuntario recorre todo el cuerpo, pero luego los ojos y los sentidos no tardan en aclimatarse. De antemano me había impuesto a mí mismo, como un deber, estar en Londres entre dos y tres meses, porque ¿cómo conocer nuestro mundo y evaluar sus fuerzas sin conocer el país que, desde hace siglos, ha tenido a ese mundo bajo su férula? También confiaba en poder pulir mi inglés oxidado (el cual, dicho sea de paso, nunca fue

demasiado fluido) aplicándome en la conversación y frecuentando la sociedad. Por desgracia no fue así: como todos los continentales, había tenido poco contacto literario con el otro lado del Canal y lamento decir que me sentía incompetente en medio de tertulias que versaban sobre temas como la corte, las carreras de caballos y los *parties*, conversaciones de *breakfast* y los *small talks* que se repetían en nuestra pequeña pensión. Cuando se discutía de política, yo no podía seguir la conversación, porque hablaban de un tal Joe y yo no sabía que se referían a Chamberlain, e igualmente llamaban por el nombre de pila a todos los *sirs*; por otro lado, ante el *cockney* de los cocheros me sentía como si llevara tapones en los oídos. De manera, pues, que no progresé tan deprisa como esperaba. Intenté aprender un poquitín de buena dicción de los predicadores en las iglesias, dos o tres veces fui a curiosear por el palacio de justicia durante los juicios, fui al teatro para oír buen inglés, pero me las vi y me las deseé para encontrar lo que en París me salía al paso a raudales: vida social, compañerismo y alegría. No encontré a nadie con quien hablar de temas que para mí eran los más importantes; por otra parte, yo debía de parecer a los ingleses, incluso a los más indulgentes, un individuo más bien inculto y soso dada mi indiferencia infinita por el deporte, el juego, la política y todo aquello con que ellos se entretenían. En ninguna parte conseguí adaptarme en cuerpo y alma a un ambiente, a un círculo; de modo, pues, que en realidad pasé las nueve décimas partes de mi estancia en Londres trabajando en mi habitación o en el Museo Británico.

Huelga decir que al principio lo intenté de veras: paseando. En los primeros ocho días recorrí Londres

hasta quemarme las suelas de los zapatos. Con un sentido del deber propio de un estudiante, visité todas las curiosidades reseñadas en la guía turística, desde el museo de Madame Tussaud hasta el Parlamento; aprendí a beber *ale*, sustituí los cigarrillos parisienses por la habitual pipa del país y me esforcé por adaptarme a otros cien detalles más. Pero no llegué a establecer ningún contacto, ni literario ni social, y quien ve Inglaterra desde fuera, pasa por alto lo esencial... como pasa por alto las empresas millonarias de la City, de las que, desde fuera, sólo ve el estereotipado y lustroso letrero de latón. Admitido en un club, no sabía qué hacer allí; la sola visión de los hundidos sillones de cuero me incitaba, como toda su atmósfera, a una especie de sopor intelectual, pues no me había concentrado en ninguna actividad ni deporte merecedores de tan sabio reposo. Y es que la ciudad eliminaba tenazmente al ocioso, al mero espectador, como a un cuerpo extraño, a menos que tuviera millones y supiera elevar el ocio a la categoría de arte social, mientras que París lo acogía en su cálido engranaje y lo hacía rodar alegremente con todos los demás. Reconocí mi error demasiado tarde: debí haber pasado esos dos meses de Londres dedicado a alguna forma de actividad: como meritorio en una tienda o como secretario de un periódico; así, hubiera penetrado en la vida inglesa, aunque sólo fuese unos centímetros. Como simple espectador, desde fuera conocí muy poco y hasta muchos años más tarde, durante la guerra, no llegué a hacerme una idea de la auténtica Inglaterra.

De los escritores ingleses sólo vi a Arthur Symons, quien, por su parte, me procuró una invitación a casa de W. B. Yeats, de cuyas poesías yo estaba enamorado y de quien traduje, por puro placer, una parte de su sensible

drama *The Shadowy Waters*. No sabía que se trataba de una velada de lectura; los invitados se reducían a un pequeño círculo de escogidos; estábamos sentados, muy apretados, en una habitación poco espaciosa, algunos en taburetes, otros incluso en el suelo. Tras encender dos cirios de altar gruesos y muy altos al lado de un pupitre negro, o revestido de negro, Yeats finalmente comenzó la lectura. Se apagaron todas las demás luces de la habitación, de modo que su cabeza enérgica, de rizos negros, se destacaba intensamente a la luz de los cirios. Leía despacio, con una voz oscura y melodiosa, sin caer en ningún momento en un tono declamatorio, dando a cada verso su peso metálico completo. Era bello. Era realmente majestuoso. Lo único que me sobraba allí era el preciosismo de la escenificación, la vestidura negra, parecida a un hábito, que confería a Yeats un aire sacerdotal, y el lento consumirse de los cirios, que exhalaban, me pareció, un suave olor aromático; de este modo, el placer literario —que, por otro lado, me ofreció una sensación nueva— se convirtió más en una celebración ritual que en una lectura espontánea. Y, sin querer, recordé cómo leía sus poesías Verhaeren en comparación con Yeats: en mangas de camisa, para poder marcar mejor el ritmo con sus brazos nervudos, sin pompa ni teatro; o cómo, ocasionalmente, recitaba Rilke unos cuantos versos de un libro: con sencillez y claridad, poniéndose quietamente al servicio de la palabra. Fue la primera lectura poética «escenificada» a la que había asistido jamás y si, a pesar de mi amor por su obra, me resistí, un poco desconfiado, a aquella ceremonia de culto, no por ello dejó Yeats de contar en aquella ocasión con un invitado agradecido.

Con todo, el verdadero descubrimiento de un poeta en Londres no fue el de un artista vivo, sino de uno bastante olvidado todavía hoy: William Blake, ese genio solitario y problemático que aún sigue fascinándome con su mezcla de torpeza y sublime perfección. Un amigo me había aconsejado que me hiciera mostrar en el *printroom* del Museo Británico (administrado en aquel entonces por Lawrence Binyon) los libros con ilustraciones en color *Europa, América, El libro de Job*, en la actualidad rarísimas obras de anticuario, y realmente me fascinaron. Por primera vez vi en ellos una de esas naturalezas mágicas que, sin conocer muy bien su camino, son llevadas a través de todos los desiertos de la fantasía como por alas de ángeles; durante días y semanas traté de ahondar en el laberinto de esta alma ingenua y a la vez demoníaca y traducir al alemán algunas de sus poesías. Poseer una página suya se convirtió casi en una fiebre, aunque de momento parecía una posibilidad casi sólo de ensueño. Pero he aquí que un día mi amigo Archibald G. B. Russell, ya por entonces el mejor experto en Blake, me contó que en la exposición que preparaba estaba a la venta uno de sus *visionary portraits*, el Rey Juan, en su opinión (y en la mía) el mejor dibujo a lápiz del maestro.

—Nunca se cansará de contemplarlo —me prometió.

Y tenía razón. De todos mis libros y cuadros, sólo esa lámina me ha acompañado durante más de treinta años, y ¡cuántas veces la mirada mágicamente iluminada de este rey loco me ha contemplado a mí desde la pared! De todos mis bienes perdidos y lejanos, es éste el dibujo que más echo de menos en mi peregrinación. El genio de Inglaterra, que me afanaba en descubrir por calles y ciudades, se me manifestó de repente en la figura

verdaderamente astral de Blake. Y otro nuevo amor se añadió a mi gran amor por el mundo.

RODEOS EN EL CAMINO HACIA MÍ MISMO

París, Inglaterra, Italia, España, Bélgica, Holanda: esa vida errante de gitano y presidida por la curiosidad había sido agradable de por sí y, en muchos aspectos, provechosa. Pero, a la postre, uno necesita un punto estable de donde partir y a donde volver; nunca lo he sabido tan bien como hoy, cuando ya no deambulo por el mundo por propia voluntad sino porque me persiguen. Durante los años posteriores a la escuela se me había ido acumulando una pequeña biblioteca: libros, cuadros y recuerdos; los manuscritos empezaban a apilarse en voluminosos paquetes y a la larga se me hizo imposible ir por el mundo arrastrando constantemente las maletas llenas de aquella bien amada carga. De modo, pues, que alquilé una pequeña habitación en Viena, pero no con la intención de convertirla en un domicilio permanente, sino sólo en un *pied-à-terre*, como, tan gráficamente, lo llaman los franceses. Y es que el sentimiento de provisionalidad presidió misteriosamente mi vida hasta la Guerra Mundial. En cuanto empezaba algo, me convencía a mí mismo de que no era lo auténtico, lo acertado, y eso tanto respecto a mis trabajos, que consideraba simples ensayos de lo real, como a las mujeres con las que tenía amistad. Así daba a mi juventud la impresión de que todavía no estaba del todo comprometida y, a la vez, también me otorgaba el *diletto* de probar, ensayar y saborear libre de preocupaciones. Llegado a la edad en que otros ya llevaban mucho tiempo casados, tenían hijos, ocupaban posiciones

importantes y, haciendo acopio de todas sus energías, tenían que sacar el máximo provecho de sí mismos, yo seguía considerándome joven, principiante, aprendiz, un hombre que disponía de todo el tiempo del mundo y que vacilaba ante la idea de atarse a algo definitivo en uno u otro sentido. Y así, del mismo modo que veía mi trabajo como una labor previa a la «auténtica», una tarjeta de visita que simplemente anunciaba mi existencia en la literatura, tampoco mi domicilio debía ser, de momento, mucho más que una dirección. Lo compré pequeño a propósito, y en un suburbio, por no gravar mi libertad con grandes gastos. No compré muebles especialmente buenos, pues no quería tener que «cuidarlos», como había visto hacer en casa de mis padres, donde todos los sillones tenían sus fundas, que sólo se quitaban cuando teníamos visitas. Con una elección consciente, quería evitar fijar mi residencia en Viena y así atarme sentimentalmente a un sitio determinado. Durante años me pareció errónea esa manera de educarme para la provisionalidad, pero más adelante, puesto que cada vez que me construía un hogar me obligaban a abandonarlo y veía desintegrarse todo lo creado a mi alrededor, esa misteriosa sensación de vivir sin atarse a nada me resultó muy útil. Aprendida muy temprano, me hizo más llevaderas las pérdidas y las despedidas.

No tenía muchas cosas de valor para apilar en aquella primera casa. Pero el dibujo de Blake adquirido en Londres ya adornaba una de sus paredes y uno de los poemas más bellos de Goethe, con su letra libre y fogosa, ya por entonces era la joya de la corona de mi colección de autógrafos, que había empezado en el instituto. Con el mismo instinto gregario con que escribía nuestro grupo literario, todos habíamos ido a la captura de firmas de

los poetas, actores y cantantes de entonces; si bien la mayoría de nosotros abandonó ese deporte y el arte poético al mismo tiempo que la escuela, en mi caso la pasión por las sombras terrenales de los grandes genios aumentó todavía más y se hizo más profunda. Las meras firmas me resultaban indiferentes y tampoco me interesaba la cuota de fama o de aprecio internacional de un hombre; lo que yo buscaba eran los manuscritos originales o los borradores de poesías y composiciones, porque el problema del nacimiento de una obra de arte, tanto en sus formas biológicas como en las psicológicas, siempre me ha preocupado más que ninguno. Aquel misterioso segundo de transición en que un verso, una melodía, pasa del mundo invisible, de la visión y la intuición de un genio, al mundo terrenal mediante la fijación gráfica, ¿dónde se podía acechar y comprobar sino en los textos originales de los maestros, logrados a fuerza de lucha o engendrados en estado de éxtasis? No se sabe lo bastante de un artista conociendo sólo su obra terminada, y secundo las palabras de Goethe cuando decía que para entender las grandes creaciones hay que verlas no sólo en su conclusión, sino también observarlas en su génesis. Asimismo, me impresiona de un modo puramente óptico un primer esbozo de Beethoven, con sus trazos fogosos e impacientes, su mezcla caótica de motivos empezados y rechazados, su furia creadora comprimida en cuatro garabatos a lápiz, su naturaleza demoníacamente rebosante: me afecta físicamente porque sólo con verlo me conmociona el alma; puedo contemplar fascinado y extasiado una hoja jeroglífica como ésa del mismo modo que otros contemplan un cuadro acabado. Una página de galeradas de Balzac —en la que casi cada frase está rasgada, cada línea rotulada de

nuevo, el margen blanco roído por rayas, signos y palabras— representa para mí la erupción de un Vesubio humano; y ver por primera vez en su texto primitivo, en su primera forma terrenal, una poesía a la que había amado durante años, despierta en mí un sentimiento de respeto religioso; apenas me atrevo a tocarlo. Al orgullo de poseer unas cuantas hojas de éstas se añadía el aliciente casi deportivo de conseguirlas, de perseguirlas en subastas y a través de catálogos; ¡cuántas horas de emoción debo a esa búsqueda, cuántas casualidades excitantes! En una ocasión llegaba un día tarde; en otra, una pieza codiciada resultaba falsa; luego se producía un nuevo milagro: tenía un pequeño manuscrito de Mozart, pero mi alegría no era completa porque alguien había arrancado una tira con notas de música. Y he aquí que, de repente, esa tira, cortada por un amoroso vándalo cincuenta o cien años atrás, aparece en una subasta de Estocolmo y se puede volver a completar el aria exactamente como Mozart la dejó escrita hace ciento cincuenta años. Cierto que en aquella época mis ingresos por trabajos literarios no bastaban para cubrir grandes gastos, pero todos los coleccionistas saben cómo aumenta el placer de poseer una pieza el tener que renunciar a otros placeres para conseguirla. Además, contaba con la contribución de mis amigos escritores. Rolland me regaló un volumen de su *Jean Christrophe*, Rilke su obra más popular, *Canción de amor y muerte*, Claudel *La anunciación de María*, Gorki un gran esbozo y Freud un tratado; todos sabían que ningún museo guardaría sus escritos con tanto amor. ¡Cuántos se han dispersado hoy a los cuatro vientos junto con otras alegrías más modestas!

Sólo por casualidad descubrí más adelante que la pieza literaria de museo más insólita y valiosa no se hallaba ciertamente en mi armario, pero sí en la misma casa de suburbio donde yo vivía. El piso de arriba, tan modesto como el mío, lo ocupaba una señorita de cierta edad y pelo gris, profesora de piano; un día me dirigió la palabra en la escalera en un tono de lo más amable: le incomodaba el que yo tuviera que ser oyente involuntario de sus clases de piano y confiaba en que el deficiente arte de sus alumnas no me molestara demasiado. Durante la charla me enteré de que su madre, medio ciega, vivía con ella y apenas salía de su habitación, de que la octogenaria era ni más ni menos que la hija del doctor Vogel, médico de cabecera de Goethe, y de que Ottilie von Goethe había sido su madrina de bautismo, que se celebró en presencia del poeta. La cabeza me daba vueltas: ¡en 1910 existía todavía una persona en la tierra en quien se había posado la santa mirada de Goethe! Siempre he sentido una veneración especial por toda manifestación terrenal del genio y, amén de aquellas páginas manuscritas, reuní cuantas reliquias pude conseguir; más adelante —en mi «segunda vida»— convertí una de las habitaciones de mi casa en una sala de culto, si se me permite llamarla así. Estaba allí la mesa de trabajo de Beethoven y su pequeña caja de caudales de la que, desde la cama y con mano temblorosa, tocada ya por la muerte, sacaba las pequeñas sumas para la criada; había allí una página de su libro de cocina y un bucle de su pelo ya encanecido. Durante años guardé una pluma de boca de Goethe: bajo un cristal, para vencer la tentación de tomarla en mi mano indigna. Pero todos esos objetos, inanimados al fin y al cabo, no se podían comparar con una persona, un ser vivo al que todavía habían mirado consciente y amorosamente los

ojos oscuros y redondos de Goethe: un último y tenue hilo que se podía romper en cualquier momento unía, a través de aquella frágil figura terrenal, el mundo olímpico de Weimar con la provisional casa de suburbio de la calle Koch número 8. Pedí permiso para visitar a la señora Demelius; la anciana me recibió gustosa y con mucha amabilidad; en su habitación hallé toda clase de enseres de la casa que la nieta de Goethe, amiga suya de la infancia, le había regalado: el par de candelabros que Goethe había tenido encima de la mesa y otros símbolos de la casa del *Frauenplan* de Weimar. De todos modos, ¿no era ella misma el verdadero milagro?, ¿no era un milagro la existencia de aquella anciana de pelo blanco y ralo, cubierto con una pequeña cofia estilo *biedermeier*, que gustaba de contar, con su arrugada boca, que había pasado los primeros quince años de su vida en la casa del *Frauenplan*, la cual no era museo como ahora y conservaba intactas las cosas desde el momento en que el más grande de los poetas alemanes abandonó su hogar y el mundo para siempre? Como todos los viejos, miraba su juventud con una gran objetividad; me emocionó su indignación contra la Sociedad Goethiana, porque ésta había cometido una gran indiscreción al publicar «ya» las cartas de amor de su amiga Ottilie von Goethe. «Ya», decía. ¡Ay, había olvidado que Ottilie había muerto medio siglo atrás! Para la anciana, la favorita de Goethe aún estaba viva y joven; para ella ¡eran reales las cosas que para nosotros eran leyenda o historia pasada! Yo notaba una atmósfera fantasmagórica; vivía en aquella casa de piedra, hablaba por teléfono, encendía la luz eléctrica, dictaba cartas que luego eran escritas a máquina y, veinte escalones más arriba, me sentía

transportado a otro siglo, a la sagrada sombra del mundo de Goethe.

Más adelante he conocido a otras mujeres que, con su pelo blanco peinado con raya, habían tocado con su propia mano el mundo heroico y olímpico: Cosima Wagner, la hija de Liszt, dura, rígida y, sin embargo, grandiosa en sus patéticos gestos; Elisabeth Förster, hermana de Nietzsche, grácil, menuda, coqueta; Olga Monod, hija de Alexandr Herzen, que de pequeña se había sentado muchas veces en el regazo de Tolstói; a Georg Brandes, ya mayor, le he oído hablar de sus encuentros con Walt Whitman, Flaubert y Dickens; y a Richard Strauss, describir la primera vez que vio a Richard Wagner. Pero nada me ha emocionado tanto como el rostro de aquella anciana, la última persona viva a la que habían contemplado los ojos de Goethe. Y quizá yo, a mi vez, sea el último que hoy puede decir: he conocido a una persona sobre cuya cabeza descansó un momento la mano cariñosa de Goethe.

Había encontrado el lugar de descanso para los intervalos entre viajes. Pero era más importante otro hogar que había encontrado al mismo tiempo: la editorial que durante años conservó y promovió mis obras. Una elección así es una decisión de peso en la vida de un escritor y no hubiera podido ser más afortunada. Unos años atrás, un amante de las letras, un hombre culto donde los haya, había tenido la idea de invertir su riqueza no en una cuadra de caballos, sino en una obra de tipo intelectual. Alfred Walter Heymel, figura insignificante como poeta, había decidido fundar en Alemania —donde los editores, como en todas partes, se dejaban llevar por razones principalmente comerciales— una editorial que, sin tener en cuenta los beneficios

económicos, incluso previendo pérdidas continuas, tenía como medida determinante para la publicación de una obra no su fácil salida al mercado, sino su calidad intrínseca. Quedaban así excluidas las lecturas de mero entretenimiento, por más lucrativas que fueran y, en cambio, tenían acogida en ella las obras más sutiles y de más difícil acceso. La divisa de aquella editorial selecta, que al principio contaba sólo con el escaso público de los auténticos conocedores, era reunir exclusivamente obras del más puro gusto artístico y presentarlas en la forma más pura; con orgulloso propósito de aislamiento, se llamó *Insel* (Isla) y, más adelante, *Insel-Verlag* (Editorial Isla). Nada podía imprimirse industrialmente, había que dar a cada obra una forma exterior, de acuerdo con el arte de la tipografía, que se correspondiera con su perfección interior. Así, cada obra se convertía en un problema individual, con su dibujo de portada, su tipo de letra y su papel, siempre distintos; incluso los prospectos y el papel de carta de esta ambiciosa editorial eran objeto de un esmero apasionado. No recuerdo, por ejemplo, haber encontrado en treinta años una sola errata en ninguno de mis libros, ni una sola línea corregida en ninguna de las cartas de la editorial: todo, hasta el detalle más insignificante, tenía la ambición de ser ejemplar.

Se habían reunido en la *Insel-Verlag* la obra lírica de Hofmannsthal y la de Rilke, cuya presencia había establecido desde el primer momento la calidad suprema como única medida válida. Imagínese, pues, el lector mi alegría y mi orgullo cuando, a los veinticinco años, recibí el honor de ser ciudadano permanente de aquella «isla». Semejante dignidad significaba, de puertas afuera, una categoría superior en la esfera literaria, pero a la vez, de puertas adentro, un mayor compromiso. Quien entraba

en aquel círculo selecto debía ejercitarse en la disciplina y la discreción, no podía ser culpable de frivolidad literaria ni de precipitación periodística, pues la marca de imprenta de la *Insel-Verlag* en un libro garantizaba de antemano a miles, y después a centenares de miles, de lectores tanto la calidad interior como la ejemplar perfección de la técnica tipográfica.

No hay mayor suerte para un autor joven que dar con una editorial también joven y crecer juntos; sólo una evolución común de este tipo puede crear una verdadera condición de vida orgánica entre él, su obra y el mundo. Con el director de la *Insel-Verlag*, el profesor Kippenberg, me unió pronto una cordial amistad que se hizo todavía más estrecha gracias a nuestra simpatía mutua, nacida de la pasión de coleccionistas que compartíamos; la colección goethiana de Kippenberg se formó paralelamente a la mía de obras autógrafas y creció durante los treinta años de convivencia hasta convertirse en la más monumental que un particular haya podido reunir jamás. Siempre encontré en él valiosos consejos, tanto como advertencias disuasorias igual de valiosas, mientras que yo, a mi vez, pude hacerle importantes sugerencias gracias a mi especial visión de conjunto de la literatura extranjera; así nació, a propuesta mía, la colección «Biblioteca Insel» que, con sus millones de ejemplares, edificó, por decirlo así, una gran metrópoli alrededor de la primitiva «torre de marfil» y convirtió a Insel en la editorial alemana más representativa. Al cabo de treinta años nos encontrábamos en una situación muy distinta a la de los inicios: la pequeña empresa se había convertido en una de las editoriales más poderosas y un autor que al principio era conocido sólo en pequeños círculos llegaba

a ser uno de los más leídos de Alemania. En verdad hizo falta una catástrofe mundial y la más brutal fuerza de la ley para disolver aquel vínculo que para nosotros dos era tan feliz como natural. Debo confesar que me resultó más fácil abandonar patria y hogar que dejar de ver la familiar marca de imprenta en mis libros. Ahora tenía el camino despejado. Había empezado a publicar demasiado pronto —indecorosamente pronto, diría— y, sin embargo, en el fondo estaba convencido de que a mis veintiséis años todavía no había creado obras auténticas. Lo que había sido la mejor conquista de mis años de juventud, el trato y la amistad con los más grandes creadores de la época, curiosamente repercutió en mi producción como un obstáculo peligroso. Había aprendido demasiado como para no saber cuáles eran los valores reales, cosa que me atemorizaba. Gracias a ese desánimo, todo cuanto había publicado hasta entonces, excepto las traducciones, se reducía, por una calculada economía, a obras menores como narraciones cortas y poesías: aún no tenía ánimo suficiente como para empezar una novela (tendrían que pasar todavía casi treinta años). La primera vez que me atreví con una obra de mayor amplitud fue en el arte dramático y, simultáneamente a ese primer ensayo, se inició una gran tentación a la cual me inducían muchos signos favorables. En el verano de 1905 a 1906 escribí una pieza dramática de corte clásico, naturalmente un drama en verso, siguiendo el estilo de la época. Se llamaba *Tersites*; huelga decir qué opinión me merece hoy esta obra, interesante sólo desde el punto de vista formal: como con casi todos mis libros escritos antes de los treinta y dos años, no he permitido que se publicara de nuevo. De todos modos, ese drama anunciaba ya un

cierto rasgo característico de mi manera de pensar: es que nunca —infaliblemente— tomo partido a favor del «héroe», sino que sólo veo la parte trágica del vencido. En mis narraciones cortas, quien me atrae es siempre aquel que sucumbe al destino; en las biografías es la figura de alguien que tiene razón no en el campo real del éxito, sino única y exclusivamente en el moral: Erasmo y no Lutero, María Estuardo y no Isabel, Castellio y no Calvino; y así, en aquella ocasión no escogí a Aquiles como figura heroica, sino al más insignificante de sus adversarios, Tersites, al hombre doliente en lugar del que causa dolor a los demás con su fuerza y su determinación. Una vez terminado, no lo mostré a ningún actor, ni siquiera a un amigo, porque tenía la suficiente experiencia como para saber que los dramas en verso blanco y con vestuario griego, aunque sean de Sófocles o de Shakespeare, no son los más indicados para «hacer taquilla» en los teatros reales. Por pura fórmula mandé unos cuantos ejemplares a los grandes teatros, pero luego olvidé por completo el asunto.

Por eso me llevé una gran sorpresa cuando, unos tres meses después, recibí una carta en cuyo sobre se veía impreso el nombre del «Teatro Real de Berlín». ¿Qué querrá de mí el teatro prusiano?, pensé. La sorpresa consistía en que su director, Ludwig Barnay, antaño uno de los mejores actores, me comunicaba que la obra le había causado una enorme impresión y le resultaba especialmente grata porque en la figura de Aquiles había encontrado finalmente el papel para Adalbert Matkowsky que había buscado durante tanto tiempo; me pedía, pues, que encomendara el estreno de la misma al Teatro Real de Berlín.

Casi me estremecí de alegría. La nación alemana contaba entonces con dos grandes actores: Adalbert Matkowsky y Josef Kainz; el primero, un alemán del norte, era incomparable en la fuerza impetuosa de su carácter y su arrebatadora pasión; el segundo, nuestro vienés Josef Kainz, gustaba por su encanto espiritual, su arte de declamación jamás igualado, la maestría de su metálica y vibrante voz. Y he aquí que ahora Matkowsky encarnaría a mi personaje y recitaría mis versos, y el teatro más acreditado de la capital del Imperio Alemán patrocinaría mi drama: una inmejorable carrera dramática parecía abrirse ante mí, aun sin haberla buscado.

Sin embargo, desde entonces he aprendido que no hay que alegrarse de una representación antes de que el telón realmente se haya levantado. Cierto que los ensayos empezaron y se sucedieron uno a otro, y que mis amigos me aseguraban que no habían visto a un Matkowsky más soberbio y viril que cuando recitaba mis versos. Yo ya había reservado un billete en el coche cama del tren de Berlín cuando, en el último momento, recibí un telegrama: «Aplazamiento por enfermedad de Matkowsky». Lo interpreté como un pretexto, como suele ocurrir en el teatro cuando no se puede cumplir un plazo o una promesa. Pero ocho días después los periódicos publicaban la noticia de la muerte de Matkowsky. Mis versos habían sido los últimos que sus prodigiosos y elocuentes labios habían pronunciado.

Se acabó, me dije. Aunque por aquellos días otros dos teatros reales de prestigio quisieron la pieza, el de Dresde y el de Kassel, mi interés había decaído. Después de Matkowsky no me podía imaginar a otro Aquiles. Pero entonces me llegó una noticia todavía más

desconcertante: un amigo me despertó una mañana para decirme que le enviaba Josef Kainz, el cual había tropezado con la pieza por casualidad y veía en ella un papel ideal para él, no el del Aquiles que había querido representar Matkowsky, sino el del trágico Tersites. Se pondría inmediatamente en contacto con el Burgtheater. Acababa de llegar de Berlín el director Schlenther, pionero del realismo en la época, a dirigir el Teatro Real —para gran disgusto de los vieneses— de acuerdo con sus principios; me escribió de inmediato para decirme que veía cosas interesantes en mi drama, pero que, por desgracia, no le auguraba el éxito más allá del estreno.

Se acabó, me dije de nuevo, escéptico como siempre conmigo mismo y con mi obra literaria. Kainz, en cambio, estaba furioso. En seguida me invitó a su casa; por primera vez tuve ante mí al dios de mi juventud, de quien, cuando éramos estudiantes, habríamos querido besar pies y manos: de cuerpo flexible como una pluma, ingenioso y con el rostro animado —todavía a sus cincuenta años— por unos espléndidos ojos oscuros. Era un placer escucharlo. También en las conversaciones privadas cada palabra suya tenía un contorno purísimo, cada consonante encerraba una nitidez refinada y cada vocal vibraba llena y clara; ni siquiera hoy puedo leer algunos poemas que le había oído recitar a él sin oír también su voz midiendo los versos, su ritmo perfecto, su brío heroico; nunca me ha producido tanto placer escuchar la lengua alemana. Y he aquí que este hombre, al que yo veneraba como a un dios, se disculpaba ante mí, un jovenzuelo, porque no había logrado que se representase mi obra. Pero en adelante no debíamos perder el contacto nunca más, me aseguró. En realidad, me había llamado para hacerme una petición (casi sonreí:

¡Kainz quería pedirme una cosa a mí!): actuaba a menudo en giras y contaba con dos piezas de un acto cada una. Le faltaba una tercera y había pensado en una obra corta, si era posible en verso y, mejor aún, con una de aquellas cascadas líricas que él —*único* en el arte dramático alemán— gracias a su grandiosa técnica de declamación, sabía desgranar de corrido como un chorro de agua cristalina, sin tomar aliento, ante un público que escuchaba también sin respirar. ¿Sería yo capaz de escribirle una pieza de un solo acto de esas características?

Le prometí que lo intentaría. Y la voluntad, como dice Goethe, a veces puede «dar órdenes a la poesía». En el esbozo de un acto titulado *El comediante transformado* insinué un ligero juego de estilo rococó intercalando dos grandes monólogos lírico-dramáticos. Sin proponérmelo, había pensado cada palabra a partir del deseo de Kainz, identificándome apasionadamente con su carácter e incluso con su forma de hablar; y así aquel encargo ocasional se convirtió en uno de esos afortunados casos que se hacen realidad no gracias a la mera habilidad, sino sólo al entusiasmo. Al cabo de tres semanas pude mostrar a Kainz el esbozo a medio acabar que incluía una de las «arias». Kainz estaba francamente entusiasmado. En el mismo instante recitó por dos veces aquel torrente lírico; la segunda vez, con una perfección inolvidable. ¿Cuánto tardaría?, me preguntó visiblemente impaciente. Un mes. ¡Excelente! ¡Le venía de perlas! Se iba unas semanas a actuar a Alemania y, a su regreso, inmediatamente empezarían los ensayos porque aquella obra tenía que representarse en el Burgtheater. Y luego, me prometió, aquella pieza formaría parte de su repertorio allá donde fuera, porque le venía como anillo

al dedo. «¡Como anillo al dedo!», repitió tres veces, estrechándome cordialmente la mano.

Parece que revolucionó el Burgtheater antes de su partida, pues el director en persona me llamó para pedirme que le enseñara el esbozo y para decirme que lo aceptaba ya de antemano. Los papeles de los demás personajes que debían acompañar a Kainz fueron enviados a continuación a los actores del Burgtheater para que empezaran a leerlos. Una vez más la partida suprema parecía ganada: el Burgtheater, orgullo de nuestra ciudad, y, procedente del mismo Burgtheater, el actor más grande de la época después de Duse, habían aceptado una obra mía: era casi demasiado para un principiante. Ahora sólo existía un peligro, a saber: que Kainz cambiase de opinión cuando viera la pieza terminada, pero ¡eso parecía tan poco probable! De todos modos, el impaciente ahora era yo. Por fin leí en los periódicos que Josef Kainz había regresado de su gira. Por educación esperé dos días, no quería abordarlo justo a su regreso. Al tercer día, sin embargo, hice de tripas corazón y entregué mi tarjeta al viejo portero —bien conocido por mí— del hotel Sacher, donde vivía Kainz por aquel entonces.

—Quisiera ver al señor Kainz, actor de la corte.

El viejo me miró con sorpresa por encima de sus quevedos.

—Entonces ¿es que no lo sabe, doctor?

No, yo no sabía nada.

—Esta mañana se lo han llevado al hospital.

Hasta aquel momento no supe que Kainz había vuelto gravemente enfermo de su gira, en la que había interpretado por última vez sus grandes papeles

venciendo heroicamente unos dolores de lo más terribles ante un público que nada sospechaba. Al día siguiente lo operaron de cáncer. Mientras seguíamos las noticias de los periódicos, todavía nos atrevíamos a esperar que se curara, y lo visité en su lecho de enfermo. Lo encontré exhausto, demacrado, sus oscuros ojos parecían más grandes que nunca en aquel rostro consumido, y me estremecí: sobre sus labios, siempre jóvenes y espléndidamente elocuentes, se insinuaba por primera vez un bigote canoso; yo veía a un viejo moribundo. Me sonrió melancólicamente: «¿Me permitirá Dios interpretar todavía nuestra obra? Eso me curaría».

Pero pocas semanas después nos encontrábamos ante su ataúd.

El lector comprenderá mis pocos ánimos para persistir en el arte dramático y el recelo que sentía cada vez que entregaba una nueva pieza a un teatro. El hecho de que los dos mejores actores de Alemania hubiesen muerto poco después de haber ensayado mis versos, los últimos que leían, me volvió supersticioso; no me avergüenza confesarlo. Habrían de pasar algunos años antes de que me animara a volver a escribir para la escena y cuando el nuevo director del Burgtheater, Alfred Baron Berger, eminente experto en el campo teatral y maestro de la declamación, aceptó mi drama al instante, examiné casi con miedo la lista de los actores elegidos y, con un paradójico suspiro de alivio, exclamé: «¡Gracias a Dios no hay ninguno de primera fila!». En esta ocasión la fatalidad no tenía a nadie a quien acometer. Y, a pesar de todo, lo improbable ocurrió. Cuando cerramos la puerta a una calamidad, ésta se nos desliza por otra. Yo había pensado sólo en los actores, no en el director, quien se había reservado la dirección de mi tragedia *La casa a*

orillas del mar y ya tenía concebida su puesta en escena: Alfred Baron Berger. Y, en efecto, quince días antes de los primeros ensayos, estaba muerto. La maldición que parecía cernerse sobre mis obras dramáticas conservaba toda su fuerza; no me sentí seguro ni siquiera cuando, diez años después, terminada la Guerra Mundial, *Jeremías* y *Volpone* subieron a los escenarios en todas las lenguas imaginables. Y actué conscientemente en contra de mis intereses cuando, en el año 1931, terminé una nueva pieza, *El cordero de los pobres*. Un día, cuando ya había mandado el manuscrito a mi amigo Alexander Moissi, recibí un telegrama suyo en el que me pedía que le reservara el papel principal. Moissi, que había traído de su patria italiana al escenario alemán una sensual armonía del lenguaje, era entonces el gran sucesor de Josef Kainz. De aspecto encantador, inteligente, vivaz y, además, persona bondadosa y capaz de entusiasmarse, entregaba a cada obra una parte de su encanto personal; no habría podido desear un intérprete mejor para el papel. Sin embargo, cuando me hizo la propuesta, despertó en mí el recuerdo de Matkowsky y de Kainz y rechacé a Moissi con un pretexto, sin revelarle el auténtico motivo. Sabía que había heredado de Kainz el llamado anillo de Iffland, que el mejor actor de Alemania legaba a su mejor sucesor. ¿Iba a heredar también el destino final de Kainz? Sea como sea, yo, por mi parte, no quería ser por tercera vez el desencadenante de la fatalidad para el mejor actor de Alemania. Renuncié, pues, por superstición y por amor hacia él, a una representación perfecta que hubiera podido ser decisiva para mi obra. Y, sin embargo, ni mi renuncia pudo protegerlo, a pesar de que le negué el papel y de que, a partir de entonces, no he vuelto a dar otra pieza a los

escenarios. Es como si, sin tener en absoluto la culpa, siempre me tuviera que ver envuelto o en el destino de otros.

Soy consciente de que puedo ser sospechoso de estar narrando una historia de fantasmas. Los casos de Matkowsky y de Kainz pueden llegar a explicarse por una triste casualidad. Pero ¿y el posterior de Moissi, puesto que le había negado el papel y no había escrito otro drama? He aquí lo que sucedió: unos años después, en el verano de 1935 (me adelanto ahora en el tiempo de mi crónica), yo estaba en Zúrich, sin sospechar nada, cuando de repente recibí un telegrama de Alexander Moissi desde Milán: me anunciaba que llegaba aquella misma noche exclusivamente para verme y me rogaba que le esperase sin falta. Qué extraño, pensé. ¿Qué puede ser tan urgente? No he vuelto a escribir ninguna obra dramática y, desde hace años, el teatro me resulta del todo indiferente. Por supuesto lo esperé con alegría, porque quería como a un verdadero hermano a aquel hombre cariñoso y cordial. Saltó del vagón y se arrojó sobre mí; nos abrazamos al estilo italiano y, ya en el coche, me contó, con su deliciosa impaciencia, lo que yo podía hacer por él. Me quería pedir un favor, un gran favor. Pirandello le había hecho el gran honor de encargarle el estreno de su nueva obra *Non si sà mai*, y no se trataba sólo del estreno en Italia, sino a escala mundial: tendría lugar en Viena y en alemán. Era la primera vez que un gran maestro italiano de esta talla daba la preferencia al extranjero con una obra suya; ni siquiera se había decidido por París. Pues bien, Pirandello, que temía que la musicalidad y las vibraciones de su prosa se perdieran en la traducción, albergaba en su corazón un deseo muy especial: quería

que no fuera un traductor cualquiera, sino yo, cuyo arte literario apreciaba desde hacía tiempo, quien tradujera la obra al alemán. Huelga decir que Pirandello había dudado en hacerme ¡perder el tiempo con traducciones! Era el motivo por el que él personalmente, Moissi, tenía el encargo de transmitirme la petición de Pirandello. Cierto que no me dedicaba a traducir desde hacía años, pero admiraba demasiado a Pirandello —con quien había tenido algunos encuentros agradables— como para decepcionarlo y, sobre todo, para mí era un motivo de alegría el poder ofrecer una muestra de camaradería a un amigo tan íntimo como Moissi. Dejé mis propios trabajos durante una o dos semanas; al cabo de unos días se anunciaba en Viena el estreno internacional de la obra de Pirandello en mi traducción y, además, se le quería dar un relieve especial debido a razones políticas ocultas. Pirandello había prometido asistir a la función, y como Mussolini era considerado todavía el santo patrón de Austria, todos los círculos oficiales —con el canciller a la cabeza— anunciaron su presencia en el acto. La velada debía ser al mismo tiempo una manifestación política de la amistad austro-italiana (en realidad, del protectorado de Italia sobre Austria).

Por una casualidad, también yo me encontraba en Viena en los días en que debían empezar los primeros ensayos. Me alegraba la perspectiva de volver a ver a Pirandello y sentía curiosidad por oír las palabras de mi traducción pronunciadas por la voz musical de Moissi. Pero con una fantasmal semejanza se repitió, al cabo de un cuarto de siglo, el mismo suceso. Cuando abrí el periódico, a primera hora, leí que Moissi había llegado de Suiza con una gripe muy fuerte y que a causa de su enfermedad los ensayos se aplazaban. Una gripe, pensé,

no puede ser cosa muy grave. Pero el corazón me latía deprisa mientras me acercaba al hotel (¡gracias, me consolé, no era el Sacher sino el Grand Hotel!) para visitar a mi amigo enfermo; el recuerdo de aquella inútil visita a Kainz afloró en mi piel como un escalofrío. Y, al cabo de más de un cuarto de siglo, se repitió exactamente lo mismo en la persona del mejor actor de la época. Ya no me permitieron ver a Moissi: presa de la fiebre, había empezado a delirar. Dos días más tarde me encontraba, como en el caso de Kainz, no en el ensayo, sino ante su ataúd.

Con la referencia a esta última consumación del hechizo que acompañaba a mis intentos teatrales, me he adelantado en el tiempo. Como es natural, no veo en esa repetición sino un cúmulo de casualidades. Pero no hay duda de que, en su momento, las muertes de Matkowsky y Kainz, acontecidas en rápida sucesión una tras otra, tuvieron una influencia decisiva en el rumbo de mi vida. Si Matkowsky en Berlín y Kainz en Viena, cuando yo tenía veintiséis años, hubiesen llevado al escenario mis primeros dramas, seguramente yo habría sobresalido más deprisa —quizá más de lo que sería justo— en la vida pública, y todo gracias a su arte, capaz de llevar al éxito la obra más floja, y, en cambio, habría perdido los años de lento aprendizaje y de experiencia de la vida. Como se comprenderá, en aquella época me sentí perseguido por el destino, pues al principio el teatro me había ofrecido unas posibilidades tentadoras que nunca me habría atrevido siquiera a soñar, para después arrebatármelas cruelmente en el último momento. Pero sólo en los primeros años de juventud identificamos el azar con el destino. Más adelante sabe uno que el verdadero rumbo de la vida está fijado desde dentro; por intrincado y

absurdo que nos parezca nuestro camino y por más que se aleje de nuestros deseos, en definitiva siempre nos lleva a nuestra invisible meta.

MÁS ALLÁ DE EUROPA

¿Acaso el tiempo corría más deprisa en aquella época que en la actual, que está repleta de acontecimientos que transformarán el mundo desde la corteza hasta las entrañas para siglos? ¿O quizás es que esos últimos años de juventud de antes de la primera guerra europea me parecen tan vagos simplemente porque transcurrieron en una etapa de trabajo regular? Escribía, publicaba, mi nombre era conocido dentro y fuera de Alemania, tenía partidarios y también adversarios, lo cual en realidad habla más bien a favor de un cierto carácter propio; tenía a mi disposición todos los periódicos del Imperio, no necesitaba enviarles colaboraciones, sino que me las pedían. Pero en mi fuero interno no me engañaba respecto al hecho de que todo cuanto hacía y escribía durante aquellos años más tarde no tendría interés alguno; todas nuestras ambiciones e inquietudes, todos nuestros desengaños y rencores de entonces, hoy me parecen minúsculos. Las dimensiones de esta época han cambiado nuestra óptica a la fuerza. De haber empezado este libro unos años antes, hablaría de conversaciones con Gerhart Hauptmann, Arthur Schnitzler, Beer-Hofmann, Dehmel, Pirandello, Wassermann, Schalom Asch y Anatole France (las charlas con este último eran francamente divertidas, pues el anciano nos obsequiaba durante toda la velada con historias verdes, pero con una seriedad convincente y una gracia indescriptible); podría hablar de los grandes estrenos, como el de la décima [=octava] sinfonía de

Gustav Mahler en Munich y el de *El caballero de la rosa* en Dresde, de la bailarina Karsávina y del bailarín y coreógrafo Nizhinski, porque yo era de espíritu vivo y curioso y fui testigo de muchos acontecimientos artísticos «históricos». Pero todo lo que ya no guarda conexión con los problemas de la época actual resulta caduco para nuestra severa medida de lo esencial. Hoy, los hombres de mi juventud que dirigieron mi mirada hacia el mundo literario me parecen, desde hace tiempo ya, menos importantes que los que me la desviaron hacia el mundo real.

Entre estos últimos figuraba, en primer lugar, un hombre que había de dirigir el destino del Imperio Alemán en una época trágica y que, once años antes de la subida de Hitler al poder, fue abatido por la primera bala asesina de los nacionalsocialistas: Walther Rathenau. Nuestra amistad, antigua y cordial, había empezado de una manera curiosa. Uno de los primeros hombres de quien recibí un estímulo a mis diecinueve años fue Maximilian Harden, cuya revista, *Zukunft*, tuvo un papel decisivo durante los últimos años del imperio de Guillermo II. Harden, a quien Bismarck en persona introdujo en la política y de quien, de muy buen grado, se sirvió como portavoz o pararrayos, hizo caer a ministros, hizo estallar el asunto Eulenburg, hizo temblar el palacio imperial semana tras semana con nuevos ataques y revelaciones; y a pesar de todo, los amores de Harden en su vida privada seguían siendo el teatro y la literatura. Pues bien, resulta que un buen día apareció en *Zukunft* una serie de aforismos firmados con un pseudónimo que ya no recuerdo y que me llamaron la atención por su notable ingenio y su concisa fuerza de expresión. Escribí a Harden en mi calidad de

colaborador regular de la revista: «¿Quién es ese hombre nuevo? Hacía años que no leía unos aforismos tan afilados».

La respuesta no vino de Harden, sino de un tal Walther Rathenau que, tal como supe por su carta y también por otras fuentes, no era otro que el hijo del todopoderoso director de la Compañía Eléctrica de Berlín y, a su vez, comerciante, industrial y consejero de administración de numerosas empresas, uno de los nuevos hombres de negocios alemanes «vueltos hacia el mundo», por utilizar una expresión de Jean Paul. Me escribió unas cordiales líneas para darme las gracias, diciendo que mi carta era la primera voz que había oído a favor de su ensayo literario. A pesar de que era por lo menos diez años mayor que yo, me confesaba abiertamente su inseguridad y me preguntaba si yo consideraba conveniente la publicación o no de un libro entero de pensamientos y aforismos. Al fin y al cabo era un intruso en el mundo de la Literatura; hasta entonces había concentrado toda su actividad en el campo económico. Lo animé con toda franqueza y nos mantuvimos en contacto epistolar. Durante mi siguiente estancia en Berlín le llamé por teléfono. Me respondió una voz vacilante:

—Ah, es usted. Qué lástima, mañana a las seis de la mañana salgo de viaje para Sudáfrica.

Le interrumpí:

—Entonces nos veremos en otra ocasión, claro.

Pero la voz siguió reflexionando despacio:

—No, espere un momento. Tengo toda la tarde ocupada por reuniones. Luego tengo que ir al ministerio

y después a una comida en el club Pero ¿podría usted venir a mi casa a las once y cuarto?

Me pareció bien. Charlamos hasta las dos de la madrugada. A las seis salió de viaje rumbo al suroeste de África por encargo —como supe más tarde— del emperador alemán.

Cuento este detalle porque es muy típico de Rathenau. Aun siendo un hombre tan atareado, siempre encontraba tiempo. Lo vi durante los días más duros de la guerra y poco antes de la Conferencia de Génova, y unos días antes de su asesinato recorrí con él la misma calle en el mismo automóvil en el que le dispararon. Tenía los días organizados minuto a minuto y, sin embargo, no le costaba ningún esfuerzo pasar de una cosa a otra, porque su cerebro estaba siempre preparado: era un instrumento de una precisión y una rapidez tales como no he conocido en otra persona. Hablaba con fluidez, como si leyera en una hoja invisible, pero construyendo las frases con tanta plasticidad y claridad, que su conversación, si se hubiera taquigrafiado, habría podido ir directamente a la imprenta como conferencia perfecta y acabada. Hablaba francés, inglés e italiano con la misma seguridad que el alemán; la memoria no lo dejó nunca en la estacada y no necesitaba prepararse de modo especial para tratar cualquier tema. Cuando uno hablaba con él, se sentía a la vez necio, poco instruido, inseguro y confundido ante su objetividad que lo ponderaba todo con calma y lo abarcaba todo con lucidez. Pero había algo en aquella lucidez deslumbrante, en aquella claridad cristalina de su pensamiento, algo que producía un efecto incómodo, como los selectos muebles y los espléndidos cuadros de su casa. Su espíritu era un invento genial; su casa era como un museo y en su castillo feudal de la

reina Luisa, situado en la Marca, uno no lograba sentirse cómodo, de tan ordenado, limpio y aseado como estaba. En su pensamiento había algo transparente como el cristal y, por lo tanto, sin sustancia: pocas veces he experimentado la tragedia del hombre judío con tanta fuerza como en su persona, la cual, a pesar de toda su evidente superioridad, estaba llena de una inquietud y una inseguridad profundas. Mis demás amigos, como, por ejemplo, Verhaeren, Ellen Key o Balzagette, no tenían ni una décima parte de su inteligencia, ni una centésima parte de su universalidad, ni tampoco eran tan buenos conocedores del mundo, pero estaban muy seguros de sí mismos. Con Rathenau yo siempre experimentaba la sensación de que, a pesar de su inmensa inteligencia, no tenía tierra bajo los pies. Toda su existencia era un constante conflicto de nuevas contradicciones. Había heredado de su padre todo el poder que se pueda imaginar y, no obstante, no quería ser su heredero; era comerciante y quería sentirse artista; tenía millones y flirteaba con ideas socialistas; se sentía judío y coqueteaba con Cristo; profesaba ideas cosmopolitas e idolatraba el prusianismo; soñaba con una democracia popular y se sentía de lo más honrado cada vez que lo recibía o consultaba el emperador Guillermo, cuyas debilidades y vanidades adivinaba con clarividencia, sin ser capaz de dominar su propia vanidad. Y así, su incesante actividad quizá no era más que una droga para huir del nerviosismo interior y atenuar la soledad que rodeaba su vida más íntima. Sus inmensas fuerzas potenciales no se convirtieron en una fuerza homogénea sino de repente, en el momento en que le llegó la hora de la responsabilidad; y fue cuando, en 1919, después de la derrota del ejército alemán, le fue

encomendada la misión más difícil de la historia: sacar del caos al Estado desquiciado y enderezarlo. Y él mismo se forjó la grandeza, innata a su genio, al consagrar su vida a una sola idea: salvar a Europa.

Además de enseñarme a mirar a lo lejos en animadas charlas que, por intensidad intelectual y lucidez quizá sólo serían comparables con las de Hofmannsthal, Valéry y el conde Kayserling, además de ensanchar mi horizonte desde la literatura hasta la historia contemporánea, debo a Rathenau el primer estímulo para ir más allá de Europa.

—No puede entender Inglaterra si sólo conoce la isla —me decía—. Ni nuestro continente, si no ha salido de él por lo menos una vez. Usted es un hombre libre, ¡haga uso de su libertad! La literatura es una profesión fantástica, porque en ella sobra la prisa. Un año más o menos no cuenta para nada cuando se trata de un libro de verdad. ¿Por qué no se va a la India o a América?

Estas palabras fortuitas suyas me produjeron un gran impacto y decidí seguir su consejo inmediatamente.

La India me causó una impresión más perturbadora y opresiva de lo que me había imaginado. Me estremeció la miseria de las gentes enflaquecidas, la triste seriedad de sus miradas oscuras, la monotonía a veces cruel del paisaje y, sobre todo, la férrea división en clases y razas, de la que ya había tenido una muestra en el barco. Viajaban en él dos muchachas encantadoras, esbeltas, de ojos negros y figura grácil, bien educadas, discretas y elegantes. Ya el primer día me llamó la atención el hecho de que se mantuvieran apartadas, o las mantuviera apartadas una barrera invisible. No asistían a los bailes ni participaban en conversación alguna, sino que,

siempre sentadas a una cierta distancia, se dedicaban a leer libros ingleses o franceses. Hasta el segundo o tercer día no descubrí que no eran ellas las que evitaban la compañía de los ingleses, sino que eran estos últimos los que se retraían del contacto con aquellas *halfcasts*, a pesar de que eran hijas de un comerciante parsi y una francesa. Tanto en el internado de Lausana como en la *finishing school* de Inglaterra, durante dos o tres años habían recibido el mismo trato y habían gozado de los mismos derechos que los demás; en el barco rumbo a la India, en cambio, en seguida había empezado a tomar cuerpo esa forma fría, invisible, pero no por ello menos cruel, de proscripción social. Por primera vez fui testigo de la peste de la obsesión por la pureza de la raza, que ha sido más funesta para nuestro siglo que la verdadera peste de siglos anteriores.

Aquel encuentro inicial me aguzó la mirada desde el primer momento. Con cierto bochorno disfruté del respeto (desaparecido tiempo ha por culpa nuestra) que se profesaba al europeo como a una especie de dios blanco, el cual, cuando hacía una expedición turística como la del Pico de Adán de Ceilán, inevitablemente se veía acompañado de doce o catorce criados; cualquier otra cosa habría significado un menoscabo a su «dignidad». No pude librarme de la inquietante impresión de que las décadas y los siglos venideros tenían que llevar forzosamente a cambios y transformaciones en aquel absurdo estado de cosas, del cual no nos atrevíamos a barruntar nada en nuestra cómoda y confiada Europa. Gracias a semejantes observaciones pude ver la India no de color de rosa, como, por ejemplo, Pierre Loti, no como algo «romántico», sino como una advertencia; y no fueron los magníficos templos, los

palacios corroídos por la acción del tiempo ni los paisajes del Himalaya los que me suministraron la parte principal de mi formación interior en aquel viaje, sino las personas a las que conocí, personas de otra clase y de otro mundo, diferentes de aquellas con las que solía tropezar un escritor en la Europa continental. En aquella época, que aún no conocía los viajes de recreo organizados «Cook» y en la que uno tenía que mirar hasta el último céntimo, quien salía de Europa era casi siempre alguien especial por su categoría o posición: el comerciante, no un mercachifle de miras estrechas, sino un hombre de negocios a lo grande; el médico, un auténtico investigador; el empresario, un hombre de la raza de los *conquistadores*, audaz, magnánimo, despiadado; incluso el escritor, un hombre de una curiosidad intelectual superior. Durante los largos días y las largas noches del viaje —que la radio todavía no llenaba con su charloteo— tratando con esa otra clase de personas, aprendí más cosas sobre las fuerzas y las tensiones que mueven a nuestro mundo que con la lectura de cien libros. A medida que cambia la distancia de la patria, también cambia la medida interior de las cosas. Muchas pequeñeces que antes me habían preocupado en exceso, a mi regreso las empecé a considerar como tales y dejé de tener a nuestra Europa como el eje eterno de nuestro universo.

Entre los hombres que conocí en el viaje a la India había uno que tuvo una influencia trascendental, aunque no claramente visible, en la historia de nuestro tiempo. De Calcuta a Indochina, navegando por el río Irawadi, todos los días pasé muchas horas con Karl Haushofer, quien se dirigía con su esposa al Japón como agregado militar de la embajada alemana. Aquel hombre erguido y

delgado, de pómulos prominentes y pronunciada nariz aguileña, me hizo ver por primera vez las extraordinarias cualidades y la disciplina interior de un oficial del estado mayor alemán. Huelga decir que antes, en Viena, había alternado con militares en algunas ocasiones: jóvenes cordiales, amables e incluso divertidos, la mayoría de los cuales huía de familias de posición social poco o nada acomodada para refugiarse en el uniforme y sacar el máximo provecho del servicio militar. Haushofer, en cambio —y ello se notaba enseguida— era de una familia culta y pequeño burguesa (su padre había publicado un número considerable de poemas y creo que había sido profesor de universidad) y su formación, también universal, trascendía lo puramente militar. Encargado de estudiar los escenarios de la guerra ruso-japonesa sobre el terreno, él y su esposa se habían familiarizado con la lengua e incluso la literatura japonesa; en él descubrí de nuevo que toda ciencia, también la militar, cuando se concibe con amplitud de miras, necesariamente supera los estrechos límites que impone la especialidad y entra en contacto con todas las demás. A bordo del barco, el hombre trabajaba todo el día; seguía con los prismáticos cualquier detalle, escribía diarios e informes, estudiaba diccionarios; pocas veces lo vi sin un libro en las manos. Como buen observador, sabía describir bien las cosas; hablando con él aprendí mucho sobre el enigma de Oriente y, de vuelta a casa, mantuve una amistosa relación con la familia Haushofer; nos escribíamos y nos visitábamos mutuamente en Salzburgo y Munich. Una grave afección pulmonar que lo retuvo en Davos y Arosa, al ausentarlo del servicio militar, favoreció su paso a la ciencia; una vez curado, asumió más tarde un mando durante la Guerra Mundial. Tras la derrota a menudo

pensé en él con una gran simpatía; me resultaba fácil imaginarme cómo debía de haber sufrido aquel hombre, que durante años había colaborado desde su invisible retiro en la construcción de Alemania como gran potencia y quizá también en su maquinaria bélica, al ver entre los victoriosos adversarios al Japón, donde se había granjeado tantas amistades.

Pronto se demostró que fue uno de los primeros en pensar en la reconstrucción sistemática y a gran escala de la posición de poder que Alemania ocupara en otro tiempo. Publicó una revista de geopolítica y, como suele ocurrir, no entendí el significado profundo de este nuevo movimiento en sus inicios. Creía sinceramente que sólo se trataba de espiar el juego de fuerzas en la cooperación entre naciones e incluso la expresión «espacio vital» de los pueblos (la cual, si no ando equivocado, él fue el primero en acuñar) la entendí, en el sentido de Spengler, simplemente como la energía relativa, cambiante con las épocas, que todas las naciones desprenden alguna vez siguiendo un ciclo. La exigencia de Haushofer de estudiar más a fondo las cualidades individuales de los pueblos y de estructurar un organismo regulador permanente con una base científica también me pareció de lo más correcta, porque creía que esa investigación serviría exclusivamente para crear tendencias de acercamiento entre los pueblos; también podría ser —no lo sé— que la intención real primitiva de Haushofer no fuera en absoluto política. De todos modos leí sus libros (en los que, dicho sea de paso, me citaba) con un gran interés y sin ningún tipo de sospecha, siempre escuché, por parte del público imparcial, elogios de sus conferencias, en el sentido de que eran sumamente instructivas y nadie lo acusó de que sus ideas sirvieran a una nueva política de

fuerza y agresión y estuvieran destinadas sólo a motivar ideológicamente, bajo una forma nueva, los viejos postulados pangermanistas. Pero he aquí que el día en que mencioné de pasada su nombre en Munich, alguien me dijo como la cosa más natural del mundo: «Ah, ¿el amigo de Hitler?».

Nada me hubiera podido dejar más atónito. En primer lugar, porque la mujer de Haushofer no era de raza pura y sus hijos (muy simpáticos e inteligentes) no habrían podido hacer frente a las leyes raciales de Núremberg contra los judíos; en segundo lugar, no veía ninguna posibilidad de relación intelectual directa entre un erudito de gran cultura y de pensamiento universal y un agitador inculto, enredado en un germanismo de la especie más mezquina y brutal. Pero entre los discípulos de Haushofer figuraba Rudolf Hess y no era sino éste quien había hecho posible tal relación; Hitler, poco abierto a ideas ajenas, desde el principio poseyó, sin embargo, el instinto de apropiarse de todo lo que podía ser útil para sus fines personales; así, para él, la «geopolítica» desembocaba y terminaba en la política nacionalsocialista y se sirvió de ella todo lo que pudo para sus propósitos. Y es que la técnica del nacionalsocialismo consistió siempre en fundar sus instintos de poder, inequívocamente egoístas, sobre bases ideológicas y pseudomorales, y el concepto de «espacio vital» daba por fin una capa filosófica a su nueva voluntad de agresión: un eslogan en apariencia inofensivo —por su vaga posibilidad de definición— que, en caso de éxito, podía justificar cualquier anexión, hasta la más arbitraria, como una necesidad ética y etnológica. Fue, pues, mi antiguo compañero de viaje quien —no sé si a sabiendas— tuvo la culpa del cambio radical, funesto

para el mundo, de los objetivos de Hitler, originariamente limitados a los aspectos nacionales y a la pureza de la raza, pero que después, con la teoría del «espacio vital», degeneraron en el eslogan «Hoy Alemania es nuestra, mañana lo será el mundo entero»: un ejemplo igualmente evidente de cómo una sola fórmula concisa se puede convertir, por la fuerza inmanente de la palabra, en hechos y en fatalidad, como antes la fórmula de los enciclopedistas sobre el dominio de la *raison* acabó convirtiéndose en lo contrario, es decir, en terror y agitación de masas. Que yo sepa, Haushofer nunca ocupó un cargo visible en el partido, quizá ni siquiera fue uno de sus miembros; no veo en él, como los hábiles periodistas de hoy, una «eminencia gris» demoníaca que se esconde entre bastidores, maquinando planes de lo más peligrosos y apuntándolos al *führer*. Sin embargo, no cabe duda de que fueron sus teorías, más que los más rabiosos consejeros de Hitler, las que, conscientemente o no, sacaron la agresiva política del nacionalsocialismo de los estrechos límites nacionales para transportarla a la dimensión planetaria; será la posterioridad la que, disponiendo de una mejor documentación de la que tenemos nosotros, los contemporáneos, dará a esta figura su correcta medida histórica.

A este primer viaje a tierras de ultramar siguió otro a América, al cabo de un tiempo. Tampoco tenía otro propósito que el de ver mundo y, a ser posible, un pedazo del futuro que nos aguardaba; creo que soy en verdad uno de los pocos escritores que cruzaron el océano no para ganar dinero, sino sólo para confrontar con la realidad una idea del Nuevo Continente harto incierta.

La idea que yo tenía de él —no me avergüenza confesarlo— era bastante romántica. Para mí América era Walt Whitman, la tierra del nuevo ritmo, la futura hermandad universal; antes de emprender el viaje, volví a leer los largos versos del «Camerado», que fluyen como un torrente y se desbordan en forma de catarata, y así llegué a Manhattan con un sentimiento abierto y magnánimo de fraternidad, en vez de la habitual arrogancia del europeo. Recuerdo que lo primero que hice fue preguntar al portero del hotel dónde estaba la tumba de Walt Whitman, que tenía intención de visitar; con la pregunta puse en un aprieto al pobre italiano. No había oído nunca este nombre.

La primera impresión fue formidable, a pesar de que Nueva York no tenía aún esa embriagadora belleza nocturna de hoy. No existían aún las impetuosas cataratas de luz del Times Square ni el fantástico cielo estrellado de la ciudad que de noche tiñe de rojo a las reales y auténticas estrellas del firmamento con millones de estrellas artificiales. El aspecto de la ciudad, así como la circulación, carecían de la osada munificencia de hoy, pues la nueva arquitectura se ensayaba todavía con inseguridad en algunos grandes edificios aislados; también el sorprendente auge del gusto por los escaparates y los adornos se hallaba apenas en sus tímidos inicios. Ahora bien, contemplar el puerto desde el puente de Brooklyn, siempre con una ligera oscilación, y pasear por los desfiladeros de piedra de las avenidas era una verdadera fuente de descubrimientos y de emociones, si bien es verdad que, al cabo de dos o tres días, cedieron a una sensación diferente, más fuerte: la sensación de extrema soledad. No tenía nada que hacer en Nueva York y, en aquella época, una persona ociosa en ninguna

parte estaba más fuera de lugar que allí. Aún no existían los cines donde uno se pudiese distraer durante una hora, ni las pequeñas y cómodas cafeterías, ni tantas galerías de arte, bibliotecas y museos como hoy; en todo lo referente a la cultura los americanos iban muy a la zaga de nuestra Europa. Cuando, al cabo de dos o tres días, hube visitado fielmente los museos y monumentos principales, fui de un lado para otro por las heladas y ventosas calles como una barca sin timón. Al final, la sensación de lo absurdo de mi callejeo llegó a ser tan fuerte, que sólo logré vencerla haciéndomela más atractiva con una estratagema: inventé un juego conmigo mismo. Me dije que sería un vagabundo completamente solo, uno de los numerosos emigrantes que no sabían qué hacer y que sólo llevaría siete dólares en el bolsillo. Me dije: haz voluntariamente lo que éstos tienen que hacer a la fuerza. Imagínate que dentro de tres días, a lo más tardar, te ves obligado a ganarte la vida, ¡busca por los alrededores y mira cómo se las ingenian por aquí sin contratos ni amigos para ganarse un sueldo rápidamente! Dicho esto, empecé a ir de una oficina de colocación a otra y a estudiar los anuncios de trabajo pegados en las puertas. Aquí buscaban a un panadero, ahí a un auxiliar de oficina con conocimientos de francés e italiano y más allá a un dependiente de librería. Por lo menos este último trabajo era una primera oportunidad para mi yo imaginario. De modo que subí tres pisos por una escalera de caracol de hierro, me informé sobre el sueldo y lo comparé con los precios de alquiler de habitaciones en el Bronx que aparecían en los periódicos. Al cabo de dos días de «buscar trabajo» había encontrado, en teoría, cinco colocaciones que me hubieran servido para ir tirando; así comprobé, mucho mejor que callejeando,

cuánto espacio, cuántas posibilidades ofrecía aquel joven país a alguien con ganas de trabajar, y eso me impresionó. Por otro lado, todas esas idas y venidas de una agencia a otra, mis visitas de presentación a las empresas, me permitieron formarme una idea de la excelsa libertad que reinaba en el país. Nadie me preguntó por mi nacionalidad ni mi religión ni mi origen, y eso que había viajado sin pasaporte (algo inimaginable para nuestro mundo actual, un mundo de huellas dactilares, visados e informes policiales). Pero allí había trabajo esperando a las personas; eso, y sólo eso, era determinante. El contrato se firmó en pocos minutos, sin la enojosa intervención del Estado, sin formalidades ni sindicatos, en aquellos tiempos de libertad ya legendaria. Gracias a las gestiones para «encontrar trabajo», en aquellos primeros días aprendí más de América que en todas las semanas posteriores, durante las cuales recorrí, en calidad de turista despreocupado, Filadelfia, Boston, Baltimore y Chicago; excepto en Boston, donde pasé unas horas en sociedad, en casa de Charles Loeffler —que había puesto música a una serie de poemas míos— estuve solo todo el tiempo. En una sola ocasión irrumpió una sorpresa en el total anonimato de mi existencia. Aún recuerdo con gran claridad aquel momento. Estuve paseando por una ancha avenida de Filadelfia; me paré ante una gran librería para ver algo conocido al menos, algo que me fuera familiar, en el nombre de los autores. Me asusté. En el fondo a la izquierda del escaparate había seis o siete libros alemanes y desde uno de ellos me acometió mi nombre. Lo contemplé como hechizado y empecé a pensar. Algo mío, algo que iba a la deriva por aquellas calles extrañas, desconocido y no observado por nadie, ya había estado allí antes que yo, aparentemente

sin motivo; el librero debió de escribir mi nombre en una lista para que el libro viajara diez días a través del océano. Por un momento desapareció la sensación de abandono. Y cuando, hace dos años, volví a pasar por Filadelfia, inconscientemente me puse a buscar de nuevo aquel escaparate.

Ya no tenía humor para llegar a San Francisco (en aquella época todavía no se había inventado Hollywood). Pero al menos en otro lugar pude ver el anhelado Océano Pacífico, que me había fascinado desde la infancia, cuando leía relatos de los primeros viajes alrededor del mundo. Y lo vi desde un lugar hoy desaparecido, un lugar que ningún ojo mortal volverá a ver: los últimos montículos del canal de Panamá. Fui allí en un pequeño barco que pasaba por las Bermudas y Haití: y es que nuestra poética generación había sido educada por Verhaeren para admirar los milagros técnicos de nuestra época como nuestros antepasados admiraban las antigüedades romanas. El propio Panamá ya constituía un espectáculo inolvidable, excavado con máquinas, y con aquel cauce de un color ocre amarillento que quemaba los ojos incluso a través de gafas oscuras y un aire diabólico, atravesado por el zumbido de millones y millones de mosquitos cuyas víctimas yacían en el cementerio en hileras interminables. ¡Cuántos hombres habían caído a causa de aquella obra que Europa había empezado y América acabaría! Y que ahora, finalmente, después de treinta años de catástrofes y desengaños, se hacía realidad. Unos meses más para llevar a cabo los últimos trabajos en las esclusas y, después, la presión de un dedo sobre un botón eléctrico y los dos océanos confluirían para siempre después de milenios; pero yo, uno de los últimos de aquella época, con el sentido de la

historia bien despierto, todavía los vi separados. Aquella mirada sobre la mayor gesta creadora de América fue una buena despedida del nuevo continente.

LUCES Y SOMBRAS SOBRE EUROPA

Había vivido diez años del nuevo siglo y había visto la India, una parte de América y África; empecé a mirar a nuestra Europa con alegría renovada, más sabia. Nunca he amado *tanto* a nuestro Viejo Mundo como en los últimos años antes de la Primera Guerra Mundial, nunca he confiado *tanto* en la unidad de Europa, nunca he creído *tanto* en su futuro como en aquella época, en la que nos parecía vislumbrar una nueva aurora. Pero en realidad era ya el resplandor del incendio mundial que se acercaba.

Tal vez resulte difícil describir a la generación de hoy, que se ha criado en medio de catástrofes, ruinas y crisis y para la cual la guerra ha sido una posibilidad constante y una expectativa casi diaria, tal vez resulte difícil, digo, describirle el optimismo y la confianza en el mundo que nos animaba a los jóvenes desde el cambio de siglo. Cuarenta años de paz habían fortalecido el organismo económico de los países, la técnica había acelerado el ritmo de vida y los descubrimientos científicos habían enorgullecido el espíritu de aquella generación; había empezado un período de prosperidad que se hacía notar en todos los países de nuestra Europa casi con la misma fuerza. Las ciudades se volvían más bellas y populosas de año en año, el Berlín de 1905 ya no se parecía al que yo había conocido en 1901: aquella capital imperial se había convertido en una metrópoli y de nuevo se veía espléndidamente superada por el Berlín de 1910. Viena, Milán, París, Londres, Amsterdam: cada vez que volvía

uno allí, quedaba asombrado y se sentía feliz; las calles eran más anchas, más suntuosas; los edificios públicos, más imponentes; los comercios, más lujosos y elegantes. En todo se notaba cómo la riqueza crecía y se propagaba; incluso los escritores lo notábamos en las tiradas que, en un solo período de diez años, se multiplicaban por tres, por cinco y por diez. Por doquier surgían nuevos teatros, bibliotecas y museos; comodidades como el cuarto de baño y el teléfono, que antes habían sido privilegio de unos pocos, llegaban a los círculos pequeñoburgueses y, desde que se había reducido la jornada laboral, el proletario había ido subiendo desde abajo para participar, por lo menos, en las pequeñas alegrías y comodidades de la vida. El progreso se respiraba por doquier. Quien se arriesgaba, ganaba. Quien compraba una casa, un libro raro o un cuadro, veía cómo subía su precio; con cuanta mayor audacia y prodigalidad se creara una empresa, más asegurados estaban los beneficios. Al mismo tiempo una prodigiosa despreocupación había descendido al mundo, porque ¿quién podía parar ese avance, frenar ese ímpetu que no cesaba de sacar nuevas fuerzas de su propio empuje? Nunca fue Europa más fuerte, rica y hermosa; nunca creyó sinceramente en un futuro todavía mejor; nadie, excepto cuatro viejos arrugados, se lamentaba como antes diciendo que «los tiempos pasados eran mejores».

Pero no sólo las ciudades sino también las personas se hicieron más bellas y sanas gracias al deporte, a una mejor alimentación, a la jornada laboral más corta y a un contacto más íntimo con la naturaleza. Descubrieron que el invierno —antes una época triste y desabrida, desaprovechada por la gente que, malhumorada, jugaba a cartas en las tabernas o se aburría en habitaciones

demasiado caldeadas— en la montaña era como un lagar de sol filtrado, como un néctar para los pulmones, un placer para la piel, la cual sentía por debajo cómo fluía la sangre a borbotones. Y los montes, los lagos y el mar ya no eran tan lejanos como antes. La bicicleta, el automóvil y los ferrocarriles eléctricos habían acortado las distancias y habían dado al mundo una nueva sensación de espacio. Los domingos, miles y miles de personas, con flamantes chaquetas sport, bajaban a toda velocidad por las laderas nevadas sobre esquís y trineos, por doquier surgían palacios de deportes y piscinas. Y justo en las piscinas se podía ver claramente el cambio: mientras que en mis tiempos de juventud llamaba la atención ver un cuerpo masculino realmente bien formado en medio de papadas, vientres gruesos y pechos hundidos, ahora figuras ágiles, curtidas por el sol, con la piel lisa gracias al deporte, rivalizaban entre sí en competiciones llenas de serenidad antigua. Salvo los más pobres, ya nadie se quedaba en casa los domingos; todos los jóvenes, entrenados en toda suerte de deportes, salían a caminar, escalar y luchar; quien tenía vacaciones, no las pasaba, como en tiempos de mis padres, cerca de la ciudad o, en el mejor de los casos, en las comarcas de Salzburgo; la gente sentía curiosidad por ver mundo, por comprobar si en todas partes había lugares tan bellos o de una belleza distinta; mientras que antes sólo los privilegiados salían al extranjero, ahora viajaban a Francia e Italia empleados de banco y pequeños industriales. Viajar era más barato y más cómodo y, sobre todo, la gente tenía otro coraje, una audacia nueva que la hacía más temeraria en las excursiones, menos miedosa y prudente en la vida; más aún: la gente se avergonzaba de tener miedo. La generación entera decidió hacerse más juvenil, todo el

mundo, al contrario del mundo de mis padres, estaba orgulloso de ser joven; de pronto desaparecieron las barbas, primero entre los más jóvenes y, luego, entre los mayores, que imitaban a los primeros para no parecer viejos. La consigna era ser joven y vigoroso y dejarse de apariencias dignas y venerables. Las mujeres tiraron a la basura los corsés que les apretaban los pechos, renunciaron a las sombrillas y los velos, porque ya no temían al aire y al sol, se acortaron las faldas para poder mover mejor las piernas cuando jugaban a tenis y ya no se avergonzaban de dejarlas al descubierto y exhibirlas. Los hombres llevaban bombachos, las mujeres se atrevieron a montar a caballo como los hombres, nadie se tapaba ni se escondía de los demás. El mundo se había vuelto no sólo más bello, sino también más libre.

Fueron la salud y la confianza en sí misma de la generación posterior a la nuestra las que conquistaron esa libertad también para las costumbres. Por primera vez vi a muchachas saliendo de excursión con chicos sin institutriz y practicando deportes en una franca y confiada camaradería; ya no eran las tímidas mojigatas de antes, sabían lo que querían y lo que no. Liberadas del temeroso control de los padres, ganándose la vida como secretarias o funcionarias, se tomaron el derecho de moldear su vida a su antojo. La prostitución, la única institución del amor permitida en el viejo mundo, disminuyó visiblemente; gracias a esa nueva y sana libertad, toda forma de beatería se convirtió en pasada de moda. En las piscinas, cada vez más a menudo se fueron derribando las vallas de madera que hasta entonces habían separado implacablemente la sección de los hombres de la de las mujeres; hombres y mujeres ya no se avergonzaban de mostrar sus cuerpos; en aquellos diez

años hubo más libertad, despreocupación y desenfado que en los cien años anteriores.

Y es que el mundo se movía a otro ritmo. Un año, ¡cuántas cosas pasaban en un año! Los inventos y descubrimientos se sucedían a una velocidad vertiginosa y no tardaban en convertirse en un bien común; las naciones sentían por primera vez que formaban parte de una colectividad, cuando se trataba de intereses comunes. El día en que el zepelín se elevó para emprender su primer viaje, yo me hallaba casualmente en Estrasburgo, de camino hacia Bélgica, y vi, en medio de los estruendosos gritos de la multitud, el dirigible planeando alrededor de la catedral como si quisiera inclinarse ante aquella obra milenaria. Aquella misma noche, ya estando yo en Bélgica, en casa de Verhaeren, llegó la noticia de que la nave se había estrellado en Echterdingen. Verhaeren tenía lágrimas en los ojos y estaba terriblemente conmocionado. Como belga no se sentía indiferente ante la catástrofe alemana, puesto que como europeo, como hombre de nuestro tiempo, era sensible tanto a la victoria común sobre los elementos como a la aflicción común. Lanzamos gritos de júbilo en Viena cuando Blériot sobrevoló el canal de la Mancha, como si fuera un héroe de nuestro país; el orgullo por los triunfos de nuestra ciencia y de nuestra técnica, que se sucedían hora tras hora, propició por primera vez un sentimiento europeo común, una conciencia nacional europea. ¡Qué absurdas, nos decíamos, aquellas fronteras, cuando un avión las podía superar fácilmente, casi como en un juego! ¡Qué provincianas y artificiales aquellas barreras aduaneras y los policías de fronteras! ¡Qué contradicción con el espíritu de los tiempos que ansía a ojos vistas unión y fraternidad universales! El vuelo de los

sentimientos no fue menos prodigioso que el de los aviones; compadezco a los que en su juventud no vivieron esos últimos años de confianza en Europa, porque el aire que nos rodea no está muerto ni vacío, sino que lleva en sí la vibración y el ritmo del momento; nos los inyecta en la sangre y los conduce hasta el fondo del corazón y el cerebro. En aquellos años todos nosotros absorbíamos energía del impulso general de la época y nuestra confianza personal se alimentaba de la colectiva. Ingratos como somos los hombres, quizás entonces no apreciábamos la fuerza y la seguridad con que nos llevaba la ola. Pero sólo quien vivió aquella época de confianza universal sabe que, desde entonces, todo ha sido recaída y ofuscación.

Magnífica fue aquella oleada de fuerza tonificante que batía contra nuestros corazones desde todas las costas de Europa. Pero todo lo que nos llenaba de júbilo a la vez constituía, sin que lo sospecháramos, un peligro. La tempestad de orgullo y de confianza que rugía sobre Europa arrastraba también densos nubarrones. Quizás el progreso había llegado demasiado deprisa, quizá los Estados y las ciudades se habían hecho fuertes con demasiada rapidez; y la sensación de poder siempre induce a hombres y Estados a hacer uso o abuso de él. Francia rebosaba riqueza, pero aún quería más: quería otra colonia, a pesar de que no contaba con gente suficiente para poblar la primera; faltó poco para que estallase una guerra a causa de Marruecos. Italia quería la Cirenaica, Austria se anexionó Bosnia. Serbios y búlgaros, a su vez, atacaron a Turquía, y Alemania, excluida por el momento, extendía ya las garras para asestar su furioso golpe. La sangre se subía a la cabeza de todos los Estados y la congestionaba. De la fecunda

voluntad de consolidación interior surgió, a la vez y por doquier, un afán de expansión que se propagó como una infección vírica. Los industriales franceses, que hacían su agosto, estaban en contra de los alemanes, que también se hacían de oro, porque unos y otros querían más suministros de cañones: Krupp y Schneider-Creusot. La navegación hamburguesa, con sus colosales dividendos, trabajaba contra la de Southampton, los agricultores húngaros contra los serbios, unos consorcios contra otros: la coyuntura los había vuelto locos a todos, aquí y allá, llenos de un afán desenfrenado de poseer siempre más. Si hoy, reflexionando con calma, nos preguntamos por qué Europa fue a la guerra en 1914, no hallaremos ni un solo fundamento razonable, ni un solo motivo. No era una cuestión de ideas, y menos aún se trataba de los pequeños distritos fronterizos; no sabría explicarlo de otro modo sino por el exceso de fuerza, por las trágicas consecuencias de ese dinamismo interior que durante cuarenta años había ido acumulando paz y quería descargarla violentamente. De repente todos los Estados se sintieron fuertes, olvidando que los demás se sentían de igual manera; todos querían más y todos querían algo de los demás. Y lo peor fue que nos engañó precisamente la sensación que más valorábamos todos: nuestro optimismo común, porque todo el mundo creía que en el último momento el otro se asustaría y se echaría atrás; y, así, los diplomáticos empezaron el juego del bluf recíproco. Hasta cuatro y cinco veces en Agadir, en la guerra de los Balcanes, en Albania, todo quedó en un juego; pero en cada nueva ocasión las alianzas se volvían cada vez más estrechas y adquirían un carácter marcadamente belicista. En Alemania se introdujo un impuesto de guerra en pleno período de paz y en Francia

se prolongó el servicio militar; a la larga, el exceso de energía tenía que descargar y las señales de tormenta en los Balcanes indicaban la dirección de los nubarrones que ya se acercaban a Europa.

Todavía no cundía el pánico, pero sí una inquietud que quemaba lenta, pero constante, siempre que sonaban disparos en los Balcanes, experimentábamos un cierto malestar. ¿Acabaría por sorprendernos la guerra, sin saber por qué ni para qué? Poco a poco —demasiado poco a poco, demasiado tímidamente, ¡como hoy sabemos!— se fueron concentrando las fuerzas antagónicas. Ahí estaba el Partido Socialista, millones de hombres en un lado y en el otro, que en sus programas decía «no» a la guerra; ahí estaban los poderosos grupos católicos bajo la dirección del Papa y algunos consorcios de composición internacional; ahí estaban unos pocos políticos sensatos que mostraron su repulsa ante aquellas maquinaciones subterráneas. Y también nosotros, los escritores, formábamos parte de las filas contrarias a la guerra, aunque, como siempre, de forma individual y aislada, en vez de formar una unidad compacta y decidida. Por desgracia, la actitud de la mayoría de intelectuales era de pasividad e indiferencia, porque, gracias a nuestro optimismo, el problema de la guerra, con todas sus consecuencias morales, aún no había penetrado en nuestro horizonte interior: en ninguno de los escritos importantes de los prohombres de la época se encuentra una sola exposición de principios ni un solo aviso arrebatado. Nos parecía que bastaba con pensar a escala europea y unirnos en una hermandad internacional, declararnos partidarios del ideal de un entendimiento pacífico —dentro de nuestra esfera, que sólo de modo muy indirecto influía en el presente— y de

una fraternidad espiritual por encima de lenguas y países. Y precisamente era la nueva generación la que se adhería con más entusiasmo a esa idea europea. En París, en el círculo próximo a mi amigo Bazalgette, encontré a un grupo de jóvenes que, al contrario de la generación anterior, rechazaba cualquier nacionalismo estrecho y cualquier imperialismo agresivo: Jules Romains, quien más adelante, durante la guerra, escribió su gran poema dedicado a Europa; y Georges Duhamel, Charles Vidrac, Durtain, René Arcos, Jean Richard Bloch, reunidos primero en la *Abbaye* y después en la *Effort libre*, que fueron apasionados paladines de un futuro europeísmo y que —como lo demostró la prueba de fuego de la guerra — se mostraron inalterables en su aversión hacia cualquier tipo de militarismo; he aquí una juventud intrépida, dotada de talento y moralmente decidida, como muy pocas veces ha engendrado Francia. En Alemania fue Werfel quien, con su *Amigo del mundo*, puso el acento lírico más intenso en la hermandad universal; René Schickele, a quien, como alsaciano, el destino había situado entre las dos naciones, trabajó fervientemente a favor de un entendimiento; desde Italia nos saludó como camarada G. A. Borghese; de las tierras escandinavas y eslavas nos llegaban voces de ánimo. «Pues, venga, va, venga a visitarnos», me decía en una carta un gran escritor ruso. «Demostrad a los paneslavistas que nos quieren incitar a una guerra que vosotros, allí en Austria, no queréis». ¡Ah, todos amábamos nuestra época, que nos llevaba sobre sus alas, todos amábamos a Europa! Pero esa fe ingenua en la razón, de la que esperábamos que evitaría la locura en el último momento, fue a la vez nuestra única culpa. Cierto que no examinamos con suficiente desconfianza las

señales escritas en la pared, pero ¿acaso no es propio de la juventud el no ser desconfiada, sino crédula? Confiábamos en Jaurés, en la Internacional Socialista, creíamos que los ferroviarios volarían las vías antes que cargar a sus camaradas hacia el frente como animales hacía el matadero, contábamos con que las mujeres se negarían a sacrificar a sus hijos y maridos al dios Moloc, estábamos convencidos de que la fuerza espiritual y moral de Europa triunfaría en el último momento crítico. Nuestro idealismo colectivo, nuestro optimismo condicionado por el progreso nos llevó a ignorar y despreciar el peligro.

Además, nos faltaba un organizador que uniera decididamente nuestras fuerzas latentes. Existía entre nosotros un solo hombre, uno solo, que lo advertía todo, que reconocía las señales desde lejos; pero, por extraño que pueda parecer, a pesar de que vivía entre nosotros, durante largo tiempo no supimos nada de él, de ese hombre que el destino nos había designado como guía. Fui muy afortunado al descubrirlo en el último momento, cosa que me costó lo mío porque, aunque vivía en pleno centro de París, se hallaba lejos de la *foire sur la place*. Si un día alguien emprende la tarea de escribir una historia íntegra y real de la literatura francesa del siglo xx, no podrá pasar por alto el sorprendente fenómeno de que los periódicos de París de aquella época elogiaban a todos los escritores y nombres imaginables, ignorando, en cambio, los de los tres más importantes o citándolos en contextos erróneos. Entre 1900 y 1914 nunca vi citado el nombre de Paul Valéry como escritor ni en *Le Figaro* ni en *Le Matin*; Marcel Proust pasaba por un pisaverde de salón y Romain Rolland por un musicólogo erudito; tenían casi cincuenta

años cuando el primer tímido rayo de fama iluminó sus nombres y habían creado su gran obra en la sombra, en medio de la ciudad más curiosa e intelectual del mundo.

Fue una casualidad descubrir a Romain Rolland a tiempo. En Florencia una escultora rusa me había invitado a tomar un té para mostrarme sus obras y también para intentar hacerme un boceto. Me presenté en su casa a las cuatro en punto, olvidando que era rusa y que, por lo tanto, no tenía sentido del tiempo ni de la puntualidad. Una vieja *babushka*, que, según había oído, ya había sido nodriza de su madre, me acompañó al estudio, donde la cosa más pintoresca era el desorden, y me pidió que esperase. En total había allí cuatro esculturas pequeñas y en un par de minutos las tuve más que vistas. De modo que, para no perder el tiempo, cogí un libro o, mejor dicho, unos cuadernos parduzcos que estaban desperdigados por el estudio. *Cahiers de la Quinzaine*, se llamaban, y recordé que ya había oído antes ese título en París. Pero ¿quién podía seguir de cerca todas las revistillas que aparecían y desaparecían a lo largo y ancho del país como efímeras flores idealistas? Hojeé el volumen *L'aube* de Romain Rolland y empecé a leerlo, cada vez más asombrado e interesado. ¿Quién era aquel francés que conocía tan bien Alemania? Pronto agradecí a la bendita rusa su falta de puntualidad. Cuando finalmente apareció, mi primera pregunta fue: «¿Quién es ese Romain Rolland?».

No me supo dar información cumplida y sólo cuando hube logrado reunir el resto de los volúmenes (los últimos se encontraban todavía en fase de elaboración), supe que por fin tenía en mis manos la obra que no servía a una sola nación europea sino a todas y al hermanamiento entre ellas; supe que aquél era el hombre,

el escritor, que ponía en juego todas sus fuerzas morales: el amor al conocimiento y la sincera voluntad de conocer, la imparcialidad probada y alambicada y una fe alentadora en la misión unificadora del arte. Mientras nosotros dispersábamos las fuerzas en pequeñas proclamas, él había puesto manos a la obra en silencio y pacientemente para mostrar a los pueblos las cualidades más atractivas de cada uno de ellos; en aquellas páginas se estaba escribiendo la primera novela conscientemente europea, se estaba ultimando la primera llamada decisiva a la fraternidad, más eficaz que los himnos de Verhaeren, porque llegaba a masas más amplias, más enérgica que todos los panfletos y protestas; se estaba llevando a cabo en ellas, en silencio, lo que todos esperábamos y anhelábamos inconscientemente.

Lo primero que hice en París fue recabar información acerca de él, recordando las palabras de Goethe: «Él ha aprendido, él puede enseñarnos». Pregunté por él a los amigos. A Verhaeren le pareció recordar un drama, *Los lobos*, que se había representado en el socialista *Théâtre du Peuple*. Bazalgette, a su vez, había oído que Rolland era musicólogo y habría escrito un librito sobre Beethoven; en el catálogo de la Biblioteca Nacional encontré una docena de obras sobre música antigua y moderna y siete u ocho dramas: todo ello publicado por pequeñas editoriales o en los *Cahiers de la Quinzaine*. Finalmente, con el propósito de encontrar un punto de contacto, le envié un libro mío. No tardé en recibir una carta que me invitaba a su casa y así inicié una amistad que, junto con la de Freud y la de Verhaeren, resultó la más fecunda de mi vida y, en algunos momentos, incluso decisiva.

Los días memorables de la vida tienen una luminosidad más intensa que los normales. Por eso recuerdo con extraordinaria claridad aquella primera visita. Por una estrecha escalera de caracol, subí cinco pisos de una sencilla casa cercana al bulevar de Montparnasse, y ya ante la puerta noté un silencio especial; el rumor del bulevar se oía tan poco como el viento que, bajo las ventanas, rozaba los árboles del jardincillo de un viejo convento. Rolland me abrió la puerta y me condujo a su pequeño gabinete, repleto de libros hasta el techo. Vi por primera vez sus ojos azules, extrañamente luminosos, los ojos más claros y a la vez más bondadosos que he visto nunca en una persona, unos ojos de esos que durante la conversación extraen fuego y color de los sentimientos más profundos, se ensombrecen con la tristeza, se ahondan con la meditación y centellean con la emoción; aquellas pupilas únicas entre unos párpados un poco demasiado cansados, ligeramente enrojecidas de tanto leer y velar, que eran capaces de resplandecer con una luz benévola y comunicativa. Examiné su figura con una cierta timidez. Muy alto y delgado, andaba un tanto encorvado, como si las incontables horas pasadas ante el escritorio le hubiesen doblado la espalda; su aspecto era enfermizo a causa de los rasgos muy pronunciados del rostro y de un color de piel muy pálido. Hablaba en voz muy baja y en todos los demás aspectos mostraba un sumo cuidado de su cuerpo; casi nunca salía a pasear, comía poco, no bebía ni fumaba y evitaba cualquier esfuerzo físico, pero más adelante tuve que reconocer con admiración el enorme aguante de aquel cuerpo ascético y la gran capacidad de trabajo intelectual que se escondía tras aquella aparente fragilidad. Escribía durante horas y

horas en un pequeño escritorio colmado de libros y papeles, leía durante horas y horas en la cama, no concedía a su cuerpo fatigado más de cuatro o cinco horas de sueño y el único esparcimiento que se permitía era la música; tocaba el piano de maravilla, con una pulsación delicada que nunca olvidaré, acariciando las teclas, como si no quisiera arrancarles las notas por la fuerza, sino a base de caricias. Ningún otro virtuoso de la música —y debo decir que he oído tocar en la intimidad a Max Reger, a Busoni y a Bruno Walter— me ha causado tal sensación de comunicación inmediata con los admirados maestros.

Su polifacético saber avergonzaba a los demás; viviendo, de hecho, sólo con ojos de lector, dominaba la literatura, la filosofía, la historia, los problemas de todos los países y de todos los tiempos. Conocía la música hasta el último compás, estaba familiarizado incluso con las obras más distantes de Galuppi, de Telemann y también de músicos de sexta y séptima categoría, y al mismo tiempo participaba con ardor en todos los acontecimientos de la actualidad. En aquella modesta celda monacal el mundo se reflejaba como en una *camera obscura*. Desde el punto de vista de las relaciones humanas, había disfrutado de la confianza de los grandes de su época, había sido discípulo de Renan, huésped en casa de Wagner, amigo de Jaurès; Tolstói le había dirigido la famosa carta que, como humana confesión, acompaña dignamente su obra literaria. Noté allí —y eso siempre despierta en mí un sentimiento de felicidad— una superioridad humana, moral, una libertad interior sin orgullo, libertad como manifestación natural y evidente de un alma fuerte. A primera vista reconocí en él —y el tiempo me dio la razón— al hombre que se

convertiría en la conciencia de Europa en el momento decisivo. Hablamos de su *Jean-Christophe*. Rolland me contó que con aquel libro había tratado de cumplir con un triple deber: su gratitud hacia la música, su profesión de fe en la unidad europea y una llamada a los pueblos a la reflexión. Cada uno de nosotros debía influir ahora desde su lugar, desde su país, desde su lengua. Era el momento de estar alerta, cada vez más. Las fuerzas que empujaban hacia el odio eran, por su misma naturaleza vil, más vehementes y agresivas que las conciliadoras; además, se escondían tras ellas intereses económicos con menos escrúpulos que los nuestros. El absurdo se había puesto visiblemente manos a la obra y luchar contra él era incluso más importante que nuestro arte. La aflicción por la fragilidad de la estructura terrenal me resultó doblemente conmovedora en un hombre que en toda su obra había celebrado la inmortalidad del arte.

—Nos puede servir de consuelo a cada uno de nosotros en tanto que individuos —me respondió—, pero nada puede contra la realidad.

Esto ocurría en el año 1913. Fue la primera conversación que me hizo comprender que nuestro deber no consistía en hacer frente —sin preparación y cruzados de brazos— a la perspectiva, posible a pesar de todo, de una guerra europea; después, en el momento decisivo, nada dio a Rolland una superioridad moral tan evidente sobre todos los demás como el hecho de que ya de antemano había fortalecido dolorosamente su espíritu. Los de nuestro círculo también habíamos hecho algo; yo había traducido mucho, había llamado la atención sobre los escritores vecinos, en 1912 había acompañado a Verhaeren en una gira de conferencias por toda Alemania que se convirtió en una manifestación de hermandad

franco-alemana; en Hamburgo, Verhaeren y Dehmel, el gran poeta francés y el gran poeta alemán, se abrazaron públicamente. Había convencido a Reinhardt para que dirigiera el nuevo, drama de Verhaeren, nuestra colaboración a ambos lados no había sido nunca tan cordial, intensa e impulsiva, y en muchos momentos de entusiasmo fuimos víctimas de la ilusión de haber mostrado al mundo el camino recto y salvador. Pero el mundo se interesaba muy poco por semejantes manifestaciones literarias y seguía su pernicioso camino. Cualquier chisporroteo eléctrico en el maderamen producía fricciones invisibles, la chispa saltaba a cada momento (el asunto Zabern, la crisis de Albania, una entrevista mal llevada), sólo una, pero capaz de hacer estallar todo el material explosivo acumulado. Sobre todo en Austria notábamos que nos hallábamos en el centro de la zona de agitación. En el año 1910 el emperador Francisco José había superado su octogésimo aniversario. No podía durar mucho más aquel anciano convertido ya en un símbolo, y empezó a propagarse un sentimiento místico, un estado de ánimo nacido de la idea de que, tras su fallecimiento, el proceso de disolución de la milenaria monarquía sería imparable. En el interior crecía la presión entre las distintas nacionalidades y en el exterior, Italia, Serbia, Rumanía y, hasta cierto punto, incluso Alemania esperaban repartirse el imperio. La guerra de los Balcanes, donde Krupp y Schneider-Creusot probaban sus respectivos cañones contra «material humano» extranjero —del mismo modo que lo harían más adelante los alemanes e italianos con sus aviones en la Guerra Civil española— nos arrastraba cada vez más hacia una corriente que se precipitaba desde lo alto de una catarata. La gente vivía de

sobresalto en sobresalto, para después, empero, volver a respirar aliviada: «Esta vez todavía no. ¡Y esperemos que nunca!».

Sabemos por experiencia que es mucho más fácil reconstruir los hechos de una época que su atmósfera espiritual. Ésta no se encuentra sedimentada en los acontecimientos oficiales, sino más bien en pequeños episodios personales, como los que desearía intercalar aquí. Para ser sincero, en aquel momento yo no creía en la guerra. Pero por dos veces soñé despierto, como quien dice, y me desperté de un sobresalto. La primera fue a causa del «Asunto Redl», que, como todos los episodios importantes que ocurren en un segundo plano de la historia, es poco conocido.

Al tal coronel Redl, héroe de uno de los dramas más complicados del espionaje, lo conocí personalmente en un breve encuentro. Vivía en el mismo barrio que yo, a una calle de distancia de la mía, me lo había presentado en una ocasión un amigo mío, el fiscal T., en el café donde dicho señor de aspecto agradable y bonachón fumaba sus cigarros puros; desde entonces nos saludábamos. Sólo más tarde descubrí hasta qué punto estamos envueltos por el misterio en la vida y qué poco sabemos de las personas que viven a nuestro alrededor. El tal coronel, de aspecto parecido al de cualquier buen oficial austríaco, era el hombre de confianza del heredero del trono; le habían encomendado la importante tarea de dirigir el servicio secreto del ejército y contrarrestar el del enemigo. Pues bien, resulta que se filtró la noticia de que en 1912, durante la crisis de la Guerra de los Balcanes, cuando Rusia y Austria se movilizaron una contra otra, el secreto más importante del ejército austríaco, «el plan de operaciones», había sido vendido a Rusia, algo que,

en caso de guerra, habría provocado una catástrofe sin precedentes, pues de ese modo los rusos habrían conocido de antemano, paso a paso, todos los movimientos tácticos de la ofensiva austríaca. El pánico que provocó esta traición en los círculos del estado mayor fue terrible; al coronel Redl, como experto máximo, le incumbía la misión de descubrir al traidor, que sólo podía hallarse entre los oficiales de mayor graduación. A su vez, el ministerio de Asuntos Exteriores, que no confiaba del todo en la capacidad de las autoridades militares (un ejemplo típico del antagonismo envidioso de los distintos departamentos), dio la orden, sin informar antes al estado mayor, de investigar el caso por separado y a tal fin encargó a la policía, entre otras medidas, que abriera todas las cartas que llegaban del extranjero a las listas de correos, sin respetar el secreto postal.

Un buen día llegó a una estafeta de correos, a la dirección cifrada *Opernball*, una carta procedente de la estación fronteriza rusa de Podwoloczyska que, una vez abierta, resultó no contener ningún papel escrito, sino seis o siete billetes de mil coronas austríacas. Este sospechoso hallazgo fue inmediatamente enviado a la jefatura de policía, la cual dio la orden de apostar a un detective al lado de la ventanilla a fin de detener en el acto a la persona que reclamase la sospechosa carta.

Por un instante la tragedia tomó un cariz típicamente vienés. A eso de las doce del mediodía un hombre se personó en la estafeta para pedir la carta a nombre de *Opernball*. El funcionario de correos hizo de inmediato la señal convenida al detective. Pero el detective había salido a tomar un aperitivo y, cuando regresó, sólo pudo comprobar que el desconocido había subido a un coche

de punto y se había marchado en dirección desconocida. Pero en seguida empezó el segundo acto de la comedia vienesa. En aquella época de coches de punto, aquellos elegantes y *fashionable* carruajes de dos caballos, el cochero se consideraba un personaje demasiado distinguido como para limpiar el vehículo con sus propias manos. Por esta razón en cada parada había un «aguador», cuya función consistía en dar de comer a los caballos y lavar los arreos. Por suerte, el aguador de enfrente de correos se había fijado en el número del coche que acababa de salir; al cabo de un cuarto de hora todas las comisarías de policía habían recibido el aviso y se había encontrado el coche. El cochero había proporcionado la descripción del hombre al que había llevado al café Kaiserhof, donde yo siempre encontraba al coronel Redl, y, además, por una feliz casualidad, habían hallado en el carruaje la navaja de bolsillo con la que el desconocido había abierto el sobre. Los policías acudieron rápidamente al café Kaiserhof. Entre tanto, el hombre cuya descripción facilitaron los agentes había vuelto a salir, pero los camareros declararon con toda naturalidad que no era otro que su cliente habitual, el coronel Redl, y que acababa de regresar al hotel Klomser.

El detective se quedó de una pieza. Se había resuelto el misterio. El coronel Redl, jefe supremo del servicio de espionaje del ejército austríaco, era al mismo tiempo un espía pagado por el estado mayor ruso. No sólo había vendido secretos y el plan de operaciones, sino que ahora, de repente, por fin quedaba claro por qué durante los últimos años todos los espías austríacos que él enviaba a Rusia habían sido detenidos y condenados. Dio comienzo una frenética actividad telefónica que se

prolongó hasta que se consiguió hablar con Franz Conrad von Hótzendorf, jefe del estado mayor austríaco. Un testigo ocular de aquella escena me contó que, después de las primeras palabras, el hombre se volvió blanco como la cera. A continuación sonó el teléfono en el palacio imperial; una consulta siguió a la otra. ¿Qué hacer? La policía, a su vez, había tomado medidas para que el coronel Redl no pudiera escapar. Cuando iba a salir de nuevo del hotel Klomser y en el momento de dar un encargo al portero, un detective se le acercó con disimulo, le mostró la navaja y le preguntó amablemente: «¿Por casualidad el coronel se ha dejado olvidada esta navaja en el coche?».

En aquel mismo instante el coronel Redl supo que estaba perdido. Mirara adonde mirara, veía las caras conocidas de los agentes de la policía secreta que lo vigilaban y, cuando volvió a entrar en el hotel, dos de ellos lo siguieron hasta su habitación y le dejaron allí un revólver. Y es que, entre tanto, en el palacio imperial se había decidido acabar de una forma discreta aquel asunto tan ignominioso para el ejército austríaco. Los dos agentes patrullaron hasta las dos de la madrugada por delante de la habitación de Redl en el hotel Klomser. Fue pasada esta hora cuando oyeron el disparo.

Al día siguiente apareció en los periódicos de la noche una breve nota necrológica en honor del benemérito coronel Redl, muerto de repente. Pero había habido demasiadas personas envueltas en esa persecución como para poder guardar el secreto. Además, poco a poco se fueron conociendo detalles que explicaban muchas cosas desde el punto de vista psicológico. El coronel Redl tenía inclinaciones homosexuales, sin que sus superiores y compañeros lo supieran, y durante años había estado en

manos de chantajistas, los cuales finalmente le habían empujado a aquella escapatoria desesperada. Un escalofrío de horror recorrió el ejército de punta a punta. Todo el mundo supo que, en caso de guerra, aquella persona sola habría causado centenares de miles de bajas y que por su culpa la monarquía habría llegado al borde del precipicio; hasta aquel momento no comprendimos en Austria cuán cerca de la guerra mundial habíamos estado el año anterior.

Fue la primera vez que experimenté el sabor del miedo. Al día siguiente tropecé con Berta von Suttner, la magnífica y generosa Casandra de nuestra época. Aristócrata de una de las familias más importantes, de muy joven había vivido el horror de la guerra de 1866 cerca del castillo familiar de Bohemia. Y con la pasión de una Florence Nightingale vio que tenía una sola misión en la vida: evitar una segunda guerra, cualquier guerra. Escribió una novela, *Abajo las armas*, que tuvo un éxito mundial. Organizó incontables asambleas pacifistas y el mayor triunfo de su vida fue despertar la conciencia de Alfred Nobel, el inventor de la dinamita, al que conminó a que instituyera el premio Nobel de la Paz y la Comprensión Internacional como compensación por el mal que había causado con su invento. Vino a mi encuentro muy exaltada.

—Los hombres no comprenden lo que está pasando —dijo gritando en medio de la calle, ella que solía hablar con tanta calma y serenidad—. Eso significaba ya la guerra y nos lo han vuelto a esconder y mantener en secreto. ¿Por qué no hacéis nada los jóvenes? ¡Os concierne más a vosotros que a nadie! ¡Defendeos de una vez! ¡Uníos! No nos lo dejéis todo siempre a nosotras, cuatro pobres viejas a quienes nadie escucha.

Le comuniqué que me iba a París; quizá podríamos organizar una manifestación conjunta.

—¿Por qué sólo quizás? —insistió—. La situación está peor que nunca, la maquinaria ya se ha puesto en marcha.

Inquieto como estaba, me costó tranquilizarla.

Pero precisamente en Francia un segundo episodio personal me recordó con qué profética visión había vislumbrado el futuro aquella anciana a la que en Viena nadie se tomaba en serio. Fue un episodio insignificante, pero que a mí me impresionó muchísimo. En la primavera de 1914 había salido de París con una amiga para pasar unos días en la Turena y visitar la tumba de Leonardo da Vinci. Habíamos caminado a lo largo de la suave y soleada orilla del Loira y por la noche estábamos agotados. Decidimos, pues, ir al cine en la ciudad un tanto soñolienta de Tours, donde anteriormente yo ya había rendido homenaje a la casa natal de Balzac.

Era un pequeño cine de barriada que en nada se parecía a los modernos y luminosos palacios de cromo y cristal. Era una simple sala improvisada, rebosante de gente sencilla, obreros, soldados y verduleras, buena gente que charlaba de buen humor y que, a pesar de la prohibición de fumar, lanzaba al aire asfixiante nubes de humo azul de Scaferlati y Caporal. En primer lugar proyectaron «Noticias del mundo». Una regata en Inglaterra: la gente charlaba y reía. A continuación, un desfile militar francés: tampoco en este caso la gente demostró un gran interés. Tercera imagen: el emperador Guillermo visita al emperador Francisco José en Viena. De repente vi en la pantalla el conocido andén de la fea estación Oeste de Viena con unos policías esperando el

tren. Después, un toque de corneta. El anciano emperador Francisco José pasando por delante de la guardia de honor para ir a dar la bienvenida a su huésped. Cuando el viejo emperador apareció en la pantalla, caminando ya un poco encorvado y vacilante, la gente de Tours se rió con simpatía del anciano de blancas patillas. Luego se vio el tren entrando en la estación: el primer vagón, el segundo, el tercero. Se abrió la puerta del coche salón y de él bajó Guillermo II, con su erizado bigote y el uniforme de general austríaco.

Tan pronto como el emperador Guillermo apareció en la pantalla, una pitada tremenda y un pataleo furioso estallaron espontáneamente en la oscurecida sala. Todo el mundo gritaba y silbaba, mujeres, hombres y niños se mofaban, como si el monarca los hubiera ofendido personalmente. La buena gente de Tours, que no sabía del pánico y del mundo más que lo que leía en los periódicos, había enloquecido por unos instantes. Me asusté. Me asusté hasta los tuétanos, porque me di cuenta de hasta qué punto debía de haber progresado el emponzoñamiento provocado por años y años de propaganda de odio, cuando incluso allí, en una pequeña ciudad de provincias, sus cándidos ciudadanos y soldados habían sido ya instigados de tal manera en contra del emperador y de Alemania, que una simple imagen fugaz en la pantalla era capaz de provocar en ellos semejante estallido. Duró un segundo, sólo un segundo. Después, cuando aparecieron otras imágenes, lo olvidaron todo. Rieron a carcajada limpia con la película cómica que vino a continuación y se golpeaban las rodillas con fruición y un gran estrépito. Sólo había sido un segundo, pero un segundo que me demostró cuán fácil sería, en caso de una crisis grave, provocar a los pueblos

de uno y otro lado, a pesar de todas las tentativas de entente, a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Aquello me estropeó la noche. No podía dormir. Si aquel episodio hubiera tenido lugar en París, me habría inquietado igualmente, pero no me habría trastornado tanto, porque el hecho de que el odio hubiera penetrado tan adentro de la provincia y corroyera incluso a la gente apacible e ingenua, me horripiló. Durante los días siguientes conté el episodio a mis amigos; la mayoría de ellos no se lo tomó en serio.

—Cuántas veces nosotros, los franceses, nos reímos de la gordita reina Victoria y, ya ves, al cabo de dos años teníamos una alianza con Inglaterra. No conoces a los franceses: la política no les cala muy hondo.

Sólo Rolland lo vio de otro modo:

—Cuanto más ingenuo es el pueblo, tanto más fácil resulta embaucarlo. Las cosas andan mal desde que eligieron a Poincaré. Su viaje a Petersburgo no será ciertamente de turismo.

Hablamos todavía un rato acerca del congreso socialista internacional, convocado para el verano en Viena, pero también en este aspecto Rolland era más escéptico que los demás.

—Vete a saber cuántos se mantendrán firmes una vez hayan pegado los carteles con la orden de movilización. Hemos entrado en una época de sensaciones colectivas, de histerias.

Sin embargo, como ya he dicho antes, esos momentos de inquietud pasaban volando como telarañas llevadas por el viento. Cierto que de vez en cuando pensábamos en la guerra, pero no de un modo muy diferente de cómo en ocasiones pensamos en la muerte: como algo que es

posible, pero seguramente lejano. Y París era demasiado bello en aquellos días y nosotros, demasiado jóvenes y felices. Todavía recuerdo la encantadora farsa que Jules Romains ideó para coronar —para escarnio del *prince des poètes*— a un *prince des penseurs*: un buen hombre, algo simple, al que los estudiantes condujeron solemnemente ante la estatua de Rodin en la entrada de su panteón. Y por la noche, durante el banquete, armamos jolgorio como estudiantes traviesos. Los árboles estaban en flor, el aire era dulce y ligero. Ante tantos encantos, ¿quién quería pensar en algo tan inconcebible? Los amigos eran más amigos que nunca y se nos habían añadido otros nuevos, procedentes del país extranjero: «enemigo». La ciudad aparecía más despreocupada que nunca y la gente amaba esa despreocupación junto con la propia. En aquellos últimos días acompañé a Verhaeren a Rouen, donde debía dar una conferencia. De noche nos detuvimos ante la catedral, cuyas puntas resplandecían con fulgores mágicos a la luz de la luna. Milagros tan cautivadores, ¿pertenecían todavía a una «patria»? ¿No nos pertenecían a todos? Nos despedimos en la estación de Rouen, en el mismo lugar donde, dos años más tarde, una de las máquinas por él cantadas habría de despedazarlo. Nos abrazamos.

—¡El uno de agosto, en mi casa de Caillou qui bique!

Se lo prometí, porque todos los años lo visitaba en esa villa suya para traducir, junto con él, sus nuevos versos. ¿Por qué no, pues, también aquel año? Libre de preocupaciones, me despedí de los demás amigos. Despedida de París, un adiós indolente, nada sentimental, como quien abandona su casa por unas semanas. Mi programa para los meses siguientes estaba muy claro.

Primero rumbo a Austria, retirado en cualquier lugar del campo, para adelantar el trabajo sobre Dostoievski (que no se publicaría hasta cinco años más tarde) y terminar el libro *Tres maestros*, cuyo contenido consistía en presentar a tres grandes naciones, cada una con uno de sus mejores novelistas. Después, a casa de Verhaeren y, en invierno, el viaje a Rusia, planeado desde hacía tiempo, para crear allí un grupo a favor de nuestro mutuo entendimiento espiritual. El camino que se abría ante mí, a la edad de treinta y dos años, era claro y llano; en aquel radiante verano el mundo se me ofrecía bello y lleno de sentido como una fruta exquisita. Y yo lo amaba por su presente y por su futuro, aún más esplendoroso. Entonces, el 28 de junio de 1914, sonó aquel disparo en Sarajevo que, en cuestión de segundos, troceó, como si de un cántaro se tratara, el mundo de seguridad y de cordura en el que nos habían criado y educado y que habíamos adoptado como patria.

LAS PRIMERAS HORAS DE LA GUERRA DE 1914

El verano de 1914 seguiría siendo igualmente inolvidable sin el cataclismo que descendió sobre tierra europea, porque pocas veces he vivido un verano tan exuberante, hermoso y casi diría… veraniego. El cielo, de un azul sedoso noche y día; el aire, dulce y sensual; los prados, fragantes y cálidos; los bosques, oscuros y frondosos, con su joven verdor; todavía hoy, al pronunciar la palabra «verano», automáticamente me vienen a la memoria aquellos radiantes días de julio que pasé en Baden, cerca de Viena. Me había retirado a esa pequeña y romántica ciudad que con tanta frecuencia había escogido Beethoven como residencia veraniega, para concentrarme durante todo el mes en el trabajo y luego pasar el resto del verano con mi venerado amigo Verhaeren en una villa de Bélgica. En Baden no hace falta salir del núcleo urbano para disfrutar del paisaje. El hermoso bosque quebrado por colinas se interna imperceptiblemente entre las casas bajas estilo *biedermeier* que han conservado la sencillez y el encanto de los tiempos de Beethoven. Uno se puede sentar en las terrazas de cafés y restaurantes que abundan por doquier, y siempre que quiera se puede mezclar con la alegre clientela de los balnearios que desfila en sus carruajes por el parque o se pierde por caminos solitarios.

En la víspera de aquel 29 de junio, que la católica Austria celebraba siempre como la festividad de San

Pedro y San Pablo, habían llegado muchos clientes de Viena. Ataviada con ropas claras de verano, alegre y despreocupada, la multitud se agitaba en el parque ante la banda de música. Hacía un tiempo espléndido; el cielo sin nubes se extendía sobre los grandes castaños y era un día para sentirse realmente feliz. Se acercaban las vacaciones para pequeños y mayores y, en aquella primera fiesta estival, los veraneantes, con el olvido de sus preocupaciones diarias, anticipaban en cierto modo la estación entera del aire radiante y el verdor intenso. Yo estaba sentado lejos de la multitud del parque, leyendo un libro (todavía recuerdo cuál: *Tolstói y Dostoievski* de Merezhkovski); lo leía con atención e interés. Pero también era consciente del viento entre los árboles, de los trinos de los pájaros y de la música que llegaba a mis oídos desde el parque a oleadas. Oía claramente las melodías, sin que me molestaran, puesto que nuestro oído es tan adaptable, que un ruido continuado, una calle estrepitosa o un riachuelo susurrante al cabo de pocos minutos se amoldan completamente a nuestra conciencia y, al contrario, una interrupción inesperada del ritmo nos obliga a aguzar los oídos.

Y fue así como interrumpí sin querer la lectura: cuando, de repente, la música paró en mitad de un compás. No sabía qué pieza estaba tocando la banda en aquel momento, sólo noté que la melodía había cesado de golpe. Instintivamente levanté los ojos del libro. La multitud, que como una sola masa de colores claros paseaba entre los árboles, también daba la impresión de que había sufrido un cambio: de repente había detenido sus evoluciones. Algo debía de haber pasado. Me levanté y vi que los músicos abandonaban el quiosco de la

orquesta. También eso era extraño, pues el concierto solía durar una hora o más. Algo debía de haber causado aquella brusca interrupción; mientras me acercaba, observé que la gente se agolpaba en agitados grupos ante el quiosco de música, alrededor de un comunicado que, evidentemente, acababan de colgar allí. Tal como supe al cabo de unos minutos, se trataba de un telegrama anunciando que Su Alteza Imperial, el heredero del trono y su esposa, que habían ido a Bosnia para asistir a unas maniobras militares, habían caído víctimas de un vil atentado político.

Cada vez se reunía más gente alrededor del anuncio. La inesperada noticia pasaba de boca en boca. Pero hay que decir en honor a la verdad que en los rostros no se adivinaba ninguna emoción o irritación especiales, porque el heredero del trono nunca había sido un personaje querido. Todavía recuerdo, de cuando era niño, aquel otro día en que encontraron en Meyerling al príncipe heredero Rudolf, hijo único del emperador, muerto de un disparo. En aquella ocasión la ciudad entera se alborotó, presa de una gran agitación; un gentío enorme se había congregado para ver la capilla ardiente y había expresado de manera abrumadora su pésame al emperador y el horror por la muerte, en la flor de la vida, de su único hijo y heredero, en quien todos habían puesto sus mayores esperanzas, porque era un Habsburgo progresista y extraordinariamente simpático como persona. A Francisco Fernando le faltaba lo más importante para ser realmente popular en Austria: afabilidad personal, encanto humano y buenas maneras en el trato social. Yo lo había observado a menudo en el teatro. Permanecía sentado en su palco, imponente y repantingado, con sus ojos de mirada fija y fría, sin

dirigirlos hacia el público ni una sola vez con simpatía ni animar a los actores con afectuosos aplausos. Nunca nadie le había visto sonreír, no existía ninguna fotografía suya donde apareciese con ademán distendido. No tenía afición por la música ni sentido del humor, y la mirada de su esposa encerraba la misma displicencia. Un aire gélido rodeaba a esa pareja; se sabía que no tenían amigos, que el viejo emperador odiaba al príncipe de todo corazón, porque éste era incapaz de disimular con tacto su impaciencia de heredero por subir al trono. Mi presentimiento, casi visionario, de que aquel hombre de nuca de buldog y ojos fríos e inexorables sería la causa de alguna desgracia no era, pues, tan sólo personal, sino que lo compartía toda la nación; por esta razón la noticia de su asesinato no despertó ningún sentimiento profundo. Al cabo de dos horas ya no se observaba señal alguna de auténtica aflicción. La gente charlaba y reía, y por la noche la música volvió a sonar en todos los locales. Aquel día hubo en Austria muchas personas que, a escondidas, respiraron aliviadas, porque se había eliminado al heredero del viejo emperador en beneficio del joven archiduque Carlos, mucho más popular.

Al día siguiente los periódicos publicaron, desde luego, extensas necrologías en que expresaban como es debido su indignación por el atentado. Pero nada indicaba que se fuera a aprovechar el suceso para llevar a cabo una acción política contra Serbia. En primer lugar, aquella muerte creaba a la casa imperial un tipo de preocupaciones completamente distinto, a saber: las del ceremonial del sepelio. De acuerdo con su rango de heredero del trono y, sobre todo, porque había muerto en el ejercicio de su deber para con la monarquía, le habría correspondido, naturalmente, un lugar en el

panteón de los Capuchinos, la sepultura histórica de los Habsburgos. Pero Francisco Fernando, tras inacabables y encarnizadas luchas contra la familia imperial, había acabado casándose con una tal condesa Chotek, una dama de la alta aristocracia, en efecto, pero no de igual linaje y, según la misteriosa y secular ley de la casa de los Habsburgos, en las grandes ceremonias las archiduquesas obstinadamente mantenían la preferencia ante la esposa del príncipe heredero, cuyos hijos no tenían derecho de sucesión. Pero la altanería de la corte se volvió también contra la difunta. ¡Cómo! ¿Dar sepultura a una condesa Chotek en el panteón imperial de los Habsburgos? ¡No, imposible! Estalló una intriga tremenda; las archiduquesas protestaron ante el viejo emperador. En tanto que oficialmente se pedía al pueblo riguroso duelo, en palacio se entrecruzaban violentos rencores y, como de costumbre, quien recibió el agravio fue el difunto. Los maestros de ceremonias inventaron el cuento de que había sido deseo expreso del fallecido ser enterrado en Artstetten, un villorrio austríaco de provincias, y bajo tal pretexto pseudo piadoso pudieron zafarse a la chita callando de la capilla ardiente abierta al público, del cortejo fúnebre y de todas las polémicas sobre el rango del personaje. Los féretros de ambos muertos fueron trasladados discretamente a Artstetten, donde recibieron sepultura. Viena, a cuya curiosidad se había privado así de un buen espectáculo, en seguida empezó a olvidar el trágico suceso. Al fin y al cabo, tras la muerte violenta de la emperatriz Isabel y del príncipe heredero y tras la escandalosa huida de varios miembros de la casa imperial, el pueblo austríaco se había acostumbrado hacía ya tiempo a la idea de que el viejo emperador sobreviviría, solo e imperturbable, a su descendencia

«tantálida». Unas semanas más y el nombre y la figura de Francisco Fernando habrían desaparecido para siempre de la historia.

Pero luego, aproximadamente al cabo de una semana, de repente empezó a aparecer en los periódicos una serie de escaramuzas, en un *crescendo* demasiado simultáneo como para ser del todo casual. Se acusaba al gobierno serbio de anuencia con el atentado y se insinuaba con medias palabras que Austria no podía dejar impune el asesinato de su príncipe heredero, al parecer tan querido. Era imposible sustraerse a la impresión de que se estaba preparando algún tipo de acción a través de los periódicos, pero nadie pensaba en la guerra. Ni los bancos ni las empresas ni los particulares cambiaron sus planes. ¿Qué nos importaba aquella eterna disputa con los serbios que, como todos sabíamos, en el fondo había surgido a causa de unos simples tratados comerciales referentes a la exportación de cerdos serbios? Yo había preparado las maletas para mi viaje a Bélgica, a casa de Verhaeren, y tenía mi trabajo bien encaminado: ¿qué tenía que ver el archiduque muerto y enterrado con mi vida? Era un verano espléndido como nunca y prometía serlo todavía más; todos mirábamos el mundo sin inquietud. Recuerdo que en mi último día de estancia en Baden paseé con un amigo por los viñedos y un viejo viñador nos dijo:

—No hemos tenido un verano parecido desde hacía mucho tiempo. Si sigue así, tendremos una cosecha nunca vista. ¡La gente recordará este verano!

Aquel viejo con delantal blanco de tonelero no sabía qué verdad tan terrible encerraban sus palabras.

El mismo ambiente despreocupado reinaba en Le Coq, el pequeño balneario cerca de Ostende, donde yo tenía la intención de pasar dos semanas antes de alojarme, como todos los años, en la pequeña villa de Verhaeren. Los veraneantes aparecían tumbados en la playa bajo sombrillas de colores o se bañaban; los niños hacían volar sus cometas y los jóvenes bailaban en el rompeolas delante de los cafés. Todas las naciones imaginables estaban pacíficamente reunidas allí; ante todo se oía hablar alemán porque, como todos los años, la vecina Renania prefería enviar a sus veraneantes a las playas belgas. El único estorbo procedía de los rapazuelos que repartían los periódicos, los cuales, para vender, se desgañitaban anunciando los amenazadores titulares de los diarios de París: *L'Autriche provoque la Russie, L'Allemagne prépare la mobilisation*. Se podía observar cómo se oscurecían, aunque sólo por unos minutos, los rostros de quienes compraban la prensa. Al fin y al cabo, conocíamos aquellos conflictos diplomáticos desde hacía años; siempre se resolvían en el último momento, antes de que las cosas fueran de mal en peor. ¿Por qué no en esta ocasión también? Media hora después volvíamos a ver a la misma gente divirtiéndose, chapoteando en el agua, las cometas volaban, las gaviotas revoloteaban y el sol sonreía claro y cálido sobre aquella tierra en paz.

Pero las malas noticias se iban acumulando y cada vez eran más amenazadoras. Primero el ultimátum de Austria a Serbia, después la respuesta evasiva, los telegramas entre los monarcas y, al final, las movilizaciones ya apenas disimuladas. Nada me retenía en aquel remoto rincón. Todos los días cogía el tren eléctrico hasta Ostende para estar más cerca de las noticias, que cada vez eran peores. La gente seguía bañándose, los hoteles

continuaban llenos, los veraneantes seguían paseando por el rompeolas, riendo y charlando. Pero por primera vez algo nuevo se entrometió en la placentera escena. De repente empezamos a ver soldados belgas, que hasta entonces nunca habían pisado la playa. Se veían carretones cargados de ametralladoras tirados por perros (curiosa peculiaridad del ejército belga).

Yo estaba sentado en un café con unos amigos belgas, un joven pintor y el escritor Crommelynck. Habíamos pasado la tarde en casa de James Ensor, el pintor contemporáneo más importante de Bélgica, un hombre muy especial, solitario y reservado, más satisfecho de los pequeños y pésimos valses y polcas que componía para las bandas militares que de sus cuadros fantásticos, pintados con relucientes colores. Nos había mostrado sus obras, a decir verdad de bastante mala gana, porque le parecía grotesca la idea de que alguien pudiera comprarle alguna. Su sueño, como contó riendo a los amigos, era venderlas caras, pero a la vez poder conservarlas todas, porque con la misma avidez se apegaba al dinero que a cada uno de aquellos cuadros. Cada vez que se desprendía de uno, pasaba varios días desesperado. Aquel genial Harpagón nos había puesto de buen humor con sus extravagantes manías y, cuando pasó por delante de nosotros una tropa de soldados con una ametralladora tirada por perros, uno de nosotros se puso de pie y acarició a uno de los animales, cosa que enfureció al oficial al mando del pelotón, temeroso de que aquellos mimos a un objeto bélico pudieran menoscabar la dignidad de una institución militar.

—¿A qué vienen todos estos estúpidos desfiles? gruñó alguien a nuestro alrededor.

Y otro le contestó irritado:

—¿Acaso no hay que tomar precauciones? Se dice que, en caso de guerra, los alemanes pasarán por nuestro país.

—¡Imposible! —dije yo, sinceramente convencido, porque en aquel viejo mundo todavía creíamos que los tratados eran sagrados—. Si algo ocurriera y Francia y Alemania se aniquilaran mutuamente hasta el último hombre, vosotros los belgas permaneceríais tranquilamente a cubierto.

Pero nuestro pesimista no se daba por vencido. Tenía que haber alguna razón, dijo, para que se tomaran semejantes medidas en Bélgica. Desde hacía algunos años corrían rumores acerca de un plan secreto del estado mayor alemán para invadir Bélgica en caso de tener que atacar a Francia a pesar de todos los tratados firmados. Pero yo tampoco me di por vencido. Me parecía de lo más absurdo que, mientras miles y miles de alemanes disfrutaban, indolentes y felices, de la hospitalidad de aquel pequeño país que no tenía arte ni parte en la reyerta, hubiera un ejército en la frontera a punto de invadirlo.

—¡Qué disparate! —dije—. ¡Colgadme de esta farola, si los alemanes entran en Bélgica!

Todavía ahora doy las gracias a mis amigos por no haberme tomado la palabra.

Pero luego vinieron los últimos días críticos de julio y, de hora en hora, cada nueva noticia contradecía la anterior; los telegramas del emperador Guillermo al zar y del zar al emperador Guillermo, la declaración de guerra a Serbia por parte de Austria, el asesinato de Jaurés. Daba la sensación de que iba en serio. De repente se levantó un frío viento de miedo en la playa, que la barrió

hasta dejarla completamente vacía. La gente, a miles, dejó los hoteles y tomó los trenes por asalto; incluso las personas de más buena fe se apresuraron a hacer las maletas. Yo también; tan pronto como oí la noticia de la declaración de guerra por parte de los austríacos, me aseguré un billete, y la verdad es que llegué justo a tiempo, porque el expreso de Ostende fue el último tren que cubrió el trayecto entre Bélgica y Alemania. Viajamos de pie en los pasillos, nerviosos e impacientes, hablando unos con otros. Nadie logró leer o permanecer sentado y quieto, en cada estación nos precipitábamos fuera del tren para recoger más noticias, con la secreta esperanza de que alguna mano decidida contuviera la fatalidad que se había desencadenado. Todavía no creíamos en la guerra y, menos aún, en una invasión de Bélgica. El tren se acercaba lentamente a la frontera. Pasamos por Verviers, la estación fronteriza belga. Subieron al tren revisores alemanes: en diez minutos estaríamos en territorio alemán.

Pero, a medio camino de Herbestahl, la primera estación alemana, el tren se detuvo de repente en campo abierto. Nos apretujamos contra las ventanas de los pasillos. ¿Qué había ocurrido? A oscuras vi pasar un tren de carga tras otro en dirección contraria: vagones abiertos o cubiertos con lonas, bajo las cuales me pareció ver vagamente la amenazadora silueta de unos cañones. Me dio un vuelco el corazón. Debía de ser la ofensiva del ejército alemán. Pero quizá —me dije para consolarme— sólo era una medida defensiva, sólo una amenaza de movilización y no la movilización propiamente dicha. Y es que en momentos de peligro la voluntad de seguir teniendo esperanza siempre se hace mayor. Finalmente apareció la señal de «vía libre», el tren reanudó la

marcha y entró en la estación de Herbestahl. Bajé los escalones de un salto para ir a buscar un periódico y pedir información. Pero la estación estaba ocupada por el ejército. Cuando quise entrar en la sala de espera, un funcionario barbiblanco y severo apostado ante la puerta cerrada me lo impidió: prohibido el paso a las dependencias de la estación. Pero yo ya había oído a través de los cristales de la puerta, cuidadosamente tapados, el chirrido de los sables y los golpes secos de las culatas en el suelo. No cabía duda, se había puesto en movimiento lo que nos parecía monstruoso: la invasión alemana de Bélgica en contra de todos los estatutos del derecho internacional. Con un escalofrío de horror volví al tren y proseguí mi viaje de regreso a Austria. No había la menor duda: iba derecho a la guerra.

¡A la mañana siguiente estaba en Austria! En todas las estaciones habían pegado carteles anunciando la movilización general. Los trenes se llenaban de reclutas recién alistados, ondeaban las banderas, retumbaba la música y en Viena encontré toda la ciudad inmersa en un delirio. El primer espectro de esa guerra que nadie quería, ni la gente ni el gobierno, aquella guerra con la que los diplomáticos habían jugado y faroleado y que después, por chapuceros, se les había escurrido entre los dedos en contra de sus propósitos, había desembocado en un repentino entusiasmo. Se formaban manifestaciones en las calles, de pronto flameaban banderas y por doquier se oían bandas de música, los reclutas desfilaban triunfantes, con los rostros iluminados, porque la gente los vitoreaba, a ellos, los hombrecitos de cada día, en quienes nadie se había fijado nunca y a quienes nadie había agasajado jamás.

En honor a la verdad debo confesar que en aquella primera salida a la calle de las masas había algo grandioso, arrebatador, incluso cautivador, a lo que era difícil sustraerse. Y, a pesar del odio y la aversión a la guerra, no quisiera verme privado del recuerdo de aquellos primeros días durante el resto de mi vida; miles, cientos de miles de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo. Una ciudad de dos millones y un país de casi cincuenta sentían en aquel momento que participaban en la Historia Universal, que vivían una hora irrepetible y que todos estaban llamados a arrojar su insignificante «yo» dentro de aquella masa ardiente para purificarse de todo egoísmo. Por unos momentos todas las diferencias de posición, lengua, raza y religión se vieron anegadas por el torrencial sentimiento de fraternidad. Los extraños se hablaban por la calle, personas que durante años se habían evitado entre sí ahora se daban la mano, por doquier se veían rostros animados. Todos los individuos experimentaron una intensificación de su yo, ya no eran los seres aislados de antes, sino que se sentían parte de la masa, eran pueblo, y su «yo», que de ordinario pasaba inadvertido, adquiría un sentido ahora. El pequeño funcionario de correos que solía clasificar cartas de la mañana a la noche, de lunes a viernes sin interrupción, el oficinista, el zapatero, a todos ellos de repente se les abría en sus vidas otra posibilidad, más romántica: podían llegar a héroes; y las mujeres homenajeaban ya a todo aquel que llevara uniforme y los que se quedaban en casa los saludaban respetuosos de antemano con este romántico nombre. Aceptaban la fuerza desconocida que los elevaba por encima de la vida cotidiana; las madres y esposas incluso se avergonzaban,

en aquellas horas de la primera euforia, de manifestar su aflicción y congoja, sentimientos por lo demás muy naturales. Tal vez, empero, intervenía también en aquella embriaguez una fuerza más profunda y misteriosa. Aquella marejada irrumpió en la humanidad tan de repente y con tanta fuerza, que, desbordando la superficie, sacó a flor de piel los impulsos y los instintos más primitivos e inconscientes de la bestia humana: lo que Freud llamó con clarividencia «desgana de cultura», el deseo de evadirse de las leyes y las cláusulas del mundo burgués y liberar los viejos instintos de sangre. Quizás esas fuerzas oscuras también tuvieran algo que ver con la frenética embriaguez en la que todo se había mezclado, espíritu de sacrificio y alcohol, espíritu de aventura y pura credulidad, la vieja magia de las banderas y los discursos patrióticos: la inquietante embriaguez de millones de seres, difícil de describir con palabras, que por un momento dio un fuerte impulso, casi arrebatador, al mayor crimen de nuestra época.

La generación de hoy, que sólo ha sido testigo del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, quizá se pregunte: ¿por qué *nosotros* no hemos vivido lo mismo? ¿Por qué en 1939 las masas no se inflamaron con el mismo entusiasmo que en 1914? ¿Por qué, calladas y fatalistas, obedecieron a la llamada sólo con seriedad y decisión? ¿Acaso no se trataba de lo mismo? Mirándolo bien, ¿no estaba en juego todavía algo más, algo más sagrado, más sublime, en esta guerra nuestra actual, que ha sido una guerra de ideas y no simplemente de fronteras y colonias?

La respuesta es simple: porque nuestro mundo de 1939 ya no disponía de tanta credulidad ingenua e infantil como el de 1914. Por aquel entonces la gente aún

confiaba a pies juntillas en sus autoridades; en Austria nadie hubiese osado pensar que el veneradísimo padre de la patria, el emperador Francisco José, a sus ochenta y cuatro años pudiera haber llamado a su pueblo a la guerra sin haberse visto obligado a ello por una fuerza mayor, ni que le hubiera pedido un sacrificio cruento, si no fuera porque enemigos malvados, pérfidos y criminales amenazaban la paz del imperio. Los alemanes, a su vez, habían leído los telegramas de su emperador al zar en los que su monarca luchaba por la paz; un gran respeto hacia los «superiores», los ministros, los diplomáticos y hacia su juicio y honradez, animaba todavía al hombre de la calle. Si había guerra, por fuerza tenía que ser contra la voluntad de sus gobernantes; ellos no podían tener la culpa, nadie del país la tenía. Por lo tanto, los criminales, los instigadores de la guerra tenían que ser los del otro país; era legítima defensa alzarse en armas, legítima defensa contra un enemigo pérfido y ruin que, sin motivo alguno, «atacaba» a las pacíficas Austria y Alemania. En 1939, en cambio, esta fe casi religiosa en la probidad o, al menos, en la competencia del propio gobierno, ya había desaparecido en toda Europa. La gente menospreciaba la diplomacia desde que había visto, irritada, cómo ésta traicionaba en Versalles la posibilidad de una paz duradera; los pueblos conservaban demasiado vivo el recuerdo de la desvergüenza con que los habían engañado con promesas de desarme y abolición de la diplomacia secreta. En el fondo, en 1939 no se tenía respeto por ningún hombre de Estado y nadie les confiaba de buena fe su destino. El más insignificante barrendero francés se mofaba de Daladier; en Inglaterra, desde Munich («*peace for our time!*»), se había esfumado la confianza en la visión de

futuro de Chamberlain; en Italia y Alemania, las masas dirigían sus miradas angustiadas hacia Mussolini y Hitler: ¿a dónde nos conducirían ahora? Es verdad que nadie podía oponerse, pues estaba en juego la patria: y los soldados cogieron el fusil y las mujeres soltaron a sus hijos, pero ya no como antes, ya sin esa fe ciega en que el sacrificio era inevitable. Obedecían, pero no lanzaban gritos de júbilo. Iban al frente, pero ya no soñaban con ser héroes; los pueblos y los individuos habían empezado a darse cuenta de que sólo eran víctimas de la estupidez humana o política o de una fuerza del destino malévola e incomprensible.

Además, en 1914, después de casi medio siglo de paz, ¿qué sabían las grandes masas de la guerra? No la conocían. Apenas habían pensado en ella. Era una leyenda y precisamente la distancia la había convertido en algo heroico y romántico. Seguían viéndola desde la perspectiva de los libros de texto y de los cuadros de los museos: espectaculares cargas de caballería con flamantes uniformes; el balazo mortal siempre disparado noblemente en medio del corazón; la campaña militar entera era una clamorosa marcha triunfal. «Por Navidad volveremos todos a casa», gritaban a sus madres los reclutas, sonriendo, en agosto de 1914. ¿Quién, en los pueblos y ciudades, recordaba la guerra «de verdad»? A lo sumo, cuatro viejos que en 1866 habían combatido contra Prusia, el país aliado de aquel momento, ¡y vaya una guerra más rápida, incruenta y lejana!: una campaña de tres semanas que terminó sin muchas víctimas y antes de haber tomado aliento siquiera. Una veloz excursión al romanticismo, una aventura alocada y varonil: he aquí cómo se imaginaba la guerra el hombre sencillo de 1914, y los jóvenes incluso temían que les faltara este

maravilloso y apasionante episodio en su vida; por eso corrieron fogosos a agruparse bajo las banderas, por eso gritaban y cantaban en los trenes que los llevaban al matadero, la roja oleada de sangre corría impetuosa y delirante por la venas de todo el imperio. La generación de 1939, en cambio, ya no se engañaba. Conocía la guerra. Sabía que no era romántica, sino bárbara. Sabía que duraría años y más años, un lapso de tiempo insustituible en la vida. Sabía que los soldados no iban al encuentro del enemigo engalanados con hojas de encina en la cabeza y cintas de colores, sino que holgazaneaban durante semanas en las trincheras y los cuarteles, comidos por los piojos y medio muertos de sed, que los harían añicos y los mutilarían desde lejos sin siquiera haber visto al enemigo cara a cara. Conocían de antemano, a través de los periódicos y el cine, las nuevas artes de aniquilamiento, de una técnica diabólica, sabían que los enormes tanques aplastaban a los heridos que encontraban a su paso y que los aviones despedazaban a mujeres y niños en la cama; sabían que una guerra mundial en el año 1939, gracias a su mecanización inhumana, sería mil veces más vil, brutal y cruel que cualquier otra anterior. Ya nadie de la generación de 1939 creía en la justicia de una guerra querida por Dios, y peor aún: ya nadie creía siquiera en la justicia y en la durabilidad de la paz conseguida por medio de la guerra, pues todavía estaba demasiado vivo el recuerdo de todos los desengaños que había traído la última: miseria en vez de riqueza, amargura en vez de satisfacción, hambre, inflación, revueltas, pérdida de las libertades civiles, esclavitud bajo la férula del Estado, una inseguridad enervante y una desconfianza de todos hacia todos.

He aquí la diferencia. La guerra del 39 tenía un cariz ideológico, se trataba de la libertad, de la preservación de un bien moral; y luchar por una idea hace al hombre duro y decidido. La guerra del 14, en cambio, no sabía de realidades, servía todavía a una ilusión, al sueño de un mundo mejor, justo y en paz. Y sólo la ilusión, no el saber, hace al hombre feliz. Por eso las víctimas de entonces iban alegres y embriagadas al matadero, coronadas de flores y con hojas de encina en los yelmos, y las calles retronaban y resplandecían como si se tratara de una fiesta.

El hecho de que yo no sucumbiera a esta repentina embriaguez de patriotismo no se debió a ninguna sobriedad o clarividencia especiales, sino a la forma de vida que había llevado hasta entonces. Dos días antes me encontraba aún en «tierra enemiga» y así había podido convencerme de que las grandes masas belgas eran tan pacíficas y estaban tan desprevenidas como nuestro pueblo. Además, había llevado una vida cosmopolita durante demasiado tiempo como para poder odiar de la noche a la mañana a un mundo que era tan mío como lo era mi padre. Desde hacía tiempo desconfiaba de la política y, precisamente en los últimos años, en innumerables conversaciones con amigos franceses e italianos, había discutido lo absurdo de la posibilidad de una guerra. En cierto modo, pues, mi desconfianza me había vacunado contra una infección de entusiasmo patriótico y, preparado como estaba contra el ataque febril de las primeras horas, me mantuve firme y decidido a no permitir que una guerra fratricida, provocada por torpes diplomáticos y brutales industrias bélicas, hiciera tambalear mi convicción y fe en la necesaria unidad de Europa.

En consecuencia, desde el primer momento, en mi fuero interno me sentí seguro como ciudadano del mundo; más difícil me resultó encontrar la actitud idónea como ciudadano de una nación. Aunque había cumplido los treinta y dos años, de momento no tenía ninguna obligación militar, porque en todas las revisiones me habían declarado inútil, algo de lo que en su momento me había alegrado de corazón. En primer lugar, el haber pasado a la reserva me ahorró todo un año que habría desperdiciado estúpidamente en el servicio militar y, en segundo lugar, me parecía un criminal anacronismo que, en el siglo XX, se adiestrara a las personas en el manejo de instrumentos homicidas. La actitud correcta para un hombre de mis convicciones habría sido declararme *conscientious objector*, algo que en Austria, al contrario que en Inglaterra, estaba castigado con las más duras penas imaginables y requería un auténtico espíritu de mártir. Debo decir —y no me avergüenza confesar públicamente este defecto— que el heroísmo no forma parte de mi carácter. En todas las situaciones peligrosas, mi actitud natural ha sido siempre la de esquivarlas y en más de una ocasión tuve que tragarme el reproche —quizá justificado— de persona indecisa, que tantas veces le habían hecho también a mi venerado maestro de un siglo ajeno, Erasmo de Rotterdam. Por otro lado, en aquella época resultaba igualmente insoportable para un hombre relativamente joven esperar a que lo sacaran de la oscuridad para dejarlo en algún lugar que no le correspondía. De modo que busqué una actividad en la que pudiera hacer algo sin parecer un agitador, y la circunstancia de que un amigo, oficial de alta graduación, trabajara en el archivo hizo posible que me emplearan allí. Tenía que prestar servicio en la

biblioteca, para lo cual resultaba útil mi conocimiento de lenguas, y también corregir estilísticamente muchos comunicados dirigidos al público. Desde luego no era una actividad gloriosa, lo reconozco de buen grado, pero sí algo que a mí personalmente me parecía más adecuado que clavar una bayoneta en las tripas de un campesino ruso. No obstante, lo que acabó por decidirme a aceptarlo fue el hecho de que al terminar la jornada de aquel servicio no demasiado fatigoso, me quedaba tiempo para dedicarlo a otro que para mí era el más importante en aquella guerra: el servicio al futuro entendimiento mutuo.

Más difícil que mi situación oficial era la que ocupaba en mi círculo de amigos. Con poca formación europea, viviendo en un horizonte plenamente alemán, la mayoría de nuestros escritores creía que su mejor contribución consistía en alimentar el entusiasmo de las masas y en cimentar la presunta belleza de la guerra con llamadas poéticas o ideologías científicas. Casi todos los escritores alemanes, con Hauptmann y Dehmel a la cabeza, se creían obligados, como los bardos en épocas protogermánicas, a enardecer a los guerreros con canciones e himnos rúnicos para que entregaran sus vidas con entusiasmo. Llovían en abundancia los poemas que rimaban *krieg* (guerra) con *sieg* (victoria) y *not* (penuria) con *tod* (muerte). Los escritores juraron solemnemente que jamás volverían a tener relación cultural con ningún francés ni inglés, y más aún: de la noche a la mañana negaron que hubiera existido nunca una cultura inglesa y una cultura francesa. Todo aquello era inferior y fútil comparado con la esencia alemana, el arte alemán y el modo de ser alemán. Los eruditos fueron aún más severos. De repente, los filósofos no conocían otra

sabiduría que la de explicar la guerra como un benéfico «baño de aguas ferruginosas» que guardaba del decaimiento a las fuerzas de los pueblos. Los apoyaban los médicos, los cuales elogiaban tanto sus prótesis, que uno casi tenía ganas de amputarse una pierna sana y sustituirla por otra artificial. Los sacerdotes de todas las confesiones tampoco querían quedar rezagados y se unían al coro; a veces era como oír a una horda de poseídos, pero en realidad eran los mismos a los que, una semana o un mes antes, admirábamos por su sentido común, su fuerte personalidad y su actitud humana.

Ahora bien, lo más estremecedor de ese desvarío era la sinceridad de la mayoría de estos hombres. Los más, demasiado viejos o físicamente ineptos para el servicio militar, se creían honestamente obligados a colaborar con cualquier «servicio». Todo lo que habían creado lo debían a la lengua y, por lo tanto, al pueblo. Y, así, querían servir al pueblo a través de la lengua y le daban a oír lo que quería oír: que en aquella guerra la justicia se inclinaba únicamente de su lado y la injusticia del de los demás, que Alemania ganaría y los adversarios sucumbirían ignominiosamente Y todo ello sin pensar ni por un momento en que de este modo traicionaban la verdadera misión del escritor, que consiste en defender y proteger lo común y universal en el hombre. Algunos, cierto, pronto experimentaron el amargo sabor del hastío de sus propias palabras, cuando se evaporó el aguardiente del primer entusiasmo. Pero en aquellos primeros meses se oía más a los que vociferaban con más furia y por eso cantaban y gritaban, aquí y allí, en un coro chillón.

Para mí, el caso más típico y trágico de aquel éxtasis a la vez sincero e insensato fue el de Ernst Lissauer. Lo

conocía bien. Escribía pequeños poemas concisos y duros y, a pesar de todo, era el hombre más bonachón que quepa imaginar. Todavía hoy recuerdo que tuve que morderme la lengua para reprimir una sonrisa la primera vez que me visitó. Maquinalmente me lo había imaginado como un joven delgado, fuerte y huesudo, en consonancia con sus versos lapidarios alemanes que en todo buscaban la máxima concisión. Pero la persona que entró balanceándose en mi habitación era un hombrecito corpulento, gordo como un tonel, de cara simpática sobre una doble papada, rebosante de celo y de amor propio, que tartamudeaba a veces, obsesionado por la poesía e imparable cuando se proponía citar y recitar sus versos. A pesar de tantas ridiculeces, uno le tomaba cariño a la fuerza, porque era de lo más cordial, amigable, leal y poseído por una devoción casi demoníaca por su arte.

Procedía de una familia alemana acaudalada, se había educado en el instituto «Federico Guillermo» de Berlín y era quizás el judío más prusiano o más asimilado a los prusianos que he conocido. No hablaba otra lengua viva y nunca había salido de Alemania. Para él Alemania era el mundo y, cuanto más alemana era una cosa, más le entusiasmaba. Sus héroes eran Yorck, Lutero y Stein, y su tema preferido era la guerra de la independencia alemana; a Bach, su dios de la música, lo interpretaba a la perfección a pesar de sus dedos cortos, gordos y fofos. Nadie conocía la lírica alemana mejor que él, nadie estaba más enamorado y cautivado que él por la lengua alemana: como muchos judíos cuyas familias se habían integrado tarde en la cultura alemana, creía con más fervor en Alemania que el alemán más creyente.

Cuando estalló la guerra, lo primero que hizo fue correr al cuartel para alistarse como voluntario. Me imagino la carcajada del sargento mayor y del cabo cuando aquella gruesa mole subió jadeando las escaleras. En seguida lo despacharon. Lissauer estaba desesperado, pero, como los demás, quiso servir entonces a Alemania al menos con la poesía. Para él era una verdad más que garantizada todo cuanto publicaban los periódicos alemanes y lo que decían los comunicados de guerra alemanes. Su país había sido atacado y el peor criminal era, según la escenificación difundida desde la Wilhelmstrasse, aquel pérfido lord Grey, ministro de Asuntos Exteriores inglés. El sentimiento de que Inglaterra era la principal culpable de la guerra contra Alemania lo expresó en un «Canto de odio a Inglaterra», un poema que —no lo tengo delante de mí— en versos duros, concisos y expresivos elevaba el odio hacia Inglaterra a la condición de un juramento eterno de no perdonarla jamás por su «crimen». Fatalmente pronto se hizo evidente lo fácil que resulta trabajar con el odio (aquel judío rechoncho y obcecado, Lissauer, se anticipó al ejemplo de Hitler). El poema cayó como una bomba en un depósito de municiones. Quizá nunca otro poema, ni siquiera «Guardia a orillas del Rhin», corrió en Alemania de boca en boca tan deprisa como el famoso «Canto de odio a Inglaterra». El emperador estaba entusiasmado con él y concedió a Lissauer la cruz del Águila Roja, todos los periódicos publicaron el poema, los maestros lo leían a los niños en las escuelas, los oficiales mandaban formar a los soldados y se lo recitaban, hasta que todo el mundo acabó por aprenderse de memoria aquella letanía de odio. Pero no fue suficiente. El poemita, musicado y adaptado para coro,

se representó en los teatros; entre los setenta millones de alemanes pronto no había ni uno que no supiera el «Canto de odio a Inglaterra» de cabo a rabo, como también pronto lo supo el mundo entero (aunque, claro está, con menos entusiasmo). De la noche a la mañana, Ernst Lissauer conoció la fama más ardiente que ningún otro poeta consiguiera en aquella guerra: una fama, por cierto, que lo quemó como la túnica de Neso, porque, justo al terminar la guerra y cuando los comerciantes quisieron volver a hacer negocio, los políticos se apresuraron honradamente a llegar a un acuerdo e hicieron lo posible para desmentir aquel poema que fomentaba la enemistad eterna con Inglaterra. Y para librarse de la parte de culpa que les correspondía, pusieron en la picota al pobre «Lissauer del odio», acusándolo públicamente de ser el único culpable de la insensata histeria de odio que en 1914 habían compartido todos, del primero al último. En 1919 le volvieron la espalda todos aquellos que en 1914 lo habían elogiado. Los periódicos no volvieron a publicar su poema; cuando Lissauer se presentaba ante sus colegas, se hacía un silencio de consternación. Después, abandonado por todos, Hitler lo desterró de la Alemania que él había amado con todas las fibras de su ser y murió olvidado, trágica víctima de un poema que lo había encumbrado tanto para luego hundirlo más todavía.

Tal como Lissauer eran todos los demás. Sus sentimientos eran sinceros y también lo eran sus intenciones, como las de todos aquellos escritores, profesores y patriotas de última hora. No lo niego. Pero no se tardó mucho en ver el terrible daño que causaron con su apología de la guerra y sus orgías de odio. En 1914 todos los países beligerantes se encontraban ya de

por sí en un tremendo estado de sobrexcitación; el peor rumor en seguida se convertía en verdad y la calumnia más absurda era creída a pies juntillas. Docenas de personas juraban en Alemania que justo antes de estallar la guerra habían visto con sus propios ojos automóviles cargados de oro que iban de Francia a Rusia; las historias sobre ojos vaciados y manos cortadas, que en todas las guerras empiezan a circular puntualmente al tercer o cuarto día, llenaban los periódicos. Ah, los ignorantes que difundían tales mentiras no sabían que la técnica de culpar a los soldados enemigos de todas las crueldades imaginables forma parte del material bélico tanto como la munición y los aviones, y que se sacan regularmente de los arsenales en todas las guerras. No se puede armonizar la guerra con la razón y el sentimiento de justicia. La guerra, que necesita de un estado de exaltación sentimental, exige entusiasmo por la causa propia y el odio al enemigo.

Ahora bien, es propio de la naturaleza humana que los sentimientos arrojados no se prolonguen hasta el infinito, ni en el individuo ni en el pueblo, cosa que sabe perfectamente la organización militar. Por eso le hace falta un estímulo artificial, un *dopping* constante de excitación, y esta labor de incitación les correspondía a los intelectuales, los poetas, los escritores y los periodistas (con buena o mala conciencia, llevados por su honradez o por rutina profesional). Habían hecho redoblar el tambor del odio con fuerza, hasta penetrar en el oído de los más imparciales y estremecerles el corazón. Casi todos servían obedientemente a la «propaganda de guerra» en Alemania, Francia, Italia, Rusia y Bélgica y, por lo tanto, al delirio y el odio colectivos de la guerra, en vez de combatirla.

Las consecuencias fueron catastróficas. En aquella época, cuando la propaganda nunca se había utilizado en tiempos de paz, los pueblos creían a pies juntillas —a pesar de los mil desengaños— todo cuanto salía impreso. Y así, el entusiasmo puro, bello y abnegado de los primeros días se fue convirtiendo poco a poco en una orgía de sentimientos de lo más estúpida y perniciosa. Se «combatía» a Francia e Inglaterra en Viena y en Berlín, en la Ringstrasse y en la Friedrichstrasse, cosa mucho más cómoda. Los letreros franceses e ingleses tuvieron que desaparecer de los comercios, incluso un convento que se llamaba «La doncella inglesa» tuvo que cambiar de nombre, porque irritaba a la gente, ignorante del hecho de que aquí «inglés» se refería a «ángel» y no a «anglosajón». Comerciantes probos y honrados sellaban o timbraban sus cartas con la frase «Dios castigue a Inglaterra» y damas de la alta sociedad juraban (y lo escribían en cartas a los periódicos) que mientras vivieran, nunca más pronunciarían una frase en francés. Shakespeare fue proscrito de los escenarios alemanes; Mozart y Wagner, de las salas de conciertos franceses e ingleses; los profesores alemanes explicaban que Dante era germánico; los franceses, que Beethoven era belga; sin escrúpulos requisaban los bienes culturales de los países enemigos, del mismo modo que los cereales y los minerales. No bastaba con que todos los días miles de ciudadanos pacíficos de aquellos países se matasen mutuamente en el frente: en la retaguardia se insultaba y difamaba a los grandes muertos de los países enemigos que desde hacía siglos reposaban mudos en sus tumbas. La confusión mental se volvía cada vez más absurda. La cocinera ante los fogones, que nunca había salido de su ciudad ni había abierto un atlas desde que iba a la

escuela, creía que Austria no podía vivir sin el «Sandchack» (pequeño distrito fronterizo en algún lugar de Bosnia). Los cocheros discutían en la calle qué indemnización de guerra se debía imponer a Francia: si cincuenta mil o cien mil millones, sin saber de qué cifras hablaban. No hubo una sola ciudad ni un solo grupo que no cayera en esa espantosa histeria del odio. Los curas lo predicaban desde los altares y los socialdemócratas, que un mes antes habían estigmatizado el militarismo como el peor de los crímenes, ahora alborotaban más que nadie para no parecer «sujetos sin patria», según palabras del emperador Guillermo. Era la guerra de una generación desprevenida; y su mayor peligro radicaba precisamente en la fe intacta de los pueblos en la justicia unilateral de su causa.

En aquellas primeras semanas de guerra de 1914 se hacía cada vez más difícil mantener una conversación sensata con alguien. Los más pacíficos, los más benévolos, estaban como ebrios por los vapores de sangre. Amigos que había conocido desde siempre como individualistas empedernidos e incluso como anarquistas intelectuales, se habían convertido de la noche a la mañana en patriotas fanáticos y, de patriotas, en anexionistas insaciables. Todas las conversaciones acababan en frases estúpidas como: «Quien no es capaz de odiar, tampoco lo es de amar de veras», o en rudas sospechas. Camaradas con los que no había discutido en años me acusaban groseramente diciéndome que yo ya no era austríaco, que me fuera a Francia o a Bélgica. Más aún: insinuaban con cautela que se debía informar a las autoridades de opiniones como la de que aquella guerra era un crimen, porque los *défaitistes* (esta bella palabra

acababa de ser inventada en Francia) eran los peores criminales contra la patria.

Sólo había una salida: recogerse en sí mismo y callar mientras los demás delirasen y vociferasen. No era fácil, porque ni siquiera vivir en el exilio —y yo lo he conocido hasta la saciedad— es tan malo como vivir *solo* en la patria. En Viena me había distanciado de los amigos de antes y no era el momento para hacer nuevas amistades. Mantuve algunas conversaciones únicamente con Rainer Maria Rilke, porque nos comprendíamos íntimamente. También a él conseguimos reclamarlo para nuestro solitario archivo de guerra, pues habría sido la persona más inútil como soldado a causa de sus nervios hipersensibles, a los que la suciedad, los malos olores y los ruidos causaban un auténtico malestar físico. Cada vez que lo recuerdo vestido de uniforme, sonrío sin querer. Un día llamaron a la puerta. Al abrirla me encontré con un soldado de lo más tímido. Tuve un sobresalto. ¡Rilke, Rainer Maria Rilke disfrazado de militar! Tenía una pinta de desmañado que llegaba al corazón: encogido por el cuello duro y desconcertado ante la idea de tener que saludar con un taconazo a cualquier oficial que encontrara. Y puesto que se sentía mágicamente impelido hacia la perfección, incluso en medio de las fútiles formalidades del reglamento, se hallaba en un permanente estado de consternación.

—Detesto la ropa militar desde la escuela de cadetes —me dijo con su suave voz—. Creía que me había librado de ella para siempre y fíjate, ahora, a los casi cuarenta años, tengo que volver a ponérmela.

Por suerte había manos dispuestas a ayudarlo y protegerlo y pronto lo licenciaron gracias a una benévola

revisión médica. Regresó a mi despacho para despedirse, ahora ya vestido de paisano (casi habría tenido que decir que entró como un hálito, de tan silenciosamente como caminaba siempre). También venía para darme las gracias porque, a través de Rolland, yo había intentado salvar su biblioteca, confiscada en París. Por primera vez ya no parecía joven: era como si el pensamiento del horror le hubiera consumido.

—Me voy al extranjero —dijo—. ¡Ojalá todo el mundo pudiera irse al extranjero! La guerra es siempre una prisión.

Y se fue. Y yo volvía a estar solo.

Al cabo de unas semanas me mudé de casa. Decidido a eludir aquella peligrosa psicosis colectiva, me trasladé a un suburbio rural para, en medio de la guerra, empezar mi guerra personal: la lucha contra la traición de la razón, entregada a la pasión colectiva del momento.

LA LUCHA POR LA FRATERNIDAD ESPIRITUAL

En realidad no sirvió de nada recluirme. La atmósfera seguía siendo opresiva. Y por eso mismo comprendí que no bastaba con una actitud meramente pasiva, con no tomar parte en los burdos insultos contra el enemigo. Al fin y al cabo, uno era escritor, tenía la palabra y, por lo tanto, la obligación de expresar sus convicciones, aunque sólo fuese en la medida en que le era posible en una época de censura. Escribí un artículo titulado «A los amigos en tierra extraña» en el que, rehuyendo clara y rotundamente las fanfarrias de odio de los demás, confesaba que me mantendría fiel a todos mis amigos del extranjero —aunque de momento fuera imposible establecer contacto con ellos— con el fin de seguir trabajando conjuntamente, a la primera oportunidad, en la construcción de una cultura europea. Lo mandé al periódico alemán más leído. Con gran sorpresa mía, el *Berliner Tageblatt* no dudó en publicarlo íntegro. Sólo una frase, «sea quien sea al que corresponda la victoria», fue víctima de la censura, porque entonces no se toleraba ni la más pequeña duda de que Alemania saldría victoriosa, por supuesto, de aquella guerra mundial. Pero, incluso con esta restricción, el artículo me granjeó algunas cartas indignadas de lectores ultra patriotas que no comprendían cómo, en los tiempos que corrían, alguien podía hacer causa común con aquellos miserables enemigos. No me molestó demasiado. Nunca en mi vida había tenido la intención de convertir a los demás a mis

convicciones. Me bastaba con manifestarlas y, sobre todo, poderlas manifestar claramente.

Quince días después, cuando ya casi me había olvidado del artículo, recibí una carta con sello suizo y la estampilla de la censura en la que, por sus trazos familiares, inmediatamente reconocí la mano de Romain Rolland. Debió de leer el artículo, porque decía: «*Non, je ne quitterai jamais mes amis*». En seguida comprendí que aquellas pocas líneas suyas eran un intento de comprobar si era posible, estando en guerra, ponerse en contacto epistolar con un amigo austríaco. Le contesté a vuelta de correo. A partir de entonces nos escribimos con regularidad y nuestra correspondencia continuó después durante más de veinticinco años, hasta que la Segunda Guerra Mundial —más brutal que la Primera— rompió toda comunicación entre los países.

Aquella carta me proporcionó uno de los momentos más felices de mi vida: como una paloma blanca llegó del arca de la animalidad berreadora, pataleadora y vocinglera. No me sentía solo, sino de nuevo vinculado a una misma manera de pensar. Me sentí robustecido por la superior fuerza anímica de Rolland, porque sabía que, al otro lado de la frontera, él conservaba admirablemente bien su humanidad. Rolland había encontrado el único camino correcto que debe tomar personalmente el escritor en tiempos como aquéllos: no participar en la destrucción, en el asesinato, sino (siguiendo el grandioso ejemplo de Walt Whitman, que sirvió como enfermero en la Guerra de Secesión) colaborar en campañas de socorro y obras humanitarias. Viviendo en Suiza, dispensado del servicio militar a causa de su precaria salud, se había puesto inmediatamente a disposición de la Cruz Roja de Ginebra, donde se encontraba al inicio de la guerra, y

allí, en habitaciones abarrotadas, trabajó día tras día en la magnífica obra a la que más adelante traté de rendir un reconocimiento público en el artículo titulado «El corazón de Europa». Tras las horribles batallas de las primeras semanas se interrumpieron todas las comunicaciones; en todos los países, los parientes ignoraban si el hijo, el hermano o el padre había caído o sólo había desaparecido o lo habían hecho prisionero, y no sabían a quién preguntar, porque del «enemigo» no cabía esperar información alguna. En medio del horror y de la atrocidad, la Cruz Roja había asumido, como mínimo, la misión de descargar a la gente de la peor de las torturas: la atormentadora incertidumbre sobre el destino de las personas queridas, haciendo llegar la correspondencia de los prisioneros desde los países enemigos a sus respectivas patrias. Este organismo, creado hacía décadas, no estaba preparado para hacer frente a una situación de dimensiones tan descomunales y a las cifras millonarias; todos los días, todas las horas, se hacía patente la necesidad de ampliar el número de voluntarios, porque cada instante de angustiosa espera se volvía una eternidad para los familiares. A fines de diciembre de 1914 ya ascendían a treinta mil las cartas que la marea de la guerra acarreaba todos los días y al final llegaron a ser doscientas personas las que se apiñaban en el estrecho Museo Rath de Ginebra para organizar y contestar el correo diario. Y entre ellas trabajaba —en vez de dedicarse egoístamente a sus ocupaciones— el más humano de los escritores: Romain Rolland.

Sin embargo, no había olvidado su otro deber: el del artista comprometido, obligado a expresar sus convicciones, aunque fuera luchando contra la oposición

de su propio país e incluso contra la indignación de todo el mundo beligerante. En el otoño de 1914, cuando la mayoría de escritores se desgañitaban proclamando su odio, se escupían y se ladraban los unos a los otros, él ya había escrito aquella confesión memorable, «Au-dessus de la mêlée», en la que combatía el odio entre las naciones y reclamaba del artista justicia y humanidad incluso en medio de una guerra: un artículo que, como ningún otro de la época, provocó opiniones de todo tipo y dejó tras de sí toda una literatura de pros y contras.

He aquí, pues, lo que diferenciaba, para bien, la Primera Guerra Mundial de la Segunda: la palabra todavía tenía autoridad entonces. Todavía no la había echado a perder la mentira organizada, la «propaganda», la gente todavía hacía caso de la palabra escrita, la esperaba. En tanto que en 1939 ni una sola manifestación de un escritor producía el más mínimo efecto, ni para bien ni para mal, y en tanto que hoy ni un solo libro, opúsculo, artículo o poesía conmueve el corazón de las masas ni influye en su pensamiento, en 1914 una poesía de catorce versos, como aquel «Canto de odio» de Lissauer, una declaración tan necia como la de los «93 intelectuales alemanes» y, por otro lado, un artículo de ocho páginas como el «Au-dessus de la mêlée» de Rolland o una novela como *Le feu* de Barbusse, podían llegar a convertirse en todo un acontecimiento. Y es que la conciencia moral del mundo todavía no estaba tan agotada ni desalentada como lo está hoy, aún reaccionaba con vehemencia, con la fuerza de una convicción secular, ante cualquier mentira manifiesta, ante toda violación del derecho internacional y de los derechos humanos. Una violación de la ley, tal como la invasión de la neutral Bélgica por Alemania —

algo que hoy apenas sería objeto de críticas serias, desde que Hitler ha convertido la mentira en una cosa natural y ha elevado a la categoría de ley todo acto antihumano— en aquellos días todavía era capaz de sublevar al mundo de un extremo a otro. El fusilamiento de la enfermera Cavell y el torpedeamiento del Lusitania fueron más nefastos para Alemania —debido a un estallido de indignación ética universal— que una batalla perdida. En aquellos tiempos, cuando las olas de incesante cháchara de la radio no inundaban aún el oído y el alma de la gente, para el poeta, para el escritor francés, hablar no era en absoluto una acción estéril; al contrario: la manifestación espontánea de un gran escritor producía un efecto mil veces mayor que todos los discursos oficiales de los gobernantes, de los cuales se sabía que se adaptaban táctica y políticamente al momento y que, en el mejor de los casos, sólo decían verdades a medias. También en este aspecto de confianza en el escritor como mejor garante de un modo de pensar puro, aquella generación (tan decepcionada después) conservaba una fe infinitamente mayor. Ahora bien, los militares, y los organismos oficiales a su vez, puesto que conocían esta autoridad de los poetas, trataban de uncir a su servicio de instigación a todos los hombres de prestigio moral e intelectual: los llamaban para que declarasen, demostrasen, confirmasen y jurasen que todas las injusticias, todos los males venían de la parte contraria y que el derecho y la verdad eran exclusivos de la nación propia. Con Rolland no lo consiguieron. Para él, su misión no consistía en enrarecer todavía más la atmósfera cargada de odio, sobreexcitada por todos los medios de instigación, sino, todo lo contrario, en purificarla.

Quien hoy relea las ocho páginas del artículo «Au-dessus de la mêlée», probablemente ya no comprenderá el inmenso impacto que en su día tuvo; si alguien lo lee con los sentidos claros y fríos, verá que todo lo que Rolland postulaba en él no son sino obviedades de Perogrullo. Pero sus palabras fueron dichas en una época de locura colectiva que hoy difícilmente se puede reconstruir. Los ultrapatriotas franceses lanzaron un grito de horror cuando el artículo apareció, como si por un descuido hubiesen puesto la mano en un hierro candente. De la noche a la mañana sus mejores amigos boicotearon a Rolland, los libreros no se atrevieron a exponer el *Jean-Christophe*, las autoridades militares, que necesitaban el odio para estimular a los soldados, sopesaron la posibilidad de tomar medidas contra él, y apareció una retahíla de opúsculos con el argumento de *Ce qu'on donne pendant la guerre à l'humanité est volé a la patrie*. Pero, como de costumbre, los alaridos demostraron que el golpe había acertado de lleno en la diana. El debate sobre la postura del intelectual en tiempos de guerra ya era imparable y el problema quedaba inevitablemente planteado para cada individuo.

Entre todos los recuerdos extraviados, lo que más me apena es no disponer de las cartas de Rolland de aquellos años; la idea de que se destruyeran o se perdieran irremisiblemente en aquel nuevo diluvio me pesa como una responsabilidad, porque, prescindiendo del gran afecto que siento por su obra, considero posible que un día cuenten entre las páginas más bellas y humanas que se desprendieron de su gran corazón y su apasionada inteligencia. Escritas desde la desmesurada conmoción de un alma compasiva y con toda la fuerza de una exasperación impotente a un amigo del otro lado de la

frontera, por lo tanto oficialmente a un «enemigo», quizá constituyan los documentos morales más conmovedores de una época en la que comprender exigía un esfuerzo enorme y permanecer fiel a las propias convicciones requería un coraje inmenso. Esta correspondencia entre amigos pronto cristalizó en una propuesta concreta: Rolland me alentaba para que intentásemos invitar a los intelectuales más importantes de todas las naciones a una conferencia conjunta en Suiza, a fin de alcanzar una posición más digna y unitaria, y quizás incluso a lanzar una llamada solidaria al entendimiento mundial. Él, desde Suiza, se ocuparía de invitar a los intelectuales franceses y extranjeros, y yo, desde Austria, sondearía a los escritores patrios y alemanes que todavía no se hubiesen comprometido públicamente con la propaganda del odio. Me puse inmediatamente manos a la obra. El escritor alemán más importante y representativo de entonces era Gerhart Hauptmann. Ya que, para facilitarle tanto el «sí» como el «no», quería evitar abordarlo directamente, escribí a nuestro común amigo Walther Rathenau, pidiéndole que sondeara a Hauptmann de manera discreta y confidencial. Rathenau rehusó el encargo —no sé si de acuerdo o no con Hauptmann— diciendo que no era el momento de fomentar una paz espiritual. En realidad, allí se abortó la tentativa, pues Thomas Mann se hallaba entonces en campo contrario y, en un artículo sobre Federico el Grande, acababa de adoptar el punto de vista de los derechos alemanes. Rilke, a quien yo sabía a nuestro favor, se inhibía por principio de toda acción pública y colectiva. El antiguo socialista Dehmel firmaba las cartas, con un infantil orgullo patriótico, como «teniente Dehmel». En cuanto a Hofmannsthal y Jakob

Wassermann, en conversaciones privadas me había convencido de que tampoco se podía contar con ellos. De modo, pues, que no había muchas esperanzas por parte alemana, y Rolland tampoco tuvo demasiado éxito en Francia. En 1914 y en 1915 era demasiado pronto todavía, y la guerra parecía demasiado lejana a los hombres de la retaguardia. Estábamos solos.

Solos, aunque no del todo. Algo habíamos conseguido ya con nuestro intercambio epistolar: una primera idea general de las pocas docenas de hombres con los que podíamos contar de veras y de los que, tanto en los países neutrales como en los beligerantes, pensaban como nosotros; nos podíamos informar mutuamente sobre libros, artículos y opúsculos de un lado y otro, habíamos asegurado un cierto punto de cristalización al que podían adherirse nuevos elementos (un tanto vacilantes al principio, pero cada vez más numerosos y decididos, a medida que la presión de la época se volvía más abrumadora). La sensación de no hallarme en un vacío total me animó a escribir artículos más a menudo con el fin de sacar a la luz, a través de sus respuestas y reacciones, a los hombres aislados y escondidos que sentían como nosotros. Al fin y al cabo, tenía a mi disposición a los grandes periódicos alemanes y austríacos y, con ellos, contaba con un círculo de influencia nada desdeñable; en principio no tenía que temer oposición por parte de las autoridades, ya que nunca tocaba temas de actualidad política. Por influencia del viejo espíritu liberal, existía aún un gran respeto por todo lo literario y, cuando repaso los artículos que logré hacer llegar de contrabando a un amplísimo público, no puedo menos que manifestar mi respeto a las autoridades militares austríacas por su magnanimidad; en medio de

una guerra mundial pude ensalzar con entusiasmo a Berta von Suttner, la fundadora del pacifismo, que estigmatizó la guerra como el crimen de los crímenes, e informar punto por punto de *Le feu* de Barbusse en un periódico austríaco. Por supuesto teníamos que disponer de una cierta técnica para transmitir nuestras opiniones, inoportunas en tiempos de guerra, a amplios sectores de la población. Para describir el horror de la guerra y la indiferencia de la retaguardia, en Austria era necesario, claro está, poner de relieve los sufrimientos de un soldado de infantería «francés» en un artículo sobre *Le feu*, pero centenares de cartas del frente austríaco me demostraron con qué claridad los nuestros habían reconocido en él su propio destino. O bien, para expresar nuestras convicciones, optábamos por el método del aparente ataque recíproco. Por ejemplo, uno de mis amigos franceses polemizó en el *Mercure de France* con mi artículo «A los amigos en tierra extraña», pero, al reproducirlo traducido palabra por palabra dentro de esa pretendida polémica, no hizo otra cosa que introducirlo de contrabando en Francia, de modo que todo el mundo pudo leerlo (que era lo que se pretendía). Así cruzaban la frontera, de un lado para otro, haces de luz intermitente que no eran sino recordatorios. Un pequeño episodio posterior me demostró hasta qué punto los entendían aquellos a los que iban destinados. Cuando en mayo de 1915 Italia declaró la guerra a Austria, su antigua aliada, en nuestro país estalló una oleada de odio. Se insultó a todo lo italiano. Casualmente habían aparecido las memorias de un joven italiano de la época del *Risorgimento*, de nombre Carl Poerio, que describía una visita a Goethe. Para demostrar, en medio del vocerío de odio, que los italianos habían mantenido desde siempre

muy buenas relaciones con nuestra cultura, escribí, a modo de ejemplo, un artículo titulado «Un italiano en casa de Goethe» y como el libro había sido prologado por Benedetto Croce, aproveché la ocasión para dedicar unas palabras de sumo respeto a Croce. Unas palabras de admiración por un italiano eran, huelga decirlo, una clara declaración de intenciones en la Austria de entonces, donde no se podía rendir homenaje a ningún escritor o erudito de un país enemigo, y, en efecto, así fueron comprendidas mis palabras más allá de las fronteras. Croce, que a la sazón era ministro en Italia[4], me contó en una ocasión ulterior que un empleado del ministerio, que no sabía leer alemán, le había comunicado un tanto perplejo que el principal periódico enemigo publicaba algo contra él (porque era incapaz de concebir una referencia que no fuera adversa). Croce mandó traer el *Neue Freie Presse* y primero se sorprendió y luego se divirtió de lo lindo al encontrar en el periódico un homenaje en vez de un ataque.

No pretendo, ni mucho menos, dar demasiada importancia a esas tentativas aisladas. Huelga decir que no tuvieron ni la más mínima influencia en el curso de los acontecimientos. Pero nos ayudaron, tanto a nosotros como a muchos lectores desconocidos. Mitigaron el horrible aislamiento y la desesperación moral en los que se encontraba el hombre del siglo XX dotado de sentimientos realmente humanos. Y en los que, me temo, se encuentra también hoy, después de veinticinco años, igual de impotente ante la prepotencia o incluso más. Yo era entonces plenamente consciente de que, con aquellas pequeñas protestas y argucias, no conseguiría librarme de la verdadera carga; poco a poco fue naciendo dentro de mí el plan de una obra en la que no sólo pudiera contar

detalles personales, sino también exponer todas mis ideas sobre la época y la gente, sobre la catástrofe y la guerra.

Ahora bien, para poder describir la guerra en una síntesis literaria me faltaba, si bien se mira, lo más importante: verla. Hacía casi un año que estaba anclado en aquella oficina y «lo más importante», la realidad y la atrocidad de la guerra, ocurría en una lejanía invisible. Varias veces se me había presentado la ocasión de ir al frente: periódicos importantes me habían pedido por tres veces que me fuera con el ejército como corresponsal. Pero cualquier descripción de la guerra habría implicado la obligación de presentarla en un sentido exclusivamente positivo y patriótico, y yo me había jurado (un juramento que mantuve también en 1940) no escribir jamás una palabra que aprobara la guerra o desacreditara a otra nación. Y entonces surgió casualmente una oportunidad. La gran ofensiva austro-alemana había cruzado las líneas rusas cerca de Tarnów en la primavera de 1915 y había conquistado Galitzia y Polonia en un solo ataque masivo. Para su biblioteca, el Archivo Militar quería reunir los originales de todos los anuncios y proclamas rusos en suelo austríaco ocupado, antes de que los arrancaran y destruyeran. El coronel, que conocía mi técnica de coleccionista, me preguntó si quería ocuparme de esta misión; naturalmente aproveché la oportunidad en el acto y me expidieron un pasaporte para que, sin depender de ninguna autoridad en especial ni estar a las órdenes de ninguna administración ni de ningún superior, pudiera viajar en cualquier tren militar y moverme libremente por donde quisiera, una cosa que provocó incidentes de lo más singular, porque yo no era oficial, sino sólo sargento primero y vestía un uniforme sin insignias especiales. Cuando mostraba mi misterioso

documento, suscitaba un respeto extraordinario, pues los oficiales y funcionarios del frente sospechaban que yo era un oficial del estado mayor disfrazado o, si no, que tenía alguna misión secreta. Pero como evitaba el comedor de oficiales y sólo me alojaba en hoteles, obtuve, además, el privilegio de mantenerme fuera de la gran maquinaria y de poder ver, sin «guía» alguno, todo lo que quería ver.

La misión propiamente dicha, la de reunir proclamas, no me supuso demasiado trabajo. En cuanto llegaba a una de aquellas ciudades de Galitzia —Tarnów, Drohobycz o Lemberg— encontraba en la estación a un grupo de judíos, llamados «factores», cuyo oficio consistía en proporcionarle a uno todo lo que quería; bastaba con decir a uno de estos expertos en todo que buscaba proclamas y avisos de la ocupación rusa para que el «factor» corriera como una comadreja y transmitiera el encargo, por vías misteriosas, a docenas de «subfactores»; al cabo de tres horas, y sin que yo hubiera tenido que dar ni un solo paso, tenía reunido el material en la colección más completa y perfecta que cabía imaginar. Gracias a esta organización modélica, me quedaba tiempo para ver cosas, y vi muchas. Vi, sobre todo, la terrible miseria de la población civil, sobre cuyos ojos aún se cernía como una sombra todo lo que había tenido que sufrir. Vi la miseria, jamás sospechada, de la población judía hacinada en los guetos, donde entre diez y doce personas vivían en una sola habitación de planta baja o del sótano. Y por primera vez vi al «enemigo». En Tarnów tropecé con el primer transporte de soldados rusos hechos prisioneros. Sentados en el suelo, permanecían encerrados en un gran cuadrilátero, fumando y charlando, vigilados por dos o tres docenas de soldados tiroleses de la milicia nacional, tirando a

viejos, la mayoría con barba, que iban tan andrajosos y descuidados como los mismos prisioneros y poco se parecían a los soldados elegantes, bien afeitados y con lustrosos uniformes que aparecían en los periódicos ilustrados de nuestro país. Pero aquella vigilancia carecía en absoluto de un aire marcial o draconiano. Los prisioneros no mostraban deseo alguno de huir y los milicianos austríacos tampoco parecían inclinados a tomarse con demasiado rigor su misión de guardianes. Se sentaban con los prisioneros como buenos camaradas y como no se podían entender en sus respectivas lenguas, todos ellos se divertían soberanamente. Intercambiaban cigarrillos, miradas y risas. Uno de los tiroleses acababa de sacar de una pringosa cartera las fotografías de su mujer y sus hijos y las mostraba a los «enemigos», que las admiraban por turno y, señalando con los dedos, preguntaban si tal o tal niño tenía tres o cuatro años. Me embargó la irresistible sensación de que aquellos hombres sencillos y primitivos comprendían mejor la guerra que nuestros escritores y catedráticos de universidad, a saber: como una desgracia que les había sobrevenido y contra la cual nada podían hacer, y por eso mismo, todo el que sufría aquel infortunio era como un hermano. Ese descubrimiento me sirvió de consuelo durante todo el viaje, cuando pasaba por ciudades destruidas por los cañones y delante de comercios saqueados cuyos muebles yacían esparcidos en mitad de la calle como miembros amputados y entrañas arrancadas. Asimismo, los campos sembrados y exuberantes que se extendían entre las zonas de guerra hicieron que renaciera en mí la esperanza de que, al cabo de pocos años, habrían desaparecido todos los destrozos. Entonces aún no me podía imaginar, claro está, que con

la misma rapidez con que desaparecían de la faz de la tierra las huellas de la guerra, también podía desaparecer el recuerdo de su horror de la memoria de los hombres.

En los primeros días aún no había conocido el auténtico horror de la guerra; después, su rostro superó mis peores temores. Como prácticamente no circulaba ningún tren regular de pasajeros, viajaba ya en un carro de artillería abierto, sentado sobre el armón de un cañón, ya en uno de aquellos vagones de ganado donde dormían hombres muertos de cansancio, hacinados en confuso revoltijo en medio de un hedor nauseabundo y que, mientras los conducían al matadero, ya parecían animales sacrificados. Pero el medio de transporte más terrible lo constituían los trenes hospital, que tuve que utilizar dos o tres veces. ¡Ah, qué poco se parecían a aquellos trenes sanitarios bien iluminados, blancos y perfectamente lavados en que al comienzo de la guerra se dejaban retratar las archiduquesas y las damas distinguidas de la sociedad vienesa, vestidas de enfermeras! Lo que me tocó ver a mí, horripilado, eran vulgares vagones de carga sin ventanas, con tan sólo una estrecha claraboya, e iluminados por dentro con una lámpara de aceite cubierta de hollín. Literas primitivas, una al lado de otra, ocupadas todas por hombres de mortal lividez, que gemían y sudaban y jadeaban en busca de aire en el espeso hedor a excrementos y yodoformo. Los sanitarios, más que andar, se tambaleaban, de tan exhaustos como estaban; por ninguna parte se veía la ropa de cama de un blanco resplandeciente de las fotografías. Los hombres estaban tumbados sobre paja o literas duras, cubiertos con mantas manchadas de sangre vieja, y en cada uno de los vagones ya había dos o tres muertos entre los

moribundos y gemebundos. Hablé con el médico, el cual, como él mismo me confesó, en realidad sólo era dentista de una pequeña ciudad húngara y no ejercía la cirugía desde hacía años. Estaba desesperado. Me dijo que había telegrafiado a siete estaciones pidiendo morfina, pero que ya no quedaba en ninguna parte, y que tampoco disponía de algodón y vendas limpias para las veinte horas de viaje que faltaban para llegar al hospital de Budapest. Me pidió que lo ayudara, porque su personal, exhausto, ya no daba más de sí. Lo intenté, dentro de mi inevitable ineptitud, pero al menos pude serle útil bajando del tren en cada estación para ayudar a acarrear cubos de agua, agua sucia y mala que en realidad estaba destinada para la locomotora, pero que ahora servía de alivio a la gente que así podía lavarse un poco siquiera y fregar la sangre que constantemente goteaba al suelo.

A todo eso se añadía una complicación personal para los soldados (hombres de todas las nacionalidades imaginables, amontonados en aquel ataúd ambulante) a causa de la confusión babélica de lenguas. Ni el médico ni los enfermeros comprendían el ruteno ni el croata; el único que los podía ayudar un poco era un sacerdote mayor y encanecido que, al igual que el médico, estaba desesperado por la falta de morfina y se lamentaba, profundamente trastornado, de no poder cumplir con su sagrado deber de administrar la extremaunción porque no disponía de los santos óleos. En toda su vida no había «sacramentado» a tantas personas como en aquel último mes. Y de él oí unas palabras que nunca he olvidado, pronunciadas con voz dura y airada:

—Tengo sesenta y siete años y he visto muchas cosas. Pero nunca habría creído posible semejante crimen contra la humanidad.

El tren hospital en que regresé llegó a Budapest a primeras horas de la mañana. Me dirigí en seguida a un hotel, ante todo para dormir; el único asiento que había tenido en el tren había sido mi maleta. Agotado como estaba, dormí hasta alrededor de las once y luego me vestí deprisa para ir a desayunar. Pero, ya después de los primeros pasos, tuve la sensación de que debía frotarme los ojos constantemente para comprobar si no soñaba. Era uno de esos días radiantes en que por la mañana todavía es primavera y al mediodía ya verano, y Budapest aparecía bella y despreocupada como nunca. Las mujeres, con vestidos blancos, paseaban del brazo de oficiales que de pronto se me antojaron sacados de un ejército completamente distinto al que había visto uno o dos días antes. Con el hedor de yodoformo del transporte de heridos todavía en la ropa, la boca y la nariz, observé cómo compraban violetas para obsequiar con ellas galantemente a las damas, cómo coches impecables recorrían las calles, llevando a caballeros bien afeitados y con trajes igual de impecables. ¡Y todo ello a ocho o nueve horas en tren del frente! Pero, ¿tenía derecho alguien a acusar a aquellas gentes? ¿Acaso no era la cosa más natural del mundo que vivieran y trataran de disfrutar de la vida? Quizá con la sensación de que todo estaba amenazado, recogían a toda prisa todo lo que aún quedaba para recoger, unos pocos vestidos buenos, ¡las últimas horas buenas! Precisamente cuando uno había visto lo frágil y destructible que es el hombre —cuya vida puede ser destrozada por un pedazo de plomo en una milésima de segundo, con todos sus recuerdos, conocimientos y éxtasis— comprendía que una mañana como aquella reuniera a miles de personas cerca del luminoso río para ver el sol, sentirse vivas, sentir la

propia sangre y la propia vida con fuerzas quizá renovadas. Ya casi había logrado reconciliarme con lo que al principio me había asustado, cuando por desgracia el servicial camarero me trajo un periódico vienés. Intenté leerlo, pero entonces me asaltó una sensación de asco en forma de auténtica ira. Estaban ahí todas las frases sobre la irreductible voluntad de victoria, sobre las pocas bajas de nuestras tropas y las muchas del enemigo. ¡Desde aquellas páginas me acometió, desnuda, enorme y desvergonzada, la mentira de la guerra! No, los culpables no eran los paseantes, los indolentes y los despreocupados, sino única y exclusivamente aquellos que con sus palabras instigaban a la guerra. Pero también lo éramos nosotros, si no dirigíamos contra ellos las nuestras.

Fue entonces cuando recibí el impulso definitivo: ¡era preciso luchar contra la guerra! Tenía el material preparado dentro de mí, sólo faltaba para empezar esa última y clara confirmación de mi instinto. Había reconocido al adversario contra el cual tenía que luchar: el falso heroísmo que prefiere enviar al sufrimiento y a la muerte primero a los demás; el optimismo barato de profetas sin conciencia, tanto políticos como militares que, prometiendo sin escrúpulos la victoria, prolongan la carnicería y, detrás de ellos, el coro que han alquilado, todos esos «charlatanes de la guerra», como los estigmatizó Werfel en su bello poema. El que exponía una duda, entorpecía su actividad política; al que les daba una advertencia, lo escarnecían llamándolo pesimista; al que estaba en contra de la guerra, que ellos mismos no sufrían, lo tachaban de traidor. Era la pandilla de siempre, eterna a lo largo de los tiempos, que llamaba cobardes a los prudentes, débiles a los

humanitarios, para luego no saber qué hacer, desconcertada, en la hora de la catástrofe que ella misma irreflexivamente había provocado. Era la misma pandilla que se había burlado de Casandra en Troya y de Jeremías en Jerusalén; yo nunca había comprendido tan bien la tragedia y la grandeza de estos personajes como en aquellas horas, demasiado parecidas a las que vivieron ellos. Desde el principio no creí en la victoria y una sola cosa sabía con seguridad: que aunque se consiguiera a costa de inmensos sacrificios, nunca justificaría las víctimas. Pero siempre me quedaba solo entre los amigos cuando hacía tales advertencias, y los confusos alaridos de victoria antes del primer disparo y el reparto del botín antes de la primera batalla a menudo me hicieron dudar de si no era yo el loco en medio de tantos cuerdos o, mejor dicho, el único espantosamente despierto en medio de su embriaguez. Así, pues, me resultó bastante natural describir de forma dramática la situación singular y trágica del «derrotista» (palabra que se había inventado para imputar la voluntad de derrota a los que se afanaban por llegar a un entendimiento). Escogí como símbolo a la figura de Jeremías, el profeta que predicaba en vano. Pero no me interesaba en absoluto escribir una obra «pacifista», poner en verso una verdad tan de Perogrullo como que la paz es mejor que la guerra, sino que quería describir otro hecho: quien en tiempos de entusiasmo es menospreciado por débil y pusilánime, en el momento de la derrota suele demostrar ser el único que no sólo la soporta, sino que también la domina. Desde mi primera pieza, *Tersites*, nunca me había dejado de preocupar el problema de la superioridad anímica del vencido. Siempre me ha fascinado la idea de mostrar el endurecimiento interior que en el hombre provoca

cualquier forma de poder y el entumecimiento del alma que la victoria produce en pueblos enteros, para luego contrastarlos con el poder de la derrota, que agita al alma e imprime en ella profundos y dolorosos surcos. En medio de la guerra, mientras los demás se demostraban mutuamente la infalible victoria con prematuros gritos de triunfo, yo me precipité al más profundo abismo de la catástrofe y allí busqué la ascensión.

Pero con la elección de un tema bíblico, inconscientemente di con algo que hasta entonces había llevado dentro de mí sin aprovechar: la comunidad con el pueblo judío, basada vagamente en la sangre o la tradición. ¿No era mi pueblo el que siempre era vencido por todos los demás pueblos, una y otra vez, y, sin embargo, los sobrevivía gracias a una fuerza misteriosa, precisamente la de convertir la derrota en victoria por la voluntad de salir airoso de cada nueva catástrofe? ¿Acaso nuestros profetas no conocían de antemano esa persecución y expulsión eternas que hoy nos vuelven a arrojar a la calle como un desecho? ¿Acaso no habían aceptado y tal vez bendecido como un camino hacia Dios esa sumisión al poder? Y ¿acaso las tribulaciones no habían sido desde siempre beneficiosas para todos y cada uno? Yo lo experimenté complacido mientras escribía este drama, el primero de mis libros que probé en mi fuero interno. Hoy sé que, de no haber sido por todo lo que sufrí y presentí antes, durante y después de la guerra, habría seguido siendo el escritor que era antes de ella, «gratamente emocionado», como se dice en el ámbito de la música, pero no cautivado ni conmovido ni afectado hasta lo más profundo del alma. Ahora, por primera vez tenía la sensación de hablar por mi propia boca y por la de la época. Tratando de ayudar a los demás, me ayudé a

mí mismo; y lo hice en la obra más personal y privada después de *Erasmo*, que en el año 1934, en tiempos de Hitler, me dio fuerzas para vencer tamaña crisis. Desde el momento en que intenté darle forma, dejé de sufrir con tanta intensidad la tragedia de la época.

No había creído ni por un solo momento que esta obra obtuviera un éxito apreciable. Por el hecho de que coincidían en ella tantos problemas, el profético, el pacifista y el judío, más la labor de dar forma coral a las escenas finales, sus proporciones superaban de tal modo a las de un drama normal, que una representación como es debido hubiera requerido en realidad dos o tres sesiones. Y luego: ¿cómo podía llegar a los escenarios alemanes una obra que anunciaba e incluso ensalzaba la derrota, mientras todos los días los periódicos cantaban con brío «Vencer o morir»? Tenía que ocurrir un milagro para que publicaran el libro, pero incluso en el peor de los casos —que eso no fuera posible— como mínimo me había ayudado a superar la peor época. En el diálogo poético decía todo lo que había tenido que callar en la conversación con los hombres. Me había sacudido la carga que me aplastaba el alma y me había restituido a mí mismo; en el mismo instante en que en mi interior había dicho «no» a la época, había encontrado el «sí» a mí mismo.

EN EL CORAZÓN DE EUROPA

Cuando en la Pascua de 1917 apareció mi tragedia *Jeremías* en forma de libro, tuve una sorpresa. La había escrito intencionadamente en enconada oposición a la época y, por esta razón, esperaba una oposición no menos enconada. Pero ocurrió todo lo contrario. En seguida se vendieron veinte mil ejemplares del libro, una cifra fantástica para un drama impreso; no sólo los amigos como Romain Rolland se manifestaron públicamente a su favor, sino también los que antes defendían más bien el otro bando, como Rathenau y Richard Dehmel. Directores de teatro a los que ni siquiera se les había entregado el drama —era impensable representarlo en Alemania durante la guerra— me escribieron pidiéndome que les reservara el estreno para cuando llegara la paz; incluso la oposición de los belicosos se mostró cortés y respetuosa. Me lo había esperado todo menos esto.

¿Qué había ocurrido? Ni más ni menos que la guerra ya hacía dos años que duraba, con lo que había cumplido con su cruel tarea de desencanto. Tras la terrible sangría en el campo de batalla, la fiebre empezaba a ceder. Los hombres miraron el rostro de la guerra con más frialdad y rigor que en los primeros meses de entusiasmo. El sentimiento de adhesión fue perdiendo fuerza, porque no se notaba en lo más mínimo la gran «purificación moral» anunciada con delirio por filósofos y escritores. Una profunda grieta recorría el pueblo de arriba a abajo; el país se había desintegrado, por decirlo así, en dos

mundos diferentes; en el frente, los soldados que combatían y sufrían las más terribles privaciones; en la retaguardia, los que se habían quedado en casa, los que seguían llevando una vida despreocupada, llenaban los teatros y encima sacaban provecho de la miseria de los demás. Frente y retaguardia se iban perfilando cada vez más como polos opuestos. Un escandaloso favoritismo, disfrazado de mil formas, se introdujo furtivamente por las puertas de las oficinas públicas; se sabía que con dinero o influencias se obtenían lucrativos suministros, mientras se seguía empujando a las trincheras a campesinos y obreros medio cosidos a balazos. Así, pues, todo el mundo empezó a cuidar de sí mismo lo mejor que podía, sin escrúpulos. Los artículos de primera necesidad eran cada día más caros debido a un vergonzoso comercio de intermediarios, los víveres escaseaban y, por encima de la sombría ciénaga de la miseria colectiva, brillaba como un fuego fatuo el provocador lujo de los que se aprovechaban de la guerra. Una irritada desconfianza fue apoderándose poco a poco de la población: desconfianza hacia el dinero, que perdía valor cada vez más, desconfianza hacia los generales, los oficiales y los diplomáticos, desconfianza hacia los comunicados oficiales y del estado mayor, desconfianza hacia los periódicos y sus noticias, desconfianza hacia la guerra misma y su necesidad. Así, pues, no fue en absoluto el mérito literario de mi libro lo que le procuró un éxito tan sorprendente; me había limitado a expresar aquello que los demás no se atrevían a decir abiertamente: el odio a la guerra y la desconfianza hacia la victoria.

Con todo, parecía imposible expresar semejante estado de ánimo en el escenario mediante la palabra viva y

directa. Inevitablemente habría provocado reacciones y, por lo tanto, me pareció que debía renunciar a ver representado en tiempos de guerra ese primer drama contra ella. Pero he aquí que entonces, un buen día recibí una carta del director del teatro municipal de Zúrich diciendo que quería representar lo antes posible mi *Jeremías* y que me invitaba a asistir al estreno. Yo ya había olvidado que —al igual que en esta Segunda Guerra— aún existía un pedazo de tierra alemana, pequeño pero precioso, al cual se le había concedido la gracia de mantenerse al margen de la guerra, un país democrático donde la palabra había permanecido libre y la manera de pensar, inalterada. Naturalmente, asentí sin dudarlo un instante.

Sólo pude dar mi consentimiento en principio, claro está, pues antes necesitaba obtener el permiso para abandonar el servicio y el país durante un tiempo. Pero, por fortuna, existía en todos los países beligerantes un departamento (no creado en esta Segunda Guerra) llamado «de propaganda cultural». Para explicar la diferente atmósfera cultural de una Guerra Mundial y la otra, es preciso señalar que, en la Primera, los países, con sus gobernantes, emperadores y reyes, educados en la tradición del humanismo, en su subconsciente se avergonzaban todavía de la guerra. Todos los Estados, uno tras otro, rechazaban el reproche de ser o haber sido «militaristas» como si se tratara de una calumnia infame; al contrario: todos competían en el empeño de mostrar, demostrar, explicar y evidenciar que eran «naciones cultas». En 1914, ante un mundo que valoraba la cultura más que el poder y que habría execrado por inmorales eslóganes como «sacro egoísmo» y «espacio vital», nada se solicitaba con tanta insistencia como el

reconocimiento de los logros intelectuales de validez universal. Por eso todos los países neutrales se veían inundados de ofertas artísticas. Alemania enviaba a sus orquestas sinfónicas, bajo la batuta de famosos directores, a Suiza, Holanda y Suecia, y Viena a sus filarmónicas; incluso poetas, escritores y sabios eran enviados al extranjero, y no para exaltar gestas militares o celebrar tendencias anexionistas, sino simplemente para demostrar con sus versos y sus obras que los alemanes no eran «bárbaros» y que no sólo fabricaban lanzallamas o buenos gases tóxicos, sino también obras de calidad suprema, válidas para toda Europa. En los años 1914-1918 —tengo que subrayarlo una vez más— la conciencia mundial todavía era una autoridad muy respetada, las fuerzas morales y artísticamente productivas de una nación en guerra todavía conservaban una influencia considerable, los Estados todavía se esforzaban por ganarse la simpatía de la gente, y no por reprimirla, como en la Alemania de 1939, escenario de un terror del todo inhumano. Así, mi solicitud de permiso para asistir a la representación de un drama en Suiza tenía, de hecho, buenas perspectivas; a lo sumo, las dificultades podían surgir por el hecho de que se trataba de un drama antibélico en el que un austríaco anticipaba la derrota —aunque de forma simbólica— como algo que cabía dentro de lo posible. En el ministerio me hice anunciar al jefe de departamento y le expuse mi petición. Ante mi sorpresa, me prometió en el acto que tomaría las medidas oportunas y, por cierto, con un argumento muy curioso: «Gracias a Dios usted no era uno de aquellos estúpidos que pedían guerra a gritos. Hala, pues, haga ahí fuera todo lo posible para que esto termine de una vez».

Al cabo de cuatro días tenía el permiso y un pasaporte para salir al extranjero.

Hasta cierto punto me había sorprendido oír hablar con tanta libertad, en tiempos de guerra, a uno de los más altos funcionarios de un ministerio austríaco. Pero, poco familiarizado con los secretos caminos de la política, no sospechaba que en 1917, bajo el reinado del nuevo emperador Carlos, en los círculos superiores del gobierno se había iniciado, a la chita callando, un movimiento para liberarse de la dictadura militar alemana, la cual despiadadamente arrastraba a Austria, en contra de su voluntad, a remolque de su exacerbado anexionismo. En el estado mayor no se soportaba el brutal autoritarismo de Ludendorff, el ministerio de Asuntos Exteriores se defendía desesperadamente de la guerra submarina ilimitada, que convertiría a América en enemiga nuestra; incluso el pueblo se quejaba de la «arrogancia prusiana». De momento todo eso se manifestaba entre líneas y en observaciones aparentemente anodinas. Pero en los días siguientes supe más cosas y, de modo imprevisto, me enteré antes que los demás de uno de los mayores secretos de aquella época.

Sucedió de la siguiente manera: de camino hacia Suiza me detuve dos días en Salzburgo, donde me había comprado una casa y tenía la intención de instalarme después de la guerra. Existía en esta ciudad un pequeño círculo de hombres de estrictas convicciones católicas, dos de los cuales, como cancilleres, habrían de desempeñar un papel decisivo en la historia de Austria después de la guerra: Heinrich Lammasch e Ignaz Seipel. El primero era uno de los catedráticos de derecho más destacados de su época y había presidido la Conferencia de La Haya; el segundo, sacerdote católico de una

inteligencia casi inquietante, estaba destinado a hacerse cargo de la dirección de la pequeña Austria tras la caída de la monarquía y demostró de forma excelente su genio político en este cometido. Los dos eran pacifistas convencidos, católicos ortodoxos, viejos austríacos apasionados y, como tales, enemigos decididos del militarismo alemán, prusiano y protestante, al que consideraban incompatible con las ideas tradicionales de Austria y su misión católica. Mi *Jeremías* fue recibido con gran simpatía en estos círculos religioso-pacifistas y el consejero áulico Lammasch (Seipel estaba de viaje en aquel momento) me invitó a su casa, en Salzburgo. El distinguido y sabio anciano me habló en términos muy cordiales; me dijo que mi libro satisfacía nuestras ideas austríacas de conciliación y que esperaba con impaciencia que su influencia trascendiera los límites puramente literarios. Y ante mi sorpresa, porque no me conocía de antes, y con una franqueza que demostraba su valentía de espíritu, me confió el secreto de que en Austria nos hallábamos en vísperas de un cambio decisivo. Una vez descartada militarmente Rusia, no existía para Alemania —en el caso de que quisiera abandonar sus inclinaciones agresivas— ni para Austria ningún impedimento real para la paz; no se podía desaprovechar ese momento. Si la pandilla de pangermanistas alemanes seguía oponiéndose a las negociaciones, Austria debía tomar la iniciativa y actuar con independencia. Me insinuó que el joven emperador Carlos había prometido su apoyo a este propósito; quizá pronto se verían los resultados de su política personal. Ahora todo dependía de si Austria hacía suficiente acopio de energía para imponer una paz concertada en vez de la «paz de la victoria» que reivindicaba el partido

militarista alemán, indiferente a nuevos sacrificios. En caso de necesidad, empero, haría falta llegar hasta el último extremo y Austria debería salir de la alianza antes de verse arrastrada por el militarismo alemán a una catástrofe.

—Nadie nos puede acusar de deslealtad —dijo con firmeza y decisión—. Hemos tenido más de un millón de muertos. ¡Ya nos hemos sacrificado bastante! A partir de ahora, ¡ni una vida humana más, ni una sola, por la hegemonía alemana en el mundo!

Se me cortó la respiración. A menudo habíamos pensado todas esas cosas en nuestro fuero interno, pero nadie se había atrevido a expresarlas abiertamente («Reneguemos a tiempo de los alemanes y de su política anexionista»), porque tal cosa se habría considerado como una traición al hermano de armas. Pero he aquí que ahora lo decía un hombre que, como yo ya sabía de antes, en Austria disfrutaba de la confianza del emperador y, en el extranjero, gracias a su actividad en La Haya, de un gran prestigio, y me lo decía a mí, casi un desconocido, con tanta tranquilidad y valentía, que en seguida comprendí que el movimiento separatista austríaco ya no se encontraba desde hacía tiempo en la fase preliminar, sino en plena marcha. Era osado pensar que, con la amenaza de una paz por separado, se podía predisponer mejor a Alemania a entablar negociaciones o que, en caso necesario, se podría llevar a cabo esta amenaza; era la única, la última posibilidad —la historia lo atestigua— de salvar a la monarquía y, con ella, a Europa. Por desgracia, faltó a la realización de este plan la firmeza del primer momento. El emperador Carlos envió, en efecto, al hermano de su mujer, el príncipe Parma, con una carta secreta a Clemenceau para sondear

las posibilidades de paz sin informar antes a la corte de Berlín y, si procedía, para iniciar las negociaciones. Creo que todavía no se ha aclarado del todo de qué manera Alemania tuvo conocimiento de aquella misión secreta. Por desdicha el emperador Carlos no tuvo el valor de defender públicamente sus convicciones, sea porque, como muchos afirman, Alemania amenazaba con invadir militarmente a Austria, sea porque como Habsburgo le asustaba el descrédito de rescindir, en un momento crucial, una alianza concertada por Francisco José y sellada con tanta sangre. En cualquier caso, no nombró para el cargo de primer ministro ni a Lammasch ni a Seipel, los únicos que, como católicos internacionalistas y llevados por convencimiento moral, habrían tenido la fuerza necesaria para cargar con el descrédito de una separación de Alemania, y aquel titubeo fue su perdición. Los dos hombres llegarían a primer ministro, pero no en el viejo imperio de los Habsburgos, sino en la cercenada República Austríaca y, sin embargo, nadie hubiera sido más capaz de defender ante el mundo tal aparente error que estas dos eminentes y respetadas personalidades. Con una franca amenaza de separación o con la separación efectiva, Lammasch no sólo habría salvado la existencia de Austria, sino también a Alemania, protegiéndola de su peligro más inherente: su ilimitado afán de anexión. Mejor le habría ido a nuestra Europa si la acción que aquel hombre sabio y profundamente religioso me anunció abiertamente no se hubiera malogrado por culpa de la debilidad y el desatino.

Al día siguiente proseguí el viaje y crucé la frontera suiza. Cuesta imaginarse ahora lo que significaba entonces pasar de un país en guerra, cerrado y hambriento, a la zona neutral. Eran pocos minutos de

una estación a otra, pero desde el primer momento al viajero le invadía la sensación de salir de una atmósfera sofocante y enrarecida al aire fresco, saturado de nieve, una especie de embriaguez que bajaba del cerebro para recorrer nervios y sentidos. Al cabo de los años, cuando, viniendo de Austria, pasaba por aquella misma estación (cuyo nombre nunca me ha quedado grabado en la memoria), de súbito se repetía como un relámpago la sensación de poder respirar libremente. Bajaba del vagón de un salto y en la fonda de la estación —primera sorpresa— me esperaba todo aquello que había olvidado que formaba parte de las cosas más naturales del mundo: había allí expuestas naranjas doradas y jugosas, plátanos, chocolate y jamón, cosas que en nuestro país sólo se podían obtener a escondidas, por la puerta trasera; se podía comprar carne y pan sin cartilla de racionamiento. Y los viajeros, en efecto, se lanzaban como fieras hambrientas sobre tales exquisiteces baratas. Había allí una oficina de telégrafos y otra de correos desde donde se podía escribir y telegrafiar a los cuatro vientos sin censura alguna. Había diarios franceses, italianos e ingleses que se podían comprar, abrir y leer sin temer castigo alguno. Aquí, a cinco minutos, lo prohibido estaba permitido y allá, al otro lado, lo permitido estaba prohibido. Todo lo absurdo de las guerras europeas se me puso palpablemente de manifiesto en aquella estrecha contigüidad del espacio; en el otro lado, en la pequeña ciudad fronteriza, cuyos letreros se podían leer a simple vista, sacaban a los hombres de las casas y las barracas y los cargaban en vagones con destino a Ucrania y Albania para que mataran o se dejaran matar; en el lado de acá los hombres de la misma edad estaban tranquilamente sentados con sus mujeres ante las puertas enramadas de

hiedra, fumando sus pipas; instintivamente me pregunté si también los peces de la orilla derecha del riachuelo fronterizo eran beligerantes y los de la izquierda neutrales. Nada más cruzar la frontera ya pensaba de otro modo, más libre, más animado, menos servil, y al día siguiente mismo comprobé hasta qué punto se atrofiaba en el mundo de la guerra no sólo nuestro ánimo, sino también nuestro organismo: cuando, invitado por unos parientes, después del almuerzo tomé inconscientemente una taza de café y me puse a fumar un habano, de repente me sentí mareado y noté unas fuertes palpitaciones en el corazón. Tras muchos meses de tomar sucedáneos, mi cuerpo y mis nervios no toleraban ni el café ni el tabaco auténticos; después de las condiciones antinaturales de la guerra, también el cuerpo tenía que adaptarse de nuevo a las condiciones normales de la paz.

Ese vértigo, ese agradable mareo, se transmitió igualmente al espíritu. Cada árbol me parecía más bello, cada montaña más libre, cada paisaje más risueño, porque en un país en guerra el efecto que la reconfortante paz de un prado ejerce sobre la mirada oscurecida es como una indiferencia insolente de la naturaleza, cada puesta de sol purpúrea recuerda la sangre derramada; aquí, en el estado natural de la paz, el noble distanciamiento de la naturaleza volvía a ser natural, y yo amaba Suiza como nunca la había amado. Siempre me había gustado visitar ese país, grandioso en sus pequeñas dimensiones e inagotable en su diversidad. Pero nunca había entendido mejor que entonces el sentido de su existencia: la idea suiza de la convivencia de las naciones en un mismo espacio y sin hostilidad, esa sapientísima máxima de elevar, mediante el respeto mutuo y una democracia sinceramente sentida, las

diferencias lingüísticas y étnicas a la categoría de fraternidad. ¡Qué ejemplo para toda nuestra confusa Europa! Refugio de todos los perseguidos, patria secular de la paz y la libertad, que acogía a todas las maneras de pensar y a la vez conservaba fielmente su propia identidad. ¡Cuán importante ha sido para nuestro mundo la existencia de este Estado supranacional! Con razón me parecía un país agraciado por la hermosura y favorecido por la riqueza. No, allí nadie era extranjero; en esa hora trágica para el mundo, un hombre libre e independiente se sentía más en casa allí que en su propia patria. En Zúrich me sentía impulsado a pasear de noche por las calles y cerca del lago. Las luces irradiaban paz y la gente aún poseía la buena serenidad de la vida. Tras las ventanas, las que se acostaban en la cama no eran mujeres desveladas pensando en sus hijos, y yo lo percibía; no veía heridos, ni mutilados, ni jóvenes que mañana o pasado serían cargados en vagones. Allí se sentía uno más autorizado a vivir, mientras que en el país en guerra era una vergüenza y casi un pecado seguir todavía ileso.

Sin embargo, para mí lo más urgente no eran las conversaciones sobre la representación de mi obra ni los encuentros con amigos suizos y extranjeros. Quería, sobre todo, ver a Rolland, el hombre que yo sabía que podía hacerme más fuerte, más lúcido y más activo, y quería darle las gracias por todo lo que sus consejos y su amistad me habían dado durante los días más amargos de mi soledad espiritual. Mis primeros pasos debían conducirme hasta él, de modo que sin demora me dirigí a Ginebra. La verdad es que, como «enemigos», nos encontrábamos en una situación un tanto complicada. Como es natural, los gobiernos de los países beligerantes

no veían con buenos ojos que sus súbditos se relacionaran en territorio neutral con los de naciones enemigas. Por otro lado, sin embargo, tampoco existía ninguna ley que lo prohibiera. No había ninguna cláusula por la cual se debiera castigar a alguien que se reuniera con ellos. Prohibido y equiparado a alta traición lo estaba sólo el trato comercial, «negociar con el enemigo», y para no granjearnos la sospecha de infringir tal prohibición ni por asomo siquiera, por principio evitábamos ofrecernos tabaco entre amigos, a sabiendas de que estábamos siendo observados constantemente por numerosos policías secretas. Para evitar cualquier sospecha de tener miedo o mala conciencia, los amigos internacionales escogíamos el método más simple: la franqueza. No nos escribíamos a direcciones falsas ni a listas de correos, no nos visitábamos de noche ni a escondidas, sino que paseábamos juntos por la calle y nos sentábamos en los cafés a la vista de todos. Así, pues, tan pronto como llegué a Ginebra, me anuncié con nombre y apellido al portero del hotel y le dije que quería hablar con el señor Romain Rolland, precisamente porque, para la agencia de información alemana o francesa, era mejor que pudiesen comunicar quién era yo y a quién visitaba; a la postre, para nosotros era de lo más natural que dos viejos amigos no tuvieran que evitarse de repente por el mero hecho de que por casualidad pertenecían a dos naciones diferentes, las cuales, también por casualidad, estaban en guerra una contra otra. No nos sentíamos obligados a tomar parte en un absurdo sólo porque el mundo se comportara absurdamente.

Y ahora por fin me hallaba en su habitación. Me pareció casi la misma de París. Como en aquel entonces,

la mesa y la silla aparecían disimuladas bajo una gran cantidad de libros; el escritorio rebosaba de revistas, cartas y papeles; era la misma celda monacal de trabajo, modesta y, sin embargo, unida al mundo entero, que el carácter de su dueño construía a su alrededor dondequiera que fuese. Por un momento no encontré las palabras de salutación y sólo nos dimos la mano: la primera mano francesa que desde hacía unos años podía volver a estrechar. Rolland era el primer francés con el que hablaba después de tres años, pero durante ese tiempo habíamos estado más próximos que nunca. Con él hablé con más familiaridad y franqueza en la lengua extranjera que con cualquier otra persona de mi patria. Era plenamente consciente de que el amigo que tenía ante mí era la persona más importante de aquella hora mundial nuestra, de que era la conciencia moral de Europa quien me hablaba. En aquel momento pude darme cuenta de todo lo que hacía y había hecho con su extraordinario servicio a la causa del entendimiento mutuo. Trabajando día y noche, siempre solo, sin ayuda de nadie, sin secretario, seguía las declaraciones y manifestaciones de todo tipo y de todos los países; mantenía correspondencia con muchísima gente que le pedía consejo en problemas de conciencia; cada día escribía páginas y páginas de su diario personal; como nadie en aquella época, sentía la responsabilidad de vivir unos tiempos históricos y la necesidad de rendir cuentas a los tiempos futuros. (¿Dónde están hoy los innumerables volúmenes manuscritos de sus diarios, que un día darán explicación completa de todos los conflictos morales y espirituales de aquella Primera Guerra Mundial?). Al mismo tiempo publicaba sus artículos, cada uno de los cuales causaba una conmoción

internacional, y trabajaba en su novela *Clerambault*, en la que ponía en juego toda su existencia, sin descanso, sin pausa, con espíritu de sacrificio, a favor de la inmensa responsabilidad que había asumido, el compromiso de actuar —en todos los aspectos y de modo ejemplar y humanamente legitimado— desde el mismo interior del ataque de locura que sufría la humanidad. No dejaba ninguna carta sin respuesta, ningún opúsculo sobre los problemas de la época sin leer; aquel hombre débil, delicado, con la salud gravemente amenazada en aquellos momentos, que sólo podía hablar en voz baja y tenía que luchar constantemente con una ligera tos, que no podía salir al pasillo sin bufanda y tenía que detenerse tras cada paso demasiado apresurado, empleaba unas fuerzas que crecían de un modo increíble a tenor de la magnitud de la exigencia. Nada lo alteraba, ni ataques ni perfidias; contemplaba el tumulto del mundo sin miedo y con lucidez. Yo veía en él otro heroísmo, el moral, el espiritual; él como monumento de carne y hueso: en mi libro sobre Rolland tal vez no lo he descrito lo suficiente (porque cuando se trata de personas que todavía viven se tiene miedo de ensalzarlas demasiado). No sabría expresar hasta qué punto me sentí conmovido y, si se me permite decirlo, «purificado», cuando lo vi en aquella pequeña habitación de la que emanaba una invisible y reconfortante irradiación hacia todas las zonas del mundo; todavía la notaba en la sangre días después y sé que la fuerza alentadora y tonificante que Rolland desprendía a través de su lucha en solitario, o casi en solitario, contra el insensato odio de millones, es uno de esos imponderables que escapan a cualquier medida y cálculo. Sólo nosotros, testigos de aquellos tiempos, sabemos lo que entonces significó su presencia y su

ejemplar imperturbabilidad. Gracias a él, la Europa víctima de la rabia conservó su conciencia moral.

Durante las conversaciones de aquella tarde y de los días siguientes, me emocionó la leve tristeza que envolvía todas sus palabras, la misma que se percibía en Rilke al hablar de la guerra. Le exasperaban los políticos y aquellos a los que, para su vanidad nacional, nunca les bastaban los sacrificios de los demás. Pero a la vez vibraba de compasión por las innumerables personas que sufrían y morían por un pecado que ellas mismas no comprendían y que, en definitiva, no era sino un absurdo. Me mostró el telegrama de Lenin en el que —antes de su salida de Suiza en aquel tren precintado de mala fama— éste le suplicaba que lo acompañara a Rusia, porque sabía muy bien lo importante que habría sido para su causa la autoridad de Rolland. Pero Rolland estaba firmemente decidido a no venderse a ningún grupo, sino a servir —independientemente, sólo con su persona— a la causa a la que se había consagrado: la causa común. Del mismo modo que no exigía a nadie que se sometiera a sus ideas, también él rechazaba cualquier atadura. Quien lo amaba debía permanecer independiente a su vez; no quería dar otro ejemplo que no fuera éste: que la persona puede ser libre y fiel a sus convicciones incluso en contra del mundo entero.

Aquella misma tarde me encontré en Ginebra con el grupito de franceses y otros extranjeros que se reunían en torno a dos pequeños periódicos independientes, *La Feuille* y *Demain*: J.P. Jouve, René Arcos y Frans Masereel. Nos hicimos amigos íntimos con el impulsivo entusiasmo con que suelen trabar amistad los jóvenes. Pero el instinto nos decía que nos hallábamos en el comienzo de una vida completamente nueva. La mayor

parte de nuestras antiguas relaciones había perdido toda su validez por la ofuscación patriótica de los que hasta entonces habían sido camaradas. Necesitábamos nuevos amigos y, puesto que estábamos en el mismo frente, en la misma trinchera intelectual y contra el mismo enemigo, espontáneamente nació entre nosotros una especie de apasionada camaradería; al cabo de veinticuatro horas habíamos intimado tanto como si nos hubiéramos conocido desde hacía años y, como es costumbre en cualquier frente, en seguida nos tuteamos como hermanos. Todos nos dábamos cuenta («*we few, we happy few, we band of brothers*»), además del peligro que corríamos individualmente, de la temeridad sin igual de nuestro grupo; sabíamos que, a cinco horas de distancia, cualquier alemán que atisbara a un francés o cualquier francés que atisbara a un alemán, lo atacaría con la bayoneta o lo despedazaría con una granada de mano y que por ello recibiría una medalla; sabíamos que, a un lado y otro, millones de personas no soñaban con otra cosa que con exterminarse mutuamente y borrarse los unos a los otros de la faz de la tierra; sabíamos que los periódicos hablaban de los «enemigos» sacando espuma por la boca, mientras que nosotros, un puñado entre millones y millones, no sólo nos sentábamos a la misma mesa pacíficamente, sino también en una hermandad de lo más sincera e incluso conscientemente apasionada; sabíamos que actuando así nos oponíamos al lado oficial regulado por las órdenes; sabíamos que con esa franca manifestación de nuestra amistad poníamos en peligro a nuestras personas ante nuestras respectivas patrias; pero precisamente el riesgo estimulaba nuestra osadía y la elevaba a niveles casi extáticos, porque queríamos arriesgarnos y

disfrutábamos del placer del riesgo, puesto que era la única cosa que daba peso real a nuestra protesta. Y así, junto con J.P. Jouve, di una conferencia pública en Zúrich (un caso único en aquella guerra): él leyó sus poesías en francés y yo fragmentos de mi *Jeremías* en alemán. Pero precisamente enseñando nuestras cartas de ese modo demostrábamos que éramos honrados en aquel juego temerario. Nos era indiferente lo que pensaran en nuestros consulados y embajadas, a pesar de que, como Cortés, quizá con ello quemábamos nuestras naves. Estábamos profundamente convencidos de que no éramos nosotros los «traidores», sino los otros, aquellos que traicionaban la misión humana del poeta por las contingencias del momento. ¡Y con qué heroísmo vivían aquellos jóvenes franceses y belgas! Ahí estaba Frans Masereel, quien, con sus grabados en boj contra la abominación de la guerra, dibujaba ante nuestros ojos su eterno monumento gráfico, esas inolvidables láminas en blanco y negro que, por su fuerza y furia, no se quedan a la zaga de, por ejemplo, «Los desastres de la guerra» de Goya. Noche y día, este hombre varonil tallaba, incansable, nuevas figuras y escenas en la muda madera; la angosta habitación y la cocina estaban llenas hasta el techo de bloques de madera, pero cada mañana *La Feuille* publicaba una de sus acusaciones gráficas, que no acusaban a ninguna nación en concreto, sino siempre a nuestro común enemigo: la guerra. ¡Cómo soñábamos con poder lanzar desde aviones, en lugar de bombas contra ciudades y ejércitos, hojas volantes con aquellas estremecedoras y furibundas acusaciones, comprensibles sin palabras, sin texto, hasta para el más inculto! Estoy convencido de que habrían matado la guerra antes. Pero por desgracia sólo aparecían en las pequeñas páginas de

La Feuille, que apenas llegaban más allá de Ginebra. Todo cuanto hacíamos e intentábamos hacer quedaba aprisionado en el estrecho círculo de Suiza y, cuando surtió efecto, ya era demasiado tarde. En secreto no nos engañábamos respecto a nuestra impotencia ante la poderosa maquinaria de los estados mayores y las administraciones públicas y, si no nos perseguían, quizá fuera porque no podíamos resultarles peligrosos, ahogados como nuestras palabras, impedidos como nuestras acciones. Sin embargo, precisamente porque sabíamos que éramos pocos, nos apretábamos más los unos contra los otros, pecho contra pecho, corazón contra corazón. En mis años de madurez, nunca he vuelto a sentir una amistad tan entusiasta como en aquellas horas pasadas en Ginebra, y aquellos lazos han resistido todas las épocas posteriores.

Desde un punto de vista psicológico e histórico (no desde el artístico), la figura más notable de aquel grupo era Henri Guilbeaux; en su persona vi confirmada, con más convencimiento que en cualquier otra, la ley irrefutable de la historia según la cual en épocas de trastornos repentinos, sobre todo durante una guerra o una revolución, el coraje y la osadía a menudo valen más, por un corto período, que la importancia intrínseca de las personas; y el momento de la impetuosa valentía de la población civil puede ser más decisivo que su personalidad y constancia. Cada vez que el tiempo avanza veloz y se precipita, aquellos que saben lanzarse a las olas sin vacilar toman la delantera. ¡Y a cuántas figuras, en el fondo efímeras, no encumbró entonces el tiempo por encima de ellas mismas (Béla Kun, Kurt Eisner) elevándolas hasta una posición para cuya altura no estaban interiormente preparadas! Guilbeaux, un

hombrecillo rubio y delgado, de penetrantes e inquietos ojos grises y de una locuacidad vivaz, en realidad no poseía ningún otro talento. A pesar de que fue él quien había traducido mis poesías al francés casi una década antes, tengo que decir en honor a la verdad que sus facultades literarias eran bastante escasas. Su dominio de la lengua no superaba la medianía y su formación era superficial en todo. Toda su fuerza radicaba en la polémica. Por una infeliz disposición de su carácter era de esas personas que siempre tienen que estar «en contra» de algo, no importa qué. Sólo se sentía satisfecho cuando, como un auténtico *gamin*, podía emprenderla a golpes y arremeter contra cualquier cosa más fuerte que él. Aun cuando en el fondo era un buenazo, en París, antes de la guerra, había polemizado sin cesar en el campo de la literatura contra determinadas corrientes y personas, para después ocuparse de los partidos radicales, ninguno de los cuales le pareció lo bastante radical. Y ahora, en tiempos de guerra, había encontrado de repente, como antimilitarista, a un adversario gigantesco: la guerra mundial. La timidez y la cobardía de la mayoría, por un lado, y, por otro, la osadía y la temeridad con que se lanzó a la lucha, lo hicieron importante e incluso imprescindible para un momento de la historia. Y es que a él le atraía lo que a otros les asustaba: el peligro. El hecho de que los demás arriesgaran tan poco y él tanto confirió a este literato, en sí insignificante, una repentina grandeza y acrecentó sus facultades de publicista y luchador por encima de su nivel natural: un fenómeno que también se pudo observar en la Revolución Francesa entre los pequeños abogados y juristas de la Gironda. Mientras los demás callaban, mientras nosotros mismos dudábamos y a cada

paso pensábamos cuidadosamente qué debíamos hacer y qué no, él actuaba con decisión, y el gran mérito eterno de Guilbeaux es y será el de haber fundado y dirigido el único periódico antibélico y de peso intelectual de la Primera Guerra Mundial: el *Demain*, un documento que debería leer todo aquel que de veras quiera comprender las corrientes intelectuales de la época. Nos dio lo que necesitábamos: un centro de debate internacional y supranacional en medio de la guerra. El que Rolland le diera su apoyo fue decisivo para el periódico, pues gracias a su autoridad moral y a sus contactos, pudo aportarle los mejores colaboradores de Europa, América y la India; por otro lado, los revolucionarios todavía exiliados de Rusia, Lenin, Trotski y Lunacharski, empezaron a tener confianza en el radicalismo de Guilbeaux y se pusieron a escribir regularmente para el *Demain*. Y así, durante doce o veinte meses, no hubo en el mundo otro periódico más interesante e independiente y, si hubiera sobrevivido a la guerra, quizás habría ejercido una influencia decisiva en la opinión pública. Al mismo tiempo Guilbeaux se hizo cargo en Suiza de la representación de grupos radicales franceses que la mano dura de Clemenceau había amordazado. Tuvo un histórico papel en los famosos congresos de Kienthal y Zimmerwald, donde los socialistas todavía internacionalistas se separaron de los que se habían convertido en patriotas; ningún francés, ni siquiera aquel capitán Sadoul que en Rusia se había pasado a los bolcheviques, fue tan temido y odiado durante la guerra, en los círculos políticos y militares de París, como ese hombrecito rubio. Finalmente, el servicio de espionaje francés consiguió ponerle la zancadilla. En un hotel de Berna, robaron de la habitación de un espía alemán hojas

de papel secante y copias de cartas con papel carbón que en realidad *sólo* demostraban que algunos cargos alemanes se habían suscrito a algunos números del *Demain*: en sí mismo, un hecho inocente, pues, teniendo en cuenta la meticulosidad alemana, era probable que aquellos ejemplares estuvieran destinados a distintas bibliotecas y administraciones. Pero en París el pretexto bastó para calificar a Guilbeaux de agitador comprado por Alemania y para iniciar un proceso contra él. Fue condenado a muerte *in contumaciam* de un modo completamente injusto, como demuestra el hecho de que la condena fue anulada diez años más tarde en un juicio de revisión. Pero poco después, a causa de su vehemencia e intransigencia —que poco a poco se fue convirtiendo en un peligro también para Rolland y todos nosotros— entró igualmente en conflicto con las autoridades suizas, que lo detuvieron y encerraron. Lo salvó Lenin, que le profesaba un afecto personal y que le estaba agradecido por la ayuda que había recibido de él en los momentos más críticos: de un plumazo lo convirtió en ciudadano ruso y lo autorizó a partir hacia Moscú en el segundo tren sellado. Ahora sí habría podido desplegar de veras sus fuerzas creadoras, porque en Moscú le ofrecían por segunda vez todas las posibilidades de actuar, dado que poseía todos los méritos de un auténtico revolucionario: prisión y condena a muerte *in contumaciam*. Al igual que en Ginebra gracias a la ayuda de Rolland, así también en Moscú, gracias a la confianza de Lenin, habría podido contribuir de modo positivo a la construcción de Rusia. Por otro lado, era difícil encontrar a alguien tan indicado como él —por su valerosa actitud en la guerra— para desempeñar un papel decisivo en el Parlamento y en la vida pública francesa después de la guerra, porque todos

los grupos radicales veían en él al hombre ideal, activo y valiente, al líder nato. La realidad demostró, sin embargo, que Guilbeaux no era un líder nato, sino que, como tantos otros escritores de la guerra y políticos de la revolución, tan sólo era producto de un momento fugaz, y que los temperamentos desequilibrados acaban por derrumbarse tras las primeras subidas fulminantes. En Rusia, al igual que antes en París, Guilbeaux, como polemista incurable, despilfarró su talento en peleas y riñas y acabó enemistándose con los que habían respetado su coraje: primero con Lenin, después con Barbusse y Rolland y finalmente con todos nosotros. En un breve lapso de tiempo terminó como había empezado: con insignificantes opúsculos y vanas disputas. Completamente ignorado, murió en un rincón de París poco después del indulto. El hombre más temerario y valeroso en la guerra contra la guerra, que, si hubiera sabido aprovechar y merecer el empuje que la época le había dado, habría podido convertirse en una de las grandes figuras de nuestro tiempo, hoy es una persona completamente olvidada y yo quizá sea uno de los últimos que todavía lo recuerdan con gratitud, sobre todo por su hazaña con el *Demain*.

Al cabo de unos días regresé de Ginebra a Zúrich para empezar las entrevistas sobre los ensayos de mi obra. Era una ciudad que siempre me había gustado por su hermosa situación a orillas del lago y a la sombra de las montañas, y desde luego por su cultura señorial, un tanto conservadora. Pero gracias a que Suiza vivía en paz, encajonada entre Estados en guerra, Zúrich había salido de su languidez y de la noche a la mañana se había convertido en la ciudad más importante de Europa, en un punto de encuentro de todos los movimientos

intelectuales, aunque también de todos los especuladores imaginables, vividores, espías y propagandistas, a los que la población autóctona miraba con justificado recelo a causa de ese amor tan repentino. En los restaurantes, los cafés, los tranvías y en la calle se oía hablar todas las lenguas. Por doquier se topaba uno con conocidos, algunos gratos y otros inoportunos y, lo quisiera o no, caía en un torrente de exaltadas discusiones. Y es que la existencia de aquel gran número de personas que la marea del destino arrastraba a aquella ciudad dependía del desenlace de la guerra; unas, comisionadas por sus gobiernos, otras, perseguidas y proscritas, pero todas desligadas de sus vidas y lanzadas a las manos del azar. Como ninguna tenía un hogar, buscaban incesantemente compañeros de infortunio y, como no estaba en su poder influir en los acontecimientos militares y políticos, discutían noche y día sumidas en una especie de fiebre intelectual que las excitaba y fatigaba a la vez. Era realmente difícil sustraerse a las ganas de hablar después de haber vivido meses y años en el país de origen con los labios sellados; la gente se sentía impelida a escribir y publicar desde que por primera vez podía volver a pensar y escribir sin censura; todo el mundo estaba tenso al máximo e incluso las mediocridades, como he mostrado en el caso de Guilbeaux, eran más interesantes de lo que habían sido nunca antes ni volverían a serlo después. Allí se reunían escritores y políticos de todas las tendencias y lenguas; Alfred H. Fried, premio Nobel de la paz publicó allí su *Friedenswarte* (Atalaya de la paz); Fritz von Unruh, ex oficial prusiano, nos leyó sus últimos dramas; Leonhard Frank escribió su apasionante novela *Der Mensch ist gut* (El hombre es bueno); Andreas Latzko causó sensación con su *Menschen im Krieg* (Hombres en

guerra); Franz Werfel acudió para dar una conferencia; encontré a hombres de todas las naciones en el viejo hotel Schwerdt, donde antaño se habían alojado Casanova y Goethe; vi a rusos que después estuvieron presentes en la Revolución y cuyos nombres reales nunca he conocido; a italianos, a sacerdotes católicos, a socialistas intransigentes y a otros del partido alemán de la guerra; entre los suizos, nos apoyaban el magnífico pastor Leonhard Ragaz y el poeta Robert Faesi. En la librería francesa encontré a mi traductor, Paul Morisse; en la sala de conciertos, al director Oscar Fried; todo el mundo estaba allí, todo el mundo pasaba por allí, se oían opiniones para todos los gustos, desde las más absurdas hasta las más sensatas, se respiraba rabia y entusiasmo. Se fundaban periódicos, se dirimían controversias, los contrastes se acercaban o se alejaban aún más, se hacían y deshacían grupos; nunca he vuelto a tropezar con una mezcla más variopinta y apasionada de opiniones y gentes en una forma tan concentrada y, como quien dice, tan humeante como durante aquellos días en Zúrich (o tal vez debería decir noches, porque la gente discutía hasta que el café Bellevue o el Odeón apagaban las luces y entonces a menudo sucedía que los unos iban a casa de los otros). En aquel mundo encantado ya nadie contemplaba el paisaje, las montañas, los lagos y su dulce paz; la gente vivía pendiente de los periódicos, de las noticias y los rumores, de las opiniones y las disputas. Y cosa curiosa: mentalmente se vivía la guerra con más intensidad que en el seno de las naciones en guerra, porque allí el problema, por así decir, se había objetivado y se había desprendido por completo del interés nacional por la victoria o la derrota. No se contemplaba la guerra desde ningún punto de vista político, sino europeo, y

desde él se la veía como un suceso tremendo y atroz que transformaría no tan sólo unas cuantas líneas fronterizas, sino sobre todo la forma y el futuro de nuestro mundo.

De entre todas aquellas personas, las más dignas de lástima para mí (como si ya me hubiera asaltado un presentimiento de mi futuro destino) eran las que no tenían patria o, peor aún, las que, en lugar de una patria, tenían dos o tres y no sabían a cuál pertenecían. Por ejemplo, en un rincón del café Odeón se sentaba, a menudo solo, un joven que llevaba una barbita de color castaño y unas gafas ostentosamente gruesas ante unos penetrantes ojos oscuros; me dijeron que era un escritor inglés de gran talento. Cuando, al cabo de unos días, trabé conocimiento con James Joyce, rechazó rotundamente cualquier relación con Inglaterra. Era irlandés. Cierto que escribía en inglés, pero no pensaba ni quería pensar en inglés. Me dijo:

—Quisiera una lengua que estuviera por encima de las lenguas, una lengua a la que sirvieran todas las demás. No puedo expresarme del todo en inglés sin incluirme en una tradición.

No lo comprendí muy bien, porque no sabía que entonces ya estaba escribiendo su *Ulises*; sólo me había prestado su libro *Retrato de un artista adolescente*, el único ejemplar que tenía, y su pequeño drama, *Exiles*, que yo precisamente quería traducir para ayudarlo. Cuanto más lo conocía, más admiraba su fantástico conocimiento de lenguas; tras aquella frente redondeada, moldeada a martillazos y que brillaba como porcelana bajo la luz eléctrica, estaban estampados todos los vocablos de todos los idiomas y él jugaba con ellos y los mezclaba de una manera brillantísima. En cierta ocasión

me preguntó cómo traduciría al alemán una frase difícil de *Retrato del artista* y juntos probamos la solución en italiano y en francés; él tenía preparadas para cada palabra cuatro o cinco traducciones en cada lengua, incluso dialectales, y sabía su valor y peso hasta el último matiz. Pocas veces lo abandonaba una cierta amargura, pero creo que en el fondo era esa irritación la fuerza interior que lo volvía vehemente y creativo. El resentimiento contra Dublín, contra Inglaterra y contra ciertas personas había adoptado en él la forma de una energía dinámica que sólo se liberaba en la obra literaria. Pero él parecía amar esa dureza suya; nunca lo vi reír ni de buen humor. Daba siempre la impresión de una fuerza oscura concentrada en ella misma y, cuando lo veía por la calle, con los delgados labios estrechamente apretados y caminando siempre con pasos apresurados, como si se dirigiera a algún lugar determinado, me daba cuenta de la actitud defensiva y del aislamiento interior de su carácter mucho más que en nuestras conversaciones. Por eso después no me sorprendió en absoluto que fuera precisamente él quien escribiese la obra más solitaria, la menos ligada a todo y que se abatió sobre nuestra época como un meteoro.

Otro de esos anfibios que vivían entre dos naciones era Feruccio Busoni, italiano por nacimiento y educación, alemán por elección. Desde mi juventud yo no había amado tanto a otro virtuoso de la música como a él. Cuando interpretaba alguna pieza de piano en un concierto, de sus ojos emanaba un sorprendente brillo soñador. Sus manos creaban música sin esfuerzo, una perfección única, mientras su bella cabeza, ligeramente echada hacia atrás, rezumaba espíritu, escuchaba y se impregnaba de la música que creaba. Entonces parecía

como transfigurado. ¡Cuántas veces había contemplado con fascinación, en las salas de concierto, aquel rostro iluminado, mientras las notas, dulcemente excitantes y, sin embargo, sonoras y argentinas, me penetraban hasta en la sangre! Ahora volvía a verlo, y el hombre tenía el pelo gris y los ojos sombreados de tristeza.

—¿De dónde soy? —me preguntó en una ocasión—. Cuando sueño por la noche y luego me despierto, sé que he hablado italiano en sueños. Y cuando escribo, pienso en alemán.

Tenía discípulos esparcidos por todo el mundo —«quizás en aquel momento uno disparaba contra otro»— y aún no se atrevía a trabajar en su propia obra, la ópera *Doctor Fausto*, porque se sentía trastornado. Para evadirse, escribió una pequeña pieza musical ligera de un acto, pero la nube no se disipó de su cabeza durante toda la guerra. Pocas veces volví a oír su risa, magnífica, impetuosa y argentina, que tanto me había gustado. Y en una ocasión, ya muy entrada la noche, me topé con él en el vestíbulo del restaurante de la estación; había bebido él solo dos botellas de vino. Al verme, me llamó.

—¡Me aturdo! —me dijo, señalando las botellas—. ¡No bebo! Pero hay veces en que uno tiene que aturdirse; si no, todo le resulta insoportable. La música no siempre lo consigue y el trabajo te visita sólo durante unas pocas buenas horas.

Pero esa situación ambigua era difícil sobre todo para los alsacianos y más aún para aquellos que, como René Schickele, tenían el corazón en Francia y escribían en alemán. En realidad, era porque la guerra había estallado a causa de su país, y su guadaña les partía el corazón.

Hubo intentos de atraerlos a la derecha y a la izquierda, de obligarlos a manifestarse a favor de Alemania o de Francia, pero ellos abominaban una disyuntiva que les resultaba imposible. Querían, como todos nosotros, una Alemania y una Francia hermanadas, avenencia en vez de hostilidad, y por eso sufrían por las dos y para las dos.

Y en torno a ellos estaba todavía un desconcertado grupo de gente mezclada, con medios vínculos: mujeres inglesas casadas con oficiales alemanes, madres francesas de diplomáticos austríacos, familias con un hijo sirviendo en un lado y otro en el contrario, padres que esperaban cartas de una y otra parte y a los cuales les habían confiscado lo poco que tenían aquí y que habían perdido la posición que ocupaban allá; todos esos seres resquebrajados habían encontrado refugio en Suiza adonde huyeron de la sospecha que los perseguía tanto en la antigua patria como en la nueva. Por miedo a comprometer a unos y otros, evitaban hablar en cualquier lengua y se deslizaban como sombras de un lado para otro, con su existencia rota, destrozada. Cuanto más europea era la vida de un hombre en Europa, tanto más duramente lo castigaba el puño que aplastaba al continente.

Entretanto se había adelantado el estreno de *Jeremías*. Fue todo un éxito y el hecho de que el *Frankfurter Zeitung* informara a Alemania, a modo de denuncia, de que habían asistido a la representación el embajador especial de los Estados Unidos y algunas eminentes personalidades aliadas no me inquietó ni poco ni mucho. Notábamos que la guerra, ya en su tercer año, iba aflojando interiormente y que oponerse a su continuación —algo que tan sólo Ludendorff quería imponer— ya no era tan peligroso como en los primeros

tiempos pecadores de su gloria. El otoño de 1918 traería el desenlace definitivo. Pero yo no quería pasar ese tiempo de espera en Zúrich, porque mis ojos se habían vuelto más despiertos y vigilantes. Llevado por el primer entusiasmo de la llegada, me había imaginado que, entre tantos pacifistas y antimilitaristas, encontraría a verdaderos correligionarios, luchadores sinceramente decididos a favor de un entendimiento europeo. No tardé en darme cuenta de que, entre los que se hacían pasar por fugitivos y se comportaban como mártires de convicciones heroicas, se habían infiltrado algunos personajes poco claros que estaban al servicio de la agencia de noticias alemana y cobraban por espiar y vigilar a todo el mundo. La tranquila y formal Suiza resultó minada, como todos pudimos comprobar por experiencia propia, por el trabajo de zapa de agentes secretos de ambos lados. La camarera que vaciaba la papelera, la telefonista, el camarero que, peligrosamente, nos servía demasiado de cerca y sin prisa, estaban al servicio de una potencia enemiga, incluso a menudo una misma persona estaba al servicio de los dos bandos. Abrían las maletas a escondidas, fotografiaban los papeles secantes; las cartas desaparecían por el camino o de las estafetas de correos; elegantes mujeres le sonreían a uno insistentemente en los vestíbulos de los hoteles; pacifistas sorprendentemente solícitos de los que nunca habíamos oído hablar se presentaban de repente e invitaban a firmar proclamas o pedían, hipócritas, direcciones de amigos «de confianza». Un «socialista» me ofreció una cantidad sospechosamente alta por dar una conferencia a unos obreros de la Chaux-de-Fonds de la que nadie sabía nada; era preciso estar siempre alerta. No tardé mucho en descubrir lo reducido que era el

número de los que podía considerar absolutamente fiables y, como no quería dejarme arrastrar a la política, poco a poco fui limitando mi trato con la gente. Pero incluso en las personas de confianza me aburría la esterilidad de sus eternas discusiones y su encajonamiento voluntario en grupos radicales, liberales, anarquistas, bolcheviques y apolíticos; por primera vez pude observar de cerca al auténtico tipo de revolucionario profesional que se siente enaltecido por su simple actitud de oposición y se aferra al dogmatismo porque carece de soporte en sí mismo. Permanecer en semejante confusión hecha de charlatanería significa confundirse uno mismo, cultivar compañías dudosas y poner en peligro la seguridad moral de las propias convicciones. De hecho, ninguno de aquellos conspiradores de café se atrevió nunca a conspirar; de todos aquellos políticos universales improvisados ninguno supo hacer política cuando hizo falta. Tan pronto como empezó la tarea positiva, la reconstrucción después de la guerra, cejaron en su actitud negativa y criticona, del mismo modo que muy pocos escritores antibelicistas de aquellos días lograron escribir obras importantes después de la guerra. Había sido la época, con su fiebre, la que escribía, discutía y hacía política por boca de ellos y, como todos los grupos que deben su unidad a una momentánea constelación y no a una idea vivida, todo aquel círculo de hombres interesantes y dotados se desintegró sin dejar rastro tan pronto como hubo desaparecido la resistencia contra la que luchaban: la guerra.

Escogí como lugar ideal un pequeño hostal de Rüschlikon, situado a una media hora de Zúrich; desde las colinas de los alrededores se dominaba todo el lago y,

lejanas y diminutas, las torres de la ciudad. Allí no tenía necesidad de ver más que a los que yo invitaba, a los amigos de verdad, y ellos acudían: Rolland y Masereel. Allí podía trabajar para mí mismo y aprovechar el tiempo, que entretanto seguía su curso inexorable. La entrada de América en la guerra permitió a todos aquellos que no tenían la mirada ofuscada y los oídos ensordecidos por la cháchara patria ver venir la inevitable derrota alemana; cuando el emperador alemán anunció de repente que a partir de entonces quería gobernar «democráticamente», nosotros ya sabíamos lo que iba a pasar. Confieso con toda sinceridad que los austríacos y los alemanes, a pesar del vínculo de la lengua y del alma, estábamos impacientes por que se acelerara lo inevitable, dado que se había hecho inevitable; y el día en que el emperador Guillermo, que había jurado luchar hasta el último aliento de hombres y caballos, huyó a través de la frontera y Ludendorff, que había sacrificado millones de hombres a su «paz por la victoria», escapó a Suecia con sus gafas azules, aquel día fue un gran consuelo para nosotros, porque creímos —y el mundo entero también— que con aquélla se había acabado «la» guerra para siempre, que se había amansado o matado la bestia que había asolado a nuestro mundo. Creíamos en el grandioso programa de Wilson, que suscribíamos por entero; en aquellos días en que la Revolución rusa todavía celebraba sus esponsales con la idea de la humanidad y el pensamiento idealista, veíamos nacer en Oriente un incierto resplandor. Éramos unos necios, lo sé. Pero no sólo nosotros. Quien vivió aquella época recuerda que las calles de todas las ciudades retronaban de júbilo al recibir a Wilson como salvador del mundo, y que los soldados enemigos se

abrazaban y besaban; nunca en Europa había existido tanta fe como en aquellos primeros días de paz, pues por fin había lugar en la Tierra para el reino de la justicia y la fraternidad, prometido durante tanto tiempo; era ahora o nunca la hora de la Europa común que habíamos soñado. El infierno había quedado atrás, ¿qué nos podía asustar después de él? Empezaba otro mundo. Y, como éramos jóvenes, nos decíamos: será el nuestro, el mundo que soñábamos, un mundo mejor y más justo.

RETORNO A AUSTRIA

Desde el punto de vista de la lógica, lo más insensato que podía yo hacer tras la derrota de las armas alemanas y austríacas era volver a Austria, aquella Austria que ya sólo brillaba con luz crepuscular en el mapa de Europa, como una sombra difusa, gris y exánime de la antigua monarquía imperial. Los checos, los polacos, los italianos y los eslovenos le habían arrebatado las tierras; lo que quedaba era un tronco mutilado que sangraba por todas las arterias. De los seis o siete millones de hombres obligados a llamarse «austríacos alemanes», sólo en la ciudad ya se apiñaban dos, muertos de hambre y de frío; las fábricas que habían enriquecido al país se hallaban ahora en territorio extranjero y los ferrocarriles se habían convertido en lastimeros muñones; se había robado el oro del Banco Nacional y a éste se le había cargado el gigantesco peso de los préstamos de guerra. Las fronteras estaban todavía sin definir, porque la Conferencia de Paz justo acababa de empezar y aún no se habían fijado los compromisos; no había harina ni pan ni carbón ni petróleo; una revolución parecía inevitable o, si no, sólo se vislumbraba una solución catastrófica. Según todas las previsiones humanas, aquel país creado artificialmente por los Estados vencedores no podía existir como país independiente ni (todos los partidos, el socialista, el clerical y el nacional, lo pregonaban a coro) tampoco quería serlo. Que yo sepa, por primera vez en la historia se dio el caso paradójico de que un país se viera obligado a aceptar una independencia que rechazaba con encono.

Austria quería volver a unirse a los Estados vecinos de antes o a Alemania, con la que tenía vínculos de sangre, pero por nada del mundo deseaba llevar una vida de pordiosero con el cuerpo mutilado. Los Estados vecinos, en cambio, no querían una alianza económica con aquella Austria, en parte porque la consideraban demasiado pobre y, en parte también, porque temían que volviesen los Habsburgos; por otro lado, los aliados habían prohibido su anexión a Alemania para no fortalecer a la Alemania vencida. Se decretó, pues, que debía existir la República Austro alemana. A un país que no quería existir se le ordenaba (caso único en la historia): «¡Tienes que existir!».

Ni yo mismo puedo explicarme ahora qué fue lo que me impulsó a volver voluntariamente a un país que pasaba por la peor época de su historia. Pero los hombres de la preguerra nos habíamos criado, a pesar de todo y de todos, con un sentido del deber muy fuerte; creíamos que más que nunca formábamos parte de una patria y una familia que sufrían momentos de extrema necesidad. Me parecía una cobardía rehuir cómodamente la tragedia que se estaba preparando allí y —precisamente como autor de *Jeremías*— sentía la responsabilidad de ayudar con la palabra a superar la derrota. Inútil durante la guerra, ahora, tras la derrota, me parecía que había encontrado el lugar que me correspondía, tanto más cuanto que, con mi oposición a la prolongación de la guerra, había adquirido un cierto ascendente moral, sobre todo entre los jóvenes. Y aun cuando nada pudiera hacer, por lo menos me quedaba la satisfacción de compartir el sufrimiento general que se preveía.

En aquellos momentos un viaje a Austria requería preparativos como si de una expedición al Ártico se tratara. Era preciso equiparse con vestidos gruesos y ropa interior de lana, porque se sabía que al otro lado de la frontera no había carbón y el invierno estaba a las puertas. La gente se hacía poner suelas en los zapatos, porque allí sólo las había de madera. Llevaba consigo provisiones y chocolate, tanto como Suiza permitía, para no pasar hambre hasta que le concedieran la primera tarjeta de racionamiento. Aseguraba el equipaje al precio más alto, porque la mayoría de furgones eran saqueados y cada zapato, cada prenda de vestido era insustituible; sólo cuando, diez años más tarde, viajé a Rusia, tuve que hacer unos preparativos semejantes. Por unos instantes permanecí todavía indeciso en la estación fronteriza de Buchs, a la que había llegado tan feliz hacía menos de un año, y me preguntaba si no debía volverme atrás en el último minuto. Me daba cuenta de que era la decisión de mi vida, pero finalmente tomé el camino más duro y difícil: volví a subir al tren.

A mi llegada hacía un año a la estación fronteriza de Buchs, había vivido un momento emocionante. Ahora, a la vuelta, me aguardaba otro no menos inolvidable en la estación austríaca de Feldkirch. Ya en el mismo instante de apearme del tren noté una extraña agitación entre los aduaneros y los policías. No nos prestaron demasiada atención y despacharon la revisión de equipajes de un modo absolutamente indolente: estaba muy claro que esperaban algo más importante. A la postre sonó la campana anunciando la llegada de un tren procedente del lado austríaco. Los policías formaron, los aduaneros salieron en tropel de las casetas y sus mujeres, seguramente informadas de antemano, se congregaron en

el andén; entre los presentes me llamó especialmente la atención una señora mayor, vestida de negro, con sus dos hijitas, probablemente una aristócrata, a juzgar por su porte y su ropa. Visiblemente emocionada, no cesaba de enjugarse los ojos con un pañuelo.

Lenta, casi diría majestuosamente, el tren entró en la estación; un tren especial: no eran los habituales vagones de pasajeros, viejos, deslustrados y descoloridos por la lluvia, sino unos vagones negros y anchos, un tren salón. La locomotora se detuvo. Una agitación perceptible recorrió las filas de los que esperaban, y yo todavía no sabía el porqué. Entonces reconocí, de pie tras el cristal de la ventana, al emperador Carlos, el último emperador de Austria, y a su esposa, la emperatriz Zita, vestida de negro. Me estremecí: ¡el último emperador de Austria, el heredero de la dinastía de los Habsburgos que había gobernado el país durante setecientos años abandonaba su imperio! Pese a haberse negado a abdicar, la República le había consentido (o, mejor dicho, le había impuesto) una salida con todos los honores. Ahora aquel hombre alto y serio miraba por la ventana y contemplaba por última vez las montañas, las casas y las gentes de su país. Viví un momento histórico, momento, además, doblemente conmovedor para alguien que se había criado en la tradición del imperio, que la primera canción que había aprendido en la escuela era la «Canción del emperador» y que después, en el servicio militar, había jurado «obediencia en tierra, mar y aire» a aquel hombre vestido de paisano y con ademán grave y pensativo. Innumerables veces había visto al viejo emperador en la magnificencia de las grandes solemnidades, ahora ya legendaria; lo había visto en la escalinata de Schönbrunn, rodeado de su familia y de los flamantes uniformes de los

generales, recibiendo el homenaje de los ochenta mil escolares de Viena que, formados en la espaciosa explanada verde del palacio, cantaban a coro con sus enternecedoras vocecitas el «Dios guarde al emperador» de Haydn. Lo había visto en el baile de palacio, en las representaciones del Théâtre Paré, con su lustroso uniforme, y también en Ischl, saliendo de cacería con el verde sombrero estirio; lo había visto, con la cabeza devotamente agachada, dirigiéndose a la iglesia de San Esteban en la procesión del Corpus, y lo había visto aquel día nublado y lluvioso de invierno junto al túmulo cuando, en plena guerra, enterraron al anciano en la cripta de los Capuchinos. «El emperador»: esta palabra había sido para nosotros la quintaesencia del poder y de la riqueza, el símbolo de la perpetuidad de Austria, y habíamos aprendido de pequeños a pronunciar estas cuatro sílabas con respeto. Y ahora veía a su heredero, el último emperador de Austria, expulsado de su país. La gloriosa sucesión de Habsburgos que, siglo tras siglo, se había pasado de mano en mano la corona y el globo imperiales, tocaba a su fin en aquel momento. Todos los que nos rodeaban percibían historia, historia universal, en aquella trágica escena. Los gendarmes, los policías y los soldados parecían perplejos y, un poco avergonzados, desviaban la mirada, porque no sabían si todavía les estaba permitido rendirle los honores de costumbre; las mujeres no se atrevían a levantar la vista; nadie hablaba y así, de repente, se pudieron oír los últimos sollozos de la anciana vestida de luto que había venido, quién sabe de dónde, para ver una vez más a «su» emperador. Finalmente el revisor dio la señal. Todos nos sobresaltamos sin querer. Fue un segundo inapelable. La locomotora arrancó con un fuerte tirón, como si también

ella tuviera que esforzarse, y el tren se alejó lentamente. Los aduaneros lo siguieron con una mirada llena de respeto. Luego volvieron a sus oficinas con una cierta perplejidad, como la que se observa en los entierros. En aquel instante llegaba realmente a su fin una monarquía casi milenaria. Yo sabía que regresaba a otra Austria, a otro mundo.

Tan pronto como el tren hubo desaparecido en la lejanía, nos mandaron bajar de los relucientes y limpios vagones suizos y subir a los austríacos. Y sólo bastaba con poner el pie en ellos para adivinar lo que le había ocurrido a este país. Los revisores que señalaban los asientos a los pasajeros se arrastraban de un lado para otro, delgados, hambrientos y desarrapados; los uniformes, rotos y gastados, colgaban holgados de sus hundidos hombros. Las correas para subir y bajar las ventanillas habían sido cortadas, porque cualquier trozo de cuero tenía un gran valor. Bayonetas y cuchillos depredadores habían causado estragos también en los asientos; trozos enteros del acolchado habían sido salvajemente arrancados por algún desaprensivo que querría remendarse los zapatos y sacaba el cuero de donde lo encontraba. Asimismo, alguien había robado los ceniceros para aprovechar el poquito de níquel y cobre que contenían. El viento de finales de otoño empujaba dentro de los vagones, por las ventanas destrozadas, el humo y el hollín del miserable lignito con que funcionaban las locomotoras; ennegrecían el suelo y las paredes, pero al menos su mal olor mitigaba el penetrante hedor de yodoformo que recordaba al gran número de enfermos y heridos que aquellos esqueléticos vagones habían transportado durante la guerra. Sin embargo, el hecho de que el tren avanzara ya era un

milagro, aunque fuera largo y lento; cada vez que las ruedas, mal engrasadas, chirriaban con menor estridencia, temíamos que a la locomotora, agotada por el trabajo, le faltara el aliento. Para un trayecto que normalmente se cubría en una hora, hacían falta cuatro o cinco y, al anochecer, la oscuridad en el interior del tren era absoluta. Las bombillas estaban rotas o habían sido robadas; si alguien buscaba algo, tenía que andar a tientas con cerillas, y si no pasábamos frío era porque, desde el principio, nos habíamos sentado siete u ocho bien juntos y apretados. Pero ya en la primera estación subió más gente y se metió en los vagones como pudo, cansada de tantas horas de espera. Los pasillos estaban abarrotados, incluso en los estribos se acurrucaban algunas personas, expuestas al frío de la noche casi invernal y, además, todo el mundo apretaba contra su cuerpo el equipaje y un paquete de víveres; nadie se atrevía a soltar nada de la mano en medio de la oscuridad, ni siquiera por un minuto. Me daba cuenta de que había salido de un mundo de paz para volver a los horrores de la guerra que ya creía acabados.

Antes de llegar a Innsbruck la locomotora de repente empezó a jadear y, a pesar de todos los resoplidos y silbidos, no pudo superar una pequeña cuesta. Nerviosos, los empleados del ferrocarril corrían de un lado para otro con sus humeantes linternas en medio de las tinieblas. Pasó una hora antes de que llegara resollando una máquina de repuesto y luego necesitamos diecisiete horas, en lugar de siete, para llegar a Salzburgo. No había un solo mozo de cuerda en toda la estación; finalmente, unos cuantos soldados desarrapados se ofrecieron bondadosamente a llevarnos el equipaje hasta un coche, pero el caballo era tan viejo y estaba tan mal

alimentado, que más bien parecía estar sostenido por la lanza que enganchado a ella para tirar del carruaje. No me sentí con ánimos de exigir más esfuerzos a aquella fantasmal bestia cargando el equipaje en el coche, de modo que lo dejé en la consigna de la estación, no sin cierto temor, me excuso decir, de no volverlo a ver jamás.

Durante la guerra me había comprado una casa en Salzburgo, porque el distanciamiento de mis amigos de antes, a causa de nuestras opiniones encontradas respecto a la guerra, había despertado en mí el deseo de no volver a vivir en grandes ciudades y en medio de mucha gente; más adelante, también mi trabajo se benefició en todos los aspectos de aquella vida retirada. Salzburgo me parecía la más ideal de todas las pequeñas ciudades de Austria, no sólo por sus paisajes, sino también por su situación geográfica, ya que, situada en el límite de Austria, a dos horas y media en tren de Munich, a cinco de Viena, diez de Zúrich y Venecia y veinte de París, era un verdadero punto de partida hacia Europa. Es verdad que todavía no era la ciudad de encuentro de los «prominentes» (de lo contrario no la hubiera escogido como lugar de trabajo) ni famosa por sus festivales (y que en verano adoptaba un aire esnob), sino una pequeña ciudad antigua, amodorrada y romántica, situada en la última falda de los Alpes, los cuales, con sus montes y colinas, pasaban en suave transición a la llanura alemana. La pequeña colina poblada de bosques donde yo vivía era como la última oleada de esa impresionante cordillera que allí se detenía; inaccesible a los automóviles y alcanzable sólo por un vía crucis de trescientos años y más de cien escalones, ofrecía desde la terraza, como compensación para tal esfuerzo, una vista

magnífica de los tejados y frontispicios de la ciudad de las mil torres. Al fondo, el panorama se ensanchaba por encima de la gloriosa cadena de los Alpes (también, huelga decirlo, hasta el Salzberg, en el municipio de Berchtesgaden, donde pronto iba a vivir, justo frente a mi casa, un hombre entonces completamente desconocido, llamado Adolf Hitler). La casa resultó tan romántica como incómoda. Pabellón de caza de un arzobispo del siglo XVII y adosada al sólido muro de la fortaleza, había sido ampliada a finales del siglo XVIII con una habitación a la derecha y otra a la izquierda; un espléndido papel pintado y un bolo de color con el que había jugado el emperador Francisco en el largo corredor de la casa durante una visita a Salzburgo, además de algunos viejos pergaminos que contenían distintos derechos feudales, eran los vestigios visibles de su, a pesar de todo, espléndido pasado.

El hecho de que aquel pabellón (su larga fachada le daba un aire fastuoso, aunque sólo tenía nueve habitaciones, porque le faltaba profundidad) fuera una curiosidad antigua, más adelante habría de cautivar a nuestros invitados; pero en aquel momento su origen histórico resultó una fatalidad: encontramos nuestro hogar en un estado casi inhabitable. La lluvia entraba alegremente en las habitaciones, tras cada nevada los pasillos quedaban inundados y era imposible reparar el tejado como era debido, pues los carpinteros no tenían madera para los cabrios ni los hojalateros plomo para las tuberías; a duras penas tapamos las goteras más grandes con cartón alquitranado, pero cuando volvía a nevar no había más remedio que subirse al tejado y quitar la nieve a golpe de pala antes de que fuera demasiado tarde. El teléfono se rebelaba, porque el hilo conductor era de

hierro y no de cobre; como nadie suministraba nada, teníamos que cargar nosotros mismos colina arriba hasta la bagatela más insignificante. Pero lo peor de todo era el frío, porque no había carbón en muchas leguas a la redonda y la leña del jardín, que era demasiado verde, silbaba como una serpiente en vez de calentar y crepitaba y chisporroteaba en vez de arder. Para salir del paso utilizábamos turba que, cuando menos, daba una apariencia de calor, pero durante tres meses escribí casi todos mis trabajos metido en la cama y con unos dedos entumecidos por el frío que volvía a meter debajo de la colcha después de terminar cada página. Pero fue preciso defender incluso a aquel inhóspito caserón, porque a la escasez general de alimentos y calefacción se añadió en aquel año catastrófico la falta de viviendas. Durante cuatro años en Austria no se había construido nada, muchas casas se caían y ahora, de golpe y porrazo, volvía como un torrente la infinita multitud de soldados licenciados y de prisioneros de guerra, todos sin casa, de modo que, forzosamente, en cada habitación disponible se debía alojar a una familia. Vinieron comisiones cuatro veces, pero hacía tiempo que habíamos cedido ya dos habitaciones, y el frío y el ambiente inhóspito de nuestra casa, que al principio habíamos encontrado tan hostiles, ahora resultaron útiles: nadie quería subir los cien escalones para después morirse de frío.

Cada visita a la ciudad era una experiencia angustiosa; por primera vez vi los amarillentos y peligrosos ojos del hambre. El pan negro se desmigajaba y sabía a resina y cola, el café era un extracto de cebada tostada; la cerveza, agua amarilla; el chocolate, arena teñida y las patatas estaban heladas; la mayoría de la gente criaba conejos para no olvidar del todo el sabor de la carne; en

nuestro jardín un muchacho cazaba ardillas con escopeta para las comidas de los domingos, y los perros y gatos bien alimentados pocas veces regresaban de sus paseos. Los tejidos que se ponían a la venta eran en realidad papel preparado, sucedáneo de otro sucedáneo; los hombres iban vestidos casi exclusivamente con uniformes viejos, incluso rusos, sacados de un almacén o un hospital y dentro de los cuales ya habían muerto unas cuantas personas; no eran raros los pantalones hechos de sacos viejos. Se le encogía a uno el corazón al andar por la calle, donde los escaparates parecían saqueados, la argamasa se caía desmigajada como tiña de las casas en ruinas y la gente, visiblemente desnutrida, se arrastraba a duras penas hacia su lugar de trabajo. La alimentación era mejor en la llanura; con el bajón general de la moral, ningún campesino pensaba en vender la mantequilla, los huevos y la leche a los «precios máximos» fijados por la ley. Guardaban escondido en el granero todo cuanto podían y esperaban la visita de compradores con mejores ofertas. Pronto apareció una nueva profesión: la de los «acaparadores». Hombres sin trabajo cogían una o dos mochilas e iban de un campesino a otro, iban incluso en tren a lugares especialmente productivos, para conseguir víveres ilegales y venderlos luego en la ciudad a un precio cuatro o cinco veces más elevado. Al principio los campesinos estaban la mar de contentos con la gran cantidad de billetes de banco que les llovían en casa a cambio de los huevos y la mantequilla que ellos, a su vez, también «acaparaban». Pero, en cuanto iban a la ciudad con sus carteras repletas para comprar mercancías, descubrían con irritación que, mientras ellos sólo habían pedido cinco veces más por sus víveres, el precio de la guadaña, el martillo y la olla que querían comprar se

había multiplicado por veinte o cincuenta. A partir de aquel momento aceptaban sólo objetos industriales, intercambiaban mercancía por mercancía, valor real por valor real; después de que, con sus trincheras, la humanidad hubo retrocedido felizmente a la edad de las cavernas, también perdió la milenaria convención del dinero y volvió al primitivo trueque. Un grotesco comercio se extendió por todo el país. Los habitantes de las ciudades acarreaban hasta las casas de campo todo aquello de que podían privarse: jarrones de porcelana china y alfombras, sables y escopetas, aparatos fotográficos y libros, lámparas y adornos; y así, por ejemplo, si alguien entraba en una casa de campo de Salzburgo, podía encontrar allí, con gran sorpresa, un buda indio que lo miraba fijamente o una librería rococó con libros franceses encuadernados en cuero, de los que los nuevos propietarios presumían con mucho orgullo. «¡Piel auténtica! ¡Francia!», afirmaban ufanos. Cosas de valor, nada de dinero: he aquí la consigna. Muchos tuvieron que desprenderse del anillo de boda y de la correa que les sujetaba los pantalones alrededor del cuerpo sólo para poder alimentar a ese cuerpo.

Finalmente tuvieron que intervenir las autoridades para acabar con aquel tráfico ilícito que, en la práctica, beneficiaba sólo a los acaudalados; se dispusieron cordones de policías de una provincia a otra para confiscar las mercancías a los «acaparadores» que iban en bicicleta o en tren y repartirlas entre los departamentos municipales de abastos. Los acaparadores respondieron organizando transportes nocturnos a la manera del Oeste americano o sobornando a los inspectores, que también tenían en casa a hijos hambrientos; a veces se producían verdaderas batallas

con los revólveres y cuchillos que aquellos chicos, tras cuatro años en el frente, sabían manejar perfectamente, como también sabían esconderse en las huidas de acuerdo con las reglas de la estrategia militar. De semana en semana el caos iba creciendo y la población estaba cada vez más irritada, porque de día en día se volvía más palpable la depreciación de la moneda. Los Estados vecinos habían sustituido los viejos billetes de banco austrohúngaros por los suyos y más o menos habían pasado a la minúscula Austria la carga principal del cambio con su vieja «corona». La primera señal de desconfianza por parte de los ciudadanos fue la desaparición de las monedas, porque una pieza de cobre o de níquel representaba en el fondo un «capital efectivo» frente al simple papel impreso. El Estado, ciertamente, impulsó el máximo rendimiento de la Casa de la Moneda a fin de producir el máximo posible de dinero artificial según la receta de Mefistófeles, pero ya no pudo dar alcance a la inflación; y así, cada ciudad, pueblo o villa empezó a imprimir su propia «moneda provisional», que era rechazada ya en el pueblo vecino y que, más adelante, cuando se tuvo conocimiento real de su falta de valor, la mayoría de la gente simplemente tiró a la basura. Tengo la impresión de que a un economista que quisiera describir plásticamente todas estas fases, la inflación primero en Austria y después en Alemania, no le costaría mucho superar el suspense y el interés de cualquier novela, pues el caos adquiría formas cada vez más fantásticas. Pronto ya nadie sabía cuánto costaba algo. Los precios se disparaban caprichosamente; una caja de cerillas costaba en la tienda que había subido los precios a tiempo veinte veces más que en otra, cuyo honrado dueño vendía ingenuamente sus artículos

todavía al precio del día anterior; en recompensa a su probidad veía la tienda vaciada en menos de una hora, porque uno se lo decía a otro y todo el mundo corría a comprar lo que estaba a la venta, tanto si lo necesitaba como si no. Incluso un pez de colores o un telescopio viejo eran «capital efectivo» y todo el mundo quería un valor real en lugar de papel. El caso más grotesco se dio en la desproporción de los alquileres, pues el gobierno, para proteger a los inquilinos (que eran la gran mayoría de la población) y en perjuicio de los propietarios, había prohibido su subida; en definitiva, pues, toda Austria tuvo casa más o menos gratuita durante cinco o diez años (porque luego también se prohibió la rescisión de los contratos). Con semejante caos, la situación se hacía de semana en semana cada vez más absurda e inmoral. Aquel que había ahorrado durante cuarenta años y además había invertido patrióticamente el dinero en préstamos de guerra, se convertía en pordiosero. Quien tenía deudas, se veía libre de ellas. Quien se atenía correctamente a la distribución de víveres, moría de hambre; sólo quien la infringía con toda la cara comía hasta la saciedad. Quien sabía sobornar se abría paso; quien especulaba sacaba provecho. Quien vendía de acuerdo con el precio de compra salía perjudicado; quien calculaba con prudencia era estafado. No había medida ni valor en aquel desbarajuste de un dinero que se fundía y evaporaba; no había otra virtud que la de ser hábil y flexible, no tener escrúpulos y saltar encima del caballo al galope en vez de dejarse pisar por él.

A todo ello se añadió el hecho de que, mientras los austríacos, en medio de la caída de los valores, perdían el sentido de la medida, muchos extranjeros se habían dado cuenta de que en Austria se podía pescar en río revuelto.

Durante la inflación (que duró tres años y a un ritmo cada vez más acelerado) lo único que conservó un valor estable dentro del país fue la moneda extranjera. Como las coronas austríacas se fundían entre los dedos como gelatina, todo el mundo quería francos suizos o dólares norteamericanos y una multitud de extranjeros aprovechó la coyuntura para pegar un mordisco al cadáver todavía palpitante de la corona austríaca. «Descubrieron» Austria, y el país vivió una fatal temporada de «turismo» extranjero. Los hoteles de Viena estaban llenos a rebosar de esos buitres; lo compraban todo, desde cepillos de dientes hasta fincas rústicas, vaciaban las colecciones de particulares y las tiendas de anticuarios antes de que sus propietarios, acosados por el aprieto en que se hallaban, se dieran cuenta de que los estafaban y les robaban. Insignificantes porteros de hotel suizos y estenotipistas holandeses vivían en los principescos apartamentos de los hoteles del Ring. Por increíble que parezca, puedo confirmar como testigo que el famoso hotel de lujo «L'Europe» de Salzburgo fue alquilado durante mucho tiempo por obreros ingleses sin trabajo que, gracias al sustancioso subsidio de paro inglés, llevaban una vida más barata aquí que en los barrios bajos de su país. Todo lo que no estaba clavado o remachado desaparecía; la noticia de que en Austria se podía vivir y comprar barato no tardó en propagarse y no cesaban de llegar nuevos clientes de Suecia y Francia; en las calles del centro de Viena se oía hablar más italiano, francés, turco y rumano que alemán. Incluso Alemania, donde al principio la inflación siguió un ritmo mucho más lento (aunque después superó la nuestra un millón de veces), aprovechó su marco en contra de la corona que se derretía poco a poco. Salzburgo, como

ciudad fronteriza, me brindó una ocasión óptima para observar aquellas incursiones diarias. A centenares y miles llegaban los bávaros de los pueblos y ciudades vecinos e inundaban la pequeña ciudad austríaca. Aquí se hacían tallar los vestidos y reparar los automóviles, iban a la farmacia y al médico; grandes empresas de Munich enviaban cartas y telegramas al extranjero desde Austria para beneficiarse de las diferencias de franqueo. A la larga, por iniciativa del gobierno alemán, se estableció una vigilancia de fronteras para evitar que se compraran los artículos de primera necesidad en Salzburgo, más barata, en lugar de hacerlo en los comercios locales, ya que, después de todo, un marco costaba setenta coronas, y en la aduana se confiscaban sin miramientos los artículos procedentes de Austria. Pero había un producto que no se podía confiscar: la cerveza que cada uno llevaba en el cuerpo. Los bávaros, grandes bebedores de cerveza, consultaban cada día la lista de las cotizaciones y calculaban si, debido a la depreciación de la corona, podían beber en Salzburgo cinco, seis o diez litros de cerveza por el mismo precio que debían pagar por uno en casa. Era imposible imaginar una tentación más espléndida y así, de las vecinas poblaciones de Freilassing y Reichenhall partían grupos de hombres con mujeres e hijos para permitirse el lujo de ingerir tanta cerveza como su barriga pudiera contener. Cada noche la estación ofrecía un pandemónium de grupos de gente bebida que berreaba, eructaba y vomitaba; los que iban demasiado bebidos —y eran muchos— tenían que ser transportados a los vagones en las carretillas que normalmente se utilizaban para el equipaje, antes de que el tren, desbordante de gritos y cantos báquicos, los devolviera a su país. Naturalmente los alegres bávaros no

sospechaban que les esperaba una terrible revancha, pues cuando la corona se estabilizó y, en cambio, el marco cayó en picado hasta alcanzar una inflación de proporciones astronómicas, fueron los austríacos los que, desde la misma estación, pasaron al otro lado para emborracharse a bajo precio, y se repitió el mismo espectáculo, pero en dirección contraria. Aquella guerra de la cerveza en medio de las dos inflaciones forma parte de mis recuerdos más singulares, puesto que muestra en miniatura y de un modo plástico, grotesco, aunque quizá también de la forma más meridiana posible, el carácter demencial de aquellos años.

Lo más curioso de todo es que hoy no recuerdo, por más que lo intente, cómo administrábamos la casa durante aquellos días ni de dónde sacaba la gente, en Austria, los miles y miles de coronas, y después en Alemania los millones de marcos, que hacían falta diariamente sólo para vivir. Y sin embargo, lo misterioso del caso es que la gente los tenía. La gente se acostumbró, se adaptó al caos. Lógicamente, un forastero que no hubiera vivido aquella época —cuando en Austria un huevo costaba tanto como antes un automóvil de lujo o después, en Alemania, cuatro mil millones de marcos (tanto como, más o menos, antes el precio de todas las casas del Gran Berlín)— se habría imaginado que las mujeres iban desgreñadas como locas por la calle, que las tiendas estaban desiertas porque nadie podía ya comprar nada y que, sobre todo, los teatros y los locales de diversión estaban completamente vacíos. Lo asombroso del caso, sin embargo, es que era todo lo contrario. La voluntad de seguir viviendo resultó más fuerte que la inestabilidad del dinero. En medio del caos financiero la vida diaria seguía su curso casi

inalterado. En el ámbito personal sí se produjeron cambios: los ricos se volvieron pobres, porque el dinero se les derretía en los bancos o en los fondos públicos, y los especuladores se hicieron ricos. Pero la rueda continuaba girando al mismo ritmo, indiferente al destino de los individuos; nada se detenía: el panadero cocía el pan, el zapatero remendaba zapatos, el escritor escribía libros, el campesino cultivaba la tierra, los trenes circulaban con regularidad, el periódico estaba todos los días a la misma hora delante de la puerta y precisamente los locales de diversión, los bares y los teatros estaban llenos a rebosar. Y todo porque, gracias al inesperado hecho de que la cosa antaño más estable, el dinero, perdiera valor cada día, la gente empezó a apreciar cada vez más los auténticos valores de la vida: el trabajo, el amor, la amistad, el arte y la naturaleza, y porque todo el pueblo vivía con más intensidad e interés que nunca en medio de la calamidad; chicos y chicas salían de excursión a la montaña y regresaban bronceados, en las salas de baile había música hasta muy avanzada la noche, por doquier se abrían nuevas fábricas y negocios; ni yo mismo creo haber vivido y trabajado nunca más intensamente que durante aquellos años. Lo que antes nos parecía importante, ahora lo era todavía más; nunca en Austria habíamos amado tanto el arte como en aquellos años de caos, porque, traicionados por el dinero, nos dábamos cuenta de que sólo lo eterno que llevamos dentro es lo realmente estable.

Por ejemplo, nunca olvidaré una función de ópera de aquellos días de extrema miseria. Uno andaba a tientas por la calle medio oscura, porque el alumbrado había sido restringido por falta de carbón, pagaba su entrada de gallinero con un fajo de billetes que antes habrían

bastado para el abono anual de un palco de lujo, se sentaba en su localidad con el abrigo puesto porque en la sala no había calefacción y se apretujaba contra sus vecinos para entrar en calor. ¡Y cuán triste y gris era aquella sala que antaño había resplandecido con uniformes y preciosos vestidos de noche! Nadie sabía si la semana siguiente volvería a haber ópera si el dinero seguía devaluándose y los envíos de carbón fallaban aunque fuera una sola semana; todo parecía doblemente desesperado en aquella casa de lujo y exuberancia imperial. Los músicos convertidos también en grises sombras, estaban sentados ante sus atriles con sus viejos y gastados fracs, extenuados y consumidos por tantas privaciones, y también nosotros parecíamos fantasmas en aquella casa que se había vuelto fantasmagórica. Pero entonces el director levantó la batuta, se alzó el telón y todo fue espléndido como nunca. Todos los cantantes, todos los músicos, dieron lo mejor de sí mismos, porque sabían que podía ser la última vez que actuaban en aquella sala tan querida. Y nosotros escuchábamos atentos y receptivos como nunca, porque podía ser la última vez. Así vivimos todos, miles, centenares de miles; todo el mundo hizo un esfuerzo supremo en aquellas semanas, meses y años, a un paso de la ruina. Nunca había sentido en un pueblo y en mí mismo una voluntad tan firme de vivir como entonces, cuando estaba en juego lo más importante: la existencia, la supervivencia.

Sin embargo, y a pesar de todo, me vería en un compromiso si tuviera que explicar a alguien cómo subsistió aquella Austria saqueada, pobre e infausta. A su izquierda, en Baviera, se había instaurado la República Comunista de los Sóviets y, a su derecha, Hungría se había convertido en bolchevique con Béla Kun; ni

siquiera hoy alcanzo a comprender cómo fue que la Revolución no se extendió a Austria. En verdad, no fue por falta de detonantes. Por las calles vagaban los soldados licenciados, famélicos y andrajosos, contemplando indignados el insolente lujo de los que se habían beneficiado de la guerra y la inflación; en los cuarteles, un batallón de la «guardia roja» se encontraba en estado de alerta, listo para disparar, y no existía ninguna otra fuerza organizada. Doscientos hombres decididos habrían podido apoderarse de Viena y de toda Austria. Pero no ocurrió nada serio. Tan sólo una vez un grupo indisciplinado intentó dar un golpe de Estado, el cual fue aplastado sin esfuerzo por cuatro o cinco docenas de policías armados. Y así el milagro se hizo realidad: aquel país aislado de sus fuentes de energía, de sus fábricas, minas de carbón y campos petrolíferos, aquel país saqueado, con una moneda depreciada que se precipitaba pendiente abajo como un alud, se mantuvo en pie firme, gracias quizás a su flaqueza (porque la gente estaba demasiado débil, demasiado hambrienta para seguir luchando por algo), pero quizá también gracias a su fuerza más oculta, típicamente austríaca: su innato talante conciliador. Y es que los dos partidos mayoritarios, el socialdemócrata y el cristiano-social, a pesar de sus profundas diferencias, se unieron en aquella hora dificilísima para formar un gobierno de coalición. Se hicieron concesiones mutuas para evitar una catástrofe que habría arrastrado a toda Europa. Poco a poco la situación comenzó a normalizarse y consolidarse y, con gran sorpresa por nuestra parte, ocurrió algo increíble: aquel Estado mutilado subsistió y más tarde incluso estuvo dispuesto a defender su independencia cuando

Hitler fue a quitarle el alma a aquel pueblo sacrificado, fiel y valiente en la hora de las privaciones.

Pero la revuelta radical se evitó sólo externamente y en sentido político; internamente, en los primeros años de la posguerra se produjo una revolución colosal. Había sido destruido algo más que los ejércitos: la fe en la infalibilidad de las autoridades en que, con gran humildad, se había educado nuestra juventud. Ahora bien, los alemanes ¿deberían haber continuado admirando a su emperador, que había jurado luchar «hasta el último aliento de hombres y caballos» y acabó huyendo allende la frontera de noche y en medio de la niebla, o acaso debían admirar a sus generales, a sus políticos y a los poetas que no cesaban de hacer rimar guerra con victoria y muerte con miseria? Ahora, cuando se desvanecía el humo de la pólvora sobre el país, se tornaba espantosamente visible la desolación que había causado la guerra. ¿Cómo se podía tener aún por sagrada una moral que, durante cuatro años, permite el asesinato y el latrocinio bajo el nombre de heroísmo y requisa? ¿Cómo podía creer un pueblo en las promesas de un Estado que anula todas sus responsabilidades con el ciudadano porque le resultan incómodas? Y he aquí que los mismos hombres, la misma camarilla de ancianos, los llamados hombres con experiencia, habían superado la estulticia de la guerra con la chapucería de la paz que habían concertado. Hoy todo el mundo sabe —y unos pocos lo sabíamos ya entonces— que aquella paz había sido una posibilidad moral, quizá *la* mayor de la historia. Wilson la había reconocido. Con una gran visión, había trazado un plan para un entendimiento mundial auténtico y duradero. Pero los viejos generales, los viejos hombres de Estado y los viejos intereses destruyeron la

gran idea, convirtiéndola en pedazos de papel sin valor. La gran promesa, la sagrada promesa hecha a millones de personas de que aquella guerra sería la última, lo único todavía capaz de arrancar las últimas fuerzas a soldados ya casi del todo desengañados, fue cínicamente sacrificada a los intereses de los fabricantes de municiones y a la pasión por el juego de los políticos que, triunfantes, supieron salvar su vieja y nefasta táctica de tratados secretos y negociaciones a puerta cerrada frente al sabio y humano reto de Wilson. Todos los que tenían los ojos abiertos y vigilantes vieron que los habían engañado. Habían engañado a las madres que habían sacrificado a sus hijos, a los soldados que regresaban convertidos en pordioseros, a todos aquellos que por patriotismo habían suscrito préstamos de guerra, a aquellos que habían hecho caso de una promesa del Estado, a todos los que habíamos soñado con un mundo nuevo y mejor y ahora veíamos que los jugadores de siempre, y otros nuevos, habían reiniciado el viejo juego en que las apuestas eran nuestra existencia, nuestra felicidad, nuestro tiempo y nuestros bienes. ¿Era de extrañar que toda una generación joven mirara con rencor y desprecio a sus padres, los cuales se habían dejado arrebatar primero la guerra y luego la paz, que lo habían hecho todo mal, que no habían previsto nada y se habían equivocado en todo? ¿No era comprensible que hubiera desaparecido en la nueva generación cualquier tipo de respeto? Toda una generación de jóvenes había dejado de creer en los padres, en los políticos y los maestros; leía con desconfianza cualquier decreto, cualquier proclama del Estado. La generación de la posguerra se emancipó de golpe, brutalmente, de todo cuanto había estado en vigor hasta entonces y volvió la

espalda a cualquier tradición, decidida a tomar en sus manos su propio destino, a alejarse de todos los pasados y marchar con ímpetu hacia el futuro. Con ella había de empezar un mundo completamente nuevo, un orden completamente diferente en todos los ámbitos de la vida. Y, naturalmente, los comienzos fueron impetuosos, exagerados y hasta brutales. Todos y todo lo que no era de la misma edad era considerado como caduco. En vez de viajar con los padres, como antes, rapazuelos de once y doce años, en grupos organizados y sexualmente bien instruidos, cruzaban el país como «aves de paso» en dirección a Italia o al mar del Norte. En las escuelas, siguiendo el modelo ruso, se creaban sóviets escolares que controlaban a los maestros e invalidaban los planes de estudio porque los niños debían y querían aprender sólo aquello que les venía en gana. Por el simple gusto de rebelarse se rebelaban contra toda norma vigente, incluso contra los designios de la naturaleza, como la eterna polaridad de los sexos. Las muchachas se hacían cortar el pelo hasta el punto de que, con sus peinados a lo *garçon*, no se distinguían de los chicos; y los chicos, a su vez, se afeitaban la barba para parecer más femeninos; la homosexualidad y el lesbianismo se convirtieron en una gran moda no por instinto natural, sino como protesta contra las formas tradicionales de amor, legales y normales. Todas las formas de expresión de la existencia pugnaban por farolear de radicales y revolucionarias y, desde luego, también el arte. La nueva pintura dio por liquidada toda la obra de Rembrandt, Holbein y Velázquez e inició los experimentos cubistas y surrealistas más extravagantes. En todo se proscribió el elemento inteligible: la melodía en la música, el parecido en el retrato, la comprensibilidad en la lengua. Se

suprimieron los artículos determinados, se invirtió la sintaxis, se escribía en el estilo cortado y desenvuelto de los telegramas, con interjecciones vehementes; además, se tiraba a la basura toda literatura que no fuera activista, es decir, que no contuviera teoría política. La música buscaba con tesón nuevas tonalidades y dividía los compases; la arquitectura volvía las casas del revés como un calcetín, de dentro a afuera; en el baile el vals desapareció en favor de figuras cubanas y negroides; la moda no cesaba de inventar nuevos absurdos y acentuaba el desnudo con insistencia; en el teatro se interpretaba *Hamlet* con frac y se ensayaba una dramaturgia explosiva. En todos los campos se inició una época de experimentos de lo más delirantes que quería dejar atrás, de un solo y arrojado salto, todo lo que se había hecho y producido antes; cuanto más joven era uno y menos había aprendido, más bienvenido era por su desvinculación de las tradiciones; por fin la gran venganza de la juventud se desahogaba triunfante contra el mundo de nuestros padres. Pero en medio de este caótico carnaval, ningún espectáculo me pareció tan tragicómico como el de muchos intelectuales de la generación anterior que, presas del pánico de quedar atrasados y ser considerados «inactuales», con desesperada rapidez se maquillaron de fogosidad artificial e intentaron, también ellos, seguir con paso renqueante y torpe los extravíos más notorios. Honrados y formales académicos de barba blanca repintaban sus «naturalezas muertas» de antes, ahora invendibles, con dados y cubos simbólicos, porque los directores jóvenes (en todas partes los buscaban jóvenes ahora, y cuanto más jóvenes mejor) retiraban todos los demás cuadros de las galerías por demasiado «clasicistas» y los llevaban al

depósito. Escritores que durante décadas habían escrito en un alemán claro y cuidado ahora troceaban obedientemente las frases y se excedían en el «activismo»; flemáticos consejeros privados de Prusia daban lecciones sobre Karl Marx; antiguas bailarinas de la corte interpretaban, casi completamente desnudas y con «fingidas» contorsiones, la *Appassionata* de Beethoven y la *Noche transfigurada* de Schonberg. Por doquier la vejez corría azorada en pos de la última moda; de repente no había otra ambición que la de ser joven e inventar rápidamente una tendencia más actual que la de ayer, todavía actual, más radical todavía y nunca vista.

¡Qué época tan alocada, anárquica e inverosímil la de aquellos años en que, con la mengua del valor del dinero, todos los demás valores anduvieron de capa caída en Austria y en Alemania! Una época de delirante éxtasis y libertino fraude, una mezcla única de impaciencia y fanatismo. Todo lo extravagante e incontrolable vivió entonces una edad de oro: la teosofía, el ocultismo, el espiritismo, el sonambulismo, la antroposofía, la quiromancia, la grafología, las enseñanzas del yoga indio y el misticismo de Paracelso. Se vendía fácilmente todo lo que prometía emociones extremas más allá de las conocidas hasta entonces: toda forma de estupefacientes, la morfina, la cocaína y la heroína; los únicos temas aceptados en las obras de teatro eran el incesto y el parricidio y, en política, el comunismo y el fascismo; en cambio, estaba absolutamente proscrita cualquier forma de normalidad y moderación. Con todo, no quisiera haberme visto privado de esa época caótica, ni en mi vida ni en la evolución del arte. Avanzando orgiásticamente con el primer impulso, al igual que toda revolución espiritual, limpió el aire enrarecido y sofocante de lo

tradicional, descargó las tensiones acumuladas a lo largo de muchos años y, a pesar de todo, sus osados experimentos dejaron iniciativas muy valiosas. Aun cuando sus exageraciones nos sorprendían, no nos creíamos autorizados para censurarlas y rechazarlas con arrogancia, porque en el fondo esa nueva juventud intentaba enmendar (aunque con demasiado ardor e impaciencia) lo que nuestra generación había descuidado por prudencia y distanciamiento. El instinto les decía que la posguerra tenía que ser diferente de la preguerra y, en el fondo, tenían razón. Todo eso de los nuevos tiempos, de un mundo mejor, ¿no lo habíamos querido también nosotros, los mayores, antes y durante la guerra? Y también después de la guerra, los mayores volvimos a demostrar nuestra ineptitud para oponer a tiempo una organización supranacional a la nueva y peligrosa politización del mundo. Es cierto que, todavía durante las negociaciones de paz, Henri Barbusse, cuya novela *El fuego* le valió un reconocimiento mundial, había intentado promover un acuerdo de todos los intelectuales europeos a favor de la reconciliación. *Clarté* debía llamarse ese grupo (de la gente de ideas claras) y debía reunir a los escritores y artistas de todas las naciones en el compromiso de oponerse en adelante a cualquier tipo de instigación de los pueblos. Barbusse nos había confiado, a mí y a René Schickele, la dirección del grupo alemán y, con ella, la parte más difícil de la misión, porque en Alemania aún ardía la indignación por el tratado de paz de Versalles. No eran muchas las esperanzas de ganar a alemanes de relieve para la causa de un supranacionalismo espiritual mientras la Renania, el Sarre y la cabeza de puente de Maguncia siguieran ocupadas por tropas extranjeras. Sin embargo, se habría

podido crear una organización como la que más adelante Galsworthy hizo realidad con el PEN Club, si Barbusse no nos hubiese dejado en la estacada. Un viaje a Rusia y el inflamado entusiasmo con que lo recibieron las grandes masas lo convencieron fatalmente de que los Estados y las democracias burguesas eran incapaces de lograr una verdadera fraternidad entre los pueblos y de que tan sólo en el comunismo era posible la hermandad universal. Trató con disimulo de convertir *Clarté* en un instrumento de la lucha de clases, pero nosotros rechazamos una radicalización que por fuerza habría debilitado nuestras filas. Y así, aquel proyecto, en sí importante, también se malogró prematuramente. Habíamos vuelto a fracasar en la lucha por la libertad a causa de un exceso de amor por la libertad y la independencia propias.

Por lo tanto, sólo quedaba una posibilidad: que cada cual siguiera su propio camino en silencio y en solitario. Para los expresionistas y —si se me permite llamarlos así — los excesivistas, a mis treinta y seis años yo ya formaba parte de la generación de los mayores, porque me negaba a adaptarme a ellos de modo simiesco. Mis trabajos anteriores ya tampoco me gustaban a mí, no mandé reeditar ninguno de los libros de mi época «estética». Eso significaba volver a empezar y esperar a que retrocediera la impaciente oleada de tantos «ismos», y me ayudó muchísimo a resignarme a ello mi falta de ambición personal. Empecé la gran serie de los *Constructores del mundo* precisamente porque estaba convencido de que me ocuparía unos cuantos años; escribí narraciones cortas como *Amok* y *Carta de una desconocida* con absoluta calma y tranquilidad. El país y el mundo que me rodeaban volvieron poco a poco a la

normalidad, de modo que tampoco yo podía tardar demasiado; habían pasado los tiempos en que me podía engañar a mí mismo diciéndome que todo cuanto emprendía sólo era provisional. Había alcanzado la mitad de la vida, la edad de las meras promesas se había acabado; ahora se trataba de ratificarlas y responder de mí mismo o desistir definitivamente.

REGRESO AL MUNDO

Pasé tres años, 1919, 1920 y 1921, los tres peores años de posguerra de Austria, enterrado en Salzburgo. A decir verdad ya había renunciado a la esperanza de volver a ver el mundo. Tras el cataclismo de la guerra, en el extranjero el odio a los alemanes y a todo aquel que escribiera en alemán, más la depreciación de nuestra moneda, arrojaban un balance tan catastrófico que uno se resignaba de antemano a pasar el resto de su vida atado a su pequeña esfera patria. Pero todo resultó mejor de lo que esperaba. La gente pudo volver a comer hasta la saciedad, a sentarse ante el escritorio sin ser molestado, no hubo saqueos ni revolución. La gente vivía, sentía correr la sangre por sus venas. Mirándolo bien, ¿no era una buena ocasión para volver a experimentar el placer de los años jóvenes y marcharse lejos?

Aún no había llegado el momento de pensar en grandes viajes. Pero Italia estaba cerca, sólo a ocho o diez horas de distancia. ¿Me atrevería? Al otro lado de la frontera me consideraban el «enemigo mortal», a pesar de que yo no me sentía como tal. ¿Era prudente arriesgarse al trance de ser rechazado con malos modos, de tener que pasar de largo de casa de viejos amigos para no ponerlos en un compromiso? Pues bien, sí me atreví y una tarde crucé la frontera.

Llegué a Verona al anochecer y me dirigí a un hotel. Me dieron un formulario de inscripción y me registré; el

portero leyó la hoja y se asombró al ver en la casilla correspondiente a la nacionalidad la palabra *austríaco*.

—*Lei è austriaco?* —preguntó.

Ahora me enseñará la puerta de la calle, pensé. Pero, cuando le dije que sí, casi dio un salto de alegría:

—*Ah, che piacere! Finalmente!*

Fue el primer saludo y una confirmación de la primera impresión, obtenida ya durante la guerra, de que toda la propaganda de odio e incitación sólo había provocado un breve acceso de fiebre intelectual pero que, en el fondo, no había afectado a las auténticas masas de Europa. Un cuarto de hora después ese mismo portero se presentó en mi habitación para comprobar si me habían atendido como era debido. Alabó entusiasmado mi italiano y nos despedimos con un cordial apretón de manos.

Al día siguiente estaba en Milán; de nuevo vi la catedral y me paseé por la *Galleria*. Era un alivio oír la querida música de las vocales italianas, orientarse con tanta seguridad por todas las calles y disfrutar del extranjero como de algo familiar. Al pasar a su lado, vi en un gran edificio el letrero *Corriere della Sera*. De repente me acordé de que en esa redacción tenía un cargo directivo mi amigo G. A. Borghese, aquel Borghese en cuya compañía —y junto con el conde Keyserling y Benno Geiger— había pasado tantas veladas, animadas por charlas intelectuales en Berlín y Viena. Era uno de los mejores y más apasionados escritores de Italia, ejercía una extraordinaria influencia sobre los jóvenes y, a pesar de ser el traductor de *Las tribulaciones del joven Werther* y un fanático de la filosofía alemana, durante la guerra había adoptado una posición decidida en contra de

Alemania y Austria y, al lado de Mussolini (con quien más tarde se enemistó), había incitado a la guerra. Durante toda la contienda me había resultado extraño pensar que un viejo camarada se hallaba en el lado contrario como intervencionista; con tanta mayor ansia sentía ahora la necesidad de ver a este «enemigo». Así que le dejé mi tarjeta con la dirección del hotel anotada en el dorso. Pero todavía no había llegado al final de la escalera cuando noté que alguien se precipitaba detrás de mí con el rostro resplandeciente de alegría: era Borghese; al cabo de cinco minutos hablábamos con la misma cordialidad de siempre. También él había aprendido cosas de aquella guerra y, a pesar de pertenecer a orillas diferentes, nos encontrábamos más cerca que nunca.

Lo mismo ocurrió en todas partes. Andando yo por una calle de Florencia, mi viejo amigo Albert Stringa se me echó al cuello y me abrazó con tanta fuerza y brusquedad que mi mujer, que iba conmigo y no lo conocía, pensó que aquel desconocido con barba quería atentar contra mí. Todo era como antes. No: todavía era más cordial. Volvía a respirar: la guerra estaba enterrada, la guerra había pasado.

Pero no había pasado. Sólo que nosotros no lo sabíamos. Todos nos engañábamos con nuestra buena fe y confundíamos nuestra buena disposición personal con la del mundo. Pero no debemos avergonzarnos de ese error, pues no menos que nosotros se engañaron políticos, economistas y banqueros que confundieron la engañosa coyuntura de aquellos años con un saneamiento económico y el cansancio con la pacificación. En realidad la lucha no había hecho otra cosa que desplazarse del campo nacional al social; y ya en los primeros días fui testigo de una escena que sólo

más tarde comprendí en todo su alcance. En Austria, de la política italiana no sabíamos más que, con el desencanto de después de la guerra, en el país habían penetrado tendencias marcadamente socialistas e incluso bolchevistas. En todas las paredes se podía leer *Viva Lenin* garabateado con trazos chapuceros y escrito con carbón o yeso. Además, se decía que uno de los líderes socialistas, llamado Mussolini, había abandonado el partido durante la guerra para organizar algún grupo de signo contrario. Pero la gente recibía esas informaciones con indiferencia. ¿Qué importancia podía tener un grupúsculo como aquél? En todos los países existían camarillas parecidas: en el Báltico, los guerrilleros desfilaban de aquí para allá; en Renania y Baviera se formaban grupos separatistas; por doquier había manifestaciones y golpes de Estado que casi siempre terminaban sofocados. Y a nadie se le ocurría pensar que aquellos «fascistas», que en vez de las camisas rojas garibaldinas las llevaban negras, podían convertirse en un factor esencial del futuro desarrollo de Europa.

Pero en Venecia la palabra «fascista» adquirió de repente para mí un contenido tangible. Llegué de Milán a la querida ciudad de los canales por la tarde. No había ni un solo mozo de cuerda disponible, ni una góndola; trabajadores y ferroviarios estaban sin hacer nada, con las manos en los bolsillos en señal de protesta. Como llevaba dos maletas bastante pesadas, miré a mi alrededor en busca de ayuda y pregunté a un hombre mayor dónde podía encontrar a algún mozo.

—Ha llegado usted en mal día, señor —contestó en tono de lamentación—. Otra vez huelga general.

Yo no sabía por qué había huelga, pero no hice más preguntas. Estábamos ya demasiado acostumbrados a tales cosas en Austria, donde los socialistas, con excesiva frecuencia para fatalidad suya, habían utilizado este drástico método para después no sacar de él ningún provecho práctico. De modo que tuve que seguir con las maletas a cuestas hasta que vi a un gondolero que desde un canal lateral me hacía señales apresuradas y furtivas y luego me admitió a bordo con mis dos maletas. Al cabo de media hora estábamos en el hotel, después de haber pasado por delante de unos cuantos puños levantados en contra del esquirol. Con la naturalidad que confiere una vieja costumbre, fui de inmediato a la plaza de San Marcos. Parecía extrañamente desierta. Las persianas de la mayoría de los comercios estaban bajadas, no había nadie en los cafés, sólo se veía una gran multitud de obreros que formaban pequeños grupos bajo las arcadas como quien espera algo especial. Yo esperé con ellos. Y llegó de repente. De una calle lateral salió desfilando o, mejor dicho, corriendo con paso ligero y acompasado, un grupo de jóvenes en formación perfecta que, con un ritmo ensayado, cantaban una canción cuyo texto yo desconocía. Más tarde supe que se trataba de la *Giovinezza*. Con su paso redoblado habían cruzado ya la plaza, blandiendo bastones, antes de que los obreros, cien veces superiores en número, tuvieran tiempo de lanzarse sobre el adversario. La osada y francamente arrojada marcha de aquel pequeño grupo organizado se había efectuado con tanta celeridad, que los otros no se dieron cuenta de la provocación hasta que sus enemigos ya estaban fuera de su alcance. Se agruparon enfurecidos y con los puños cerrados, pero ya era demasiado tarde, no podían atrapar a la pequeña tropa de asalto.

Las impresiones ópticas siempre tienen algo convincente. Por primera vez, supe entonces que aquel fascismo legendario, del cual tan poco sabía yo, era real, que era algo muy bien dirigido, capaz de atraer a jóvenes decididos y osados y de convertirlos en fanáticos. A partir de entonces ya no pude compartir la opinión de mis amigos de Florencia y Roma, mayores en edad, que con un despectivo encogimiento de hombros rechazaban a esos jóvenes diciendo que eran una «banda a sueldo» y se burlaban de su *Fra Diavolo*. Por curiosidad compré algunos números del *Popolo d'Italia* y, en el estilo de Mussolini, penetrante, plástico y de concisión latina, encontré en ellos la misma firme resolución que había visto en el desfile al trote de aquellos jóvenes en la plaza de San Marcos. Desde luego no podía sospechar cuáles serían las dimensiones que tomaría aquella confrontación al cabo de un año. Pero a partir de aquel momento supe que allí —y en todas partes— una nueva lucha era inminente y que *nuestra* paz no era *la* paz.

Para mí fue el primer aviso de que, bajo una superficie aparentemente tranquila, peligrosas corrientes subterráneas recorrían Europa. No tardó mucho en llegar un segundo aviso. Incitado de nuevo por el deseo de viajar, había decidido irme en verano a Westerland, a orillas del mar del Norte alemán. Para un austríaco visitar Alemania entonces conservaba todavía algo de reconfortante. El marco se había mantenido espléndidamente fuerte frente a nuestra debilitada corona; la convalecencia parecía ir por buen camino. Los trenes llegaban puntuales, los hoteles estaban limpios y aseados; a ambos lados de las vías, por todas partes se levantaban casas y fábricas nuevas; en todas partes reinaba el impecable y silencioso orden que odiábamos

antes de la guerra y que, en medio del caos, habíamos llegado a amar. Es verdad que se respiraba una cierta tensión, porque el país entero esperaba a ver si las negociaciones de Génova y de Rapallo (las primeras en que participaba Alemania al lado de las potencias antes enemigas y con los mismos derechos) traerían consigo el anhelado alivio de las cargas de guerra o, por los menos, un tímido gesto de aproximación. El conductor de estas negociaciones, tan memorables en la historia de Europa, no era otro que mi viejo amigo Rathenau. Su genial instinto organizador ya lo había acreditado de un modo excelente durante la guerra; desde el primer momento había descubierto el punto más débil de la economía alemana (el mismo donde más adelante recibiría Alemania el golpe mortal): el suministro de materias primas, y oportunamente (también en eso se anticipó al tiempo) organizó toda la economía desde una administración central. Cuando, una vez terminada la guerra, se tuvo que buscar a un hombre *au pair* de los más sagaces y experimentados de entre sus adversarios, que se enfrentara a ellos como ministro de Asuntos Exteriores alemán, la elección, huelga decirlo, recayó en él.

Indeciso, le llamé por teléfono a Berlín. ¿Cómo osaba importunar a un hombre que estaba labrando el destino de la época?

—Sí, es difícil —me dijo por teléfono—. Ahora debo sacrificar también la amistad al deber.

Pero con su extraordinaria técnica de aprovechar cada minuto del día enseguida encontró la manera de vernos. Tenía que dejar tarjetas de visita en distintas embajadas y, puesto que el trayecto hasta ellas desde Grunewald era

de media hora en coche, me dijo que lo más fácil era que yo lo acompañara y charlaríamos por el camino. La verdad es que su capacidad de concentración, su magnífica facilidad para pasar de un tema a otro, eran tan perfectas que en cualquier momento, tanto en coche como en tren, era capaz de hablar con la misma precisión y profundidad que en su casa. Yo no quería dejar pasar aquella oportunidad y creo que a él también le hizo bien poder desahogarse con alguien que no tenía intereses políticos y con el que le unía una amistad personal desde hacía años. Fue una conversación larga y puedo atestiguar que Rathenau, que no era en absoluto un hombre libre de vanidad, no había asumido a la ligera el cargo de ministro de Asuntos Exteriores alemán, y menos aún por afán de poder o impaciencia. Sabía de antemano que la misión era todavía imposible y que, en el mejor de los casos, podría regresar con un éxito parcial, con unas cuantas concesiones sin importancia, pero que todavía no era de esperar una paz verdadera, una generosa deferencia.

—Dentro de diez años quizá —me dijo—, suponiendo que les vaya mal a todos y no sólo a nosotros. Primero tiene que desaparecer de la diplomacia la vieja generación y es preciso que los generales se limiten a hacer de estatuas mudas en las plazas públicas.

Era plenamente consciente de su doble responsabilidad a causa del inconveniente de ser judío. Quizá pocas veces en la historia un hombre haya acometido una labor con tanto escepticismo y tantos escrúpulos, dándose cuenta de que sólo el tiempo, y no él, podía llevarla a cabo, y a sabiendas del peligro personal que corría. Desde el asesinato de Erzberger, que había aceptado el enojoso deber del armisticio (del que se había escabullido

Ludendorff huyendo al extranjero), no tenía motivos para dudar de que, como paladín de un entendimiento entre los países, le esperaba un destino parecido. Ahora bien, soltero, sin hijos y, en el fondo, solitario como era, creía que no tenía por qué temer al peligro; y yo tuve ánimos para aconsejarle prudencia. Hoy es un hecho histórico que Rathenau cumplió su misión en Rapallo tan espléndidamente como se lo permitieron las circunstancias del momento. Su brillante talento para captar con rapidez el momento oportuno, sus cualidades de hombre de mundo y su prestigio personal nunca se acreditaron con tanto esplendor. Pero en el país ya empezaban a cobrar fuerza grupos que sabían que tendrían auditorio sólo a fuerza de asegurar al pueblo vencido que en realidad no había sido vencido y que toda negociación y concesión eran una traición al país. Las sociedades secretas —saturadas de homosexuales— ya eran más poderosas de lo que sospechaban los dirigentes de la República de entonces, los cuales, consecuentes con su idea de libertad, dejaban las manos libres a todos aquellos que querían suprimir para siempre la libertad en Alemania.

Me despedí de Rathenau delante del ministerio sin sospechar que era nuestro adiós definitivo. Más adelante reconocí por las fotografías que la calle por la que habíamos ido juntos era la misma en que poco tiempo después los asesinos habían acechado el mismo coche: fue una verdadera casualidad que yo no fuese testigo de aquella escena funestamente histórica. De ese modo pude vivir con más emoción y con una impresión más fuerte de los sentidos el aciago episodio con que empezó la tragedia de Alemania, la tragedia de Europa.

Aquel día me hallaba ya en Westerland, donde cientos y cientos de veraneantes se bañaban alegremente en la playa. También tocaba una banda de música, como el día en que anunciaron el asesinato de Francisco Fernando, ante gente de vacaciones, despreocupada, cuando los vendedores de periódicos entraron corriendo en el paseo como albatros blancos y gritando: «¡Walther Rathenau, asesinado!». Estalló el pánico y todo el imperio se estremeció. El marco cayó en picado y no se detuvo en su caída hasta que alcanzó la fantástica y terrorífica cifra de billones. Fue entonces cuando empezó el auténtico aquelarre de la inflación, en comparación con la cual la nuestra, la de Austria, con su absurda relación de una corona vieja por quince mil nuevas, aparecía como un triste juego de niños. Contarla con todos sus detalles y todas sus inverosimilitudes requeriría un libro entero y ese libro parecería una fábula a la gente de hoy. Viví días en que por la mañana tenía que pagar cincuenta mil marcos por un periódico y, por la noche, cien mil; quien tenía que cambiar moneda extranjera repartía la operación en horas diferentes, porque a las cuatro recibía multiplicada por *x* la suma que le habían dado a las tres, y a las cinco obtenía de nuevo un múltiplo de la que había recibido sesenta minutos antes. Yo, por ejemplo, envié a mi editor un manuscrito en que había estado trabajando un año y, para asegurarme, le pedí por adelantado el pago correspondiente a diez mil ejemplares; cuando recibí el cheque, la cantidad apenas cubría el franqueo del paquete de una semana atrás; se pagaba el billete del tranvía con millones; hacían falta camiones para transportar billetes desde el Banco Nacional a los demás bancos y al cabo de una semana se encontraban billetes de cien mil marcos en las

alcantarillas: los había tirado con menosprecio un pordiosero. Los cordones de zapato costaban más que antes un par de zapatos, no, qué digo, más que una zapatería de lujo con dos mil pares de zapatos; reparar una ventana rota costaba más que antes toda la casa; un libro, más que antes una imprenta con todas sus máquinas. Con cien dólares se podían comprar hileras de casas de seis pisos en la Kurfürstendamm; las fábricas no costaban más, al cambio del momento, que antes una carretilla. Unos adolescentes que habían encontrado una caja de jabón olvidada en el puerto se pasearon durante meses en automóvil y vivieron como reyes con sólo vender cada día una pastilla, mientras que sus padres, antes gente rica, andaban por las calles pidiendo limosna. Había repartidores que fundaban bancos y especulaban con todas las monedas extranjeras. Por encima de todos sobresalía la figura gigantesca del más grande de los aprovechados: Stinnes. A base de ampliar su crédito beneficiándose de la caída del marco, compraba todo cuanto se podía comprar: minas de carbón y barcos, fábricas y paquetes de acciones, castillos y fincas rústicas, y todo ello, en realidad, con nada, pues cada importe, cada deuda, se convertía en cero. Pronto fue suya la cuarta parte de Alemania y el pueblo alemán, que siempre se embriaga con el éxito ostentoso, perversamente lo aclamó como genio. Miles de parados deambulaban ociosos por las calles y levantaban el puño contra los estraperlistas y los extranjeros en sus automóviles de lujo que compraban una calle entera como si fuera una caja de cerillas; todo aquel que sabía leer y escribir traficaba, especulaba y ganaba dinero, a pesar de la sensación secreta de que todos se engañaban y eran engañados por una mano oculta que con

premeditación ponía en escena aquel caos con el fin de liberar al Estado de sus deberes y obligaciones. Creo conocer bastante bien la historia, pero, que yo sepa, nunca se había producido una época de locura de proporciones tan enormes. Se habían alterado todos los valores, y no sólo los materiales; la gente se mofaba de los decretos del Estado, no respetaba la ética ni la moral, Berlín se convirtió en la Babel del mundo. Bares, locales de diversión y tabernas crecían como setas. Lo que habíamos visto en Austria resultó un tímido y suave preludio de aquel aquelarre, ya que los alemanes emplearon toda su vehemencia y capacidad de sistematización en la perversión. A lo largo de la Kurfürstendamm se paseaban jóvenes maquillados y con cinturas artificiales, y no todos eran profesionales; todos los bachilleres querían ganar algo, y en bares penumbrosos se veían secretarios de Estado e importantes financieros cortejando cariñosamente, sin ningún recato, a marineros borrachos. Ni la Roma de Suetonio había conocido unas orgías tales como lo fueron los bailes de travestís de Berlín, donde centenares de hombres vestidos de mujeres y de mujeres vestidas de hombres bailaban ante la mirada benévola de la policía. Con la decadencia de todos los valores, una especie de locura se apoderó precisamente de los círculos burgueses, hasta entonces firmes conservadores de su orden. Las muchachas se jactaban con orgullo de ser perversas; en cualquier escuela de Berlín se habría considerado un oprobio la sospecha de conservar la virginidad a los dieciséis años; todas querían poder explicar sus aventuras, y cuanto más exóticas mejor. Pero lo más importante de aquel patético erotismo era su tremenda falsedad. En el fondo, el culto orgiástico alemán que

sobrevino con la inflación no era sino una febril imitación simiesca; se veía en aquellas muchachas de buenas familias burguesas que habrían preferido peinarse con una simple raya en medio antes que llevar el pelo alisado al estilo de los hombres y comer tarta de manzana con nata antes que beber aguardiente; por doquier se hacía evidente que a todo el mundo le resultaba insoportable aquella sobreexcitación, aquel enervante tormento diario en el potro de la inflación, como también era evidente que toda la nación, cansada de la guerra, en realidad anhelaba orden y sosiego, un poco de seguridad y de vida burguesa, y que en secreto odiaba a la República, no porque reprimiera esta libertad desordenada, sino, al contrario, porque le aflojaba demasiado las riendas.

Quien vivió aquellos meses y años apocalípticos, hastiado y enfurecido, notaba que a la fuerza tenía que producirse una reacción, una reacción terrible. Y los que habían empujado al pueblo alemán a aquel caos ahora esperaban sonrientes en segundo término, reloj en mano: «Cuanto peor le vaya al país, tanto mejor para nosotros». Sabían que llegaría su hora. La contrarrevolución empezaba ya a cristalizarse alrededor de Ludendorff, más que de Hitler, entonces todavía sin poder; los oficiales degradados se organizaban en sociedades secretas; los pequeños burgueses que se sentían estafados en sus ahorros se asociaron en silencio y se pusieron a la disposición de cualquier consigna que prometiera orden. Nada fue tan funesto para la República Alemana como su tentativa idealista de conceder libertad al pueblo e incluso a sus propios enemigos. Y es que el pueblo alemán, un pueblo de

orden, no sabía qué hacer con la libertad y ya buscaba impaciente a aquellos que habrían de quitársela.

El día en que la inflación alemana llegó a su fin (1923) se hubiera podido producir un giro en la historia. Cuando, a toque de campana, cada billón de marcos engañosamente inflados se cambió por un solo marco nuevo, se estableció una norma. En efecto, la turbia espuma pronto refluyó con todo su lodo y suciedad; desaparecieron los bares y las tabernas, las relaciones se normalizaron, todo el mundo pudo calcular claramente cuánto había ganado o perdido. La mayoría, la gran masa, había perdido. Pero no se hizo responsables de ello a los que habían causado la guerra, sino a quienes con espíritu de sacrificio —y sin recibir las gracias por ello— habían cargado sobre sus hombros con el peso de la reorganización. Nada envenenó tanto al pueblo alemán —conviene tenerlo siempre presente en la memoria— nada encendió tanto su odio y lo maduró tanto para el advenimiento de Hitler como la inflación. Porque la guerra, por horrible que hubiera sido, también había dado horas de júbilo con sus repiques de campanas y sus fanfarrias de victoria. Y como nación irremisiblemente militar, Alemania se sentía fortalecida en su orgullo por las victorias provisionales, mientras que con la inflación sólo se sentía ensuciada, engañada y envilecida; una generación entera no olvidó ni perdonó a la República Alemana aquellos años y prefirió llamar de nuevo a sus carniceros. Pero todo eso quedaba todavía lejos. En el año 1924, desde fuera parecía que la tumultuosa fantasmagoría había pasado como un baile de fuegos fatuos. Volvía a ser de día, se podía ver a dónde se iba y de dónde se venía. Y con el advenimiento del orden saludamos el comienzo de una calma duradera. Otra vez,

una vez más, creíamos que la guerra había sido superada, necios incurables como habíamos sido siempre. Sin embargo, aquella ilusión engañosa nos aportó una década de trabajo, esperanza e incluso seguridad.

Vista desde hoy, la década entre los años 1924 y 1933, desde el fin de la inflación hasta la llegada de Hitler al poder, representa, a pesar de todo, una pausa en la serie de catástrofes de las que había sido testigo y víctima nuestra generación desde 1914. No digo que la época en cuestión careciera de tensiones, agitaciones y crisis (por ejemplo, y sobre todo, aquella crisis económica de 1929), pero durante aquellos años la paz parecía garantizada en Europa, y eso ya era mucho. Alemania había sido admitida con todos los honores en la Liga de las Naciones, se había fomentado con préstamos su reconstrucción económica (en realidad su rearme secreto), Inglaterra había reducido su armamento y la Italia de Mussolini había asumido la protección de Austria. Parecía que el mundo quería reconstruirse. París, Viena, Berlín, Nueva York, Roma, las ciudades tanto de los vencedores como de los vencidos se hicieron más hermosas que nunca; el avión dio alas al transporte; se suavizaron las normas para la obtención del pasaporte. Habían cesado las oscilaciones entre las monedas, uno sabía cuánto ganaba y cuánto podía gastar, la atención de la gente ya no estaba tan febrilmente centrada en estos problemas superficiales. Uno podía volver a trabajar, podía concentrarse, pensar en cosas menos terrenales. Podía incluso volver a soñar y esperar una Europa unida. Por un momento —en aquellos diez años— pareció que nuestra generación, tantas veces puesta a prueba, podía volver a llevar una vida normal.

En mi vida personal lo más notable fue la llegada de un huésped que amistosamente se instaló en aquellos años en mi casa, un huésped que yo no había esperado: el éxito. Como el lector puede suponer, no me resulta muy grato mencionar el éxito público de mis libros y en una situación normal habría omitido cualquier referencia que pudiera parecer vanidad o fanfarronería. Pero tengo un derecho especial a no ocultar este hecho de la historia de mi vida, e incluso estoy obligado a revelarlo, porque desde hace siete años, desde la llegada de Hitler al poder, aquel éxito se ha convertido en histórico. De todos los miles e incluso millones de libros míos que ocupaban un lugar seguro en las librerías y en numerosos hogares, hoy, en Alemania, no es posible encontrar ni uno solo; quien conserva todavía alguno, lo guarda celosamente escondido y en las bibliotecas públicas los tienen encerrados en el llamado «armario de los venenos», sólo a disposición de los pocos que, con un permiso especial de las autoridades, los quieren utilizar «científicamente» (en la mayoría de los casos para insultar a sus autores). Desde hace tiempo ninguno de los lectores y amigos que me escribían se atreve ya a poner mi nombre proscrito en el sobre de una carta. Y no sólo eso: también en Francia, en Italia, en todos los países sometidos en este momento, donde mis libros, traducidos, figuraban entre los más leídos, están igualmente proscritos por orden de Hitler. Hoy por hoy, como escritor —según decía nuestro Grillparzer— soy alguien que «camina vivo detrás de su propio cadáver». Todo o casi todo lo que he construido en el ámbito internacional lo ha destruido este puño. De manera que, cuando menciono mi «éxito», no hablo de algo que me pertenece, sino de algo que me había pertenecido en otro tiempo, como la casa, la patria, la

confianza en mí mismo, la libertad, la serenidad; por lo tanto, no podría dar una idea clara, en toda su profundidad y totalidad, de la caída que sufrí más tarde —junto con muchísimos otros, también inocentes—, si antes no mostrara la altura desde la que se produjo, ni el carácter único y las consecuencias del exterminio de toda nuestra generación literaria, del que en verdad no conozco otro ejemplo en la historia.

El éxito no me cayó de repente del cielo; llegó poco a poco, con cautela, pero duró, constante y fiel, hasta el momento en que Hitler me lo arrebató y lo expulsó con los latigazos de sus decretos. Fue aumentando de año en año. El primer libro que publiqué después de *Jeremías*, el primer volumen de mis *Constructores del mundo*, titulado *Tres maestros*, ya me había abierto el camino del éxito; los expresionistas, los activistas y los experimentalistas, habían hecho mutis, los pacientes y perseverantes volvían a tener despejado el camino hacia el pueblo. Mis narraciones cortas *Amok* y *Carta de una desconocida* se hicieron tan populares como, por regla general, sólo llegan a serlo las novelas; se pusieron en escena, se recitaron en público y fueron llevadas a la pantalla; un librito, *Momentos estelares de la humanidad* —leído en todas las escuelas—, en poco tiempo llegó a los 250 000 ejemplares en la Biblioteca Insel; en pocos años me había creado lo que, en mi opinión, significa el éxito más valioso para un escritor: un público, un grupo fiel que siempre esperaba y compraba el siguiente libro, que me otorgaba su confianza y al que yo no podía defraudar. Se fue haciendo cada vez más y más numeroso; de cada libro que publicaba se vendían en Alemania veinte mil ejemplares en el primer día, aun antes de que se anunciara en los periódicos. A veces

intentaba conscientemente rehuir el éxito, pero él me seguía con una tenacidad sorprendente. Por ejemplo, escribí un libro por el simple placer de escribirlo: una biografía de Fouché; en cuanto lo recibió el editor, me escribió para decirme que haría imprimir inmediatamente diez mil ejemplares. A vuelta de correo le supliqué que no hiciera una tirada tan grande; le decía que Fouché no era un personaje simpático, que no aparecía ninguna mujer en el libro y que era imposible que atrajera a un número de lectores tan grande; era preferible que editara sólo cinco mil ejemplares para empezar. Al cabo de un año se habían vendido cincuenta mil en Alemania, la misma Alemania a la que hoy le está prohibido leer una sola línea mía. Algo parecido sucedió con la desconfianza en mí mismo, casi patológica, en el caso de la adaptación que hice del *Volpone*. Tenía la intención de escribir una versión en verso y en nueve días redacté un primer borrador en prosa de las diferentes escenas, en un lenguaje ligero y suelto. Casualmente el Teatro Real de Dresde, con el que me sentía moralmente obligado por el estreno de mi primera obra *Tersites*, me había preguntado en aquellos días si tenía nuevos proyectos, y les mandé la versión en prosa, disculpándome porque lo que les presentaba era sólo el primer esbozo de una futura adaptación en verso. Pero el Teatro me telegrafió acto seguido pidiéndome que por amor de Dios no cambiara nada. Y, de hecho, la obra recorrió después, en esta forma, todos los escenarios del mundo (en Nueva York en el *Theatre Guild*, con Alfred Lunt). Cualquier cosa que emprendía en aquellos años tenía el éxito asegurado y un público de lectores alemanes cada vez más numeroso.

Puesto que siempre he considerado que era mi deber investigar las causas de la influencia o de la falta de influencia sobre su tiempo de las obras o las figuras extranjeras que estudiaba como ensayista o biógrafo, no podía evitar preguntarme, a lo largo de muchas horas de reflexión, en qué especial virtud de mis libros se basaba realmente su éxito, para mí insospechado. En definitiva, creo que proviene de un defecto mío, a saber: que soy un lector impaciente y temperamental. En una novela, una biografía o un debate intelectual me irrita lo prolijo, lo ampuloso y todo lo vago y exaltado, poco claro e indefinido, todo lo que es superficial y retarda la lectura. Sólo un libro que no cese de mantener su nivel página tras página y me arrastre hasta el final de un tirón y sin dejarme tomar aliento me produce un placer completo. Nueve de cada diez libros que caen en mis manos los encuentro llenos de descripciones superfluas, de diálogos plagados de cháchara y de personajes secundarios innecesarios; resultan demasiado extensos y, por lo tanto, demasiado poco interesantes, demasiado poco dinámicos. Incluso en las más famosas obras maestras de los clásicos me molestan los abundantes pasajes arenosos y monótonos, y muchas veces he expuesto a los editores el osado proyecto de publicar un día toda la literatura universal en una serie sinóptica, desde Homero hasta *La montaña mágica*, pasando por Balzac y Dostoievski, con cortes drásticos de pasajes superfluos concretos; entonces todas esas obras, que sin duda poseen un contenido intemporal, podrían volver a infundir vida a nuestra época.

Esta aversión a todo lo difuso y pesado tenía que transferirse necesariamente de la lectura de obras ajenas a la escritura de las propias e hizo que me acostumbrara

a una vigilancia especial. En realidad escribir me resulta fácil y lo hago con fluidez; en la primera redacción de un libro dejo correr la pluma a su aire y fantaseo con todo lo que me dicta el corazón. Asimismo, cuando empiezo una obra biográfica, utilizo todos los detalles documentales imaginables que tengo a mi disposición; para una biografía como *María Antonieta* examiné realmente todas y cada una de las cuentas para comprobar sus gastos personales, estudié todos los periódicos y panfletos de la época y repasé todas las actas del proceso hasta la última línea. Pero en el libro impreso y publicado no se encuentra ni una sola línea de todo ello, porque, en cuanto termino de poner en limpio el primer borrador de un libro, empieza para mí el trabajo propiamente dicho, que consiste en condensar y componer, un trabajo del que nunca quedo suficientemente satisfecho de una versión a otra. Es un continuo deshacerse de lastre, un comprimir y aclarar constante de la arquitectura interior; mientras que, en su mayoría, los demás no saben decidirse a guardarse algo que saben y, por una especie de pasión amorosa por cada línea lograda, pretenden mostrarse más prolijos y profundos de lo que son en realidad, mi ambición es la de saber siempre más de lo que se manifiesta hacia fuera.

Este proceso de condensación y a la vez de dramatización se repite luego una, dos o tres veces en las galeradas; finalmente se convierte en una especie de juego de cacería: descubrir una frase, incluso una palabra, cuya ausencia no disminuiría la precisión y a la vez aumentaría el ritmo. Entre mis quehaceres literarios, el de suprimir es en realidad el más divertido. Recuerdo una ocasión en la que me levanté del escritorio especialmente satisfecho del trabajo y mi mujer me dijo que tenía

aspecto de haber llevado a cabo algo extraordinario. Y yo le contesté con orgullo:

—Sí, he logrado borrar otro párrafo entero y así hacer más rápida la transición.

De modo, pues, que si a veces alaban el ritmo arrebatador de mis libros, tengo que confesar que tal cualidad no nace de una fogosidad natural ni de una excitación interior, sino que sólo es fruto de este método sistemático mío que consiste en excluir en todo momento pausas superfluas y ruidos parásitos, y si algún arte conozco es el de saber renunciar, pues no lamento que, de mil páginas escritas, ochocientas vayan a parar a la papelera y sólo doscientas se conserven como quintaesencia. Si algo he aprendido hasta cierto punto de mis libros ha sido la severa disciplina de saber limitarme preferentemente a las formas más concisas, pero conservando siempre lo esencial, y me hizo muy feliz —a mí que desde el principio he tenido siempre una visión de las cosas europea, supranacional— que se dirigieran a mí también editores extranjeros: franceses, búlgaros, armenios, portugueses, argentinos, noruegos, letones, fineses y chinos. Pronto tuve que comprar un gran armario de pared para guardar los diferentes ejemplares de las traducciones, y un día leí en la estadística de la *Coopération Intellectuelle* de la Liga de las Naciones de Ginebra que en aquel momento yo era el autor más traducido del mundo (una vez más, y dada mi manera de ser, lo consideré una información incorrecta). En otra ocasión recibí una carta de mi editor ruso en la que me decía que deseaba publicar una edición completa de mis obras en ruso y me preguntaba si estaba de acuerdo con que Maxim Gorki escribiera el prólogo. ¿Que si estaba de acuerdo? De muchacho había leído las obras de Gorki

bajo el banco de la escuela, lo amaba y admiraba desde hacía años. Pero no me imaginaba que él hubiera oído mi nombre y menos aún que hubiera leído nada mío, por no hablar de que a un maestro como él le pudiera parecer importante escribir un prólogo a mi obra. Y otro día se presentó en mi casa de Salzburgo un editor americano con una recomendación (como si la necesitara) y la propuesta de hacerse cargo del conjunto de mi obra para ir publicándola sucesivamente. Era Benjamin Huebsch, de la Viking Press, quien a partir de entonces ha sido para mí un amigo y un consejero de lo más fiable y que, cuando todo lo demás fue hollado y aplastado por las botas de Hitler, me conservó una última patria en la palabra, ya que yo había perdido la patria propiamente dicha, la vieja patria alemana, europea.

Semejante éxito público se prestaba peligrosamente a desconcertar a alguien que antes había creído más en sus buenos propósitos que en sus capacidades y en la eficacia de sus trabajos. Mirándolo bien, toda forma de publicidad significa un estorbo en el equilibrio natural del hombre. En una situación normal el nombre de una persona no es sino la capa que envuelve un cigarro: una placa de identidad, un objeto externo, casi insignificante, pegado al sujeto real, el auténtico, con no demasiada fuerza. En caso de éxito, ese nombre, por decirlo así, se hincha. Se despega de la persona que lo lleva y se convierte en una fuerza, un poder, algo independiente, una mercancía, un capital y, por otro lado, de rebote, en una fuerza interior que empieza a influir, dominar y transformar a la persona. Las naturalezas felices, arrogantes, suelen identificarse inconscientemente con el efecto que producen en los demás. Un título, un cargo, una condecoración y, sobre todo, la publicidad de su

nombre pueden originar en ellos una mayor seguridad, un amor propio más acentuado y llevarlos al convencimiento de que les corresponde un puesto especial e importante en la sociedad, en el Estado y en la época, y se hinchan para alcanzar con su persona el volumen que les correspondería de acuerdo con el eco que tienen externamente. Pero el que desconfía de sí mismo por naturaleza considera el éxito externo como una obligación de mantenerse lo más inalterado posible en tan difícil posición.

No quiero decir con ello que mi éxito no me alegrara. Todo lo contrario, me hacía muy feliz, pero sólo en la medida en que se limitaba al producto desgajado de mí, a mis libros y a la sombra de mi nombre, que estaba asociada a ellos. Era conmovedor ver casualmente a un pequeño bachiller entrar en una librería alemana y, sin reconocerme, pedir los *Momentos estelares* y pagar el libro con sus escasos ahorros. Podía alimentar mi vanidad el que, en un coche cama, el revisor me devolviera respetuosamente el pasaporte después de haber visto en él el nombre o el que un aduanero italiano renunciara generosamente a registrar mi equipaje, agradecido por algún libro que había leído. También el aspecto puramente cuantitativo del eco personal tiene algo seductor para un escritor. Un día llegué a Leipzig. Por casualidad, fue justo el día en que comenzaba la distribución de un nuevo libro mío. Me impresionó sobremanera ver la cantidad de trabajo humano que sin darme cuenta había promovido con lo que había escrito durante tres o cuatro meses a lo largo de trescientas páginas de papel. Unos obreros ponían los libros en grandes cajas, otros las arrastraban entre ayes y quejidos a los camiones que, a su vez, los llevaban a los vagones

con destino a todo el mundo. En la imprenta docenas de muchachas apilaban los pliegos; los cajistas, los encuadernadores, los expedidores, los comisionistas, trabajaban desde la mañana hasta la noche y si echaba cálculos, me imaginaba que con tantos libros, alineados como ladrillos, se podría construir toda una calle de la ciudad. Tampoco he menospreciado por orgullo las cosas materiales. Nunca. Durante los primeros años no me había ni atrevido a pensar que con mis libros podría ganar dinero o tal vez incluso vivir de los beneficios que generarían. Y ahora, de repente, me aportaban sumas imponentes, cada vez más cuantiosas, que parecía que me librarían para siempre —¿quién podía prever nuestra época?— de todas las preocupaciones. Podía entregarme generosamente a la vieja pasión de mi juventud: coleccionar obras autógrafas; y muchas de las más bellas y valiosas de esas magníficas reliquias hallaron en mi casa un refugio afectuosamente protector. A cambio de las obras que había escrito, bastante efímeras (aunque no en el sentido peyorativo de la palabra), podía conseguir manuscritos de obras inmortales: de Mozart, Bach y Beethoven, de Goethe y Balzac. Sería, pues, ridículo por mi parte pretender que el inesperado éxito público me había dejado indiferente o que quizás incluso lo rechazaba.

Pero soy sincero cuando digo que me alegré del éxito sólo en tanto que se refería a mis libros y a mi nombre literario y que, en cambio, me resultaba molesto cuando se traducía en curiosidad por mi persona física. Desde muy pequeño nada en mí había sido más fuerte que el deseo instintivo de ser libre e independiente. Y me di cuenta de que la publicidad fotográfica coarta y desfigura la libertad de muchas personas. Además, lo que había

empezado como una afición amenazaba con tomar la forma de una profesión e incluso de una empresa. El correo me traía diariamente montones de cartas, invitaciones, citaciones y consultas a las que debía responder y, si me iba de viaje un mes, a la vuelta tenía que perder dos o tres días retirando —como quien quita nieve con una pala— la montaña de correspondencia acumulada y volver a poner en orden la «empresa». Sin querer, la comercialización de mis libros me había llevado a una especie de negocio que exigía orden, control, meticulosidad y habilidad para dirigirlo como es debido: un conjunto de virtudes muy respetable que por desgracia no se avenían con mi modo de ser y amenazaban muy peligrosamente mi pura y despreocupada actividad meditativa y soñadora. Por ello, cuanto más me pedían que participara en conferencias y asistiera a actos oficiales, más me retraía, y nunca he podido superar ese temor casi patológico a tener que responder de mi nombre con mi persona. Todavía hoy una fuerza completamente instintiva me empuja a situarme en la última fila, la más discreta de una sala, en un concierto o en un teatro, y nada me resulta más insoportable que el tener que exhibir mi rostro en una tarima o en cualquier otro lugar expuesto a la vista de un público; para mí el anonimato, en todas sus formas, es una necesidad. Ya de niño no alcanzaba a comprender a los escritores y artistas de la generación anterior que querían hacerse ver por la calle exhibiendo chaquetas de terciopelo y ondeantes cabelleras largas, con rizos caídos sobre la frente, como mis venerados amigos Arthur Schnitzler y Hermann Bahr, o con barbas y bigotes chillones e indumentarias extravagantes. Estoy convencido de que cualquier forma de dar a conocer el

aspecto físico induce inconscientemente a la persona a vivir su propio «yo» como «el hombre del espejo», por utilizar la expresión de Werfel, a adoptar un cierto estilo en cada gesto, y con este cambio en la conducta exterior se suele perder la cordialidad, la libertad y la tranquilidad del carácter interior. Si ahora pudiera volver a empezar, trataría de saborear doblemente, como quien dice, esas dos situaciones afortunadas, la del éxito literario y la del anonimato personal, publicando mis obras con otro nombre, uno inventado, un seudónimo; porque si la vida ya de por sí es encantadora y llena de sorpresas, ¡cómo lo será una vida doble!

OCASO

La década de 1924 a 1933 —siempre la recordaré con gratitud— fue una época relativamente tranquila para Europa, antes de que aquel hombre pusiese a nuestro mundo patas arriba. Precisamente porque había sufrido tantas conmociones, nuestra generación recibió la paz relativa como un regalo inesperado. Todos teníamos la sensación de que íbamos a recuperar la felicidad, la libertad y la concentración espiritual que los años nefastos de la guerra y de la posguerra habían arrebatado a nuestras vidas; aunque trabajábamos más, no por ello vivíamos agobiados; viajábamos, ensayábamos, volvíamos a descubrir Europa, el mundo. La gente jamás viajó tanto como en aquellos años. ¿Se trataba acaso de la impaciencia de los jóvenes que, tras haberse visto aislados los unos de los otros, desean resarcirse de todo lo que se han perdido durante ese aislamiento? ¿Presentían acaso que era necesario huir de la estrechez antes de que las puertas se volvieran a cerrar?

Yo también viajé mucho en aquella época, aunque eran viajes muy distintos a los que había hecho en mi juventud, pues ya no era forastero en otros países, en todas partes tenía amigos, editores, un público; ya no llegaba como el viajero curioso y anónimo de antes, sino como autor de mis libros, cosa que tenía muchas ventajas. Con más capacidad de influencia y eficacia, podía hacer propaganda de lo que desde hacía años se había convertido en la idea fundamental de mi vida: la unión espiritual de Europa. En este sentido di

conferencias en Suiza y Holanda, hablé en francés en el *Palais des Arts* de Bruselas, italiano en Florencia, en la histórica *Sala dei Dugento* donde se habían sentado Miguel Ángel y Leonardo; inglés en América, en un *lecture tour* desde el Atlántico hasta el Pacífico. Era una manera de viajar distinta: ahora, en todos los lugares veía a los mejores hombres de cada país como a camaradas y sin tener que buscarlos; hombres a los que en mi juventud había mirado con respeto y veneración y a los que nunca me habría atrevido a escribir una sola línea se habían convertido en amigos. Tenía vía libre para entrar en los círculos que, por regla general, permanecían altivamente cerrados a los extraños: vi los *palais* del Faubourg St. Germain, los *palazzi* de Italia, muchas colecciones privadas; en las bibliotecas no tenía que hacer cola delante de un mostrador para poder sacar libros, sino que sus directores en persona me enseñaban los tesoros escondidos; fui huésped de los anticuarios en el país de los millonarios del dólar, como el doctor Rosebach, ante cuyas tiendas los pequeños coleccionistas pasaban lanzando miradas tímidas. Por primera vez tuve la ocasión de echar un vistazo al llamado mundo «superior» y, con él, disfrutar de la comodidad y el placer de no tener que pedir permiso a nadie para entrar, sino que todo me era dado. Pero ¿acaso vi mejor el mundo de esta manera? No cesaba de añorar los viajes de mi juventud, cuando no me esperaba nadie y, debido a mi aislamiento, todo parecía misterioso; de modo que tampoco quise renunciar a mi manera de viajar de antes. Así, cuando llegué a París me abstuve de comunicarlo el mismo día aun a mis mejores amigos, tales como Roger Martin du Gard, Jules Romains, Duhamel y Masereel. Antes que nada quería deambular por las calles, igual

que cuando era estudiante: sin obstáculos y sabiendo que nadie me esperaba. Visité los viejos cafés y las pequeñas fondas de antaño; me hacía ilusión regresar a mis tiempos de juventud; de la misma manera, cuando quería trabajar, me iba a los lugares más absurdos, a villas de provincia como Boulogne, Tirano o Dijon; era fabuloso ser un desconocido, alojarme en pensiones después de haberlo hecho en hoteles asquerosamente lujosos, ya dar un paso adelante ya otro atrás, distribuir a placer luces y sombras. Y aunque más adelante Hitler me arrebató la buena conciencia de haber vivido una década más como un europeo, actuando de acuerdo con mi voluntad y ejerciendo la libertad más íntima, ni siquiera él podía ya volvérmela a confiscar ni destruir.

De entre aquellos viajes, sobre todo uno me resultó en sumo grado emocionante e instructivo: el que hice a la nueva Rusia. En 1914, poco antes de la guerra, cuando trabajaba en mi libro sobre Dostoievski, ya tenía previsto ese viaje; pero se había interpuesto entonces la guadaña sangrienta de la guerra y a partir de aquel momento me retuvieron las dudas. Con el experimento bolchevique, Rusia se había convertido para todos los intelectuales en el país más fascinante de la posguerra, admirado con tanto entusiasmo como fanáticamente combatido, y en ambos casos sin suficiente conocimiento de causa. Nadie sabía a ciencia cierta —debido por un lado a la propaganda y por otro a la rabiosa contrapropaganda— qué pasaba en aquel país. Pero sí sabíamos que allí se gestaba algo completamente nuevo, algo que, de buen grado o por la fuerza, podía resultar determinante para la futura forma de nuestro mundo. Shaw, Wells, Barbusse, Istrati, Gide y muchos otros habían viajado hasta allí, unos regresaban entusiasmados, otros

decepcionados, y yo no habría sido un hombre vinculado al mundo del espíritu, interesado en lo nuevo, si no me hubiese seducido también a mí la perspectiva de hacerme una idea de primera mano. Mis libros habían tenido allí una difusión extraordinaria, no tan sólo en la edición completa prologada por Maxim Gorki, sino también en ediciones pequeñas y baratas, a cuatro kópecs un ejemplar, destinadas a amplios círculos de población; de manera que podía estar seguro de una buena acogida. Lo que, sin embargo, aún me retenía era el hecho de que viajar a Rusia en aquellos momentos significaba en cierto modo ya a priori tomar partido, cosa que me obligaba a pronunciarme públicamente en uno de los dos sentidos: reconocimiento o rechazo. Y yo, que en lo profundo de mi ser detestaba todo lo político y dogmático, me negaba a imponerme a mí mismo un juicio acerca de un país tan enorme y un problema no resuelto todavía, y todo sin más base que una ojeada superficial de pocas semanas. Así que a pesar de mi ardiente curiosidad no me acababa de decidir a viajar a la Unión Soviética.

Pero he aquí que a principios de la primavera de 1928 me llegó una invitación para participar —como delegado de los escritores austríacos— en la celebración del centenario del nacimiento de Lev Tolstói en Moscú y para pronunciar unas palabras en su honor durante la velada de homenaje. No tenía ningún motivo para declinar la invitación puesto que mi visita, gracias a su finalidad exenta de todo partidismo, eludía cualquier aspecto político. No se podía tomar a Tolstói, el apóstol de la *non-violence*, por bolchevique y hablar de él como escritor me correspondía por derecho notorio, pues se habían difundido miles de ejemplares de mi libro dedicado a su figura; también me parecía que, desde el

punto de vista europeo, era una demostración importante el que escritores de todos los países se reuniesen para rendir homenaje al más grande de entre ellos. De modo que acepté, y nunca hube de arrepentirme de aquella súbita decisión mía. Ya el viaje a través de Polonia fue toda una experiencia. Vi con qué rapidez es capaz nuestra época de curar las heridas que ella misma causa. Las mismas ciudades de Galitzia que yo había conocido en ruinas en 1915 se levantaban nuevas y resplandecientes; me di cuenta de que diez años, que en la vida de un individuo constituyen un período de tiempo considerable, en la vida de un pueblo no son más que un abrir y cerrar de ojos. En Varsovia no se veía ninguna huella de que la hubiesen atravesado —dos, tres o cuatro veces— ejércitos victoriosos o vencidos. Los cafés resplandecían de mujeres elegantes. Los oficiales que se paseaban por las calles, esbeltos y con uniformes a medida, parecían más bien consumados actores de la corte que interpretaban el papel de soldado. En todas partes se advertía actividad y se respiraba confianza y orgullo, un orgullo justificado por el hecho de que la República de Polonia se alzaba con tanto vigor sobre los escombros de los siglos. Desde Varsovia proseguí el viaje rumbo a la frontera rusa. El terreno se volvía más llano y arenoso; en cada estación se reunía el pueblo entero, ataviados sus habitantes con abigarrados trajes típicos, porque en la época en cuestión no pasaba por aquellas tierras más que un tren de pasajeros al día en dirección al país prohibido y cerrado, y ver los resplandecientes vagones de un expreso que unía el mundo del Este con el occidental era todo un acontecimiento. Finalmente, llegamos a la estación fronteriza de Negorolie. Por encima de la vía se extendía una tira de tela roja como la

sangre con una inscripción cuyas letras cirílicas yo era incapaz de leer. Me las descifraron: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Al pasar por debajo de esa cinta de color rojo ardiente se entraba en el imperio del proletariado, la Unión Soviética, un mundo nuevo. El tren en que viajábamos, ciertamente, no tenía nada de proletario. Era un tren de coches cama de la época zarista, más cómodo y agradable que los trenes de lujo europeos porque era más ancho y corría más despacio. Era la primera vez que yo viajaba por tierra rusa y, cosa sorprendente, no me produjo ninguna sensación de extrañeza. Todo me resultaba curiosamente familiar: la suave melancolía de la estepa vasta y desierta, las pequeñas isbas y los pueblos con sus campanarios acabados en forma de cebolla, los hombres de barbas largas, medio campesinos y medio profetas, que nos saludaban con ancha sonrisa franca y cordial, las mujeres con sus pañuelos multicolores y sus delantales blancos que vendían *kvas*, huevos y pepinos. ¿De dónde conocía yo todo aquello? Pues de los maestros de la literatura rusa —de Tolstói, Dostoievski, Aksákov, Gorki— que nos describen la vida del «pueblo» de esa manera tan magníficamente realista. Aunque no conocía la lengua creía comprender lo que decía la gente, aquellos hombres entrañablemente sencillos, con sus blusones holgados y cómodos, y los jóvenes trabajadores del ferrocarril que jugaban al ajedrez o leían o charlaban, esa espiritualidad inquieta e indómita de la juventud que resucita cada vez que resuena un llamamiento a todas sus fuerzas. No sé si era el amor de Tolstói y de Dostoievski por el «pueblo» lo que actuaba en mi interior como una evocación, pero lo cierto es que ya en el tren me embargó un sentimiento

de simpatía por el carácter de esas gentes, ingenuas y enternecedoras, sensatas y reacias al adoctrinamiento.

Los quince días que estuve en la Unión Soviética los pasé en un estado constante de alta tensión. Veía, oía y admiraba, sentía aversión, entusiasmo e indignación, todo era como una corriente alterna entre frío y calor. La misma ciudad de Moscú era ya una disonancia: la espléndida Plaza Roja, con sus murallas y sus torres acabadas en forma de cebolla, era magníficamente tártara, oriental, bizantina, o lo que es lo mismo, rusa primitiva, y a su lado, como una horda extraña de gigantes americanos, edificios altos y modernos, ultramodernos. No cuadraba nada. En las iglesias seguían inmóviles, ennegrecidos por el humo, los viejos iconos y los altares de los santos, cuajados de joyas; y cien pasos más allá, yacía en su féretro de cristal el cuerpo de Lenin, con un traje negro recién teñido (ignoro si en nuestro honor). Al lado de automóviles relucientes, unos *izvozchiks* barbudos y zarrapastrosos fustigaban a sus magros jamelgos con palabras sonoras y cariñosas; la magnífica y zarista Gran Ópera, donde se celebraba la velada, resplandecía con destellos pomposos ante un público proletario, y en los suburbios, cual ancianos sucios y abandonados, se levantaban unas casas viejas y destartaladas que tenían que apoyarse una contra otra para no desmoronarse. Todo era viejo e indolente desde hacía demasiado tiempo, todo se había oxidado, y ahora, de golpe, quería volverse moderno, ultramoderno, supertécnico. Esas prisas daban a Moscú un aire de ciudad superpoblada, atestada hasta los bordes y caótica en su febril movimiento. Había gente agolpada en todas partes, en las tiendas, frente a los teatros, y en todos esos lugares tenía que esperar, pues todo estaba tan

ultraorganizado que nada funcionaba bien; la nueva burocracia, encargada de imponer el «orden», todavía disfrutaba del placer de llenar formularios y expedir permisos, con lo cual lo atrasaba todo. La gran velada, que debía empezar a las seis, empezó a las nueve y media; cuando, muerto de cansancio, salí de la Ópera a las tres de la madrugada, los oradores, impertérritos, aún seguían hablando; a todas las recepciones, a todas las citas, los europeos llegaban una hora antes. El tiempo se escurría entre los dedos y, a pesar de ello, cada segundo estaba cuajado de algo que mirar, observar, discutir; había una especie de fiebre en todo aquello y se notaba cómo, poco a poco, se apoderaba de uno esa misteriosa inflamación del alma rusa y ese deseo indomable de exteriorizar en seguida los sentimientos y las ideas que ardían en su interior. Sin saber por qué ni para qué, nos sentíamos todos ligeramente exaltados; era algo que se respiraba en aquel ambiente, inquieto y nuevo; a lo mejor ya empezaba a gestarse dentro de nosotros un alma rusa.

Había muchas cosas espléndidas, sobre todo Leningrado, esa ciudad tan genialmente concebida por unos príncipes audaces que resplandecía con sus maravillosas avenidas y sus magníficos palacios al tiempo que mostraba el deprimente San Petersburgo de las «noches blancas» y de Raskólnikov. Era imponente el Ermitage e inolvidable su interior, donde, en grupos, gorra en mano tan respetuosamente como antaño ante sus iconos, los obreros, los soldados y los campesinos recorrían con sus pesadas botas los antiguos salones imperiales y contemplaban los cuadros con secreto orgullo: ahora todo esto es nuestro y aprenderemos a comprender estas cosas. Los maestros conducían a niños mofletudos a través de las salas, los comisarios de arte

explicaban la obra de Rembrandt y de Ticiano a campesinos que los escuchaban un tanto cohibidos: cada vez que se les indicaba un detalle, levantaban tímidamente la mirada bajo sus gruesos párpados. Tanto en éste como en todos los demás casos, ese esfuerzo puro y honrado de sacar al «pueblo» del analfabetismo de la noche a la mañana y llevarlo directamente a la comprensión de Beethoven y de Vermeer encerraba un cierto toque de ridículo, pero ese esfuerzo de unos por volver comprensibles de buenas a primeras aquellos valores supremos, y el de los otros, por comprenderlos, estaba lleno de impaciencia por las dos partes. En las escuelas, a los alumnos se les hacía pintar cosas absurdas y extravagantes y en los bancos de niñas de doce años se veían obras de Hegel y de Sorel (a quien a la sazón ni yo mismo conocía); cocheros que aún no sabían leer del todo tenían libros en las manos, simplemente porque eran eso: libros, y libros quería decir «instrucción», es decir, el honor y el deber del nuevo proletariado. Ay, cuántas veces se nos escapaba una sonrisa cuando nos enseñaban unas fábricas mediocres y esperaban que nos quedásemos maravillados como si nunca hubiéramos visto nada parecido en Europa o en América; «eléctrica», me dijo orgulloso un obrero, señalándome una máquina de coser y mirándome con la esperanza de que me deshiciera en admiraciones. Como el pueblo veía todos esos ingenios técnicos por vez primera, creía que los habían concebido e inventado la Revolución y los «padres» Lenin y Trotski. Así que, aunque divertidos por dentro, sonreíamos llenos de admiración y nos quedábamos maravillados. «Qué niño más grande, inteligente y bondadoso es esta Rusia», pensaba yo cada vez y me preguntaba si realmente aprendería tamaña

lección con la rapidez que se había propuesto. ¿Seguirá desarrollándose este plan o se estancará y acabará desembocando en el viejo oblomovismo ruso? Por momentos estaba uno lleno de confianza y al cabo de una hora desconfiaba. A medida que iba viendo yo más cosas, menos comprendía.

Pero ¿estaba esa disensión dentro de mí o más bien se cimentaba en la manera de ser rusa? ¿Acaso no se encontraba incluso en el alma de Tolstói, a quien habíamos ido a homenajear? Durante el viaje en tren a Yásnaia Poliana, hablé de ello con Lunacharski:

—¿Qué fue Tolstói en realidad? —me preguntó Lunacharski—. ¿Un revolucionario o un reaccionario? ¿Acaso él mismo lo sabía? Como buen ruso, lo quería todo demasiado deprisa, pretendía cambiar el mundo entero en un abrir y cerrar de ojos después de miles de años. Como nosotros —añadió sonriendo—, y con una sola fórmula, exactamente igual que nosotros. No se nos comprende bien cuando se dice que los rusos somos pacientes. Lo somos en lo tocante a nuestro cuerpo e incluso a nuestra alma. Pero en cuanto al pensamiento, somos más impacientes que cualquier otro pueblo, siempre queremos saber todas las verdades, «la» verdad, y en seguida. ¡Cómo se torturó el viejo a causa de eso!

En efecto, cuando visité la casa de Tolstói en Yásnaia Poliana, en ningún momento dejé de sentir aquel «¡Cómo se torturó el viejo a causa de eso!». Allí estaba la mesa de despacho en que había escrito sus obras inmortales y que había abandonado para hacer zapatos en la miserable pieza de al lado. Allí estaban la puerta y la escalera por donde había querido huir de aquella casa, del dilema de su existencia. Allí estaba el fusil con el que había matado

a enemigos en la guerra, él, que era enemigo de todas las guerras. Todo el problema de su existencia se me hizo patente y palpable en aquella casa señorial baja y blanca; pero su tragedia quedó maravillosamente apaciguada luego por el camino a su último lugar de reposo.

Y es que no he visto en Rusia nada tan grandioso y conmovedor como la tumba de Tolstói. Se halla este lugar de peregrinaje en un paraje apartado y solitario incrustado en el bosque. Un sendero estrecho conduce hasta el túmulo, que no es más que un cuadrado de tierra amontonada que nadie cuida ni vigila, excepto la sombra que sobre él proyectan unos cuantos árboles altísimos. Según me contó su nieta ante la tumba, los había plantado el propio Tolstói. Su hermano Nikolái y él de pequeños habían oído decir a una mujer de pueblo que el trozo de tierra donde se plantan árboles se convierte en un lugar de felicidad. Y así, medio jugando, plantaron unos cuantos brotes. Sólo mucho más tarde, ya anciano, se acordó de aquella promesa maravillosa y acto seguido manifestó su deseo de ser enterrado bajo aquellos árboles que él mismo había plantado. Todo se hizo de acuerdo con su voluntad y su tumba se convirtió en la más impresionante del mundo gracias a su conmovedora sencillez. Un pequeño túmulo rectangular en medio del bosque, sombreado por unos árboles en flor ¡*Nulla crux, nulla corona*! Ninguna cruz, ninguna lápida, ningún epitafio. El gran hombre que, como ningún otro, había sufrido por su nombre y por su fama, fue enterrado anónimamente, igual que un vagabundo encontrado por casualidad o un soldado desconocido. Nadie se ve privado de acercarse a su tumba; la pequeña valla de madera que la rodea no está cerrada. Nada guarda la quietud de aquel hombre inquieto, salvo el respeto de los

hombres. Mientras que, por lo general, la curiosidad los empuja a apiñarse ante la suntuosidad de una sepultura, aquí, la contundente sencillez aleja a toda fisgonería. El viento sopla como palabra de Dios sobre la tumba del hombre anónimo; ninguna voz más; se podría pasar por delante de ella sin saber otra cosa sino que allí yace alguien, un ruso enterrado en tierra rusa. Ni la cripta de Napoleón bajo el arco de mármol de los Inválidos ni el sepulcro de Goethe en el panteón de los príncipes ni ninguno de los monumentos funerarios de la abadía de Westminster impresionan tanto con su aspecto como esta tumba conmovedora en su anonimato, magnífica en su silencio, perdida en medio del bosque y rodeada tan sólo por el susurro del viento; sin mensaje alguno, sin palabras.

Había pasado quince días en Rusia y seguía experimentando aquella tensión interior, aquella niebla que envolvía una ligera embriaguez espiritual. ¿Qué era, en realidad, lo que tanto me excitaba? No tardé en descubrirlo: eran las personas y la cordialidad espontánea que desprendían. Todas ellas, desde la primera hasta la última, estaban convencidas de que participaban en una gran causa que afectaba a toda la humanidad, profundamente convencidas de que las privaciones y restricciones que padecían las tenían que sufrir por mor de una misión superior. El viejo sentimiento de inferioridad respecto a Europa se había convertido en un orgullo embriagador de llevar ventaja, de haberse adelantado a todo el mundo. *Ex oriente lux*: de ellos venía la salvación; así lo creían sincera y honradamente. Ellos habían visto «la» verdad y a ellos correspondía llevar a cabo aquello que los otros apenas si soñaban. Cuando enseñaban algo, por insignificante que

fuera, les brillaban los ojos: «Lo hemos hecho nosotros». Y ese «nosotros» representaba a todo el pueblo. El cochero que nos llevaba nos señalaba con su látigo un edificio moderno cualquiera y una ancha sonrisa le iluminaba la cara: «Lo hemos construido nosotros». Tártaros y mongoles se nos acercaban en los locales de estudiantes para enseñarnos, orgullosos, sus libros: «¡Darwin!», decía uno. «¡Marx!», decía otro. Y estaban tan orgullosos de esos libros como si los hubiesen escrito ellos mismos. Incansables, no cesaban de apiñarse en torno a nosotros para enseñarnos o contarnos cosas; estaban agradecidos porque alguien había ido a contemplar «su» obra. Todos —¡años antes de Stalin!— tenían una confianza infinita en los europeos; nos obsequiaban con miradas leales y bondadosas y nos estrechaban la mano con fuerza y fraternidad. Pero incluso los más humildes demostraban que, si bien nos querían, no sentían «respeto», porque todos éramos hermanos, *tovarischi*, camaradas. Otro tanto ocurría entre los escritores. Nos reuníamos en la casa que había pertenecido a Aleksandr Herzen, no tan sólo europeos y rusos, sino también tunguses, georgianos y caucasianos, pues todos los Estados Soviéticos habían enviado sendos delegados al homenaje de Tolstói. Con la mayoría de ellos no había manera de entenderse y, sin embargo, nos entendíamos. De vez en cuando se levantaba uno, se te acercaba, nombraba el título de un libro que habías escrito, señalaba hacia su corazón como para decir «me gusta mucho» y después te cogía la mano y te la estrechaba como si quisiese romperte todos los huesos. Y algo más emotivo aún: cada uno traía un regalo. Corrían malos tiempos todavía y aquella gente no tenía nada de valor; aun así todos aportaron algún objeto para que

tuviésemos un recuerdo: un grabado antiguo y sin valor, un libro que no sabían leer, una talla rústica. Yo, por supuesto, lo tenía más fácil pues podía corresponder con cosas preciosas que Rusia no había visto en años: una hoja de afeitar Gillette, una estilográfica, unos cuantos pliegos de papel blanco de buena calidad, un par de blandas zapatillas de cuero; de manera que regresé a casa muy ligero de equipaje. Lo que más nos embargaba era precisamente esa cordialidad muda y, al mismo tiempo, impulsiva, esa amplitud y ese calor humano que allí se percibían a cada paso y que son tan desconocidos entre nosotros, pues aquí jamás se llegaba hasta el pueblo; toda reunión con aquellas personas constituía una seducción peligrosa a la que se han rendido muchos escritores extranjeros que habían visitado Rusia. Como se veían agasajados como nunca y queridos por la masa auténtica, se creían en la obligación de elogiar al régimen bajo el cual eran tan leídos y amados: es propio de la naturaleza humana responder a la generosidad con generosidad, al exceso con exceso. Debo confesar que en Rusia, en más de una ocasión, estuve a punto de volverme laudatorio y de entusiasmarme con el entusiasmo.

Si no sucumbí a esta embriaguez mágica, no fue gracias a mi fuerza interior sino más bien a un desconocido cuyo nombre ignoro y nunca conoceré. Fue después de una fiesta de estudiantes. Me habían rodeado, abrazado y estrechado las manos. Contagiado de su entusiasmo, contemplaba contento y feliz sus rostros animados. Cuatro, cinco, todo un grupo me acompañó a casa y la intérprete que me habían asignado me lo traducía todo. Sólo cuando cerré la puerta de mi habitación de hotel me quedé realmente solo, solo por

primera vez después de doce días, en los que siempre había ido acompañado, arropado, llevado por cálidas olas. Empecé a desnudarme y me quitaba la chaqueta cuando oí un crujido. Metí la mano en el bolsillo. Era una carta. Una carta escrita en francés pero que no me había llegado por correo, sino que alguien debía de haber deslizado hábilmente en mi bolsillo entre tantos abrazos y apretones de mano.

Sin firma, era una carta muy sensata y humana; no estaba escrita ciertamente por un ruso «blanco», pero sí rebosaba irritación ante la creciente limitación de la libertad en los últimos años. «No crea todo lo que le dicen —me escribía el desconocido—. No olvide que, a pesar de todas las cosas que le enseñan, dejan de enseñarle otras muchas. No olvide que las personas que hablan con usted, por lo general no le cuentan lo que les gustaría contarle sino sólo aquello que se les permite decir. Nos vigilan a todos, incluido usted. Su intérprete informa de todo lo que se dice. Su teléfono está interceptado y controlados todos sus pasos». Me daba una serie de detalles y ejemplos que yo no podía comprobar. Quemé la carta, siguiendo las instrucciones de su autor. «No se limite a romperla, pues recogerían los trozos de su papelera y la reconstruirían». Y por primera vez me puse a reflexionar sobre todo eso. ¿No era un hecho real que en medio de tanta cordialidad sincera, de toda aquella espléndida camaradería, no había tenido ni una sola ocasión de hablar con alguien en privado y con libertad? El desconocimiento de la lengua me había impedido ponerme en contacto real con la gente del pueblo, y, además, ¡qué pequeña era la parte de aquel imperio inabarcable que yo había visto en aquellos quince días! Si quisiese ser sincero conmigo mismo y con

los demás, tendría que admitir que mis impresiones, por más interesantes y atractivas que fuesen en muchos de sus detalles, no podían tener validez objetiva. Por eso mismo, mientras que casi todos los escritores europeos que regresaban de Rusia en seguida publicaban un libro de afirmación entusiasta o de negación exasperada, yo no escribí más que unos pocos artículos. E hice bien absteniéndome, pues al cabo de tres meses muchas cosas habían cambiado tanto que ya no se parecían a lo que yo había visto, y al cabo de un año, los hechos habrían desmentido lo que yo hubiera escrito. Aun así, fue en Rusia donde sentí y experimenté, como en ningún otro momento de mi vida, la fuerza de la corriente de nuestra época.

En el momento de partir de Moscú mis maletas estaban bastante vacías. Había repartido todo aquello de lo que me podía desprender y tan sólo me llevaba dos iconos, que más tarde han adornado mi habitación durante largo tiempo. Pero lo más valioso que me llevaba era la amistad de Maxim Gorki, a quien había conocido en Moscú por vez primera personalmente. Uno o dos años más tarde lo volví a ver en Sorrento, adonde se había tenido que desplazar a causa de su salud quebrada, y allí, como huésped suyo, pasé en su casa tres días inolvidables.

A decir verdad, aquel encuentro nuestro fue de lo más singular. Gorki no dominaba ningún idioma extranjero y yo, a mi vez, no sabía ruso. De acuerdo con todas las leyes de la lógica, habríamos tenido que permanecer sentados el uno delante del otro sin decir palabra o bien mantener una conversación a través de un intérprete, labor que habría desempeñado nuestra admirada amiga, la baronesa María Budberg. Pero no por casualidad era

Gorki uno de los narradores más geniales de la literatura universal; para él, narrar no sólo era una forma de expresión artística sino una emanación funcional de todo su ser. Narrando vivía en su narración, se transformaba en aquello que narraba, y yo lo comprendía sin entender la lengua, lo comprendía de antemano gracias a la plasticidad de su rostro. Mirándolo bien, su aspecto era —y no se puede decir de otra manera— sólo «ruso». No había nada en sus rasgos que llamase la atención; a aquel hombre alto y esbelto, con pelo color de paja y pómulos anchos, se lo podría tomar por un campesino, un cochero, un zapatero remendón o un bohemio de descuidado aspecto. No era sino «pueblo», la forma primitiva y concentrada del hombre ruso. En la calle pasaríais distraídamente a su lado y no notaríais en él nada especial. Sólo cuando se sentara delante de vosotros y se pusiera a narrar, descubríais quién era. Porque entonces involuntariamente se convertía en la persona a la que retrataba. Recuerdo una ocasión en que —y lo comprendí todo antes de que me lo tradujesen— describía a un hombre viejo, encorvado y cansado al que había encontrado una vez, durante uno de sus paseos. Sin que él se lo propusiera, se le hundió la cabeza, se le encogieron los hombros y sus ojos, brillantes y de un azul cristalino cuando había empezado, se volvieron oscuros y fatigados, y la voz, entrecortada. Sin saberlo, se había transformado en el viejo jorobado. Y cuando contaba algo alegre, no tardaba en estallar en una franca carcajada; se recostaba relajado y una luz tenue se posaba en su frente; era un placer indescriptible escucharlo mientras, con gestos circulares —diríase plásticos—, reunía en torno a su persona a hombres y paisajes. En él todo era sencillo y natural: su manera de

andar, de sentarse, de escuchar, su desbordante alegría. Una tarde se disfrazó de boyardo, se ciñó una espada y su aspecto en seguida adquirió aires de nobleza; con las cejas fruncidas en un gesto imperioso, se puso a andar enérgicamente de un lado a otro de la estancia, como si estuviera ideando un terrible ucase, y al cabo de unos instantes, en cuanto se había quitado el disfraz, se echó a reír infantilmente, como un niño aldeano. Su vitalidad era prodigiosa; vivía, de hecho, con un pulmón destrozado, contra todas las leyes de la medicina, pero una voluntad de vivir realmente fantástica, unida a su férreo sentido del deber, lo mantenía en pie. Cada mañana escribía, con su letra clara y caligráfica, nuevas páginas de su gran novela; contestaba a centenares de preguntas que, desde su patria, le dirigían escritores y obreros jóvenes; estar a su lado significaba para mí sentir, vivir Rusia, no la bolchevique, no la de antes ni la de hoy, sino la vasta, poderosa y oscura alma del pueblo eterno. En aquellos años, su decisión interior aún no estaba tomada. Como viejo revolucionario, había deseado la revolución y había sido amigo personal de Lenin, pero aún en aquellos días vacilaba ante la idea de entregarse por completo al Partido, dudaba entre «hacerse *pope* o papa», como decía, y, sin embargo, tenía remordimientos de conciencia por no estar con los suyos en aquellos años en que cada semana era decisiva.

Por pura casualidad, en aquellos días fui testigo de una de esas escenas tan características de la nueva situación rusa, escena que me reveló todo su dilema. Por primera vez un barco de guerra ruso en viaje de maniobras había entrado en el puerto de Nápoles. Los jóvenes marineros, que nunca habían estado en esta metrópoli, se paseaban con sus elegantes uniformes por la Vía Toledo y sus

grandes y curiosos ojos de campesinos no se cansaban de contemplar tantas cosas nuevas. Al día siguiente, un grupo de ellos decidió trasladarse a Sorrento con el fin de visitar a «su» escritor. No anunciaron la visita: dentro de su idea rusa de la fraternidad, encontraban perfectamente natural que «su» escritor tuviera tiempo para dedicárselo en cualquier momento. Aparecieron de repente ante su casa, y no se habían equivocado: sin hacerles esperar, Gorki los invitó a entrar. Ahora bien (el mismo Gorki me lo contó al día siguiente, riéndose), aquellos jóvenes, para los cuales no existía nada superior a la «causa», desde el primer momento se mostraron muy severos con su anfitrión. «¡Cómo puede ser que vivas aquí! —exclamaron en cuanto penetraron en el bonito y acogedor chalet—. Vives como un auténtico burgués. Y ¿por qué no vuelves a Rusia?». Gorki se vio obligado a explicárselo todo, hasta el último detalle, lo mejor que sabía. Pero, en el fondo, aquellos muchachos no eran tan severos. Simplemente habían querido demostrar que no sentían ningún «respeto» por la fama y que lo primero que hacían siempre era comprobar la manera de pensar de las personas. Tomaron asiento sin remilgos, bebieron té, charlaron con él durante un buen rato y por último, a la hora de despedirse, lo abrazaron uno tras otro. Gorki contó la escena de una manera sensacional, enamorado de la libertad y la desenvoltura que caracterizaban el comportamiento de esa nueva generación y sin mostrarse ofendido ni lo más mínimo por su juvenil franqueza.

—Cuán distintos éramos nosotros —repetía—. O sumisos o impulsivos, pero nunca seguros de nosotros mismos.

Los ojos le brillaron durante toda la tarde. Y cuando le dije:

—Creo que a usted le hubiera gustado regresar a casa con ellos —se quedó perplejo durante unos instantes y luego me miró fijamente:

—¿Cómo lo sabe? Es verdad, he estado pensando hasta el último momento si no valdría más dejarlo correr todo, los libros, los papeles, el trabajo, y embarcarme con estos muchachos para pasar quince días a bordo de su barco con rumbo desconocido. Así habría sabido de nuevo lo que es Rusia. Lejos de casa, se olvida lo mejor; ninguno de nosotros ha hecho en el exilio nada que valga la pena.

Pero Gorki se equivocaba al decir que Sorrento era un exilio, pues podía volver a casa cualquier día y, de hecho, fue lo que hizo. No había sido desterrado con sus libros, con su persona, como Merezhkovski —a quien encontré en París trágicamente amargado— ni como los que hoy somos, en las bellas palabras de Grillparzer, «dos extranjeros y ninguna patria», los que vivimos sin hogar, en medio de lenguas prestadas, llevados por el viento de un lado para otro. Unos días después, sin embargo, tuve la oportunidad de visitar en Nápoles a un exiliado de verdad, un hombre muy singular: Benedetto Croce. Durante décadas había sido guía espiritual de la juventud y, como senador y ministro, había conocido todos los honores públicos en su país, hasta que su oposición al fascismo le acarreó un conflicto con Mussolini. Renunció entonces a todos sus cargos y se retiró; pero ello no fue suficiente para los intransigentes, que querían vencer su resistencia e, incluso, castigarla si lo consideraban pertinente. Los estudiantes, que, a diferencia de antaño, hoy se han convertido en todas partes en tropas de asalto de la reacción, atacaron su casa rompiendo todos los cristales. Pero aquel hombre bajito y rechoncho, que con

sus ojos vivaces y su perilla puntiaguda parecía más bien un burgués acomodado, no se dejó intimidar. Se negó a salir del país y se quedó encerrado en su casa protegido por la muralla de sus libros, a pesar de haber recibido invitaciones de universidades americanas y extranjeras. Siguió editando su revista *Critica* con su estilo de siempre, siguió publicando sus libros y tan poderosa era su autoridad que la censura, por lo común implacable, se arredró ante él por orden de Mussolini, mientras que sus discípulos y partidarios fueron completamente eliminados. Para un italiano e incluso para un extranjero, visitarlo exigía mucho valor porque las autoridades sabían muy bien que él, dentro de su ciudadela, en sus habitaciones llenas de libros hasta el techo, hablaba sin ambages. Vivía, por decirlo así, en un espacio herméticamente cerrado, en una especie de burbuja de aire, en medio de cuarenta millones de compatriotas. Ese aislamiento hermético de un individuo en una ciudad de miles de habitantes, en un país de millones de habitantes, para mí tenía algo de espectral y grandioso al mismo tiempo. Yo aún no sabía que se trataba de una forma de mortificación espiritual, aunque mucho más suave que la que más tarde se nos vendría encima a nosotros, y no podía menos que admirar el vigor y la energía espiritual que aquel hombre ya viejo conservaba en su lucha diaria.

—Es precisamente la resistencia lo que le mantiene joven a uno. Si hubiese continuado como senador, todo me habría resultado fácil, y como intelectual me habría vuelto perezoso e inconsecuente ya hace tiempo. Nada perjudica tanto al intelectual como la falta de resistencia. Desde que estoy solo y ya no tengo a la juventud a mi alrededor, me veo obligado a volverme joven yo mismo.

Pero tuvieron que pasar unos cuantos años más para que también yo comprendiera que las pruebas son un reto, que la persecución fortalece y el aislamiento eleva, siempre y cuando no haga trizas una existencia. Como todas las cosas esenciales de la vida, estos conocimientos no se aprenden de la experiencia ajena, sino única y exclusivamente del destino propio.

El hecho de que yo jamás haya visto al hombre más importante de Italia, Mussolini, se debe a mi resistencia a aproximarme a personalidades políticas; ni siquiera en mi patria, la pequeña Austria, me topé nunca con ninguno de los líderes políticos (toda una proeza, dicho sea de paso), ni con Seipel, ni con Dollfuss, ni con Schuschnigg. Y sin embargo, habría sido mi deber dar personalmente las gracias a Mussolini (quien, según supe por amigos comunes, era uno de los primeros y mejores lectores de mis libros en Italia) por la manera espontánea con que me había concedido el primer —y último— favor que jamás haya pedido yo a un gobernante.

La cosa fue así: un buen día recibí una carta urgente de un amigo de París; una señora italiana quería visitarme en Salzburgo para hablar de un asunto importante y el amigo me pedía que la recibiera sin dilación. La señora se presentó al día siguiente y me contó algo realmente conmovedor. Nacido en el seno de una familia humilde, su marido, que acabó siendo un médico destacado, había sido criado y educado por Matteotti. Ante el brutal asesinato de aquel dirigente socialista a manos de los fascistas, la conciencia mundial, ya bastante cansada, volvió a reaccionar unánimemente contra un crimen aislado. Toda Europa hervía de indignación. El fiel amigo fue uno de los seis valientes que se habían atrevido a llevar el ataúd del asesinado, públicamente, por las

calles de Roma; poco después, boicoteado y amenazado, partió para el exilio. Pero la preocupación por el destino de la familia Matteotti no le dejaba descansar; en memoria de su benefactor, quiso sacar de Italia a los hijos de éste y enviarlos al extranjero. En medio de aquel intento clandestino cayó en manos de espías o agentes provocadores y fue detenido. Como el volver a sacar a la luz el nombre de Matteotti era molesto para Italia, un proceso por semejante motivo difícilmente habría arrojado una sentencia condenatoria para el médico; pero el fiscal hábilmente lo implicó en otro juicio que se celebraba al mismo tiempo y en el que se dirimía un atentado con bomba contra Mussolini. Y el médico, que había ganado las condecoraciones militares más altas en el campo de batalla, fue condenado a diez años de cárcel.

La joven esposa, huelga decirlo, estaba muy afectada. Algo se tenía que hacer contra aquella sentencia porque su marido no la sobreviviría. Era preciso reunir a todos los nombres literarios de Europa en una protesta ruidosa, y me pedía que la ayudara. En seguida le aconsejé que descartara la vía de la protesta, pues sabía hasta qué punto, desde la guerra, todas esas manifestaciones habían caído en desuso. Intenté persuadirla de que, por orgullo nacional, ningún país toleraría que se pusiesen en tela de juicio, desde fuera, sus decisiones judiciales y le hice ver que la protesta europea en el caso Sacco y Vanzetti en América había arrojado un resultado más desfavorable que propicio para los encausados. Encarecidamente le rogué que no emprendiera acción alguna en este sentido. No habría hecho sino empeorar la situación de su marido, pues Mussolini jamás ordenaría la conmutación de la pena —no podría hacerlo aunque quisiera— si tal cosa se le imponía desde fuera. Pero le prometí,

sinceramente emocionado, que haría todo lo posible. Por puro azar, justo la semana siguiente me disponía a viajar a Italia, donde tenía amigos bien dispuestos que ocupaban cargos influyentes. A lo mejor ellos podrían intervenir, silenciosamente, a su favor.

Lo intenté el mismo día de mi llegada. Pero también vi hasta qué punto en las almas se había incrustado el miedo. En cuanto mencioné aquel nombre, todos se inhibieron. No, no tenían influencia en ese caso. Era del todo imposible. La misma respuesta de una boca y de otra. Regresé avergonzado, porque a lo mejor la desdichada mujer creería que yo no lo había intentado todo. Y era la verdad: no lo había intentado todo. Aún quedaba una posibilidad: el camino más corto, directo, esto es, escribir al hombre del que dependía la decisión, a Mussolini.

Y así lo hice. Le escribí una carta realmente sincera. No quería empezar con lisonjas, le dije en la primera línea, y acto seguido abordé el asunto: que no conocía a aquel hombre ni el alcance de sus acciones, pero que había visto a su mujer, que sin duda era inocente, pero sobre la cual también recaería todo el peso del castigo si su marido pasaba todos aquellos años en la cárcel. De ninguna manera pretendía criticar la sentencia, pero presumía que a aquella mujer le salvaría la vida el que su marido, en lugar de cumplir condena en la cárcel, fuera enviado a una de las islas destinadas a presos, donde se permitía a esposas e hijos vivir con los desterrados.

Cogí la carta, dirigida a Su Excelencia Benito Mussolini, y la eché a mi habitual buzón de correos de Salzburgo. Cuatro días después me escribió la embajada italiana de Viena diciendo que Su Excelencia les

encargaba darme las gracias y comunicarme que había accedido a mi deseo y, además, previsto una disminución del tiempo de la condena. Al mismo tiempo me llegó un telegrama de Italia que confirmaba el traslado solicitado. De un solo plumazo, Mussolini en persona había satisfecho mi petición, y, en honor a la verdad, el condenado no tardó mucho en beneficiarse de un indulto. En toda mi vida, ninguna otra carta me proporcionó tanta alegría y satisfacción, y si hay algún éxito literario que hoy recuerde más que otros y con especial gratitud, es éste.

Resultaba agradable viajar en aquellos últimos años de calma. Pero también era grato volver a casa. Una cosa curiosa se había producido mientras tanto en medio de un silencio absoluto. La pequeña ciudad de Salzburgo, con sus 40 000 habitantes, que yo había escogido precisamente por su romántica situación apartada, había experimentado un cambio sorprendente: se había convertido, en verano, en la capital artística no sólo de Europa sino también del mundo entero. Max Reinhardt y Hugo von Hofmannsthal, para remediar la indigencia de actores y músicos, que en verano no tenían trabajo, habían organizado al aire libre, en la plaza de la catedral, unas cuantas representaciones —sobre todo aquella célebre de *Cada cual*— que desde el primer momento atrajeron a visitantes de las ciudades vecinas; más adelante también lo intentaron con representaciones de óperas, cada vez mejor hechas, cada vez más perfectas. Poco a poco el mundo fue fijándose en ellas. Ambiciosos, deseaban estar allí los mejores directores, actores y cantantes, contentos de tener la oportunidad de mostrar su arte ante un público internacional y no limitarse a su reducido círculo local de espectadores. De pronto los

festivales de Salzburgo se convirtieron en una atracción mundial, en una especie, por decirlo así, de juegos olímpicos del arte de la nueva era en cuyos foros competían, exhibiendo sus mejores producciones, todas las naciones del mundo. Ya nadie quería perderse aquellos extraordinarios espectáculos. Reyes y príncipes, millonarios americanos y estrellas de cine, amantes de la música, artistas, escritores y esnobs se daban cita en Salzburgo en aquellos últimos años; nunca se había producido en Europa semejante concentración de perfección dramática y musical como la que rebosaba aquella pequeña ciudad de la pequeña Austria, menospreciada durante mucho tiempo. Salzburgo floreció. En verano, se encontraban en sus calles todos aquellos europeos y americanos que buscaban en el arte la forma suprema de representación, vistiendo el traje típico de Salzburgo: pantalones cortos de lino blanco y chaquetas, los hombres, y el abigarrado «vestido de campesina», las mujeres. La pequeña Salzburgo de repente se había adueñado de la moda mundial. La gente se peleaba por una habitación de hotel, la llegada de los automóviles al teatro del festival resultaba tan fastuosa como antaño el desfile de carruajes al baile de la corte imperial y la estación del ferrocarril estaba siempre llena a rebosar; otras ciudades intentaron desviar hacia ellas tamaña corriente de oro, pero no lo consiguieron. Era Salzburgo, y siguió siéndolo durante toda aquella década, el centro de peregrinaje artístico de Europa.

De manera, pues, que, sin moverme de mi propia ciudad, de pronto me encontré viviendo en medio de Europa. Una vez más el destino me había concedido un deseo que yo ni tan siquiera me hubiera atrevido a imaginar, y nuestra casa del Kapuzinerberg se convirtió

en una casa europea. ¿Quién no ha sido nuestro huésped? Nuestro álbum de visitas podría dar mejor testimonio de ello que la simple memoria, pero también este libro, junto con la casa y muchas otras cosas, se lo han quedado los nacionalsocialistas. ¿Con quién no pasamos allí horas cordiales, mirando desde la terraza el bello y pacífico paisaje, sin sospechar que justo enfrente, en la montaña de Berchtesgaden, se alojaba el hombre que habría de destruir todo aquello? Han vivido en nuestra casa Romain Rolland y Thomas Mann, y escritores como H. G. Wells, Hofmannsthal, Jakob Wassermann, Van Loon, James Joyce, Emil Ludwig, Franz Werfel, Georg Brandes, Paul Valéry, Jane Adams, Schlaom Asch y Arthur Schnitzler fueron huéspedes acogidos como amigos; también lo fueron músicos como Ravel y Richard Strauss, Alban Berg, Bruno Walter y Bartók, y ¡cuántos más, entre pintores, actores y eruditos de todas las partes del mundo! ¡Cuántas horas de conversación plácida y clara nos traía el viento cada verano! Un día subió los escarpados peldaños Arturo Toscanini y en aquel mismo momento nació una amistad que me enseñó a amar y a disfrutar de la música mucho más que antes, y con mucho más conocimiento. Más tarde, y durante años, fui el invitado más fiel a sus ensayos y en cada uno de ellos fui testigo de su apasionada lucha por arrancar esa perfección que después, en los conciertos públicos, parece tan prodigiosamente natural (en cierta ocasión intenté describir en un artículo esos ensayos que representan para todo artista el estímulo más ejemplar para no desistir hasta lograr la corrección suprema). Vi espléndidamente confirmada la máxima de Shakespeare según la cual «la música es el alimento del alma» y al

asistir a la competición de las artes bendije el destino que me había concedido la gracia de poder trabajar en unión permanente con ellas. ¡Cuánta riqueza y qué colorido contenían aquellos días de verano en que el arte y un paisaje privilegiado se enaltecían mutuamente! Y cada vez que, mirando atrás, evocaba la imagen de aquella pequeña ciudad —gris, decaída y oprimida— justo después de la guerra y recordaba nuestra casa donde, temblando de frío, combatíamos la lluvia que entraba por el techo, me daba cuenta de lo que habían significado para mi vida aquellos benditos años de paz. Se podía volver a creer en el mundo, en la humanidad.

Muchos huéspedes famosos y bienvenidos visitaban nuestra casa en aquellos años, pero también en las horas de soledad se apiñaba a mi alrededor un círculo mágico de figuras eminentes cuyas sombras y pisadas poco a poco he conseguido evocar: en mi ya mencionada colección de autógrafos se habían reunido, a través de su escritura, los maestros más grandes de todos los tiempos. Lo que había empezado como una afición de quinceañero, aquel simple ramillete de objetos, con el paso de los años se había convertido —gracias a una experiencia mucho mayor, a medios más abundantes y, sobre todo, a una pasión aún más intensa— en todo un producto orgánico y hasta puedo decir que en una auténtica obra de arte. En los inicios, como todo principiante, tan sólo había intentado reunir nombres, nombres famosos; luego, llevado por una curiosidad psicológica, me limité exclusivamente a coleccionar manuscritos: originales enteros o aquellos fragmentos de obras que me permitiesen formarme una idea de cómo trabajaban mis maestros favoritos. Entre los numerosos enigmas del mundo, el más profundo e inexpugnable

sigue siendo el misterio de la creación. En este ámbito la naturaleza no se deja subyugar; jamás revelará ese ingenio supremo que da origen al mundo, que permite que nazca una flor, una poesía o un hombre. Despiadada e indiferente, ha corrido el velo. Ni siquiera el poeta, ni el músico, podrán explicar a posteriori el instante de su inspiración. Una vez concluida la creación, el artista ignora por completo su origen, desarrollo y evolución. Nunca, o casi nunca, es capaz de explicar cómo las palabras, al elevar su sentido, se han unido en una estrofa, cómo unos sonidos aislados han engendrado melodías que luego resuenan durante siglos. Lo único que puede brindarnos una idea de ese proceso incomprensible de creación son las páginas manuscritas, sobre todo las no destinadas a la imprenta, los primeros borradores aún inciertos y sembrados de correcciones a partir de los cuales se va cristalizando poco a poco la futura forma definitiva. Reunir esas páginas de todos los grandes poetas, filósofos y músicos, todas esas correcciones que constituían el testimonio de su lucha creadora, ocupó mi segunda y más sapiente época de coleccionista. Para mí era un placer ir por las subastas a la caza de ese material, encontrar su pista en los lugares más recónditos constituía un esfuerzo que acometía de buen grado al tiempo que era una especie de ciencia, pues poco a poco, junto a mi colección de autógrafos, se fue formando otra, que abarcaba todos los libros que se habían escrito sobre aquellos autógrafos y todos los catálogos referentes a ellos que se habían publicado, en total unos cuatro mil volúmenes, toda una biblioteca selecta sin precedente y sin rival, ya que ni los mismos libreros podían dedicar tanto tiempo y amor a una materia específica. Puedo decir —cosa que jamás me

atrevería a hacer respecto a la literatura o a cualquier otro ámbito de la vida— que a lo largo de aquellos treinta o cuarenta años de coleccionista me convertí en la primera autoridad en el campo de los manuscritos y que sabía dónde se hallaba cada hoja importante, a quién pertenecía y cómo había llegado a manos de su propietario; de modo que llegué a ser un auténtico especialista que podía determinar a primera vista la autenticidad de un documento y en cuanto a su valoración, era más experto que la mayoría de los profesionales.

Pero poco a poco mi ambición de coleccionista fue extendiéndose. Ya no me conformaba tan sólo con poseer una galería de manuscritos de la literatura universal y de música, ese espejo de los mil tipos de métodos de creación; ya me había dejado de seducir la mera ampliación de la colección y dediqué los diez últimos años de mi actividad a perfeccionarla sin cesar. Si en un principio me bastaba con conseguir páginas de un poeta —o de un músico— que lo definieran en uno de sus momentos de creación, paso a paso mis esfuerzos fueron encaminándose a representarlo en su instante creativo supremo. De ahí que ya no buscase tan sólo el manuscrito de una de las poesías de un poeta, sino el de una de sus mejores obras, a ser posible una de esas poesías que, desde el momento en que la inspiración había encontrado por vez primera un sedimento terrenal —en tinta o en lápiz—, alcanza la eternidad. En la reliquia de su letra, quería arrancar a los inmortales —¡osada pretensión!— precisamente aquello que los había hecho inmortales para el mundo.

De manera que la colección estaba sometida a una fluctuación constante; las hojas en mi poder que menos

valor tenían para ese cometido tan exigente las descartaba todas, vendiéndolas o intercambiándolas en cuanto conseguía localizar otras más importantes, más características y —si se me permite decirlo así— con más contenido de inmortalidad. E inesperadamente, en muchas ocasiones conseguía mi propósito porque, aparte de mí, había muy pocas personas que coleccionasen las piezas más importantes con tanto conocimiento de la materia, tanta tenacidad y, al mismo tiempo, tanta ciencia. Así, llegué a reunir, primero en una carpeta y luego en una caja protegida con metal y amianto, manuscritos de obras originales o fragmentos de obras que forman parte de las muestras más imperecederas de la creación humana. A causa de la vida nómada que me veo obligado a llevar, no tengo aquí, a mano, el catálogo de aquella colección, dispersa desde hace tiempo, y tan sólo puedo enumerar al azar algunas de esas cosas en que, en un momento de la eternidad, se había encarnado el genio terrenal.

Había allí una página de un cuaderno de trabajo de Leonardo, con observaciones, en escritura invertida, a unos dibujos; la orden del día a los soldados de Rívoli, redactada por Napoleón en cuatro páginas y con una letra casi ilegible; las galeradas de toda una novela de Balzac, cada página convertida en un campo de batalla con miles de correcciones que demostraban con una nitidez indescriptible la titánica lucha de su autor entre una revisión y otra (afortunadamente se ha conservado una copia fotográfica para una universidad americana). Había allí *El origen de la tragedia*, en una primera versión desconocida, que Nietzsche había escrito, mucho antes de su publicación, para su amada Cósima Wagner; una cantata de Bach y el aria de *Alcestes*, de Gluck, y una

de Handel, cuyos manuscritos musicales son los más raros de todos. Siempre busqué lo más característico, y por lo general, lo encontraba: las *Canciones gitanas* de Brahms, la *Barcarola* de Chopin, la inmortal *A la música* de Schubert, la imperecedera «Dios guarde al emperador» del *Cuarteto del emperador*. A veces incluso conseguía ampliar la forma única de una obra de creación con la reconstrucción de la vida del genio de su creador. Por ejemplo, de Mozart no sólo tenía una hoja garabateada por la mano de un niño de once años, sino también, como muestra de su arte liederístico, el inmortal «Te he traído violetas»; de su música bailable, los minuetos que parafraseaban la *Non più andrai* de *Fígaro*, y del mismo *Fígaro* el aria del Querubín; y también, en otro orden de cosas, las cartas encantadoramente indecentes —jamás publicadas con su texto íntegro— dirigidas a su primita, un canon escabroso y, finalmente, una página que había escrito justo antes de morir, un aria de *Tito*. El pliego dedicado a Goethe también era bastante voluminoso: su primera página correspondía a una traducción del latín que hizo a los nueve años; la última, una poesía que escribió a los ochenta y dos, poco antes de morir, y entre ambas, una hoja enorme perteneciente a la obra cumbre de su creación, un folio de dos caras del *Fausto*; un manuscrito sobre Ciencias Naturales, numerosas poesías y, además, dibujos pertenecientes a diferentes épocas de su vida; de un solo vistazo, en aquellas quince páginas se podía ver la vida entera de Goethe. En el caso de Beethoven, el más venerado de todos, no conseguí un retrato tan completo. Al contrario que en el caso de Goethe, en que tenía como adversario a mi editor, el profesor Kippenberg, en el de Beethoven, en las subastas tenía que rivalizar con uno de

los hombres más ricos de Suiza, que había reunido un tesoro beethoveniano inigualable. Sin embargo, dejando de lado un cuaderno de notas de su juventud, el lied *El beso* y fragmentos de la música de *Egmont*, logré al menos una representación visual de un momento clave de su vida, el más trágico, con una perfección tal que ningún museo del mundo puede ofrecer nada semejante. Gracias a un primer golpe de suerte, pude adquirir todas las pertenencias de su habitación que sobraron tras su muerte —subastadas, habían sido compradas por el consejero áulico Breuning—, sobre todo el voluminoso escritorio en cuyos cajones se ocultaban los retratos de sus dos amantes, la condesa Giulietta Guicciardi y la condesa Erdödy; el cofrecito del dinero, que hasta el último momento había guardado junto al lecho; el pequeño pupitre sobre el cual, ya postrado en la cama, había escrito sus últimas composiciones y cartas; un bucle de su cabello blanco, cortado en su lecho de muerte; la invitación a las exequias; su última nota referente a la colada, que había escrito con mano temblorosa; el documento del inventario de la casa para la subasta y la suscripción de todos sus amigos vieneses a favor de la cocinera Sali, que se había quedado sin medios de subsistencia. Y como el azar siempre echa una mano de amigo a un buen coleccionista, poco después de haber comprado todos aquellos objetos de su cámara mortuoria, tuve la ocasión de hacerme con los tres dibujos de la cama en que murió. Por las descripciones de los contemporáneos se sabía que un joven pintor y amigo de Schubert, Josef Teltscher, había intentado dibujar al moribundo aquel 26 de marzo en que Beethoven agonizaba, pero el consejero áulico Breuning, que encontraba tal propósito falto de respeto, lo había

echado de la habitación. Los dibujos desaparecieron por espacio de cien años, hasta que en una pequeña subasta de Brünn se vendieron a un precio irrisorio docenas de cuadernos que contenían apuntes de aquel pintor de andar por casa y entre los cuales de pronto aparecieron aquellos esbozos. Y como una casualidad suele llevar a otra, un día me llamó un marchante para preguntarme si me interesaba el original de un dibujo hecho en el lecho de muerte de Beethoven. Le contesté que ya lo tenía, pero más tarde resultó que el que él me ofrecía era el original de la litografía de Danhauser, tan famosa después, en que aparecía Beethoven en su lecho de muerte. Y he aquí cómo, finalmente, conseguí reunir todos los objetos que conservaban la imagen de aquel último momento, momento memorable y verdaderamente inmortal.

Por supuesto yo no me consideraba el propietario de esas cosas sino tan sólo su guardián temporal. No me seducía la sensación de poseerlas, de tenerlas en mi poder, sino el incentivo de reunirlas, de convertir una colección en una obra de arte. Era consciente de que con aquella colección había creado algo que, en su conjunto, era mucho más digno de sobrevivir que mis propias obras. A pesar de las muchas ofertas que recibí, dudé en confeccionar un catálogo porque me hallaba justo en un momento álgido del trabajo de organización e, insaciable de mí, a muchos nombres y no menos obras aún les faltaba la forma perfecta y definitiva. Tenía la firme intención de legar aquella colección única a una institución que, después de mi muerte, cumpliese una condición especial, a saber: destinar una suma anual de dinero a la labor de ir completando la colección con el mismo cariz que yo le había dado. De ese modo no se quedaría como un conjunto de objetos inmóvil, sino que

sería un organismo vivo que, cincuenta o cien años después de mi muerte, se seguiría completando y perfeccionando para acabar por convertirse en un todo cada vez más bello.

Sin embargo, se ha demostrado que a nuestra generación, puesta a prueba tantas y tantas veces, le resulta vetado pensar más allá de sí misma. Cuando empezó la era de Hitler y me vi obligado a abandonar mi casa, se acabó el placer que me proporcionaba mi colección, como también la seguridad de poder conservar algo para siempre. Durante un tiempo aún había depositado algunos objetos en cajas fuertes y en casas de amigos, pero después —siguiendo las palabras admonitorias de Goethe en el sentido de que museos, colecciones y arsenales se entumecen si se deja de ampliarlos— tomé la decisión de decir un adiós definitivo a una colección a la que ya no podía dedicarle más esfuerzos y desvelos. Como despedida, regalé una parte de ella a la Biblioteca Nacional de Viena, principalmente aquellas piezas que había recibido, también como regalo, de mis amigos coetáneos; otra parte la vendí y lo que pasa o ha pasado con el resto no me preocupa demasiado. En ningún momento me ha producido satisfacción la cosa creada, sino el proceso de crearla. De modo que no lloro algo que había tenido, porque en esta época, enemiga de todo arte y de toda colección, si los perseguidos y expulsados hemos tenido que aprender un arte nuevo, desconocido, ha sido el de saberse despedir de todo aquello que en otros tiempos había sido nuestro orgullo y nuestro amor.

Y así transcurrieron mis años, trabajando y viajando, aprendiendo, leyendo, coleccionando y disfrutando de todo ello. Me desperté una mañana de noviembre de

1931 y tenía cincuenta años. Para el buen cartero de barba blanca de Salzburgo la fecha resultó un mal día. Como en Alemania había la buena costumbre de celebrar en los periódicos —con pelos y señales— el quincuagésimo cumpleaños de un escritor, el viejo tuvo que subir los escarpados escalones con un imponente fajo de cartas y telegramas. Antes de abrirlos y leerlos sopesé qué significaba para mí aquel día. Los cincuenta años representan un cambio; uno mira preocupado hacia atrás, analiza la parte del camino que ya ha recorrido y se pregunta en silencio si seguirá adelante. Repasé el tiempo vivido. Como si desde la casa de los Alpes estuviera mirando la cadena montañosa y la suave pendiente del valle, contemplé retrospectivamente aquellos cincuenta años y me tuve que confesar que habría sido un crimen no sentirme agradecido. Al fin y al cabo, me había sido concedido más, inconmensurablemente más, de lo que yo podía esperar o hubiera confiado en recibir. El medio a través del cual quería desarrollar y expresar mi personalidad, la producción poética y literaria, había obtenido un rendimiento muy superior a cuanto cabía en los sueños más atrevidos de mi infancia. Como regalo de cumpleaños, la editorial Insel había editado una bibliografía de mis libros publicados en todas las lenguas, que ya de por sí era un libro; no faltaba ninguna lengua, ni el búlgaro ni el finés, ni el portugués ni el armenio, ni el chino ni el marathi. En braille, en taquigrafía, en todos los alfabetos e idiomas, mis palabras y pensamientos habían llegado a la gente; mi existencia se había extendido infinitamente más allá del espacio de mi ser. Me había ganado la amistad personal de muchos de los mejores hombres de nuestra época, me había deleitado

con las interpretaciones más sublimes; había podido ver y disfrutar de las ciudades eternas, de los cuadros eternos, de los paisajes más bellos de la tierra. Me había mantenido libre, independiente de cargos y profesiones, mi trabajo era mi alegría y, más aún, ¡había llevado alegría a otros! En un momento así ¿acaso podía sucederme algo malo? ¿Qué? Allí estaban mis libros: ¿podía alguien destruirlos? (Lejos de sospechar nada, así pensaba en aquellos momentos). Allí estaban mis amigos: ¿acaso iba a perderlos? Sin miedo alguno pensaba en la muerte, en la enfermedad, pero no me venía a la cabeza ni la más remota de las imágenes de lo que aún me estaba reservado por vivir: el hecho de que me vería obligado a volver a ir de país en país, a atravesar un mar tras otro, expulsado, perseguido y despojado de la patria, que mis libros acabarían quemados, prohibidos y proscritos y mi nombre, estigmatizado en Alemania como el de un criminal, y que los mismos amigos cuyos telegramas y cartas tenía encima de la mesa palidecerían al toparse conmigo; que era posible borrar sin dejar rastro todo lo que yo había hecho con tenacidad a lo largo de treinta o cuarenta años, que toda esa vida, asentada sobre pilares tan sólidos y en apariencia tan imperturbable como en aquel momento, podría desintegrarse y que yo, hallándome tan cerca de la cima, podría verme obligado a empezar de cero, con las fuerzas ya un poco cansadas y el alma trastornada. Realmente no era el día idóneo para imaginarse cosas tan absurdas e insensatas. Podía sentirme contento y satisfecho. Me gustaba mi trabajo y por eso mismo amaba la vida. Estaba a salvo de preocupaciones, pues aun si no volvía a escribir una sola línea velarían por mí mis libros. Todo parecía conseguido y el destino, asentado. La seguridad que había conocido

en la primera época de mi vida, en casa de mis padres, y que había perdido durante la guerra acabé por reconquistarla a fuerza de trabajo. ¿Qué más podía desear?

Sin embargo, cosa rara: justamente el hecho de que en aquel momento no supiera qué desear me creaba un misterioso estado de desasosiego. ¿Realmente sería tan bueno —preguntaba algo dentro de mí, que no era yo mismo— que tu vida siguiese así, tan calmada, tan ordenada, tan lucrativa, tan cómoda, sin nuevas pruebas ni tensiones? ¿No es más bien impropia de ti, de la esencia de tu ser, una existencia tan privilegiada y perfectamente asentada en sí misma? Paseé pensativo por la casa, que se había hecho más hermosa en aquellos años, tal y como yo la quería. Y, sin embargo, ¿habría de vivir en ella para siempre, sentarme siempre a la misma mesa y escribir libros uno tras otro y cobrar los derechos de autor y después más derechos de autor, para poco a poco acabar por convertirme en un señor respetable que debe administrar con decoro y buenas maneras tanto su nombre como su obra, aislado ya de toda contingencia, toda tensión y todo peligro? ¿Tendría que seguir siempre así hasta los sesenta, los setenta años, siempre por un camino recto y llano? ¿No sería para mí mejor —seguía soñando aquella cosa dentro de mí— que me pasara algo más, algo nuevo, algo que me volviese más inquieto, más tenso, más joven; que me retase a una lucha nueva y a lo mejor aún más peligrosa? En todo artista anida un dilema misterioso: cuando la vida lo obliga a ir febrilmente de un lado para otro él anhela tranquilidad; pero cuando tiene tranquilidad echa de menos la tensión. Así, el día de mi cincuenta cumpleaños en el fondo de mi corazón sólo albergaba un deseo perverso: que sucediese

algo capaz de arrancarme otra vez de aquella seguridad y aquellas comodidades y que me obligase ya no tan sólo a seguir sino a empezar de cero. ¿Era miedo a la edad, al cansancio, a la pereza? ¿O era un presentimiento secreto que entonces me hacía anhelar una vida distinta, más ardua, en beneficio de mi evolución interior?

No lo sé. Porque lo que en aquella hora especial afloraba del crepúsculo del inconsciente no era un deseo expresado con claridad ni tampoco, huelga decirlo, algo relacionado con la voluntad despierta. Tan sólo era un pensamiento pasajero que me asaltó como un soplo de viento, y a lo mejor ni siquiera era mío sino que venía de profundidades que yo ignoraba. Pero el oscuro e inabarcable poder que gobernaba los designios de mi vida y que ya me había concedido tantas y tantas cosas que ni yo mismo me había atrevido a desear, debía haberlo percibido. Y ese poder, obediente, levantó la mano para aplastar mi vida hasta en sus últimos fundamentos y para obligarme a edificar otra nueva, del todo diferente, más ardua y difícil, desde los cimientos y a partir de las ruinas.

«INCIPIT» HITLER

Obedeciendo a una ley irrevocable, la historia niega a los contemporáneos la posibilidad de conocer en sus inicios los grandes movimientos que determinan su época. Por esta razón no recuerdo cuando oí por primera vez el nombre de Adolf Hitler, ese nombre que ya desde hace años nos vemos obligados a recordar o pronunciar en relación con cualquier cosa todos los días, casi cada segundo, el nombre del hombre que ha traído más calamidades a nuestro mundo que cualquier otro en todos los tiempos. Sin embargo, debió de ser bastante pronto, pues nuestra Salzburgo, situada a dos horas y media de tren, era como una ciudad vecina de Munich, de modo que los asuntos puramente locales de allí nos llegaban bastante rápido. Sólo sé que un día —no sabría precisar la fecha— me visitó un conocido de allá quejándose de que en Munich volvía a reinar la agitación. Había sobre todo un agitador tremebundo llamado Hitler que celebraba reuniones con muchas broncas y peleas e incitaba a la gente del modo más vulgar contra la República y los judíos.

Aquel nombre no me decía nada. Y no le presté más atención, porque a saber cuántos nombres de agitadores y golpistas, hoy ya completamente olvidados, aparecían en la desbaratada Alemania de entonces para volver a desaparecer con la misma rapidez: por ejemplo, el del capitán Ehrhardt, con sus tropas del Báltico; el de Wolfgang Kapp, el de los asesinos del tribunal de la Santa Vehma; los de los comunistas bávaros, de los

separatistas renanos, de los líderes de los cuerpos de voluntarios. Centenares de pequeñas burbujas como ésas se mezclaban en la efervescencia general y, cuando estallaban, desprendían un hedor que delataba claramente el proceso de putrefacción oculto en la herida todavía abierta de Alemania. También me cayó una vez en las manos aquel periodicucho del nuevo movimiento nacionalsocialista, el *Miesbacher Anzeiger* (del que más tarde nacería el *Völkische Beobachter*). Pero Miesbach sólo era un villorrio y el periódico, una cosa vulgar y ordinaria. ¿A quién le importaba?

Pero luego, en las vecinas poblaciones fronterizas de Reichenhall y Berchtesgaden, adonde yo iba casi todas las semanas, de repente empezaron a surgir grupos de jóvenes, al principio pequeños pero después cada vez más numerosos, con botas altas, camisas pardas y brazaletes chillones con la esvástica. Organizaban reuniones y desfiles, se exhibían por las calles cantando y vociferando, pegaban enormes carteles en las paredes y las pintarrajeaban con la cruz gamada. Por primera vez me di cuenta de que detrás de aquellas bandas surgidas de repente debían de esconderse fuerzas económicas poderosas o al menos influyentes en otros ámbitos. Aquel hombre solo, Hitler, que por aquel entonces pronunciaba sus discursos exclusivamente en las cervecerías bávaras, no podía haber organizado y pertrechado a aquellos miles de rapazuelos hasta convertirlos en un aparato tan costoso. Debían de ser manos más fuertes las que impulsaban aquel nuevo «movimiento», porque los uniformes eran flamantes, las «tropas de asalto», que eran mandadas de una ciudad a otra, disponían —en unos tiempos de miseria, cuando los verdaderos veteranos del ejército llevaban uniformes andrajosos— de

un sorprendente parque de automóviles, motocicletas y camiones nuevos e impecables. Era evidente, además, que algún mando militar preparaba tácticamente a aquellos jóvenes (o, como se decía entonces, les inculcaba una disciplina «paramilitar») y que tenía que ser el mismo ejército del Reich —en cuyo servicio secreto desde el principio había estado Hitler como soplón— quien se ocupaba de darles una instrucción técnica regular con el material que gustosamente les suministraban. Por casualidad pronto tuve ocasión de presenciar una de aquellas «operaciones militares» preparada de antemano. En una de las poblaciones fronterizas, donde se celebraba una pacífica asamblea socialdemócrata, aparecieron de repente y a toda velocidad cuatro camiones, cada uno de ellos lleno de mozalbetes nacionalsocialistas armados con porras de goma y, lo mismo que había visto antes en la plaza de San Marcos de Venecia, con su celeridad cogieron a la gente desprevenida. Era el método aprendido de los fascistas italianos, sólo que a base de una instrucción militar más precisa y sistemática, al estilo alemán, hasta el último detalle. A golpe de silbato los hombres de las SA saltaron como un rayo de los camiones, repartieron porrazos a cuantos encontraron a su paso y, antes de que la policía pudiera intervenir o los obreros se pudieran concentrar, ya habían vuelto a subir a los camiones y se alejaban a toda velocidad. Lo que me dejó boquiabierto fue la precisión técnica con que habían bajado y subido a los camiones, obedeciendo a un solo silbido estridente del jefe de grupo. Era evidente que cada uno de aquellos muchachos sabía de antemano, hasta los tuétanos, qué asidero debía usar, por qué rueda del camión y en qué lugar debía saltar para no estorbar al siguiente ni poner en peligro la operación. No se trataba

en absoluto de una cuestión de habilidad personal, sino que cada una de las maniobras debía de haberse ensayado previamente docenas de veces, quizá centenares, en cuarteles y campos de instrucción. Desde el principio —y aquella primera experiencia lo demostraba— la tropa había sido adiestrada para el ataque, la violencia y el terror.

Pronto se tuvieron más noticias de aquellas maniobras clandestinas en el *land* bávaro. Cuando todo el mundo dormía, los mozalbetes salían a hurtadillas de sus casas y se reunían para practicar ejercicios nocturnos «sobre el terreno»; oficiales del ejército, en servicio activo o retirados, pagados por el Estado o por los capitalistas secretos del Partido, instruían a esas tropas sin que las autoridades prestaran demasiada atención a sus extrañas maniobras nocturnas. ¿Dormían o simplemente cerraban los ojos? ¿Consideraban que era un movimiento de poca importancia o a escondidas fomentaban su expansión? Sea como fuere, incluso los que apoyaban de tapadillo al movimiento, más tarde se estremecieron ante la brutalidad y la rapidez con que echó a andar. Una mañana, cuando las autoridades se despertaron, Munich había caído en manos de Hitler, todas las oficinas públicas habían sido ocupadas y los periódicos, obligados a punta de pistola a anunciar a bombo y platillo el triunfo de la revolución. Como caído del cielo (el único lugar hacia donde había levantado su soñadora mirada la desprevenida República), había aparecido un *deus ex machina*, el general Ludendorff, el primero de muchos que creían que podían driblar a Hitler y que, por el contrario, acabaron engañados por él. Por la mañana empezó el famoso *putsch* que habría de conquistar Alemania; al mediodía, como se sabe (aquí no hace falta

dar lecciones de historia universal), todo había terminado. Hitler huyó y no tardó en ser detenido. Con esto el movimiento parecía extinguido. Aquel año de 1923 desaparecieron las cruces gamadas y las tropas de asalto e incluso el nombre de Hitler cayó en el olvido. Ya nadie pensaba en él como en un factor de poder.

No reapareció hasta pasados unos años y entonces la furiosa oleada de descontento lo elevó en seguida hasta lo más alto. La inflación, el paro, las crisis políticas y, no en menor grado, la estupidez extranjera habían soliviantado al pueblo alemán: para el pueblo alemán el orden ha sido siempre más importante que la libertad y el derecho. Y quien prometía orden (el propio Goethe dijo que prefería una injusticia a un desorden) desde el primer momento podía contar con centenares de miles de seguidores.

Pero todavía no nos dábamos cuenta del peligro. Los pocos escritores que se habían tomado de veras la molestia de leer el libro de Hitler, en vez de analizar el programa que contenía se burlaban de la ampulosidad de su prosa pedestre y aburrida. Los grandes periódicos democráticos en vez de prevenir a sus lectores, los tranquilizaban todos los días diciéndoles que aquel movimiento que, en efecto, a duras penas financiaba su gigantesca actividad agitadora con el dinero de la industria pesada y un endeudamiento temerario, se derrumbaría irremisiblemente al día siguiente o al otro. Pero quizás en el extranjero no se entendió el verdadero motivo por el cual Alemania había menospreciado y banalizado la persona y el poder creciente de Hitler: Alemania no sólo ha sido siempre un Estado de clases, sino que, además, dentro de ese ideal social ha tenido que soportar una veneración exagerada e idólatra hacia la

«formación académica», una veneración que no ha cambiado con los siglos. Dejando de lado a algunos generales, los altos cargos del Estado estaban reservados exclusivamente a las llamadas «clases cultas académicas». Mientras que en Inglaterra un Lloyd George, en Italia un Garibaldi o un Mussolini y en Francia un Briand procedían realmente del pueblo y de él habían accedido a los cargos más altos del Estado, para los alemanes era impensable que un hombre que ni siquiera había acabado los estudios primarios, por no hablar de una carrera universitaria, alguien que dormía en asilos y durante años había llevado una vida oscura y precaria de un modo todavía hoy no esclarecido, pudiese aspirar siquiera a una posición que habían ocupado un barón von Stein, un Bismarck o un príncipe Bülow. Este orgullo basado en la formación académica indujo a los intelectuales alemanes, más que cualquier otra cosa, a seguir viendo en Hitler al agitador de las cervecerías que nunca podría llegar a constituir un peligro serio, cuando ya desde hacía tiempo, gracias a sus instigadores invisibles, se había granjeado el favor de poderosos colaboradores en distintos ámbitos. E incluso aquel mismo día de enero de 1933 en que se convirtió en canciller, la gran masa y los mismos que lo habían empujado al cargo lo consideraban un simple depositario provisional del puesto y veían el gobierno del nacionalsocialismo como un mero episodio.

Entonces se manifestó por primera vez y a gran escala la técnica cínicamente genial de Hitler. Durante años había hecho promesas a diestro y siniestro y se había ganado importantes prosélitos en todos los partidos, cada uno de los cuales creía poder aprovechar para sus propios fines las fuerzas místicas de aquel «soldado

desconocido». Pero la misma técnica que Hitler empleó más adelante en política internacional, la de concertar alianzas —basadas en juramentos y en la sinceridad alemana— con aquellos a los que quería aniquilar y exterminar, le valió ya su primer triunfo. Sabía engañar tan bien a fuerza de hacer promesas a todo el mundo, que el día en que llegó al poder la alegría se apoderó de los bandos más dispares. Los monárquicos de Doorn creían que sería el pionero más leal del emperador, e igual de exultantes estaban los monárquicos bávaros y de Wittelsbach en Munich; también ellos lo consideraban «su» hombre. Los del partido nacional-alemán confiaban en que él cortaría la leña que calentaría sus fogones; su líder, Hugenberg, se había asegurado con un pacto el puesto más importante en el gabinete de Hitler y creía que de este modo ya tenía un pie en el estribo (naturalmente, a pesar del acuerdo hecho bajo juramento, tuvo que salir por piernas después de las primeras semanas). Gracias a Hitler, la industria pesada se sentía libre de la pesadilla bolchevique; por fin veía en el poder al hombre a quien durante años había financiado a hurtadillas y, a su vez, la pequeña burguesía depauperada, a la que Hitler había prometido en centenares de reuniones que «pondría fin a la esclavitud de los intereses», respiraba tranquila y entusiasmada. Los pequeños comerciantes recordaban su promesa de cerrar los grandes almacenes, sus competidores más peligrosos (una promesa que nunca se cumplió), y sobre todo el ejército celebró el advenimiento de un hombre que denostaba el pacifismo y cuya mentalidad era militar. Incluso los socialdemócratas no vieron su llegada al poder con tan malos ojos como habría sido de esperar, porque confiaban en que eliminaría a sus enemigos

mortales, los comunistas, que tan enojosamente les pisaban los talones. Los partidos más diversos y opuestos entre sí consideraban a ese «soldado desconocido» —que lo había prometido y jurado todo a todos los estamentos, a todos los partidos y a todos los sectores— como a un amigo. Ni siquiera los judíos alemanes se mostraron demasiado preocupados. Se engañaban con la ilusión de que un *ministre jacobin* ya no era un jacobino, de que un canciller del Reich depondría, por supuesto, la vulgar actitud de un agitador antisemita. Y, por último, ¿podía imponer nada por la fuerza a un Estado en que el derecho estaba firmemente arraigado, en que tenía en contra a la mayoría del Parlamento y en que todos los ciudadanos creían tener aseguradas la libertad y la igualdad de derechos, de acuerdo con la Constitución solemnemente jurada?

Luego se produjo el incendio del Reichstag, el Parlamento desapareció y Göring soltó a sus hordas: de un solo golpe se aplastaron todos los derechos en Alemania. Horrorizada, la gente tuvo noticia de que existían campos de concentración en tiempos de paz y de que en los cuarteles se construían cámaras secretas donde se mataba a personas inocentes sin juicio ni formalidades. Aquello sólo podía ser el estallido de una primera furia insensata, se decía la gente. Algo así no podía durar en pleno siglo XX. Pero sólo era el comienzo. El mundo aguzó los oídos y se negó al principio a creerse lo increíble. Pero ya en aquellos días vi a los primeros fugitivos. De noche habían atravesado las montañas de Salzburgo o el río fronterizo a nado. Nos miraban hambrientos, andrajosos, azorados; con ellos había empezado la huida provocada por el pánico ante la inhumanidad que después se extendería por el mundo

entero. Pero viendo a aquellos expulsados, todavía no me imaginaba que sus rostros macilentos anunciaban ya mi propio destino y que todos seríamos víctimas del poder de aquel solo hombre.

Resulta difícil desprenderse en pocas semanas de treinta o cuarenta años de fe profunda en el mundo. Anclados en nuestras ideas del derecho, creíamos en la existencia de una conciencia alemana, europea, mundial, y estábamos convencidos de que la inhumanidad tenía una medida que acabaría de una vez para siempre ante la presencia de la humanidad. Puesto que intento ser tan sincero como puedo, tengo que confesar que en 1933 y todavía en 1934 nadie creía que fuera posible una centésima, ni una milésima parte de lo que sobrevendría al cabo de pocas semanas. De todos modos, teníamos claro de antemano que los escritores libres e independientes íbamos a contar con ciertas dificultades, contrariedades y hostilidades. Justo después del incendio del Reichstag dije a mi editor que pronto se acabarían mis libros en Alemania. No olvidaré su estupefacción.

—¿Quién habría de prohibir sus libros? —dijo entonces, en 1933, todavía muy asombrado—. Usted no ha escrito ni una sola palabra contra Alemania ni se ha metido en política.

Ya lo ven: todas las barbaridades, como la quema de libros y las fiestas alrededor de la picota, que pocos meses más tarde ya eran hechos reales, un mes después de la toma del poder por Hitler todavía eran algo inconcebible incluso para las personas más perspicaces. Porque el nacionalsocialismo, con su técnica del engaño sin escrúpulos, se guardaba muy mucho de mostrar el radicalismo total de sus objetivos antes de haber curtido

al mundo. De modo que utilizaban sus métodos con precaución; cada vez igual: una dosis y, luego, una pequeña pausa. Una píldora y, luego, un momento de espera para comprobar si no había sido demasiado fuerte o si la conciencia mundial soportaba la dosis. Y puesto que la conciencia europea —para vergüenza e ignominia de nuestra civilización— insistía con ahínco en su desinterés, ya que aquellos actos de violencia se producían «al otro lado de las fronteras», las dosis fueron haciéndose cada vez más fuertes, hasta tal punto que al final toda Europa cayó víctima de tales actos. Lo más genial de Hitler fue esa táctica suya de tantear el terreno poco a poco e ir aumentado cada vez más su presión sobre una Europa que, moral y militarmente, se debilitaba por momentos. Decidida desde hacía tiempo, también la acción contra la libre expresión y cualquier libro independiente en Alemania se llevó a cabo con el mismo método de tanteo previo. No se promulgó una ley que prohibiera lisa y llanamente nuestros libros: eso llegaría dos años más tarde; en lugar de ello, por lo pronto se organizó un pequeño ensayo para saber hasta dónde se podía llegar y se endosaron los primeros ataques contra nuestros libros a un grupo sin responsabilidad oficial: los estudiantes nacionalsocialistas. Siguiendo el mismo sistema con que se escenificaba la «ira popular» para imponer el boicot a los judíos —decidido desde mucho antes—, se dio una consigna secreta a los estudiantes para que manifestaran públicamente su «indignación» contra nuestros escritos. Y los estudiantes alemanes, contentos de cualquier oportunidad para exteriorizar su mentalidad reaccionaria, se amotinaban obedientemente en todas las universidades, sacaban ejemplares de nuestros libros de

las librerías y, con tal botín y ondeando banderas, desfilaban hasta una plaza pública. Una vez allí, y siguiendo la vieja costumbre alemana (la Edad Media volvió a ponerse de moda rápidamente), los clavaban en la picota, los exponían a la vergüenza pública (yo mismo tuve uno de esos ejemplares atravesado por un clavo, que un estudiante amigo mío había salvado después de la ejecución y me había regalado) o, como por desdicha no estaba permitido quemar personas, los reducían a cenizas en grandes hogueras mientras recitaban lemas patrióticos. Es verdad que, después de muchas dudas, Goebbels, ministro de Propaganda, se decidió en el último momento a dar su bendición a la quema de libros, pero ésta siempre constó como una medida semioficial, y nada demuestra tan claramente la poca identificación que tenía entonces Alemania con estas acciones como el hecho de que el común de las gentes no sacó ni la más mínima consecuencia de las quemas y proscripciones llevadas a cabo por los estudiantes. A pesar de la advertencia a los libreros de que no expusieran ninguno de nuestros libros y a pesar de que los periódicos ya no los mencionaban, el auténtico público no se dejó influir en absoluto. Mientras no se castigó su lectura con la cárcel o el campo de concentración, mis libros seguían leyéndose todavía en el año 1933; y durante 1934, a pesar de todas las trabas y dificultades, se vendió casi el mismo número de ejemplares que antes. Primero fue necesario que aquel fantástico decreto «para la protección del pueblo alemán» se convirtiera en ley, ley que declarase crimen de Estado la impresión, venta y difusión de nuestros libros, para que nos dejaran de leer los miles y millones de alemanes que todavía hoy

preferirían leernos y acompañarnos fielmente en nuestro ejercicio que leer a «los poetas de la sangre y la tierra».

Para mí fue más un honor que una ignominia el poder compartir el destino de la aniquilación total de la vida literaria en Alemania con contemporáneos tan eminentes como Thomas Mann, Heinrich Mann, Werfel, Freud, Einstein y muchos otros cuya obra considero incomparablemente más importante que la mía, y cualquier gesto de mártir me repugna hasta el punto de que sólo a disgusto menciono la circunstancia de haberme visto incluido en el destino general. Y por extraño que parezca, me correspondió precisamente a mí el poner en una situación especialmente penosa al nacionalsocialismo e incluso a Adolf Hitler en persona. De entre todos los proscritos, no fue sino mi figura literaria la que se convirtió en objeto, y repetidas veces, de la irritación más furibunda y de unos debates interminables en las más altas esferas de la villa de Berchtesgaden, de modo que puedo añadir a las cosas agradables de mi vida la modesta satisfacción de haber disgustado al hombre —de momento— más poderoso de la época moderna, Adolf Hitler.

Ya en los primeros días del nuevo régimen provoqué, inocentemente, una especie de alboroto. El caso es que se proyectaba entonces en toda Alemania una película basada en mi narración corta *Secreto ardiente*, con el mismo título. Nadie se había escandalizado por ello. Pero he aquí que al día siguiente del incendio del Reichstag, la culpa del cual los nacionalsocialistas intentaban —en vano— cargar a los comunistas, la gente se congregó frente a la cartelera del cine donde se proyectaba *Secreto ardiente*, guiñándose el ojo, dándose codazos y riendo. Los de la Gestapo pronto entendieron por qué la gente se

reía de aquel título. Y aquella misma tarde policías en motocicleta corrieron de un lado para otro prohibiendo la proyección de la película; a partir del día siguiente, el título de mi pequeña novela desapareció sin dejar rastro de las carteleras de los periódicos y de todas las columnas de anuncios. Prohibir una palabra que les molestaba e incluso quemar y destruir todos nuestros libros había sido de todos modos algo bastante fácil. Hubo un caso, en cambio, en que no pudieron alcanzarme sin perjudicar al mismo tiempo al hombre que más necesitábamos en aquellos momentos críticos para el prestigio de la nación alemana ante el mundo, el músico vivo más grande y más famoso del país, Richard Strauss, junto con el cual yo acababa de escribir una ópera.

Era mi primera colaboración con Richard Strauss. Antes, desde *Electra* y *El caballero de la rosa*, Hugo von Hofmannsthal le había escrito todos los libretos y yo nunca había conocido personalmente a Richard Strauss. Tras la muerte de Hofmannsthal, me comunicó a través de mi editor que quería empezar una nueva obra y preguntaba si yo estaría dispuesto a escribir el libreto. Consideré un honor un encargo como éste. Desde que Max Reger había musicado mis primeros poemas, había vivido siempre acompañado de música y de músicos. Una estrecha amistad me unía a Busoni, a Toscanini, a Bruno Walter y a Alban Berg. Pero no conocía a ningún compositor de nuestra época al que estuviera más dispuesto a servir que a Richard Strauss, el último de la gran generación de músicos alemanes de pura sangre que, desde Handel y Bach, pasando por Beethoven y Brahms, llega hasta nuestros días. Dije que sí en el acto y, ya en la primera entrevista, propuse a Strauss como motivo de una ópera el tema de *The silent woman* de Ben Johnson.

Fue para mí una agradable sorpresa ver con qué prontitud y clarividencia aceptaba Strauss todas mis propuestas. Nunca habría dicho de él que captara el arte tan rápidamente, que poseyera conocimientos dramáticos tan sorprendentes. Mientras le contaba el argumento, él ya le daba forma dramática y lo adaptaba acto seguido —cosa todavía más sorprendente— a los límites de sus propias capacidades, que dominaba con una claridad casi fantástica. He conocido a muchos artistas a lo largo de mi vida, pero a ninguno que supiera guardar una objetividad respecto de sí mismo tan abstracta y serena. Por ejemplo, desde el primer momento Strauss me confesó con toda franqueza que era plenamente consciente de que un músico de setenta años ya no poseía la fuerza original de la inspiración. Difícilmente conseguiría componer obras como *Till Eulenspiegel* o *Muerte y transfiguración*, precisamente porque la música pura requería el máximo de la frescura creadora. Pero la palabra seguía inspirándole. Todavía era capaz de dar forma dramática a algo ya existente, a una materia ya elaborada, porque nacían en él espontáneamente temas musicales a partir de situaciones y palabras, y por eso ahora, a una edad tan avanzada, se dedicaba en exclusiva a la ópera. Sabía muy bien que la ópera como forma artística se había acabado. Wagner era una cima tan gigantesca que nadie podía superarlo.

—Pero yo me las ingenié —añadió con una gran carcajada bávara— para llegar al otro lado dando un rodeo.

Una vez nos hubimos puesto de acuerdo sobre las líneas básicas, me dio algunas pequeñas instrucciones más. Quería concederme libertad absoluta, porque a él no le inspiraba un libreto adaptado previamente, al estilo

verdiano, sino una obra poética. Le gustaría que yo intercalara unas cuantas formas complicadas que dieran al colorido posibilidades de desarrollo.

—A mí no se me ocurren melodías largas como a Mozart. Yo sólo me desenvuelvo bien con temas cortos. Pero luego sí sé invertir un tema, parafrasearlo, sacarle todo el jugo que contiene, y creo que en eso nadie es capaz de imitarme hoy en día.

Tanta franqueza me desconcertó una vez más, pues es cierto que apenas se puede encontrar en Strauss una melodía que vaya más allá de unos cuantos compases, pero también es verdad que estos pocos compases —como los del vals del *Caballero de la rosa*— luego se elevan a la categoría de fuga y se convierten en una plenitud perfecta.

Tanto como en aquella primera entrevista, en todas las demás que la siguieron quedé admirado de la seguridad y la objetividad con que el viejo maestro se encaraba en su obra consigo mismo. En una ocasión estuvimos los dos solos en la sala de los festivales de Salzburgo, donde ensayaban a puerta cerrada su *Elena egipciana*. No había nadie más en la sala, completamente a oscuras. Él escuchaba. De repente me di cuenta de que tamborileaba con los dedos sobre el respaldo de la butaca, suave pero impacientemente. Luego me dijo al oído:

—¡Malo! ¡Muy malo! En este pasaje no se me ocurría nada.

Y al cabo de un rato insistió:

—Ojalá pudiera suprimirlo. ¡Dios mío, Dios mío, es vacío y demasiado largo! ¡Demasiado largo!

Y después de otro rato:

—¿Lo ve? Esto está bien.

Criticaba su obra con tanta objetividad e imparcialidad como si oyera aquella música por primera vez y hubiera sido escrita por un compositor completamente desconocido, y ese asombroso sentido de la propia medida no le abandonó jamás. Siempre sabía exactamente quién era y de qué era capaz. Le interesaba muy poco si los demás valían o no ni tampoco qué valor tenía él para los demás. Su única satisfacción era el trabajo en sí.

Ese «trabajo» era un proceso bastante curioso en el caso de Strauss. Nada de demoníaco, nada del *raptus* del artista, nada de esas depresiones y desesperaciones que conocemos por las biografías de Beethoven o de Wagner. Strauss trabaja con objetividad y frialdad —como Johann Sebastian Bach, como todos esos sublimes artesanos del arte—, con calma y regularidad. A las nueve de la mañana se sienta ante el escritorio y retorna el trabajo de composición ahí donde lo había dejado el día anterior; suele escribir a lápiz el primer borrador y en tinta la partitura para piano; y así, sin descanso, hasta las doce o la una. Por la tarde juega a cartas, copia dos o tres páginas de la partitura y a veces, por la noche, dirige en el teatro. Desconoce, por ejemplo, el nerviosismo y tanto de día como de noche su mente artística permanece igual de clara y serena. Cuando el criado llama a su puerta para darle el frac que habrá de llevar para dirigir, interrumpe el trabajo, se va al teatro y dirige con la misma seguridad y calma con que juega a cartas por la tarde, y a la mañana siguiente la inspiración comienza de nuevo en el punto en que la dejó. Porque Strauss «manda», en palabras de Goethe, a sus ideas; para él arte significa saber y poder, y saber hacerlo todo, como lo atestigua su ingeniosa frase: «Quien quiere ser músico de

verdad, también tiene que saber componer un menú». Lejos de asustarle, las dificultades más bien divierten a su maestría creadora. Recuerdo con placer cómo chispeaban sus ojillos azules cuando, refiriéndose a un pasaje, me dijo: «Aquí la cantante tropezará con una dificultad. ¡Que se esfuerce por superarla, pardiez!».

En los raros momentos en que le brillan los ojos se nota que algo demoníaco se esconde dentro de ese hombre singular que al principio despierta una cierta desconfianza por su manera de trabajar estricta, metódica, sólida y artesanal, aparentemente falta de nervio; como también su rostro que al pronto parece vulgar, con sus mejillas gruesas e infantiles, la redondez un tanto ordinaria de las facciones y la frente indecisamente arqueada hacia atrás. Pero basta mirarle a los ojos, esos ojos claros, azules y radiantes, para darse cuenta de que tras esta máscara burguesa se esconde una fuerza mágica especial. Son quizá los ojos más vivos que he visto nunca en un músico, unos ojos no ciertamente demoníacos, pero sí de algún modo clarividentes, los ojos de un hombre que conoce a fondo su labor.

De regreso a Salzburgo, después de un encuentro tan estimulante, me puse en seguida manos a la obra. Intrigado por saber si aceptaría mis versos, al cabo de dos semanas le mandé el primer acto. Me contestó a vuelta de correo con una postal y una cita de los *Maestros cantores*: «Hemos conseguido las primeras estrofas». Con el segundo acto me mandó, como saludo aún más cordial, los compases iniciales de su canción: «¡Ah, qué dicha haberte encontrado, amado niño!». Y esta alegría suya, incluso diría entusiasmo suyo, hizo que yo siguiera trabajando con un placer indescriptible. Richard Strauss no cambió ni una sola línea de mi libreto

y sólo en una ocasión me pidió que añadiera tres o cuatro versos para una contraparte. De este modo empezó entre nosotros una relación de lo más cordial: él venía a mi casa y yo iba a la suya de Garmisch, donde, con sus delgados y largos dedos, me iba interpretando la ópera entera a partir de los borradores. Y, sin contrato ni compromiso, quedó convenido, como algo que se sobreentiende, que una vez terminada aquella ópera, yo esbozaría otra cuyas bases él aprobaba de antemano.

En enero de 1933, cuando Adolf Hitler accedió al poder, nuestra ópera, *La dama silenciosa*, estaba prácticamente acabada en partitura para piano y el primer acto, instrumentado casi del todo. Al cabo de pocas semanas se hizo pública la estricta prohibición de representar en teatros alemanes obras de autores no arios o en las que hubiera intervenido de una forma u otra un judío; el gran interdicto se hizo extensivo incluso a los muertos y, con gran indignación de todos los melómanos del mundo, se retiró la estatua de Mendelssohn situada delante de la Gewandhaus de Leipzig. Con esta prohibición me pareció decidido el destino de nuestra ópera. Di por sentado que Richard Strauss renunciaría a la segunda obra y que empezaría una nueva con algún otro libretista. En lugar de ello, me contestó a vuelta de correo diciéndome que vaya por dios qué ideas se me ocurrían y que, al contrario, dado que él ya trabajaba en la instrumentación de la primera ópera, que yo fuera preparando el libreto de la segunda. No tenía la intención de permitir que nadie le prohibiera colaborar conmigo. Y tengo que confesar sinceramente que, mientras duró nuestra colaboración, me guardó una fidelidad propia de un buen camarada, hasta que pudo. Es verdad que, al mismo tiempo, tomó precauciones que

me resultaron menos simpáticas: se acercó a los potentados, se encontró a menudo con Hitler, Göring y Goebbels y, cuando incluso Furtwängler se rebeló públicamente, aceptó la presidencia de la Cámara de Música del Reich nazi.

Esa complicidad suya, franca y sin rodeos, fue importantísima en aquel momento para los nacionalsocialistas, porque para ellos habría sido muy enojoso que no sólo los mejores escritores, sino también los más importantes músicos les hubiesen dado la espalda, y los pocos que se confesaban partidarios suyos o se habían pasado a sus filas eran desconocidos en los círculos más populares. Poder tener a su lado al músico más famoso de Alemania en un momento tan crítico, aunque fuera como simple figura decorativa, significaba para Goebbels y Hitler un logro incalculable. Hitler, que, según me contó Strauss, en sus años bohemios había ido a Graz, con dinero conseguido a duras penas no se sabe cómo, para asistir al estreno de *Salomé*, le prodigaba honores de un modo ostensible; en las veladas de Berchtesgaden, aparte de Wagner, se interpretaban casi exclusivamente canciones de Strauss. La complicidad de Strauss, en cambio, era sensiblemente menos deliberada. Debido a su egoísmo de artista, que él reconocía siempre con franqueza y frialdad, en el fondo cualquier régimen le era indiferente. Había servido al emperador alemán como director de orquesta, después al emperador de Austria como director de la orquesta de la corte de Viena, pero también había sido *persona gratissima* a las repúblicas alemana y austríaca. Además, complacer de modo especial al nacionalsocialismo le resultaba de importancia vital, pues, según el espíritu del nacionalsocialismo, tenía que dar cuenta de una larga

lista de crímenes. Su hijo se había casado con una mujer judía y debía temer que sus nietos, a los que amaba por encima de todo, fueran expulsados de la escuela como escoria de la humanidad; su nueva ópera tenía el agravante de mi colaboración y las anteriores la intervención del «no puramente ario» Hugo von Hofmannsthal; y su editor era judío. Por todo ello le pareció aún más urgente buscarse un apoyo, y se empeñó en encontrarlo con gran tenacidad. Dirigió orquestas allí donde los nuevos amos se lo pedían, compuso la música de un himno para los Juegos Olímpicos y, al mismo tiempo, en sus cartas inquietantemente sinceras, me escribió acerca de ese encargo con muy poco entusiasmo. En realidad, a su *sacro egoísmo* de artista sólo le preocupaba una cosa: mantener viva y vigente su obra y, sobre todo, ver representada su nueva ópera, por la que sentía un afecto especial.

Huelga decir que tales concesiones al nacionalsocialismo me resultaban de lo más penoso, porque fácilmente podía dar la impresión de que yo colaboraba con ellos o consentía que se hiciera con mi persona una excepción especial de aquel boicot tan ignominioso. Amigos de todas partes me instaban a protestar públicamente contra la representación de la ópera en la Alemania nacionalsocialista. Pero, en primer lugar, me repugnan por principio los gestos públicos y patéticos y, en segundo lugar, me resistía a crear dificultades a un genio de la categoría de Richard Strauss. Al fin y al cabo, Strauss era el más grande músico vivo y tenía setenta años; había dedicado tres a aquella obra y, durante todo ese tiempo, me había demostrado una actitud amistosa, una gran corrección e incluso coraje. Por eso consideré, a mi vez, que lo mejor

era esperar en silencio y dejar que las cosas siguieran su curso. Además, sabía que la mejor manera de aguar la fiesta a los nuevos guardianes de la cultura alemana consistía en adoptar una pasividad absoluta, pues la Cámara de Literatura del Reich y el ministerio de Propaganda nacionalsocialistas buscaban un pretexto oportuno para poder justificar de modo convincente una prohibición contra su mejor músico. Y así, por ejemplo, todos los departamentos y todos los cargos imaginables pidieron el libreto con la secreta esperanza de encontrar en él la ansiada excusa. ¡Qué fácil lo habrían tenido si *La dama silenciosa* hubiera contenido una escena como la del *Caballero de la rosa* en la que un joven sale de la habitación de una mujer casada! Entonces habrían podido esgrimir como pretexto su deber de proteger la moral alemana. Pero, con gran decepción por su parte, mi libro no contenía nada inmoral. Acto seguido revolvieron todos los archivos de la Gestapo y examinaron mis primeros libros. Y tampoco descubrieron nada que demostrase que yo hubiera dicho nunca una sola palabra denigrante contra Alemania (como tampoco contra ninguna otra nación del mundo) o que hubiera hecho política. Por más que quisieran y se esforzaran, invariablemente recaía sólo en ellos la decisión de negar al viejo maestro, ante el mundo entero, el derecho de representar su ópera, un músico al que ellos mismos habían entregado el estandarte de la música nacionalsocialista, o de si el nombre de Stefan Zweig, que Richard Strauss insistía expresamente en mencionar como libretista, debía volver a ensuciar, como tantas veces antes —¡vergüenza nacional!—, los carteles de los teatros alemanes. ¡Cómo me alegraba en secreto de su gran preocupación y su doloroso rompecabezas!

Sospechaba que, sin mi intervención o quizá precisamente por haberme abstenido de hacer nada a favor ni en contra, mi comedia musical se iba a convertir inevitablemente en una cencerrada político-partidista.

El partido eludió la decisión mientras pudo. Pero al comienzo de 1934 tuvo que decidir finalmente si se colocaba en contra de su propia ley o en contra del músico más grande de la época. El plazo expiraba. Hacía tiempo que la partitura, los extractos para piano y el libreto ya se habían publicado, el teatro imperial de Dresde había encargado el vestuario, se habían repartido e incluso estudiado los papeles, y todavía no se habían puesto de acuerdo las diferentes instancias: Göring y Goebbels, la Cámara de Literatura del Reich y el Consejo Cultural, el ministerio de Instrucción Pública y la guardia de Streicher. Aunque pueda parecer cosa de locos, el caso de *La dama silenciosa* acabó convirtiéndose en un asunto de Estado. Ninguna de las instancias se atrevía a asumir la plena responsabilidad de «autorizar» o «prohibir», de modo que no hubo más remedio que dejarlo al buen criterio del amo y señor de Alemania y del partido, Adolf Hitler. Mis libros ya habían conocido el honor de ser suficientemente leídos por los nacionalsocialistas; sobre todo *Fouché*, al que no paraban de estudiar y discutir como modelo de irreflexión política. Sin embargo, nunca habría esperado que, después de Goebbels y Göring, el mismo Hitler en persona tuviera que molestarse *ex officio* en estudiar los tres actos de mi libreto lírico. No le resultó fácil decidirse. Según supe posteriormente por toda clase de vías indirectas, se desencadenó una serie de conferencias interminables. Al final, Richard Strauss fue convocado ante el Todopoderoso, y Hitler le comunicó personalmente que haría una excepción y autorizaría la

representación de la obra, aun cuando contraviniera todas las leyes del nuevo Reich alemán, una decisión tomada seguramente tan de mala gana y de mala fe como la firma del pacto con Stalin y Mólotov.

Y así, aquel día negro para la Alemania nacionalsocialista trajo consigo la representación de una ópera en que el nombre proscrito de Stefan Zweig volvía a figurar en todos los carteles. Como es de suponer yo no asistí al estreno, porque sabía que la sala rebosaría de uniformes marrones y que incluso se esperaba la asistencia del mismo Hitler a una de las representaciones. La ópera obtuvo un gran éxito y tengo que hacer constar en honor de los críticos musicales que nueve de cada diez aprovecharon de nuevo, por última vez, aquella buena oportunidad para mostrar su profunda oposición a las ideas racistas dedicando a mi libreto los elogios más amables. Todos los teatros alemanes, de Berlín, Hamburgo, Fráncfort y Munich, se apresuraron a anunciar la representación de la ópera para la siguiente temporada.

De repente, tras la segunda representación, cayó un rayo del cielo. Se suspendió todo; de la noche a la mañana se prohibió la ópera en Dresde y en toda Alemania. Y más aún: con gran sorpresa leímos en los periódicos que Richard Strauss había presentado su dimisión como presidente de la Cámara de Música del Reich. Todo el mundo sabía que debía de haber ocurrido algo muy especial. Pero aún tuve que esperar un tiempo antes de poder enterarme de toda la verdad. Strauss me había escrito una carta en que me instaba a trabajar cuanto antes en el libreto de una segunda ópera y se pronunciaba con demasiada franqueza sobre su manera de pensar. La carta cayó en manos de la Gestapo. Se la

enseñaron a Strauss, que inmediatamente después tuvo que presentar su dimisión y la ópera fue prohibida. Se ha representado en alemán sólo en Suiza y Praga, con posterioridad también en Italia, en la Scala de Milán, con autorización expresa de Mussolini, que en aquel entonces todavía no se había sometido a las ideas racistas. El pueblo alemán, empero, no pudo volver a oír ni una sola nota más de esta ópera, en parte cautivadora, del más grande de sus músicos vivos.

Mientras este asunto seguía su curso, armando un considerable alboroto, yo viví en el extranjero, pues comprendí que el desasosiego no me habría permitido trabajar con tranquilidad en Austria. La casa de Salzburgo estaba situada tan cerca de la frontera que a simple vista podía ver la montaña de Berchtesgaden, donde se hallaba la casa de Hitler, una vecindad poco agradable y muy inquietante. De todos modos, esa proximidad con la frontera del Reich también me dio la ocasión de juzgar la peligrosidad de la situación en Austria mejor que mis amigos de Viena. Los clientes de los cafés de allí e incluso la gente de los ministerios consideraban al nacionalsocialismo como algo del «otro lado» que no podía afectar a Austria en absoluto. ¿No estaba allí, con su estricta organización, el partido socialdemócrata que tenía detrás a casi media población formando un bloque compacto? ¿No lo apoyaba también el partido clerical en la ferviente defensa de sus principios desde que los «cristianos alemanes» de Hitler perseguían públicamente al cristianismo y proclamaban abierta y literalmente que su Führer era «más grande que Cristo»? ¿No eran Francia, Inglaterra y la Liga de las Naciones los protectores de Austria? ¿No había asumido Mussolini de forma expresa el patrocinio e incluso la garantía de la

independencia austríaca? Ni siquiera los judíos se inquietaban y se comportaban como si la privación de sus derechos a los médicos, abogados, eruditos y actores ocurriera en China y no a tres horas de viaje, dentro del mismo dominio lingüístico. Permanecían cómodamente en casa o se paseaban en sus automóviles. Además, todos tenían lista y preparada la frase consoladora: «Eso no puede durar mucho». Pero recuerdo una conversación que mantuve con mi ex editor de Leningrado durante mi breve viaje a Rusia. Me habló acerca de los cuadros que había poseído antes, cuando era rico, y yo le pregunté por qué no se había ido del país como muchos otros antes de que estallara la Revolución.

—Ah —me contestó—, ¿quién podía pensar entonces que algo como una república de soldados y sóviets pudiera durar más de quince días?

Era el mismo engaño, fruto de la misma voluntad de vivir que llevaba a ese engaño.

En Salzburgo, en cambio, muy cerca de la frontera, se veían las cosas con más claridad. Empezó un constante ir y venir por el pequeño río fronterizo; los jóvenes lo cruzaban de noche, a hurtadillas, y se adiestraban en el otro lado; los agitadores pasaban la frontera en automóviles o con bastones de alpinista como simples «turistas» y organizaban sus «células» en todos los estamentos. Empezaron a reclutar a gente y a amenazar diciendo que quienes no se adhirieran a tiempo a su movimiento, luego lo pagarían caro. Eso amedrentó a los policías y los funcionarios. Yo notaba cada vez más una cierta inseguridad en el comportamiento de la gente, veía que empezaba a vacilar. Pues bien, en la vida suelen ser siempre las pequeñas experiencias personales las que

resultan más convincentes. Tenía yo en Salzburgo un amigo de infancia, un escritor bastante conocido con el cual había mantenido un trato muy íntimo y cordial durante treinta años. Nos tuteábamos, nos mandábamos libros y nos veíamos todas las semanas. Un día vi a ese viejo amigo por la calle con un desconocido y advertí que de pronto se paraban frente a un escaparate que a él no podía interesarle en absoluto y, dándome la espalda, mostraba algo a aquel hombre con un inusual interés. «Es muy raro —pensé—, a la fuerza ha tenido que verme». Pero podía ser una casualidad. Al día siguiente me llamó por teléfono para preguntarme si por la tarde podía presentarse en mi casa para charlar. Le dije que sí, un tanto sorprendido, porque solíamos encontrarnos siempre en el café. A pesar de la urgencia de aquella visita, resultó que no tenía nada especial para contarme. Y en seguida comprendí que, por un lado, quería mantener nuestra amistad pero, por el otro, para no caer en la sospecha de ser amigo de judíos, no deseaba mostrarse demasiado íntimo conmigo en aquella pequeña ciudad. Eso me llamó la atención. Y en seguida caí en la cuenta de que en los últimos tiempos toda una serie de conocidos, que solían frecuentar mi casa, habían dejado de hacerlo. Me encontraba en una situación peligrosa.

Por aquel entonces aún no tenía la intención de marcharme definitivamente de Salzburgo, pero decidí, con más convicción de lo habitual, pasar el invierno en el extranjero para huir de aquellas pequeñas tensiones. Sin embargo, no sospechaba que se trataba de un adiós cuando en octubre de 1933 abandoné mi hermosa casa.

Mi propósito era pasar enero y febrero trabajando en Francia. Me gustaba este bello país amante del espíritu y en él no me sentía en el extranjero. Valéry, Romain

Rolland, Jules Romains, André Gide, Roger Martin du Gard, Duhamel, Vildrac, Jean Richard Bloch, los abanderados de la literatura, eran viejos amigos. Mis libros tenían en Francia casi tantos lectores como en Alemania, nadie me consideraba un escritor extranjero, un extraño. Me gustaba la gente, me gustaba el país, me gustaba París, y me sentía tan en casa que, cada vez que el tren entraba en la *Gare du Nord*, yo tenía la impresión de «regresar». Esta vez, sin embargo, debido a las especiales circunstancias había partido antes de lo previsto, pero no quería llegar a París hasta después de Navidad. ¿Adónde iría entretanto? Entonces recordé que no había vuelto a Inglaterra desde mi época de estudiante, hacía más de veinticinco años. ¿Por qué siempre París?, me pregunté. ¿Por qué no pasar otra vez diez o quince días en Londres, volver a ver los museos, el país y la ciudad con otros ojos, al cabo de tantos años? Y he aquí que, en lugar del expreso de París, subí al de Calais y un día de noviembre, en medio de la niebla de rigor, volvía a apearme en la Victoria Station después de treinta años y la única cosa que me extrañó a la llegada fue que no me condujo al hotel un *cab* como antes, sino un taxi. La niebla y el gris frío y blando estaban ahí como antaño. Todavía no había visto la ciudad, pero mi sentido del olfato reconoció, después de treinta años, aquella atmósfera singularmente acre, espesa y húmeda, y que lo envolvía a uno muy de cerca.

Mi equipaje era tan ligero como mis esperanzas. Prácticamente no tenía amistades en Londres; en el campo literario tampoco había mucho contacto entre escritores continentales e ingleses. Llevaban una vida propia, confinada, dentro de su reducido radio de acción y conforme a una tradición que no nos era del todo

accesible: entre los muchos libros que llegaban a casa de todo el mundo, no recuerdo haber visto nunca uno de un autor inglés que fuera un obsequio de colega a colega. En una ocasión coincidí con Shaw en Hellerau; Wells había venido una vez de visita a Salzburgo, a mi casa; por otro lado, aunque todos mis libros habían sido traducidos al inglés, eran poco conocidos; Inglaterra había sido siempre el país donde menos éxito habían tenido. Mientras que era amigo personal de mi editor americano, el francés, el italiano y el ruso, nunca había visto a nadie de la empresa que publicaba mis libros en Inglaterra. Así que estaba preparado para sentirme tan extraño como treinta años atrás.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Al cabo de unos días me sentía la mar de bien en Londres. Y no porque Londres hubiera cambiado sustancialmente. Pero yo sí había cambiado. Tenía treinta años más y, después de los años de guerra y posguerra, de tensión e hipertensión, anhelaba volver a vivir tranquilo y no saber nada de política. Desde luego, en Inglaterra también había partidos políticos, los *whigs* y los *tories*, liberales los unos y conservadores los otros, y también el *Labour Party*, pero sus discusiones no eran de mi incumbencia. Sin duda también en literatura había sus tendencias y corrientes, sus disputas y rivalidades, pero yo estaba completamente al margen de ellas. Sin embargo, lo que me aportaba un auténtico bienestar era la posibilidad de volver a respirar, por fin, en una atmósfera civil y educada, sin irritación y sin odio. Nada me había envenenado tanto la vida durante los últimos años como sentir a mi alrededor el odio y la tensión constantes en el país y en la ciudad, tenerme que defender siempre para no verme arrastrado a esa clase de discusiones. La

población de allí no estaba tan trastornada, en la vida pública imperaba una mayor medida de honradez y decencia que en nuestros países, que se habían vuelto inmorales a causa del gran engaño de la inflación. La gente vivía más tranquila, más contenta y se preocupaba más por sus jardines y pequeñas aficiones que por sus vecinos. Pero lo que realmente me retuvo allí fue un nuevo trabajo.

Ocurrió del modo siguiente. Acababa de publicarse mi *María Antonieta* y estaba revisando las galeradas de mi trabajo sobre *Erasmo*, libro en que ensayaba un retrato espiritual del humanista que, a pesar de comprender el absurdo de la época con más claridad que los reformadores profesionales del mundo, sin embargo vivió la tragedia de no poder cortar el paso a la sinrazón con su razón. Una vez terminado este autorretrato encubierto, tenía la intención de escribir una novela proyectada desde hacía tiempo. Estaba cansado de biografías. Pero he aquí que ya al tercer día, atraído por mi antigua pasión por los manuscritos, estaba examinando en el Museo Británico unas piezas expuestas en una sala pública entre las cuales se hallaba un informe escrito a mano sobre la ejecución de María Estuardo. Involuntariamente me pregunté: ¿qué ocurrió en realidad con María Estuardo? ¿Participó realmente en el asesinato de su segundo marido o no? Como aquella noche no tenía nada para leer, me compré un libro sobre ella. Era un himno que la defendía como a una santa, un libro necio y banal. Curioso por naturaleza, al día siguiente compré otro que más o menos afirmaba todo lo contrario. El caso empezó a interesarme y pedí un libro que fuera realmente fiable. Nadie me supo recomendar uno y así, buscando e informándome, acabé sin querer

estableciendo puntos de comparación y resultó que, sin saberlo, había empezado a escribir un libro sobre María Estuardo que me retuvo durante semanas en las bibliotecas. Cuando regresé a Austria a principios de 1934, estaba decidido a viajar de nuevo a mi amado Londres para terminarlo con calma y sosiego.

No me hicieron falta más de dos o tres días en Austria para ver cómo había empeorado la situación en aquellos pocos meses. Volver de la atmósfera tranquila y segura de Inglaterra a aquella Austria sacudida por fiebres y luchas era como salir de un local con aire acondicionado de Nueva York en un día caluroso de julio y hallarse de golpe en la bochornosa calle. La presión nacionalsocialista empezaba a destrozar poco a poco los nervios de los círculos clericales y burgueses; sentían que cada vez con más fuerza se estrechaba en su cuello el dogal de la economía, la presión subversiva de la impaciente Alemania. El gobierno de Dollfuss, que quería mantener a Austria independiente y ponerla a salvo de Hitler, buscaba cada vez más desesperado un último apoyo. Francia e Inglaterra estaban demasiado lejos y, en el fondo, también mantenían una actitud demasiado indiferente; Checoslovaquia estaba todavía llena de rivalidad y rencor contra Viena. Quedaba sólo Italia, que aspiraba a un protectorado económico y político sobre Austria para proteger los pasos alpinos y Trieste. Sin embargo, a cambio de esta protección Mussolini exigía un elevado precio. Austria debía adaptarse a las tendencias fascistas, suprimir el parlamento y, por lo tanto, la democracia. Ahora bien, eso no era posible sin eliminar o declarar ilegal el partido socialdemócrata, el más fuerte y mejor organizado de Austria. Para vencerlo no había otro camino que la fuerza bruta.

El predecesor de Dollfuss, Ignaz Seipel, ya había creado una organización para semejante acción terrorista, la llamada «milicia nacional». Vista desde fuera, representaba lo más miserable que se puede imaginar: pequeños abogados de provincias, oficiales retirados, elementos oscuros, ingenieros sin trabajo, todos ellos mediocridades desengañadas que se odiaban ferozmente entre sí. Finalmente, Seipel encontró en el joven príncipe Starhemberg un pretendido líder que antaño se había sentado a los pies de Hitler y había soltado toda clase de pestes contra la república y la democracia y ahora iba de un lado para otro con sus soldados mercenarios como antagonista de Hitler, prometiendo que «rodarían cabezas». No estaba claro lo que querían a ciencia cierta los hombres de la milicia nacional. En realidad la milicia nacional no tenía otro objetivo que encontrar de un modo u otro una buena prebenda y tener el riñón bien cubierto, y toda su fuerza radicaba en el puño de Mussolini, que la empujaba hacia adelante. Aquellos pretendidos patriotas austríacos no se daban cuenta de que, con las bayonetas que Italia les proporcionaba, cortaban la rama en la que estaban sentados.

El partido socialdemócrata comprendió mejor dónde se encontraba el verdadero peligro. No debía temer la lucha abierta. Tenía sus armas y con una huelga general podía paralizar todos los trenes, las plantas depuradoras de agua y las centrales eléctricas. Pero también sabía que Hitler sólo estaba esperando una de esas «revoluciones rojas» para tener un pretexto para entrar en Austria como su «salvador». Y así, a los socialdemócratas les pareció mejor sacrificar una buena parte de sus derechos, e incluso el parlamento, con tal de llegar a un

compromiso aceptable. Todas las personas sensatas abogaban por esta solución en vista de la forzada situación en la que se hallaba Austria a la sombra amenazadora del hitlerismo. Incluso Dollfuss, un hombre dúctil y ambicioso, pero muy realista, parecía inclinado a llegar a un acuerdo. Pero el joven Starhemberg y su acólito, el comandante Fey, que más tarde desempeñaría un sospechoso papel en el asesinato de Dollfuss, exigían que la alianza defensiva depusiera las armas y se destruyera todo vestigio de libertad democrática y civil. Los socialdemócratas se opusieron a esas exigencias y ambas partes se intercambiaron amenazas. Se respiraba en el aire el advenimiento de una decisión final y yo, que participaba de la tensión general, recordé sin querer las palabras de Shakespeare: *So foul a sky clears not without a storm* («Un cielo tan cargado no se despeja sin tormenta»).

Sólo había pasado unos días en Salzburgo y proseguí mi viaje hasta Viena. Y precisamente en aquellos primeros días de febrero estalló la tormenta. La milicia nacional había asaltado la sede de los obreros de Linz para incautarse del depósito de armas que sospechaba que tenían allí. Los obreros habían respondido con la huelga general y Dollfuss, a su vez, con la orden de reprimir aquella «revolución» provocada artificialmente. Entonces el ejército se movilizó con ametralladoras y cañones contra las sedes obreras de Viena. Durante tres días se combatió encarnizadamente casa por casa; la última vez que la democracia europea se defendió así del fascismo fue en España. Los obreros resistieron tres días antes de sucumbir frente a la superioridad técnica.

Yo estuve en Viena aquellos tres días y, por consiguiente, fui testigo de ese decisivo combate y, con él,

del suicidio de la independencia austríaca. Pero, como quiero ser un testigo honrado, debo ante todo subrayar el hecho, aparentemente paradójico, de que no vi nada en absoluto de la mencionada revolución. Quien se propone presentar un cuadro de su época lo más claro y sincero posible, también debe tener valor para defraudar las ideas románticas. Y nada me parece más característico de la técnica y la singularidad de las revoluciones modernas que el hecho de que tengan lugar sólo en unos cuantos puntos concretos dentro del espacio inmenso de una ciudad moderna y, por lo tanto, de que pasen completamente inadvertidas para la mayoría de sus habitantes. Por extraño que pueda parecer, aquel día histórico de febrero de 1934 yo estaba en Viena y no vi nada de los trascendentales acontecimientos que allí se produjeron y tampoco supe nada de ellos, nada en absoluto, mientras sucedían. Se dispararon cañones, se ocuparon casas y se transportaron centenares de cadáveres, pero yo no vi ni uno solo. Cualquier lector de un periódico de Nueva York, Londres o París estaba mejor enterado de los hechos que nosotros, que aparentemente fuimos testigos de los mismos. Y este sorprendente fenómeno de estar menos al corriente de hechos decisivos que ocurren a diez calles de casa que otros que viven a miles de kilómetros de distancia, lo he visto confirmado muchas veces después. Cuando meses más tarde Dollfuss fue asesinado un mediodía en Viena, a las cinco y media de la tarde vi la noticia en los carteles de las calles de Londres. Inmediatamente intenté llamar por teléfono a Viena; ante mi asombro, obtuve comunicación en el acto y, con mayor asombro aún, me enteré de que en Viena, a cinco calles del ministerio de Asuntos Exteriores, la gente sabía menos que en

cualquier esquina de Londres. De manera que sólo por defecto puedo referirme a mi experiencia de la revolución de Viena: soy un ejemplo de lo poco que un contemporáneo de hoy sabe de los hechos que cambian la faz del mundo y su propia vida, si no es que por casualidad se encuentra en el lugar donde ocurren. Toda mi experiencia fue la siguiente: aquella tarde tenía una entrevista con la directora del ballet de la ópera, Margarete Wallmann, en un café de la Ringstrasse. Fui a pie hasta allí y, cuando ya iba a cruzar la calle, se me acercaron unos hombres vestidos con uniformes viejos, recogidos apresuradamente, y armados con fusiles. Me preguntaron adónde iba. Cuando les contesté que al café J., me dejaron pasar sin ningún problema. No sabía por qué de repente había soldados de la guardia en la calle ni qué se proponían. En realidad se luchaba y disparaba encarnizadamente en los suburbios desde hacía horas, pero en el centro de la ciudad nadie tenía idea de nada. Fue cuando regresé por la noche al hotel y quise pagar la cuenta —porque tenía la intención de emprender el viaje a Salzburgo a la mañana siguiente— cuando el portero me dijo que mucho se temía que no sería posible porque los trenes no circulaban. Había huelga de trenes y, además, algo pasaba en los suburbios.

A la mañana siguiente los periódicos publicaban informaciones bastante confusas sobre una sublevación organizada por los socialdemócratas, añadiendo que ya estaba más o menos sofocada. En realidad la lucha alcanzó su máxima virulencia aquel mismo día y el gobierno decidió utilizar cañones, después de las ametralladoras, contra las sedes obreras. Pero tampoco oí los cañones. Si en aquel momento Austria entera hubiera estado ocupada por los socialistas, por los

nacionalsocialistas o por los comunistas, yo me habría enterado tan poco de la situación como en su día los habitantes de Munich cuando una mañana, al despertarse, supieron por el *Münchner Neueste Nachrichten* que la ciudad había caído en manos de Hitler. En el centro de la ciudad la vida seguía tranquila y normal como siempre, mientras que en los suburbios los combates se volvían más encarnizados por momentos, y nosotros, necios, dábamos crédito a los comunicados oficiales que decían que todo estaba controlado y solucionado. En la Biblioteca Nacional, adonde había ido para consultar algo, los estudiantes seguían leyendo y estudiando como de costumbre, los comercios estaban abiertos y la gente no se mostraba en absoluto inquieta. La verdad no se supo hasta tres días más tarde, a trozos, cuando todo se había acabado. Tan pronto como los trenes volvieron a circular, al cuarto día, por la mañana regresé a Salzburgo, donde dos o tres conocidos me asediaron por la calle con preguntas sobre lo que había ocurrido en Viena. Y yo, que había sido «testigo ocular» de la revolución, tuve que decirles honradamente: «No lo sé, mejor cómprense un periódico extranjero».

Por una insólita casualidad, al día siguiente se produjo, en relación con estos acontecimientos, un hecho decisivo en mi vida. Aquella tarde en que regresé de Viena a la casa de Salzburgo encontré montones de galeradas y cartas y trabajé hasta muy entrada la noche para terminar el trabajo atrasado. Al día siguiente, mientras todavía estaba leyendo en la cama, llamaron a la puerta; nuestro bueno y anciano sirviente, que nunca me despertaba si yo no le indicaba previamente una hora concreta, apareció con la cara desencajada. Me dijo que tenía que bajar, que habían venido unos señores de la

policía para hablar conmigo. Me sorprendió un poco, pero me puse la bata y bajé al piso inferior. Me esperaban allí cuatro policías de paisano, los cuales me comunicaron que tenían orden de registrar la casa; les tenía que entregar en el acto las armas de la Alianza Defensiva Republicana que tuviera escondidas.

Confieso que en el primer momento estaba demasiado desconcertado como para formular una respuesta. ¿Armas de la Alianza Defensiva Republicana en casa? Era demasiado absurdo. Nunca me había afiliado a ningún partido, la política nunca me había interesado. Había estado fuera de Salzburgo durante meses y, aparte de todo eso, habría sido lo más ridículo del mundo tener un arsenal de armas precisamente en aquella casa, situada a las afueras de la ciudad, en una montaña, de modo que habría sido fácil ver a cualquiera entrando o saliendo con un fusil u otra arma. Mi respuesta, pues, fue fría: «Adelante, busquen». Los cuatro detectives recorrieron la casa, abrieron unos cuantos armarios, pegaron golpes en cuatro paredes, pero, por su modo de proceder, en seguida vi claro que aquel registro era *pro forma* y que ninguno de los cuatro hombres creía de veras que hubiera un arsenal de armas en la casa. Al cabo de media hora dieron por acabada la visita y se marcharon.

Por qué esta farsa me exasperó tanto en aquel momento exige, por desgracia, una observación histórica aclaratoria. A saber: en estas últimas décadas Europa y el mundo casi han olvidado lo sagrados que eran antes los derechos de las personas y la libertad civil. Desde 1933, registros, detenciones arbitrarias, confiscaciones de bienes, expulsiones de los hogares y de la patria, deportaciones y cualquier otra forma de humillación se

han convertido en algo habitual, casi natural; prácticamente no recuerdo a ninguno de mis amigos europeos que no haya padecido una cosa u otra. Pero en aquel entonces, a principios de 1934, un registro domiciliario era todavía una afrenta monstruosa. Para que eligieran a alguien como yo, que siempre me había mantenido alejado de la política y desde hacía años ni siquiera ejercía mi derecho a voto, tenía que existir un motivo especial y, de hecho, se trataba de algo típicamente austríaco. El jefe de policía de Salzburgo se había visto obligado a actuar con contundencia contra los nacionalsocialistas, los cuales, noche tras noche, alarmaban a la población con bombas y explosivos, y esa vigilancia era una muestra de valentía considerable, pues en aquellos momentos el Partido ya había empezado a aplicar su técnica del terror. Las autoridades recibían todos los días cartas de amenaza: lo pagarían caro, si seguían «persiguiendo» a los nacionalsocialistas. Y en efecto —cuando se trata de la venganza los nacionalsocialistas siempre han mantenido su palabra al cien por cien—, los funcionarios más leales a Austria fueron conducidos a campos de concentración al día siguiente de la entrada de Hitler en el país. Era de suponer, pues, que un registro en mi casa quería demostrar que no retrocedían ante nadie. Pero al verme envuelto en aquel episodio, insignificante en sí, me di cuenta de hasta qué punto había empeorado la situación en Austria y de lo prepotente que era la presión ejercida desde Alemania.

Tras aquella visita oficial mi casa dejó de gustarme y tuve el presentimiento de que aquellos episodios no eran sino el tímido preludio de intervenciones de mayor alcance. Aquella misma tarde empecé a empaquetar los

papeles más importantes, decidido a vivir en adelante en el extranjero, y aquella separación significaba mucho más que abandonar la casa y el país, pues mi familia sentía un gran apego a aquella casa, que consideraba su patria, y amaba al país. Para mí, en cambio, la libertad individual era lo más importante del mundo. Sin informar de mi propósito a ningún amigo ni conocido, dos días más tarde emprendí viaje a Londres; lo primero que hice al llegar fue comunicar a las autoridades de Salzburgo que había abandonado definitivamente mi domicilio en esa ciudad. Pero, desde aquellos días en Viena, sabía que Austria estaba perdida… aunque sin saber todavía cuánto perdía yo mismo con ello.

LA AGONÍA DE LA PAZ

El sol de Roma se ha puesto. Nuestro día murió.
Nubes, rocío y peligros se acercan;
hemos cumplido nuestra labor.

SHAKESPEARE, *Julio César*

Así como en su momento Sorrento no significó un exilio para Gorki, tampoco lo fue Inglaterra para mí durante los primeros meses. Austria siguió existiendo después de aquella —así llamada— «revolución» y de la tentativa inmediatamente posterior de los nacionalsocialistas de apoderarse del país mediante un golpe de mano y el asesinato de Dollfuss. La agonía de mi patria habría de durar todavía cuatro años. Podía volver a mi casa en aquel momento, no estaba desterrado, aún no era un proscrito. Nadie había tocado mis libros de la casa de Salzburgo, todavía tenía el pasaporte austriaco, la patria seguía siendo mi patria y yo, ciudadano suyo con todos los derechos. No había empezado aún esa espantosa condición de apátrida, imposible de explicar a quien no la haya padecido en carne propia, esa enervante sensación de tambalearse suspendido en el vacío con los ojos abiertos y de saber que dondequiera que uno eche raíces puede ser rechazado en cualquier momento. Me encontraba tan sólo al comienzo del periplo y, sin embargo, todo fue muy diferente cuando, a finales de febrero de 1934, bajé del tren en Victoria Station; se ve diferente una ciudad si uno ha decidido quedarse en ella o si sólo la visita como turista. No sabía cuánto tiempo viviría en Londres. Me importaba una sola cosa: poder volver a mi trabajo,

defender mi libertad interior y exterior. No me compré ninguna casa, porque toda propiedad significa una atadura, sino que alquilé un pisito, lo bastante grande como para colocar una mesa escritorio y guardar en dos armarios empotrados los pocos libros de los que no estaba dispuesto a desprenderme. En realidad, con eso tenía todo lo que un trabajador intelectual necesita. No había espacio para la vida social, es cierto, pero yo prefería vivir en un marco limitado y, a cambio de ello, poder viajar libremente de vez en cuando; sin saberlo, mi vida ya había enfilado el camino de la provisionalidad y abandonado la permanencia en un mismo lugar.

La primera tarde —ya anochecía y los contornos de las paredes se desdibujaban en el crepúsculo— entré en la pequeña vivienda, ya por fin preparada, y me asusté, porque en aquel momento tuve la impresión de entrar en aquel otro pequeño alojamiento que había preparado en Viena, con las mismas pequeñas habitaciones, los mismos libros que me saludaban desde la pared y los alucinados ojos del *Rey Juan* de Blake, que me acompañaba a todas partes. Necesité de veras un rato para reponerme, pues durante años no había vuelto a recordar aquel domicilio. ¿Era un símbolo de que mi vida —tan dilatada ya— se retraía hacia el pasado y yo me convertía en una sombra de mí mismo? Cuando, veinte años atrás, escogí aquel piso de Viena, también era un comienzo. No había escrito nada todavía o, al menos, nada importante; mis libros, mi nombre, todavía no existían en mi país. Ahora, por una curiosa similitud, mis libros habían vuelto a desaparecer de la lengua en que habían sido escritos y todo lo nuevo que escribía era desconocido para Alemania. Los amigos estaban lejos, el viejo círculo se había roto, la casa había desaparecido junto con sus

colecciones y cuadros; exactamente igual que antaño, me volvía a encontrar rodeado de extraños. Todo lo que había intentado, hecho, aprendido y vivido entretanto parecía como si se lo hubiera llevado el viento; a los cincuenta años y pico me encontraba otra vez al principio, volvía a ser un estudiante que se sentaba ante su escritorio y por la mañana trotaba hacia la biblioteca, bien que ya no tan crédulo, no tan entusiasta, con un reflejo gris en el pelo y un atisbo de desánimo en el alma cansada.

Me cuesta decidirme a contar muchas cosas de aquellos años de 1934 a 1940 pasados en Inglaterra, porque me estoy acercando a la época actual y todos la hemos vivido casi de la misma forma, con el mismo desasosiego avivado por la radio y los periódicos, con las mismas esperanzas y angustias. Hoy todos recordamos con poco orgullo la ceguera política de aquellos años y vemos con horror hasta dónde nos ha conducido; quien quisiera explicarlo, tendría que acusar, ¡y quién de nosotros tendría derecho a hacerlo! Además, mi vida en Inglaterra fue muy reservada. Aun sabiéndome lo bastante necio como para no poder superar un obstáculo tan superfluo, viví todos aquellos años de semiexilio y exilio desconectado de toda vida social franca y abierta, llevado por el error de considerar que en un país extranjero no me estaba permitido participar en debates sobre la época. Si en Austria no había podido hacer nada contra la insensatez de los círculos dirigentes, ¿qué podía intentar allí, donde me sentía huésped de aquella buena isla, sabiendo (gracias a un mejor y más exacto conocimiento que ya teníamos de ella) que si señalaba los peligros con los que Hitler amenazaba al mundo se lo tomarían como una opinión personal interesada? Era

francamente difícil a veces morderse la lengua ante errores notorios. Era doloroso ver cómo una propaganda magistralmente escenificada abusaba precisamente de la suprema virtud de Inglaterra, la lealtad, la sincera voluntad de dar crédito a cualquiera desde el principio y sin pedirle pruebas. Una y otra vez se pretendía hacer creer que Hitler sólo quería atraer a los alemanes de los territorios fronterizos, que luego se daría por satisfecho y, en agradecimiento, exterminaría al bolchevismo; este anzuelo funcionó a la perfección. A Hitler le bastaba mencionar la palabra «paz» en un discurso para que los periódicos olvidaran con júbilo y pasión todas las infamias cometidas y dejaran de preguntar por qué Alemania se estaba armando con tanto frenesí. Los turistas que regresaban de Berlín, donde, con toda previsión, se les había guiado y halagado, elogiaban el orden que allí reinaba y a su nuevo amo; poco a poco fueron surgiendo voces en Inglaterra que empezaban a justificar en parte sus «reivindicaciones» de una Gran Alemania; nadie comprendía que Austria era la piedra angular del edificio y que, tan pronto como la hicieran saltar, Europa se derrumbaría. Pero yo percibía la ingenuidad y la noble buena fe con las que los ingleses y sus dirigentes se dejaban seducir; me daba cuenta de ello con los ojos ardientes de quien en su país había visto de cerca las caras de las tropas de asalto y les había oído cantar: «Hoy Alemania es nuestra, mañana lo será el mundo entero». Cuanto más se acentuaba la tensión política, más me apartaba de las conversaciones en torno a ella y de cualquier actividad pública. Inglaterra es el único país del viejo mundo donde no he publicado ningún artículo relacionado con temas contemporáneos, donde nunca he hablado por la radio ni he participado

en debates públicos; he vivido allí, en mi pequeño domicilio, en mayor anonimato que treinta años antes cuando era estudiante en Viena. Por lo tanto, no soy un testigo válido con derecho a hablar de Inglaterra y menos aún si, como tuve que confesar más tarde, antes de la guerra no había llegado a descubrir la fuerza profunda de Inglaterra, retenida en sí misma, que se revela sólo en los momentos de extremo peligro.

Tampoco vi a muchos escritores. Precisamente a los dos con los que acabé trabando amistad, John Drinwater y Hugh Walpole, se los llevó una muerte prematura, y no trataba mucho con los más jóvenes porque, a causa de la sensación de inseguridad del *foreigner*, que me agobiaba funestamente, evitaba clubes, cenas y actos públicos. Sin embargo, en una ocasión tuve el placer especial y realmente inolvidable de ver a los dos cerebros más agudos, Bernard Shaw y H. G. Wells, en una discusión, muy cargada por debajo, pero caballerosa y brillante por fuera. Fue durante un *lunch* con pocas personas en casa de Shaw y yo me hallaba en la situación —en parte atractiva y en parte desagradable— de no estar al tanto de lo que provocaba la tensión subterránea que se percibía como una corriente eléctrica entre los dos patriarcas, ya desde el momento en que se saludaron con una familiaridad ligeramente impregnada de ironía. Debía existir entre ellos una divergencia de opinión en cuestiones de principios que se había dirimido poco antes o se había de dirimir durante aquel almuerzo. Estas dos grandes figuras, cada una de ellas una gloria de Inglaterra, habían luchado codo a codo, hacía medio siglo y en el círculo de la Sociedad Fabiana, a favor del socialismo, por aquella época un movimiento también joven todavía. Desde entonces esas dos personalidades

tan definidas habían evolucionado por caminos cada vez más divergentes: Wells, perseverando en su idealismo activo y trabajando incansablemente en su visión del futuro de la humanidad; Shaw, en cambio, observando tanto el futuro como el presente cada vez con más ironía y escepticismo, para así poner a prueba su juego mental, hecho de reflexión y divertimiento. También físicamente se habían convertido con los años en dos figuras completamente opuestas. Shaw, el increíblemente vigoroso octogenario que en las comidas sólo mordisqueaba nueces y fruta, alto, delgado, siempre tenso, siempre con una estrepitosa carcajada en sus labios fácilmente comunicativos y más enamorado que nunca de los fuegos artificiales de sus paradojas; Wells, el septuagenario con más gusto por la vida y con una vida más holgada que nunca, bajo de estatura, mofletudo e implacablemente serio tras su ocasional hilaridad. Shaw, brillante en su agresividad, rápido y ligero a la hora de cambiar los puntos de ataque; Wells, con una defensa tácticamente fuerte, imperturbable como siempre en su fe y sus convicciones. En seguida tuve la impresión de que Wells no había acudido a una simple sobremesa para conversar con amigos, sino a una especie de exposición de principios. Y precisamente porque yo no estaba informado de los motivos ocultos de aquel conflicto de ideas, percibí con más intensidad la atmósfera que se respiraba. En cada gesto, cada mirada y cada palabra de ambos llameaban unas ganas de pelear a menudo traviesas, pero en el fondo también serias; era como si dos esgrimidores, antes de atacarse de veras, ensayaran su agilidad con pequeñas estocadas exploratorias. Shaw poseía un intelecto más rápido. Bajo sus espesas cejas sus ojos centelleaban cada vez que daba una respuesta o

atajaba otra; su gusto por las agudezas, sus juegos de palabras, que había perfeccionado durante sesenta años hasta convertirlos en un virtuosismo sin igual, los superó hasta llegar a una especie de petulancia. A ratos, la blanca y espesa barba le temblaba de espontáneas risas llenas de furia contenida, y la cabeza, un poco ladeada, parecía seguir con la mirada la trayectoria de las saetas que disparaba para ver si daban en el blanco. Wells, con sus mofletes colorados y sus ojos tranquilos y tapados, era más mordaz y directo; también su inteligencia trabajaba con una rapidez extraordinaria, pero sin tantos malabarismos, ya que él prefería las estocadas directas, lanzadas con desenvoltura y naturalidad. Era un relampagueo tan intenso y rápido —parada y estocada, estocada y parada, siempre con apariencia de jocosidad — que el espectador no se cansaba de admirar el juego de floretes, el centelleo y las fintas. Pero tras aquel diálogo rápido, mantenido constantemente en un nivel de lo más alto, aparecía una especie de enfurecimiento intelectual que se disciplinaba con nobleza, a la manera inglesa, adoptando las formas dialécticas más corteses. Había —y eso hacía tanto más interesante la discusión— formalidad en el juego y juego en la formalidad, era una brava confrontación entre dos caracteres diametralmente opuestos, que sólo en apariencia se inflamaba por razones objetivas, pero que en realidad se basaba en causas y motivos ocultos que yo desconocía. Sea como fuere, vi a los dos mejores hombres de Inglaterra en uno de sus mejores momentos, y la continuación de esa polémica, publicada en las semanas siguientes en la *Nation*, no me proporcionó ni la centésima parte del placer que experimenté durante aquel fogoso diálogo, porque tras los argumentos, convertidos ya en abstractos,

ya no se revelaba lo bastante el hombre vivo ni la esencia propiamente dicha del debate. Pocas veces he disfrutado tanto con la fosforescencia producida por la fricción de dos espíritus ni he visto el arte del diálogo ejercido con tanto virtuosismo en una comedia teatral, ni antes ni después, como en aquella ocasión en la que alcanzó la perfección en sus formas más nobles, sin proponérselo y sin teatralidad.

Viví aquellos años en Inglaterra sólo físicamente, no con toda el alma. Y fue precisamente la inquietud por Europa, esa dolorosa inquietud que nos destrozaba los nervios, lo que, en los años entre la toma del poder por Hitler y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, me movió a viajar a menudo e incluso a cruzar el océano por dos veces. Quizá me empujaba a ello el presentimiento de que era necesario almacenar, para tiempos más tenebrosos, todas las impresiones y experiencias que el corazón pudiera contener, mientras el mundo permaneciera abierto y los barcos pudieran recorrer en paz su ruta a través de los mares; quizá también me empujaba el afán de saber que, mientras la desconfianza y la discordia destruían nuestro mundo, en alguna parte se estaba construyendo otro; quizá también una intuición, muy vaga todavía, me decía que nuestro futuro, y también el mío, se encontraba lejos de Europa. Un ciclo de conferencias a lo largo y ancho de los Estados Unidos me ofreció la grata oportunidad de ver este inmenso país en toda su diversidad y, a la vez, unidad, de este a oeste y de norte a sur. Pero quizá fue todavía más fuerte la impresión que me causo América del Sur, adonde acepté viajar de buen grado a raíz de una invitación al congreso del PEN Club Internacional; nada me pareció tan importante en aquel momento como

reforzar la idea de la solidaridad espiritual por encima de países y lenguas. Las últimas horas pasadas en Europa antes de aquel viaje me exhortaron a ponerme en camino con un nuevo y serio aviso. En aquel verano de 1936 había estallado la guerra civil española, la cual, vista superficialmente, sólo era una disensión interna en el seno de ese bello y trágico país, pero que, en realidad, era ya una maniobra preparada por las dos potencias ideológicas con vistas a su futuro choque. Había salido yo de Southampton en un barco inglés con la idea de que el vapor evitaría la primera escala, en Vigo, para eludir la zona en conflicto. Sin embargo, y para mi sorpresa, entramos en ese puerto e incluso se nos permitió a los pasajeros bajar a tierra durante unas horas. Vigo se encontraba entonces en poder de los franquistas y lejos del escenario de la guerra propiamente dicha. No obstante, en aquellas pocas horas pude ver cosas que me dieron motivos justificados para reflexiones abrumadoras. Delante del ayuntamiento, donde ondeaba la bandera de Franco, estaban de pie y formados en fila unos jóvenes, en su mayoría guiados por curas y vestidos con sus ropas campesinas, traídos seguramente de los pueblos vecinos. De momento no comprendí para qué los querían. ¿Eran obreros reclutados para un servicio de urgencia? ¿Eran parados a los que allí daban de comer? Pero al cabo de un cuarto de hora, los vi salir del ayuntamiento completamente transformados. Llevaban uniformes nuevos y relucientes, fusiles y bayonetas; bajo la vigilancia de unos oficiales fueron cargados en automóviles igualmente nuevos y relucientes y salieron como un rayo de la ciudad. Me estremecí. ¿Dónde lo había visto antes? ¡Primero en Italia y luego en Alemania! Tanto en un lugar como en otro habían

aparecido de repente estos uniformes: nuevos e inmaculados, los flamantes automóviles y las ametralladoras. Y una vez más me pregunté: ¿quién proporciona y paga esos uniformes nuevos? ¿Quién organiza a esos pobres jóvenes anémicos? ¿Quién los empuja a luchar contra el poder establecido, contra el parlamento elegido, contra los representantes legítimos de su propio pueblo? Yo sabía que el tesoro público estaba en manos del gobierno legítimo, como también los depósitos de armas. Por consiguiente, esas armas y esos automóviles tenían que haber sido suministrados desde el extranjero y sin duda habían cruzado la frontera desde la vecina Portugal. Pero, ¿quién los había suministrado? ¿Quién los había pagado? Era un poder nuevo que quería el dominio, el mismo poder que actuaba aquí y allá, un poder que amaba la violencia, que necesitaba la violencia y que consideraba debilidades anticuadas todas las ideas que nosotros profesábamos y por las cuales vivíamos: paz, humanidad, entendimiento mutuo. Eran grupos secretos, escondidos en sus despachos y consorcios, que cínicamente se aprovechaban del idealismo ingenuo de los jóvenes para sus ambiciones de poder y sus negocios. Era una voluntad de imponer la fuerza que, con una técnica nueva y más sutil, quería extender por nuestra infausta Europa la vieja barbarie de la guerra. Una sola impresión óptica, sensorial, siempre causa más impacto en el alma que mil opúsculos y artículos de periódico. Y en el momento en que vi cómo instigadores ocultos proveían de armas a aquellos muchachos jóvenes e inocentes y los lanzaban contra muchachos también jóvenes e inocentes de su propia patria, tuve el presentimiento de lo que nos esperaba, de lo que amenazaba a Europa. Cuando, al cabo de unas horas de

parada, el barco desatracó de nuevo, corrí a mi camarote. Me resultaba demasiado doloroso seguir viendo ese hermoso país que había caído víctima de una horrible desolación por culpa de otros; Europa me parecía condenada a muerte por su propia locura, Europa, nuestra santa patria, cuna y Partenón de nuestra civilización occidental.

Tanto más plácida se ofreció después Argentina a la mirada. Volvía a ser España, su vieja cultura, protegida y preservada en una nueva tierra, más vasta, todavía no abonada con sangre, todavía no emponzoñada con odio. Había abundancia e incluso exceso de alimentos, de riqueza, había espacio infinito y, con él, comida para el futuro. Se apoderó de mí una inmensa alegría y una especie de nueva confianza. ¿No habían emigrado las culturas de un país a otro desde hacía miles de años? ¿No se salvaban siempre las semillas, aunque el árbol cayera bajo el hacha, y con ellas también las nuevas flores y los frutos? Lo que las generaciones anteriores y contemporáneas habían logrado nunca se perdería del todo. Sólo hacía falta aprender a pensar a partir de dimensiones más grandes, a contar con lapsos de tiempo más amplios. Deberíamos empezar a pensar, me decía a mí mismo, ya no sólo a la europea, sino mirando más allá de Europa; no deberíamos enterrarnos en un pasado moribundo, sino participar en su renacimiento. Y es que, por la cordialidad con la que toda la población de esta nueva ciudad de millones de habitantes ha participado en nuestro congreso, he visto que allí no éramos unos extraños, que todavía estaba viva, vigente y eficaz la fe en la unidad espiritual, a la cual hemos dedicado los mejores años de nuestra vida, y que en la época de las nuevas velocidades, ya ni el océano nos separaba. Una

nueva misión sustituía a la vieja: construir la comunidad que soñábamos en unas dimensiones más grandes y en uniones más osadas. Si, después de la última mirada a la inminente guerra, había dado a Europa por perdida, ahora, allí, bajo la Cruz del Sur, de nuevo empezaba a creer y a tener esperanza.

Una impresión no menos imponente, una promesa no menor, supuso para mí Brasil, este país generosamente dotado por la naturaleza de la ciudad más bella del mundo, este país con un espacio inmenso que ni los ferrocarriles ni las carreteras, ni siquiera los aviones, podían recorrer todavía de cabo a rabo. Aquí el pasado se ha conservado con más esmero que en la misma Europa; aquí, el embrutecimiento que trajo consigo la Primera Guerra Mundial no ha penetrado todavía en las costumbres, en el espíritu de las naciones; aquí los hombres viven más pacífica y educadamente que entre nosotros, menos hostil que entre nosotros es el trato entre las diferentes razas; aquí el hombre no ha sido separado del hombre por absurdas teorías de sangre, raza y origen; se tenía el singular presentimiento de que aquí todavía se podía vivir en paz; aquí el espacio, por cuya mínima partícula luchaban los estados de Europa y lloriqueaban los políticos, estaba preparado, en una abundancia inconmensurable, para recibir el futuro; aquí la tierra esperaba todavía al hombre para que la utilizara y la llenara con su presencia; aquí se podía continuar y desarrollar en nuevas y grandiosas formas la civilización que Europa había creado. Con ojos felices ante las mil formas de la belleza de aquella nueva naturaleza, vi el futuro.

Pero viajar e irme lejos, hasta otros mundos y otras estrellas, no quería decir huir de Europa ni de la aflicción

por Europa. Casi parece una malévola venganza de la naturaleza contra el hombre el que todas las conquistas de la técnica —gracias a las cuales le ha arrancado las fuerzas más secretas— le destruyan el alma. La peor maldición que nos ha acarreado la técnica es la de impedirnos huir, ni que sea por un momento, de la actualidad. Las generaciones anteriores, en momentos de calamidad, podían refugiarse en la soledad y el aislamiento; a nosotros, en cambio, nos ha sido reservada la obligación de saber y compartir en el mismo instante lo malo que ocurre en cualquier lugar del globo. Por más que me alejara de Europa, su destino me acompañaba. Desembarcando de noche en Pernambuco, con la Cruz del Sur sobre mi cabeza y rodeado de gentes de piel oscura en la calle, vi en un periódico la noticia del bombardeo de Barcelona y del fusilamiento de un amigo español en cuya compañía había pasado unas agradables horas no hacía muchos meses. Cuando me dirigía a Tejas a toda velocidad en un vagón *pulman*, entre Houston y otra ciudad petrolera oí de repente a alguien que gritaba furioso en alemán: un compañero de viaje había sintonizado casualmente una emisora alemana en la radio del tren y tuve que escuchar, a través de la llanura de Tejas, un exaltado discurso de Hitler. No había modo de escaparse, ni de día ni de noche; siempre debía pensar, con dolorosa ansiedad, en Europa y, dentro de Europa, en Austria. Puede parecer patriotismo mezquino el que, ante la inmensidad del peligro que amenazaba desde China hasta más allá del Ebro y el Manzanares, yo me preocupara especialmente por el destino de Austria. Pero sabía que el destino de toda Europa estaba ligado a este pequeño país que, casualmente, era mi patria. Cuando uno intenta trazar retrospectivamente los errores de la

política después de la Primera Guerra Mundial, se da cuenta de que el mayor de todos fue que tanto los políticos europeos como los norteamericanos no llevaron a la práctica el claro y simple plan de Wilson, sino que lo mutilaron. La idea del mismo era conceder libertad e independencia a las pequeñas naciones, pero él había visto con acierto que tal libertad e independencia sólo podían mantenerse dentro de una unidad de todos los estados, pequeños y grandes, en una organización de orden superior. Al *no* crear esa organización —la auténtica y total Liga de las Naciones— y al aplicar sólo la otra parte de su programa, la independencia de los estados pequeños, en vez de paz y tranquilidad se creó una tensión crispante. Pues nada es más peligroso que el delirio de grandeza de los pequeños y lo primero que hicieron los estados pequeños, tan pronto como se formaron, fue intrigar los unos contra los otros y disputarse territorios minúsculos: Polonia contra Chequia, Hungría contra Rumania, Bulgaria contra Serbia, y el más débil de todos en esas rivalidades era la diminuta Austria frente a la prepotente Alemania. Este troceado y mutilado país, cuyos soberanos en otro tiempo habían mandado en Europa a sus anchas, era —tengo que repetirlo— la piedra angular del edificio. Yo sabía lo que no podían ver los millones de habitantes de la capital inglesa que me rodeaban: que con Austria caería Checoslovaquia y que, después, Hitler tendría el camino despejado para apoderarse de los Balcanes; sabía que el nacionalsocialismo, con Viena en su poder y gracias a la peculiar estructura de la ciudad, tenía en su inflexible mano la palanca capaz de zarandear Europa y sacarla de sus goznes. Sólo los austriacos sabíamos con qué avidez, estimulada por el resentimiento, Hitler

ambicionaba Viena, la ciudad que lo había visto en la miseria más extrema y en la que quería entrar como triunfador. Por eso, cada vez que yo hacía una escapada a Austria y luego volvía a cruzar la frontera, respiraba con alivio: «Esta vez, todavía no». Y miraba hacia atrás como si fuera la última. Veía acercarse la catástrofe, inevitablemente; cien veces durante aquellos años, mientras los demás leían confiados los periódicos, yo temía en lo más íntimo de mi ser ver en ellos los titulares: *Finis Austriae*. ¡Ah, cómo me había engañado a mí mismo con la ilusión de creer que desde hacía tiempo me había desligado de su destino! Desde lejos compartía todos los días el sufrimiento de su lenta y febril agonía: infinitamente más que mis amigos que vivían en ella, que a su vez se engañaban con muestras de patriotismo y se repetían los unos a los otros, día tras día: «Francia e Inglaterra. Y sobre todo Mussolini no lo permitirá». Creían en la Liga de las Naciones y en los tratados de paz como los enfermos en las medicinas con hermosas etiquetas. Vivían tranquilos y despreocupados, mientras que a mí, que lo veía todo más claro, se me partía el corazón de angustia.

Tampoco mi último viaje a Austria estuvo motivado por otra cosa que por un estallido espontáneo de miedo ante la catástrofe cada vez más inminente. Había estado en Viena en el otoño de 1937 para visitar a mi anciana madre y durante un tiempo no tuve nada más que hacer allí; como nada urgente me retenía, regresé a Londres. Al cabo de pocas semanas (sería a finales de noviembre), una tarde me dirigía a casa por Regent Street y compré el *Evening Standard*. Era el día en que lord Halifax volaba hacia Berlín para intentar por primera vez negociar personalmente con Hitler. En aquella edición del

periódico se especificaban —todavía lo veo, el texto a la derecha y en negrita— los puntos sobre los que Halifax quería llegar a un acuerdo con Hitler. Y entre líneas leí, o creí leer: el sacrificio de Austria, pues ¿qué otra cosa podía significar una entrevista con Hitler? Y es que los austríacos sabíamos que Hitler no cedería nunca en este punto. Curiosamente la enumeración programática de los temas de debate sólo se incluyó en la edición del mediodía del *Evening Standard* y desapareció completamente de las demás ediciones del mismo periódico a partir de la tarde. (Luego corrió el rumor de que esa información la había proporcionado al periódico la legación italiana, porque lo que más temía Italia en 1937 era un acuerdo entre Alemania e Inglaterra a sus espaldas). No podría decir hasta qué punto era objetiva y cierta la noticia (inadvertida seguramente para la gran mayoría) tal como se publicó en aquella edición del *Evening Standard*. Sólo sé que me estremecí horrorizado ante la idea de que Hitler e Inglaterra negociaran ya respecto a Austria; no me avergüenza decir que el periódico me temblaba en las manos. Falsa o verdadera, la noticia me conmocionó como ninguna otra desde hacía años, pues sabía que, aun cuando se confirmara sólo una pequeña parte de la misma, sería el principio del fin, caería la piedra angular del edificio y, con ella, el edificio entero. Di marcha atrás en el acto, subí al primer autobús en dirección a Victoria Station y me dirigí a Imperial Airways para preguntar si quedaba algún asiento libre en el avión de la mañana siguiente. Quería volver a ver a mi madre, la familia, la patria. Por casualidad pude hacerme todavía con un billete; metí cuatro cosas en una maleta y volé hacia Viena.

Los amigos se sorprendieron ante mi regreso tan rápido y repentino. Y ¡cómo se rieron a costa mía cuando les insinué mis inquietudes! «El mismo Jeremías de siempre», dijeron con sorna. ¿Acaso no sabía que la población entera de Austria apoyaba ahora a Schuschnigg al cien por cien? Elogiaron con profusión de detalles las grandiosas manifestaciones del «Frente Patriótico», mientras yo, por el contrario, había observado en Salzburgo que la mayoría de los participantes sólo llevaba el distintivo reglamentario de la coalición pegado en la solapa por miedo a perder sus puestos de trabajo, pero a la vez desde hacía tiempo estaban inscritos —por precaución en Munich— en las filas de los nacionalsocialistas: había estudiado demasiada historia, y escrito sobre ella, como para no saber que la gran masa siempre se inclina hacia el lado donde se halla el centro de gravedad en cada momento. Sabía que las mismas voces que hoy gritaban «¡Heil Schuschnigg!» mañana rugirían «¡Heil Hitler!». Sin embargo, todos aquellos con los que hablé en Viena mostraban una sincera despreocupación. Se invitaban mutuamente a actos sociales con esmoquin y frac (sin sospechar que pronto llevarían el uniforme de prisioneros en campos de concentración); desbordaban los comercios con compras de Navidad para sus hermosas casas (sin sospechar que en unos meses otros se las quitarían y las saquearían). Y esa eterna despreocupación de la vieja Viena, que tanto me había gustado antes y con la que he soñado toda la vida, esa despreocupación que el poeta nacional vienés Anzengruber resumió una vez en el axioma «Nada te puede pasar», por primera vez me dolió. Aunque quizás, en última instancia, eran más sabios que yo todos aquellos amigos de Viena, pues

sufrían sólo cuando pasaba algo, mientras que yo me imaginaba las desgracias, las padecía antes de tiempo y volvía a padecerlas cuando ocurrían de veras. Sin embargo ya no comprendía a mis amigos, ni podía hacerme comprender por ellos. Después del segundo día ya no previne a nadie más. ¿Para qué inquietar a alguien que no quiere ser inquietado?

Que el lector no lo tome como un adorno añadido, sino como la pura verdad, si digo que en los últimos días que pasé en Viena contemplé cada una de las familiares casas, cada iglesia, cada jardín y cada uno de los viejos rincones de la ciudad en la que había nacido con un «¡Nunca más!» mudo y desesperado. Había abrazado a mi madre con un secreto «¡Es la última vez!». Me despedí de toda la ciudad y de todo el país con un sentimiento de «Nunca más», pues tenía conciencia de que era una despedida, un adiós para siempre. Pasé de largo por Salzburgo, la ciudad donde tenía la casa en la que había trabajado durante veinte años, sin siquiera bajar del tren en la estación. Por supuesto que desde la ventanilla habría podido ver la casa de la colina, con todos sus recuerdos de los años vividos. Pero no volví los ojos hacia ella. ¿Para qué, mirándolo bien, si no volvería a vivir allí?, y en el instante en que el tren cruzó la frontera, supe, como el patriarca Lot de la Biblia, que detrás de mí todo era polvo y ceniza, un pasado petrificado en sal amarga.

Creía haber presentido todos los horrores que podían ocurrir cuando el sueño de odio de Hitler se hiciera realidad y él mismo ocupara victorioso Viena, la ciudad que lo rechazó cuando era un joven pobre y fracasado. Pero, ¡qué tímida, pequeña y lastimosa resultó mi fantasía, como toda fantasía humana, ante la

inhumanidad que se desató aquel 13 de marzo de 1938, el día en que Austria, y con ella Europa, sucumbió a la fuerza bruta! Finalmente cayó la máscara. Como los demás estados ya habían manifestado abiertamente su miedo, la brutalidad ya no tenía que imponerse trabas morales, así que no se sirvió —¿conservaban todavía algún peso Inglaterra, Francia, el mundo?— de ningún pretexto hipócrita para excluir, por ejemplo, a los «marxistas» de la vida política. Ya no simplemente se robaba y saqueaba, sino que se daba rienda suelta a cualquier ansia de venganza personal. Catedráticos de universidad eran obligados a fregar las calles con las manos, judíos creyentes de barba blanca eran arrastrados al templo y obligados por mozalbetes vocingleros a arrodillarse y gritar a coro «¡Heil Hitler!». Por las calles se cazaba a gente inocente como a conejos y se los llevaba a empujones a los cuarteles de las SA para que limpiaran las letrinas; todo lo que la enfermiza y sórdida fantasía del odio había ideado durante muchas noches de orgía se desataba a la luz del día. Hechos tales como irrumpir en las casas y arrancar los pendientes a temblorosas mujeres pudieron haber ocurrido también siglos atrás, en las guerras medievales, durante el saqueo de las ciudades, pero el impúdico placer de la tortura en público, el tormento psíquico y la humillación refinada eran algo nuevo. Todo esto está registrado no por una sola persona, sino por las miles que lo han sufrido, y llegará un día en que una época más tranquila, no moralmente cansada como ya lo está la nuestra, leerá estremecida sobre los crímenes que cometió un solo hombre, rabioso de odio, en el siglo XX, en aquella ciudad de la cultura. Porque ése fue el diabólico triunfo de Hitler en medio de sus victorias militares y políticas: este

hombre solo logró con sus constantes excesos embotar todo concepto de justicia. *Antes* de su «nuevo orden», el asesinato de una sola persona sin sentencia judicial ni causa notoria estremecía aún al mundo, la tortura era inconcebible en el siglo XX y se llamaba a las expropiaciones lisa y llanamente rapiña y robo. *Ahora*, en cambio, tras la nueva versión de las sucesivas Noches de San Bartolomé, después de las torturas hasta la muerte en las celdas de las SA y detrás de los alambres de espino, ¡qué importaba una injusticia aislada y el sufrimiento en este valle de lágrimas! En 1938, después de Austria, nuestro mundo ya estaba más acostumbrado a la inhumanidad, la injusticia y la brutalidad que cuanto lo había estado durante siglos. Lo que había ocurrido en aquella infausta ciudad de Viena antes habría bastado para provocar un boicot internacional, pero en el año 1938 la conciencia mundial claudicaba o sólo se quejaba un poco antes de olvidar y perdonarlo todo.

Aquellos días en que resonaban los gritos de auxilio lanzados diariamente desde la patria, en que sabía que amigos próximos eran secuestrados, torturados y humillados, en que, impotente, temblaba de miedo por aquellos a los que amaba, aquellos días fueron unos de los más terribles de mi vida. No me avergüenza decir —he aquí hasta qué punto la época nos ha pervertido el corazón— que no me estremecí ni lloré cuando me llegó la noticia de la muerte de mi madre, a la que había dejado en Viena, sino que, al contrario, sentí algo parecido a un alivio, pues ahora la sabía a salvo de todos los sufrimientos y peligros. A los ochenta y cuatro años, casi sorda del todo, vivía en nuestra casa familiar y, por lo tanto, de momento no podía ser desahuciada ni siquiera de acuerdo con las nuevas «leyes arias» y

teníamos la esperanza de llevarla al extranjero de un modo u otro al cabo de un tiempo. Uno de los primeros decretos de Viena la había afectado seriamente. A su edad tenía las piernas débiles y estaba acostumbrada, durante sus paseos diarios, a descansar en un banco del Ring o del parque después de cada cinco o diez minutos de penoso andar. No hacía siquiera ocho días que Hitler se había convertido en amo y señor de la ciudad, cuando proclamó la orden que prohibía a los judíos sentarse en los bancos: era una de aquellas prohibiciones ideadas, obviamente, con el único y sádico propósito de martirizar con malicia. Y es que robar a los judíos tenía, al fin y al cabo, una cierta lógica y un sentido, pues con el producto del robo de las fábricas, del mobiliario de las casas y villas y de los puestos de trabajo vacantes, se podía alimentar a los partidarios y recompensar a los antiguos satélites; en definitiva la galería de arte de Göring debe su esplendor principalmente a esa práctica aplicada al por mayor. Ahora bien, impedir a una anciana o a un hombre mayor cansado sentarse unos minutos en un banco para recuperar el aliento, eso estaba reservado al siglo y al hombre que millones de personas adoraban como al más grande de la época.

Por fortuna a mi madre le fue ahorrado el tomar parte por mucho tiempo en tales groserías y humillaciones. Murió pocos meses después de la ocupación de Viena y no puedo menos que mencionar un episodio relacionado con su muerte, pues creo importante dejar constancia de esta clase de detalles con vistas a un futuro que los tendrá por imposibles. Una mañana, aquella mujer de ochenta y cuatro años sufrió un desmayo. El médico que la atendió pronosticó en seguida que difícilmente pasaría de aquella noche y mandó buscar a una enfermera, una mujer de

cuarenta años, para que la velara junto a su cama. Ni mi hermano ni yo, sus dos únicos hijos, estábamos en Viena y, naturalmente, no podíamos acudir, pues para los representantes de la cultura alemana regresar a Austria para visitar a una madre en su lecho de muerte también constituía un delito. De modo que un primo nuestro aceptó pasar la noche en la casa para que al menos alguien de la familia estuviera presente en el momento de la muerte. Aquel primo era entonces un hombre de sesenta años que tampoco gozaba de buena salud y que de hecho también murió al cabo de un año. Cuando había empezado a prepararse la cama en la habitación contigua para pasar allí la noche, apareció la enfermera —hay que decir en su honor que bastante avergonzada— para comunicar que, lamentándolo mucho, según las nuevas leyes nacionalsocialistas, le resultaba imposible pasar la noche al lado de la moribunda. Dijo que mi primo era judío y, puesto que ella era una mujer de menos de cincuenta años, no podía pasar la noche bajo el mismo techo al mismo tiempo que él, ni siquiera para velar a una moribunda, pues, conforme a la mentalidad de Streicher, lo primero que se le ocurriría a un judío sería practicar con ella un acto de deshonra racial. Por supuesto, añadió, lamentaba mucho aquella orden, pero debía cumplir la ley. Y así mi primo de sesenta años, para que la enfermera pudiera quedarse junto a la moribunda, se vio obligado a salir de la casa al anochecer. Quizás ahora se comprenda que yo considerara afortunada a mi madre por no tener que seguir viviendo entre esa clase de gente.

La caída de Austria produjo en mi vida privada un cambio que en un principio consideré del todo insignificante y puramente formal: perdí mi pasaporte

austriaco y tuve que pedir a las autoridades británicas un documento sustitutivo, un pasaporte de apátrida. En mis sueños cosmopolitas me había imaginado a menudo en mi fuero interno cuán espléndido y conforme a mis sentimientos sería vivir sin estado, no estar obligado a ningún país: y, por lo tanto, pertenecer a todos sin distinción. Pero una vez más tuve que reconocer cuán imperfecta es la fantasía humana y hasta qué punto no comprendemos las sensaciones más importantes hasta que no las hemos vivido nosotros mismos. Diez años antes, en una ocasión en que encontré a Dmitri Merezhkovski en París y le oí lamentarse de que sus libros estaban prohibidos en Rusia, yo, inexperto, intenté consolarlo maquinalmente diciéndole que aquello significaba muy poco teniendo en cuenta la difusión universal que habían tenido. Pero luego, cuando mis libros desaparecieron de la lengua alemana, ¡con qué claridad comprendí su queja de no poder publicar la palabra creada más que en traducciones, un medio diluido, cambiado! Asimismo, no fue hasta el instante en que fui admitido en un despacho oficial inglés, después de una larga espera en una antesala sentado en el banco de los solicitantes, cuando comprendí qué significaba el cambio de mi pasaporte por un papel para extranjeros. Máxime cuando hasta entonces había tenido derecho a un pasaporte austriaco. Cualquier funcionario austriaco del consulado o de la policía tenía la obligación de extendérmelo como a ciudadano de pleno derecho. En cambio, el documento de extranjero que me dieron los ingleses tuve que pedirlo. Era un favor, pero un favor que me podían retirar en cualquier momento. De la noche a la mañana había descendido un peldaño más. Ayer todavía era un huésped extranjero y, en cierto modo, un

gentleman que gastaba allí sus ingresos internacionales y pagaba sus impuestos, y hoy me había convertido en un emigrado, un «refugiado». Me rebajaron a una categoría inferior, aunque no deshonrosa. Además, de ahora en adelante debía solicitar cualquier visado extranjero en aquella hoja de papel, porque en todos los países desconfiaban de esa «clase» de hombres de los cuales, de repente, yo formaba parte: hombres privados de derechos y sin patria, a los que, en caso de necesidad, se los podía expulsar y devolver a su país como a los demás, si se convertían en una carga o permanecían allí demasiado tiempo. Y tuve que recordar las palabras que un exiliado ruso me había dicho años atrás: «Antes el hombre sólo tenía cuerpo y alma. Ahora, además, necesita un pasaporte, de lo contrario no se lo trata como a un hombre».

En efecto: tal vez nada demuestra de modo más palpable la terrible caída que sufrió el mundo a partir de la Primera Guerra Mundial como la limitación de la libertad de movimientos del hombre y la reducción de su derecho a la libertad. Antes de 1914 la Tierra era de todos. Todo el mundo iba adonde quería y permanecía allí el tiempo que quería. No existían permisos ni autorizaciones; me divierte la sorpresa de los jóvenes cada vez que les cuento que antes de 1914 viajé a la India y América sin pasaporte y que en realidad jamás en mi vida había visto uno. La gente subía y bajaba de los trenes y de los barcos sin preguntar ni ser preguntada, no tenía que rellenar ni uno del centenar de papeles que se exigen hoy en día. No existían salvoconductos ni visados ni ninguno de estos fastidios; las mismas fronteras que hoy aduaneros, policías y gendarmes han convertido en una alambrada, a causa de la desconfianza patológica de

todos hacia todos, no representaban más que líneas simbólicas que se cruzaban con la misma despreocupación que el meridiano de Greenwich. Fue después de la guerra cuando el nacionalsocialismo comenzó a trastornar el mundo, y el primer fenómeno visible de esta epidemia fue la xenofobia: el odio o, por lo menos, el temor al extraño. En todas partes la gente se defendía de los extranjeros, en todas partes los excluía. Todas las humillaciones que se habían inventado antaño sólo para los criminales, ahora se infligían a todos los viajeros, antes y durante el viaje. Uno tenía que hacerse retratar de la derecha y la izquierda, de cara y de perfil, cortarse el pelo de modo que se le vieran las orejas, dejar las huellas dactilares, primero las del pulgar, luego las de todos los demás dedos; además, era necesario presentar certificados de toda clase: de salud, vacunación y buena conducta, cartas de recomendación, invitaciones y direcciones de parientes, garantías morales y económicas, rellenar formularios y firmar tres o cuatro copias, y con que faltara uno solo de ese montón de papeles, uno estaba perdido.

Parecen bagatelas. Y a primera vista puede parecer mezquino por mi parte que las mencione. Pero con estas absurdas «bagatelas» nuestra generación ha perdido un tiempo precioso e irrecuperable. Si calculo los formularios que rellené aquellos años, las declaraciones de impuestos, los certificados de divisas, los permisos de paso de fronteras, de residencia y salida del país, los formularios de entrada y salida, las horas que pasé haciendo cola en las antesalas de los consulados y las administraciones públicas, el número de funcionarios ante los que me senté, amables o huraños, aburridos o ajetreados, todos los registros e interrogatorios que tuve

que soportar en las fronteras, me doy cuenta entonces de cuánta dignidad humana se ha perdido en este siglo que los jóvenes habíamos soñado como un siglo de libertad, como la futura era del cosmopolitismo. ¡Cuánta parte de nuestra producción, de nuestra creación y de nuestro pensamiento se ha perdido por culpa de esas monsergas improductivas que a la vez envilecen el alma! Durante aquellos años, todos estudiamos más normativa oficial que libros; los primeros pasos que dábamos en una ciudad extranjera, un país extranjero, ya no se dirigían a los museos y monumentos, sino al consulado o a la jefatura de policía en busca de un «permiso». Cuando nos encontrábamos, los mismos que antes solíamos hablar de una poesía de Baudelaire y discutíamos de diversos problemas con pasión intelectual, ahora nos sorprendíamos hablando de «afidávits» y permisos y de si debíamos solicitar un visado permanente o de turista; conocer a una funcionaria insignificante de un consulado que nos acortara el rato de espera era, en aquella década, más vital que la amistad de un Toscanini o un Rolland. Constantemente se nos hacía notar que nosotros, que habíamos nacido con un alma libre, éramos objetos y no sujetos, que no teníamos derecho a nada y todo se nos concedía por gracia administrativa. Constantemente éramos interrogados, registrados, numerados, fichados y marcados, yo todavía hoy como hombre incorregible que soy, de una época más libre y ciudadano de una república mundial ideal, considero un estigma los sellos de mi pasaporte y una humillación las preguntas y los registros. Son bagatelas, sólo bagatelas, lo sé, bagatelas en una época en la que el valor de una vida humana ha caído con mayor rapidez aún que cualquier moneda. Pero sólo si se deja constancia de estos pequeños

síntomas, una época posterior podrá determinar el diagnóstico clínico correcto de las circunstancias que desembocaron en el trastorno espiritual que sufrió nuestro mundo entre las dos guerras mundiales.

Quizás estaba yo demasiado mal acostumbrado de antes. Quizá mi sensibilidad se había vuelto cada vez más irritable por los cambios bruscos de los últimos años. La emigración, sea del tipo que sea, provoca por sí misma, inevitablemente, un desequilibrio. La persona pierde estabilidad (y eso también hace falta haberlo vivido para comprenderlo); si no siente su propio suelo bajo los pies, se vuelve más insegura y más desconfiada consigo misma. Y no dudo en reconocer que, desde el día en que tuve que vivir con documentos o pasaportes extraños, no volví a sentirme del todo yo mismo. Una parte de la identidad natural de mi «yo» original y auténtico quedó destruida para siempre. Me volví más reservado de lo que era por naturaleza y yo, antes tan cosmopolita, ahora no logro librarme de la sensación de tener que dar gracias especiales por cada hálito que robo a un pueblo que no es el mío. Cuando lo pienso con claridad, me doy cuenta, desde luego, que son manías absurdas, pero ¿cuándo la razón ha podido con los sentimientos? De nada me ha servido educar al corazón durante medio siglo para que latiera como el de un *citoyen du monde*. No, el día en que perdí el pasaporte descubrí, a los cincuenta y ocho años, que con la patria uno pierde algo más que un pedazo de tierra limitado por unas fronteras.

Pero no era yo el único que tenía esta sensación de inseguridad. Poco a poco la inquietud fue extendiéndose por toda Europa. El horizonte político se oscureció desde el día en que Hitler atacó Austria, y los mismos que en Inglaterra en secreto le habían allanado el camino con la

esperanza de comprar así la paz para su país, entonces empezaron a reflexionar. Desde 1938 no hubo en Londres, París, Roma, Bruselas, así como en ninguno de los pueblos y ciudades, ninguna conversación que, por alejado que fuera su tema al inicio, no desembocara en la inevitable pregunta de si todavía se podía evitar la guerra, o por lo menos diferirla, y cómo. Cuando pienso en todos esos meses de miedo continuo y creciente ante la posibilidad de una guerra en Europa, sólo recuerdo dos o tres días de plena confianza, dos o tres días en los que aún teníamos la sensación, por última vez, de que las nubes pasarían de largo y podríamos volver a respirar libremente y en paz como antes. El perverso destino, sin embargo, quiso que aquellos dos o tres días fueran precisamente los que quedaran registrados como los más funestos de la historia contemporánea: los días de la Entrevista de Chamberlain con Hitler en Munich.

Sé que hoy se recuerda con disgusto aquel encuentro en que Chamberlain y Daladier, colocados impotentes contra la pared, capitularon ante Hitler y Mussolini, pero, puesto que quiero servir a la verdad basándome en documentos, debo confesar que todo aquel que vivió aquellos días en Inglaterra entonces los consideró admirables. La situación era desesperada en los últimos días de septiembre de 1938. Chamberlain regresaba en avión de su segunda entrevista con Hitler y al cabo de unos días se supo lo que había ocurrido. Chamberlain había ido a Goldemberg para conceder a Hitler todo lo que éste le había pedido anteriormente en Berchtesgaden. Pero lo que unas semanas antes le había parecido suficiente a Hitler luego ya no satisfacía su histeria de poder. La política del *appeasement* y del *try and try again* había fracasado estrepitosamente y en Inglaterra se

había acabado de la noche a la mañana la época de la buena fe. Inglaterra, Francia, Checoslovaquia, Europa, sólo podían escoger entre humillarse ante las perentorias ansias de poder de Hitler o plantarle cara con las armas. Inglaterra parecía dispuesta a todo. Ya no escondía sus preparativos bélicos, sino que exhibía públicamente su armamento. De repente aparecieron obreros excavando refugios antiaéreos en medio de los jardines de Londres: en Hyde Park, Regent's Park y, sobre todo, frente a la Embajada alemana. Se movilizó a la flota, los oficiales del estado mayor volaban sin parar entre París y Londres para decidir conjuntamente las últimas medidas, los barcos que se dirigían a América eran abordados por extranjeros que querían ponerse a salvo antes de que fuera demasiado tarde; desde 1914 Inglaterra no había conocido un despertar como aquél. La gente iba por la calle con un ademán más serio y pensativo. Miraba las casas y las calles rebosantes pensando para sus adentros: ¿no se abatirán mañana las bombas sobre ellas? Y, tras las puertas, todos se sentaban alrededor de la radio para escuchar las noticias. Una tensión tremenda, invisible pero perceptible, se había apoderado de todos y de cada segundo a lo largo y ancho del país.

Después se celebró aquella histórica sesión del Parlamento en la que Chamberlain informó sobre su nuevo intento de llegar a un acuerdo con Hitler y sobre una nueva propuesta, la tercera, de ir a visitarlo en cualquier lugar de Alemania para salvar la seriamente amenazada paz. Todavía no había obtenido respuesta. Y entonces, en mitad de la sesión, llegó —calculado con exagerado dramatismo— el telegrama que anunciaba el consentimiento de Hitler y Mussolini a una conferencia conjunta en Munich, y en aquel momento —un caso

prácticamente único en la historia de Inglaterra— el Parlamento inglés perdió los nervios. Los diputados se pusieron en pie de un salto, gritando y aplaudiendo, las tribunas retumbaron de alegría. Hacía años que la honorable casa no había vibrado con tamaño estallido de júbilo como en aquella ocasión. Desde el punto de vista humano era un espectáculo maravilloso ver cómo el sincero entusiasmo por la posibilidad de salvar todavía la paz superaba el porte y la moderación tan virtuosamente practicados por los ingleses. Desde el punto de vista político, empero, aquel arrebato representó un terrible error, pues con aquella alegría desbordada el Parlamento y el país habían revelado hasta qué punto aborrecían la guerra y estaban dispuestos a cualquier sacrificio, a renunciar a sus intereses y hasta a su prestigio por amor a la paz. Sin embargo, de aquel día en adelante Chamberlain quedó señalado como el hombre que iba a Munich no a luchar por la paz, sino a implorarla. Pero entonces nadie sospechaba todavía la clase de capitulación que les aguardaba. Todo el mundo creía —yo también, no lo niego— que Chamberlain iba a Munich a negociar, no a capitular. Luego siguieron dos o tres días de impaciente espera, días en que el mundo entero, como quien dice, contuvo la respiración. Se excavaba en los parques, se trabajaba en las fábricas de armamento, se instalaban baterías antiaéreas, se repartían caretas antigás, se sopesaba la conveniencia de evacuar a los niños de Londres y se tomaban misteriosas medidas que nadie comprendía, pero que todo el mundo sabía a qué estaban destinadas. La gente volvió a pasar mañanas, tardes y noches esperando el periódico, escuchando la radio. Se repitieron aquellos momentos de

julio de 1914 con una espera terrible y crispada, del sí o el no.

Y, de repente, como llevados por una fuerte ráfaga de viento, los sofocantes nubarrones se despejaron, los corazones se ensancharon y las almas se sintieron libres. Se había dado la noticia de que Hitler, Chamberlain, Daladier y Mussolini habían llegado a un acuerdo total y, más aún, que Chamberlain había conseguido cerrar un pacto con Alemania que garantizaba el arreglo pacífico de todos los posibles conflictos entre ambos países para siempre. Parecía una victoria decisiva de la tenaz voluntad de paz de un hombre de estado, por sí mismo soso e insignificante, y todos los corazones latieron de gratitud hacia él en aquel momento. Por radio se oyó primero el mensaje *Peace for our time* que anunciaba a nuestra sufrida generación que podíamos volver a vivir en paz y contribuir a la construcción de un mundo nuevo y mejor, y miente quien quiera negar a posteriori lo mucho que nos embriagaron aquellas palabras mágicas. Pues, ¿quién podía creer que un hombre que regresaba preparado para una entrada triunfal era un hombre derrotado? Si la gran masa de Londres hubiera sabido la hora exacta de la llegada de Chamberlain en la mañana de su regreso de Munich, centenares de miles de personas habrían invadido el aeródromo de Croydon para saludar y vitorear al hombre que, según creíamos todos en aquel momento, había salvado la paz de Europa y el honor de Inglaterra. Luego salieron los periódicos a la calle. Las fotografías mostraban a un Chamberlain (su rostro severo normalmente recordaba la cabeza de un pájaro irritado) orgulloso y sonriente en la puerta del avión, agitando el histórico documento que anunciaba *Peace for our time* y que él traía a su pueblo como valiosísimo

regalo. Por la noche ya se pasaba la escena en los cines; la gente saltaba de los asientos, gritando y vitoreando, casi abrazándose, con el sentimiento de la nueva hermandad que se iniciaba entonces en el mundo. Para toda persona que en aquel momento estallaba en Londres, en Inglaterra, aquél fue un día inolvidable que prestó alas al espíritu.

En aquellos históricos días me encantaba pasear por las calles para impregnarme con más intensidad de su atmósfera, para respirar con todos los sentidos, en el sentido más propio de la palabra, el aire del momento. Los obreros habían dejado de excavar en los parques, la gente los rodeaba riendo y charlando, pues gracias a la *peace for our time* los refugios antiaéreos ya no eran necesarios; oí a dos chavales mofarse, en un *cockney* excelente, de aquellos refugios, diciendo que ojalá los convirtieran en meaderos públicos subterráneos, porque en Londres no había suficientes. Todos los presentes se rieron y todo el mundo parecía más animado, devuelto a la vida, como las plantas después de la tempestad. Caminaban más erguidos que el día anterior, con los hombros más ligeros y en sus ojos ingleses, por lo general tan fríos, centelleaba un brillo de alegría. Las casas parecían más luminosas desde que la gente sabía que no las amenazaban las bombas; los autobuses, más elegantes; el sol, más radiante; la vida de miles y miles de personas, sublimada y fortalecida por aquella sola palabra embriagadora. Yo notaba cómo también a mí me embriagaba la euforia. Caminaba incansable, cada vez más deprisa y más ligero: también a mí me llevaba la ola de la confianza reavivada, con más fuerza y alegría. En la esquina de Picadilly, de pronto se me acercó alguien precipitadamente. Era un funcionario del gobierno inglés

al que en realidad conocía muy poco, un hombre impasible y reservado. En circunstancias normales nos habríamos saludado cortésmente y nada más y a él no se le habría ocurrido dirigirme la palabra. Pero en aquella ocasión venía a mi encuentro con los ojos chispeantes.

—Qué le ha parecido Chamberlain —me preguntó radiante de alegría—. Nadie confiaba en él, pero ha obrado correctamente. No ha transigido y así ha salvado la paz.

Era la opinión de todos; también la mía aquel día. Y el día siguiente también fue un día feliz. Los periódicos se mostraban unánimes en su júbilo, los valores de la bolsa subieron espectacularmente, por primera vez desde hacía años llegaban voces de amistad desde Alemania y en Francia proponían levantar un monumento a Chamberlain. Pero, ay, sólo fue la última llamarada de un fuego que iba a extinguirse definitivamente. En los días siguientes empezaron a filtrarse los fatales detalles: cuán absoluta había sido la capitulación ante Hitler y cuán ignominiosa la entrega de Checoslovaquia, a la que se había garantizado ayuda y apoyo; y hacia el fin de semana ya era público que ni siquiera la capitulación había satisfecho a Hitler y que, incluso antes de que se hubiera secado la firma del pacto, él ya lo había violado en todos sus puntos. Sin ninguna clase de escrúpulos Goebbels proclamó entonces públicamente y a los cuatro vientos que en Munich habían acorralado a Inglaterra contra la pared. La gran luz de la esperanza se había apagado. Pero había brillado durante un día o dos y nos había calentado los corazones. No quiero ni puedo olvidar aquellos días.

Desde el momento en que supimos la verdad de lo ocurrido en Munich, paradójicamente ya no vi en Inglaterra sino a muy pocos ingleses. La culpa fue mía, pues los evitaba o, mejor dicho, evitaba entrar en conversación con ellos, aunque tenía la obligación moral de admirarlos más que nunca. Eran generosos con los refugiados, que llegaban a tropeles, mostraban hacia ellos una compasión de lo más noble y un interés caritativo. Pero entre ellos y nosotros se iba alzando una especie de muro interior que separaba los dos lados: a nosotros ya nos había sucedido, a ellos todavía no; nosotros comprendíamos lo que había ocurrido y lo que ocurriría, y ellos todavía se negaban a comprenderlo (en parte en contra de su propia conciencia). Intentaban, a pesar de todo, perseverar en la ilusión de que una palabra era una palabra y un pacto era un pacto y que se podía negociar con Hitler si se le hablaba sensata y humanamente. Entregados durante siglos a la noción de derecho por su tradición democrática, los círculos dirigentes ingleses no podían o no querían reconocer que a su lado se instalaba conscientemente una nueva técnica de cínica amoralidad y que la nueva Alemania anulaba todas las reglas de juego vigentes en las relaciones entre los pueblos y en el marco del derecho tan pronto como las encontraba incómodas. A los ingleses de mente clara y perspicaz, que desde hacía tiempo habían renunciado a cualquier tipo de aventuras, les parecía improbable que aquel hombre que había conseguido tanto, tan rápida y fácilmente, se atreviera a ir más lejos; no dejaban de creer y esperar que primero iría contra los otros —¡preferentemente Rusia!— y que entretanto se podría llegar a algún acuerdo con él. Nosotros, en cambio, sabíamos que se podía esperar de él lo más monstruoso

como lo más natural. Todos teníamos grabada en la pupila la imagen de un amigo asesinado, de un camarada torturado, y por ello nuestros ojos eran más duros, más penetrantes e inflexibles. Los proscritos, los perseguidos y los desposeídos de nuestros derechos sabíamos que no existía ningún pretexto demasiado absurdo ni demasiado falso cuando se trataba de robo y de poder. Y, así, los que habíamos sido puestos a prueba y los que todavía estaban expuestos a ella, los emigrados y los ingleses, hablábamos lenguas diferentes; no creo exagerar si digo que, salvo un minúsculo número de ingleses, nosotros éramos los únicos en Inglaterra que no se engañaban respecto al alcance total del peligro. Como en otro tiempo en Austria, también en Inglaterra me había sido destinado prever lo inevitable con más claridad, con el corazón roto y una perspicacia torturadora, sólo que, como extranjero, como huésped tolerado, no podía lanzar un grito de alarma.

De modo, pues, que los marcados con el estigma del destino sólo nos teníamos a nosotros mismos cuando el sabor amargo de los acontecimientos nos roía los labios, y ¡cómo nos torturaba el alma la ansiedad por el país que nos había acogido fraternalmente! Las horas de amistad que pude compartir con Sigmund Freud en aquellos últimos meses antes de la catástrofe me demostraron, de un modo inolvidable, que incluso en las horas más tenebrosas una conversación con un intelectual de gran talla moral puede ofrecer un inmenso y reconfortante consuelo al alma. Durante meses me había atormentado la idea de que aquel hombre enfermo de ochenta y tres años habría podido permanecer en la Viena de Hitler, si no fuese porque la extraordinaria princesa María Bonaparte, su discípula más fiel, que vivía en la Viena

esclavizada, logró salvarlo y traerlo a Londres. Fue uno de los grandes y felices días de mi vida aquel en que leí en la prensa que el más venerado de mis amigos, a quien ya creía perdido, había llegado a la isla y así regresaba del Hades.

Había conocido en Viena a Sigmund Freud —ese espíritu grande y fuerte que como ningún otro de nuestra época había profundizado, ampliándolo, en el conocimiento del alma humana—, en una época en que todavía era amado y combatido como hombre huraño, obstinado y meticuloso. Fanático de la verdad, pero a la vez consciente de los límites de toda verdad, me dijo un día: «Existe tan poca verdad al ciento por ciento como alcohol puro».

Se había distanciado de la universidad y de sus cautelas académicas a causa del modo impertérrito con que se había aventurado en las zonas terrenales y subterráneas del instinto, hasta entonces nunca pisadas y siempre evitadas con temor, es decir, precisamente la esfera que la época había solemnemente declarado «tabú». Sin darse cuenta de ello, el mundo del optimismo liberal se percató de que aquel espíritu no comprometido con su psicoanálisis le socavaba implacablemente las tesis de la paulatina represión de los instintos por parte de la «razón» y el «progreso», y de que ponía en peligro su método de ignorar las cosas molestas con la técnica despiadada de sacarlas a la luz. Pero no fue sólo la universidad, ni sólo la camarilla de los médicos de los nervios pasada de moda, los que hicieron causa común contra aquel incómodo «intruso», sino que fue el mundo entero, todo el viejo mundo, el viejo modo de pensar, la «convención» moral, toda la época, que veía en él a aquel que «quita el velo» y eso le daba miedo. Poco a

poco se organizó un boicot médico en su contra, él perdió el consultorio y, como no se podían rebatir científicamente sus tesis, ni siquiera sus planteamientos más osados, se intentó liquidar sus teorías de los sueños a la manera vienesa, esto es, ironizando y banalizándolas como temas jocosos de conversaciones sociales. Sólo un reducido grupo de fieles seguidores se reunían alrededor del solitario maestro en tertulias semanales, en las que fue tomando forma la nueva ciencia del psicoanálisis. Mucho antes de que yo mismo me diera cuenta de las dimensiones reales de la revolución espiritual que se estaba preparando a partir de los primeros trabajos fundamentales de Freud, me había ganado ya para su causa la actitud firme y moralmente inquebrantable de ese hombre extraordinario. He aquí por fin a un hombre de ciencia, un hombre que un joven hubiera soñado tener como modelo, prudente en sus afirmaciones mientras no tuviera la prueba definitiva y la seguridad absoluta de las mismas, pero impertérrito ante la oposición del mundo entero tan pronto como una hipótesis se convertía en certeza válida, un hombre modesto como no había otro en cuanto a su persona, pero dispuesto a luchar por cada dogma de su doctrina y fiel hasta la muerte a la verdad inmanente que defendía a partir de sus conocimientos. Era imposible imaginarse a un hombre más intrépido. Freud tenía la audacia de decir siempre lo que pensaba, aun sabiendo que con sus palabras claras e inexorables inquietaba y perturbaba; nunca trataba de hacer más fácil su difícil posición a fuerza de concesiones, por pequeñas o puramente formales que fuesen. Estoy convencido de que Freud habría podido exponer una quinta parte de sus teorías sin tropezar con la oposición académica, si hubiera estado dispuesto a adornarlas y,

por ejemplo, decir «erotismo» en vez de «sexualidad», «eros» en vez de «libido», y no llegar siempre implacablemente a las últimas consecuencias en vez de limitarse a insinuarlas. Pero era intransigente cuando se trataba de la doctrina y de la verdad; cuanto más fuerte era el antagonismo, más fuerte se volvía su determinación. Cuando busco un símbolo para el concepto de coraje moral —el único heroísmo en la Tierra que no reclama víctimas ajenas—, veo siempre ante mí el bello, claro y humano rostro de Freud, con sus oscuros ojos de mirada sincera y serena.

El hombre que ahora buscaba refugio en Londres huyendo de su patria, a la que había dado fama por todo el mundo y a través de los tiempos, era un hombre viejo desde hacía años y, además, estaba gravemente enfermo. Pero no era un hombre cansado ni abatido. En mi fuero interno tenía un poco de miedo de encontrarlo amargado o trastornado después de los dolorosos momentos que debía de haber pasado en Viena; todo lo contrario: lo vi más libre y feliz que nunca. Me llevó al jardín de su casa de suburbio londinense.

—¿Ha vivido alguna vez en un lugar tan bonito como éste? —me preguntó con una clara sonrisa dibujándose en su boca, antes tan severa. Me mostró las tan queridas estatuillas egipciacas que María Bonaparte había salvado para él—. ¿Acaso no estoy de nuevo en casa?

Y en el escritorio tenía desplegados los grandes folios de su nuevo manuscrito; a sus ochenta y tres años escribía día tras día con la misma clara letra redonda y el mismo espíritu lúcido e incansable de sus mejores días; su firme voluntad lo había superado todo, la enfermedad, la edad y el exilio; y por primera vez daba curso libre a la

bondad que había estado estancada en su interior durante los largos años de lucha. La vejez sólo lo había vuelto más moderado, y las pruebas superadas, más indulgente. A ratos descubría en él gestos afectuosos que no le conocía de antes, tan reservado como era; le ponía la mano en la espalda a uno y, tras las relucientes gafas, sus ojos miraban con más calidez. Durante todos aquellos años, conversar con Freud fue para mí uno de los mayores placeres intelectuales. Aprendía de él y a la vez lo admiraba; se sentía uno comprendido con cada palabra que pronunciaba aquel hombre magnífico y sin prejuicios al que ninguna confesión asustaba, ninguna afirmación irritaba y para el que la voluntad de educar a los demás a ver y sentir con claridad se había convertido en una voluntad instintiva de vivir. Pero nunca experimenté con tanta gratitud el valor insustituible de aquellas largas conversaciones como durante aquel año sombrío, el último de su vida. Tan pronto como uno entraba en su habitación, quedaba excluida de la misma, por decirlo así, la locura del mundo exterior. Lo más cruel se volvía abstracto, lo más confuso se aclaraba, la actualidad se subordinaba humildemente a las grandes fases cíclicas. Por primera vez veía al verdadero sabio que, elevado por encima de sí mismo, ya no sentía el dolor y la muerte como una experiencia personal, sino como objetos supra personales de observación y reflexión: su muerte no era una proeza moral inferior a su vida. Freud sufría horriblemente entonces a causa de la enfermedad que había de arrebatárnoslo. Se veía que le cansaba visiblemente el tener que hablar con el paladar artificial y uno se sentía realmente avergonzado ante cada palabra que el anciano le concedía, porque articularla le costaba un gran esfuerzo. Pero no

abandonaba al amigo; para su espíritu de acero representaba una ambición especial el mostrar a los amigos que su voluntad seguía siendo más fuerte que los viles tormentos que el cuerpo le infligía. Con la boca deformada por el dolor, siguió escribiendo en su escritorio hasta el último día e, incluso de noche, cuando el sufrimiento le atormentaba el sueño —su sueño sano y profundo que durante ochenta años había sido la fuente de su energía—, se negaba a tomar somníferos o cualquier clase de inyección estupefaciente. No quería que ni por una hora la claridad de su espíritu se amortiguara por obra de los sedantes; prefería sufrir y permanecer despierto, pensar en medio de suplicios a no pensar, héroe del espíritu hasta el último momento, el último de todos. Fue una lucha terrible y más grandiosa a medida que se prolongaba. A cada momento la muerte proyectaba su sombra con más claridad sobre su rostro. Le hundía las mejillas, le esculpía las cejas en la frente, le sesgaba la boca, le entorpecía la palabra en los labios; sólo contra los ojos no podía hacer nada el tétrico verdugo, contra aquella atalaya inexpugnable desde la cual aquel espíritu heroico contemplaba el mundo: los ojos y el espíritu permanecieron claros hasta el final. En una de mis últimas visitas llevé conmigo a Salvador Dalí, en mi opinión el pintor de más talento de la nueva generación, que admiraba enormemente a Freud, y mientras yo hablaba con el maestro, él dibujó un esbozo suyo. Nunca me atreví a enseñárselo a Freud porque Dalí, clarividente, había incluido ya la muerte en él.

Cada vez se hacía más cruel la lucha de la voluntad más fuerte, del espíritu más agudo de nuestro tiempo, contra el ocaso. Sólo cuando él mismo, para quien la claridad había sido la virtud suprema del pensamiento,

vio claro que no volvería a escribir ni a trabajar, como un héroe romano dio permiso al médico para que pusiera fin al dolor. Era el final grandioso para una vida grandiosa, una muerte memorable incluso en medio de las hecatombes de aquella época asesina. Y cuando sus amigos sepultamos su ataúd en tierra inglesa, sabíamos que entregábamos lo mejor de nuestra patria.

En aquellas horas con Freud a menudo hablamos del mundo de Hitler y de la guerra. Como persona estaba profundamente conmovido, pero como pensador no le sorprendía en absoluto aquel escalofriante estallido de bestialidad. Siempre lo habían tachado de pesimista, decía, porque negaba la supremacía de la cultura sobre los instintos; ahora se podía ver horriblemente confirmada —y en verdad no estaba nada orgulloso de ello— su opinión de que la barbarie, el elemental instinto de destrucción, era inextirpable del alma humana. Quizás, en siglos venideros, se encontraría un modo, al menos en la vida común de los pueblos, de reprimir tales instintos; en la vida cotidiana, sin embargo, subsistían en la naturaleza humana más íntima como fuerzas inextirpables y quizá necesarias. Le preocupaba más, en sus últimos días, el problema del judaísmo y su tragedia actual; para este caso el científico no poseía ninguna fórmula y su espíritu lúcido, ninguna respuesta. Recientemente había publicado su estudio sobre Moisés, en el que lo presentaba como a un no-judío, sino como egipcio, y con esta afirmación, científicamente difícil de justificar, hirió tanto a los judíos creyentes como a los judíos con conciencia nacional. Ahora lamentaba la publicación de ese libro en la hora más funesta para el judaísmo, «ahora que todo se les quita, yo les quito a su mejor hombre». Tuve que darle la razón en el sentido de

que los judíos se habían vuelto siete veces más sensibles, pues, en medio de la omnipresente tragedia mundial, ellos eran sus auténticas víctimas, y lo eran en todas partes, ya que, azorados ya antes del golpe, sabían que toda abominación primero se desplomaría sobre ellos, y multiplicada por siete, y que el hombre más rabioso de odio de todos los tiempos trataría de humillarlos y perseguirlos, precisamente a ellos, hasta los confines de la tierra e incluso bajo tierra. Semana tras semana, mes tras mes, llegaban cada vez más refugiados, que parecían cada vez más pobres y más angustiados que los que les habían precedido. Los primeros, los que habían salido de Alemania con más premura, aún habían podido salvar la ropa, las maletas y los enseres de la casa y muchos incluso algún dinero. Pero cuanto más tiempo habían confiado en Alemania, cuanto más les había costado desprenderse de su amada patria, más severamente habían sido castigados. Primero les quitaron la profesión, les prohibieron la entrada en los teatros, cines y museos, y a los investigadores, el acceso a las bibliotecas: seguían allí por fidelidad o pereza, por cobardía u orgullo. Preferían ser humillados en su patria a humillarse como pordioseros en el extranjero. Luego se les privó del personal de servicio y se les quitó las radios y los teléfonos de las viviendas; después, las viviendas mismas; a continuación se les obligó a llevar pegada la estrella de David, para que todo el mundo los reconociera, los evitara y escarneciera en la calle como a leprosos, expulsados y proscritos. Se les privó de todos los derechos, se ejerció sobre ellos con sadismo toda clase de violencia física y psíquica y, de repente, se convirtió en espeluznante verdad el viejo dicho popular ruso: «Del saco de mendigo y de la cárcel, nadie está a salvo». Al

que no se marchaba se le mandaba a un campo de concentración, donde la disciplina alemana ablandaba hasta al más orgulloso, y después, una vez desposeído de todo, se le expulsaba del país con un solo traje y diez marcos en el bolsillo, sin preguntarle adónde quería ir. Y entonces hacían cola en la frontera, imploraban en los consulados, casi siempre en vano, pues ¿qué país quería a gente desvalijada y pordiosera? Nunca olvidaré el cuadro que se me ofreció a la vista una vez que entré en una agencia de viajes de Londres; estaba abarrotada de refugiados, casi todos judíos, y todos querían ir a algún lugar. Les daba igual a qué país, a los hielos del polo Norte o a la hirviente caldera de las arenas del Sahara, lo importante era irse lejos, muy lejos, pues el permiso de residencia había caducado y tenían que proseguir su camino, emprender viaje con mujer e hijos a otros lugares, bajo otras estrellas, a un mundo de habla extraña, entre personas a las que no conocían y que no querían forasteros. Encontré allí a un vienés, en otro tiempo rico industrial y a la vez uno de nuestros coleccionistas de arte más inteligentes. De momento no lo reconocí, de tan lívido, viejo y cansado como estaba. La debilidad le obligaba a apoyarse en la mesa con ambas manos. Le pregunté adónde quería ir:

—No lo sé —dijo—. ¿Quién nos pregunta hoy lo que queremos? Uno va allí donde le permiten ir. Alguien me ha dicho que aquí se puede obtener un visado para Haití o Santo Domingo.

El corazón me dio un vuelco. ¡Un hombre viejo y agotado, con hijos y nietos, que tiembla con la esperanza de poder trasladarse a un país que nunca ha visto en el mapa, sólo para ir tirando, para pedir limosna y seguir siendo un extraño y un inútil! A su lado alguien preguntó

con ansia desesperada el modo de llegar a Shanghai, pues le habían dicho que los chinos todavía acogían a refugiados. Y así se amontonaban unos al lado de otros, ex catedráticos, ex directores de banco, ex comerciantes; ex hacendados, ex músicos, todos ellos dispuestos a arrastrar las miserables ruinas de su existencia allá dónde fuere, por tierra y por mar, a hacer cualquier cosa, a soportar cualquier cosa, ¡pero lejos de Europa, lejos, lejos! Era un grupo fantasmal. Pero lo más trágico para mí era pensar que aquellas cincuenta personas maltratadas representaban sólo la dispersa y minúscula vanguardia del inmenso ejército de cinco, ocho o quizá diez millones de judíos que ya estaban a punto de marchar tras ellos, de todas las personas desposeídas y, por si eso fuera poco, pisoteadas luego por la guerra, que esperaban los envíos de las instituciones de beneficencia, los permisos de las autoridades y el dinero para el viaje, una masa gigantesca que, criminalmente espantada y huyendo con pánico del incendio hitleriano, asediaba las estaciones de tren en todas las fronteras y llenaba las cárceles, todo un pueblo expulsado al que se negaba el derecho a ser pueblo y, sin embargo, un pueblo que durante dos mil años no había deseado otra cosa que no tener que emigrar nunca más y sentir bajo sus pies en reposo una tierra, una tierra tranquila y pacífica.

Pero lo más trágico de esta tragedia judía del siglo era que quienes la padecían no encontraban en ella sentido ni culpa. Todos los desterrados de los tiempos medievales, sus patriarcas y antepasados, sabían como mínimo por qué sufrían: por su fe y por su ley. Poseían todavía como talismán del espíritu lo que los de hoy día han perdido hace tiempo: la confianza absoluta en su Dios. Vivían y sufrían con la orgullosa ilusión de haber sido escogidos

por el Creador del mundo y de los hombres para un destino y una misión especiales, y la palabra promisoria de la Biblia era para ellos mandamiento y ley. Cuando se los lanzaba a la hoguera, apretaban contra su pecho las Sagradas Escrituras y, gracias a este fuego interior, no sentían tanto el ardor de las llamas asesinas. Cuando se les perseguía por todos los países, siempre les quedaba una última patria, la de Dios, de la que no les podía expulsar ningún poder terrenal, ningún emperador, rey o inquisidor. Mientras la religión los mantenía unidos, eran una comunidad y, por consiguiente, una fuerza; cuando se les expulsaba y perseguía, expiaban la culpa de haberse separado conscientemente de los demás pueblos de la Tierra a causa de su religión y sus costumbres. Los judíos del siglo, en cambio, habían dejado de ser una comunidad desde hacía tiempo. No tenían una fe común, consideraban su judaísmo más una carga que un orgullo y no tenían conciencia de ninguna misión. Vivían alejados de los mandamientos de sus libros antaño sagrados y ya no querían hablar su antigua lengua común. Con todo su afán, cada vez más impaciente, aspiraban a incorporarse e integrarse en los pueblos que los rodeaban, disolverse en la colectividad, sólo para tener paz y no tener que sufrir persecuciones, descansar de su eterna huida. Y, así, los unos ya no comprendían a los otros, refundidos con los demás pueblos: desde hacía tiempo eran más franceses, alemanes, ingleses o rusos que judíos. Hasta hoy, cuando se les amontona y se les barre de las calles como inmundicia (los directores de banco expulsados de sus palacios berlineses, los servidores de las sinagogas excluidos de las comunidades ortodoxas, los catedráticos de filosofía de París y los cocheros rumanos, los lavadores de cadáveres y los

premios Nobel, los cantantes de concierto y las plañideras, los escritores y los destiladores, los hacendados y los desheredados, los grandes y los pequeños, los devotos y los ilustrados, los usureros y los sabios, los sionistas y los asimilados, los ashkenazis y los sefarditas, los justos y los pecadores y, tras ellos, la atónita multitud de los que creían haber escapado hace tiempo de la maldición, los bautizados y los mezclados), hasta hoy, digo, por primera vez durante siglos, no se ha obligado a los judíos a volver a ser una comunidad que no sentían como suya desde tiempos inmemoriales, la comunidad del éxodo que desde Egipto se repite una y otra vez. Pero ¿por qué este destino les estaba reservado a ellos y sólo a ellos? ¿Cuál era la causa, el sentido y la finalidad de esta absurda persecución? Se les expulsaba de sus tierras y no se les daba ninguna otra. Se les decía: no queremos que habitéis entre nosotros, pero no se les decía dónde tenían que vivir. Se les achacaba la culpa y se les negaban los medios para expiarla. Y se miraban los unos a los otros con ojos ardientes en el momento de la huida y se preguntaban: ¿Por qué yo? ¿Por qué tú? ¿Por qué yo y tú, a quien no conozco, cuya lengua no comprendo, cuya manera de pensar no entiendo, a quien nada me ata? ¿Por qué todos nosotros? Y nadie sabía la respuesta. Ni siquiera Freud, la cabeza más clara de la época, con quien yo hablaba a menudo aquellos días, veía una solución o un sentido a tal absurdo. Pero quizás el sentido último del judaísmo sea el de repetir una y otra vez, a través de su existencia misteriosamente perdurable, la eterna pregunta de Job a Dios, para que no sea totalmente olvidada en la Tierra.

Nada hay más fantasmagórico que quien se creía muerto y enterrado hacía tiempo vuelva a aparecerse en

la vida, con la misma forma y figura. Había llegado el verano de 1939, Munich había pasado ya a la historia con su breve ilusión de *peace for our time*; Hitler había atacado y anexionado la mutilada Checoslovaquia, rompiendo juramentos y promesas; Kláipeda había sido ocupada; la prensa alemana, artificialmente encauzada por el delirio, reclamaba Danzig y el corredor polaco. Inglaterra se despertó con un amargo regusto de su leal credulidad. Incluso la gente sencilla e inculta, que sólo por instinto aborrecía la guerra, empezó a exteriorizar con vehemencia su enojo. Todos los ingleses, normalmente tan reservados, le dirigían a uno la palabra: el portero que guardaba nuestro espacioso bloque de pisos, el *liftboy* del ascensor, la camarera que arreglaba las habitaciones. Nadie entendía muy bien lo que pasaba, pero todo el mundo recordaba una cosa, algo innegablemente manifiesto: que Chamberlain, el primer ministro de Inglaterra, había volado tres veces a Alemania para salvar la paz y que ninguna de las concesiones hechas de buena fe había satisfecho a Hitler. En el Parlamento inglés se oyeron de pronto palabras duras: *Stop aggression!* Por doquier se veían preparativos para (o, más propiamente dicho, contra) la inminente guerra. De nuevo se cernieron sobre Londres los globos de defensa —todavía tenían el inocente aspecto de elefantes de juguete para niños—, de nuevo se abrieron los refugios antiaéreos y se revisaron las caretas antigás que se habían distribuido. La situación se había vuelto tan tensa como un año antes, quizás incluso más, pues esta vez el gobierno ya no tenía detrás a una población cándida e ingenua, sino a una decidida y exasperada.

Yo había abandonado Londres durante aquellos meses para retirarme al campo, en Bath. En toda mi vida no

había sentido de un modo más cruel la impotencia del hombre frente a los acontecimientos mundiales. He aquí a un hombre despierto, pensante, que trabajaba al margen de la política, consagrado a su trabajo y dedicado, tranquilo y tenaz, a transformar sus años en obras. Y allá, en algún lugar, invisibles, una docena de otros hombres, a los que no conocía ni había visto nunca, unos cuantos en la Wilhelmstrasse de Berlín, otros en el Quai d'Orsay de París y otros más en el Palacio Venecia de Roma y en Downing Street de Londres, esos diez o veinte hombres, muy pocos de los cuales habían demostrado hasta el momento una sensatez y una habilidad especiales, hablaban, escribían, telefoneaban y pactaban cosas que los demás no sabíamos. Tomaban decisiones en las que no teníamos arte ni parte y de cuyos detalles no llegábamos a enterarnos, y, sin embargo, disponían así, irrevocablemente, de mi vida y de la de todos los europeos. Mi destino estaba en sus manos y no en las mías. Nos aniquilaban o nos perdonaban la vida; a nosotros, impotentes, nos concedían la libertad o nos esclavizaban, decidían la guerra o la paz para millones de seres. Y heme a mí sentado en mi habitación, como todos los demás, indefenso como una mosca, impotente como un caracol, mientras estaba en juego mi muerte o mi vida, mi «yo» más íntimo y mi futuro, los pensamientos que se formaban en mi cerebro, los proyectos nacidos o todavía por nacer, mi sueño y mi vigilia, mi voluntad, mis bienes, todo mi ser. Heme sentado, esperando con ansiedad y la vista fija en el vacío, como un condenado en su celda, encerrado entre cuatro paredes y encadenado en una espera absurda y lánguida, y los compañeros de cautividad preguntando a diestra y siniestra, aconsejando y charlando, como si ninguno de nosotros supiera o

pudiera saber cómo y qué decidirían respecto a nosotros. Sonaba el teléfono y un amigo me preguntaba qué opinaba. Tenía ante mí el periódico, que me desconcertaba más aún. Escuchaba la radio y un comentario contradecía el anterior. Salía a la calle y la primera persona con la que tropezaba me pedía la opinión, a mí, tan ignorante como ella: ¿habría guerra o no? Y yo, en mi ansiedad, también preguntaba, hablaba, charlaba y discutía, aun sabiendo de sobra que todo conocimiento, toda experiencia y toda previsión adquiridas o inculcadas a lo largo de los años eran fútiles ante las decisiones de aquella docena de extraños y que, por segunda vez en el transcurso de veinticinco años, me encontraba de nuevo sin fuerza ni voluntad frente al destino y los pensamientos latían vacíos de sentido en mis doloridas sienes. Al final no pude soportar la gran ciudad por más tiempo, porque en cada esquina los *posters*, los carteles pegados, me acometían con palabras chillonas como perros hostiles, y también porque, sin querer, podía leer los pensamientos en la frente de los miles de seres que pasaban por mi lado como una exhalación. Y, en realidad, todos pensábamos lo mismo, pensábamos únicamente en el «sí» o el «no», en el negro o el rojo de la jugada decisiva en la que, en mi caso, se apostaba mi vida entera, los últimos años que el destino me reservaba, mis libros no escritos, todo lo que hasta entonces había considerado mi misión y daba sentido a mi vida.

Pero la bolita, con una lentitud exasperante, daba vueltas indecisa de un lado para otro en la ruleta de la diplomacia. De aquí para allá, de allá para aquí, negro y rojo, rojo y negro, esperanza y desencanto, buenas y malas noticias, y nunca la última, la decisiva. «¡Olvida!»,

me decía a mí mismo. «Huye, refúgiate en la espesura más íntima de tu ser, en tu trabajo, ahí donde sólo eres tu “yo” anhelante, no un ciudadano, no el objeto de ese juego infernal, ahí, el único lugar donde la poca razón que te queda todavía puede actuar con sensatez en un mundo que ha enloquecido».

No me faltaba una misión. Durante años había ido acumulando sin cesar el material preliminar para un gran estudio en dos volúmenes de la vida y obra de Balzac, pero no había tenido valor suficiente para dar comienzo a una obra tan extensa y proyectada a tan largo plazo. Sin embargo, justo ahora el desánimo me daba ánimos para dedicarme a ella. Me retiré a Bath, y precisamente a Bath porque esa ciudad, en la que habían escrito muchos de los mejores autores de la gloriosa literatura inglesa, Fielding sobre todo, ofrecía a la mirada tranquila, con más fidelidad y fuerza que cualquier otra ciudad inglesa, la apariencia de un siglo diferente, más pacífico: el XVIII. Aunque, ¡qué contraste tan doloroso el de aquel paisaje suave y dotado de plástica belleza, frente a la creciente agitación del mundo y de mis pensamientos! Tan provocativamente espléndido fue aquel agosto de 1939 en Inglaterra como lo había sido en 1914 el mes de julio más hermoso que recuerdo haber pasado en Austria. De nuevo el cielo suave, de un azul sedoso como una divina tienda de paz; de nuevo la benéfica luz del sol sobre los prados y los bosques, además de una indescriptible magnificencia de flores: la misma gran paz sobre la Tierra, mientras sus habitantes se preparaban para la guerra. Igual que entonces, la locura humana parecía increíble ante aquel florecimiento exuberante, tranquilo y tenaz, ante aquella quietud que se respiraba en los valles de Bath y que se deleitaba en sí misma, unos valles que

por su misterio me recordaban los del paisaje de Bad en 1914.

Y una vez más no quería creerlo. Una vez más me preparaba, como entonces, para un viaje de verano. Se había fijado el congreso del PEN Club en Estocolmo para la primera semana de septiembre de 1939 y los compañeros suecos me habían invitado a asistir como huésped de honor, puesto que yo era un anfibio que ya no representaba a ninguna nación. Los amables anfitriones ya habían dispuesto de antemano las comidas del mediodía y de la noche para las semanas venideras. Yo había reservado con antelación un pasaje para el barco, cuando empezaron a llegar en tropel las alarmantes noticias sobre la inminente movilización. Según todas las leyes de la razón, hubiera tenido que empaquetar en seguida todos mis libros y manuscritos y salir de Inglaterra, que era una posible zona de guerra: yo era extranjero en ese país y, en caso de, guerra, me convertiría de inmediato en extranjero enemigo, amenazado con padecer todas las restricciones de libertad imaginables. Pero algo inexplicable se oponía dentro de mí a la huida para ponerme a salvo. En parte era obstinación, el deseo de no seguir huyendo toda la vida, pues, a pesar de todo, el destino me perseguiría allá donde fuera, pero en parte también era cansancio. «Acojamos el tiempo tal como él nos quiere», me decía con Shakespeare. Si te quiere, ¡no te resistas por más tiempo, a tus casi sesenta años! Ya no te robará lo mejor que tienes, tu vida vivida hasta ahora. Así, pues, me quedé. No obstante, quería poner el máximo posible de orden en mi vida civil y pública, y como tenía intención de volverme a casar, no quería perder un instante, no fuera a ser que el internamiento en un campo de

concentración o cualquier otra medida imprevista me separaran de mi futura compañera. De modo que una mañana —era el 1 de septiembre, un día festivo— fui al registro civil de Bath para inscribir mi boda. El funcionario aceptó los papeles y se mostró sumamente amable y solícito. Comprendió perfectamente, como todo el mundo en aquellos tiempos, nuestro deseo de acelerar los trámites en lo posible. La boda quedó fijada para el día siguiente; cogió la pluma y empezó a escribir nuestros nombres en el registro con letra redondilla.

En aquel momento —serían las once— se abrió de golpe la puerta de la habitación contigua. Irrumpió en la nuestra un funcionario joven que se ponía la chaqueta mientras caminaba.

—¡Los alemanes han invadido Polonia! ¡Es la guerra! —anunció a gritos en aquella sala silenciosa.

La noticia me golpeó el corazón como un martillazo. Pero el corazón de nuestra generación ya estaba acostumbrado a toda clase de golpes duros.

—No necesariamente significa la guerra —dije yo, sinceramente convencido. Pero el funcionario por poco se enfadó conmigo.

—¡No! —gritó furioso—. ¡Ya basta! ¡No podemos tolerar que esto se repita cada seis meses! ¡Tiene que terminar!

Mientras tanto el otro funcionario, que había empezado a redactar nuestro certificado de matrimonio, dejó caer la pluma con ademán pensativo. Al fin y al cabo, debió de pensar, nosotros éramos extranjeros y, en caso de guerra, nos convertiríamos automáticamente en enemigos. No sabía si, dadas las circunstancias, era lícito permitirnos contraer matrimonio. Dijo que lo lamentaba,

pero que prefería pedir instrucciones a Londres. Los dos días siguientes fueron días de espera, esperanza y miedo, dos días de terrible tensión. En la mañana del domingo la radio dio la noticia de que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania.

Fue una mañana singular. Nos alejamos de la radio, que había lanzado al espacio un mensaje que iba a durar siglos, un mensaje destinado a transformar totalmente nuestro mundo y la vida de cada uno de nosotros, un mensaje que encerraba la muerte para miles de los que lo escuchaban en silencio; aflicción y desventura, desesperación y amenaza para todos nosotros; un mensaje del que quizá no se sacaría la lección hasta el cabo de años y más años. Una vez más era la guerra, una guerra más terrible y de peores consecuencias que cualquiera anterior. Una vez más se terminaba una época, una vez más empezaba una época nueva. Permanecíamos en silencio en la habitación, de pronto sumida en una quietud sepulcral, y evitábamos mirarnos. De fuera llegaba el gorjeo despreocupado de pájaros, que, en su frívolo juego amoroso, se dejaban llevar por el suave viento, y los árboles se balanceaban en el dorado resplandor de la luz, como si sus hojas quisieran tocarse tiernamente como labios amorosos. Una vez más la viejísima madre naturaleza no sabía nada de las angustias de sus criaturas.

Fui a mi habitación y coloqué mis cosas en una maleta. Si se confirmaba lo que había predicho un amigo que ocupaba un cargo importante, en Inglaterra a los austriacos nos contarían entre los alemanes y cabía esperar que nos impusieran las mismas restricciones; quizás aquella misma noche ya no me dejarían dormir en mi cama. Había bajado un escalón más: desde hacía una

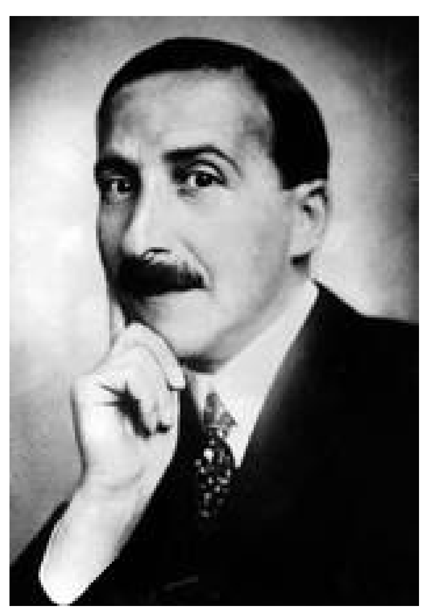
hora ya no era sólo un extranjero en aquel país, sino también un *enemy alien*, un extranjero enemigo, exiliado por la fuerza en un lugar donde no se hallaba su corazón palpitante. ¿Se podía imaginar una situación más absurda para un hombre expulsado hacía tiempo de una Alemania que lo había estigmatizado como antialemán a causa de su raza y de su modo de pensar, que la de encontrarse en otro país donde, por un decreto burocrático, le imponen una comunidad de la cual, como austriaco, nunca ha formado parte? De un plumazo el sentido de toda una vida se había convertido en contrasentido; yo escribía y pensaba en alemán, pero cada idea que concebía, cada deseo que sentía, pertenecía a los países que se alzaban en armas por la libertad del mundo. Cualquier otro vínculo, todo lo anterior y pasado, se había roto y destruido, y yo sabía que, después de esta guerra, todo debería volver a empezar de nuevo, pues la misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Europa, había fracasado. Aquello que yo temía más que a la propia muerte, la guerra de todos contra todos, se había desencadenado por segunda vez. Y quien había luchado con pasión durante toda su vida por la solidaridad humana y por la unión de los espíritus, se sentía en aquellos momentos —que exigían como nunca una comunión absoluta—, inútil y solo como en ninguna otra época anterior a causa de esa brusca segregación.

Bajé al centro de la ciudad para echar una última mirada a la paz. Resplandecía serena a la luz del mediodía y no me pareció diferente de como solía ser. La gente seguía su camino de costumbre con su paso habitual. No corría, no formaba corros en mitad de la

calle. Su comportamiento aparecía tranquilo y sereno, propio de los domingos, y por un momento me pregunté: ¿acaso todavía no lo saben? Pero eran ingleses, acostumbrados a reprimir sus sentimientos. No necesitaban banderas ni tambores, ruido ni música, para afirmarse en su tenaz determinación, desprovista de patetismo. ¡Qué diferente de aquellos días de julio de 1914 en Austria, pero qué diferente era yo ahora de aquel joven de entonces, cuán cargado de recuerdos! Sabía qué significaba la guerra y, contemplando los comercios relucientes y repletos de artículos, veía de nuevo, en una visión intensísima, los de 1918, desvalijados y vacíos y que me miraban con ojos desencajados. Veía, como alguien que sueña despierto, una larga cola de mujeres afligidas ante las tiendas de comestibles, a madres vestidas de luto, a heridos, a inválidos: todo el tremendo horror de antes volvía como un fantasma a la luz radiante del mediodía. Recordaba a nuestros viejos soldados, exhaustos y andrajosos, que regresaban del campo de batalla; con el corazón palpitante percibía la guerra pasada en la que ahora empezaba y que todavía ocultaba su horror a las miradas. Y sabía que una vez más todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido: Europa, nuestra patria, por la que habíamos vivido, sería devastada más allá de nuestras propias vidas. Comenzaba algo diferente, una época nueva, pero ¡cuántos infiernos y purgatorios había que recorrer todavía para llegar a ella!

El sol brillaba con plenitud y fuerza. Mientras regresaba a casa, de pronto observé mi sombra ante mí, del mismo modo que veía la sombra de la otra guerra detrás de la actual. Durante todo ese tiempo, aquella sombra ya no se apartó de mí; se cernía sobre mis

pensamientos noche y día; quizá su oscuro contorno se proyecta también sobre muchas páginas de este libro. Pero toda sombra es, al fin y al cabo, hija de la luz y sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, sólo éste ha vivido de verdad.



STEFAN ZWEIG (Viena, 1881 - Petrópolis, Brasil, 1942). Fue un escritor enormemente popular, tanto en su faceta de ensayista y biógrafo como en la de novelista. Su capacidad narrativa, la pericia y la delicadeza en la descripción de los sentimientos y la elegancia de su estilo lo convierten en un narrador fascinante, capaz de seducirnos desde las primeras líneas.

Es sin duda, uno de los grandes escritores del siglo XX, y su obra ha sido traducida a más de cincuenta idiomas. Los centenares de miles de ejemplares de sus obras que se han vendido en todo el mundo atestiguan que Stefan Zweig es uno de los autores más leídos del siglo XX. Zweig se ha labrado una fama de escritor completo y se ha destacado en todos los géneros. Como novelista refleja la lucha de los hombres bajo el dominio de las pasiones con un estilo liberado de todo tinte folletinesco. Sus tensas narraciones reflejan la vida en los momentos de crisis, a cuyo resplandor se revelan los caracteres; sus biografías, basadas en la más rigurosa investigación de

las fuentes históricas, ocultan hábilmente su fondo erudito tras una equilibrada composición y un admirable estilo, que confieren a estos libros categoría de obra de arte. En sus biografías es el atrevido pero devoto admirador del genio, cuyo misterio ha desvelado para comprenderlo y amarlo con un afecto íntimo y profundo. En sus ensayos analiza problemas culturales, políticos y sociológicos del pasado o del presente con hondura psicológica, filosófica y literaria.

Notas

[1] Aquí, en lo que se refiere a August Oehler, muerto prematurametne, hay un lapsus de memoria por parte de Stefan Zweig. *(N. de la E.)* **<<**

[2] Julius Streicher, político nacionalsocialista (1885-1946), fundó en 1923 la revista demagógica *Der Stürmer*. Entre 1924 y 1940 fue dirigente comarcal del partido nazi. Acusado de ser instigador de las persecuciones de los judíos, fue condenado a muerte, en 1946, por el tribunal internacional de Nuremberg. *(N. de la E.)* **<<**

[3] SA: *Sturmabteilung*, organización tipo milicia del Partido Nacionalsocialista Alemán. *(N. del Editor digital)* **<<**

[4] Benedetto Croce no fue ministro hasta 1920-1921. *(N. de la E.)* **<<**

Índice